

La Profundidad del Espejo



Edgardo N. Rodríguez
////////////////////

**LA PROFUNDIDAD
DEL ESPEJO**

EDGARDO N. RODRÍGUEZ

Diseño y Diagramación: Sebastián Hiza
Transcripción y corrección de textos: Fabiana Ahumada
Revisión y segunda corrección de textos: Renato Palmucci
Foto de Tapa: Hernán Taffarelli

Primera edición: Diciembre de 2019

Hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Se prohíbe la reproducción total o parcial, por cualquier medio electrónico o mecánico incluyendo fotocopias, grabación magnetofónica y cualquier otro sistema de almacenamiento de información, sin autorización escrita del editor.

Dedicado a:

Mis hijos

Solange Rodriguez
Dagoberto Rodriguez

Mis nietos

Chiara Panella
María Rubí Rodriguez Santos
Josué Rai Rodriguez Santos
Ambar Luján Rodriguez Santos

Mi hija de la vida

Magalí Sosa

Mis nietos de la vida

Emma Bronzel
Perla Santos

Mis padres

Rosa Algieri
Rafael Andrés Rodriguez

Mis abuelos maternos

María Sabetto
Nuncio Algieri

Mis abuelos paternos

Maximina Aliende
Felix Rodriguez

Mi compañera

Lily Brodesky

y a todos los que figuran en estas memorias que son también parte de mi existencia.

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	15
I FLUIR DE LA CONCIENCIA	17
II FLUIR DE LA CONCIENCIA	19
PRIMEROS AÑOS	21
Las distancias infinitas del campo	23
Asamblea	30
III FLUIR DE LA CONCIENCIA	45
9 de Julio	46
El matadero	55
Maximina y Félix	58
Pepino, un personaje de Asamblea	67
Más imágenes de Asamblea	69
Mis tíos, esos otros padres y madres	73
Más imágenes de 9 de Julio	97
Toda la vida fue un Carnaval	108
La sombra	120
El conventillo	122
La propiedad impropia	125
La muerte en mi vida	127
Grageas de madre	133
Tu sangre de la mía	140

Si me puedes mirar (Olga Orosco)	140	Forma y color	337
ESOTERISMO Y EXOTERISMO	143	Norma	338
Introducción	145	Yo no doy clase a burgueses	356
LAS INICIACIONES	223	Todo Sirve	370
Villa España	225	FAMILIA	407
Los primeros bailes	235	Marta, pedido de mano	409
Primeros amores	239	Ciudad Jardín	416
Marta	245	FLUIR DE LA CONCIENCIA	427
AMIGOS	249	El título	428
Los primeros amigos	251	Nuevamente en Belgrano. Dago	430
La barra de olaguer	255	3 de Febrero. Solange	434
El Otto Krause	262	Villa Gesell	437
La universidad	265	La Reja	440
Primer estudio de amigos Arquitectos	277	Retorno	452
David	280	3 de Febrero	453
Caminando con otros amigos	290	Túnez	459
Arturo Cuadrado "Rastros"	308	La Pelota	461
ESTUDIO, TRABAJO Y ARTE	329	El convento	462
Los estudios	331	Scout	462
La Disciplina	331	Luís María Campos	467
Trabajo	334	Reconstrucción	468
Hacer pisar la banana	334	Zapiola	477
Cerebro y hombro	334	Nietos	495
Comprando mi libertad	335	Viajes con Solange y Dago	513
Arte	336		
Figuritas	336		

PRÓLOGO

Edgardo Nelson Rodríguez

Una historia de vida... “Sin dejar nada sin entregar”

Al mirarse en el espejo sintió la necesidad de volver sobre sus pasos. De recorrer cada una de esas delicadas líneas que se fueron abriendo camino sobre la piel de su rostro y transformando en color ceniza el tono de sus cabellos. Y la memoria no fue una compañera selectiva ni frágil. Todo lo contrario. Le devolvió el olor y los colores intensos del conventillo de la calle Tacuarí al 1300, en el barrio de Constitución, donde vivían sus tíos Salvador, el ferroviario, y Blas, el electricista. Allí donde entre el calentador de bronce y las vituallas, los muebles de madera de roble lustrado, se divertía revolviendo cajones y un buen día descubrió esas fotos antiguas de mujeres desnudas a lo Botero, el pecado original de su infancia. Fue el comienzo del viaje desde la vieja estación de trenes junto a su abuela María sentada a su lado en el tren a vapor y de trocha angosta que los llevaría rumbo a Asamblea, el lugar en el mundo de su familia materna, la de origen zíngaro siciliano. Mientras su padre Rafael y su mamá Rosita se quedaban en Buenos Aires cuidando la portería de un edificio en el barrio de Belgrano, ocupación que les permitió llevar una pobreza digna y casi invisible. Desde los cuatro hasta los dieciséis años, creció yendo en los veranos a juntarse con esa otra parte de tíos y abuelos que lo criaron como si fueran padres sustitos en esa casa de adobe y con piso de tierra, con un salón grande para cocinar y comer y donde no existía la luz eléctrica. Sin embargo, todo ese entorno se volvía mágico al respirar el aroma campestre, beber el agua fresca del molino, escuchar el canto de los pájaros y descubrir así la naturaleza viva, que también encontraba al viajar hasta 9 de Julio, lugar de encuentro con su familia paterna, la que se abrió camino tirando del carro.

Ambos “mundos” contrastaban con el crecimiento opulento y vertiginoso de la ciudad donde vivía. De esas fotos que nos muestran al niño con boina y las manos en los bolsillos en el Zoológico de Palermo con Salvador, el tío iniciador de sus primeros amores, al de la pose del pibe ya más grande con la camiseta de Boca y disfrazado con el traje de aviador, el

paso del tiempo parece imperceptible en el hombre de hoy. Mientras la familia se asentaba, el adolescente crecía, entre relaciones furtivas y amores sin despedidas. Como el de Patito que amaneció bajo el Puente Negro en un pasaje debajo del Ferrocarril Belgrano, allá en 9 de Julio, la tierra paterna, o el de su primera novia formal de la calle Virrey Olaguer y Feliú, en Belgrano, la cuadra que frecuentaba con sus amigos del barrio. ¿Cómo olvidarse de aquel deslumbramiento por esa mujer de tez trigueña y ojos árabes, con quien conformaba una estupenda pareja de rock y foxtrot? También en el amor a la caricaturesca mujer Divito. Pero en ninguno de esos amores se atrevió a tanto como aquel que nació en el “camposanto”, en el cementerio, sin que ni ella ni él estuvieran presentes. Fueron las madres de ambos que entre rezos y deseos se prodigaban buenos augurios para cada uno de sus hijos. Así, de ese amor entre Marta y Edgardo bendecido después por una noche de lluvia fue el que trajo consigo a sus dos hijos, Dagoberto y Solange, amor de sus amores.

Pero la biografía de Edgardo Nelson Rodríguez también nos interpela como sociedad. Esa sociedad que en las aulas del colegio se mostraba complaciente con el pícaro e indolente con el aplicado. ¿Acaso no nos hemos comportado así en más de una ocasión? ¿Por qué ni si quiera nos indignamos cuando la educación, la salud o la ciencia no tienen el reconocimiento que se merecen? Después sí, vendrán los compañeros de la Facultad y la primera obra en una escuela de Sampacho, un pueblito en la provincia de Córdoba; los encuentros culinarios con su amigos; y los viajes, los rastros que fue dejando de su paso por México, Nueva York, Cuba y Guatemala, que se convirtieron en sus bitácoras y en el homenaje que le hizo al padre de su escritura, Arturo Cuadrado. Hasta que el 2001 lo volvió a situar en un nuevo desafío de su veta artística, recuperando esas piezas que para unos ya no tenían valor y en cambio para otros, eran un sustento de vida. “Todo sirve”, pensó e imaginó el arte con desechos como un sueño colectivo que incluyó a los excluidos convirtiéndolos en alquimistas y al que sobrevino el proyecto “Guardianes de la Tierra”, creando 50 chamanes que llegaron a completar su propuesta artística.

Por último, Edgardo Nelson Rodríguez nos interpela también a cada uno de nosotros al contarnos su historia y nos lleva a transitar de nuevo ese pasado sin los prejuicios de entonces y frente a la oportunidad de recomponer todo o algo de lo que aún se pueda. A inventarlo. Recordar es *volver a pasar por el corazón* y en la tradición de los indios de América -nos dice Eduardo Galeano en uno de sus libros- el artista que se va entrega su obra maestra al artista que se inicia. Y el alfarero joven no guarda esa vasija perfecta para contemplarla y admirarla, sino que la estrella contra el suelo, la rompe en mil pedacitos, recoge los pedacitos y los incorpora a su arcilla. Y esta historia inmensa e intensa -nómada y de trotamundos- que

Edgardo Nelson Rodríguez ahora comparte con su compañera Lily y con nosotros -sus hijos, sus nietos, su familia, sus amores y amigos- la recogemos también de la manera que a él le gusta decir, de esa letra-canción que lo acompañó siempre y como él recorrió el mundo: *sin guardar tiempos amargos, amando los sueños y no dejar nada sin entregar...*

Andrés Asato

INTRODUCCIÓN

Son la canción “A mi manera” de Paul Anka y “Gracias a la vida” de Violeta Parra los cánticos que resumen mi vida. Son un himno y sus líneas mi bandera.

En “Cartas a Theo”, Van Gogh le escribe a su hermano: “La vida es amar la vida, es bueno amar tanto como se pueda porque ahí radica la verdadera fuerza y, el que mucho ama realizar cosas, se siente capaz y lo que hace por amor está bien hecho”.

García Márquez sobre el ser humano dijo “Los seres humanos no nacen para siempre el día que sus madres los alumbran, sino que la vida los obliga a parirse a sí mismos una y otra vez”.

Decía Confucio: “A los 15 años, comencé a aprender. A los 30, pasé a tener la certeza de lo que deseaba. A los 40 las dudas retornaron. A los 50 descubrí que el cielo tiene un proyecto para mí y para cada hombre sobre la faz de la tierra. A los 60 comprendí este proyecto y encontré la tranquilidad para seguirlo. Ahora, a los 70, puedo escuchar mi corazón sin que él me haga salir del camino.”

Escribo mis memorias, tratando de descubrir lo que fui en ellas o lo que hay de mí en otros.

No soy igual a la primera letra; ni seré igual a esta última palabra.
Soy lo que hay de mí; en otros que no conozco ni comprendo.

Relato mis memorias antes que se fragilicen en un tobogán de olvidos.

Edgardo N. Rodríguez



Retrato dibujado por Renato Palmucci con la colaboración de Gabriela Zumbado.

I FLUIR DE LA CONCIENCIA

Miro el espejo, detenidamente. Él sabe mi secreto. Sin duda conoce el enigma reservado e íntimo de mi derrotero. Ha recorrido conmigo la aventura del devenir. Este viaje del héroe indefectible que me ha traído hasta aquí. Hasta esta confrontación con mi propia figura.

Sé que no hay acertijo o clave que se le haya escurrido en la memoria. Ha compartido conmigo el riesgo que implicó este camino. La travesía irremediable de mis células. Cada átomo que se trastoca minuto a minuto. Que muta. Cada molécula en tránsito evolutivo. Subrepticio, silencioso, encubierto. Cada instante muero y nazco, una y otra vez.

Cada instante es un siglo. Y ese siglo, apenas un instante.

Veo el espejo hoy, suspendido delante de mi imagen aún dormida, olvidada en el azul de un sueño, porque he traspasado la sensación onírica en azul, en ese color cifrado del tiempo transcurrido. En el tono confidencial de los arcanos.

He deseado tantas veces preguntarle al cristal. Preguntarle y preguntarme. Entonces, he cerrado los ojos para dirigirlos hacia ese cenote profundo, inundado y calmo que me contiene. Que, a estas alturas, puede sostenerse en quietud cuando lo busco. He querido ver su claridad subterránea. El brillo y la transparencia de sus aguas. Porque necesito activar los interrogantes, impulsar y dar movida a las sentencias.

Hube de detener la caminata. No había podido interrumpirla hasta ahora. Es un momento mágico de reflexión ante mí mismo. Un buceo. Un agitar de la consciencia para que el remover de las aguas de mi lago interior me active los recuerdos.

Así, surgen una tras otra las preguntas. Aunque no haya respuestas. Aunque ya no haya nadie para contestar. Para contestarme. Siento, sin embargo, la vaga voz de los que no están, porque habitan dentro de mí. Sé que permanecen y me rodean. Entonces, los recibo en este instante, los recuerdo, les pregunto. A ellos, detenidamente, ante el espejo, los convoco.

En un universo escondido habita mi realidad, intento extraer de sus planetas el sonido, palabras que expliquen el paso del tiempo, el retorno a la nada y el todo del TODO. Pertenezco al confín invisible misterioso mientras el todo forma parte de mi todo. Trato de componer días del pasado que sostienen la estatura de mi nombre.

El tiempo con la edad gira raudamente, y los pasos son más lentos, cada vez más inmóviles. No obstante reír es una oración a la vida, salto que brota, hace abrir la boca al abismo de otro encuentro.

Al vértigo de vivir se sumó mi cuerpo paciente, obediente, heroico y tenso, guerrero

como una lanza. Una hoguera que se apagará cuando brote misteriosa la energía esotéricamente para regresar a la calma del encuentro de otras hoy compartidas. El pasado podrá acusarme, el presente confesará y el futuro me liberará.



Recuerdo de un paseo por el zoológico con mi madre y mis abuelos maternos María y Nuncio. (Buenos Aires 1/11/1948)

II FLUIR DE LA CONCIENCIA

Vivir es un solo y único amanecer sin nubes. La vida es un telón, con una obra teatral detrás, sin director visible. Se escribe a cada momento, a cada instante se escribe. Y es un guión de final previsible, pero desconocido. Sin embargo, detrás de la tela, entonces, la incógnita. Una dulce incertidumbre. Un recorrido incierto, pero fascinante.

El tránsito es saltar al vacío, volar en el vértigo cotidiano. Ser el actor protagonista, sin ensayo previo, sin prolegómenos, sin opción de borrar el error. Mostrarse por fuera, como con un cascarón de tortuga, aunque se lleve en el alma la rapidez de la liebre y se aspire/sueñe con la libertad de la golondrina.

Haber sido ya tanto y no tener nada resuelto aún. El escenario está fijo, cristalizado, pero el "tic tac" de las horas insinúa un futuro vertiginoso. Por eso escribo las hojas de un libro disperso. Por eso la memoria se agita y se atraganta en el apuro. Por eso, cada día, exhalar las voces, los recuerdos, cada migaja minuciosa.

Sé que nada se perderá, que no hay omisión posible, aunque la transformación es innegable. Y seré, como serás/seremos átomo nuevamente. Y me uniré a la galaxia más extensa porque ella es y yo soy, lo mismo. Siete movimientos simultáneos siempre. Pertener a la magnitud inagotable/inmensa/absoluta. Ser parte infinitesimal de la misma. Quedarme flotando más allá de mí. Energía cósmica.

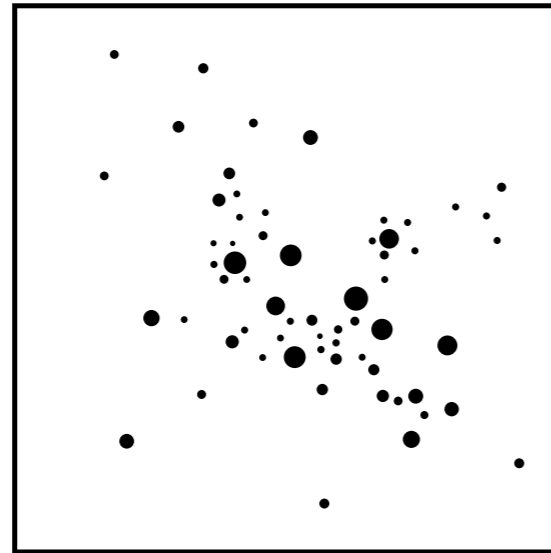
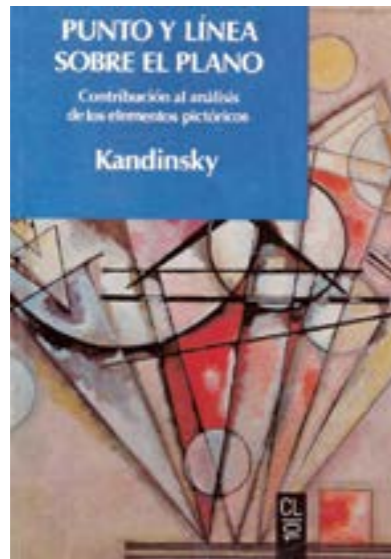
¡Ay, relativa existencia! Depósito temporario, mi cuerpo. Bolsa de ácidos nucleicos. Sin embargo, espíritu. Abrir los ojos desde una luminosidad profunda me transporta a la unión tribal con mis ancestros. Realidad que se carga, se acarrea, se porta, por donde no hay espacio ni tiempo. Ingravidez de la hoja ciega, del libro ciego, de aquel templo reencarnado que sí, pero que no sé. Que desconozco consciente.

Porque no soy quien fui. No el anterior ni tampoco el que viene. No igual al primer momento, ni semejante al ahora y sin futuro preciso. No la primera palabra, ni siquiera la última. No me reconozco, ni me comprendo.

Cada vez, en este plano, más soledad. Cada vez entre galaxias más fuga, más retirada. Cada vez, en esta creación, menos oxígeno, más cerca del misterio de llegar a la revelación del creador de tanta magia. La magia de vivir y seguir viviendo después del último suspiro.

Descubro en el punto como diría Kandinsky el misterio de comunicarme a partir del consciente con los primeros puntos y palotes, dibujando las palabras, y en la libertad del inconsciente el croquis y el color hablándole a la imagen de mi inframundo y supramundo de mi intradós y mi extradós.

Mi comienzo, un pequeño con sus primeras palabras escritas, un granadero y un caballo dibujado, con un llamado disparador de mi primera maestra: "Expresa con tus líneas, libéralas al perfume del lenguaje y de las imágenes". Ser mago en una dimensión desconocida.



"El punto es la mínima forma temporal" del libro "Punto y Línea sobre el Plano"
Vasili Kandinski

PRIMEROS AÑOS

LAS DISTANCIAS INFINITAS DEL CAMPO

Cuando era verano, cambiaba de horizonte. De la perspectiva vertical, de la ciudad de los grandes hipopótamos, de esos robots de cemento, iba hacia la aventura del confín horizontal, el paisaje abierto, la cardinal lejanía, para nunca llegar. Porque la mirada de un niño, acostumbrado a los límites edificados, no alcanza a abarcar las distancias infinitas del campo.

Iba con mi abuela María, en busca de la otra familia. El espacio abierto estaba lleno de esos otros padres y madres que eran mis tíos y tías, que colmaban de afecto y protección mis vacaciones.

Después de concluido el ciclo escolar y hasta marzo, subíamos con la madre de mi madre, al tren de la línea Belgrano trocha angosta, parecía de juguete,

desde la estación Vélez Sarsfield Barracas, nos llevaba zigzagueante a través de la llanura pampeana hasta Asamblea o a 9 de Julio, provincia de Buenos Aires.

Mi madre y mi padre no podían venir con nosotros. Éramos trabajadores de jornada completa y el trabajo de mi padre en la portería de un edificio en Belgrano lo obligaba a permanecer. Había que cuidar la puerta, abrirla y cerrarla ante los reclamos de los habitantes del inmueble, de los visitantes, de los proveedores, había que sacar la basura, entre otras responsabilidades. Pero, ellas permitían que tuviéramos un techo, nuestro primer baño privado y nuestra primera cocina. No era, entonces, cuestión de descuidar el trabajo. Habíamos mejorado dejando el conventillo de la calle Brasil.

Era hijo único y mi niñez se rodeó de mucho cariño.



Tinta de grabado. (130x110cm.)
Edgardo N. Rodríguez (Año 1990).



Tinta de grabado. (120x110cm.)
Edgardo N. Rodríguez (Año 1990).



Tinta de grabado. (120x110cm.)
Edgardo N. Rodríguez (Año 1990).



Croquis de viaje 20x40 cm. (Acrílico) Edgardo N. Rodríguez (Año 2000).

La decisión de mis padres de permitirme disfrutar de los veranos bucólicos en compañía de mi familia del campo, que era mucha, abrió en mí el espectro de un paisaje diferente tanto en lo afectivo como en lo geográfico.

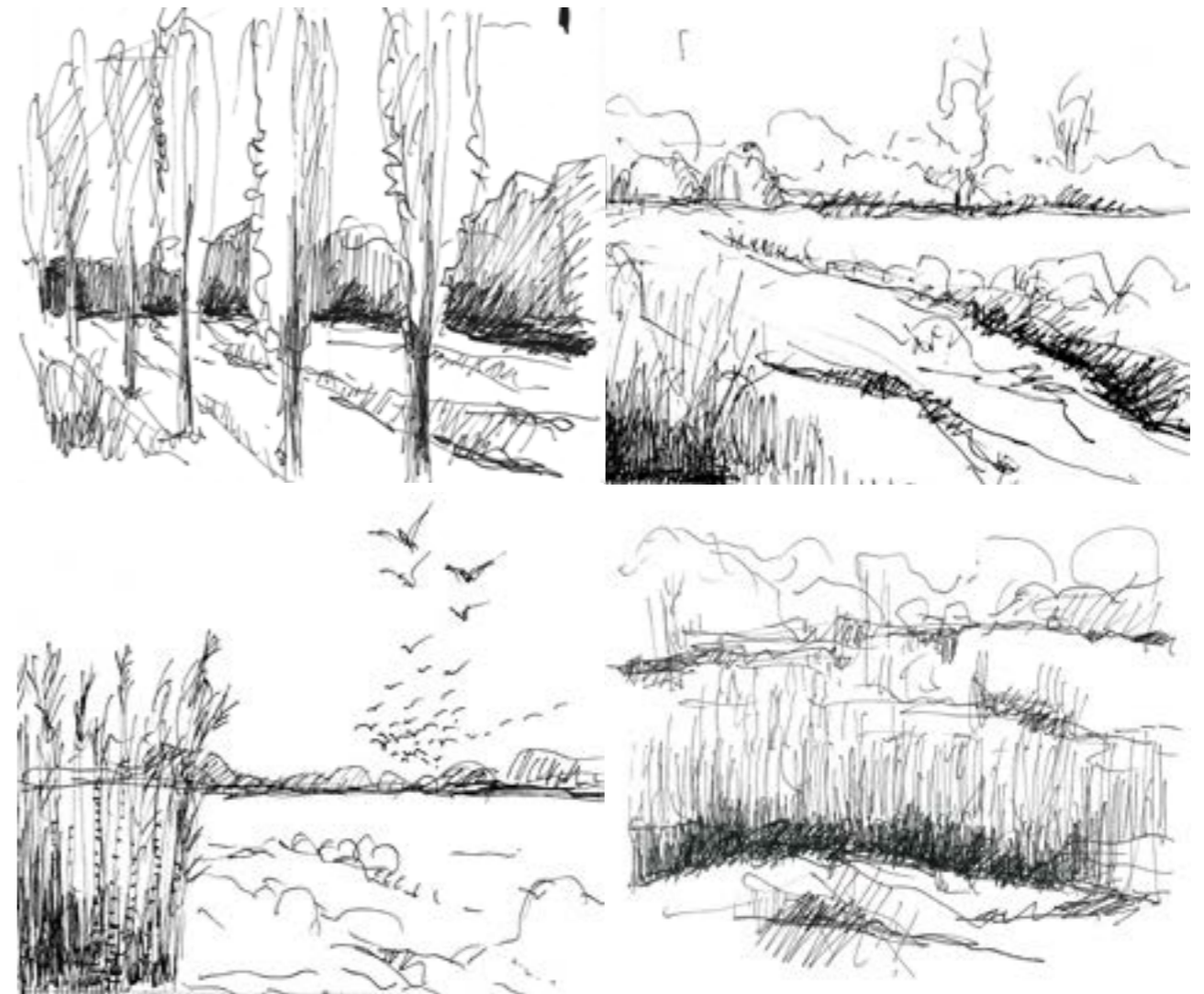
Mi abuela María, como también Maximina, la paterna, fueron mimadas por sus hijos. Y tal vez, por ser mujeres portadoras de una gran energía, aún con sus seis o siete décadas, conservaban la agilidad suficiente para cuidarme. Aquel cúmulo de cariño propio de trotamundos, el de todos ellos, era suficiente confianza para mis padres.

La noche previa al viaje, pernoctábamos en la calle Tacuarí 1370 del barrio de Constitución. Primera

diferencia de ambientes para mí, acostumbrado a la zona de Belgrano, donde veía gente de cierta categoría muy contrastante con mi realidad familiar. La casa donde vivían mis tíos Salvador, el ferroviario, y Blas, el electricista, era un conventillo. Un conventillo con un pasillo largo, desde la entrada hasta las habitaciones del fondo, pasillo que lo separaba de la calle de adoquines.

El cuarto en el que dormía aquella noche junto a mi abuela y mis tíos, tendría unos cinco por cinco metros, y un fuerte olor a comida y a entrepiernas.

Desde la entrada a dicho cuarto, se veía una cama a la derecha, la otra a la izquierda, en el medio de ambas, un bagueño y una mesa. En un costado, una



Croquis de viaje 20x2- cm. (tinta). Edgardo N. Rodríguez (Año 2000).

mesita más pequeña donde apoyaban el calentador de bronce y las vituallas, sobre la pared de la diestra el ropero de madera de roble oscuro lustrado.

Cada vez que iba me encantaba ver las pilchas de mis tíos con sus fungis y sus trajes. Tío Blas, el conquistador de mujeres, a quienes seducía bailando. Tío Salvador, quien las atraía caminando. Amigo este último, de callejeras y alternadoras que lo adoraban.

En cada visita, esperaba encontrarme con el cajón misterioso, para mí era una sorpresa que variaba de semana en semana. El receptáculo donde convivía el pecado de las fotos pornográficas con las estampitas de las más diversas vírgenes. Aquellas estampas azules o sepías que mostraban a pulposas mujeres, parecidas a las del Renacimiento, y a hombres de abundantes bigotes terminados en punta, en diferentes poses sexuales, mostrando sus cuerpos casi totalmente desnudos, sólo adornados con cuellitos de encaje, ellas, y medias con portaligas, los caballeros. La fantasía de ver qué novedad encontraría en el cajón del cuarto de mis tíos alimentaba de excitación mi pre-adolescencia, tal vez, algo temprana.

Esa pincelada inicial era el comienzo mismo de la aventura. Adentrarme en los secretos de los hermanos de mi madre, acérrimos solterones ambos, pudorosos ganadores de mujeres, productores de la quimera del pecado.

Justo enfrente del lugar donde vivían mis tíos había una “amueblada”, antiguo nombre que se daba a las casas de citas, y que aumentaba para mí el misterio de aquella clandestinidad. Me encantaba ver la cara de las parejas que salían del lugar, cargadas de placer y desgaste físico de culpa y disimulo.

En la parte de atrás del conventillo, había una especie de patio central donde vivía la famosa Pepa, una mujer de la vida llena de hijos. Diez, en escalerita, todos de distintos padres, a quienes ella atendía

puntillosamente. Una gran madraza de hábil vagina como para ejercer el oficio más viejo del mundo y criar, al mismo tiempo, a todos esos hijos. Pepa era popular y muy protegida por mis tíos y otros habitantes del conventillo, donde la gente era humilde, pero de un corazón enorme.

Al final de aquel pasillo largo, cuatro habitaciones, el lugar más reservado de la casa y el baño compartido. De él he visto salir a mi tío en bata y atravesar el patio hasta su pieza, delante de una vecina que lavaba la ropa o la tendía en una soga improvisada y comunitaria. Nadie se sorprendía ante este compartir de la intimidad y la vida. Los conventillos de Buenos Aires constituían una felinesca pintura del arrabal.

Un Ford negro nos venía a buscar a la mañana muy temprano, y nosotros cargábamos la canasta con los sándwiches de mortadela, que la abuela María había preparado la noche anterior, más los bolsos con la ropa.

Una vez subidos a los asientos de madera lustrosa del tren, el alambrado lateral resultaba un respetuoso escolta de las vías y era también un límite para la libertad de las bestias. Cielo y tierra constituían el entorno del viaje y yo con el deseo de recuperar mi sombra. Una sombra difícil de conquistar para aquellos que nacimos a las doce del mediodía.

En las barreras, las señales con narices bajas nos daban el permiso de paso, hacia la búsqueda del horizonte.

Una naranja Crush nos esperaba en Tapiales, otra en Bragado. Los exquisitos emparedados que nos acompañaban en el largo recorrido se hacían desear en el trayecto.

Entretanto, el sonido acompasado del crujir de las vías de hierro, de los asientos de madera y el silbido de la alegre locomotora conquistando pampa. Ella era una serpiente articulada con cabeza loca, que



Afiche de refresco Crush.

humeaba por la coronilla la exhalación del carbón convertido en brasas, combustible natural que la alimentaba. Tal era la música que nos envolvía.

Los otros pasajeros, cada uno en sus lugares, hacían rancho y compartían su comida, sus comentarios, de dónde eran, qué hacían, hacia dónde iban. En algunos viajes el vagón era una fiesta, algún criollo tocaba la guitarra y un tano la verdulera, nombre

con el que se conocía al acordeón, se contaban chistes, algunos jugaban a las cartas, al truco o al tute cabrero sobre la mesa improvisada que ofrecía una valija. Descubría en el trayecto un lenguaje distinto al porteño “ahicito nomás” “qué hora son, don”, “voy a donde haiga trabajo vio” y “paguen muncho”.

Nosotros éramos seres aparte. Yo campañaba el campo, y hacía flotar la miraba sobre los trigales listos para ser devorados por las guadañas. O las trilladoras, en el mejor de los casos. Amarillos, lindos, erectos. Felices de haber tragado tanta lluvia, tanto sol y tanta luna.

Las estaciones olían a desinfectante de acaroina¹. En el flanco izquierdo, los grandes galpones adonde se acarrea con las chatas el producto de las estancias, los cereales y los bretes para el ganado. En ellos, yo intuía el contenido de nuestra llanura viniendo hacia nosotros. Me llamaba la atención como esos hombres de vida ruda trepaban por escaleras hechas con fanegas, es decir, con las propias bolsas de arpillera que llevaban dentro el provecho de la tierra. Iban construyendo con la carga sobre el hombro, las parvas, la pila que ascendía una sobre otra. Hombres con olor a cereal y a transpiración. Así los recuerdo.

El suspiro de la locomotora, un shuuuushuuuu, era un sonoro freno pausado, que parecía una bocanada de alegría por este permiso momentáneo para el descanso.

Mi abuela, en su asiento, a mi lado, vestida toda de riguroso luto por el fallecimiento de mi abuelo Nuncio. El atuendo, cerrado en el cuello y más allá de las rodillas, con medias y zapatos de idéntico tono, se completaba con los guantes de encaje negro, que la protegían de supuestos contagios. Mi imaginación me llevaba hasta su ropa interior, seguramente del mismo color fúnebre.

¹ Acaroina: fungicida, bactericida, antiséptico y desinfectante.



Asamblea en la actualidad.



Campo de Trigales y Cuervos. Vincent Van Gogh.

Era una especie de muñeca enorme, casi ballenesca. Una mujer muy alta, de un metro setenta y cinco de altura, aproximadamente, con unos ochenta kilos y estructura ósea pesada, que siempre lucía una capelina con tul negro, como correspondía a las viudas de antes. Sobre su pecho, un collar de perlas blancas, que parecían estrellas girando como bolas locas. Y el rosario, que pasaba de una mano a la otra, con el que rezaba y rezaba sin parar.

Lo que despertaba la curiosidad era la cartera acharolada de mi abuela contrastando con su tapado de Astrakán. Fortuitamente alguna vez la abría para que me envolviera su aroma a jazmines y ver fotos de mi abuelo Nuncio, con estampitas y una foto de Siracusa, peine y cosmética femenina y un pañuelo blanco inmaculado con algún rasgo de rosado sensual.

En algunos momentos me miraba; mientras yo, ensimismado, observaba, curioso, el respeto de los que recibían el tren, los jefes de estación, con escrupuloso uniforme de botones plateados.

En el andén, los habitantes del pueblo esperaban a algún familiar o simplemente, deseaban ver las caras de los pasajeros desconocidos, cual seres de otro planeta o astronautas, aunque fuera tan sólo unos breves minutos, porque ese momento distinto colorearía su rutina. Aquello era lo exótico. El recreo, la distracción. O, tal vez, sirviera para la venta de algunos de sus productos artesanales.

El paso del tren se daba una vez por día hacia el oeste, y la jornada siguiente en sentido contrario, sobre esa pequeña trocha, bocanada de civilización.

—Ecardo, está bene, tenés fame? —pronunciaba con una mezcla de italiano y dialecto, con la simpleza de su ínfima instrucción, adquirida a través del conocimiento oral, ya que no había ido nunca al colegio.

—No abuela, estoy bien— le contestaba.

Y ella, entonces, se sumía nuevamente en su rezo, en su mundo del más allá, comunicándose con Nuncio, con sus padres y sus abuelos, porque estaban todos ellos, allí, en las décimas del rosario.



ASAMBLEA

El pueblo adonde íbamos mi abuela y yo, en esos veranos de familia y afectos, casi no era tal, quizá sólo un caserío, fundado a ambos costados de las vías de la trocha angosta del ferrocarril Belgrano. Fue llamado así en homenaje a la Asamblea General Constituyente del año 1813.

Tan pequeño es todavía, que se ve sólo como un breve punto, apenas imperceptible, en el mapa de la provincia de Buenos Aires.

Asamblea surgió en 1906, en conjunto con la habilitación de la Estación Asamblea, perteneciente al ramal Buenos Aires - Patricios, de la empresa francesa "Compañía General de Ferrocarriles en la Provincia de Buenos Aires", y se inauguró en 1911.

Así como el ferrocarril dio impulso a Asamblea, también ha sido el factor determinante para su aban-

dono. La estación pasó a pertenecer en 1948 al Ferrocarril General Manuel Belgrano (FCGMB), y fue levantada en 1977, por improductiva.

Es una localidad del cuartel V del partido de Bragado. Su ejido urbano se desarrolló alrededor de la nombrada estación, con un único establecimiento educativo, la escuelita centenaria Número 15: "Las niñas de Ayohúma", que actúa sólo como escuela primaria y brinda un servicio educativo inicial mínimo. El lugar tenía un único teléfono, público, ubicado en las inmediaciones de la escuela.

Su principal fuente de riquezas es la producción agrícola. En el último censo fue considerado como un pueblo rural disperso, casi fantasma. Hoy, la estructura de la estación está completa pero abandonada, sin mantenimiento. El cartel está tapado por los pastos. La trocha angosta no se reconoce en el piso de tierra y el edificio, casi devorado por la na-



Estación de ferrocarril Ramón Biau, Chivilcoy.



Sentado en la zorra, mi abuelo Nuncio, yo, mi tío Blas y toda la peonada (Asamblea)



Pasaporte de mi abuelo Nuncio Algeri.

turalidad que avanza sin que nadie la discipline, se ha convertido en un criadero para cerdos.

Mi abuelo Nuncio fue capataz de vía y obra en el Ferrocarril Belgrano. Cuando vino a la Argentina, desde Sicilia, le ofrecieron trabajo en dicho ferrocarril, seguramente, considerando su condición de trotamundos dado su origen zingaro; pero también porque sabía leer y escribir. Entonces y en primera instancia, le asignaron la localidad de Ramón Biau, partido de Chivilcoy, primera estación donde vivió, para luego ir rotando por las distintas estaciones de la línea, para poner en orden los trabajos. Allí estuvo durante gran parte de su vida. Y ahí, en Ramón Biau, nació mi madre, en 1916.

En 1928 lo trasladaron a Asamblea, con mi madre de once años y cuando la localidad no superaba los doscientos habitantes, según esgrimían las estadísticas y, según también, lo que pude averiguar en la revista Historia.

Mi tía Juana, segunda en la escala familiar, nació en Asamblea, y mis tíos Salvador y Blas, en 9 de Julio.

Asamblea tenía su propio destacamento policial, pulpería, carnicería, matadero y viviendas, con una cancha de bochas, pista de cuadreras y cancha de fútbol.

Desde los seis años hasta los dieciséis, aproximadamente, fui de vacaciones al campo los primeros años con mi abuela María. Y pasé por todas las etapas del pueblo, aunque la letanía de la pampa y la distancia de Buenos Aires lo hacían parecer lejano y estático. Pocos habitantes urbanos imaginan lo que es la vida en ese ambiente, en el contacto pleno con la naturaleza, que en muchos casos domina y dificulta. Pocos también conocen, por ejemplo, lo que significa una parición de noche, bajo la lluvia, con un ternero viniendo de nalga y con la necesidad de ensillar al caballo, único auxiliar del hombre de campo, para que tire con sogas del cuerpo del nonato, y se



Certificado de conductor de Zorra de mi abuelo Nuncio Algieri.



Hogar cocina donde acunaban a mi madre.
(Estado abandono)



De Izquierda a derecha mi tío Santiago, mi primo Jorge. Yo y mi prima Norma abajo, el sulky y la yegua Tita.

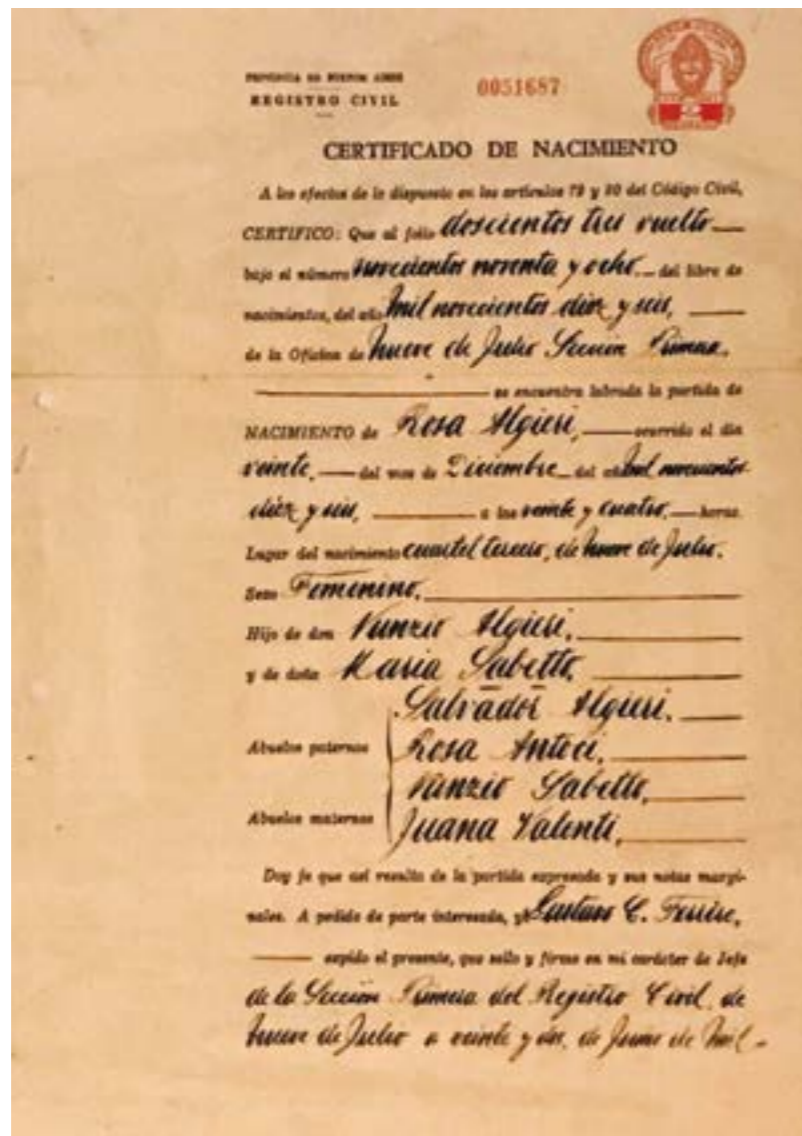
produzca con éxito el alumbramiento. Ardua faena de tracción a sangre, salvadora de dos vidas. Vidas importantes en el ambiente rural.

Cuando el tren que nos llevaba a mi abuela y a mi arribaba a Asamblea y bajábamos los escalones metálicos de la formación, nos recibía mi tío Santiago con un gran abrazo, muestra efusiva de su afecto.

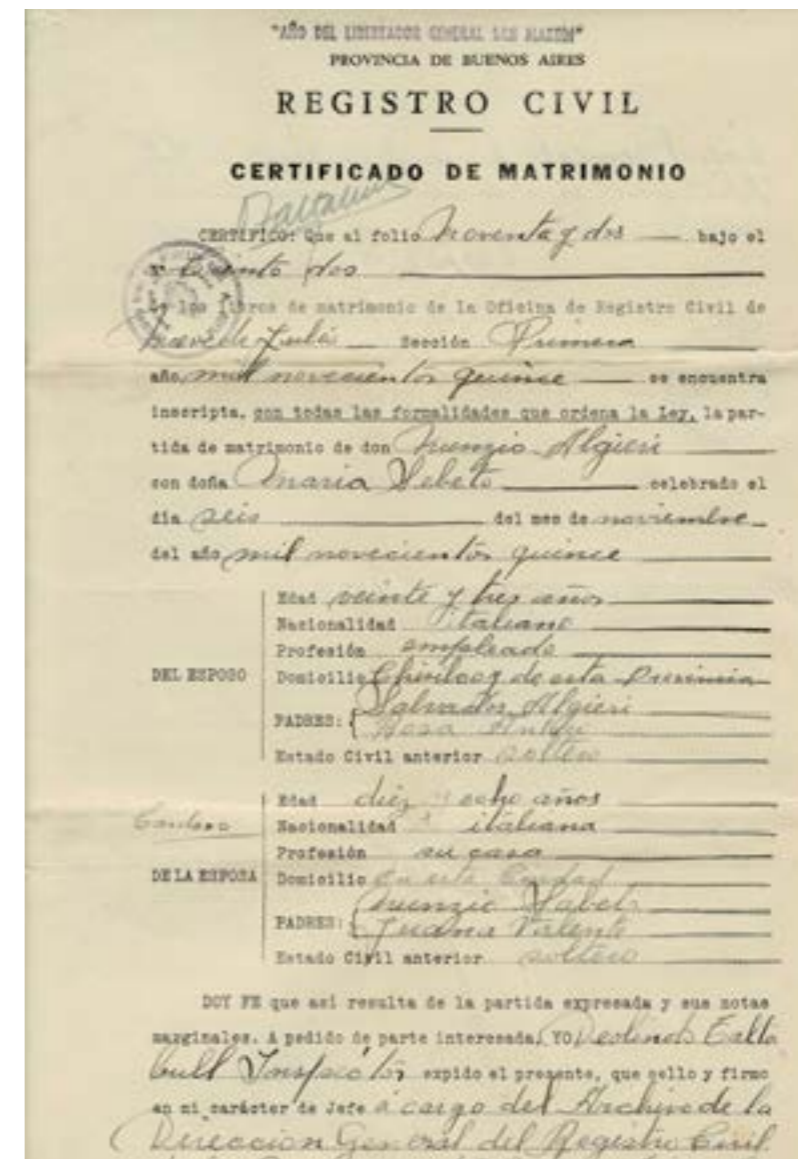
—iEdgardito, cómo has estado, mi porteñito! —saludaba mi tío.

Perfumado, pulcro, recién bañado, era quien, por lo general, nos venía a buscar con el sulky. Debíamos cruzar la vía, para acceder a la tranquera y al campo de mi tío.

Desde la tranquera visualizaba a mi yegua Tita, inmaculada, elegante, sedosa, la que me esperaba con sus ancas sensuales, casi femeninas, para llevarme al paso o al trote hacia un destino de travesuras. Tita era un animal de paseo y de tiro y, a veces, la hacían actuar como nochera. De ésas que quedaban atadas, con apero, por cualquier emergencia nocturna. Único medio para pedir ayuda. Mucho más adelante, mis tíos se compraron un jeep.



Certificado de nacimiento de mi madre 20/12/1916. Anotada 9 días después de nacida, nació el 11/12/1916.



Certificado de Matrimonio de mis padres (3/2/1915).



Estación Ramón Biaus (Chivilcoy - Pcia. de Bs.As.) Casa del capataz de Vía y obra, estado actual, donde nació mi madre.
Croquis de viaje 20x40 cm. (Tinta) Edgardo N. Rodríguez. Año (2010).

También estaban allí, para recibirnos, mi tía Juana, que era mi madrina, y mi abuelo Nuncio, mientras vivió. Mis otros padres y mis otras madres, como los recuerdo siempre.

Mi primo Jorge, único hijo de tía Juana y tío Santiago, aunque seis años menor que yo, fue mi compañero de andanzas por esos años. Él era un gran conocedor de los secretos del campo, los que yo, siempre atento, estaba ávido por aprender.

Lo más divertido del recibimiento era subir a mi abuela al sulky. Había que poner el hombro, el pecho y las ganas. Hacerla sentar en el medio para no galguitar los elásticos. Y después, ¡había que bajarla!

Me impresionaban los aleteos de las aves en el

campo. La baba verde de la laguna, con los juncos y los camalotes, y toda esa maraña de microorganismos que servían de alimento a patos, gallaretas, cigüeñas y garzas. Comenzaba a gozar de la vista y del pensamiento de que después podríamos ir a pescar allí mojarras. Un poco más lejos, los trigales y los maizales maduros, esa alfombra amarilla mecida por el viento suave. Y el rancho. El rancho de adobe, con piso de tierra. Dos dormitorios y un salón grande para cocinar y comer y una galería cubierta. Los techos, de chapa.

La cocina económica era alimentada a marlo. Recuerdo uno de los paseos más alegres, a Bragado, en el sulky, distante casi a veinticinco kilómetros, para



De Izquierda a derecha mi primo Jorge, Yo y la tranquera.

comprar la levadura de cerveza que se transformaría, junto a la harina de trigo, en sabrosas pizzas elaboradas por mi tía. Las cocinaba allí, mientras que la crujiente y aromática espiga de maíz sin granos chisporroteaba entre las brasas, y perfumaba el ambiente. Era el combustible más común.

Otro acontecimiento que generaba algarabía era la llegada del acopiador de Don Mateo, con su carreta tirada por tres caballos que se bamboleaba como mareada y perezosa llena de canastos, con algunos perros tenaces que la escoltaban. Un tintineo de campana de bronce de la yegua madrina alegraba al andar.

Se detenía en la tranquera y ahí íbamos presurosos mi tía y mi primo Jorge.

Don Mateo tenía mercadería que en la pulpería no había: porotos, yerba, azúcar, especias, ropa de campo, canastos y sillas de mimbre.

Existía el trueque. La tía Juana le daba huevos frescos que cada atardecer recolectábamos, y fruta a cambio de mercadería.

Don Mateo bajaba, descansaba a la sombra mien-

tras mi tía le daba agua, algún emparedado, y luego seguro se lo tragaba el camino.

El olor a verde picante del entorno me entraba por las fosas nasales. Porque la naturaleza que nos recibía se enardecía a nuestra llegada. O, por lo menos, yo lo sentía así. Verde picante el entorno de las primeras jornadas. Un picante de alegría. Un convivir con aquellos aromas campestres, recuperados para mis sentidos, con la tierra más pura, las retamas, las acacias, las resinas, y los eucaliptos. Y el ritmo de los pájaros. Tan libres.

La bomba del agua era externa y allá nos turnábamos, para sacarla con baldes de manera manual. Regar la quinta con el agua fría y beber de esa misma canilla.

La luz eléctrica no existía. Había alcuza² que se prendían en los anocheceres, portadoras de un juego de sombras.

La vida del campo también tenía sus inconvenientes: el baño, por ejemplo. Un excusado afuera de la casa, alejado, para que no lleguen los fuertes ácidos de los orines, ni los olores de las deposiciones. Todo un tema era este trámite para un porteño acostumbrado a un baño normal en mi casa de Belgrano. La letrina estaba acompañada de una nutrida población de moscas. Y para evitarlas nos mandábamos la travesura de hacer nuestras necesidades mayores en las inmediaciones del campo, para rezongo y maldición de mi tía.

Muchas veces, hemos sido, Jorge y yo, proveedores del alimento para los gatos, que esperaban nuestros pajaritos. Los pobres bichos cazados con una hondera, la que alimentábamos con balines obtenidos de pedacitos de metal redondeados a los golpes



Croquis de viaje 20x40 cm. (Acrílico). Edgardo N. Rodríguez . Año (2000).

² Alcuza o alcuzina: Especie de farol, hecho de chapa, con un recipiente en la base, para contener el aceite u otro combustible que mantiene encendida una mecha central y que se cubre con una tulipa de vidrio. Artefacto que produce luz.

de maza o martillo, en el galpón de las herramientas y los arados. Cuando algún día me pueda confesar, pediré perdón por esto.

Las habitaciones de la casa eran dos, en una dormían mis tíos con Jorge, sobre todo, en los primeros años; y en la otra, mi abuela y yo en la misma cama camera.

—Lavati mani, lavati pie, per favore —me exigía la abuela María cada noche antes de acostarnos—. Lavati mani, lavati pie —repetía.

Y yo me despertaba, en las madrugadas, con un ruidito de agua cayendo, lo que me hacía pensar en la lluvia, hasta que me daba cuenta de que era mi abuela, vertiendo aguas en el bacín de lata enlozada que descansaba debajo de la cama, de su lado, esperando esas cascadas nocturnas. Insisto, el baño estaba lejos. Pero yo prefería hacerme el dormido, y trataba de cerrar fuertemente los ojos y las narices.

Una venganza infantil le infringimos a la abuela, mi primo y yo. Creo haber sido el ideólogo. Nos encantaba jugar a hacer máscaras con las sandías vacías. Le poníamos una vela adentro, para darle vida. Hasta que descubrimos que, cayendo la tarde, la abuela María iba al excusado. El mismo tenía una pequeña ventanita triangular. Allí acomodamos la máscara y cuando cerró la puerta, prendimos la vela.

La abuela empezó a gritar:

—iiCuanita, Cuanita, fantasma, fantasma, per favore!!

Nosotros ya habíamos huido muy lejos, rápidamente, cuando llegó la hija a auxiliarla del aparecido.

Ambos y juntos parecíamos tomar estado de sitio del lugar. Preparar el quehacer de la jornada, cada mañana, era adueñarnos del entorno que se avenía a recibir nuestras travesuras. Una de ellas, recuerdo, fue durante una siesta. En el campo, la siesta es un alto obligado, sobre todo en los veranos calientes. Nosotros escapábamos por la ventana de la habita-



“El truco” de Florencio Molina Campos.

ción. No había que perder el tiempo. Aquella tarde, buscando qué hacer, encontramos una botella de vino empezada. Luego de tomar unos sorbos, pequeños “toques de distinción” que por suerte no hicieron mella en nuestra lucidez, echamos el resto del contenido en los bebederos de las gallinas. Cuando tía Juana se levantó, empezó a llamar a su marido:

—¡Santiago, Santiago!

—¿Qué pasa? —preguntó él, ajustándose los pantalones.

—¡Mirá, nos agarró la peste de las gallinas! —exclamaba Juana con voz de gran preocupación.

Nosotros, que descansábamos de nuevo en el cuarto, no podíamos parar de reír. Efecto del alcohol o de la picardía, pero lo cierto es que las gallinas estaban todas desparramadas por el piso de tierra, sin poder mantenerse en pie. Para la noche, ya estaban mejor cuando las guardamos en el galpón, como de costumbre, para que no se las comieran las comadreas.

Uno de los paseos más esperados era ir a la pulpería. Tía Juana nos preparaba los caballos: Tita, la sensual, y Yatasto, el padrillo de mi primo. En las tardes, tío Santiago nos acompañaba. Los tres a caballo. Jorgito con siete u ocho años, ya montaba bien; y yo, había aprendido. Todos los días, a pesar de que

hubiera siembra o cosecha, el tío se cambiaba y rumboábamos para Asamblea.

La pulpería era una estampa semejante a los dibujos de Molina Campos. Los hombres del pueblo se reunían allí, ceremonialmente, más o menos con la misma apariencia, con sus bombachas ajustadas a los tobillos y sus alpargatas negras. Jugaban al chinchón o al truco, hasta entrada la tardecita. Al lado de cada mesa de la timba, otra, acoplada, con la típica botella de Cinzano y soda.

Mi tío me convidaba Cinzano, pero me hacía señas para que mantuviera la discreción. No había que contarles a las mujeres de la casa. Si Jorgito le decía que él también quería probar el vermouth, mi tío le contestaba que espere hasta llegar a mi edad. Y yo me sentía grande, parte de esa gente, mientras en el próximo sorbo percibía el frescor del líquido ingresando a mis vísceras masculinas e importantes.

Mi tío Santiago fue mi primer padre en el alcohol.

Desde el silencio de las mesas, cada tanto un itrucó! ¡quiero! ¡quiero retrucó! ¡quiero vale cuatro! O, también ¡chinchón!, mostrando las cartas, entre carcajadas de dientes ausentes. Payadas viriles en medio de un público pueblerino que compartía la alegría inocente de las tardes de pulpería.

Lo más duro que vi en el campo fue una riña de gallos. Ilegales, prohibidas, sangrientas. El único policía del pueblo sabía. Era un rubio robusto, de nariz colorada y piel translúcida, contrastante con la gente del campo. No tenía cómo procesar a los trasgresores. Entonces, miraba para otro lado, mientras él también se prendía a las partidas de truco. El calabozo, siempre vacío, se dejaba ver con la puerta abierta a los transeúntes que pasaban por la vereda de la comisaría.

En la misma cuadra, estaba la carnicería. De allí, solíamos ver cómo salían los cuerpos inertes de las

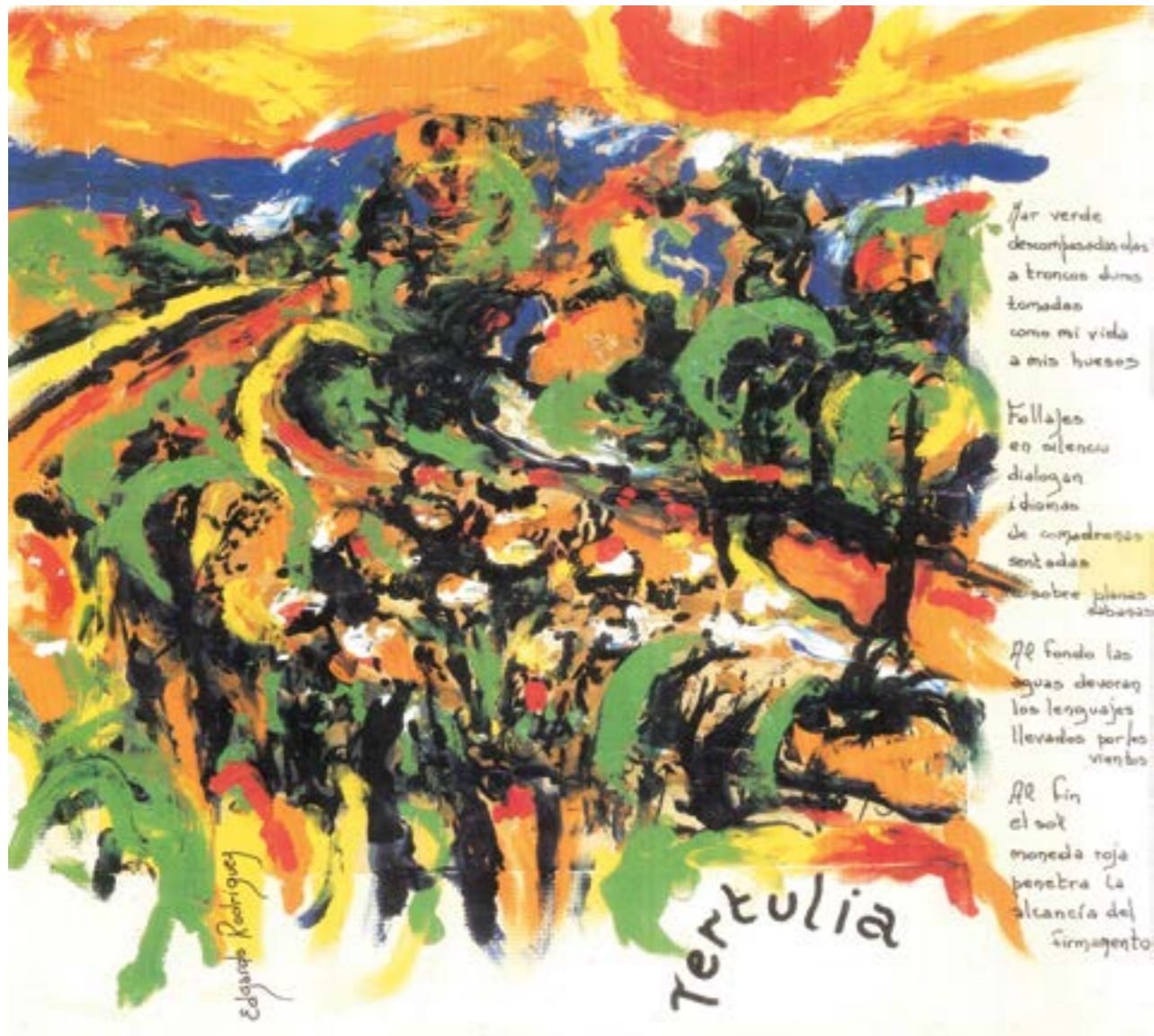
vacas, recién sacrificadas. Sangrantes casi, abiertas al medio, con nuestros ojos posándose en su universo biológico, aún latente. Me impresionaba. Pero aun así, esperábamos las achuras, que debíamos llevarle a tía Juana, quien comenzaba a preparar tempranito el fuego alimentado a marlo y a leña. La fogarata, como un volcán en erupción en medio de la noche incipiente, se veía y se oía, por el camino, antes de que llegáramos.

Mi tío se quedaba jugando en la pulpería y nosotros, que no aguantábamos tanto tiempo la quietud del juego, allá nos íbamos con la futura cena en las alforjas. Subidos a los caballos, uno abría la tranquera y el otro la cerraba. En medio de esa tarea, ya pensábamos en la exquisita tripa gorda y el sabroso riñón que comeríamos más tarde.

En esos paseos, yo me preguntaba por qué los animales irían solos a la querencia. Si yo aflojaba las riendas, era Tita la que me llevaba, sin equivocarse. Y la dejaba. Se lo permitía porque me encantaba sentirla libre, como yo me sentía allí, en Asamblea, con mi familia.

En una ocasión, perdí las achuras por el camino. Mi alforja tenía un agujero y no me había dado cuenta. Imposible volver para atrás a buscar. Los perros se habían dado un festín con el producto de la res. Entonces, mi tía, portadora de soluciones, resolvió rápidamente cocinar al ganso de la casa. Guzmán fue el sacrificio a los dioses del fuego. Lo habíamos criado nosotros, mi primo y yo. Pero tía Juana le tenía ganas hacía tiempo. Le dobló el pescuezo, y en algún lugar, que no vimos, le sacó las plumas y lo evisceró rauda, para tirarlo sobre la parrilla. ¡Carne dura la del ganso!, aunque para el hambre, no hay pan duro. Chau, Guzmán. Y gracias. Esa noche fue mi primer curda.

Me costó entender que se criaban animales con el amor chacarero para después comerlos.



Tertulia Poesías ilustradas de mi libro *Rastros* 40 x 40 cm. (Acrílico). Edgardo N. Rodríguez. (Año 1996).

Entendí con el tiempo que eran la convivencia respetuosa en la escala evolutiva de la vida, querer, respetarla en los sacrificios para satisfacer a través de la muerte que continúe la vida. La convicción chamánica, querer en vida al animal para luego expiar la culpa de haberse apropiado de su existencia en las generaciones ceremoniales y totémicas.

Se repitió la misma intriga cuando surgieron las preguntas de mis hijos Solange y Dago cuando traíamos algún animalito sacrificado en la quinta que teníamos en La Reja, Partido de Moreno.

Sensaciones olfativas me vienen mientras recuerdo, y el recuerdo de las papilas con las diferentes carnes cocidas sobre las brasas cotidianas. Diferentes gustos debido a los diferentes humos, claro está.

Para el beneplácito de nuestra imaginación, muy cerca estaba La Florida, una estancia abandonada. Un rayo había caído sobre un eucalipto y había destrozado varias habitaciones. Para nosotros, que correteábamos por ahí habitualmente, era como un



Jarrón de mi tía Juana (Óleo 35 x 50 cm.) A mis 12 años. Edgardo N. Rodríguez Año (1954).

castillo, un fuerte, una ciudadela llena de palomas y misterio. Nos salían al cruce las perdices y las martinetas. Y ahí jugábamos y nos asustábamos, pero huíamos del lugar cuando bajaba el sol. Hasta la tardecita nos duraba la valentía. Mucho más grandes, ya en la adolescencia, algunas veces, cazábamos con rifles de aire comprimido las pobres aves que entraron en la historia del escabeche. Y yo, como me encantaba dibujar, me escapaba allí a retratar ese espacio y sus palomares.

En la Florida sentía el tenaz aroma de los eucaliptos, en el monte salvaje la respiración de las nubes y de los árboles que se movían bajo el cielo resbaladizo, la libertad de los pájaros sin sombras y sin cementerios, caminar sobre un colchón de hojas crujendo fastidiosas.

Todo me impresionaba en el campo. El campo que conocí y disfruté en Asamblea. Observaba la transpiración de la gente, las camisetas pegadas al cuerpo luego de cargar las fanegas, el sudor de los animales,



Palomares estancia La Florida (Óleo 35 x 50 cm.) A mis 12 años. Edgardo N. Rodríguez. Año (1954)

de los caballos esforzándose en su tracción a sangre, y la tracción a sangre de los hombres doblados sobre el surco. Creo que llegué a envidiarlos, a envidiar esa camisa sucia de tierra y exudación por la actividad, que era resultado de su trabajo. Yo era un nenito pulcro de ciudad y ellos, la naturaleza en sí misma, a pleno.

Me impresionaba la dimensión que tomaban las distancias en ese espacio abierto. Los contrastes de sonidos y de aromas. Los trayectos, siendo cortos,

eran enormes sin embargo, porque el horizonte amplificaba el paisaje. Las noches eran oscuras, aunque estuvieran pobladas por cientos de estrellas que parecían caer sobre nosotros si, acostados en el pasto, panza arriba, nos quedábamos ensimismados ante esa bóveda negra. Ella parecía que se caía, y entonces, teníamos la impresión de levitar, transportados cada uno hacia el infinito universo negro. Infinitamente negro.

III FLUIR DE LA CONSCIENCIA

Vías del ferrocarril en silencio. Un instante atrapado en la foto. Un espacio. Un segundo. Cada ser es una poesía perpetua en mi recuerdo. En cada retina los contengo. Los acaparo en mí y los retengo unidos y bellos detrás de su sonrisa de pájaros. Telón de verde el fondo que huyó de la ciudad. Cada uno un nombre. El reconocimiento propio e individual. Necesario. Legal. Registro identificadorio.

De izquierda a derecha. Santiago, blanco, colorado, impecable. Amante y trabajador. Cómplice varonil de la pulpería. Juanita madre, madrina dulce, bella y joven. Piel de porcelana. Jorge bebé, primo/amigo. Únicos. Tu voz y la mía, fuentes que quedan para contar. Vertientes de la memoria. Salvador, maquinista. Asfalto, sin embargo. Calzada y mujeres. Putas. Hembras con quienes no comprometerse. Abuela María, madre. Afecto profundo. Analfabeta. Llena de amor con los ojos celestes como el tiempo. Nuncio trotamundos. Hecho distancia entre vías. Lavador de pies. Enamorado eterno. Blas, tanguero, amigo de Virulazo. Padre, palabra, generosidad, protección. Madre, reina de belleza. Ternura. Seno. Alegría.

Se unen todos en mí, y ahí estoy, entre todos y con todos, recobrándolos de nuevo, abarcándolos, con ese cachito de vida que nos robó la cámara. Pero juntos. Sosteniendo el paisaje que nos abraza. Que nos dio aire. Que siempre nos dio sol. Amándolos de nuevo, mientras los rememoro, los observo entre neblinas. Y me veo pequeño, de traje. Pañuelo prolijo al bolsillo. Con este privilegio de volver allí, a la vía. A ese silencio. A ese instante atrapado que nos perpetúa. Que nos contiene. Juntos.



Mi tío Santiago, mi tía Juana con Jorge en su regazo, mi tío Salvador, mi abuela María y mi abuelo Nuncio.
Abajo: Mi tío Blas, mi padre Rafael, mi madre Rosa y Yo.

9 DE JULIO

Así como Asamblea, Partido de Bragado, fue el lugar en el mundo de la familia de mi madre, 9 de Julio, en la misma línea del ex Ferrocarril Central Argentino, lo fue para mi padre y la suya.

Hasta determinada edad yo era acompañado por mi abuela María a Asamblea. Seguí viajando al campo hasta los dieciséis y cada verano fue una etapa crucial en mi crecimiento, lleno de experiencias y posibilidades de aprendizaje. Repartía mis vacaciones entre mis dos familias, y a medida que me llenaba de adolescencia, prefería subirme a dicho ferrocarril y, desde Asamblea, pasar a 9 de Julio. Allí, había más movimiento en la edad de la despreocupación y las relaciones entre pares.

Ésta que es hoy una ciudad, en los tiempos de mis abuelos era un poblado, una aldea de edificaciones bajas con algunas cuantas cuadras de asfalto y un entorno también rural.

Fue fundada como campamento militar en 1863, y se lo llamó entonces: "Fortín Tres Lagunas". El jefe de la frontera era el Coronel Julio de Vedia que partió desde Bragado con el objetivo de frenar los ataques de los indios ranqueles que asolaban, por entonces, la zona de 25 de Mayo y aledaños.

El cacique era Calfucurá y la zona desde donde partían para sus embestidas era conocida como Cla Lauquén, que significa, precisamente, Tres Lagunas. Los jefes del ejército tomaron este punto estratégico y fundaron allí un campamento al que denominaron 9 de Julio. A partir de entonces y con el tiempo, dicho campamento se transformó en poblado. Más tarde, el poblado creció con el advenimiento del ferrocarril que trajo población civil y progreso.

También ayudó a su formación, una de las prime-

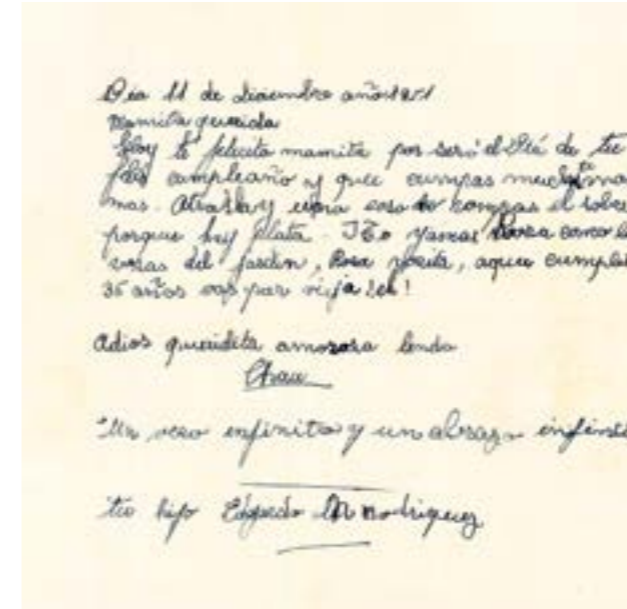


Estación de tren de 9 de Julio en la actualidad.



Cartel indicador de la estación 9 de Julio en la actualidad.

ras logias masónicas, la llamada Logia de la Igualdad, creada por el Coronel Julio de Vedia, hermano político de Bartolomé Mitre, en 1878.



Carta escrita a mi madre (11/12/1951).



Carta escrita a mi madre (11/12/1951).

Los dos lugares bonaerenses que contuvieron a mi familia grande fueron, básicamente, espacios de actividad agrícola y ganadera. La diferencia entre un lugar y el otro, fue que 9 de Julio superó el villorrio, característica en la que se quedó, definitivamente, la localidad de Asamblea. Hoy abandonada a su suerte por el levantamiento de ese ferrocarril tan importante en mi vida y en la de mis abuelos.

Estar sin mis padres durante mis largas vacaciones me hacía, sin duda, extrañarlos. Me comunicaba con ellos a través de cartas manuscritas, único medio de entonces para comunicarse. Sobre todo, le enviaba cartas a mi madre, las que ella contestaba con puntilliosidad. Para ser del todo veraz, yo pensaba mucho en ellos, pero no en la necesidad de estar, físicamente a su lado, sino más bien deseando que ellos pudieran estar conmigo. Es decir, no extrañaba el lugar de mis padres, no extrañaba la portería, porque sin querer, yo sentía que no era propia y que allí, no tenía la libertad de decidir. En la portería no éramos señores ni "Don", ni nadie, éramos Rosa, Rafael y Edgardo, miembros, casi invisibles, de un Belgrano de aristocracia respetuosa, sí, para muchos, y para nosotros, de pobreza digna.

Para mí, el campo era otra cosa. Era un escenario diferente. Yo quería que mi padre se liberara con el grado de libertad que tenían todos mis tíos. Así me sentía yo en ese ambiente. Y la ciudad daba la sensación de sometimiento. Un sometimiento en espacio y también en tiempo. A esa escala del tiempo que no era propio, porque pertenecía a la obligación. A no poder dejar la portería, ni a poder tomarse vacaciones cuando desearan, porque en definitiva, ellos también eran del campo.

Y yo los veía como habiendo perdido la libertad. La libertad de ese espacio físico, de esos ruidos, esos olores, ese contacto con la naturaleza que yo ganaba



Serie "Caos Urbano". Técnica Mixta 150 x 150 cm. Año (2017).

cada verano. Los amaneceres más largos, la hora sin reloj, sólo intuita por las inclinaciones de la luz y por sus tonalidades. Donde daba gusto sentir que el aire era denso, fresco y que llenaba de estímulo, de optimismo. Donde la gente no estaba cansada, sino que tenía una vida más plena.

Eso me hubiera gustado compartir más con mis padres. Y transmitirles "in situ" lo que yo veía en mi infancia respecto de los tres espacios visiblemente distintos: la urbanidad de Belgrano y su entorno impersonal, el campo de Asamblea, a la vera de la estación, con su horizonte eterno, y la ciudad de 9 de Julio, un semipueblo, con edificaciones bajas y más

allá, otro campo, otro horizonte abierto. Ésas eran las escalas diferentes que yo percibía.

A Buenos Aires, la gran ciudad lejana, llegaban los productos elaborados, las carnes despostadas, preparadas muchas veces en sus cortes, los huesos en sus habitáculos, las achuras empaquetadas, las leches envasadas, etc. Pero, en 9 de Julio se producía el paso intermedio. El lugar donde yo podía comprender y observar todos los procesos. En Buenos Aires, la despersonalización del hombre y del alimento. En 9 de Julio, la naturaleza metiéndose dentro de las casas.

En esta ciudad donde nació mi padre y sus doce hermanos, la proliferación de un comercio básico marcó las diferencias. Le dio una fisonomía de mayores posibilidades. 9 de Julio tenía Municipalidad, Sociedades de Fomento, Iglesia, Escuela y Hospital, en las cercanías de una plaza central que daba nacimiento y extensión a las cuadras en damero casi perfecto. En 9 de Julio, lo constructivo fue determinante, y se hizo tanto para los vivos como para los muertos. La Sociedad de Socorros Mutuos fue creada por las comunidades española e italiana, quienes edificaron maravillas arquitectónicas. Lo mismo para el cementerio, con sus panteones, bóvedas y nichos, lujosos y ornamentados.

En Nueve, como le decía a mis tíos, era un pueblo orgulloso de sus nativos y de sus descendientes. Fue un orgullo para ellos que Edgardito se recibiera de Arquitecto, apareció este acontecimiento publicado para conocimiento de los nuevejulienses en el Diario Oficial.

Los sonidos urbanos eran las campanadas, el trotar con el tlac-tlac regular de los cascos de los caballos, el ruido metálico de las llantas de los carros, el alto-parlante sobre un coche con la propaganda de los negocios "compre en las Tiendas Gálvez, liquidación

de ropa de campo", "hoy baile en el Centro de Empleados de Comercio, damas gratis", "con la orquesta de jazz Los Dinámicos de Bragado, la gran figura de la noche la Orquesta Típica de José Basso", "La Banda Municipal toca hoy en la plaza a las 20 horas" y así se perdía en el silencio de la tarde la voz estridente del locutor. Era la voz de la comunidad, aún hoy cuando en mis viajes veo este tipo de publicidad me remite a mi 9 de Julio querido.

En la casa quinta de mi abuela, las flores se cuidaban con mucho esmero. Yo ayudaba a mi tía a mantener el jardín vivo y a sostener esas flores que llevábamos los domingos al cementerio. Esto era casi un circuito turístico. Íbamos a ver al tío Fulano, al tío Mengano, al otro tío, a los parientes de mi abuela, y hasta a los vecinos. Además de la tumba de Eduardo Moledo, claro.

Había muchos fallecidos de la época de la fiebre amarilla, viejas sepulturas desvencijadas. Algunas de ellas, rotas y semiabiertas, mostrando los despojos de los ataúdes. Yo espiaba, mientras trataba de recorrer los restos óseos de aquellas antiguas anatomías y me imaginaba, con recelo, ese umbral como una película de terror. Luego, le preguntaba a mi abuela si me podía contagiar de la fiebre amarilla.

—Pues, no, niño. Esos bichos han viajado con aquellas almas al cielo —me respondía.

Y así, sublimaba, revertía la situación del espanto.

El recorrido empezaba en la entrada, con un Padre nuestro o lo que nos saliera, ante el Cristo que nos recibía, y en cada lugar donde mi abuela recalaba, me hacía persignar y musitar una nueva oración especialmente dedicada al finado en cuestión. En ese entonces, para mí, todos desconocidos.

Una bóveda que también me impresionaba era la que correspondía a los fallecidos de la Fragata Fourrier. Le pregunté a mi padre qué había sucedido con

dicha Fragata. Y me contó que naufragó en las aguas del Estrecho de Magallanes, cerca de Punta Arena, probablemente en la noche del 21 al 22 de septiembre de 1949, tal vez por la niebla de esa zona, los fuertes vientos que provocan siempre olas enormes y que, dedujeron los expertos, provocaron que chocara contra alguna roca no marcada en las cartas marinas. No hubo sobrevivientes. Unos pocos cuerpos de entre los 77 marineros fueron recuperados, unos veinte días más tarde. Sólo ahí pude concientizar que a mi papá, que fue marino en el servicio militar, podría haberle pasado lo mismo.

Ese cementerio se llama Los Pinos, porque está lleno de esos árboles que altos, cercanos, majestuosos, componen un sonido especial cuando el viento los hamaca. El silbido que producen me crea un estado subliminal cuando aún hoy voy a llevarle flores a mi padre. En ese lugar, hasta el silencio es música para mí, y siento que esas ancestrales coníferas de ramas sólidas, hace tantos años que están allí, que nos conocen a todos, y que rezan también con nosotros, mientras les hacen compañía los difuntos.

La familia de 9 de Julio estaba formada por mi abuela Maximina y mi abuelo Félix quienes tuvieron trece hijos, de los que conocí a diez, ya que tres habían fallecido mucho antes de que yo naciera. Mi padre fue el mayor de todos, quien vino a Buenos Aires a cumplir con su servicio militar en la Armada, y se quedó definitivamente, afincado en la Capital.

Cuando yo iba de vacaciones a 9 de Julio paraba en la quinta de mis abuelos. El terruño que lograron comprar con la ayuda de mi padre. Una vez concluida su obligación con la patria, papá comenzó a trabajar en Buenos Aires y, con rigor, envió fondos a sus padres para que dejaran de ser nómades, para que se afincaran en esa tierra que los había vuelto a unir en el reencuentro, después de que mi abuelo



Artículo destacado del diario *La Prensa* haciendo referencia a la localidad de 9 de Julio (20/10/1963)



Foto satelital actual de 9 de Julio.

viniera a la Argentina como polizone desde la lejana Castilla la Vieja.

Cuando iba de vacaciones a 9 de Julio tenía, entonces, dos lugares de referencia, la quinta que quedaba sobre el Camino Real y la carnicería de mis tíos. Y tenía, además, otras dos madres cariñosas que me cuidaban y me daban su afecto: mi abuela Maximina y mi tía Piturri.

Dos de mis tíos, Becho y Fermín, que vivieron siem-

pre en esa ciudad, si bien se habían dedicado a las actividades del campo en sus inicios, se asimilaron más a lo urbano y al comercio después, e instalaron una carnicería sobre la calle Vedia, la principal.

Llamábamos Piturri a Magdalena, tal era su verdadero nombre. Ella era soltera y la que me planchaba la ropa con detalle para que fuera a bailar al pueblo, en mi adolescencia, a demostrar mis dones para el tango, aprendido de mis otros tíos, Blas y Salvador.



Con mi madre Rosita, mi abuela paterna Maximina y mi padre Rafael.



Maximina y Felix.

Aproveché mucho esa etapa de mi vida. Era mirado especialmente, en ese pueblo pequeño donde todos se conocían. Las muchachitas del lugar me veían como un chico apetecible. Tal vez, fuera mi tonada o aquella habilidad para el baile que menciono. O quizás, solamente, por ser el forastero.

La soltería de mi tía Piturri se vio interrumpida en el pescante de su vida. Oscar era un hombre robusto, asiduo visitante de la quinta de mis abuelos. Siempre le llevaba regalos a mi tía. En una ocasión, me salió decirles a mi abuela y a ella, que Oscar estaba enamorado:

—¿Por qué no cedes tu virginidad de una buena vez, tía?

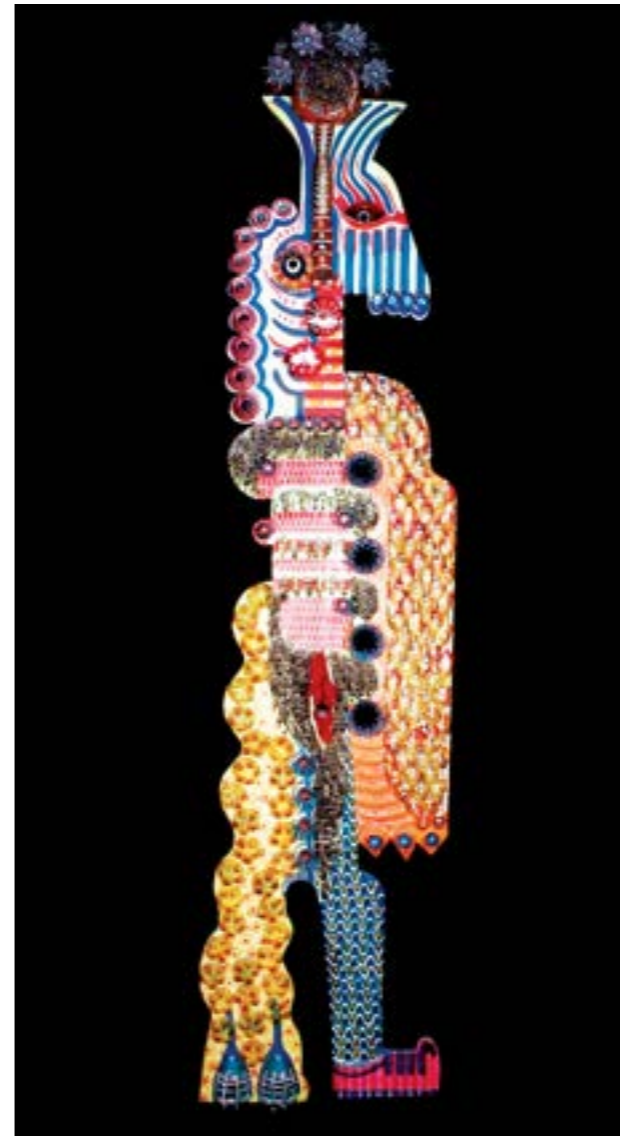
Mi abuela se sorprendió, como primera reacción, ante mi ocurrencia, pero después apoyó mi posición

y, como por arte de magia, al poco tiempo se casaron. Fueron ellos los últimos que vivieron y murieron en la quinta.

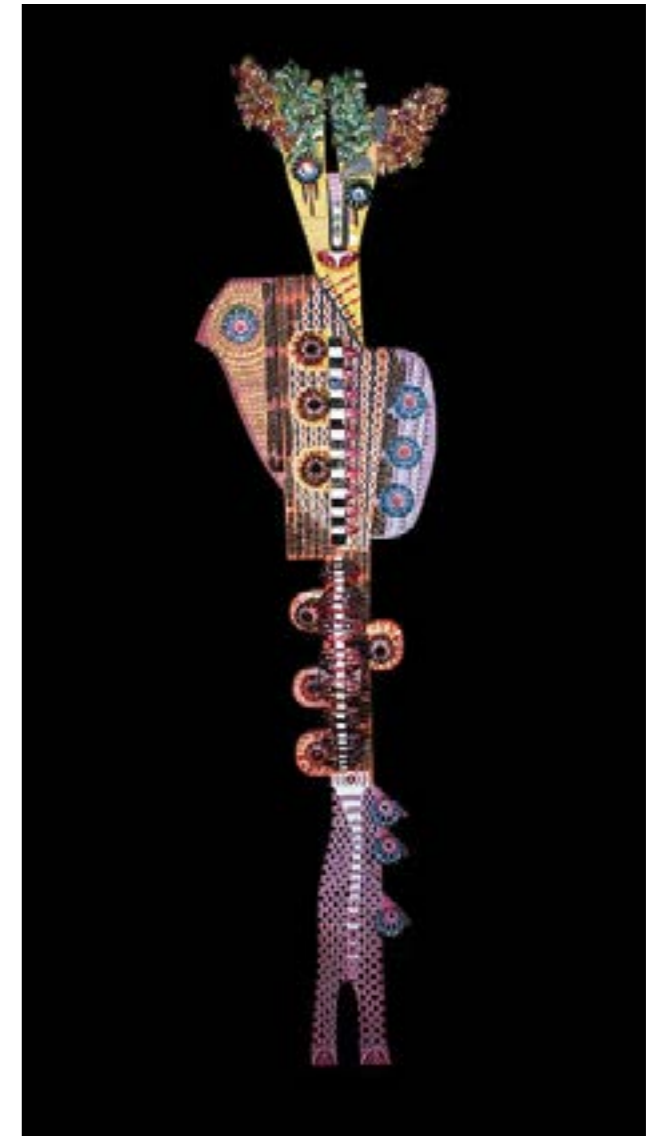
Tío Oscar era gordo, y llevaba todo el cebo de las carnicerías para venderlo en la fábrica de jabón del pueblo. Iba con su carreta desarticulada que tiraba una vieja potranca. Estaba casi ciega. El pobre animal, ya cansado de vivir apenas arrastraba las patas para caminar. Entonces, un día, tomó una decisión definitiva. La alejó de la quinta. Le puso un lazo al cuello y le cubrió los ojos con una bolsa de yute. Yo lo observaba, mientras pensaba qué haría. Me dijo:

—Tené fuerte esta rienda.

Y sin más vueltas, le dio un mazazo en la cabeza. El animal cayó desvanecido. Yo escuchaba y escucho todavía, la canción de “El Corralero”, de letra y mú-



Chamán Pájaro 240 x 50 x 10 cm. de la serie *Chamanes*.
Del libro *Todo Sirve* (Técnicas mixtas)
Edgardo N. Rodríguez. Año (2015).



Chamán del Amazonas 260 x 80 x 20 cm. de la serie *Chamanes*.
Del libro *Todo Sirve* (Técnicas mixtas)
Edgardo N. Rodríguez. Año (2015).



Maximina y Félix - Abuelos paternos. Ya pueblerinos.

sica de Sergio Sauvalle y recuerdo ese episodio, que me llena la nariz del olor a su sangre:

*“Como pretenden que yo
que lo crié de potrillo
clave en su pecho un cuchillo
porque el patrón lo ordenó
déjenlo nomás pastar
no rechacés mi consejo
que yo lo voy a enterrar
cuando se muera de viejo”*

Pero, sé que la poesía no se condice con la realidad. El campo argentino, éste que conozco, en Asamblea

o en 9 de Julio, es visceral. Los acontecimientos de la vida y de la muerte son cuestiones naturales. Un animal es un utilitario. Es el que proporciona el trabajo o el alimento. Cuando se transforma en un ser vivo pero inútil, sufriente, hay que sacrificarlo.

Los chamanes, en otras culturas, piden perdón al tótem por el animal que se consagra, aunque sea para el sustento, porque se está tomando algo que pertenece a la Naturaleza. Con este concepto realicé la sere Chamanes.

No fue éste el caso. Oscar inmoló a la potranca, tal vez, por piedad. La procesó y se la dio a los cerdos. Y, entonces, nada se pierde, todo se transforma y la vida vuelve a la vida.

EL MATADERO

Invitado por mis tíos Becho y Toto, con los previos consejos de mi abuela Maximina: “Becho, cuida a este niño”, en un tono de acento español, fuerte, inamovible y matriarcal, subí a la carreta tirada por dos caballos distraídos, y me senté entre estos dos hermanos menores que mi padre.

Esa carreta tenía características especiales. Una cúpula circular, con ruedas de madera imponentes, con los aros de metal en la cara externa de las mismas, lo que les daba un aspecto muy sólido. Andaban tanto por la tierra, abriendo surcos, como herían el pavimento con su giro infinito. Tenía una chapa como piso bandeja y una guía curva con ganchera. Era un patíbulo móvil con pátina en las paredes hechas por la grasitud impregnada.

Sentí que íbamos en un viaje surrealista. Primero el chirrido del girar en el corto asfalto; luego, el camino de tierra voladora y el polvo impalpable metiéndose en mis ojos.

A medida que nos dirigíamos al corral, vi al costado del camino, un criadero de cerdos, en medio de una laguna apestosa, con un fondo de cientos de huesos de las reses que sobraban del matadero después de la faena. Alimento barato. Pensé en estos animales comiendo los sobrantes de carne de las vacas. Me preguntaba: ¿No era que los cerdos se alimentaban con maíz? Era un espectáculo que se asemejaba a un cuento de realismo mágico. Sumo a la memoria de mis sentidos, el sonido del tam tam de las campanas de la Iglesia del pueblo, dando las horas, allá a los lejos. Y recuerdo que, con esas mismas campanadas, se llamaba al pueblo a misa los domingos. Parecían sonar más fuerte ese día. Era la llamada al rezo, a la purificación. Y allí concurría la gente para eximirse de los pecados que volvía a cometer, nuevamente, los lunes.



Pancho Sierra - Maestro Sanador Espiritista.

De golpe, mi tío, sacándome de esos pensamientos, me dijo:

—Ahí vive Don Avelino —y señaló un rancho de paja y adobe.

Don Avelino era un curandero. Descendiente de Don Eduardo Moledo, alumno a su vez, de Don Pancho Sierra³, todos “médicos del agua”.

—Él te curó del dolor de estómago —continuó.

Y recordé el episodio extraño donde me llevó mi abuela. Me vi a mi mismo como un niño pequeño,

³ Francisco Sierra: “Gaicho Santo de Pergamino”, “el Doctor del Agua Fría” o “El Resero del Infinito”. Nació en Salto, provincia de Buenos Aires en 1831 y falleció en 1891. Sanador. Curaba con pocas armas: agua fresca del aljibe, el profundo magnetismo de su voz, su mirada penetrante y, fundamentalmente, la fe de quienes solicitaban su ayuda.

con un pantalón con tiradores, porque era grande el talle, y ese adminículo sostendría fuerte el pantalón hasta el próximo año. Los zapatos con chapitas para que duren más y una boina negra. Se me apareció la imagen de la figura de Don Avelino parado delante de mí, como un sacerdote. Detrás de él las fotos de sus maestros: Eduardo Moledo y Pancho Sierra. La luz de ellos caía sobre la cabeza calva de Don Avelino. Yo podía percibirlo entre mis pestañas. Era un rayo filtrado entre un follaje de unas moras. Todos estaban sentados. Mi abuela me sostenía de la mano. Me dio un vaso con agua cristalina. Parecía brillar como las lágrimas. Me ordenó que lo bebiera. Y me colocó su mano derecha, libre, sobre la frente, para rezar, acto seguido, la oración de Eduardo Moledo y luego la de Pancho Sierra.

—Anda, niño, reza un Ave María y toma té de carqueja —dijo.

Todo esto recordaba yo, sobre la carreta, mientras nos acercábamos al corral, ese redil enorme lleno de víctimas: el matadero.

Miré hacia un costado y vi una cabeza de vaca con los ojos de vidrio, duros y fríos, fijos en una distancia infinita e inerte, que no le contestaba por qué estaba allí, separada de su cuerpo.

En ese lugar, campo de concentración de las bestias, como si fuera un edificio cruel, los hombres rutinarios y hasta buenos en su cotidianeidad, se transformaban en sicarios.

Tío Becho señaló con el dedo y me indicó con la mirada que esas tres iban a venir con nosotros. Yo, claro, observé a las vacas. Y el proceso, otra vez. El brete, el pasillo, la rampa de subida por donde los animales eran obligados a ascender, inconscientes de su destino. Un hombre con una picana los empujaba “de prepo” a la rampa. Un mugido lastimero, pero la obediencia y la resignación.

Mi tío Toto y yo, instalados en una plataforma, veíamos todo como en un palco de metal interior. Desde allí, se observaba el paso de la res al atravesar la compuerta. Mojada, con esa andanada de agua exterior con que la bañaban, como purificándola antes de la muerte. Recordé a los emperadores romanos en el circo presenciando ese final del animal indefenso. Al costado, otro personaje con una masa era el verdugo encargado de aplicar el golpe certero, en el entrecejo. Debía ser un garrotazo preciso, para hacerles el momento menos doloroso. Muchas veces, el animal se movía y el ejecutor les daba en un ojo. Una masacre. La víctima tambaleaba. Las patas no las sostenían. Y se desvanecían para dejarse arrebatarse la vida en aquel cubículo de chapa. Cuando caía de costado, el piso se abría y otros completaban la faena hincándoles el cuchillo hasta desangrarlos. Allí estaba mi tío Becho.

Comenzaba el proceso donde ya no aparecía la figura del ser. Todo ese mazacote se convertía en un conjunto de fluidos, de carne, sangre, huesos y vísceras desparramados sobre el piso resbaladizo. Un universo distinto, que mutaba hacia su nueva función.

Yo, en medio de ese espectáculo, sentía un frío tremendo al ver como ese ejército de hombres cumplía, despersonalizados, la faena posterior a la matanza. A nadie se le escapaba un gesto de piedad. Era una rutina.

Las medias reses, más tarde, se enganchaban del techo, aún trémulas. La sangre corría por las canaletas. Las vísceras y sus desperdicios se mezclaban con los cueros sanguinolentos. Todo estaba teñido de rojo. Me temblaban las piernas. Me costaba seguir observando, pero no quería demostrar que todo ese accionar me había desagradado. Yo era un porteño, pero no era cobarde. Tenía que demostrarlo, por lo menos.

Mi tío Toto hizo una señal a un despostador para que me tirara una vejiga de vaca llena de agua. Hacía

calor. Un calor pegajoso y contaminado de ansiedades. El despostador tenía claro el código de no apretar a los débiles y le tiró la vejiga a él, entre risas que se contagiaron. Mi tío pasó a ser un hombre de aspecto horrible, mientras un conjunto de moscas, siempre atento, se acercó a él como en un vuelo fúnebre.

Una de las cosas que me impresionaba era cómo se bamboleaba el carro a la vuelta. Mucho más pesado, le costaba avanzar. Los caballos jalaban. El despojo atrás, las vísceras, la carne tirada en el piso de metal de la carreta. Del frío metal.

Cuando llegamos a la calle Vedia, a la carnicería, se descargaron las reses y se pusieron en las gancheras para comenzar a fraccionar las partes comerciales. Mi abuela, mi tía Magdalena y otra tía, llamada Nelly, prima de mi padre Rafael, estaban allí para ayudar.

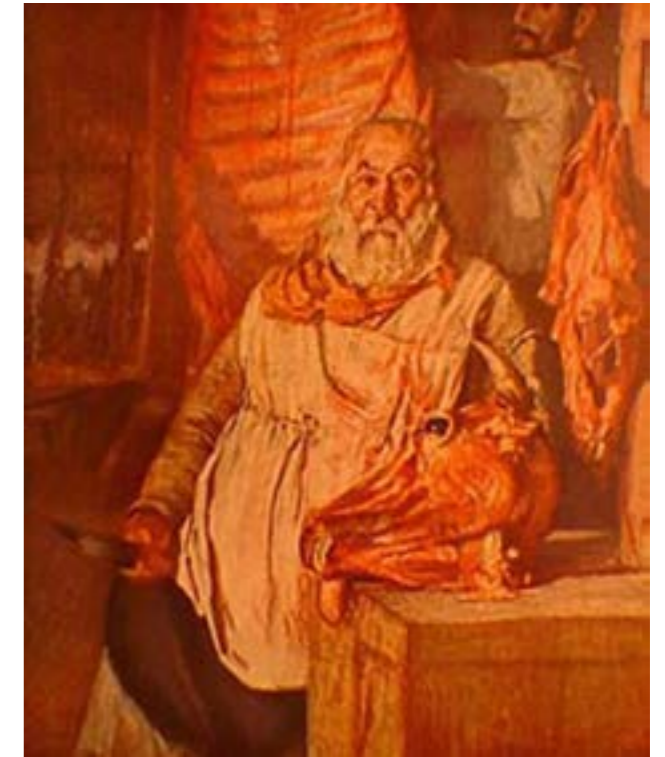
Quedé impactado con la destreza de los auxiliares y de las mujeres para seccionar, limpiar todo en grandes fuentones, separar los estómagos y las otras vísceras, que se regalaban o vendían a muy poco valor, y elaborar las achuras, proceso que seguía a aquella matanza, a estas alturas, casi olvidada por todos. Menos por mí.

No puedo dejar de asociar el sonido de toda la aventura, las ruedas del carro, los guinches, las exhalaciones de los hombres que hombreaban las reses al entrarlas, el sonido de los implementos sobre la chapa. Era todo casi medieval.

El susto fue cuando yo, este porteño que se sentía valiente por haber atravesado todo el faenamamiento de pie, vi en la ganchera a una media res con un movimiento de temblor que asolaba. El estupor de la carne sanguinolenta, trémula, como lo expresa Cesáreo Bernaldo de Quirós en el cuadro “El Carnicero”.

—No te preocupes —me dijo tío Becho— la cabeza quedó en el matadero, no te va a morder.

Ese mismo tío rudo y, en apariencias, sin sentimientos, se sentaba en su escritorio, entre los pape-



El Carnicero - Cesáreo Bernaldo de Quirós (1879-1965)

les llenos de grasa, para poder sumar lo que había comercializado.

Aquel procedimiento brutal era su medio de vida. Necesario para que el hombre/los hombres, pudieran/pudiéramos alimentarnos con el producto final de la vaca, que para eso habían sido criadas.

Por un momento creí que, a pesar del estoicismo que inauguré en mi personalidad, no iba a comer nunca más carne. Sin embargo, a las pocas horas, delante de un opíparo asado cocinado a las brasas, me olvidé de todo y me senté a disfrutar.

MAXIMINA Y FÉLIX

Por parte de mi línea paterna, desciendo de vascos. Vascos carreros. Gitanos. Trotamundos. Mis abuelos fueron primos-hermanos, nacidos en Anguiano, un pueblo pequeñito cercano a Logroño, comunidad autónoma de La Rioja, España.

En la actualidad este pueblo, cuya población no alcanza a 550 habitantes, según el censo de 2012, está formado por tres parajes: Mediavilla, Eras y Cuevas. El primero es el más grande; pero los tres, surgen entre las montañas, de la tierra agraria y el ganado elemental. Es famoso por la celebración de los danzadores de zancos, la tradición folclórica más antigua de La Rioja.

Según supe su lugar de origen era el llamado La Cueva o Cuevas, que remite a que sus habitantes vivían, precisa y literalmente, en cuevas, horadadas en la montaña. Tenían algunas carretas y se transportaban de un lugar a otro, con verdadero espíritu nómada, es en este sitio donde nacieron mis abuelos.

35 DOCUMENTO HISTORICO "TEXTO"

Texto 1

Este documento de fecha 26 de octubre de 1821 es el acta de nacimiento y bautismo (no existía en el Registro Civil, los humanos se registraban en las iglesias) la descubrí dentro de una petaca de cuero duro curtido por el silencio en un establo, entre una montaña de paja.

La abrí, sentí la atracción de esos papeles envejecidos, pero dignos, temblaron mis manos, se detuvo el aliento y un siglo fue ese



Zanquistas



Zanquistas



Postal de Anguiano (Logroño).

tiempo. Habían pasado casi dos siglos, era el acta que registraba el nacimiento y el bautismo del abuelo de mi abuela Maximina.

Texto 2

Quedé en inmovilidad atemporal y física, me imaginé historias y personajes que salían desde el fondo de un sueño.

Desde la profundidad del espejo me revelaba otro misterio de mi existencia.

Yo representaría la sexta generación. El recién nacido, Rafael Aliende, era bisabuelo de mi abuela Maximina.

Nombre que lleva mi padre conjuntamente con el de Andrés que es el santo patrono de la Parroquia de Angiano.

Mi abuelo Félix se enamoró de Maximina cuando ella tenía, apenas, quince años. Él rozaba los diecisiete. Entonces, en el seno de la familia surgió esta novedad como un problema. El nivel de carencias era



Mi abuelo Félix cosechando papas.

enorme y, considerando que la presencia de Félix en el corazón de Maximina fue rechazada por sus padres, no les costó decidir que lo más conveniente era emigrar a estas tierras promisorias hacia donde tanta gente ya se había desplazado.

—¡Pues, ale! Arriamos velas y nos vamos para Argentina —anunció mi bisabuelo.

Maximina le alcanzó a decir a Félix adonde sus padres la iban a llevar.

—Mira Félix, me marchó a la Argentina, a un pueblo llamado 9 de Julio —le dijo entre sollozos.

Mi abuelo grabó este nombre en su cabeza. En su cabeza y en su corazón. En su memoria de hombre enamorado.



Acta de nacimiento del abuelo de mi abuela Maximina. (Anguiano Provincia de Logroño, España).



En la quinta, muchos años después, mi abuelo venía del surco, alrededor de las diez de la mañana, después de varias horas de haberse levantado al alba, para empuñar el arado que tiraba un caballo percherón. Se sentaba para descansar, me llamaba y me contaba estas historias:

—Ven, niño, siéntate aquí —me decía.

Abuela Maximina le traía un vaso con vino.

—¡Qué sean dos! —le pedía.

Y me daba un poco de vino, aunque mi abuela no

consintiera esto, porque no era propio para mi edad. Mojaba la galleta dura de campo en el vaso con el fluido rojo y lo compartía conmigo. Sentiría, tal vez, la necesidad de darme la eucaristía y bendecir ese momento de confesiones.

—Cuando Maximina se fue, mis noches comenzaron a ser eternas —comenzó a relatarme una vez—. Se había ido mi gran amor...

Me contó despacio, mirando al infinito, como transportado a ese tiempo y a ese lugar de locura y so-

ledad en medio de la montaña. A ese momento de alto dramatismo en su vida que lo hizo decidir, desesperado, fugarse de la casa de sus padres. Sin nada. Ni siquiera una moneda. Y caminó desde La Rioja a Cádiz, comiendo cuando podía y cubriéndose de las inclemencias del tiempo, a la buena de Dios. No supo decirme cuánto tiempo tardó. Y en aquel puerto, germen de tantas ilusiones, pudo embarcarse como polizonte. Viajó gran parte del trayecto en uno de los botes de auxilio, cubierto con una lona, y sólo se asomaba de noche, para buscar algún alimento sobrante. Cerca de América, descubrieron su presencia. Lo llevaron delante del capitán, quien lo amenazó con deportarlo en la próxima escala: Río de Janeiro.

—¡No, por favor, señor! No me haga esto. Tengo que llegar a la Argentina. Déjeme en Buenos Aires. Tengo ahí parientes esperándome —le suplicó excusándose. Pero nadie lo fue a recibir.

Entonces el Abuelo Félix detenía su relato y me miraba, supongo que para ver si estaba atento y, como yo no le perdía palabra, me tomaba del hombro, muy cariñosamente, con la mirada fija, casi de moro, aunque no lo fuera. Con la mirada fija y serena, con su bigote y su barba crecida, para retomar la historia que parecía sacada de una película de aventuras.

Fue ahí cuando las autoridades del puerto de Buenos Aires quisieron ponerlo bajo custodia de menores, porque lo era. Pero alguien le preguntó qué sabía hacer.

—Soy pastor. Cuido rebaños. Siempre he vivido en las cuevas —contestó.

Un Juez de Paz decidió darle la oportunidad de trabajar. Era el tiempo, a principios del siglo XX, en que todavía había indios, civilizados, convertidos, intentando integrarse. Indios mansos. El gobierno les daba parcelas de tierra para que subsistieran. Lo mandaron a Laboulaye, en la provincia de Córdoba, a cuidar las tropillas de una india. Los caballos eran su-

mamente valiosos en esa época. El instrumento básico para la carga, el transporte y la siembra que era a tracción a sangre. Había que cuidarlos más que a la propia vida, porque el caballo tenía fuerza y él, no. El terror era que viniera el puma y matara a los potrillos. Entonces, contaba el abuelo cómo para cuidarlos, se metía dentro de la rueda que hacen las hembras y padrillos para proteger a las crías. La caballada adulta rodea al grupo anterior y defiende a las patadas al probable depredador.

Así, a la intemperie, soportando todas las temperaturas, hasta las tormentas, bajo el agua y el frío, vivió Félix, esperando que la india que lo había contratado le diera, por lo menos, la comida.

Cuando supuso que ya tendría veintiún años, “aunque había perdido la esperanza en el tiempo”, cansado de los malos tratos, de los castigos con rebenque por cualquier cosa que le pasara a un animal, tomó dos caballos de la manada, con un apero y unas riendas solamente, y “a pelo”, huyó. El “conquistador conquistado” se rebeló.

Escapó para buscar ese lugar de la Argentina que tenía nombre de fecha: 9 de Julio. No había perdido nunca, jamás, el propósito inicial: encontrar a su amada Maximina. Ya era hora de retomar el rastro.

—Si Maximina no está. Si se fue a otro pueblo. Si me equivoqué. Si me confundí. Qué haré con mi vida —se decía.

Pero llegó a 9 de Julio y al Camino Real, a un paraje muy cercano a la quinta en la que, finalmente, vivieron hasta el final de sus vidas. Y Providencia le puso en el camino a una niña vestida de negro, con una cara fresca y conocida. Con el corazón saltándole en el pecho, él; distraída, ajena a la futura sorpresa y con un tamborcito para ir a buscar leche al tambo, ella.

—¡¡Maximina!! —le gritó.

Abuela salió corriendo, aun habiéndolo reconoci-



Anguiano camino hacia la iglesia.



Anguiano camino hacia la ruta.

do. ¡No podía ser cierto, debía de ser una aparición! Era imposible que el hombre que ella amaba, también, estuviera allí, en esa senda polvorienta, en el Camino Real, en 9 de Julio, en Argentina, después de tanto tiempo.

Félix la corrió y la alcanzó. Todo lo que siguió es lo lógico. Amor desmedido. Amor de jóvenes. Y trece hijos.

Se presentó Félix a su tío, y le dijo:

—Ahora es mía.

Fueron expulsados de la casa (puedo imaginar esa

crisis familiar), y comenzaron a transitar los campos, juntos, hasta conseguir una carreta y vivir sobre ella, trabajando como labriegos, como recolectores de maíz.

Así iniciaron la vida mis abuelos y así empezaron a traer hijos a este mundo. Mi padre, el primero, en 1912.

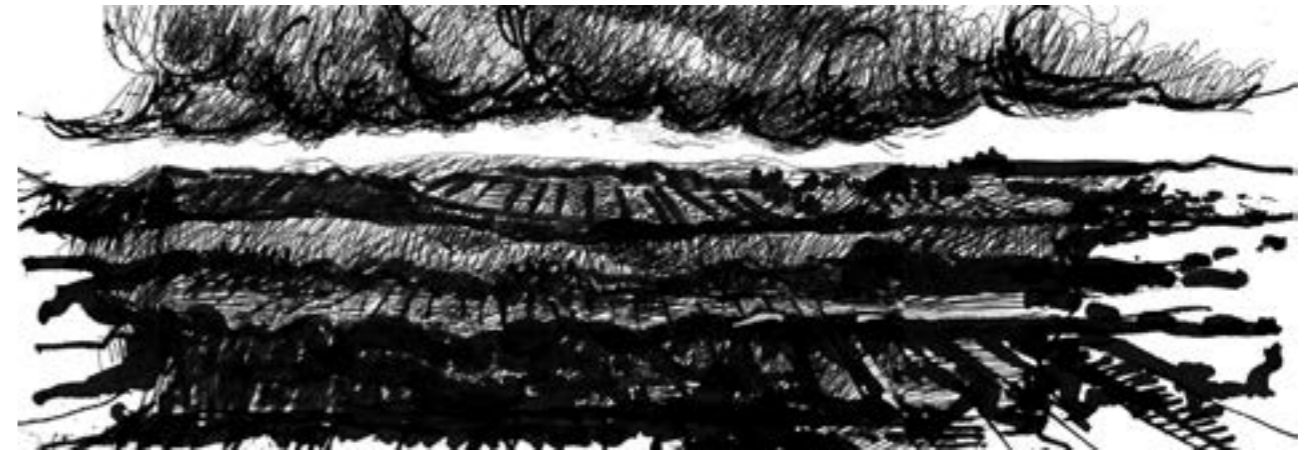
Como lo explicaré en el libro “Desde la profundidad del Horizonte” fui hasta Anguiano y encontré parientes por parte de mi abuela Aliende, adjunto una foto, donde aparece Rafael Alonso, un zanquista primo segundo de mi padre.



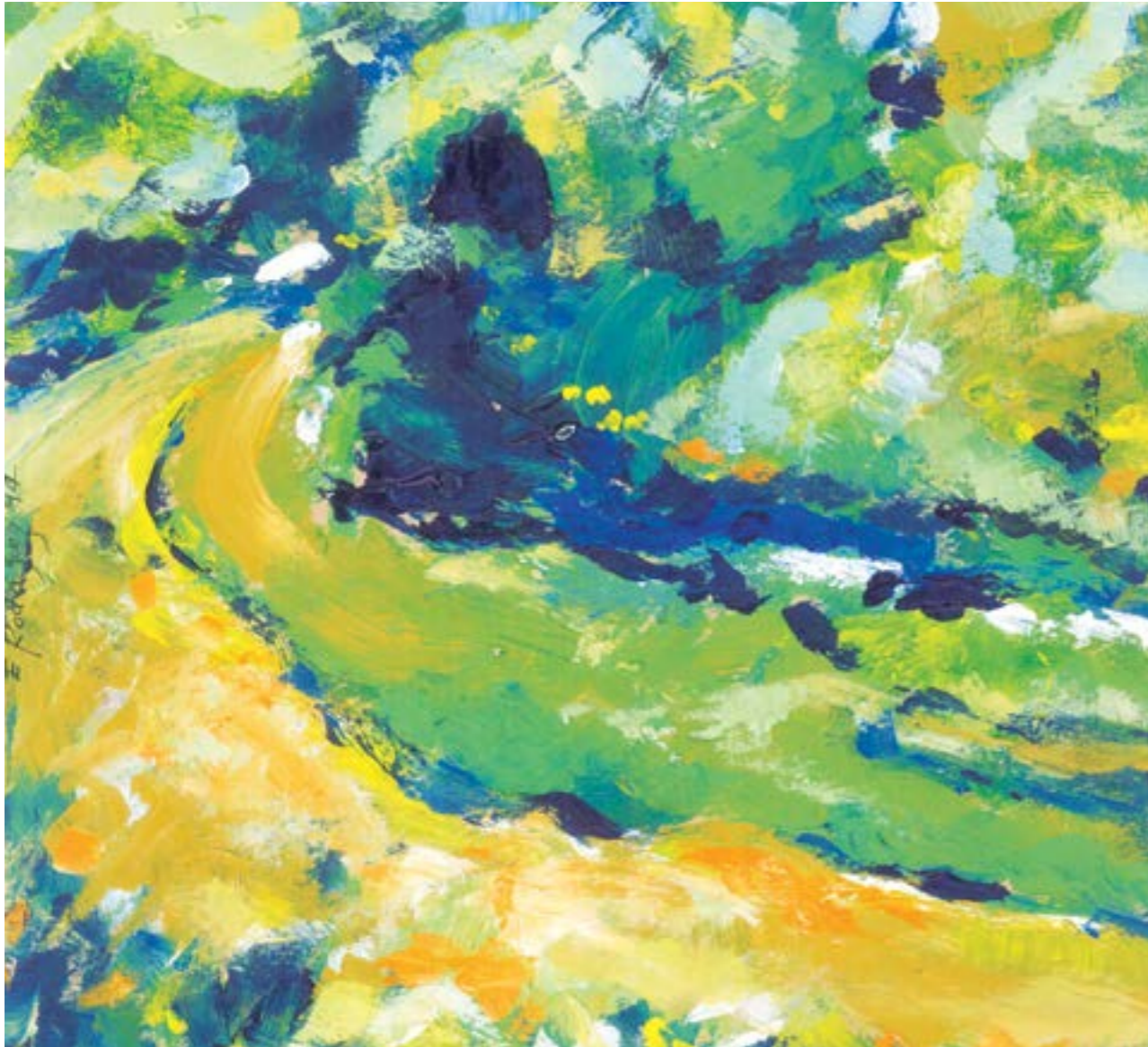
Croquis de viaje (Anguiano) Edgardo N. Rodriguez.



Anguiano, Las cuevas antiguas donde recidieron mis Abuelos.



Croquis de viaje (20 x 40 cm. Tinta) Edgardo N. Rodríguez Año (2015)



Croquis de viaje (30 x 40 cm. Acrílico) Edgardo N. Rodríguez. Año (2011).

PEPINO, UN PERSONAJE DE ASAMBLEA

En Asamblea la lluvia era un mar vertical que subía al cielo. Cuando eso ocurría, el surco se veía bendecido y la laguna se ponía ávida de burbujas y, rebosante, parecía desbordar de las orillas. Buscaba lamer las heridas secas de la tierra, mientras los patos salvajes se sacudían las plumas y las ranas saltaban. El hombre de campo, que espera ese verdadero maná, esa sustancia infinitamente elemental, se emociona. Recibe el aguacero con lágrimas en los ojos, pero con una sonrisa brillante en los labios, porque su siembra tendrá el alimento. Se salvará, entonces, y todo volverá a comenzar.

Mi familia era generosa. Me hacían participar de las actividades del campo. Me llevaban a arrear las vacas y a controlarlas en los bebederos. Cuando por las noches, alguna de ellas bramaba, sin duda se debía a que estaba enredada en el alambrado, o que se precipitaba en la parición. Había que dejar la cómoda cobija, sea invierno, sea verano o debajo de un temporal, para ir a su auxilio. Nada en el campo es gratuito. Los esfuerzos son enormes, como los placeres de la contemplación de la naturaleza que se incorpora a la piel y la oxigena.

Cuando había cosecha, se necesitaban brazos fuertes. Aparecía, entonces, saliendo quién sabe de dónde, un regimiento de peones, obreros dispuestos a ese sacrificio temporal. Peones golondrinas. Todos se confundían con mi tío Santiago. Y él con ellos. Nadie era el jefe de nadie. Todos eran partícipes del mismo sol, de la misma prisa para levantar el producto de la tierra. Y todos se inclinaban en el surco de idéntica forma.

Cuando había que cargar las chatas de madera, pesadas, robustas, que esperaban su participación debajo de los sauces, todo el mundo cargaba sobre



Croquis de viaje (30 x 40 cm. Acrílico)
Edgardo N. Rodríguez. Año (1999).

los hombros las bolsas repletas del grano, para llevarlas, por ese medio, a los galpones de Asamblea, allá al costado de la estación.

Todo era tracción a sangre. Entonces, las carretas se movían por la fuerza de las bestias, con los caballos percherones. En su mayoría, cinco o seis, con una yegua madrina que portaba una campanita atada al cuello y que era la que con el "tan tan" de su movimiento les hacía marchar a un ritmo cadencioso. Los caballos eran de tiro, de sulky, de chata.

Ver como se armaba la pechera de los equinos, los aperos, el tiempo que les llevaba a los hombres en la madrugada la preparación de la faena, eso sólo ya era una fiesta.

Yo me levantaba temprano para tomar la leche recién ordeñada, espumosa, servida por mi abuela en tazones blancos, para ser partícipe de aquella ceremonia. ¡Qué importantes veía entonces, a los hombres que estaban arriba de las chatas que transportaban las bolsas con el cereal, sometiendo la fuerza del animal a la disciplina del látigo! En cada embate, cada vez que restañaba el rebenque en el aire, a los animales se les marcaban las venas, se erectaban como tendones de acero. Tanto nervio era semejante a su potencia.

Era inevitable comparar esos percherones blancos o pardos, casi de segunda, con esos otros que veía en la pompa fúnebre de Cabildo, en Belgrano. Todavía se usaban, cuando era chico, esos animales, negros azabaches, lustrosos, finísimos. Cuanto más rico el fallecido, más caballos en su cortejo. Los de Asamblea transportando la vida a través del alimento; los de la Capital, la muerte.

En ese ambiente, circulaban ciertos personajes extraños como Pepino, un peón que transitaba de estancia en estancia, haciendo las tareas de alambrado, de siembra o de cosecha; pero que siempre, invariablemente, se sumaba como bracero. Chiquitito, menudo su cuerpo, sin embargo, con espaldas poderosas. Llevaba el doble de su peso en el dorso y era un trashumante querido en el pueblo, aunque nadie supiera demasiado de dónde venía.

Que era italiano. Que había bajado de un barco. Que no tenía familia. Nada de esto era una certeza, sólo se sabía que vivía de la dádiva ajena y que era confiable. Que no usaba el dinero. Se quedaba quince días en el lugar, cuando había que levantar el trigo, o quince jornadas en el otro, cuando el maíz era chala. Ese mismo lapso, pernoctaba en el rancho donde se guardan los aperos, o sino, en algún granero, compartiendo el descanso de las semillas, tirado

sobre las bolsas repletas de la cosecha fina o gruesa.

Tanta confianza se le tenía que hasta se le encomendaban los hijos, cuando en determinadas ocasiones había que salir corriendo por un problema de salud o por alguna desgracia familiar. Pepino se quedaba cuidándonos. No era de nuestra familia, ni siquiera vecino, pero un incondicional colaborador que solamente esperaba la comida y el lugar seco y templado donde dormir, protegido del rocío o de la lluvia.

Algunas veces, cantaba alguna canzonetta, suavemente, si era posible sin que nadie lo escuchara, porque tenía un alma chiquita y quería pasar desapercibido. Sin embargo, su corazón era enorme.

Tenía los dientes de oro y la cara arrugaba por el sol y un desaliño constante. Parecía una terracota viviente.

Era el que les llevaba las viandas a los que seguían trabajando, o se ocupaba del asado de las doce, o del mate, en algún reparador descanso de media tarde. Sin mucho diálogo, sin mucha comunicación. No hacía falta, la gente se entiende así cuando la apabulla el paisaje. El hombre de la pampa es llano y sin demasiadas vueltas.

Pepino era un paria. Un croto⁴. Así llamaban en las ciudades a los indigentes. Un centinela fiel de los techos del tren. De los trenes de carga, porque él iba arriba, como un trotamundos. Y, como esos mendigos extraños que transitaban los campos, pedía algo que sobrara para comer. A nadie se le negaba en Asamblea un pedazo de pan o una galleta dura, algún pedazo de carne que había quedado, lo que fuera el mejor manjar, y un vaso con agua.

Se bañaba en los molinos y era amigo de los animales, como nadie. Éstos le tenían un respeto especial. Yo he visto a los caballos levantar la pata, como

⁴ - Que no tiene oficio ni domicilio fijo. Atorrante, linyera, vagabundo.

un perrito, golpeando con el casco el piso y resolplando, a modo de saludo, cuando lo veían.

Sin apellido, era un NN, Pepino. Sólo eso. Analfabeto y sin interés por nada material. Sin edad, sin pasado, sin futuro.

Un buen día, la siembra y la cosecha comenzaron a cambiar. La caballada le dio lugar al tractor y uno de los primeros mecanizados fue mi tío Santiago. Más adelante, se compró un Jeep IKA. Y era de los pocos, sino el único, en Asamblea, que lo tenía. Mi primo Jorge aprendió a conducir bien chico. Y cuando yo me subí por primera vez al vehículo, y apreté el acelerador, bajo las indicaciones de mi primo:

—¡Dale, Edgardo, subí, subí! Apretá ahí, poné el cambio, doblá, doblá, doblá!!!!

Me olvidé de girar la dirección, que no solté y que arrastró treinta o cuarenta metros de alambrado, rayando la puerta del conductor.

—¡Qué extraño que un porteo venga a romper los coches en el campo! —dijo tío Santiago; pero, se resignó, sin enojos. ¡Qué podía modificar! La macana ya estaba hecha.

Un día, el hombre itinerante, el bufón sin guitarrita, el comodín de los campos, desapareció. Nadie supo jamás dónde se acostó a dormir definitivamente. Nadie supo a qué lugar se marchó. Tal vez, estará allí donde siempre chillan los teros, donde las osamentas brillan de noche bajo la luz de las estrellas, mezclado con los huesos curvos de las reses que lamen los carroñeros y picotean los cuervos o las aves de rapiña. Destino incierto. Desconocido. Solitario recuerdo el de Pepino, cuyo cuerpo nadie pudo ver reposar.

MÁS IMÁGENES DE ASAMBLEA

Es inevitable para mí el devenir de la memoria. Se empecina en ser recurrente. Preciso no olvidar aquel afecto profundo y sincero, hoy lejano, que llenó todos los espacios de mi niñez. Sé que si los traigo a mi presente y pienso en ellos, estarán conmigo. Y se perpetuarán si no dejo nada en el tintero. Por eso, trato de recordar los detalles de tantas experiencias compartidas. De tanta riqueza de imágenes. Asamblea. Viene a mí, entonces, aquel paraje en estampas sólidas todavía. La estación. El tren que se detiene. Mi tío Santiago y mi primo Jorge esperándome. El villorrio. Las calles polvorientas. El saludo de Reinoso, el jefe de estación. Impecable, vestido de guardián de aquel paraíso verde. En el final del andén, la casa. Aquella, donde vivieron mi abuela María y mi abuelo Nuncio. Y el silbido de la máquina, detrás de la campana que anuncia una nueva partida. Código de alegría y de tristeza, en simultáneo. Flotan sensaciones en el aire. Tanta emoción apretujada, hace necesario contarla.

Mi mirada queda fija repasando las vías, los galpones donde se guardaban las bolsas, los aromas a tierra virgen y a cereal.

Manos protectoras de mi tío sobre mis hombros. La sonrisa de mi primo Jorge de oreja a oreja. Comenzaba el juego. La posibilidad de la travesura. El cruce de las vías. El sulky. Abrir la tranquera de un salto, como un trapequista, como un acróbata saltarín que promueve a la urgencia.

—¡Dale, dale, vamos! —exhala de ansiedad su voz en mis oídos.

Veo todavía sus manos curtidas y escucho el leve sonido del acero y la madera quejosa que nos abre el camino. Los girasoles nos saludan a lo lejos, antes



Los Hermanos Alguieri. De Izquierd a Derecha: Mi tío Blas, mi tía Juana (Madrina) mi madre Rosita y mi tío Salvador a la orilla de las vías del tren (Asamblea). Todos nacieron a la vera de las vías del ferrocarril.

de rendir su respeto al sol en los mediodías de verano. Antes de inclinar su corona. De rendirse. Era sentir la presencia de un cuadro de Van Gogh entre nosotros, apoyados sus amarillos sobre las lagunas sedientas. Con la baba del diablo floreciendo desde los juncos, con la placenta verde de la tierra flotando sobre las aguas. Los alfalfares llenos de puntos de colores vírgenes hipnotizando a un ejército de mariposas y abejas. Superficies de trigo liso, monótono amarillo oro, balanceándose con el viento.

El aire plácido parecía dormir sobre la tierra.

También la huella que pisa el sulky es pasto com-

primido y bosta seca, una morfología especial de la naturaleza. El abrir y cerrar las tranqueras de los alambrados, con el relincho alegre de Tita la yegua seduciéndome. Una estructura mixta. Aroma a campo libre y viril. Sonidos rutinarios del molino que responde, sometido, a la mano del viento para vomitar el agua cristalina que toman las reses y los otros animales. Cristalina, fría, desnuda, como volcándose sensual en los tanques, espejos del cielo.

Atrás, a lo lejos, cubriendo la distancia incalculable del horizonte, el monte como una espuma verde en el paisaje donde la vista concluye. Accidente volu-



Croquis de viaje 8 x 14 cm. (Tinta)

métrico que se recorta. Sauces panzones, eucaliptos altísimos, álamos erectos que se dibujan irregulares en sus perímetros, en el firmamento, impecablemente celeste en su diafanidad.

La tranquera de acceso a la casa, blanca, es la entrada al lugar donde el tiempo se mide en las sombras o en las actitudes de las aves de corral. El espacio allí tiene más distancia y todo se aletarga, pues no hay reloj ni calendario.

Los perros nos saludan. Danzan alrededor de tía Juana, esa mujer parecida a Zully Moreno, la exquisita actriz argentina, Secandose sus manos en un delantal con aroma a comida casera exclama:

—¡Mamá! ¡Edgardito! ¡Qué alegría! ¡No pasaba más el tiempo para verlos!

La mesa, bajo una mora de hojas ásperas, llena de baba blanca. Y al costado del patio de tierra, la bomba manual y los bancos verdes de madera. El mantel de hule con flores, pegajoso, pesado. Un caldero humeante con puchero vaporoso de gallina.

Después, la siesta. Obligada. Sacramental. Con un silencio místico, casi de muerte. Todos desaparecen



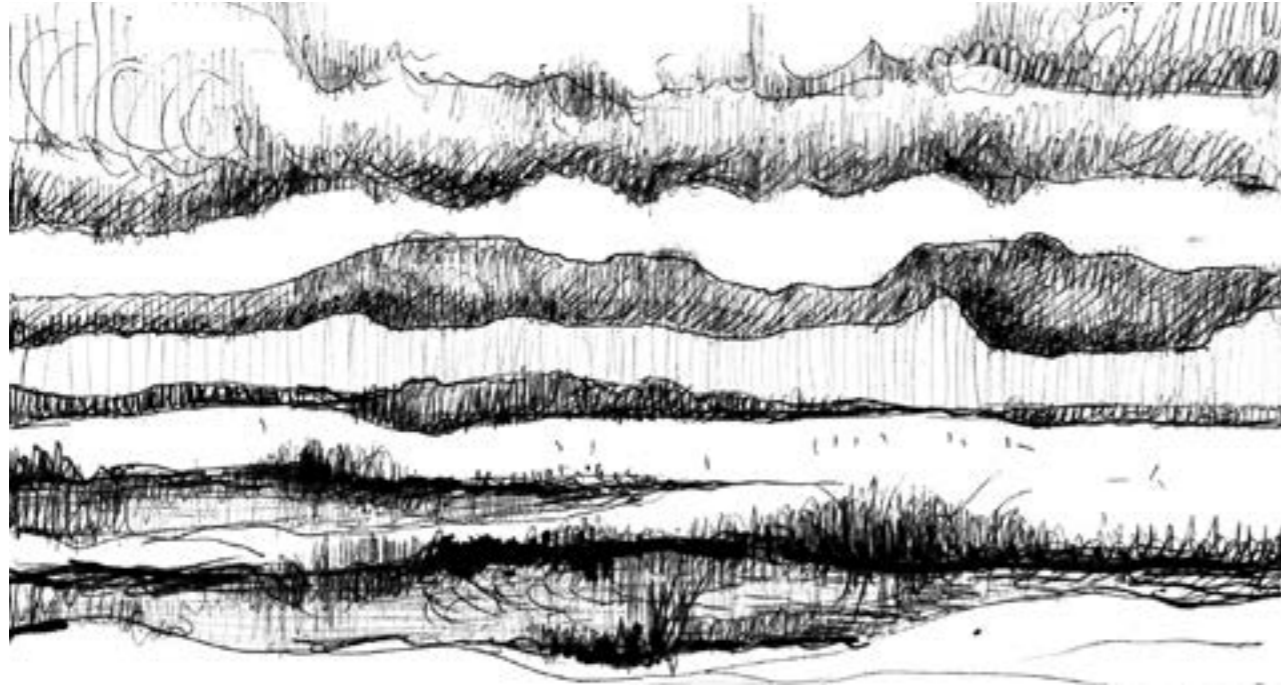
Croquis de viaje 8 x 14 cm. (Tinta)

ante la verticalidad del sol. Ya se ha producido la siembra. Esa mañana abierta en surcos como vaginas que se vuelven vírgenes cada temporada. Que se abren sedientas para recibir las semillas doradas, similares a cataratas de esperma. Tal vez, en marzo pueda presenciar la cosecha.

Desde el cielo, un chillido liviano. Presentimiento de peligro. Un rayo negro, fugaz, acechante. El aguilucho en pos de un pollito aturdido, lejos de su madre. El tiro es certero. ¡Pum! Seco. Opaco. Y el bólido negro cae desde el cielo. Esta vez perdió la rapiña. Y se apagó el graznido.

Es así el campo. Todos los días la lucha por la subsistencia de unos y de otros. La naturaleza está ahí y es prioridad la vida.

Noches del verano cruel, como un tren cargado de ausencias. Se prende el farol de camisa incandescente. Huele a kerosene. Y se apacigua la luz que baja las ansiedades. Se aquietan los ritmos y los sepías rembranianos trazan sombras vagabundas en las paredes. Por la puerta, se asoma la noche de terciopelo. Y yo salgo al sereno para llenarme de luna, de estre-



Croquis de viaje 20 x 40 cm. (Tinta) Edgardo N. Rodríguez Año (2015).

llas. Escucho aún los grillos, las ranas nerviosas de cristal que extienden sus patitas largas con ventosas en los dedos, veo las titilantes luciérnagas y algún tero que dejó su grito desconcertante flotando en mi recuerdo, como los ojos de las lechuzas en los árboles y el resplandor de los huesos como “la luz mala” al recorrer los campos.

Esto era Asamblea. Donde los momentos eran propiedad del sol y las noches permitían el reposo de los músculos doloridos por el trabajo incansable.

Siempre supe que el desafío era sostener en el foco de la memoria, ese recuerdo que no quiero dejar partir. Está activo, entonces, en el teatro de la mente. Por eso digo que ellos están aún vivos en dicho escena-

rio. Por eso me encargo de expresar la minuciosidad de sus recorridos, del entorno donde me invitaron a crecer. Por eso escribo, en caída libre, las imágenes que parecen haber pasado tan rápido, tan vertiginosamente. No podemos desprendernos de lo que nos ha marcado tanto. Y tampoco lo deseamos. Llevar la vista atrás es ver lo que ya no se ha de volver a vivir. Lo que ya no está y sin embargo...

*“Caminante, son tus huellas
el camino nada más;
Caminante, no hay camino
se hace camino al andar.*



Una foto sacada por mi padre. De izq. a der: Tío Chito (mi padrino), Fermín, Toto, Piturre, Juan, Mario, Chola y Becho rodeando a mi abuela Maximina en su cumpleaños.

*Al andar se hace camino
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.*

*Caminante no hay camino
sino estelas en la mar...”⁵*

⁵ Trozo del Poema “Cantares”, de Antonio Machado.

MIS TÍOS, ESOS OTROS PADRES Y MADRES

Les Escribo a mis tíos, los hermanos de mi padre, que fueron muchos y buenos portadores del apellido Rodríguez, mi apellido. Que tuvieron como virtud la honestidad de llevar su estrato humilde de hombres

de campo, trabajadores de la tierra, luchadores en lo que pudieron, en lo que la vida les planteó y, sobre todo, grandes respetuosos del concepto de familia. Del sentido de la verdadera hermandad.

Rodríguez es un apellido patronímico, originario del antiguo reino de León, España, donde es uno de los más frecuentes entre su población. Su origen se remonta a la Edad Media, probablemente sea anterior al siglo XI y significa hijo de Rodrigo o Rodericus, nombre con génesis germánica, latinizado como Roderici. El sufijo “ez” podría ser un préstamo del idioma vasco, aunque también se relaciona con topónimos antiquísimos de la península ibérica.

Maximina se llamaba Aliende de apellido, siendo éste originario de Navarra y Álava. Muy extendido en la actualidad en las provincias de Burgos y La Rioja. En euskera significa: pastizal o campo verdeado de cereal. Herbazal. Zarzal. La palabra raíz en “Aihendi” y, de ella, derivan Aliende, Allende, Allende. El término “aihena” denota brote tierno o pámpano.

Creo que haber indagado en el origen de estos apelativos, me ha acercado a la comprensión de sus poéticas esencias. Esta última alusión a lo silvestre me aclara por qué mis antepasados, que nacieron en las cuevas, parecieron salidos de la tierra misma, en una región de montaña donde cada corpúsculo de pastura era la gloria que había que cuidar para el ganado elemental y para conseguir el alimento básico. La tierra era la proveedora de la subsistencia y el campo verdeado de cereal, lo promisorio.

Mi padre y mis tíos, ya todos argentinos, también fueron seres engendrados y nacidos en contacto directo con la naturaleza. Vivieron en carpas mientras se trasladaban largos años en carretas por 9 de Julio, provincia de Buenos Aires. Esta pareja de trotamundos, que fueron mis abuelos, continuaron aquí, en esta tierra, aquello aprendido en la Madre Patria.

Allá, hijos de moradores de las cuevas; y aquí, circulantes de los caminos en la búsqueda del sustento. Nómades que llevaban consigo la patria misma, porque dicha patria era la familia.

Todos los Rodríguez eran seres curtidos, duros, unidos como una tribu con sabor a campo, a surco, escarcha con aroma a transpiración, a hierba buena. Todos con esfuerzo habían llegado a terminar tercer grado, sacrificaban el colegio comenzando las clases a fin de junio o julio cuando terminaba la cosecha, para dejar de ser analfabetos. Los más grandes a la luz de faroles de kerosene le enseñaban a los más chicos. La mirada de los Rodríguez hablaba, decía más que mil palabras.

El mayor de los hijos de Maximina y Félix fue Rafael, conocido como Pichón por todos, mi viejo, quien a los veinte años se trasladó a la Capital convocado para hacer el servicio militar en la Armada y que, a partir de allí, nunca más vivió en 9 de Julio, sino que volvía de visita, con la asiduidad que su trabajo se lo permitía.

El segundo fue Cholo. Un hombre que tuvo la mala fortuna de no tener una mujer apropiada para él, por lo que su matrimonio no fue del todo feliz, si bien nunca lo disolvió. Sus dos hijos, Chiche y Carlitos, son unos primos a los que no veo, porque ellos emigraron dentro del país, a distancias que crearon otras, no deseadas, infortunadas, por lo que no logramos una continuidad en la relación.

Mi tío Cholo era carnicero, muy trabajador, con la particularidad de ser “ceceoso”. Este detalle al hablar, que realizan algunas personas que colocan la lengua entre los dientes cuando pronuncian la “s” y la “z”, constituye un trastorno que se puede producir por diferentes causas, casi siempre desconocidas, si no hay una patología funcional en la boca. Mi tío, cuando yo lo conocí, tenía una cierta dejadez en su

persona, con la dentadura superior casi inexistente. Es por allí, por esos espacios abiertos en su boca, por donde se escapaban las eses de sus palabras y por donde la saliva caía de su conversación en forma de llovizna. Llovizna de la que había que protegerse.

El tercero de los hijos de mis abuelos fue tío Chito, mi padrino, quien tenía una chacra pegada a las vías del Ferrocarril General Belgrano, con un tambo en las afueras de 9 de Julio. Era el lechero del pueblo. Fue un tío muy cariñoso conmigo, porque había asumido a la perfección la responsabilidad de segundo padre, aunque todos los hermanos de papá lo fueran en la manera de manifestarme su afecto. Solía quedarme a dormir en su casa, con mi tía Gringa, su mujer, gran compinche de mi madre, y con mis primos Hugo, Horacio y Osvaldo, los tres menores que yo.

Lo pasaba muy bien con ellos y en el tambo, aunque nunca mi tío me hiciera levantar a las cuatro de la mañana, hora del ordeño, como lo hacía él. Vida sacrificada, si las hay, la de esta tarea imprescindible en el campo.

Yo tenía el privilegio de gozar de los desayunos sabrosos con la leche espumosa y fresca, recién obtenida, como los que me ofrecía mi abuela María, en Asamblea. Después de ese primer alimento del día, lo acompañaba a mi tío muchas mañanas, en el carro sin capucha, en medio de los tarros cargados para ser distribuidos entre sus clientes. Primero, los recién nacidos; luego, los niños más pequeños. Y aunque lloviera o tronara, él tenía que llevar la leche a los hogares, porque a las criaturas no les podía faltar. Hasta eso tenía en cuenta mi tío. Siempre vi que lo que él hacía era algo heroico.

Trotábamos por todo 9 de Julio, entrando y saliendo de las casas, con ese alimento vital. Tío Chito era muy querido en el pueblo, hasta que desapareció el ferrocarril (por esa vía, llegaban a Buenos Aires los

tarros de leche); y con el advenimiento de la reglamentación obligatoria de la pasteurización, determinada por Bromatología, terminó por reducir su capacidad de trabajo, hasta quedarse con un mercado muy pequeño.

Tenía el rostro que parecía picado de viruela tío Chito. Impresionaba. Como sus dientes, todos ellos arreglados con oro. Muchos de los Rodríguez los tenían así.

La tía Gringa fue una verdadera madre. Una protectora. Todavía tengo la sensación de esas mujeres de campo asimiladas como las gallinas con los pollitos. En una chacra, cuando una mamá de aquellas deja guachos a sus polluelos, siempre hay otra, o aun alguna pata, que se hace cargo de los huerfanitos. Es la imagen que me quedó de tía Gringa.

Además, en la huerta de su casa he comido las mejores sandías de mi vida, puestas a punto en el frescor de las aguadas.

De tía Chola, la cuarta en la escala de los nacimientos, tengo un grato recuerdo. Fue portera de un edificio en la calle Lima y Garay, junto a su marido, de apellido Corbalán. De ellos tuve dos primos: Quique y Jorge. Tía Chola era una excelente cocinera. Yo recuerdo la época en que íbamos los fines de semana a comer a su casa, en el colectivo 252 o en el tranvía 38.

Esperaba aquel momento para encontrarme con mis primos. Una de nuestras travesuras era bajar al sótano y jugar allí, en ese espacio semejante a una catacumba, el lugar donde estaba la caldera del edificio, siempre prendida y alimentada a leña. Sin asomarnos demasiado, observábamos la madera quemarse por una especie de ojo, detrás del cual chisporroteaba el fuego al rojo vivo. Incandescente la caldera, abría nuestra imaginación para comprender y parangonar cómo debía de ser el Infierno. Tal vez, motivado por la época de la Comunión, influenciado



Ilustración Divina Comedia. "Dante Alighieri"

por el temor a Dios que nos infundían los catequistas, es que veía estos extremos de la Fe por todas partes.

En las clases nos mostraban láminas donde la parte superior, que representaba el Cielo, estaba lleno de ángeles y plétórico de una tranquilidad celeste. Dios era ese señor de cabello castaño y tez muy blanca, con una barba rala, también blanca, un gesto sereno y la mano levantada en señal de bendición. En la parte inferior de la misma lámina se mostraba la figura temeraria del Demonio, y algunos seres desgarrados de dolor inclinados a su lado. Todo era rojo y negro. Algo que, realmente, despertaba pesadillas.

En el sótano de la caldera, el sonido del fragor del fuego. Inventaba caras entre las llamas y veía el rostro de mi primo con colores fosforescentes que me impresionaban por sus reflejos.

Tenía el concepto del Cielo, desde luego, un cielo

celeste y límpido que, además, veía. No lo podía tocar, pero me era familiar y concreto. No terminaba de entender, en cambio, el Purgatorio. Indefinido para mí. Era ese tránsito que no era agua, no era cielo, no era tierra. Y cuando, de pronto, descubrí el fuego encerrado en un ambiente lúgubre que provocaba algunas sombras extrañas en las paredes, supe como sería el Infierno. Mucho más adelante, con este recuerdo grabado y habiendo leído la Divina Comedia, comprendí la angustia de Dante Alighieri, que en sueños, descendía los nueve estratos donde se encontraban las almas penitentes, cuanto más abajo, más pecadoras.

Si hubo un lugar caluroso que haya conocido en mi vida, aún en invierno, fue ese sótano de inquietudes y planteos teológicos. Pero, cualquier tema provocador de miedos o terrores infantiles se olvidaba cuando nos sentábamos a la mesa de mi tía a degustar su sabrosa comida, como por ejemplo, la caballa al aceite o las panzadas de sardinas o anchoas que ella presentaba en nuestros platos.

Alrededor del año '56 (yo estaba en el Otto Krause, recuerdo), en la segunda o tercera etapa de ampliación de la avenida 9 de Julio (desde la Av. Belgrano hasta Constitución), muchos edificios fueron expropiados, entre otros, aquel donde ellos trabajaban; eso los obligó a mudarse. Como tía Chola y su marido habían comprado un lote en Villa España, como papá, allí se mudó toda la familia.

Mi tía Magdalena, más conocida por Piturri, a quien ya mencioné, fue la solterona que se quedó a cuidar a su madre, hasta que, bien grande, se casó con Oscar (el tío que sacrificó a su yegua delante de mí). Ellos fueron quienes convivieron con Maximina hasta su final, y los últimos moradores de la quinta.

Era delgadita y bizca, característica que también tenía tía Chola. Cuando mamá quedó embarazada de



Maqueta correspondiente a la ampliación de la Av. 9 de Julio.



Mi primera comunión.

mí, temía que esto fuera hereditario. Entonces, según me contó, le rezó mucho a Santa Lucía. Recuerdo una imagen de esta santa en mi casa, y un plato con dos huevos que representaban dos ojos, a modo de ofrenda y de aspiración de armonía. Entonces, después que vio que yo era normal, se quedó mucho más tranquila y anduvo con la vanidad a cuestas, porque su hijo tenía lindos ojos y lindas pestañas, según decía.

Piturri era poco agraciada, pequeñita, y siempre

con el afán de ser madre, sin haber tenido hijos. Para ella, todos sus hermanos eran sus hijos y los hijos de sus hermanos también lo eran. Los sobrinos, que venían a la quinta de visita, eran sus polluelos; y yo era un poco más polluelo que los otros. Era Edgardito que llegaba. Tal vez, porque tenía más empatía conmigo, tal vez porque fui quien le sugerí, un poco en broma, un poco en serio, que abdicara el trono de su virginidad con Oscar.

El quinto en orden de aparición, Tío Mario, fue guarda en el tren General Belgrano, de trocha angosta, el que hacía el recorrido de Buenos Aires hasta Villegas, pasando entre otras estaciones, por Patricios, que es la localidad donde él mismo vivía. Barrio de ferroviarios. Era un tipo simpático e inteligente, porque cuando desapareció el ferrocarril, y tuvo que pedir el retiro, en el año '77, se instaló en 9 de Julio y puso una bicicletería, con la que tuvo bastante éxito. Algunos, maledicentes, comentaban que también obró como "entre enaguas" de las chicas que le llevaban sus vehículos de dos ruedas.

Quiero aclarar que entre los Rodríguez había dos bandos. Uno que era más serio, compuesto por los hermanos mayores, y los de la mitad para abajo eran los traviesos. Traviesos, por si no se entendió, quiere decir "mujerriegos". Muchas de sus aventurillas me fui enterando con el correr del tiempo.

Tío Mario era de esta última camada que menciono. Lo íbamos a visitar con mi abuela y mi tío Becho con el coche Rubí, que los hermanos carniceros habían comprado, y que había que darle palanca para que funcionara, mientras todavía vivía en Patricios. Tuvo dos hijos, Cristina y Bocha.

Tío Juan era el que se llevaba mejor que ninguno con mi padre. Eran como almas gemelas, al punto que se asociaron laboralmente. Ambos eran mecánicos de ascensores y trabajaban codo a codo. Papá

comenzó con esta actividad en la compañía Siemens y, en forma particular, se dedicó a esto con su hermano, durante varios años.

Yo me relacioné siempre muy bien con los dos hijos de mi tío Juan, Héctor y Marcelo. Marcelo es quien compró mi parte de la quinta de 9 de Julio. Se la vendí confiado, porque es uno de los que más la



Afiche de la Guerra Civil Española proclamando unidad para los campesinos

quiere; la respeta y valora lo que ella significa para nuestra familia. Es por eso que consideré que está en buenas manos con él, que además, es uno de los más jóvenes. Queda en la sangre. Ha comenzado a hacerle algunos arreglos y eso es muy bueno, pues garantiza su conservación.

Tío Fermín estaba octavo en la lista, asociado a Becho en la carnicería. Era quien llevaba los números de las cuentas corrientes de los clientes. Esos clientes del barrio que venían al negocio con la libreta de tapas de hule negro.

—Anóteme, Don Fermín, tantos kilos de carnaza, tantos de chinchulines.

Y el tío anotaba. Luego venía la confianza y la palabra. Valor que se ha perdido casi, casi, en su totalidad. Se anotaba para llevar la contabilidad, porque la gente, cuando recibía el dinero de su retribución mensual o quincenal, iba y pagaba. La mayoría, sin mora. Pagaba y listo. Eran las reglas del pueblo. ¿Quién iba a ser capaz de estafar en esa época? y nada menos que al carnicero, Don Fermín. Los habría, quizá, pero eran los menos, todos se conocían en 9 de Julio.

Las tareas estaban divididas entre Fermín y Becho. Éste último era el que iba al matadero, después, repartía las carnes en las estancias. Fermín era el encargado de la compra del ganado en pie, en las ferias de Bragado o donde las hubiere, del trámite del matadero, la contabilidad y la atención del negocio.

Tío Fermín tuvo dos hijos: Eduardo y Néstor, primos que tampoco frecuento, lamentablemente. Tío Becho es padre de Norma, una de las pocas primas que tengo, ya que abundaron los varones en esta familia Rodríguez.

Me queda por nombrar al anteúltimo de mis tíos: Toto. El más chico era Becho. Toto fue el único errante. Después del servicio militar que hizo en la Aeronáuti-

ca, se enroló como suboficial, y se creyó un brigadier. Esto fue muy mal visto entre los Rodríguez, la mayoría laborista o socialista, nunca simpatizantes de los militares, quizá por las reminiscencias republicanas de los orígenes de mis abuelos. Circulaba entre sus bocas el siguiente dicho: *"Habrá paz cuando con la tripa del último militar ahorque al último cura"*. Fuerte y dura máxima que aclara la poca alegría que les causó a los hermanos su decisión.

Pero lo más grave fue que, estando casado con una señora llamada Carmen y con una bebita recién nacida, se enamoró perdidamente de otra mujer, María, viuda de un ferroviario y con cuatro hijas mujeres. Se dice que la conoció en un viaje, yendo a visitar a su madre, en el Ferrocarril Sarmiento. Toto abandonó a Carmen y, aún peor, a la pequeña hijita, para nunca más volverla a ver. Esto fue un gran dolor en nuestra familia, sobre todo para mi abuela Maximina, que nunca le perdonó haber dejado a la pequeña. Se preguntaba cómo pudo haber hecho este acto de tanto desamor, justo cuando ella había cobijado a tanta gente.

Quise encontrarme con esta prima, Silvia Rodríguez, que trabaja en una entidad bancaria. Pude localizarla, pero ella nunca quiso encontrarse conmigo. Nunca quiso ver ni saber nada de su padre ni de ninguno de los miembros de su familia. Nunca nada de los Rodríguez.

Toto terminó su vida con la enfermedad de Alzheimer, tembloroso y no recordando lo que había hecho, perdido de su entorno y de su historia; tal vez, para no ser cruel con él mismo. Quizá para que, desde la inconsciencia de volverse ajeno a la realidad, algún ángel de la guarda lo proteja de sus propios pecados.

Entre uno y otro hermano, no podría establecer con precisión entre cuáles, hubo tres hijos más, fa-

llecidos de tuberculosis, probablemente, a quienes no pudieron llegar a atender. Eran dos mujeres y un varón. No recuerdo sus nombres, pero están en las mismas tumbas de mis abuelos. Siempre se los tenía presentes. Con ellos se completaba la suma de trece hijos Rodríguez.

La diferencia entre esta generación de mis tíos y la de mis abuelos Maximina y Félix es que los primeros pudieron lograr sus casas en 9 de Julio. Es decir, se volvieron sedentarios. Fueron más organizados. El contagio de la ciudad les permitió construir sus viviendas con ladrillos, si bien éstos estaban asentados en barro y no con material. Eran casas construidas y no ranchos, que los había, de gente que se ubicaba en la periferia de 9 de Julio, en la pampa más abierta.

De todos los hermanos mencionados se quedaron en 9 de Julio: Cholo, Chito, Fermín y Becho, Piturri y Mario. Los más pueblerinos de mis tíos, los más campesinos, de quienes guardo tan bellas imágenes. Mi padre propició que algunos emigraran hacia Buenos Aires. Los que se adaptaron fueron Juan, Chola y Toto.

Así es la familia de los Rodríguez. Una multitud.

Mucho de ellos me han marcado. He sentido su influencia. Fueron significantes en mi vida. Tantas hojas, que indican tantos recuerdos, son la muestra de ello. Pero, si hay alguien que no olvido, es a mi abuela Maximina. Una mujer admirable por su fortaleza, por la garra y temperamento. Esto último, una condición especial. No por nada parió trece hijos. Y, en tren de confesión, llegó a contarle a mi madre, que no llegaba a retirarse su menstruación post-parto, que quedaba embarazada de nuevo. Fue capaz de ser su propia comadrona, y cortar el cordón umbilical de sus últimos bebés, atendiéndose sola al mejor modo primitivo, con una naturalidad casi animal. Además, fue partera de muchas otras mujeres de la zona, vecinas, amigas y conocidas.



Los Rodríguez. Un alto en la faena, año 1930. Mi padre apareciendo en el fondo, detrás de un arbusto.



Con Mi tío Becho el más chico de los 13 hermanos Rodríguez nos cambiamos las boinas.
11 de julio 2019 a los 37 años del día de fallecimiento de padre Rafael.

Abuela Maximina era una persona que nunca dejaba a nadie abandonado en el camino, característica propia de los carreros. Sin duda, ejerció su potestad matriarcal, superadora del equilibrio que tuvo con mi abuelo. Fue receptora de una sobrina, hija de una hermana, que vivía en el Tigre, que quedó embarazada siendo soltera, y no quiso deshacerse de ese bebé. Causal de grandes vergüenzas para aquella época.

—Venite a vivir conmigo, Nely —le dijo.

Y Pochi fue a 9 de Julio y mi abuela la cuidó y crió a esa niña.

Tampoco terminó ahí su capacidad de contener. Maximina sabía que en Anguiano andaba por los montes, abandonada, con una especie de deficiencia mental, una prima llamada Gabriela. Mandó traer a esta mujer a quien cuidó y alimentó como a todos. Una de las mejores hacheras que conocí en mi vida. Gabriela cortaba la leña para la cocina económica, revoleando la herramienta como si fuera de manteca y pegaba, certeramente, el golpe a cada tronco. Era bizca (otra más), de aspecto hosco, simple, casi harapienta, para quien todos los días eran iguales. No existía para ella diferencia entre un sábado, domingo o cualquier otra jornada. Cocinaba, limpiaba y cuidó de mi abuela hasta el final de sus días, junto a Piturri.

Sumaba Maximina a todo ese batallón, a su hermana María Ángeles Aliende. Durante los veranos venía a la quinta con sus tres criaturas, porque su marido, mi tío Villarreal, que tuvo mucho que ver en la construcción de Villa España, la abandonaba, y se iba a alcoholizar durante las noches de bohemia en Monte Grande.

Por lo tanto, eran una multitud congregada en las tolderías. Todos los que tenían problemas o estaban solos en el mundo, sentían que allí eran contenidos. Siempre había un lugar para dormir, porque las ca-

mas estaban hechas con colchones de paja seca. Se armaban grandes carpas. Se acondicionaban los calderos con leña vegetal, y las botellas de ginebra rellenas con arena caliente servían de receptáculos proveedores de temperatura para los pies de los más chicos. Había un fuego siempre prendido, que se asemejaba al calor de hogar, y al ánimo receptor, a la calidez del amor de familia. Siempre había un lugar para uno más. Nunca faltaba el alimento para el que llegara de visita.

—Ponte en la mesa, que yo te doy de comer, siempre que la “morocha” aguante —decía mi abuela.

La morocha era la olla, de unos veinte o treinta litros, donde permanentemente bullían los guisos confeccionados con todo lo que cayera en la cocina. Para lo que “manos a la obra”, salían todos los hermanos provistos de hondas o de las herramientas que encontrarán, para regresar con la caza de la jornada: mulitas, peludos, cuisés, pichones de lechuzas, huevos de avestruz, alerones de chajá o de cigüeña, algún pato silvestre o gallareta, ranas o lo que fuera. A nada se le hacía asco. “*Todo bicho que camina, va a parar al asador*”, reza el Martín Fierro. Y todo servía para ese guiso mixto que debía alimentar tantas bocas.

A mi padre le encantaban los peludos, más que las mulitas. Con la diferencia de que estas últimas son herbívoras y los primeros, carroñeros. Entonces, se debía curar al bicho unos días antes de cocinarlo. Se lo colocaba en unos cajones o en pozos y se lo alimentaba a maíz. Luego, sí, ¡dentro de la morocha el peludo también! Luego, los caparazones se ponían a secar al sol, arriba de los toldos.

¡Había tantas particularidades culinarias como días de la semana! Siempre se podía inventar algo nuevo para el apetito de los pobres. Puchero, bañacauda, cazuela y el cocido eran algunas de las especialida-



Carta de Tarot "El loco"

des más refinadas. Las verduras y las legumbres para los fondos de cocción salían de la huerta propia.

Lo fundamental es que nadie se quedara con hambre. Todos eran convidados, hasta los que pasaban frente a la puerta. Indios, casi asimilados, o mendigos; tal vez, algún croto, que caminaba con su palito al hombro en cuya punta portaba todas sus pertenencias en un hato pequeño, simulando a "El Loco" de las cartas del tarot. Nadie se quedaba sin recibir una porción de algo. La veo todavía caminando hacia la tranquera llevándole al indigente aunque sea una galleta dura y un vaso con agua.

Lo más llamativo que quiero destacar es que toda esta familia se llevara increíblemente bien. La armonía que encontré en ella, no la pude hallar nunca más en ninguna otra, ni siquiera en mi propia vida, incluso, es algo que intenté vivir con las parejas que he tenido. Pero no, no he podido sostener una pareja que me aguantara toda la vida.

En este tramo de mi relato, intenté describir a mis tíos paternos y hacer un panorama de la impronta que ellos me dejaron. Siempre volverán sus imágenes a mí, su entorno, la quinta y esa condición de carreteros.

Cuando al principio, relaté que mi papá se había quedado de manera definitiva en esta Capital después del servicio militar, aseguré que él sólo volvía a 9 de Julio para visitar a sus padres. No fue del todo exacta dicha afirmación. Pichón hizo un último viaje, el que lo llevó a su morada eterna, allá en Los Pinos. Él mismo pidió ser enterrado en el pueblo. Y cuando íbamos por la ruta, con el extenso cortejo fúnebre, tan largo que no podía verse el último auto, percibimos a todo 9 de Julio sumido en un rumor que decía: Murió Pichón. Pichón Rodríguez. El mayor de los Rodríguez, una institución.



Entrada al cementerio de 9 de Julio. Última morada de mi padre Rafael.



Diploma otorgado a mi padre por haber concluido el Servicio Militar.



Diploma Presidente Sarmiento entregado a mi padre.



En el medio de la foto mi padre en Cuba.



Mi padre con el traje de la Marina.



Postal de la Fragata Sarmiento.



Foto en Puerto Rico. Mi padre en cuclillas, el segundo desde la izquierda de la foto.





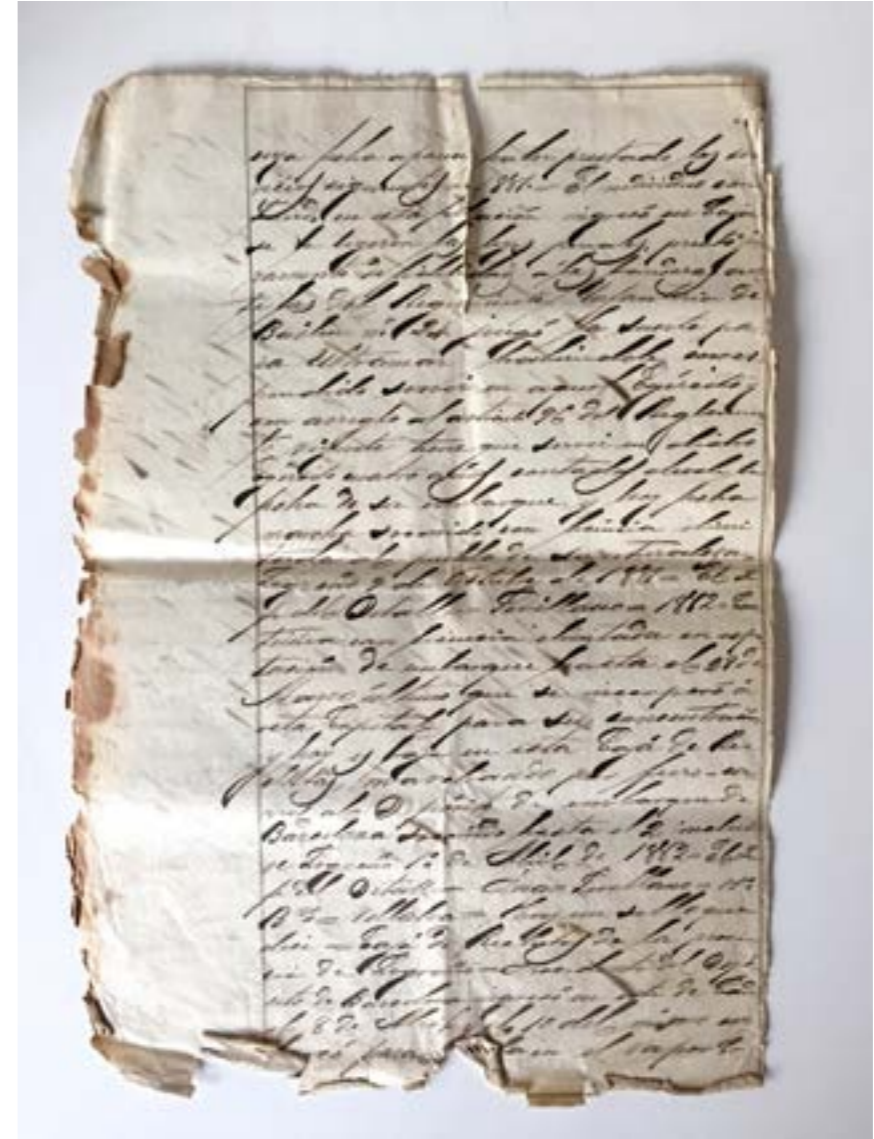
Postal de la Fragata Sarmiento.



Documento que encontré en el galpón de la quinta de mis abuelos paternos, dentro de una petaca de cuero, perteneciente al padre de mi abuela Maximina, osea mi Bisabuelo.



Documento por el cual descubro el origen de los Aliende.



Antecedentes geneticos de mis antepasados que continuaron con mi padre marintero conscripto y la vocación de Dago por ser Marinero.



Palangana donde se bañaban los bebés Rodríguez puesta en el mural que cubre la fachada de mi casa.

MÁS IMÁGENES DE 9 DE JULIO

9 de Julio me ofrecía dos alternativas de hospedaje cuando iba, en mis vacaciones. Me quedaba en la quinta, ubicada en las afueras, en el Camino Real, cercano al Ferrocarril Belgrano de trocha angosta, o en la carnicería, sobre la calle Vedia, cercana al Ferrocarril Oeste, hoy Sarmiento.

Cualquiera de estas opciones era buena, pero en la quinta pasé momentos inolvidables, disfrutando del entorno y de la familia, recibiendo el aprendizaje taxativo, que nadie se propuso, pero que son las marcas indelebles de tanto recuerdo que trato de volcar en estas páginas.

En el fondo de la propiedad de mis abuelos, había un monte con una hondonada, en ella una laguna chiquita, donde yo veía reflejado el follaje que bailaba sobre las aguas. Y también observaba mi propio reflejo. Me entretenía durante muchas horas con las caricias de la brisa en mi rostro y disfrutaba del paisaje.

A su vez, la casa estaba adentro de una arboleda de higueras, toda construida con ladrillos asentados en barro. Tenía un comedor de diario amplio, con una cocina económica a leña, y era éste el centro de reunión de la familia. Un dormitorio grande, el de mis abuelos; otro, más chico, que pertenecía a tía Piturri y, atrás, una pieza pequeña, adherida al resto de la casa, donde dormía yo, y a la que llamaban “el cuartito”.

En 9 de Julio, nunca dormí con mi abuela, como lo hacía en Asamblea, aunque alguna vez, lo hice con mi tía. Así fue como me enamoré de Juana, mi preciosa madrina, la de luminosa piel de seda, hasta casi el romance. En esa casa estaba prendado de la femina maternidad y dulzura de Piturri. Siempre digo que me enamoré de mis tías en la cama.

El baño no estaba tan alejado como en Asamblea,



Mi abuelo Felix con un primo y mi el perro Sandrini.

pero del mismo modo constituía el excusado, donde, además del lugar de las necesidades fisiológicas, nos lavábamos con una palangana, ese recipiente redondo de hierro esmaltado, colaborador de nuestra higiene personal. Tuve el privilegio de participar de ella, ya que también la usaban conmigo.

Delante de toda esa construcción, una gran galería, que permitía sentarse a todo aquel que lo deseara,



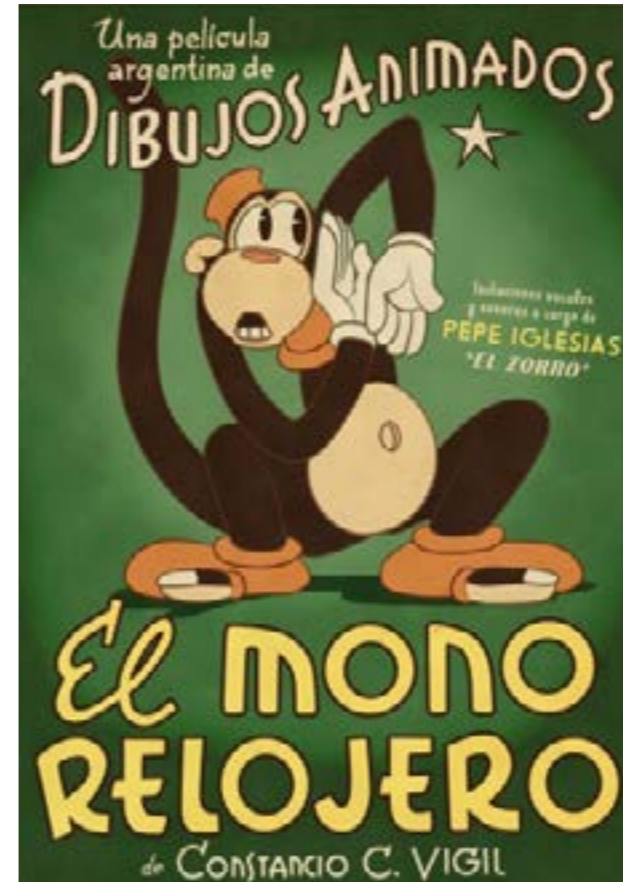
Croquis de viaje 8 x 14 cm. (Tinta)



Croquis de viaje 20 x 20 cm. (Tinta) Edgardo N. Rodriguez. Año (2005).



Croquis de viaje 20 x 20 cm. (Tinta) Edgardo N. Rodríguez. Año (2005).



El Mono Relojero de Constancio C. Vigil.

en los atardeceres, para otear el horizonte, descansar previamente, antes de ir a la cama y tomar “la fresca”.

Abuela Maximina y tía Piturri venían a Buenos Aires, alguna vez en el año, y paraban en nuestra casa, la portería. Hasta en este lugar, yo era mimado por ellas. Recuerdo las tardes de cuentos leídos por tía

Piturri. “El Mono Relojero”, de Constancio C. Vigil, lo había aprendido de memoria.

Esa maternidad que la naturaleza le había negado, la ponía en práctica conmigo tanto en mi casa, como en la quinta. Y yo disfrutaba de tanta madre y tanto afecto.

Era, espero que quede claro, una familia tribal, aunque fuera a la distancia; si consideramos el concepto de tribu como clan, como esa asociación propia de pueblos primitivos, constituida por varias familias, generalmente con un origen común. Clan del que eran mi abuelo Félix y mi abuela Maximina, los líderes, pero el poder era de la mujer.

Abuelo, suministrador de la fuerza humana; abuela, la espiritual.

Recuerdo a mi abuelo como ese hombre de boina, de cintura ardida por la posición en el surco, porque recibía todo el sol a pleno mientras, inclinado, desmalezaba y quitaba el yuyo adventicio con la zapa y con la mano. Lo veía duro y fuerte, trabajando arduamente en la tierra y, por otro lado, mostrando la ternura cuando le preparaba el tazón de leche tibia, del primer ordeño a mi abuela, su mujer. Después se iba al campo con la azada, a cosechar las papas o las hortalizas, para volver a media mañana a contarme historias preciosas, sentado a la sombra, en la galería. Comía una chuleta con dos huevos fritos y un vaso de vino rojo en el que mojaba la galleta dura, aperitivo que me participaba y luego lo veía desaparecer, parecía que se lo tragaban los surcos, trigales y maizales.

La abuela Maximina le protestaba mucho, cuando notaba esto:

—Pero, ¿qué está haciendo usted, señor, con este niño? No quiero que siga su camino —le decía.

Tiempo después me enteré de que abuelo Félix se había transformado en un alcohólico.



Yo con mi perro Sandrini y la casa quinta detrás.

Ellos discutían por mí y yo los escuchaba tratarse de “usted”, extrañado, porque aunque era chico aún, mi pensamiento se dirigía a cómo habrían hecho para acostarse juntos y engendrar tantos hijos, con la distancia que provoca dicho trato. Más grande me di cuenta de que, en realidad, en lo íntimo ese trato había sido otro. Y que debieron de ser fogosos ambos, tal vez de sexo diario, porque mi abuela no dejaba nunca de parir, habiendo sido, incluso, su propia partera, para los tres o cuatro últimos bebés que le nacieron. Debieron ser fogosos, lo digo convencido, y tuvieron, sin duda alguna, muy buena salud.

Maximina era la antítesis de Félix. Una mujer de contextura mediana, no tan alta, con su nariz aguileña y ojos de ternura. Fuerte y animosa. De cutis ajado, lucía siempre un turbante que evitaba se vieran sus cabellos, pecaminosos para una monja. Permanentemente, llevaba su delantal limpio y prolijo, con el que hacía las actividades diarias. Y no fallaba nunca el olor a comida recién hecha en su cocina. Lavaba y fregaba la ropa a mano, cada mañana, y la ponía a secar sobre los arbustos, para que tomara cierto aroma a naturaleza. Era una matriarca.

Había parido y atendido, sin ayuda, a los hijos y hasta dio de mamar a otros niños cuyas madres no podían. Hasta fue comadrona de muchas mujeres de la zona, que confiaban en su experiencia.

—Pues, te tengo que contar algo de esta mujer que me maltrata y que tanto te defiende —me decía mi abuelo, en esas reuniones de las diez de la mañana en la galería de la quinta—. Yo estoy profundamente enamorado de ella —cerraba.

Y volvía a contar su historia de cuando la recuperó y de aquel encuentro de película. Aunque era una historia repetida, a mí me encantaba oírla, porque cada vez tenía un condimento nuevo que la memoria le regalaba.

Algunas veces, me llevaba de la mano a ver como el caballo tiraba del arado con la quilla e iba dibujando el surco. Y me permitía tomar las riendas del animal para que sintiera el esfuerzo que hacía para empujar el yugo. Siempre cuidándolo, y expresándome además:

—De la tierra eres y en la tierra terminarás; mientras tanto, písala. Aprovechala, a ella volverás.

Y yo lo miraba entrecerrando los ojos por el sol, para ver los suyos, muy árabes, profundos, de tupidas cejas y su rostro color cobre, casi tan agrietado como el campo que cultivaba.



Siempre que mi abuela llegaba a Bs. As., quería ir al puerto y miraba el horizonte recordando en silencio su llegada o el dolor de la partida de esas tierras lejanas de España.



"Puerto" 130 x 100 cm. (Acrílico) Edgardo N. Rodríguez. Año (1999).

Entre los primeros recuerdos y de los más queridos de la quinta, se encuentra mi contacto con los animales, entre ellos, mi gran compañero: Sandrini, mi perro color café. Él me esperaba a las mañanas y estaba permanentemente a mi lado. Lo malcriaba bastante, compartiendo con él el almuerzo que me daba mi abuela.

—¡Niño, niño! Yo no puedo devolverte flaco, van a decir que no te di de comer. El perro tiene su comida —censuraba.

Y no me olvido del verano en el que al llegar a la tranquera, pregunté por qué no había venido a recibirme como siempre. Tía Piturri me llevó a través del sendero de eucaliptos, hasta la casa, que estaba más adentro, contándome por qué Sandrini no me recibía:

—Vení, te voy a llevar adonde está él —me dijo, y me llevó a su tumba.

Me puse muy triste y, a la vez, pensé en la delicadeza que tuvieron en enterrarlo y colocarle una cruz de palos en su sepultura, a la orilla de la laguna, cuando a otros animales, se los deja en el campo para carroña de los caranchos.

Si bien no me conformé, rápidamente me crearon la ilusión de unos peces de colores en el estanque, esa gran tinaja de hierro de 3 por 3 metros, donde caía el agua y servía de bebedero de las vacas. Pasé a entretenerme ese verano, dándole de comer a esos pececitos.

Otro de los recuerdos era cuando iba a lo de los Monforte, la chacra de al lado, que proveía de verdura al pueblo de 9 de Julio. Le pedía permiso a abuela Maximina, en las mañanas, para ir a ver cómo lavaban la verdura recién extraída, en las grandes tinajas, y como la guardaban en cajas de madera, para su traslado a las verdulerías.

—Tráeme tanto de esto, tanto de aquello y eso de más allá —me encargaba abuela, para la casa.

Así, cumplía el rol de proveedor verdulero. Me que-

daba mirando, en la cocina, como se hacían los copiosos caldos llenos de la verdura fresca y, a los que alguna que otra vez, se le sumaba una gallina que dejaba de pulular por el parque.

Si bien cuando yo iba a pasar estas temporadas, ya no vivían la mayoría de los hijos (mis tíos) con mis abuelos, siempre me había preguntado cómo se arreglaban para comer o dormir allí, en la quinta, siendo esa multitud.

El tema de tantas bocas, nunca menos de diez o quince, se resolvía con aquellos guisos opíparos en la famosa "Morocha", la enorme olla de hierro que podía contener varios litros de cualquier alimento, y a la que todos contribuían. Y había, para mi abuela Maximina, muchos otros recursos.

Las camas eran sólo colchones, hechos con lonas y paja. Y dormían cuatro o cinco hermanos juntos. Pero esto se producía cuando aún estaban en las carpas, ya que nunca llegaron a vivir todos en la quinta.

Así me contaba mi padre. Y se explayaba relatóndome también, la gran disciplina que impartía mi abuela, para que hubiera armonía y orden entre los niños. Había, por ejemplo, penitencias rigurosas, como la del "maíz" (hacían arrodillarse al que estaba en falta sobre los granos de maíz en el piso), o les pegaban en "las puntas de los dedos", con una vara, a los traviesos y belicosos.

Estos castigos nunca fueron aplicados conmigo, y no es que yo fuera un santo, pero el cariño y los años de Maximina determinaron la causa de su cambio. Lo único que sí me aplicó mi padre fue ese "retorcijón de orejas", hasta dejarlas coloradas, pena que él también sufriera en el hogar de sus padres.

He pensado si ese rigor, común en aquella época; "la letra con sangre entra", recuerdo que se decía; no sería una manera práctica de ordenar la disciplina de tantos cuando, además, había tan pocas palabras,



Mi abuela Maximina, mi madre y yo. En el Puerto de Bs. As. Lugar de llegada de mi abuela desde Anguiano.

porque se hablaba poco entonces, y se trabajaba mucho.

Esta estructura piramidal, casi militar, era una costumbre que primaba entre ese grupo de gente que salía a trabajar con el sol y se acostaba a dormir

cuando el sol caía, rendidos. Entre quienes no había tiempo para consejos.

Por supuesto, esto se modificó mucho en mi generación. Y, ni hablar, en la de mis nietas.

El tiempo fue cambiando en 9 de Julio; y yo, creciendo. La adolescencia traía consigo necesidades nuevas. Las del contacto con chicos de mi edad, y las actividades a compartir con ellos. El baile, por ejemplo.

Había empezado a ir a mis primeros "asaltos" en casas, con los chicos de la barra de Balaguer, en Belgrano. Tendría catorce o quince años y la escuela del bailarín porteño, un bagaje tanguero aprendido de mis tíos Salvador y Blas.

En 9 de Julio, era el forastero, tal vez, por eso, bien visto en aquellas primeras incursiones sociales, donde iba con mi camisa planchada por tía Piturri y mis zapatos en la mano, para cambiármelos al ingresar. Evitaba así que se ensuciaran con el polvo de las calles de tierra.

Había dos lugares para divertirse allí: el Club Social y el Club Empleados de Comercio. Se mezclaban en estos espacios la orquesta típica y el rock, el jazz y el bolero, y yo me prendía en todos los ritmos.

En sus salones, también se celebraban los casamientos y los eventos familiares. Yo asistí a las bodas de mi tío Fermín y de mi tío Becho.

Cuando las reuniones se hacían en la quinta, se preparaban grandes comidas, muchas veces, lechones y otros animales nobles al asador, porque se reunían todos los hermanos y sus familias. Esto ocurría para algún cumpleaños o cuando venían mis padres a buscar carne, terminada la temporada veraniega.

Se hacía la gran fiesta para reencontrarse y allí también se bailaba sobre piso de tierra apisonada de tanto andar y ser acariciada por la escoba. Mi abuela, la jota aragonesa, y las mujeres lo que viniera. Abuelo acompañaba con las palmas. Él era tímido en estas lides.

Acabada la parranda, todos levantaban las sillas y acomodaban las mesas. Las mujeres lavaban la vajilla y acondicionaban el lugar, mientras la gente se iba retirando a sus hogares.

Mamá preparaba el bolso con mi ropa para levantarnos temprano a la mañana siguiente y alcanzar el primer tren hacia la capital.

Esa noche, la de la despedida, siempre me bañaba en la parte de atrás de la casa, si el tiempo lo permitía, arrojándome el agua tibia con la palangana de mis ancestros. La que había venido de España. Ésa

con la que bañó Maximina a todos sus bebés.

Muchos años más adelante, tuve la suerte de recuperar el recipiente enlozado. La jarra de porcelana, su complemento, se rompió en algún otro baño, porque era más débil, más frágil; pero con esa palangana que mi abuela cuidó con tanto esmero, y que tiene parte de la historia familiar en sus átomos, yo hice un mural que conservo.

Se quiso quedar casi, casi, como un sol, en una de las paredes de mi casa.



Carnavales de 9 de Julio "La carreta de los Rodríguez"

TODA LA VIDA FUE UN CARNAVAL

El carnaval es una celebración pública, que tiene lugar inmediatamente antes de la cuaresma cristiana, con fecha variable, entre febrero y marzo, según el año. El origen de su celebración es, probablemente, atribuido a las fiestas paganas como, por ejemplo, las que se realizaban en honor a Baco, el Dios del vino.

En esta fiesta se usan y se combinan algunos elementos como disfraces, desfiles, y fiestas callejeras. Por extensión se llama “carnaval” a algunas celebraciones similares en cualquier época del año.

A pesar de las grandes diferencias que su festejo presenta en el mundo, su característica común es la de ser un período de permisividad y cierto descontrol. A veces, se observa como la ingenuidad y lo pecaminoso dan rienda suelta a los instintos. En la noche del Carnaval todo vale y dice la leyenda que, por eso, los participantes se ponen máscaras.

Mi padre, que después del servicio militar, comenzó a vivir en Buenos Aires, en las fechas claves volvía a 9 de Julio. El Carnaval era una de esas. Se acoplaba a las carretas que armaban mis tíos, las mismas carretas con las que trabajaban, las que adornaban con flores, palmas y géneros de diversos colores. Y las ornaban para desfilar por las calles del pueblo en tren de jolgorio.

Él era un muchacho bien parecido, a pesar de su prematura calvicie, demasiado temprana, ya que tenía alrededor de veintitrés o veinticuatro años cuando el cabello comenzó a ralearle. Sin embargo, era un hombre codiciado por las chicas, más aún, era mirado especialmente, por ser un “nuevejuliense” forastero que venía, nada menos, que de la Capital. Vivir en esta ciudad le daba cierto dique de ser superior, era algo así como un título obtenido, la mayoría de



Retratos de mi madre y mi padre.

las veces con el indescriptible sacrificio del anonimato.

Pichón participaba de los corsos y los bailes en los Carnavales de 9 de Julio, aunque no bailara. Mi madre, en cambio, que era muy juguetona y le gustaba divertirse, graciosa y dicharachera, se disfrazaba de hombre en Carnaval. Detrás del atuendo masculino y de la careta que cubría su rostro, como tantos otros, crecía en el coraje de avanzar, de aproximarse al hombre, al desconocido. En especial, a este desconocido de quienes muchos hablaban. Comenzó así a cortejarlo.

—¡Mirá que esa es una Algeri! —le dijeron algunos de sus hermanos a mi padre.

Entonces, ni corto ni perezoso, papá le manoteó la entrepierna en el entrevero del corso, para decirle:

—¡A ver qué tenés ahí!

Todo era una chanza, una broma, parte de aquel desenfadado, de aquella soltura y desparpajo que da el misterio de lo oculto. Como lo hacían en Sumeria y Egipto hace más de cinco mil años, o en el Imperio



Rosita disfrazada de Marinero.

Romano; como lo hacen todavía en Río de Janeiro, en Santa Cruz de Tenerife, en Oruro o en Corrientes, la fiesta del Carnaval dura varios días y la gente se mezcla en las calles, entre las carrozas o persiguiendo a los paseantes con vejigas que se usan para asustar, dando golpecitos no demasiado fuertes con diversos implementos, tomando desprevenidos a los intervinientes, que bailan o representan distintos personajes reales o alegóricos. Y siempre escondidos detrás de un disfraz, detrás de la salvadora máscara.

En medio de tanto paganismo, Rosa se sacó el antifaz, después del atrevimiento de mi padre y le mostró sus ojos y le entregó la sonrisa.

Comenzaron a “flirtear”⁶, a partir de allí no se separaron más. La relación creció y creció hasta que se casaron alrededor de los dos años después de esta fiesta.

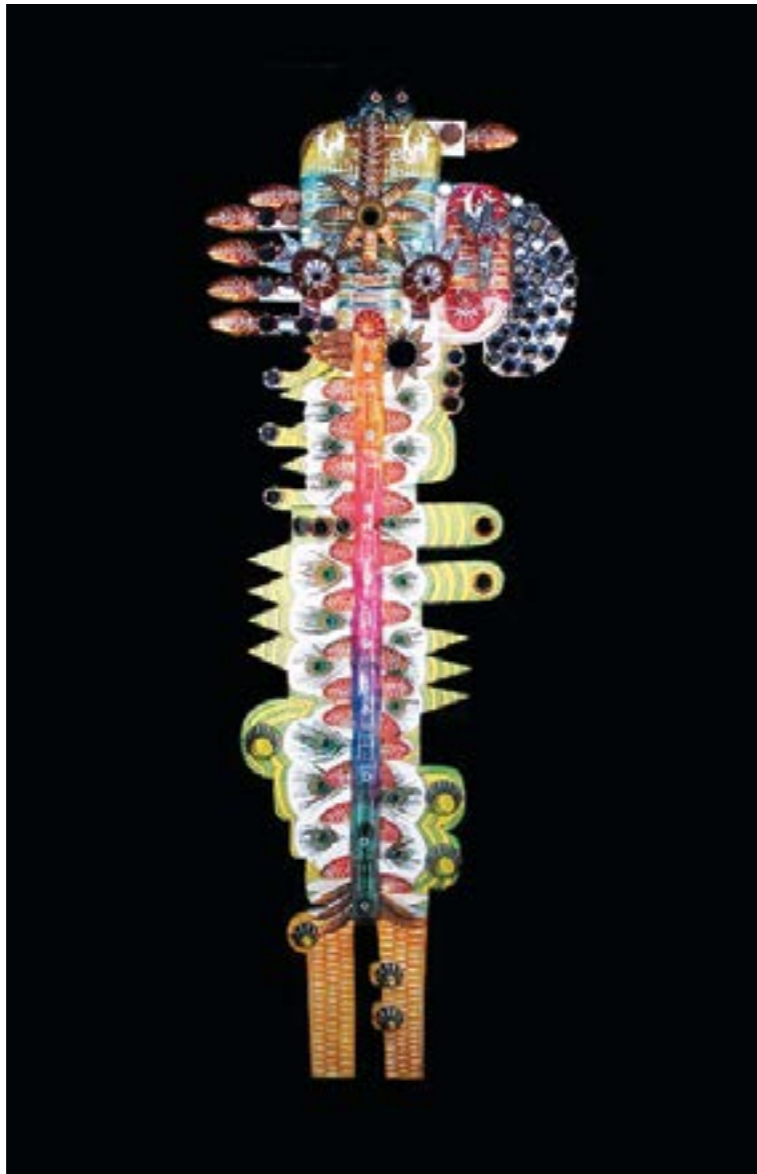
Como mi padre era socialista, ya que pertenecía, como sus hermanos, a la gente del campo, pero no a los dueños de la tierra, que eran los conservadores, se casaron sin iglesia. Mi madre con un vestido corto, hermoso, y una capelina. Papá, bello también, y con la emoción de todos los inicios.

La fiesta se hizo en la quinta, con los Rodríguez y los Algeri, como corresponde.

Previamente fue sacudido el papel picado de colores, limpiada la espuma y secado el agua, barridos los restos de pomos, globos y recipientes vacíos. Una vez instalado en la memoria el sonido de las risas entremezcladas con la música y más allá de la tarea del guardado y la conservación de los trajes y antifaces para el próximo Carnaval, mamá partió a Buenos Aires, con las mismas expectativas que tuvo Pichón, un tiempo antes.

La Gran Aldea era y fue siempre el horizonte de los sueños, de los deseos de progreso, de las ansiedades

⁶ Flirt: Palabra inglesa que significa “coqueteo”.



Chamán de Oruro 260 x 0.80 x 0.20 cm. (Técnica Mixta)

EL 9 DE JULIO

NOTICIAS Y SOCIALES

NO HABRA CORSO

CONTRARIAMENTE a lo que acostumbramos en estas fechas, esta noche no se realizará como en esta ciudad. Esta medida ha sido dispuesta por la Jefatura de Policía, debido a que hoy se efectuará elección de diputados en todo el territorio de la Provincia de Buenos Aires. En cambio, en numerosas localidades próximas se efectuará la celebración de estas fiestas.

"Reina del Carnaval"

En el baile realizado por el Teatro Rosal, finalizó la elección de la «Reina del Carnaval 1924» que organizaba en sus fiestas el Club Agustín Alvarez.

Correspondió el título a la señorita Hedy Vázquez, sirviente además, consagrada como «Princesa» las señoritas Filoco Paz Blas, Edith Garibolzi y Elsa Zizueli, en dar un interesante grupo de fotografías a las de nuestra ciudad.

Regresaron

Se hallan de regreso entre nosotros, luego de pasar por distintas regiones del país, los empresarios de las salas cinematográficas locales señores Roberto F. Rossi y Pablo Giliardini, en compañía de sus respectivas esposas.

Casamiento

El jueves pasado se celebró el enlace matrimonial de la señorita Rosa Algieri con el señor Rafael C. Rodríguez, pareja que se asentó en la capital federal, donde establecerá su residencia.

Nacimientos

El lugar de los esposos Benito Hén-Rodríguez, se ha visto alegrado con el nacimiento de una linda niña a quien han impuesto los nombres de Teresa Antonia.

También los esposos Catalán-Migueli, han visto aumentada su dicha con la llegada de su primogénito, un lindo muchachito a quien llamarán Jorge Mario.

Hago María se llamará el niño que va a nacer al hogar de nuestros ex-conocidos los esposos Constanza Palma, recién radada en la capital federal.

Especialistas

En el Sanatorio «Oeste», el próximo jueves atenderá a los afeados de dicha clínica el Dr. E. Muñoz García, especialista en enfermedades de la vista.

Para el próximo sábado y del corriente, en el Sanatorio «9 de Julio» se asocia la visita del Dr. Héctor E. Pinedo, quien se especializa en enfermedades de la vista.

Boda matrimonial

Civil y religiosamente, ayer se celebró en la capital federal la boda matrimonial de la señorita Aurelia Ramos con el joven Juan E. Vazari, ex-conocidos nuestros, actualmente radados en esta ciudad.

Bautismo

En la iglesia parroquial local, se fueron impartidos los sacramentos a la niña Cecilia María, hija de los esposos Malpara-Masís.

Fueron padrinos los esposos Malpara Grossi, que se hallaban de paso en la ciudad.

De Catamarca

Se encontraron entre nosotros visitando el lugar paterno, pro-cede de Catamarca, el Teniente del Ejército Manuel Castillo Otero, acompañado de su esposa señora Dora Santó de la Riestra y su hija Stella María.

Entero matrimonial

Se ha consumado recientemente el enlace matrimonial de la señorita Juergina Sisco con el señor Juan Malvaria, pareja que cursa entre nosotros con abejas y alpacas.

Enfermos

Se encuentra internado en el Sanatorio «Oeste», siendo su estado de salud de relativo optimismo, el estimado convecino señor Vireala Marton.

—Mejora de las heridas recibidas días atrás en un accidente de tránsito, el joven Pedro Montera.

—Ha experimentado una leve mejoría la señora María P. de Taras, que se encuentra internada en el Sanatorio «Oeste».

Biblioteca «Ingenieros»

Desde el jueves pasado, ha quedado abierta a disposición del público, la sala de lectura de la Biblioteca Popular «José Inge-nieros», situada al barrio de la zona de 17 a su barrio.

Misa

Por el eterno descanso del alma de quien en vida se llamó Miguel Guáltera, sus familiares harán celebrar una misa en la iglesia local, el próximo miércoles a las 10 horas.

—En obsequio del alma de quien en vida fuera el señor Agustín Santilli, sus familiares harán celebrar una misa en el próximo martes en del corriente a las 9 horas, en la iglesia parroquial.

Renovó su C. D.

En la asamblea que realizó días pasados la Sociedad Española de S. M., se procedió a la renovación de su C. D. por el nuevo período, habiendo quedado la misma integrada así:

Presidencia, Víctor Ojivas; Vice, Bealita Aguirre; Secretario, José Virella; Pro, Crecenciano Marcos (Torres); Lino Mackin-diarrea; Pro, Zenón E. Gam-bos; Vocales: José M. F. Aguirre, Plácido Aneta, Lino Iturza y Fernando Zubizarri; Expulsores: Alberto Aranda, Marino Amor, José F. Merli, Paulino Cande y José Zabala; Jurados: Manuel Miranda, Graciano Sandoval, Rafael de la Pádua, Antonio Zabala y Camilo Ferrelro; Revisores de Cuentas: Elías Calvertos y Justo M. Piz.

Gente que viaja

Luego de una breve estadía entre nosotros, regresó a la capital federal el señor Pedro C. Gómez, su esposa e hijita.

—Se encuentran pasando una temporada en esta ciudad, nuestra ex-conocidas señoras María Elena Valeros.

—Regresaron de Córdoba, luego de una temporada de paseo, la señora Rosa M. de García y sus hijas señoritas Zulema, Rosa Dolia y Alicia.

—Después de permanecer varios días en ésta, regresó a Morón donde reside, el joven Julio Rodríguez.



"Noticias Sociales de 9 de Julio" Casamiento de Rosa Algieri y Rafael Rodríguez. (diario 9 de Julio).



Cerificado de matrimonio de mis padres.



Mi madre, mi padre y la casa quinta detrás.

de una búsqueda de algo mejor, para toda la gente del interior que se atrevía. Y entonces, fueron iguales a aquellos “cabecitas negras”, como los llamaban despectivamente, en un tiempo político convulsionado.

Antes del casorio, mi madre, llegó a la Capital acompañada de su hermana Juana y sus dos hermanos varones, Blas y Salvador. Los tres Algieri se ubicaron en una pensión, intentando hacer lo que

podían para subsistir. Papá, en otra.

Mi madre consiguió, rápidamente, un puesto como alpargatera, en la fábrica Alpargatas. Era una de las que cosía el borde de la tela de lona del cuerpo del calzado con la suela de esparto o cáñamo, mientras crecía la relación con su novio, el “nuevejuliense”, que intentaba como ella abrirse un camino. Mientras juntos buscaban la vida en común.

Retomando, después de la boda, ya casados, mis



Fiesta de casamiento de mis padres.

padres se mudaron a un conventillo. Fue el primer espacio compartido. Una habitación en aquel edificio de los suburbios de Buenos Aires propiciada por los Chouza, el hombre de esta familia era compañero de mi padre en su trabajo.

Yo todavía no me anunciaba. Para mi nacimiento, faltaba aún un par de años. Hecho fortuito el de mi gestación, según supe años más tarde; no porque no desearan tener descendencia, sino más bien porque su anhelo era lograr algo más sólido donde vivir, algún trabajo más seguro, estar más consolidados. A mi madre y a mi padre les costó mucho tener su hábitat físico, su cubículo, su hogar. Papá venía con una historia de carencias en este aspecto y no quería otra cosa que conseguir la casa propia.

Un hecho fortuito, mi nacimiento —decía—, generado por mi tío Blas, quien me puso en camino hacia este mundo. Por lo menos, así me lo contaron.

Tío Blas, gran “hacedor” de travesuras, estaba en el servicio militar en la Escuela de Mecánica de la Armada, por ese tiempo. En las salidas de los fines de semana, adiestraban a los soldados para cuidarse de las enfermedades venéreas, el mal más difundido en esa época, lejano aún del Sida. Para dicho cuidado les proveían de los preservativos, elementales para aquellas mínimas medidas de precaución. Como mi padre cuidaba el centavo, mi tío le compartía los adminículos que no usaba. Alguno de ellos, según cuentan, fue con un agujero producido por una aguja o un elemento pequeño punzante, tal vez, con la intención de mi tío de tener un sobrino. Al menos esto se reveló entre “bambalinas”.

Mi madre, casada virgen, y como todas las mujeres básicas de entonces, no tenía conocimientos acerca de la sexualidad profiláctica, por lo tanto, se sorprendió ante su primera falta. Fue al médico, que comenzó a instruirla con la información necesaria

que precisaba una mujer en ejercicio pleno de dicha sexualidad.

—¿Pero, cómo, doctor? Si lo hicimos solamente dos o tres veces —parece que le dijo al toco-ginecólogo en la primera consulta.

Ella nunca tuvo prejuicio de manifestar esa falta de conocimiento. No estaba segura de que “con tan pocas veces”; es decir, tan pocas relaciones sexuales, fuera a tener un niño completo. Era totalmente llana y espontánea. Me lo contó con una ingenuidad y una franqueza casi sobrenatural. Me produce emoción, aún hoy, recordar su pensamiento tan pueril.

—¿Cómo voy a estar embarazada con tan poquito? —parece que se repetía.

Más que emoción, esto que ella narra, me provoca cierta angustia. Pena, quizá, por su falta de instrucción. Aunque le reconozco esa virginidad, esa inocencia nacida de una información no suministrada por nadie, ni por su madre, a su vez, analfabeta. Todo lo fue aprendiendo a medida que vivía. Y yo, como su hijo, me reconozco hoy también, en muchos aspectos, su maestro. Como mis propios hijos lo han sido para mí. Salvando las distancias comparativas y aun con mi formación universitaria, la que agradezco y valoro. Sin embargo, el ser padre sólo se aprende siéndolo. No existe la “escuela para padres”.

Yo no nací, entonces, ni por la mitad, ni sin los brazos, porque fui concebido completo, de uno de sus óvulos, silencioso y fuerte, unido a un espermatozoide de entre cientos de miles que mi padre le habrá donado. Era un bebé entero, engendrado en un solo acto sexual, coincidente, ajustado, acomodado en el tiempo y en el momento oportuno.

Nací en la Maternidad Ramón Sardá, de la calle Esteban de Luca 2151, de esta Capital. Hospital que fue inaugurado en 1934, producto de una donación de quien lleva su nombre, Delfina Marull de Sardá, quien

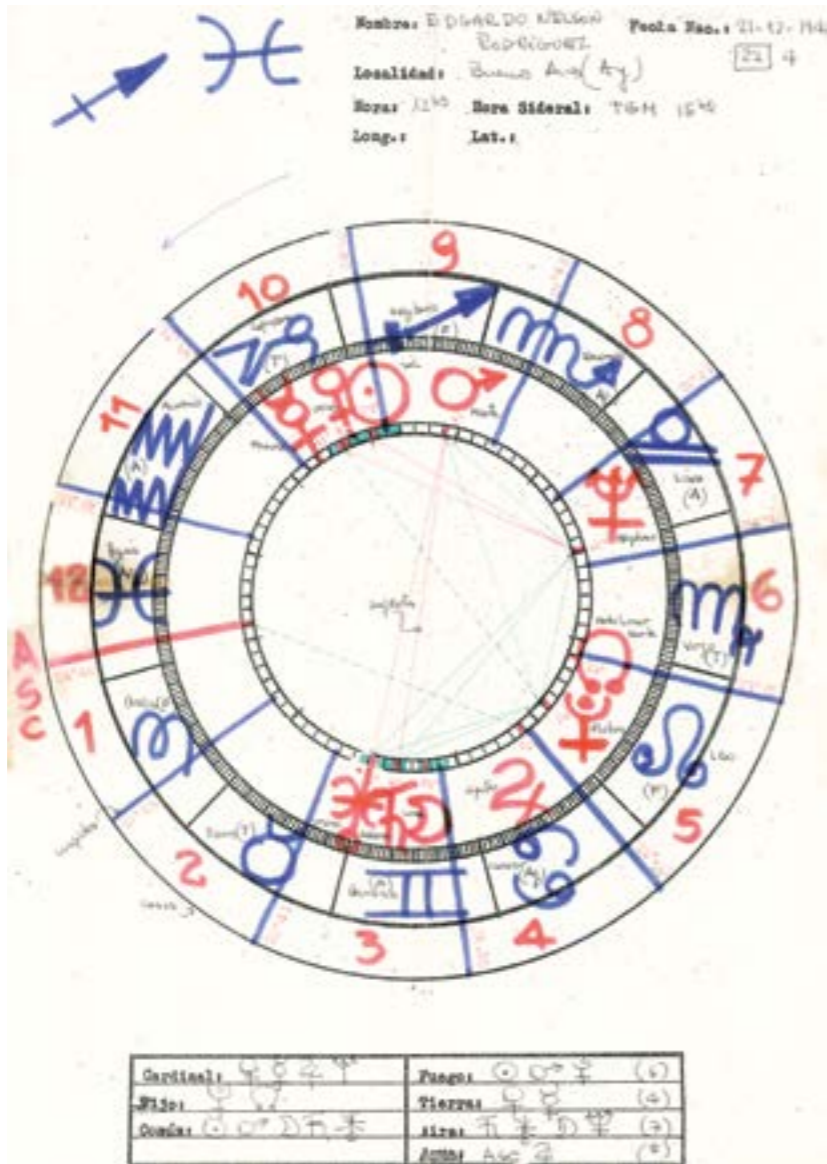
no tuviera descendencia. Institución joven cuando yo nací y pionera en la investigación, perfeccionamiento e implementación de avances y técnicas novedosas dentro del campo perinatal.

Como mi padre trabajaba todo el día, a mamá la in-

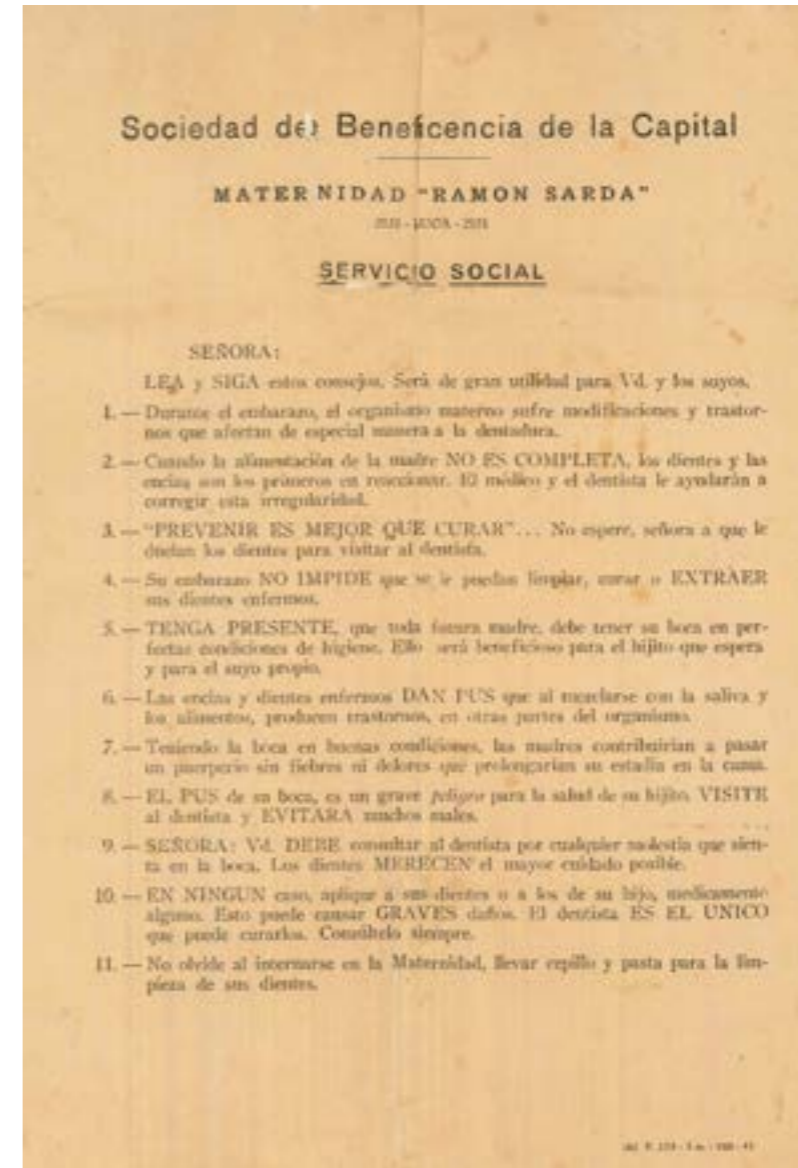
ternaron mis tíos, sus hermanos. Y dio a luz sin que Rafael, alias Pichón, mi viejo, estuviera presente, en un caluroso, calurosísimo, 21 de diciembre de 1942, a las 12:30 hs. del mediodía, es decir, en un mediodía exacto, justo cuando el sol se encontraba en pleno cenit.



Mi madre alpargatera. Segunda partiendo desde la izquierda.



Mapa del cielo, 21 de Diciembre de 1942 a las 12 hs.



Certificado de nacimiento Maternidad Ramón Sarda.



Diario La Nacion del día de mi nacimiento, 21 de Diciembre de 1942.



Certificado de Bautismo

LA SOMBRA

Con este estigma de haber nacido en un tórrido mediodía de diciembre y, sin saber muy bien por qué, he visto en mi producción artística, sin explicación consciente, la aparición sistemática del tema de la sombra. Sin un propósito preciso, escribí en una oportunidad, un cuento acerca de la obsesión de un poeta por su sombra.

Me presenté con él a un concurso literario, en el año 1995, convocado por el Club Ciudad de Buenos Aires para su 75º aniversario y la Subcomisión de Cultura me distinguió con el 3º puesto en la categoría adultos y formé parte de una maravillosa Antología.

Lo transcribo y participo:

‘AMOR DE UN POETA’

Edgardo Nelson Rodríguez

*Tú fugas
Yo sólo
tormentas*

*Sólo mi cuerpo
brilla con rayos
tiembla con truenos
empapa con sudores*

*Sólo rescata
las aguas donde nos mojamos
fuego donde nos purificamos
caminos donde nos arrastramos*

*Tú fugas
con la cobarde compañía
regresas con el sol
huyes con la luna
dejas en cambio
sustitutas
miserables prostitutas
nacidas de fríos soles
frías pretendientes
gamberras danzarinas
sin rumbo
sin norte
aferradas a mis pies.*

*Cansado
apago soles
vacío el aire
vacío los ojos
y siento
silenciosas verdugas
acechando
confabulándose
con los límites
de mi silencio*

Terminó de escribir ese poema. Se sintió agotado. La noche lo alcanzaba sin fuerzas. Ya saldría el sol, pensó, y él recuperaría el sueño.

Pero su sombra lo volvería a visitar, trasnochada, entrometiéndose en sus secretos.

Con el pasar de las horas, le pesaba llevarla, lo aspiraba hacia adelante, a los costados, hacia atrás.

Se resistía, no quería perder su verticalidad; y ella se adulteraba, no podría transformarse en el sarcófago de su tumba.

“Me agotas, vienes a descansar a mis pies, luego

de haberte fugado y vivido mil amores y mil copulaciones nocturnas”.

“Robas mi energía, manto negro del que no puedo despojarme”.

Y trataba de desligarse de esa figura caricaturesca. Intentaba perderla caminando sobre otras inanimadas. Pero, al trasponer esos límites aparecía sigilosa, muda, mareante.

Se sentía espiado, mirado por su propia escafandra. Escafandra del guerrero.

Caminaban juntos. Él con recelo. Sus pies pegados a ella, le pesaban, lo inmovilizaban.

“Serás acaso la muerte, que intenta liberarse en las noches ante mi propia partida”.

Y se respondía por ambos:

“Debes estar loca de tanto poder y de tanto no hacer”.

“Debes estar loca de tanta esclavitud y de tanta libertad”.

“Y te diré que es locura mutua; yo también quiero recuperar mi libertad y vivir lo no vivido. Deja entonces, de manejar los hilos de mi marioneta”.

“Compites con mis manos, las persigues copiando mis letras, cansadas también las dejas y te separas, te refugias en mis entrañas. Deja mis versos, mis letras para ella, no canses mi pulso, ni detengas mi aliento”.

“Veo más en ti, que en mis propias vísceras, que siento y no puedo admirar, que existen, y las transporto y me transportan en un dúo permanente no visible, disociado. Y te encargas, ramera, de desgastarme sirviéndote de refugio inapelable, que te protege del sol, que te persigue para purificarte y eliminarte para siempre”.

“Jamás miraste y no habrás de mirar el sol de frente”.

“Te escondes detrás de mí, huyes en el ocaso en una larga línea que chupa el horizonte y desdibuja

sus bordes sin avisar. Cobarde retirada y yo desfalleciente, pegado al piso, cansado de trasladar nuestras agonías”.

Solo así, quedaba cada noche, agotado en un poema de amor, por aquella que nació, creció y de él se sirvió.

Fue arrastrando sus pies, cada día más duros. Fue encogiéndose sus brazos, se fue haciendo un ovillo, para achicar el peso de su sombra.

Se fue tragando su existencia y la suya propia.

Muchos se asombraron al ver a un hombre tan solo, que ni sombra tenía.

Otros, en otro país lejano, comentaban que una sombra peregrina los visitaba y cortejaba a las otras, creando confusión. Los humanos comenzaron a sospechar que sobre su propia sombra había otra que los espiaba, los consumía como diurno vampiro.

Se comentó también, que en el cementerio del lugar se vio pasar un pobre ataúd municipal, que llevado por oportunos sepultureros proyectaba una sombra de hermoso cuerpo de mujer, que lloraba con carcajadas de agonía, la muerte de su poeta.

EL CONVENTILLO

Cuando mis padres se casaron fueron a vivir al conventillo de la familia Chouza. Mi infancia hasta los tres o cuatro años transcurrió en esa vivienda de la calle Brasil, del barrio de Constitución.

Los Chouza eran un matrimonio que tenían dos hijos: Carlos y Mabel. Aún conservo una fotografía donde está mi padre conmigo y doña Luisa, la madre de los chicos, con Carlos en brazos.

Este muchacho fue un ingeniero renombrado en Techint. Era muy estudioso, aplicado, le decían antes. El ejemplo digno a seguir que me hacían ver mis padres cuando me mandaba una de las mías en la escuela. Yo era bastante bandido y estudiaba poco en la primaria.

Recuerdo el conventillo. Su escalera blanca, circular, que a mamá Rosa le costaba subir. Circular y palaciega. Con una ventana que la iluminaba desde el oeste. Mucho más adelante, volví con esa imagen de la primera casa compartida con mis padres. Con el recuerdo vivo de un niño pero con la mirada de un arquitecto profesional. Quise dibujar este tipo de vivienda urbana colectiva, primer hogar de muchos inmigrantes recién llegados al país. En ellos se mezclaba gente de todos los idiomas y nacionalidades: españoles, italianos, polacos, judíos y árabes. Ese reducto, que fue germen de la cultura popular, tan bien expresada en el tango y los sainetes. Ese lugar, donde generalmente, había un patio central, alrededor del cual convergían las habitaciones que cobijaban a distintas familias que compartían espacios comunes. Con escasez de baños y de canillas para proveerse de agua. La potable provenía de pozos, y como no había cloacas, era bastante común el contagio de diversas enfermedades en los conventillos. También

conocidos como inquilinatos o casas de la vecindad.

Mis padres eran inmigrantes del campo, gente del “interior”, como se los llamaba antes y se los llama ahora, separándolos del concepto del porteño, que debe de ser el “hombre del exterior”, si comparamos.

Regresé a aquella vivienda de la calle Brasil, a dibujar. Llevé a mis dos hijos: Dago y Solange, para que vieran ese lugar pintoresco y arquetípico donde el padre había vivido sus primeros años.

Ese espacio, que me recibió muchos años después, ya no era el mismo. Ya no era tan luminoso. Ni tan blanco. Y la escalera tampoco se veía palaciega. Maravilloso, sin embargo, aunque mucho más reducido. La misma sensación tuvieron mis hijos cuando un poco más adelante los llevé a una quinta que teníamos en La Reja. Ellos la vieron pequeña. Me dijeron:

—Pero no, papá, ésta no es la quinta. No puede ser, era mucho más grande.

Entonces, tuve que explicarles que todo es según la perspectiva con que miremos. Ellos eran pequeños cuando íbamos a pasar los fines de semana. Si nos achicamos, si miramos el predio desde una posición más cercana al nivel de la tierra, las cosas se magnifican; por eso un niño siempre ve al mundo grandilocuente. Es como un paraíso inalcanzable. Cuando somos mayores queremos que dicho mundo sea lo más pequeño posible, porque se nos va de las manos. Porque se nos muestra agresivo, porque tiene otro formato y otros colores. Y nos damos cuenta de que jamás lo podremos abarcar. Debemos conformarnos con un predio pequeño que es y será nuestro radio de acción. Con nuestro limitado entorno.

En el conventillo, el recuerdo venía a mí, como la luz del sol del oeste en mi retina, pero ahora había grises. Ya no existían los aromas de aquellas comidas caseras, los pucheros o los guisos, comidas de origen pobre que se compartían, para que rindieran



Croquis del conventillo. "La escalera de mármol".
Técnica mixta (20x40cm.)
Edgardo N. Rodríguez Año (1998).

más. Ahora, era el tiempo del olor a petróleo que tiene Buenos Aires, a humo de los escapes de los transportes de pasajeros y de los autos de alquiler, y la humedad del recuerdo.

Aquella vez, cuando subí las escaleras, sentí una transpiración en el cuerpo. Un sudor de ausencias. Porque ya no había nadie ahí que pudiera compartir conmigo ese recuerdo. Nadie que pudiera verlo conmigo, nadie con aquellos ojos.

De la escalera se entraba a un patio largo, adonde daban varias puertas de metal con vidrios de colores repartidos. Se entraba a un pasillo abierto, a su vez, que llegaba a otro patio, que iluminaba la planta baja con una luz cenital. Tres habitaciones daban a dicho patio. En el fondo, un baño para compartir, y una escalerita pequeña que llevaba a la cocina, también de uso colectivo.

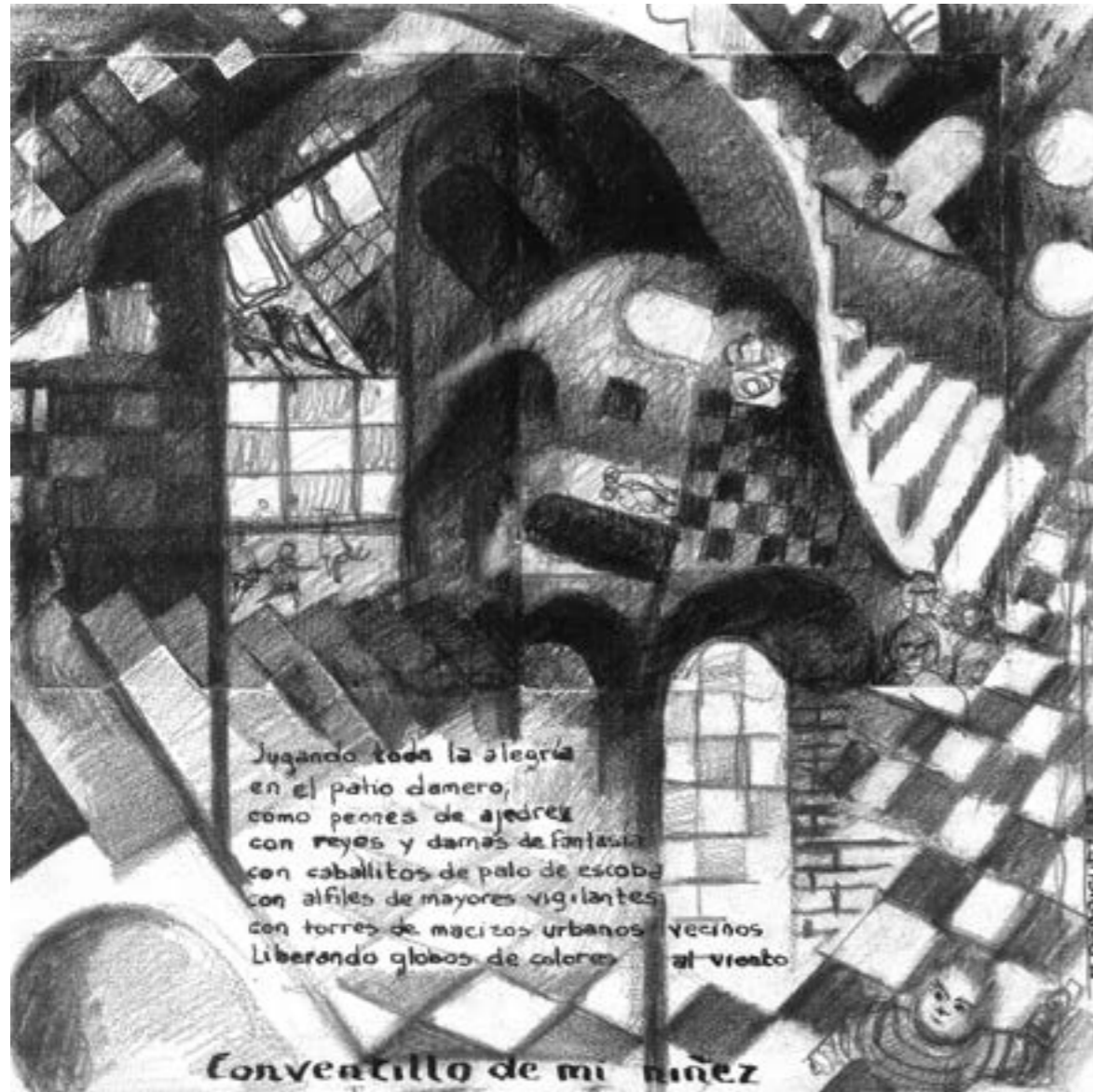
Las crianzas, en aquel momento, eran tribales. Las mujeres se ayudaban para cuidar a los niños y los niños jugaban todos juntos, sobre los pisos de mosaicos en damero en blanco y negro o, en algunos sectores, tal vez, decorados. Eran baldosas donde saltaban las piedritas del tinienti de los chicos más grandecitos o botaba la pelota de goma marrón con rayas amarillas.

Dice Raúl González Tuñón, en su “Poema del conventillo”:

“Conventillo, eres dolor crudo, llaga viva
un día estallará tu humor, blasfemia
del hombre rudo y mujeres que se reprimen
y mancharás la ciudad pedantesca
con tu hálito de vicio y crimen
y tu carcajada grotesca”.

Mientras bosquejaba el interior del conventillo, se me acercaban las imágenes de aquel niño que fui y todos los sonidos aguzaban mis sentidos atiborrados de recuerdos tan lejanos. Fue un cúmulo de sensaciones y melancolías.

El dibujo fue un resultado de esos primeros años, pero esta vez, con la mirada de un adulto y con un lápiz diestro.



De mi libro "Rastros" 40 x 40 cm. (Grafito). Edgardo N. Rodríguez Año (1995).

LA PROPIEDAD IMPROPIA

Cuando tendría cuatro o, tal vez, cinco años, nos mudamos a la portería. Fue mi tío Blas, determinante en mi vida, a quien, mientras trabajaba como electricista en una obra en construcción de departamento para rentar de la Capital, le pidieron si podía recomendar a alguien como encargado de edificio cuando éste se terminase. Él pensó en su cuñado Rafael y es, en ese momento, en el que cambia nuestro destino, ya que vamos a vivir a la portería, de la calle Cabildo 1563, nada menos, que en el barrio de Belgrano.

Es entonces, la primera vez que tuvimos algo propio. En realidad, lo que más se le parecía, lo que se empezaba a acercar. Era donde cambiábamos vivienda por trabajo. Donde por primera vez, tuvimos una cocina y un baño para nosotros solos, una pieza y hasta un jardín.

El edificio era muy señorial. La entrada estaba constituida por un gran zaguán, con pisos espejos, marquetería y una araña con caireles. Luego, una puerta cancel con bronces, después de ella, una escalera de mármol con la que se subía al primer piso. Había sólo cuatro departamentos en el edificio. Dos en la Planta Baja, el "A", donde vivía Doña Tota Boulliet y el "B", Regina, esta última amante de un señor poderoso que la visitaba con frecuencia y con quien se peleaba a menudo, mientras nosotros escuchábamos el discurrir de sus rencillas, como si fuera una telenovela.

En la Planta Alta, otros dos departamentos, el "C" que contenía a la familia Murghi y el "D", a la familia Fourcade.

En la parte superior existía otro piso que llevaba a una terraza con lavadero, que casi nadie usaba.

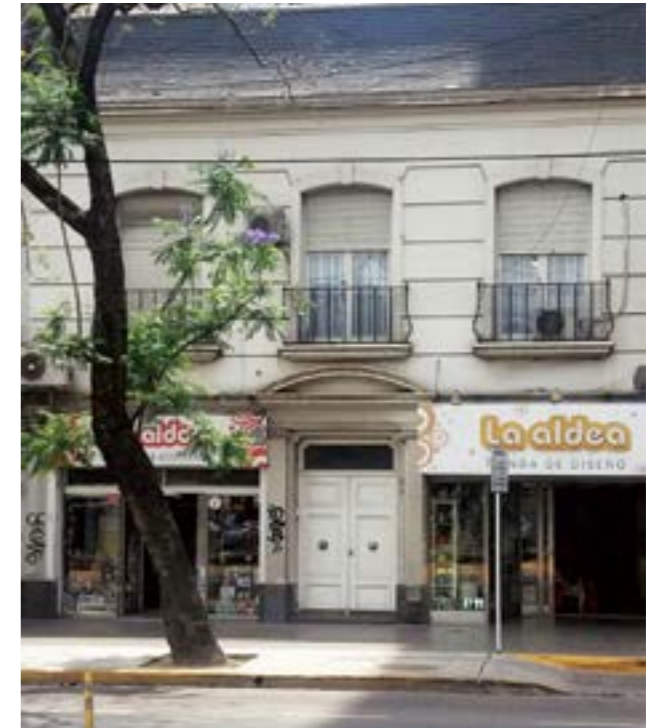


Foto del frente de la casa de la Av. Cabildo 1563.

Hasta los diez u once años, aproximadamente, mi vida transcurrió mucho tiempo en aquel patio que tenía un pino y un roble, donde jugaba y tenía contacto con el sol. La habitación era grande. Mis padres la pudieron dividir, con mucho esfuerzo, con una cortina, para crear un dormitorio separado del mío, que formaba parte del comedor. Su cuarto tenía una ventana que daba a ese patio y yo dormía en un catre, un catre de campaña. En él, recuerdo haber llorado la muerte de Eva Duarte, el 26 de julio de 1952, recostado contra la pared. Se iba una mujer enorme, un personaje admirado y amado por tantos,

también por mí, que daba alegría a la gente humilde en las Navidades y los Reyes. Nunca voy a olvidar ese mensaje radial que decía: “Las 20 y 25, hora en que Eva Perón pasó a la inmortalidad”. Después vinieron, su entierro multitudinario, el luto más popular de la Argentina, y tanta gente llorando.

Había en nuestro departamento una cocina en la que se comía sobre una mesa exigua, siempre con muchas limitaciones, con una heladera de hielo y una ventana que daba al fondo.

Yo ayudaba a mi madre a limpiar la portería. A barrer y a sacar la basura. A limpiar el bronce de la baranda de la escalera y de las manijas de las puertas, con Brasso, un producto blanco para pulir metales, que se pasaba con una franela seca. Cuando la limpiaba, ya que estaba a mi cargo, me entretenía mirando mi rostro que se desfiguraba como un dibujo de Hermenegildo Sábat. Yo odiaba esa baranda, porque cada vez que subía le encontraba la huella de algún dedo ajeno y le pasaba el dorso del pulóver de lana para conservar el brillo. Era casi una obsesión.

Con el tiempo, cuando ya era adolescente y necesitaba mi intimidad y mis padres la suya, porque lo privado se chocaba con la cercanía de los espacios; entonces, mi padre me construyó una habitación en la terraza, previo permiso de la administración que estaba a cargo de un señor de apellido Lastiri.

Mi cuarto no fue el “cuartito azul” del tango, sino un cuartito durazno, porque ese fue el color con que mi padre lo pintó. Tenía dos ventanas, que eran como dos ojos de buey, cuadrados en este caso, por donde entraba muy poca luz. Ahí había una cama, un escritorio de dibujo, una mesa que oficiaba de escritorio y un ropero antiguo. Allí hice toda la carrera de arquitectura, hasta recibirme.

También en mi “cuartito durazno” tuve la posibilidad de la privacidad del amor. Esto fue a mis dieci-

séis años. Este paso, el de la sexualidad, el del nacimiento de mis vínculos afectivos, merece un capítulo aparte.



En la vereda de la Av. Cabildo 1563.



Con mi tío Salvador en Av. Cabildo 1563.

LA MUERTE EN MI VIDA

Cuando uno es un niño ve a la muerte como una circunstancia lejana. Nunca, ni remotamente, se la imagina como algo propio. Tampoco se es consciente de su omnipresencia hasta que uno es adulto. Si se tiene cercanía con ella, si ella nos ronda por algún motivo de enfermedad o accidente, igual, es algo que les pasa a los demás. Cuando uno es pequeño, es inmortal.

Hoy, a los setenta y tantos, he comenzado a considerarla. Respeto su autoridad, su inefabilidad y luego de cuestionarme “haber hecho tantas cosas, para después no estar”, me ayuda para comprender y convencerme de que sólo somos energía y nos iremos de este mundo de la manera física en la que nos encontramos, para transformarnos en otra cosa, en otra sustancia diferente. Me ayuda y me place pensar en que nada de nosotros se perderá, sólo habremos de atravesar un cambio de estado. Nuestros millones de átomos, como los tantos otros, semejantes, de aquellos que hemos amado y ya partieron, se presentan en nuestro entorno, tal vez, distintos, disímiles, quizá contenidos en otros cuerpos o en cualquier otro organismo vivo.

“La materia no se pierde ni se destruye, sólo se transforma”, dijo el francés Antoine Lavoisier, considerado el Padre de la Química, que en 1789 experimentó y demostró su Ley de Conservación de la Materia.

Es así entonces, como creo que no hay una fecha de nacimiento definitivo, ni tampoco otra de muerte, sólo este pensamiento, al que adhiero, de pertenecer a la cadena infinita de vida que trasmuta y se metamorfosea.

Mi acercamiento a la muerte fue precoz, era muy

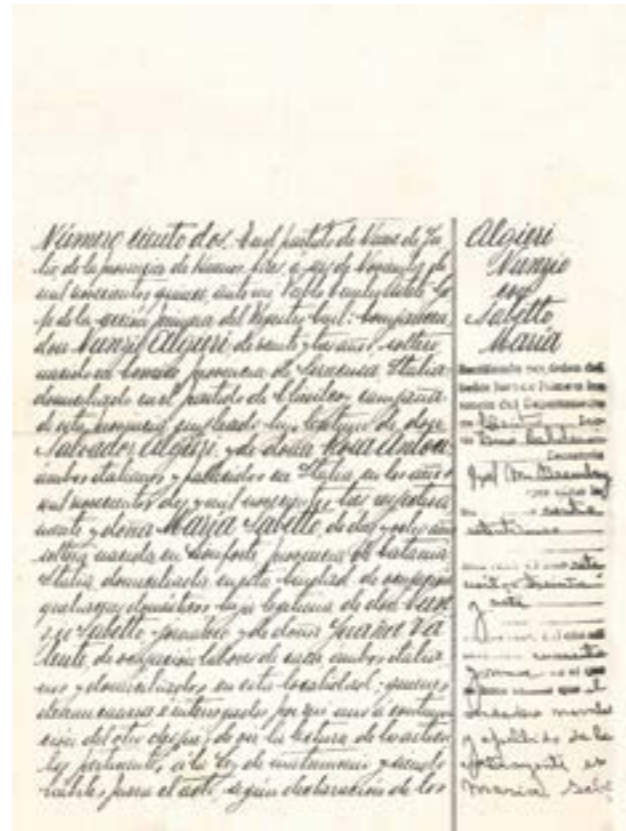
chico, tendría unos cuatro o cinco años según recuerdo, cuando escuché, lejanamente, que unos primos de mi padre se habían ahogado en el Tigre. Pero sólo fue una escucha. No la presencié, como tampoco fui a ese velatorio al que mis padres concurrieron, dejándome en casa de un vecino.

Una muerte realmente sentida fue la de mi abuelo Nuncio, alrededor de mis ocho años. El primer abuelo que partió. Nuncio, el capataz de vía y obra en la trocha angosta del Ferrocarril Belgrano, que trabajaba sobre la zorra, yendo y viniendo en ella a reparar lo roto, lo quebrantado en el sistema. Recibió un latigazo muy fuerte de la manija de aquel carro que circulaba sobre las vías cuando encendía su motor a explosión. Por aquel fuerte golpe en el pecho, mi abuelo comenzó a expectorar sangre.

Todos suponen que, a partir de allí, se le declaró un cáncer. Tal vez, haya sido el golpe o, quizá, su condición de gran fumador. Pero, lo cierto es que su tiempo se acercaba. Lo trasladaron a Buenos Aires, a un Instituto para aquella especialidad, que quedaba en la Avenida Caseros.

Yo veía en aquel ser antiguo, ermitaño, a un hombre apartado tanto en distancia como en edad, aunque calculo hoy, que tendría sesenta. Era distante a pesar de su cariño y de que me llevara en Asamblea, desde su casa a la pulpería, para comprarme las picantes pastillas Billiken. Lejano, como aquellos que admiramos u observamos detenidamente, como esa especie de prócer que, a pesar de su mesura nos es familiar, aunque siempre serio y parco. Es esa persona, en la que reparamos, porque nos deja su impronta.

Recuerdo su voz y sus palabras de casi un profeta. De zíngaro. Las que anunciaban mi destino de hombre importante, de estudioso y de universitario, de hombre con un título; tal vez, un deseo venturoso para mí. El sueño de ver en el descendiente aquello



Acta de casamiento de mis abuelos maternos María y Nuncio.

que no se tuvo y siempre, la aspiración de algo mejor. Lo veo, escribiendo con letra clara, los partes diarios que debía hacer para el ferrocarril, que complementaban su trabajo.

Íbamos a verlo a ese sanatorio donde lo internaron, mi madre y yo. Comía huevos pasados por agua y el menú que le daban en la hora de su almuerzo. Él me convidaba, pero mi madre y mi tía Juana se oponían, por temor a que su mal fuera contagioso.



Nuncio Alguieri, mi abuelo materno. (La primera pérdida familiar).

Los últimos días, ya desahuciado, lo llevaron a la portería de la calle Cabildo, nuestro hogar. Dormía en la cama de mis padres, mientras ellos lo hacían donde podían, en los sillones o sentados en una silla. Todos velaban su final inminente; es más, lo ansiaban rápido para que no sufriera. Llegado este momento límite, es normal el sentimiento de piedad. Fue entonces, una muerte sagrada. En el lecho de la habitación pequeña, rodeado de sus afectos, de ese cariño oblicuo por donde se deslizó, entrecortado y profundo, el cavernario y sordo ronquido final.

Aunque difícil de precisar la descripción de aquel sonido, lo retuve en la memoria como aquella música desconcertante que señalaba la partida. Aún sin demasiada conciencia a los ocho años, lo recuerdo perfectamente. Cuando pregunté por el abuelo Nuncio, después de su sepelio, al que no me llevaron, me respondieron:

—Abuelo Nuncio partió al Cielo.

No me daba cuenta de que dicha partida era definitiva, que la palabra “definitiva” significaba no verlo nunca más; y lo imaginaba caminando en las vías. Aún hoy, si estoy cerca de un tren de trocha angosta, lo presiento; todavía creo encontrar allí, a mi abuelo.

Presencié, a partir de esta primera experiencia, que la muerte es algo inexplicable, pero que su ingrediente más duro es constituirse en entorno, a través de la reacción de los que quedan, los “deudos”, en este caso: mi abuela, mi madre y mi tía. Aquellos ojos colorados de tanta lágrima, las narices hinchadas y algún suspiro ahogado, distraído, cada tanto. Y el luto, signo de antes, significativo de la pena. Mi



Mi madre y mi madrina vestidas de luto.

abuela, vestida de negro. De la cabeza a los pies. Vestido, medias y guantes negros, aquel sombrero con un tul que le cubría la cara. La moda traducía el dolor, lo representaba. Luego, poco a poco, el correr del tiempo permitía ir desprendiéndose de aquella pena, dejando el sombrero, los guantes y las medias de calce alto. Más allá, sería el vestido, que mi abuela nunca resignó, porque decidió seguir siendo viuda hasta el final de su vida.

Mi padre y los otros hombres de la familia, lucieron un tiempo prudencial la banda negra en el brazo; las mujeres, vestidas de negro.

Un año y medio después, llegaron desde 9 de Julio, las tristes noticias de la segunda de mis muertes, la de mi abuelo Félix. Mayor que Nuncio, su fallecimiento fue más rápido y, como la vez anterior, no fui al velatorio, ni a su entierro.

A los niños no se los participaba entonces de estos encuentros familiares, es decir, de la ceremonia de la despedida. No era habitual adelantarles el dolor. Y eso nos dejaba la ilusión de que el que “partía” aún estaba presente en algún otro lugar, indefinido e indescriptible, que era la muerte. Esta palabra rodaba en las bocas y en los corazones, pero para los ojos de un niño no había forma de explicarla. Los adultos no sabían.

La muerte es una irrealidad, un nombre, solamente. No tiene forma, ni color, ni sonido. No es algo tangible, no es una persona. Apenas, una fantasía. El “Irse al Cielo” debía cubrir cualquier otra explicación.

Abuelo Félix estuvo castigado por la bebida, ya que fue un alcohólico y un fumador gozoso del humo que aspiraba, luego de armarse sus propios cigarrillos. Con una parsimonia ceremoniosa, tomaba su petaca de tabaco, los papelitos y disfrutaba su armado, como el banquete que le significaba fumarlos.

Volví a quedarme solo, en casa de unos vecinos,



Mi abuelo Félix.
(La segunda pérdida familiar).

a mis once años, hasta que mis padres volvieron de 9 de Julio, otra vez, con la pena y la nostalgia que dejan estos acontecimientos. Desde ese momento, ya no estaba mi abuelo Félix los veranos de mis vacaciones. Esperaba encontrarlo en el campo, en el surco, a media mañana volviendo, para contarme la historia de su amor con su adorada Maximina. Era extraño no verlo más, aunque yo lo presentía.

El tercer orden en las desapariciones, le tocó a la abuela María, mamá de mi madre. El tiempo había pasado y yo ya era un muchacho de diecinueve años, aproximadamente. La muerte era más clara ahora. Más comprensible. Más natural, desde luego, aunque nunca me envolvía con su pensamiento como algo que podía pasarme, como expresé al principio. En lo

que se refiere a los demás, me perseguía el pensamiento de esperanza y misterio hacia ese lugar extraño en donde los que se habían ido, se encontraban.

Yo rezaba. Mi madre me enseñó a tenerlos presentes en todo momento. A pedirles. Casi a sentirlos. Y permanecían, de manera concreta, en mi corazón y en mi alma si los recordaba en las misas o en la oración.

La abuela María era una gorda glotona, que siempre decía:

—Má, es preferible morire con la panza llena que con la panza vacía. Una bolsa vacía se cae. lo mangio tutto, tutto.

No se sabía en qué idioma hablaba; había conseguido un dialecto para el argentino.

Fue una abuela cercana, ya que por este tiempo, vivía con Blas y mi prima, en la calle Tandil, en Buenos Aires. Eligió su muerte, porque hizo una raviolada casera, de ésas que no se olvidan. Habrá comido tres o cuatro platos ella sola, y le causó una embolia, que la mató.

Aún en este momento, con esa edad cercana a mi adultez, yo rescataba el dolor de los otros, de los que quedaban. Del sufrimiento de mi madre, por ejemplo, cuando fui a encontrarme con ella, en el Hospital Ramos Mejía, donde estaba internada mi abuela. Fui testigo de su pena por perder a su última referente. Supe, mucho después, por qué estaba así. Cuando se pierde a la madre, se percibe en toda el alma, la verdadera sensación de orfandad.

—La abuela se corta —me dijo, entre sollozos, sentada en la punta de un largo banco de madera, en la antesala de la terapia intensiva.

Las paredes estaban pintadas de verde y la luz era lúgubre como su rostro apagado. Yo la abracé muy fuerte y me miró con ojos cargados de una tristeza irremediable.

—Vamos a tomar un café, madre —le dije.

Cuando volvimos, ya se había producido el desenlace. Me alegró haber estado con ella en ese momento, porque me supe útil y me sentí más fuerte de lo que era. Así debía ser en esa instancia. Era un signo de mi crecimiento, y me daba cuenta.

La última de mis abuelas, Maximina, falleció de viejita. Yo creo que se cansó de vivir. Tendría noventa. Anatómicamente contrapuesta a María, depositó su longevidad en su sillón y se fue achicando, achicando. Reduciéndose de a poco, con su pañuelo blanco, como un turbante, mientras sus manos callosas y arrugadas se movían en actitud de permanente trabajo. Ya sea pelando nueces o habas o haciendo conserva de berenjenas de la huerta, mientras su delantal de colores claros, le protegía el vestido del luto, que se quedó para siempre después de que su marido se le adelantara.

La muerte fue el corte, el dejar de verlos, el adiós a compartir los maravillosos momentos del campo en mi niñez y mi adolescencia. Todo ese afecto que me dieron quedó en mi corazón y vuelve melancólico siempre que hablo de ellos. Pero, después de cada muerte, las tumbas se convirtieron en esculturas. En lugares de visita respetuosa, en templos de recordatorio.

Mis abuelos maternos, descansaron en el cementerio de la Chacarita. Aunque después de un tiempo, el hábito dominical se transformó en el paseo obligado de las fechas de sus decesos; y, más acá, las obligaciones terrenales fueron supliendo la costumbre.

En 9 de Julio, los Rodríguez fueron mucho más conservadores, a pesar de sus orígenes de trotamundos. Cuidadosos de sus antepasados, quizá por el éxodo que debieron vivir. Tal vez por eso, necesitaban un horizonte donde recalar. A pesar que, ya grande mi padre y como he contado, fue el promotor

de la compra de la quinta, propulsor del sedentarismo de mis abuelos.

Los muertos de 9 de Julio eran tenidos en cuenta y visitados regularmente con solemnidad y respeto. A veces, íbamos caminando, por el camino de tierra, cubiertos de polvareda, llevando las flores cultivadas en su propio jardín. Ese día, los gladiolos, las calas, las azucenas o los alhelíos lucían erectos y coloridos en los floreros, con el agua nueva y fresca, después de que se tiraran las anteriores, marchitas. Un ramillete a los más queridos, a los más recientes; y, aunque fuera una sola flor pequeñita al conocido, al amigo, al vecino. Tal era la categoría de muertos que se respetaba.

De todas estas experiencias al tránsito final, la más sangrante fue la de mi padre, luego la de mi madre que fue la última que partió.

Cuando papá se enfermó, yo me interné con él. Tuvo un cáncer de colon. Con mis treinta y ocho años, peleamos esa batalla juntos. Tal vez, yo sintiera entonces, que no lo había visitado tanto como él lo merecía, cuando estaba bien. Nuevamente, la mirada distraída, el no ver que a uno le puede pasar, que la muerte no es para nosotros. Nunca para nuestros seres queridos.

—¿Cómo se resuelve esto, Edgardo? —me decía, ya internado—. Ahora, ¿qué hacemos?

Y yo, solidariamente, lo conformaba diciéndole:

—Te vas a poner bien, viejo, tené paciencia.

Cuando el médico me llamó aparte y me dio el siguiente diagnóstico:

—Ya no hay nada que hacer. La única cosa para que esté un poquito mejor, para que tenga algo más de vida, es ponerlo en un respirador.

—Póngalo, por favor —le dije.

Reconocí a mi padre en su cadáver, sobre la chapa de metal fría donde lo pusieron. Me despedí de él, pidiéndole fuerzas. Pidiéndole vida. Vida para hacer.

—Ya nos volveremos a encontrar, padre —le dije entonces.

Ya nos volveremos a encontrar, padre, pienso ahora.

Mamá, muchos años después, falleció en el geriátrico. Me avisaron que lo hizo con una sonrisa. Lo siento más reciente todavía.

Estas últimas fueron las más dolorosas, sin dudas. Son esas partidas que desgarran, que duelen particularmente. En este relato reviven, las siento como si las estuviera viviendo ahora. Porque recordarlas así sabe idéntico, igual. Pero para mí, la muerte fue siempre idílica. Lo que estaba allí, en Los Pinos o en dónde fuere, eran sólo los templos que albergaron sus espíritus. Ninguno de mis seres queridos se fue de manera definitiva. Todos están cerca. La lógica ley de la vida. Están todavía. Lo presiento. Como siempre lo anhelé. Están acá, a mi alrededor. En otro plano.

El conocimiento de las leyes del espiritismo me dio tranquilidad y muchas respuestas.

GRAGEAS DE MADRE

Mi madre era graciosa. Divertida. Le gustaba bailar y lo hacía muy bien. Era simpática y líder. Yo, como su único hijo, tengo que agradecerle la existencia junto a todo su afecto y dedicación. El irrefutable sentido de familia.

Pienso si hubo sobreprotección. Sí, la hubo, como es natural en estos casos. Por un lado, con aristas negativas; pero, por el otro, y predominantemente, esa actitud me hizo sentir sostenido ante los peligros de la vida. Experimentar el amor desde chico, en el seno de un hogar sólido, extendido a la familia lateral, donde todos me querían, donde era tan bien tratado. Donde, mirara por donde mirara, había otro padre u otra ma-



Rosita fumando, tomando vino y tirando las cartas.

dre, en la figura de mis tíos y tías, en la presencia constante de mis abuelos que, por extensión del cariño y el respeto hacia mis padres, me cuidaban y me daban su contención y sus consejos permanentes.

A estas alturas del relato, notará el lector, como todo este bagaje ha tenido significación en mi vida.

Si bien éramos una gran trilogía, fui más compinche de mi madre que de mi padre. Ella tuvo una vida sacrificada. Muy joven, vino a Buenos Aires, desde ese pueblo perdido en la provincia, a la vera de un ferrocarril casi insignificante. Aun así, amado pueblo, amada tierra.

Llegada a la Capital se empleó en la fábrica de Alpargatas, en Barracas. Tal cual relaté, trabajó allí como costurera del calzado más difundido del país, para sustentarse, igual que lo hicieran mi tía Juana y sus hermanos varones, cada uno en lo suyo.

Mamá era una mujer hermosa. Tenía los ojos oscuros y vivaces. Lindísimos. Era muy coqueta. Con una figura espléndida, que despertaba los piropos encendidos de mi padre.

Siempre la abracé, como nunca lo pude hacer con él. Sería porque ella me decía que me quería y papá me lo demostraba con los gestos, con la mirada, pero nunca pudo hacerlo desde la palabra. Tal vez, porque era la ley. Porque los códigos de entonces eran los del rigor y el contacto físico se veía como una debilidad, sobre todo, en los varones.

Cuando era chico, mi madre me exigía que durmiera la siesta, y me corría por el jardín de la portería hasta alcanzarme, para obligarme a ir a la cama, esa hora u hora y media. Un día, me rebelé, cómo era más rápido que ella, no me alcanzó. Tomó una escoba y me la arrojó con fuerzas. Sé que no tuvo la intención de hacerme daño, pero el palo me pegó en la cabeza, entonces, me tiré al pasto, y me hice el desvanecido en una magistral actuación.

—¡Maté a mi hijo, maté a mi hijo! —gritaba.

Fue tan buena mi performance que nunca más me molestó con su insistencia. Me dejó libre para hacer lo que quisiera en ese rato de descanso, ya no hubo más siestas que restaran el tiempo del juego en mis tardes de la calle Cabildo.

En el jardín me esperaba mi mundo imaginario, mis amigos invisibles, mis caracoles, el frontón blanco de las paredes con las sombras que me hablaban.

El peor de los síntomas de mi “unigenitura” fue ser hipocondríaco. Porque mi madre lo era. Cualquier cosa que yo tenía, me llevaba al médico. Médico, médico, médico. Hubo muchos conceptos errados, nacidos del desconocimiento, de esa inocente ignorancia, de los prejuicios que se tenían antes, sin saber de dónde salían, que me marcaron.

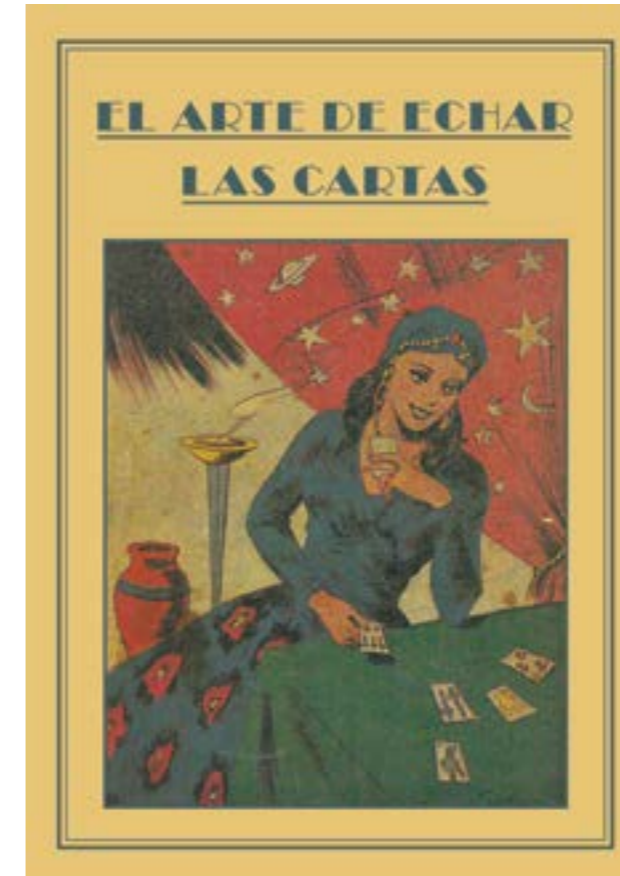
—No tomes leche arriba de la banana, Edgardo, te vas a indigestar —me decía, por ejemplo.

Pasaron tiempo y circunstancias en el medio, como para que pudiera desgrabar del cassette de mi psiquis lo que no servía, lo que estaba equivocado. Aún hoy, creo que todavía conservo algunos de aquellos miedos sin justificación.

La señora Boulliet, una de las inquilinas del edificio de Cabildo, tenía un hijo más chico que yo, al que llamaban Puchi. Yo solía jugar con él a la salida del colegio. Un día, me ofreció, como a su hijo, para la merienda, un licuado de banana con leche. Para no desairarla o por timidez, acepté. Pensaba en cómo sería una indigestión, mientras sentía ingresar en mi tracto digestivo el líquido espeso y dulce; al mismo tiempo que lo paladeaba, sorprendido de que me resultara tan agradable. Cuando volví a casa, mamá me preguntó:

—¿Qué hicieron?

—Tomé banana con leche —le espeté, sin preámbulos— ¡Y era muy rico!



Libro de tirar las cartas que usaba Rosita.

—¿Te sentís bien?! —me preguntó, un poco alterada.

—Sí, sí, perfecto —le dije, casi enojado—. No me hizo nada, mamá, ¿por qué mentiste? —le retruqué aquella vez.

Con la familia de Puchi, también iba al Club Social Belgrano, que quedaba en la calle José Hernández y

11 de Septiembre, en las Barrancas. Con ellos tomé, por primera vez, una Coca-Cola e hice mi viaje inaugural en subte. Todas fueron experiencias fascinantes. Yo era un niño travieso, que no me quedaba ni quieto ni callado, y que vivía cada momento con interés y observación. Creo que almacenaba las vivencias, las captaba especialmente; tal vez, para poder contarlas hoy. Para que todos los protagonistas y las escenas pudieran trascender y trascenderme.

Mi madre me obligaba a usar boina, quizás por el tamaño de mi cabeza. Algunos me decían: “el pibe cabeza”, rememorando a aquel personaje jefe de bandas, de la década del '30; o, “balero”, juguete común en aquellos tiempos. Cuentan que a pocos días de mi nacimiento, mi tío Salvador vino a visitar a mamá y a conocerme:

—¿No es lindo, Salvador? —le dijo Rosita a su hermano.

—A ver, ponele el dedo en la boca —me contaron que él le pidió— Sí, es tan lindo como un balero.

Ambos se rieron del chiste a mandíbula batiente.

Era cabezón y travieso. Pero mis travesuras no eran para tanto, ni tan graves, lo máximo que me pasaba era terminar cosido, por caerme sin poner las manos y abrirme la frente. Estas cosas pasaron varias veces y eran las que asustaban mucho a mi mamá. Aún conservo las cicatrices en mi frente.

Por otro lado, la vida de mis padres tuvo también sus vericuetos. La mía no puede desprenderse de la de ellos, por los menos, en esos primeros años. Mi padre era un hombre muy buen mozo. Alto, siempre prolijo y aseado. Calvo y de ojos árabes. Todos los Rodríguez tenían lindos ojos. Un trabajador consecuente y serio. Serio en todos los sentidos, pues era de la camada de los Rodríguez mayores, a quienes no se les conocía descontrolados o, por lo menos, los mantenía en absoluta discreción. Hasta en las fies-



Rosita estudiando.

tas familiares, él disfrutaba más conversando y confraternizando con los amigos y parientes, pero sin bailar, mientras que mi madre le sacaba chispas a la pista. De hecho, yo aprendí a bailar con ella.

En contraposición con él, y con toda su gracia y belleza indiscutibles, mamá era extremadamente celosa. A veces, veía cosas que no existían y, de adulto me di cuenta que lo errado era que hacía, era parti-

ciparme de ello. Seguramente, era una situación tan angustiada para ella, que no podía dominarse. ¡Esos celos! Esto, por lógica, provocaba discusiones entre ellos, algunas de las cuales fueron muy fuertes. Yo me apartaba de ellas, ya que los amaba a los dos y no tenía nada que ver. Siempre le huí a las peleas, no me gustaban antes, y no me gustan ahora, no las soporto, me hacen mucho daño. Más adelante, en mi vida personal, nunca fui de pelear. Si había desentendimientos, yo siempre le daba la razón a mi compañera, a mi mujer, a mi pareja, o me iba, pero no alentaba el conflicto. Me alejaba de él.

Mi madre tuvo épocas de ponerse insoportable. En alguna ocasión, esto hizo que papá se saliera de su eje. En cierta manera, lo justificaba. Venía cansado a casa, caminando veinte o treinta cuadras, desde su trabajo, con la valija de mecánico de ascensores auestas, la que pesaba cerca de quince kilos, para no gastar en colectivo, y encontraba, por ahí, una escena con la sospecha, duda injustificada, de mi madre. Recuerdo una como ejemplo; ella planchaba las camisas con una plancha de mango de madera con guardas pintadas de rojo. Al rociar las camisas, se formaba un vapor que ascendía e iba destiñendo esa pintura. Cuando la mala suerte, hacía que aquello se trasladara a una camisa, enseguida pensaba si no sería el rouge o el rubor de alguna boca o de alguna mejilla que no era la suya. ¡Ay, mamá, mamá!, hoy diríamos, ¡qué falta de confianza! Y, por lo tanto, ¡qué inseguridad!

Hoy mi pensamiento hacia ellos es de un gran cariño. De una enorme ternura, y sobre todo, de una gran comprensión. Uno ya ha vivido tanto, que cómo no perdonar su sencillez, sus limitaciones. Las incertidumbres de una y las sacadas de quicio del otro. Cuantas cosas nos han tenido que pasar a nosotros para que la sustancia de la historia de nuestros padres nos deje este sabor. La mirada del perdón, la de



Las cuñadas, de izquierda a derecha: Gringa, esposa de Chito; Porota, esposa de Becho; Porota, esposa de Fermín; la Sultana, mi madre; Nuncia esposa de Mario; María, esposa de Toto y Teresa esposa de Juan; rodeando a Maximina en sus setenta y siete años.

la gratitud en simultáneo, yo creo, es hoy, el símbolo de la madurez. La vida se construye en borrador y cada uno va haciendo lo que puede. Esto también cuenta para ellos, para nuestros queridos progenitores. Después de eso, lo que nos queda es el recuerdo de lo mejor de cada uno.

Rosita era la "Gran Sultana", la social, la que tiraba las cartas, la divertida madre que generaba a su alrededor un círculo de consulta y de afecto,

como también de simpatía.

Cuando en 9 de Julio se reunían las mujeres de la familia; tía Teresa, tía Gringa, tía Porota, tía Amanda y tía Nuncia, mi madre tiraba las cartas. Les leía el futuro. Tenía la particularidad de ser la única que fumaba. Para que no la vieran los mayores (en esos tiempos, no era bien visto que las mujeres fumaran), se ubicaban debajo de una higuera, llevándose un vasito de vino, porque mamá les decía que para in-

terpretar mejor la mancha era necesario tener el “vasito de vino” al lado. Eso las hacía reír.

Todas estaban atentas y alertas, con esos “desarreglos” a hurtadillas de mi abuela. Era como una travesura de adultas, que las divertía y las relacionaba como en una “cofradía de nueras”. Maximina sabía del vino y del cigarrillo. ¡A ver si creían que a ella la iban a engañar! Estaba de vuelta de todas y de todo; pero lo prefería. Si ellas, las mujeres de sus hijos, estaban allí, no estaban en ninguna otra parte. Entonces, ¡qué sigan estando!

Esto tenía sus inicios en un episodio que circulaba sobre una de ellas, una que había cometido algo pecaminoso y que era “vox populi”, cosa que nunca se comentó de puertas para adentro, por lo menos, que yo supiera.

Otra anécdota graciosa de esos días donde se juntaba la familia. De sobremesa, los hombres; ocultas detrás del excusado, las mujeres; con el juego del destino y en pleno relax, grita una de mis tías:

—¡Ahí viene Pichón, ahí viene Pichón!

Algunas salieron disparadas, haciéndose las distraídas para disimular. Mi madre, que tenía un delantal puesto, se metió el cigarrillo en el bolsillo, sin apagarlo. Cuando papá llegó, le dijo:

—Ché, Rosa, ¡cuidate que te vas a incendiar!

Cosas como éstas sucedían, y de ellas, mamá era el centro.

Pero el tiempo pasó y con él progresivamente, la familia fue desapareciendo, llevándose esos gratos encuentros.

Después de la muerte de Rafael, mi madre se quedó viviendo en el departamento de la calle Sucre, que compraron cuando vendieron Villa España. Le puse una señora para que la cuidara. Fue una época difícil, justo me estaba separando de Marta. A mamá esta situación la incomodaba, decía que esta perso-

na que estaba en su casa, le robaba, que no venía, o que lo hacía y traía a su pareja, que hacían el amor en el living, que no la atendía. En fin, no fue un lapso fácil, ni placentero, para ninguno de los dos.

—¡Pero, mamá! —le dije— ¡No te viene bien nadie!

Lo pensó un poco y me contestó:

—Edgardito, ¿por qué no me llevás a un geriátrico?

La miré serio, porque no era eso lo que hubiera deseado para ella, que estaba lúcida y fuerte y que tenía su departamento luminoso en el que podía estar tranquila y sola; pero me acordé de su hipocondría. De cuando vino del campo, de la vía famosa, del aire, del sol. Tuvo que enfrentar a la gran ciudad. Siempre sintió que se enfermaba pero no era real, por lo que se raspaba la encía para que le saliera sangre cuando expectoraba y así lograba que la llevaran al Tornú para una consulta médica aunque nada tenía. No era el tiempo de las terapias ni de los terapeutas.

Mi madre no estaba enferma, definitivamente; pero allí, mientras le hacían los estudios para ver qué le pasaba, las enfermeras la atendían, la cuidaban, y ella se sentía protegida. A esa edad volvió a una relación de asistencia. Consiguió ser el centro del lugar. La verdad es que mamá era muy cómoda.

Entonces, busqué, busqué y le gustó un geriátrico. Dentro de esta institución, volvió a ser líder. Yo la visitaba todas las semanas, los domingos. Tendría unos setenta y dos o setenta y tres años a su ingreso y gozaba de plena lucidez. Habrá estado unos diez años allí, aproximadamente. Mientras transcurría el tiempo, yo veía que aumentaba de peso a ojos vista.

—Hola, Edgardito, ¿cómo estás?, ¿estás bien de salud? —me decía al saludarme, ni bien llegaba, obsesiva con su preocupación de siempre. En esa esencia, no cambió nunca.

De una semana a otra, no cambiaba el saludo, porque era el discurso de toda su vida, su preocupación

por la salud del otro. Era muy recurrente.

—¡Hacete ver de los pulmones —terminaba.

—Pero, mamá, ¿por qué estás engordando tanto? —le decía yo, que la veía poniéndose cada vez más voluminosa y así le cambiaba de tema.

Pero ella no se daba por aludida. Les pregunté a las enfermeras y a los médicos y todos me contaban que ella, como todos los ancianos que allí estaban, cumplía estrictamente con una dieta adecuada.

Lo que no iba a salir a la luz tan fácil era que ella les tiraba las cartas a todos, y que, a modo de gratitud, para mimarla más, las enfermeras le daban comida por debajo de la mesa. Se puso enorme, pero ella se sentía feliz y se vestía con ropa alegre, llena de collares de colores, como una “machi”, es decir, como una verdadera chamana.

Los últimos años, yo la veía con una cara de santa. De santa divertida.

Estuvo muy bien cuidada, todo fue muy confortable allí; ella sabía que en ese lugar le hacían de comer, le cambiaban las sábanas, veía televisión, conversaba con gente de su edad y le permitían fumar.

Un día me llamaron porque había fallecido con sus manos tomadas por Alicia, dueña del geriátrico y su hija Claudia Zamora, personas a quienes por su ca-

riño le debo una gratitud enorme. La llevamos a la Chacarita, y cuando la estaban por bajar a la fosa, la depositaron en un monta-ataúdes, que era un aparato con un dispositivo mecánico que funciona en automático. Éste comenzó a volverse loco, a subir y a bajar descontrolado, como si jugara a las escondidas. Estábamos todos azorados por lo que veíamos. Suelta, como son los jóvenes, mi hija Solange exclamó, en voz bien alta:

—¡Así se despide Rosita, mi abuela!

El cajón subía y bajaba una y otra vez. Un empleado del cementerio trató de tomarlo por las manijas para sacarlo de la pedana. Casi se lastima la mano. Se rompió la manija y el cajón siguió en su movimiento desgobernado y loco.

Fue un momento muy duro. Impresionante. Creo que era tal la energía que mi madre tenía, que hasta en ese instante final lo demostró. Cuando recuerdo esto, me da un retorcijón en el estómago. Y pienso en su cara de los últimos tiempos, cuando la santidad la había envuelto. Ésa es y será la foto definitiva de mi madre.

Ese día, todos los presentes nos tomamos de las manos, lloramos mientras aplaudíamos porque entendimos su saludo de despedida.

TU SANGRE DE LA MÍA

En la poesía “Si me puedes mirar”,
Olga Orozco pregunta en un verso:

“Madre, madre ¿quién separa tu sangre de la mía?”

Me animo a contestarme:

Nadie. Nos encontraremos resucitando. Re-
creándonos en los mismos átomos de la Pacha-
mama y en la energía cósmica que nos espera.

SI ME PUEDES MIRAR

Olga Orozco

Madre: es tu desamparada criatura quien
te llama quien derriba la noche con un grito
y la tira a tus pies como un telón caído
para que no te quedes allí, del otro lado,
donde tan sólo alcanzas con tus manos de ciega
a descifrar en medio de un muro de
fantasmas hechos de arcilla ciega.

Madre: tampoco yo te veo,
porque ahora te cubren las sombras congeladas
del menor tiempo y la mayor distancia,
y yo no sé buscarte
acaso porque no supe aprender a perderte.
Pero aquí estoy, sobre mi pedestal
partido por el rayo,
vuelta estatua de arena,
puñado de cenizas para que
tú me inscribas la señal,
los signos con que habremos
de volver a entendernos.

Aquí estoy, con los pies enredados por
las raíces de mi sangre en duelo,
sin poder avanzar.

Búscame entonces tú, en medio
de este bosque alucinado
donde cada crujido es tu lamento,
donde cada aleteo es un reclamo
de exilio que no entiendo;
donde cada cristal de nieve es un
fragmento de tu eternidad,
y cada resplandor, la lámpara que enciendes
para que no me pierda entre las
galerías de este mundo.

Y todo se confunde.
Y tu vida y tu muerte se mezclan con las mías
como las máscaras de las pesadillas.
Y no sé dónde estás.
En vano te invoco en nombre del
amor, de la piedad o del perdón,
como quien acaricia un talismán,
una piedra que encierra una gota de sangre
coagulada capaz de revivir en el
más imposible de los sueños.
Nada. Solamente una garra de
atroces pesadumbres
se descorre la tela de otros años
descubriendo una mesa donde
partes el pan cada día,
un cuarto donde alisas con manos de paciencia
esos pliegues que graban en mi
alma la fiebre y el terror,
un salón que de pronto se embellece
para la ceremonia de mirarte pasar
rodeada por un halo de orgullosa ternura,
un lecho donde vuelves de la muerte
sólo por no dolernos demasiado.
No. Yo no quiero mirar.
No quiero aprender otra vez el nombre de la dicha
en el momento mismo en que roen su rostro
los enormes agujeros
ni sentir que tu cuerpo detiene una vez más esa
desesperada marea que lo lleva,
una vez más aún,
para envolverme como siempre
en consuelo y adiós.
No quiero oír el ruido del cristal trizándose,
ni los perros que aullan a las vendas sombrías,
ni ver cómo no estás.
Madre, madre, ¿quién separa tu sangre de la mía?,
¿qué es eso que se rompe como una

cuerda tensa golpeando las entrañas?,
¿qué gran planeta aciago deja caer su sombra
sobre todos los años de mi vida?
¡oh, Dios! Tú eras cuanto sabía de
ese olvidado país de donde vine,
eras como el amparo de la lejanía,
como un latido en las tinieblas.
¿Dónde buscar ahora la llave
sepultada de mis días?
¿A quién interrogar por el indescifrable
misterio de mis huesos?
¿Quién me oirá si no me oyes?
Y nadie me responde. Y tengo miedo.
Los mismos miedos a lo largo de treinta años.
Porque día tras día alguien que se enmascara
juega en mí a las alucinaciones y a la muerte.
Yo camino a su lado y empujo con
su mano esa última puerta,
esa que no logró cerrar mi nacimiento
y que guardo yo misma vestida con
un traje de centinela funerario.
¿Sabes? He llegado muy lejos esta vez.
Pero en el coro de voces que
resuenan como un mar sepultado
no está esa voz de hoja sombría desgarrada
siempre por el amor o por la cólera;
en esas procesiones que se encienden de pronto
como bujías instantáneas
no veo iluminarse ese color de
espuma dorada por el sol;
no hay ninguna ráfaga que haga arder
mis ojos con tu olor a resina;
ningún calor me envuelve con esa compasión
que infundiste a mis huesos.
Entonces, ¿dónde estás? ¿quién te impide venir?
Yo sé que si pudieras acariciarías
mi cabeza de huérfana.

Y sin embargo sé también que no puedes
seguir siendo tú sola,
alguien que persevera en su propia memoria,
la embalsamada a cuyo alrededor
giran como los cuervos
unos pobres jirones de luto que alimenta.
Y aunque cumplas la terrible condena
de no estar cuando te llamo,

sin duda, en algún lado organizas
de nuevo la familia
o me ordenas las sombras,
o cortas esos ramos de escarcha
que bordan tu regazo
para dejarlos a mi lado cualquier día,
o tratas de coser con un hilo infinito
la gran lastimadura de mi corazón.

ESOTERISMO Y EXOTERISMO

INTRODUCCIÓN

Después de transitar los silencios tan sonoros y tan presentes, siento la energía conviviendo con la materia. Haciendo el surco. El rastro que finalmente mis semejantes llamarán mi existencia.

“El poder misterioso de la naturaleza una vez más pone a la humanidad en la situación de proteger la vida. Nos permite tomar más conciencia de la reverencia primitiva de los seres humanos sobre Dios y la vida en la etapa actual del desarrollo humano.”

Ai Weiwei, artista y cineasta chino¹.

En esta parte de mi vida me enfrentaré al espejo.

¹ Clarín, 19 de noviembre de 2017.

Hoy me enfrento al espejo y lo veo; es mi otro, un compinche de aventuras que decidió acompañarme por la vida de una manera distinta a la habitual. Veo mi reflejo y en el espejo este se transforma en otro. Lo observo, es él, otra vez está aquí, sonriente, casi tiene mi edad, pero es más joven. Su nombre es *Néstor Abel Rodríguez*, hijo de papá Rafael y mamá Rosita, es mi hermano y soy yo.

—Hoy deberíamos hablar porque quiero saber...

No soy yo el que sugiere esta charla sino él. Viste muy alineado, su voz es tierna, y al mismo tiempo profunda, luce bien peinado. Lo he visto otras veces. Cuando aparece en el espejo el jamás habla, pero en esta ocasión interroga. Quisiera estar asustado, pero no puedo, Él es una luminosidad por siempre silente que hoy pregunta y yo le debo respuestas.

Podría huir, pero no lo haré. Sus ojos se parecen a los míos, la sonrisa es la misma.

—Dime Edgardo, en qué creés.

Como responder esta pregunta... Creo en tantas cosas, los chamanes, los naipes, el esoterismo... Claro, este es el comienzo... Debo contarle sobre el esoterismo porque allí albergo todos mis aciertos y mis dudas...

—Hermano, cuéntame de eso...

—Vos sabes...

—Yo sólo vivo en el espejo, en tu reflejo...

—Cómo responderte cuando vos sos parte de ello...

No sé... El Esoterismo lo vincula todo, la Pacha Mama, las barajas de mamá, tu visión en el espejo... No sé... Quizá suene elocuente cuando sólo es mi idea, pero aceptó el reto...

—Entonces el esoterismo ha significado y significa demasiado en tu vida... contame de eso.

—Para empezar, tendría que resumir el concepto de lo que es “esoterismo”. El diccionario siempre ayuda. Es un término genérico usado para referirse al conjunto de conocimientos, doctrinas, enseñanzas,

prácticas y ritos de una corriente de creencias que se muestran como si fueran “secretas”, de acceso restringido, y que se transmiten, únicamente, a una minoría selecta denominada “iniciados”. Esa iniciación es necesaria para ingresar, con total profundidad, en este estudio y práctica. En contraste, el “exoterismo” es el conjunto de todos los conocimientos accesibles al público común, que es transmitido libremente.

Por otro lado, este concepto es ancestral, más viejo que el mundo. Desde la antigüedad, la Humanidad ha creído posible comunicarse con los espíritus de los muertos. En Grecia, por ejemplo, los difuntos estaban en el Hades, el hábitat de Plutón (el otro nombre usado para identificar a este Dios del Inframundo), donde era posible conectarse con los que ya no estaban, a través de rituales. En la Edad Media, se mantuvo la creencia de que los espíritus regresaban regularmente al mundo de los vivos y se multiplicaban en formato de fantasmas. Quedó como ejemplo de esto, en la Literatura Clásica, la historia de Hamlet, de William Shakespeare, y del fantasma de su padre que se hace visible clamando justicia.

Los egipcios hacían un culto a los muertos. Uno de los aspectos más destacados de su religión era considerar al alma humana como un elemento inmortal. Creían que el hombre estaba formado por tres partes: una carnal, que era el cuerpo físico, y dos espirituales: el alma y el *ka* o doble. El alma era sólo una parte, algo así como el corazón, el verdadero asiento de una fuerza vital. El *ka* era una “imagen sueño”, un doble o reproducción idéntica del individuo, especie de “otro yo”, que lo dirigía y protegía. Y que escapaba por la boca en el momento de exhalar el último suspiro.

Todas estas creencias se fueron transformando, transmitiendo y adaptándose a los conocimientos y costumbres de las distintas culturas.



Culto a los muertos. Una colección de sortilegios que se incluían en las tumbas del "Reino Nuevo" en Egipto.

Mi primera conexión con el mundo exotérico se me dio en el campo. En Asamblea y también en 9 de Julio. Y esto es muy común en esos lugares, donde los médicos o veterinarios, en muchas oportunidades están ausentes. Entonces, surge la figura del curandero, que es un especialista en sanar los males del cuerpo como los males del alma, en principio con un conocimiento profundo del "yuyaje", es decir, de las plantas, de cuyas esencias, finalmente, surgen los productos medicinales. Y también, ellos son los cultores de la palabra, aquella que subyace, que conlleva una Fe desconocida y ancestral hacia lo que no se ve, hacia esas fuerzas superiores de la Naturaleza, que ayudan y acompañan.

En Asamblea, he visto y comprobado cómo los mismos chacareros llamaban a aquellos "especia-

listas" para curar los gusanos de los animales. Es frecuente que los caballos o también las vacas se lastimen con los alambrados o con los espinillos, las acacias, los churquis o los aromos, que cuentan, estos últimos, con unas agujitas que se les hincan y los infectan. Allí se les depositan unos gusanos, que son los productos intestinales del deshecho de las llamadas "moscas de queresa", transmisores, a su vez, de enfermedades múltiples. Esa lucha por la supervivencia de las especies en el campo hacía, también, que pájaros, gaviotas o chimangos picaran dichas heridas para comer los gusanos y agrandaran las mismas que quedaban más ulceradas y sangrantes.

Yo veía que, muchas veces, les tiraban en ellas, agua con sal o, que los mencionados curanderos se paraban delante del animal y los sanaban con las palabras. Con

mis propios ojos he visto cómo se caían los gusanos. Era "creer o reventar". Después, les tiraban "acaroina" o fluido Manchester, para desinfectar. Si no había dicha creolina, simplemente, se usaba aceite. Luego, el pobre animal cicatrizaba como podía.

Había otras innumerables prácticas: se curaba el "mal de ojo" con el aceite y el agua en un plato; el "empacho" con una cinta o tirando el cuerito; la famosa "culebrilla", con la tinta china. Costumbres, muchas de ellas, que los médicos formados tratan de explicar científicamente.

La familia tenía un personaje llamado Perico, que era uno de los hermanos de nuestro tío Santiago, el marido de Juana, la hermana de nuestra madre. Siempre decía que él no se podía enamorar de una mujer, ya que una de ellas, de la cuál se había separado, le había hecho una brujería utilizando la huella de su alpargata.

Mil cosas más se conocen en el campo. A los pobres sapos les ponen en la boca la foto de una persona, los cosen y los queman o los entierran para hacer alguna maldad a alguien; se usan gotas de menstruación en el mate o en la bebida para atrapar a los hombres sentimentalmente. Ése es el famoso "gualicho".

De algunas de estas prácticas, me enteraba yo, asombrado y en silencio, escuchando, mientras participaba como oyente de las conversaciones de nuestra familia. Y, desde luego, muchas de ellas me parecían naturales. Yo las incorporaba como parte de mi cultura. Me crié con ellas. Luego, si esto es creíble o no creíble para la gente en general, es otro cantar. Pero que hay gente que hace estas cosas, es real. Y las más leves, las veniales, son muy efectivas la mayoría de las veces, puesto que están más relacionadas con el naturalismo que con otra cuestión.

Estaban también los ya nombrados "médicos del

agua", Eduardo Moledo, a quien nunca conocí, pero al que todos querían y respetaban. Él estaba vivo en la memoria colectiva. Fue discípulo de Pancho Sierra y de la Madre María. A Don Avelino, a su vez, alumno de Eduardo Moledo, sí lo conocí y fui curado por él, como ya conté.

El agua purifica por dentro y por fuera. Cura el espíritu y el cuerpo. Y es fuente de vida. Mi setenta por ciento es agua de mar, manantial, lago, río, masa indiferenciada.



Madre María y Pancho Sierra



Don Eduardo Moledo



Don Avelino González

Símbolo en las tradiciones judías y católicas del origen de la creación, del Antiguo Testamento y, luego, del Nuevo Testamento.

Símbolo cosmogónico, que borra toda mancha material de rituales con polvo soteriológico², el bautismo purificador.

Entre los signos del Bautismo encontré esta explicación:

“El símbolo central del Bautismo es, sin duda alguna, el agua. El agua es el origen de cualquier tipo de vida. Ella tiene su origen en este elemento. Representa el amor de Dios que se derrama sobre nosotros y que en nosotros se transforma en fuente inagotable. De este amor divino que se nos regala,

siempre podremos beber, aun cuando nuestro amor humano se haga frágil o cuando se nos escape de las manos.

En todas religiones y culturas el agua posee una fuerza purificadora y renovadora. Nos purifica por los errores del pasado y para que vivamos como personas nuevas.

Todo lo que pesa sobre el niño es lavado en el Bautismo. Podemos imaginar que vertida el agua sobre su cabeza, éste no está condenado a repetir el destino de sus padres y de sus abuelos; no es simplemente el resultado del árbol genealógico, sino que puede comenzar desde el principio. Es un nacimiento espiritual lo que se celebra. El niño no está determinado por el pasado, sino que se abre a la novedad que Dios desea obrar en él.

El agua es símbolo, entonces, de fecundidad espi-

² Soteriología: Parte de la Teología que estudia la historia de la salvación de la humanidad gracias al sacrificio de Jesucristo.

ritual. Es la fuente del Espíritu Santo, manantial inagotable porque es divino”³.

Para el Corán, el agua bendita que cae del cielo significa la inmortalidad.

Para los mayas, el agua tenía un sentido sagrado, en cuyo entorno habitaban los dioses de los cenotes. Fuente vital para la existencia.

Este conjunto de conceptos y bagaje de contenidos, uno lo concientiza y aprehende de grande. Yo, en las manos blancas de don Avelino sentía los reflejos de la luz y, cuando lo tenía frente a mí en el ritual de la sanación, veía en su frente estrellitas serpenteantes que titilaban mostrándome su energía.

Todo configuraba la simple explicación de las fuerzas del Bien y del Mal, las que estaban dando vueltas en mis pensamientos. Con ellas yo empezaba a ponerme en contacto en aquel tiempo. A comprenderlas. Comenzaban a formar parte de mis creencias en el “más allá” y de la existencia transitoria de la vida.

La religión católica, los rezos de mis abuelas, la mística en general, ingresa en mí cuando comienzo a plantearme adónde se van nuestros muertos. Qué les pasaba cuando entraban en ese mundo invisible de Dios y los ángeles. Dónde estaban viviendo. Me decían, cuando yo preguntaba por ellos: “Se fueron al cielo”.

Dice Ana Belén Motto⁴: “Las religiones nos dieron algo de alivio al reafirmarnos que hay algo más, algo maravilloso y divino como es el espíritu, y algo superior que nos domina, llamado Dios. Nos dieron unos cuantos libros, que ellos llamaron “sagrados o divinos”, algunos escritos por el mismísimo Dios y otros

³ Anselm Grün: El Bautismo. Celebración de la vida. (Ed. San Pablo, 2002).

⁴ Ana Belén Motto: Especialista en el Origen Estelar. Investigadora de nuestros orígenes, tanto de esta Tierra como del Universo. Especialista en terapias energéticas.

por sus elegidos. Y, por muchos años, así nos creíamos que era. Aquellos libros sagrados fueron escritos por ellos mismos que siempre fueron y son grandes estudiosos de la Alquimia, de la energía cuántica, del Universo y, por supuesto, ya sabemos que trabajan para ellos muchos psíquicos y entidades extraterrestres que les dan la suficiente información y maneras de poder usarla, para dominar a una población ignorante y llena de temor e incompreensión por todo cuanto les rodea. Es por ello que si analizamos bien que nuestro cuerpo es el vehículo donde se asienta nuestro Ser, es importante que descubramos y vayamos hacia el camino de entender quiénes somos en verdad”.

Todo esto conduce mi pensamiento a la existencia de seres sobrenaturales. Y, en realidad, hay algo que quisiera incorporar, y es que los descubrimientos en el mundo se dan, simultáneamente, en todas partes sin haberse conectado; por ejemplo, el fenómeno de los números. Mientras se concebían en Egipto, los tenían los chinos, los asirios y los mayas. Ningún pueblo entonces estaba en contacto con el otro, lo que hace que me pregunte: ¿cómo?, si no se conocían, ¿no será que hubo una información extraterrestre, unida desde algún lugar, que los nutrió a todos de esos datos.

Estos conceptos marcan, de alguna manera, la evolución de mi entendimiento hacia la propia existencia. La pregunta permanente. La búsqueda.

—Seguramente, uno de los cuestionamientos más difíciles de contestar para los padres, es explicar a los niños lo que significa la muerte.

—Claro, porque es de las respuestas que los adultos no hemos resuelto internamente, casi nunca. Muchos no nos conformamos con eso de “ir al cielo”. Es la duda, el planteo eterno del misterio de la vida misma; repito, dilucidar qué somos y adónde vamos.



Alquimista Guardian del conocimiento esotérico.
Inventor de todas artes y ciencias.
(240x100x100 cm.)
Del libro serie "Guardianes de la Tierra"
Salón Nacional 2015 Palais de Glacé.
Edgardo N. Rodríguez.

Yo creía, cuando era chico que el cielo estaba habitado por los espíritus. Esto evolucionó en mí, y hoy creo firmemente, en que las energías de esos tránsitos permanecen latentes en el mundo intangible e invisible. Vibran. Están. Lo he podido comprobar con los chamanes, a través de la energía animada.

Lo cierto es que, en la infancia, me decían que mis abuelos queridos estaban en el cielo. Por suerte, todos ellos habían accedido allí en mi pensamiento. El tema fue cuando descubrí que había un Infierno. Otra vez, el Bien y el Mal. Y me preguntaba y le preguntaba a nuestra madre, cuántos de nuestros familiares habrían ido a ese lugar tan oscuro y tenebroso. A lo que ella me contestaba que con lo que yo hacía y con lo que hacíamos todos en la familia, no iríamos al Infierno. Que los pobres, generalmente, no íbamos al Infierno. Esto me dejaba tranquilo, me sacaba los miedos de niño, y dignificaba más aún la condición de ser pobre.

—¿Y nuestro padre? ¿Qué convicciones tenía?

—Nuestro padre era socialista. Religiosamente, ateo⁵. Muy coherente en eso. Jamás lo escuché decir: "Ay, Dios mío", aunque sí: "Me cago en Dios". Ésa era la dicotomía que había entre nuestra madre y nuestro padre.

Por otro lado, mamá atravesó por tu pérdida, eras su segundo hijo, hermano, cuando te fuiste yo tenía alrededor de doce años. Esta parte de la historia, también está relacionada con nuestro tío Blas, que puntualmente, siempre estuvo en mi vida en momentos trascendentes. Su mujer, nuestra tía Ilsa, madre de nuestra prima Norma, estaba embarazada de su segundo hijo, en el mismo tiempo gestacional que nuestra madre. A las dos, por esas cosas que tiene la vida, se les mueren sendos bebés en el vientre. Tía Ilsa, con muy mala suerte, la operan para sacarle el

⁵ Dícese del que no cree en la existencia de Dios.

niño y muere de septicemia. Cuando a nuestra madre la quieren operar, tío Blas, que estaba en la Sociedad Espiritista, luego de consultar en una sesión, pide que: "Esperen hasta las 10 hs. de la mañana. Si no sale, operen recién ahí". Y al otro día, a las 9 y 30 hs., naciste vos Néstor Abel. Muerto.

Cuando nuestra madre se salva, tío Blas comienza a incorporarla al espiritismo. Yo me siento atraído e intrigado por esto y empiezo a sumarme a esas reuniones. La acompañé durante mucho tiempo, los sábados a la tarde, a la Sociedad Luz del Porvenir, en Monroe 4888, entidad que había fundado Don Jesús Sánchez Graneros.

Siempre que recuerdo aquellos momentos, me imagino también cómo habría sido compartir la vida con vos. Mi soledad no hubiera tenido tanto silencio. Sentir cerca a ese otro, el "ladero", reconocer que hay dos corazones que salieron del mismo vientre.



Fachada de la sociedad "Luz del Porvenir"

Como había tanta diferencia de edad entre ambos, tal vez, haberte tenido habría sido un poco ser padre adelantadamente. Pero, de todos modos, siempre te he imaginado compartiendo gritos, alegrías y angustias.

¿Por qué razón no pudiste nacer?, me pregunto. ¿Por qué huiste de este mundo? ¿Habrá sido tu karma, paladear la vida como un sorbo breve en los latidos de nuestra madre? ¿Sólo eso? ¿Qué viniste a enseñar, a enseñarme? Me consuela, quizás, pensar que serás un ser de luz, que volviste a ser energía. A vos Néstor Abel Rodríguez, ¡a tu salud!

—No se que decirte, Edgardo, yo también brindo por vos, pero quiero saber más. Contame sobre lo que aprendiste en esas prácticas del Espiritismo...

—Lo primero que enseña el Espiritismo es la existencia de Dios. Los espiritistas son muy respetuosos de Él. Luego, la inmortalidad de los espíritus y la comunicación con ellos. La pluralidad de los mundos habitados. La existencia de leyes naturales que rigen los aspectos morales de los espíritus encarnados y desencarnados. La existencia de un "Periespíritu o Cuerpo espiritual" y la figura de Jesús como modelo y guía a seguir. Más o menos, son estos los fundamentos básicos que he conocido.

Entre esas leyes mencionadas se encuentra la *ley del karma*.

El karma es lo que viene a padecer o a elaborar el espíritu en esta vida, como una deuda que hay que corregir o mejorar desde vidas pasadas. Cosas pendientes. Es la causa y el efecto. Toda acción genera una fuerza de energía que vuelve a nosotros de igual manera. Todos hemos oído alguna vez: "Cosechamos lo que sembramos".

Otra ley fundamental es la de *la reencarnación* y con ella *la ley de la afinidad*. Un espíritu vuelve en otro cuerpo, se materializa buscando un nuevo lugar



Placa de la Sociedad Religiosa Espiritista Cristiana "Luz del Porvenir".

físico donde continuar su camino de aprendizaje. Y la reencarnación la hace independientemente del sexo, ya que el alma es andrógina.

Los cuerpos son templos hacia donde el espíritu reencarnado llega siempre dentro de un entorno o clima que le es afín. Generalmente, en la familia. Yo entiendo a la familia no sólo a la familia carnal o sanguínea, sino al conjunto de seres con quienes nos relacionamos y que conforman círculos concéntricos de proximidad: amigos, conocidos, compañeros que de una forma u otra tienen intereses espirituales comunes. La familia es la patria y mi patria es mi familia.

Esto explica por qué se dan ciertas relaciones, o gente que entra en nuestras vidas de manera casual o fortuita. Como también porqué, a veces, se nos presenta alguien que sentimos que conocemos desde toda la vida, aunque la veamos por primera vez. Ésa es la *ley de la afinidad*.

Finalmente, *la ley evolutiva*, que es muy importante porque es aquella que dice que uno (su espíritu) puede haber sido albergado por otro ser como un animal, por ejemplo, y dicho espíritu al irse perfeccionando, evoluciona y reencarna cada vez, en algo (un cuerpo o templo) un poco mejor. Yo llamaría a la evolución espiritual de los seres cadena evolutiva.

Paul Mac Lean⁶, célebre psicólogo, gran estudioso del cerebro humano, definió lo que se conoce como "la teoría de los tres cerebros". Este concepto distingue tres niveles dentro del cerebro. Estos son: el *cerebro reptiliano*, que compartimos con los reptiles; el *cerebro límbico*, que nos asemeja a los mamíferos y el *cerebro cortical*, que también han desarrollado algunos mamíferos, pero que tiene su máximo exponente en el ser humano.

⁶ Paul Mac Lean (1913-2007). Médico norteamericano y neurocientífico que contribuyó en los campos de la psicología y de la psiquiatría, fue el creador de la "Teoría del Cerebro Triuno".



Evolución del Cerebro.

El primero (*reptiliano*) es la parte más primitiva de nuestro cerebro, el que nos conecta con el hombre primitivo. Aquí se procesan los instintos básicos de la supervivencia: el deseo sexual, la búsqueda de la comida, o las respuestas agresivas o pasivas, tipo lucha o huida. Respuestas que tienden a ser automáticas y programadas.

Muchos experimentos han demostrado que gran parte del comportamiento humano se origina en zonas profundamente enterradas del cerebro, lo que nos entronca con nuestras raíces, con las tradiciones, con nuestros rituales, con nuestro atávico miedo al cambio, a lo novedoso. Nuestros prejuicios tienen su origen en esta parte del cerebro primitivo.

El segundo (*límbico*) está compuesto por un conjunto de estructuras, cuya función está relacionada con las respuestas emocionales, el aprendizaje y la memoria. Todo lo que ocurre en el medio exterior es procesado en esta parte de nuestro cerebro, dándole un matiz emocional al experimentarlo. Son compor-

tamientos mamíferos el amor, el odio, el altruismo, el deseo, los celos, la angustia, el temor, la culpa.

Este cerebro permite el clima emocional para propiciar la motivación al logro, ya que trabaja con una serie de descargas neuroquímicas que propician el impulso eléctrico para dar órdenes de movilizarse al cerebro reptiliano con el objeto de efectuar el deseo.

El tercero y último estamento (*cortical*) es el cerebro superior, el que nos distingue de los otros animales. La culminación de la evolución.

El neocórtex ha alcanzado en el hombre un tamaño tan grande que debe plegarse sobre sí mismo para tener lugar dentro de la cavidad craneana. Es el más joven y de mayor evolución. En él se encuentran las funciones más complejas, como son todos los procesos básicos de aprendizaje, memoria y razonamiento, entre otros.

Según Mac Lean, en él se desarrollan una serie de células nerviosas dedicadas a la producción del lenguaje simbólico, a la función asociada a la lectura, escritura y aritmética.

Está dividido en dos hemisferios, izquierdo y derecho, y a su vez, en cuatro lóbulos, cada uno con funciones específicas. Los lóbulos temporales se ocupan del lenguaje y es también donde parece alojarse la memoria y la audición. Los lóbulos occipitales son los encargados de la vista y los parietales son lo que rigen nuestros sentidos.

El cerebro cortical es el que nos permite pensar, hablar, percibir, imaginar y comportarnos como seres civilizados. El que nos permite tomar un plan de acción ante cualquier hecho. Es donde nacen la inteligencia intrapersonal e interpersonal, además de llevarnos hacia el próximo paso de la evolución humana.

Como se notará, he ahondado en muchos caminos en esa búsqueda que me explique desde dónde venimos y hacia dónde vamos.

Por eso también, transcribo una frase que me impactó: “Cuando leí a Platón, por primera vez, me deslumbró absolutamente aquella jerarquía de seres que se elevaban desde el más ínfimo átomo hasta el Ser Supremo. Al comienzo, la imaginación se deleita observando el paso progresivo de la materia bruta a la materia organizada, de las plantas a los zoófitos, de los zoófitos a los animales, de éstos al ser humano, del ser humano a los genios, de los genios, revestidos de un suave cuerpo etéreo, a las sustancias inmatriciales y, en fin, mil órdenes distintos de esta sustancia, que se van elevando desde bellezas perfectas hasta el mismo Dios”⁷.

El objetivo final de todo espíritu es el aprendizaje. El mío también. Si en un tránsito se comete una acción cuestionada, de características inadecuadas, punibles de sanción, el espíritu involucre y deberá reencarnar en un ser inferior.

Yo siento que he sido una garza, por ejemplo.

—¿Por qué una garza?

—Tal vez por la sensibilidad y por la libertad que tienen las aves. Por ser pacífica, por la pureza, por su estilismo, por la belleza, por los ojos, por ser blanca, por su pico investigador.

“El ocultismo antiguo, sin duda, por su pico fino y penetrante se tenía como un símbolo de la ciencia divina”⁸.

“Símbolo de la mañana y de la generación vital, entre los egipcios, considerándose con el ibis y la cigüeña, como ave favorable”⁹.

—Nunca escuché a nadie decir que se sintió garza.

—Mientras nadie me demuestre lo contrario, yo seguiré diciendo que fui garza en esa escala evolutiva,

⁷ Voltaire: “Cadena de los seres creados”, Diccionario Filosófico. Ediciones Libertador.

⁸ Chevalier, Jean y Gheerbrand, Alain. Diccionario de los símbolos.

⁹ Cirlot, Juan Eduardo. Diccionario de símbolos.

porque finalmente, pienso que el exoterismo nos permite crear cosas que empiezan a ser comprobables; pero que también dan lugar a que soñemos. Lo que yo hago es crear un mundo que está fundamentado; pero en todo caso, porque deseo vivir en la fantasía, que es la manera más agradable de vivir.

Y me pregunto: Aquel que no cree y que se dice ateo, el que piensa que no existe nada después de la muerte, ¿cómo puede enfrentarla?

Leyendo un clásico del esoterismo: el Kybalión, me sorprende con sus clasificaciones acerca de los siete planos de la materia, desde aquella con vibración débil, hasta el plano de la mente humana, pasando por el mineral, vegetal y animal, siendo el humano, desde luego, el último escalón evolutivo.

“El hombre corriente no suele atribuir mente, alma o vida al reino mineral, pero todos los ocultistas, reconocen la existencia del mismo. (...) Los vegetales tienen vida, mente y alma, tanto como los animales, el hombre y el superhombre.

El Plano de la Mente Humana y sus siete subdivisiones, comprende las manifestaciones de la vida y mentalidad que son comunes al hombre en sus varios grados y divisiones. En este punto, debemos indicar el hecho de que el hombre corriente actual ocupa la cuarta subdivisión del Plano de la Mente Humana y sólo los más inteligentes han cruzado los límites de la quinta subdivisión. Millones de años, ha empleado la raza para alcanzar este estadio y tardará muchos años más para llegar a la subdivisión sexta y séptima. Pero debemos recordar que ha habido razas anteriores a las nuestras que han pasado por esos grados. Nuestra propia raza es la quinta (con algunos rezagados de la cuarta). En ella ha habido unas cuantas almas avanzadas que han sobrepasado a la masa y han llegado a la sexta y hasta la séptima subdivisión. El hombre de sexta división será el “su-

perhombre” y, el de la séptima, el “ultrahombre”¹⁰.

Todas las lecturas en las que me interiorizo y buceo me acercan más al conocimiento de la evolución. Y estoy convencido de que ésta es dinámica y continua. Es por eso que no puedo dejar de pensar en que el mundo inmaterial, el de los otros planos, los superiores, están allí, esperándome.

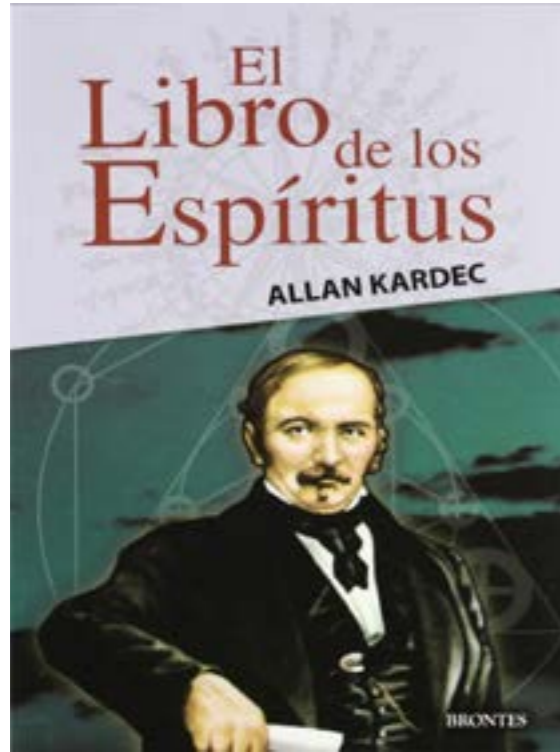
La ilusión de otra vida, aunque sea diferente a esta conocida, es la esperanza de una nueva oportunidad.

—¿El Espiritismo es una ciencia muy antigua?

—En 1804, nació en Francia, Hippolyte León Denizard Rivail, cuyo seudónimo era Allan Kardec. Su padre era un jurista de renombre que le dio la mejor educación. Estudió en el famoso Instituto Yverdon, en Suiza, donde adquirió una vocación pedagógica de la mano de J. H. Pestalozzi, un profesor que revolucionó los métodos de enseñanza europeos. Se convirtió en educador muy destacado y fue autor de más de veinte libros de texto. Como era un hombre muy respetable, nadie imaginó que se convertiría en un líder del movimiento espiritista.

Una familia de apellido Fox, que vivía en el estado de Nueva York, fue testigo en el año 1848, de fenómenos paranormales en su vivienda, un pequeño chalet de madera, donde se sentían ruidos y golpeteos extraños. Las hijas del matrimonio tuvieron una comunicación progresiva y usaron un código alfabético, con lo que infirieron fue el espíritu de una entidad que les dijo haber sido un fogonero de treinta y un años, asesinado en esa misma casa y que estaba enterrado en el sótano. Se produjo la comprobación por parte de los padres y de los vecinos, quienes fueron testigos de aquellas comunicaciones. Este episodio causó sensación en los Estados Unidos y, a partir de allí, muchas personas consideraron la posibilidad

¹⁰ Clásicos esotéricos: EL KYBALIÓN. Tres iniciados. Pág. 70. Ed. Índigo.



Allan Kardec. Libro de los espíritus.

de comunicación entre los vivos y los muertos.

Allan Kardec se expresaba así, en contra de estas teorías: “Si se han estudiado las ciencias, hay que reírse ante la credulidad de los ignorantes y no es posible creer en fantasmas”. Y, cuando un amigo le insistió en la veracidad de esos hechos, dijo enfáticamente: “Sólo creeré cuando lo vea”.

El espiritismo se estaba convirtiendo en un fenómeno de masas, hasta en un entretenimiento para aburridos miembros de la alta sociedad, que organizaban sesiones y los médiums proliferaban atraídos

por dinero. Cuando, finalmente, Kardec asistió a una de esas sesiones, quedó impresionado. Tanto que decidió comenzar con sus propias investigaciones, de las que pudo obtener información para escribir El Libro de los Espíritus, en 1857. Por ello se lo llama el Padre del Espiritismo.

—¿Dónde aprendiste todo esto?

—Empecé a ir a la Sociedad Luz del Porvenir acompañando a nuestra madre, como ya te conté, después de que ella se salvara. Quizás para encontrar la explicación de tu muerte o para comunicarnos con vos. Para seguir teniéndote presente.

Y como primera medida, comencé a fascinarme con el ejercicio ritual que significaba el ingreso a ese espacio nuevo y misterioso, donde el silencio era solemne. Donde se sentía un cosquilleo en la piel, una paz especial en el pecho, donde podía respirar lentamente, cambiando el ritmo de afuera. Ésa era la sensación que sentía.



Sala de Reuniones. Sociedad Luz del Porvenir.
Donde concurríamos con Rosita, mi madre, todos los sábados por la tarde.

Recuerdo que nos cambiábamos en el sótano. Me tenía que poner un saco blanco y zapatillas alpargatas del mismo color, es decir que no se podía ingresar con la ropa de calle. Salvo el pantalón, ese atuendo esperaba una semana como si fuera un ser que prestaba su espíritu.

Era un lugar con olor a humedad, una humedad casi medieval, con paredes heridas por el tiempo. Sentía que ingresaba al inframundo, y me desconectaba de la superficie. La escalera de acceso era empinada, nada anatómica. Hasta peligrosa, diría. Exigía paso sólido en cada escalón. Por ella, llegábamos al recinto de manera silenciosa, en espera del inicio de la sesión.

Había una mesa en el centro del salón. Una mesa de tres patas. Solitaria. Hacia un costado, en la parte izquierda, estaban las médiums. Enfrente a ellas, los videntes. Al costado de estos últimos, otra mesa de la taquígrafa quien tomaba rigurosa nota de toda la sesión. De espaldas a la entrada, se encontraban los pacientes. El Director que manejaba toda la ceremonia era el Dr. Cabanas, médico por el que llegaban muchos de los consultantes.

Una sola luz de color violeta iluminaba el espacio y una música muy suave era un marco que alentaba a la relajación. El olor a sahumerios era infaltable para que nos envolviera su fragancia y el entorno se volviera propicio. Yo percibía aroma de mar.

Entraba el paciente y comenzaban las médiums a tomarse de las manos para entrar en trance. Era sorprendente este proceso. Cómo algunas se caían al piso, otras permanecían sentadas con los ojos cerrados. Concentradas, visiblemente concentradas. Mientras, los videntes comenzaban a hablar. Había hombres preparados para asistirlos, para aquellas que se caían.

En la primera sesión que fui, permanecí quietito en

un rincón, observando. Sólo como oyente. Al término de ese sábado, le comenté al Dr. Cabanas que había visto cosas. Que no podía precisar qué, pero algo me había pasado. Me miró y me dijo:

—La próxima reunión, vos te sentás junto a los videntes.

Así comencé a participar. A formar parte.

—¿Podrás evocar alguna de esas participaciones?

—Sí, por supuesto. Me acuerdo de una vez en la que se sentó un hombre joven, que padecía de “mania persecutoria”. Estaba ubicado delante del Dr. Cabanas, y él de espaldas a nosotros, sentados a su retaguardia, o sea, que teníamos delante la cara del paciente.

La mística luz violeta y yo, que tenía puesto un pantalón oscuro; sentía como vibraba la tela del mismo y como me llegaban las ondas de nuestra madre y de las otras médiums. En realidad, todo el lugar vibraba.

Tomaban al paciente de las manos, sobre la mesa de tres patas, como para unir sus energías. Yo comencé a ver un disco que giraba y giraba, no paraba de girar. Se fue haciendo blanco, como un plato volador que daba destellos multicolores. Además comencé a oír, por detrás, un conjunto ruidoso de aullidos que aturdían.

Pude decirle al Dr. Cabanas lo que escuchaba, lo que percibía, como también la impresión de un delantal blanco, como purificador, como si perteneciera a un médico que se acercaba a él y le apoyaba sus manos.

En otras ocasiones, pude intuir más cosas simbólicas cuyos detalles no recuerdo, pero sí las sensaciones que me quedaron muy vívidas. Más adelante, aquel muchacho que vi por primera vez, se convirtió en un brillante miembro espiritista y se curó de sus síntomas totalmente.

La mayoría de las veces, se hacía una conferen-

cia previa a la sesión, donde cada uno desarrollaba un tema. Como también había grupos de jóvenes, a quienes se los hacía participar, integrándolos, para lo cual se les asignaban propuestas interesantes que pudieran abordar.

En una oportunidad, yo diserté sobre Mahatma Gandhi. Hablé de él en dos sesiones consecutivas, para lo que conseguí un libro con su vida, me preparé toda una semana y expuse. Fue muy interesante para mí. Un compromiso y una experiencia enriquecedora. Eran mis tiempos del secundario. La “resistencia pacífica” o “satyagraha”, que en sánscrito significa “abrazo de la verdad”, me impresionó. Como un imperio capitulaba ante la energía de un pueblo pacífico. Yo también era pacífico, Lo soy. La disculpa a los hombres es un don que da alegría y el perdón a seres elevados da pureza en el tránsito de la vida. Siempre pido disculpas, nunca peleo.

Tiempo después, llegó a mis manos esta anécdota de Gandhi:

“Cuando estudiaba Derecho en la University College de Londres, un profesor de apellido Peters le tenía animadversión por ser hindú; pero el alumno Gandhi nunca le bajó la cabeza y eran muy comunes sus encuentros.

Un día, el profesor Peters estaba almorzando en el comedor de la universidad, llegó este alumno con una bandeja y se sentó a su lado.

Altanero, el profesor le dice:

—Señor Gandhi, usted no entiende. Un puerco y un pájaro no se sientan a comer juntos.

A lo que Gandhi contesta:

—Esté usted tranquilo, profesor. Yo me voy volando. —Y se cambió de mesa.

El señor Peters, verde de rabia, decide vengarse en el próximo examen; pero el alumno responde con brillantez a todo cuestionamiento.

Entonces, insidioso, le hace la siguiente pregunta:
—Señor Gandhi, Ud. está caminando por la calle y se encuentra con una bolsa. Dentro de ella está la sabiduría y mucho dinero, ¿cuál de las dos cosas se lleva?

Sin titubear, Gandhi le responde:

—¡Claro que el dinero, profesor!

Sonriendo de manera socarrona, Peters le espeta:

—Yo, en su lugar, hubiera tomado la sabiduría, ¿no le parece?

—Cada uno toma lo que no tiene —responde el alumno.

El profesor Peters, histérico ya, escribe en la hoja del examen:

—ildiota! —y se la devuelve al joven.

Gandhi toma la hoja y se sienta. Al cabo de unos minutos, se dirige al profesor y le dice:

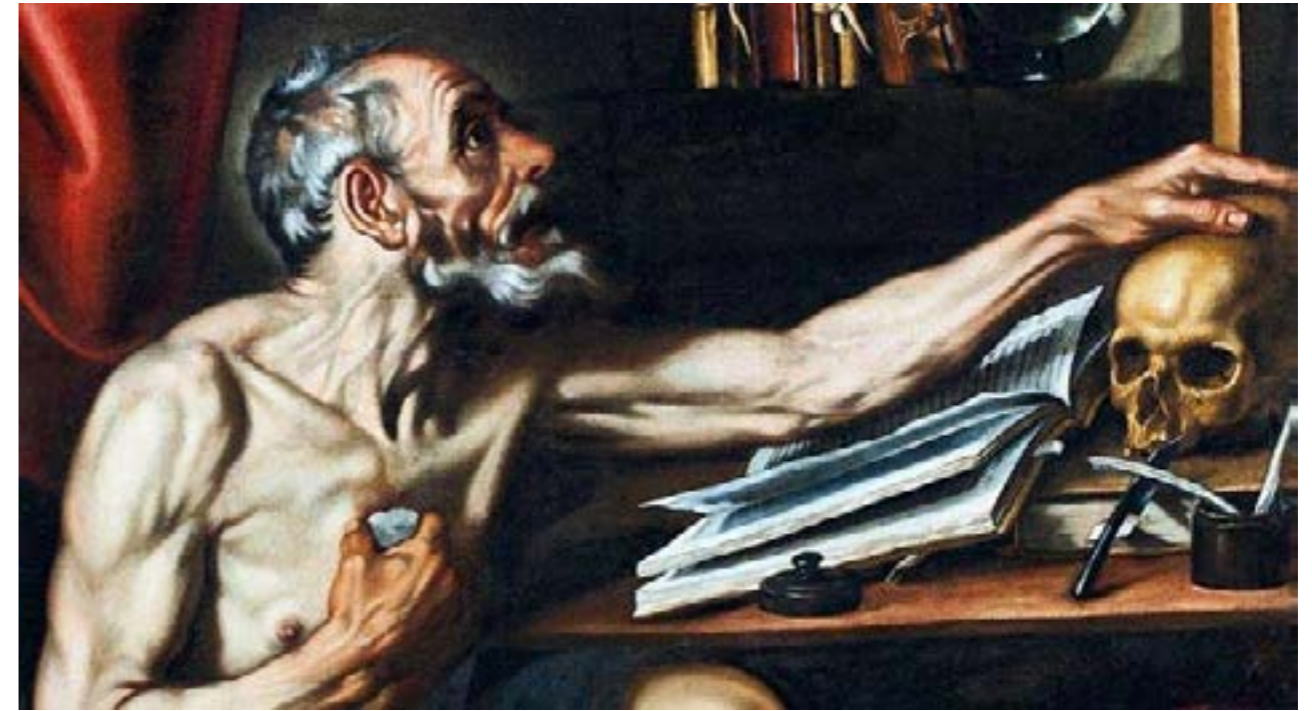
—Señor Peters, usted me ha firmado la hoja, pero no me ha colocado la nota”.

Este cuento es la clara confirmación de que con una respuesta pacífica e inteligente se desarma cualquier violencia.

—¿Quién o quiénes son esos espíritus que invocan en aquellas sesiones tan llamativas donde se mueve tanta energía?

—No lo sé, a ciencia cierta. Sólo creo que es la energía que vuelve, que gira, que está. La energía que se mancomuna para un fin común, como en el caso de la sanación. La energía unida es poderosa. Y es la energía de los muertos, que en realidad están vivos en otro plano, junto a la de los vivos en cuerpo y alma. Ambas se potencian, de allí su poder.

Desde los tiempos más remotos los hombres han concebido entidades que funcionan como intermediarias entre la Divinidad y nosotros. De modo que la antigüedad ha inventado cantidad de demonios y genios. El hombre siempre hizo los dioses a su ima-



San Gerónimo Penitente. Pintado por El Greco.

gen. Los demonios, en cambio, eran los caídos, los no obedientes, los pecadores.

Muchas personas, llaman ángeles a las energías etéreas. La palabra “ángel” viene del griego y quiere decir: “enviado”. La religión cristiana está fundada sobre la permanencia o la caída de alguno de estos ángeles. Y los divide así, en ángeles buenos y malos o “caídos”.

De cualquier modo, son “sustancia”. Como también lo es Dios, que para Spinoza es la “sustancia infinita”, y para Kardec, la “inteligencia infinita”.

“Siempre pensé que en lo invisible está el secreto de la esencia de la existencia”, dice Voltaire.

Yo creo que las leyes de la Física han probado ya que los átomos se reúnen en virtud de la ley de atracción. Y por eso, comparo esto con los espíritus, en los que creo, convencido de que se nos acercan debido a aquella otra ley de afinidad, y que vuelven y se reencarnan en otros cuerpos para cumplir, tal vez, algún aprendizaje pendiente.

Átomo más átomo más átomo es a molécula. Eso da un cuerpo, materia. Dicho cuerpo tendrá la misión de ejecutar lo que el espíritu ordena. Ya Epicuro, basándose en Demócrito, manifestó “somos átomos pensantes”; pero, ¿cómo es que puede pensar un átomo?

Este proceso es la Reencarnación. Los primeros padres de la Iglesia aceptaban el concepto. Algunos de ellos, como Clemente de Alejandría y San Jerónimo (pintado por El Greco) creían que habían vivido anteriormente.

En el Antiguo y el Nuevo Testamento se hablaba de la Reencarnación. Fue Orígenes de Alejandría, el más amado y brillante de los pensadores, el llamado “Padre de la Ciencia de la Iglesia” y maestro más respetado después de los Apóstoles, equiparado con Pablo, quien sostuvo y escribió dicha teoría.

En el año 325 d. C., Flavio Valerio Constantino, dictador absoluto del Imperio Romano Oriental, ordenó reunir a los líderes de las diversas fracciones cristianas de entonces, en el Concilio de Nicea, para lograr el control del cristianismo. Unos meses antes de este Concilio, había ordenado matar a su segunda esposa, Fausta, y a su hijo Crispo (hijo de la primera, Minerva) de quienes dudaba adulterio.

Constantino simuló convertirse a la nueva religión basándose en un fenómeno meteorológico, diciendo que había visto una cruz entre las nubes, que le anunciaba el éxito de la próxima batalla. La colocó, como un símbolo de buen augurio en los escudos de sus hombres, y ganó la batalla derrotando a Maximitius.

En realidad, siguió siendo pagano de corazón, hasta su muerte. Pero logró acordar con los líderes religiosos, un credo único, para que se aliaran a él y, de manera incondicional, lo apoyaran. Poco tiempo después, fueron modificados los textos de la Biblia, sobre todo el Nuevo Testamento, para acomodarlos a los acuerdos políticos del Concilio de Nicea y a los intereses imperiales de Constantino.

Así fue anulada la Reencarnación, lo que se continuó por siglos, porque fue y es más fácil dominar a súbditos y devotos imprimiendo sobre ellos el temor



Vivinedo dentro de Tumbas - Ciudad de los muertos, Egipto.

a Dios, y la certeza de que todo se paga en esta única vida, creando el peso lacerante del pecado y de la necesidad imperiosa de redimirlo. Constituye así, por lo tanto, un arma de dominación.

Esto fue recurrente en la Historia.

Las almas de los egipcios reencarnaban en sus cuerpos al cabo de 1000 años, decían éstos. En mi viaje a El Cairo recorrí la ciudad vieja y allí me encontré con un fenómeno sorprendente. Muchas familias humildes vivían en los lugares donde estaban las tumbas. Sobre ellas. Sobre esos cuerpos ancestrales, huesos y cenizas, de cientos y cientos de años. Esto me hizo pensar, que quizás eran los reencarnados de los que habían vivido allí. Lo que ocurre en Egipto es que la pobreza es tal que la Necrópolis forma parte de la Acrópolis.

Las almas del Purgatorio, en Virgilio, eran probadas durante este mismo lapso: *Mille Annus*.

Son conocidas las líneas Agustinas (San Agustín) a favor y Tomasianas (Santo Tomás) en contra de la Reencarnación de las almas; siendo ésta últi-



HERMES Trismegisto

ma la que triunfó por siglos. Aún hoy, el catolicismo no la acepta.

Mientras el Kybalión dice al respecto: “La muerte no es real, ni aún en sentido relativo; no es sino nacer en una vida nueva, y ascendemos y seguiremos ascendiendo a planos de vida cada vez más eleva-

dos, durante eones y eones de tiempo”¹¹.

“Todos somos antropófagos. Las partículas que componían los cuerpos de nuestros abuelos o de nuestros bisabuelos se habrían dispersado necesariamente en la atmósfera, para después convertirse en zanahorias o espárragos; por lo que es muy factible que alguna vez hayamos comido algún trozo de nuestros antepasados”, expresa Voltaire.¹²

Sin darme cuenta, por simple intuición, empecé a descubrir como si fuera un estudiante secundario, las palabras que me mostró el citado Kybalión. Este libro, llegó a nosotros a través de centurias, desde los tiempos del gran fundador, Hermes Trismegisto (tres veces grande), el “elegido de los dioses”, que murió en el Antiguo Egipto, durante las más antiguas dinastías, contemporáneo de Abraham.

Egipto fue la cuna de la Sabiduría secreta y de doctrinas místicas.

Leí los siete principios herméticos del Kybalión:

- El Universo es una creación mental sostenida en la mente del TODO. (*Principio de Mentalismo*)
- Como es arriba es abajo; como es abajo, es arriba. (*Principio de correspondencia*). Me sorprende cuando se compara la constelación de Orión, como la posición de las Pirámides, fuente ambas, de energías cósmicas (Gizeh).
- Nada está inmóvil. Todo se mueve, todo vibra. (*Principio de vibración*). Desde el TODO, que es puro espíritu, hasta la más grosera forma de materia, todo está en vibración: cuanto más alta es ésta, tanto más elevada es su posición en la escala.

¹¹ Eones: División principal del tiempo geológico. En el gnosticismo, cada uno de los seres eternos, emanados de la unidad divina, que colmaban el intervalo entre la materia y el espíritu, poniéndolos en relación. Período indefinido e incomputable.

¹² Pág. 299. Diccionario Filosófico. Voltaire.

La vibración del espíritu es de una intensidad infinita. Él es el creador del TODO.

- Todo es doble, todo tiene dos polos; todo, su par de opuestos: los semejantes y los antagónicos son lo mismo; los opuestos son idénticos en naturaleza, pero diferentes en grado; los extremos se tocan; todas las verdades son medias verdades; todas las paradojas pueden reconciliarse. (*Principio de Polaridad*).

- Todo fluye y refluye; todo tiene sus períodos de avance y retroceso, todo asciende y desciende; todo se mueve como un péndulo; la medida de su movimiento hacia la derecha, es la misma que la de su movimiento hacia la izquierda; el ritmo es la compensación. (*Principio de ritmo*).

- Toda causa tiene su efecto; todo efecto tiene su causa; todo sucede de acuerdo a la ley: la suerte no es más que el nombre que se le da a la ley no reconocida; hay muchos planos de casualidad, pero nada escapa a la ley. (*Principio de causa y efecto*).

- La generación existe por doquier; todo tiene su principio, femenino y masculino; la generación se manifiesta en todos los planos. (*Principio de generación*).

Además, la ciencia moderna nos dice que la materia no existe realmente, sino que es “energía o fuerza interrumpida”. Esto es, energía o fuerza en un grado menor de actividad vibratoria (la escala evolutiva del espiritismo). La materia se sumerge en el misterio. Aun la ciencia materialista ha abandonado la teoría de la materia y ahora descansa sobre la base de la energía.

Todo lo que signifique la búsqueda de la vida más allá de ésta, es el motivo de mis intereses de hoy. Lo esotérico, que es amplísimo, ha sido central en mi vida.

Insisto, no nacemos un día y morimos en otro; sólo

es un cambio de estado hacia donde se conducen nuestros átomos, transformados, como dice Lavoisier, y jamás perdidos en la nada. La energía, definitivamente, no se pierde. Reitero el concepto que tanto me motiva y desvela.

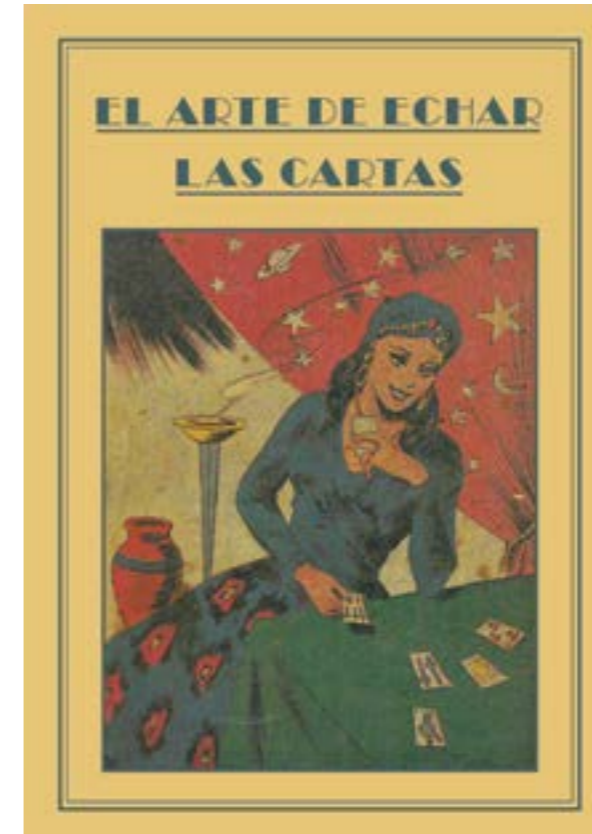
—¿Continuó nuestra madre con las prácticas espiritistas?

—Sí, nuestra madre siguió bastante tiempo. Yo en cambio, lo dejé. Adquirí de todo ese ambiente el poder de la intuición, siempre tengo presentimientos, premoniciones, sensaciones de interconexión con aquellas personas sensibles con las que me identifico. Lo que logro con Lily, mi pareja, con ella nos entendemos desde el silencio.

Volviendo a nuestra madre, antes de ser espiritista, dominaba el arte de tirar las cartas. Una señora le había enseñado. Era una morena con aspecto de centroamericana, que venía a la portería con turbante y vestida de manera excéntrica. La introdujo en el conocimiento de las barajas españolas. Luego, la práctica y la intuición tan desarrollada a través del conocimiento del espiritismo, le permitieron tener esa actividad el resto de su vida. Siempre vi a nuestra madre blanca, llena de energía.

Mirándola, aprendí el ritual. Supe, por ejemplo, que había que poner un mantel blanco y sal abajo. La sal era para la descarga de las malas energías. Después de cada tirada, mamá se deshacía de esa sal arrojándola a la calle o al inodoro. Ponía siempre un vaso con agua que hacía beber al consultante. Y para ella, ponía un vaso con vino rojo. Fumaba cigarrillos Cuarenta y tres setenta, negros, porque según decía, purificaban el ambiente. Y con este entorno, comenzaba a tirar y a leer, de esta manera, el destino de quien la consultaba.

Las cartas nunca se deben tirar en el piso, ni arriba de la cama. Sólo sobre una mesa acondicionada de



Libro de tirar las cartas que utilizaba Rosita, mi madre.

la forma más correcta, y en lugares cerrados. Esto propicia la lectura y la acerca a la mayor exactitud.

Trabajaba con varios mazos, rotándolos, porque decía que se consumía la energía. Y después, para curarlos o cargarlos nuevamente, los exponía al sol para que la energía que ingresara en ellos fuera la cósmica, que limpia y sana. Nunca faltaban las velas como elemento atrayente de las almas.

Me contaba lo que representaban los palos de las

barajas, que tenían y tienen diferentes símbolos. Las Espadas son el elemento Aire, es decir, un elemento vital para la vida, ya que remite a la respiración. Son energía masculina y activa. Se relacionan, generalmente, con los inconvenientes financieros, los problemas de enfermedades o muertes, según cómo se combinaran. Donde hay espadas, hay ansiedad y nervios, tensión que debe canalizarse por la actividad física. Son las cartas más terribles. No como en el truco, desde ya.

Las Copas corresponden al elemento Agua y esto tiene que ver con los sentimientos, con las emociones. Son los festejos, las reuniones familiares, y todo lo que tenga que ver con la energía femenina. Con la sensibilidad.

Los Bastos, que son la representación del Fuego, tienen relación con lo sexual y con el amor. El deseo, la pasión, la intuición y el espíritu.

Y, finalmente, los Oros, el elemento Tierra. Tienen que ver con la fertilidad, con construir, dar forma, generar bienes materiales. Son la fortuna, los buenos negocios; pero siempre y cuando las otras que se les anticipan o que las suceden tengan significados semejantes. Las espadas, en este caso, pegadas a los oros pueden dar lugar a pésimos negocios o a negocios perdidos.

Del mismo modo, tienen sentidos fuertes las figuras y cuando ellas salen dadas vueltas, el significado también se revierte.

Mamá era una gran intuitiva. Por eso era muy consultada. A mí solía decirme:

—Edgardito, hoy te vas a sacar un diez.

Y yo me sacaba esa nota, comúnmente; claro es que estudiaba mucho, mucho. Era el único camino para ser señor.

—¿Qué le dirías a nuestra madre hoy? ¿Le pedirías que te haga una tirada de cartas?

—No. Creo que no. A nuestra madre, si la tuviera hoy delante de mí, le diría, además de “gracias”, este pequeñísimo poema que ella me inspiró pensando en su actividad, pero sobre todo, recordando la alegría y la ternura que siempre me irradió:

*“Madre, madre
tengo un mazo de cartas
son españolas, madre.
Pregunto dónde está tu mirada
dónde está ese palpitar de ensueño
que hace hablar a las almas.
Dónde, acaso, tu mirada invisible
Dónde estás madre.
Toco el mazo y no te encuentro.
Madre, Madre,
hay reyes,
pero no reina
¿será que falta una carta, madre?
faltas”.*

—¿Has sumado a estas prácticas otras?

—Siempre sumo, porque insisto en el tema de la búsqueda. Y toda la línea esotérica he tratado de



Mi madre y yo.

canalizarla a través de la investigación, a través de otros aspectos y prácticas esotéricas. Leyendo y viajando.

Con la semilla que implantó en mí mi madre, apareció la llama y esa enorme necesidad de saber qué somos, qué éramos antes, hacia dónde vamos. Tempranamente, comenzó en mí, ese apetito existencial. No era así entre mis pares, no era frecuente. En este sentido, fui un poco especial.

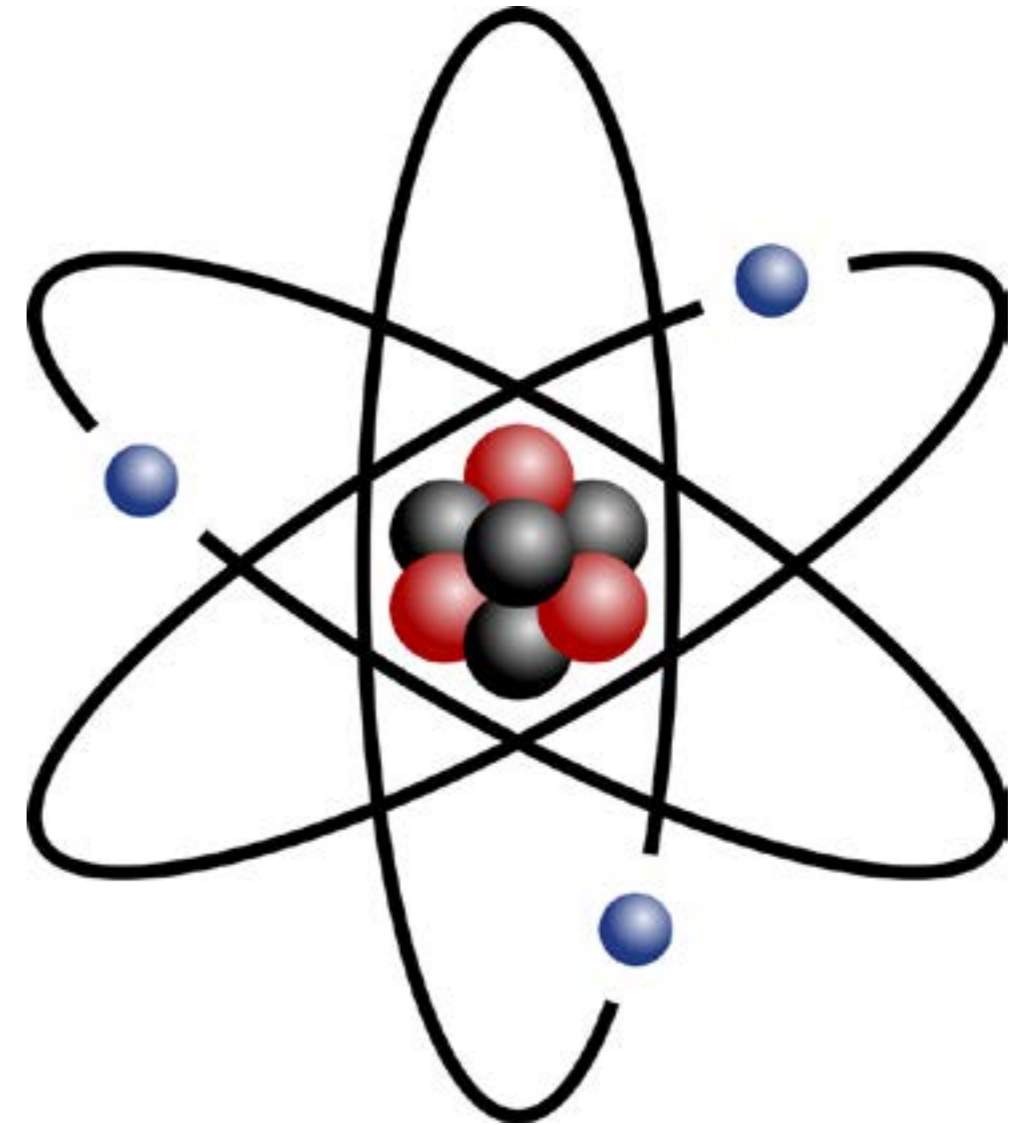
Yo me acuerdo de que en el colegio, tenía una inquietud en Química. Estudié en el Otto Krause y tuve un buen profesor en esta asignatura. Al enseñarnos la inorgánica, aparecieron el núcleo, los protones y electrones girando a gran velocidad. Después de este primer conocimiento básico, descubrí que eran semejantes a lo que ocurre en el Universo, donde todo gira alrededor del Sol, en un sistema perfecto. Levanté la mano y le dije al docente:

—Doctor, ¿habrá, entonces, una relación entre el átomo y el Sistema Solar?

A lo que él contestó que sí, que era posible. E incrementó mi necesidad de llegar a una respuesta. Lo mío era un campo ya abonado.



Maqueta del Sistema Solar.



Estructura de un Átomo.

En esta línea del “macrocosmos” unido, invariablemente, a lo “micro”, justificaríamos que nuestros átomos podrían llegar a pertenecer a una materia mayor; más, a algo inconmensurablemente grande. En esta proyección, hasta podríamos llegar a Dios.

“Somos parte de una sola materia, la tierra (malla energética). Somos parte de una sola vibración cósmica conectada a cada ser en un punto de encaje. (...) En el plano de nuestros asuntos prácticos, no tenemos ni la más vaga idea de que estamos unidos con todo lo demás. (...) lo que llaman la voluntad, no es solamente la fuerza que es responsable de nuestra conciencia de ser, sino también de todo cuanto existe en el Universo. (...) Es una fuerza que posee conciencia total y que surge de los propios campos de energía que componen el Universo. (...) La Tierra es un ser vivo y consciente, cuya conciencia puede afectar la conciencia de los seres humanos”¹³.

“Nuestro destino es el de vivir la expansión de la conciencia planetaria. La Tierra nos ayuda a celebrar esta danza cósmica. (...)”

Soy consciente de esta muerte, de esta despedida responsable y tranquila de un mundo que dejó de existir en mi corazón y que dio la entrada a otro tipo de existencia. Una existencia con la conciencia de que en realidad hay un único ser que se divide en múltiples experiencias expresadas en formas como millones de cuerpos aparentemente distintos, pero con un mismo cuerpo, una misma alma”¹⁴.

El punto de contacto entre la materia y la energía cósmica es el punto de encaje del que hablaba Castaneda.

Mucho más adelante, descubrí a Carl Sagan, quien



La conexión Cósmica de Carl Sagan

dijo: “El destino de los seres humanos puede no estar conectado de una manera profunda con el resto del Universo, pero la materia de que estamos hechos se halla íntimamente ligada a procesos que ocurrieron durante inmensos intervalos y enormes distancias en el espacio lejos de nosotros. Nuestro Sol es una estrella de tercera generación. Todo el material rocoso y metálico sobre el cual nos encontramos, el hierro de nuestra sangre, el calcio de nuestros dientes o el carbono de nuestros genes se produjeron hace miles de millones de años en el interior de una gigantes-



Serie Epidermis Cósmica. Obra de 120x120cm. (Técnicas mixtas con vidrio molido, espejo y tintas).

ca estrella roja. Estamos hechos de material estelar. Nuestra conexión molecular y atómica con el resto del Universo es un circuito cósmico real y nada caprichoso o imaginativo”.

En Física estudié, también, la teoría de Lavoisier, la que dice que “nada se pierde, todo se transforma”, por la que el pobre y brillante adelantado fue decapitado en aquellos tiempos, mediados el siglo XVIII, en que el que pecaba de incorporar conceptos revolucionarios era considerado hereje. Esto que repito hasta el cansancio, como se habrá visto ya, me ha hecho inferir que, quizás una parte, una molécula del agua que soy, fue la que tomó Jesucristo, Mahoma, o quien fuere, porque todo es, en el entramado de las conexiones, lo mismo.

—¿En algún momento de tu vida te conectaste con el chamanismo?

—Desde siempre creí que el mundo que me rodea es animado, que todo incorpora energía. Siempre me conmovió la tierra y sus señales.

Descubrí conviviendo con los chamanes que ellos consideraban que todo estaba conectado a un aura,

que a su vez, pertenece a una masa energética universal interplanetaria. Esto que parece reiterativo respecto de los conceptos anteriores, confluye en un pensamiento único del que estoy convencido y al que he arribado por distintos caminos y en diferentes tiempos de mi vida.

Carlos Castaneda, en sus encuentros con Don Juan, lo llama “el oscuro mar de la conciencia”. Ese oscuro mar de la conciencia constituye un conjunto de filamentos luminosos que divergen en todas las dimensiones manteniendo su individualidad. Es una energía que sale de nosotros, es el aura personal. Pero cada energía del cuerpo humano, individual y único, su esfera radiante, está conectada a ese mar a través de un punto de unión que es el “punto de encaje”. Vuelvo sobre este concepto, como verás, una y otra vez.

Así como pertenecemos todos a una masa material de átomos que es la tierra, también pertenecemos a ese mar de la conciencia. Todos somos una sola energía.

Carl Gustav Jung habló e incorporó el concepto del “inconsciente colectivo”, como de un “sujeto ac-

¹³ Extractos del libro “El conocimiento silencioso”, de Carlos Castaneda.

¹⁴ Ana Belén Motto.



Imágenes de áuras humanas.

tuante”, que posee contenidos y modos de comportamiento que no necesitan de la experiencia, porque son innatos y universales. Idénticos a sí mismos en todos los individuos y que constituyen fundamentos anímicos de naturaleza suprapersonales que existen en toda esencia humana¹⁵.

Por todo esto, pienso en mi experiencia con el chamán. A él le debe de haber pasado algo conmigo, debe haber visto algo diferente en mí, pienso yo. El sentido exacerbado de su poder sensible fue, sin duda, lo que le permitió intuir mi necesidad de respuestas. Estoy seguro de que eso se transmitió, sino no me hubiera prestado atención.

—¿Cómo fue esa experiencia chamánica?

—Hice muchos viajes por América, como un caminante más, la descubrí. Descubrí, entonces, la razón de mi vida. Fue una incorporación de colores, paisajes, musicalidad. Conocí la mística, los seres humanos y la creatividad de quienes la habitan. Fui consciente de lo que es el indigenismo en su estado puro. Ese indigenismo cuya organización social se fue matando, fue siendo consumido, reducido por las sociedades modernas.

Luego de las masacres de la conquista de los siglos

¹⁵ Arquetipos e inconsciente colectivo. C.G. Jung. Ed. Paidós.

XV y XVI, la revolución industrial, surgida a partir de 1750, obliga al hombre, con su política de la división del trabajo, a pasar de una visión universal de su existencia a constreñirse a otra, más acotada, más repetitiva y alienante. Ese individuo que se especializaba en un oficio, que ponía la mirada y la atención en la familia y sus necesidades básicas, comenzó a recibir los “beneficios” de la modernidad. Dichos beneficios son el confort que otorgan las comunicaciones, los transportes, la luz eléctrica, pero fueron ellos mismos los que lo apartaron, inexorablemente, de lo que era el contacto tribal y la naturaleza.

Un gran autor portugués, José Saramago, Premio Nobel de Literatura en el año 1998, noveló en su obra *La Caverna*, la historia de una pequeña alfarería, absorbida por un centro comercial gigantesco. Es el ejemplo de un mundo en rápido proceso de extinción y de otro que crece y se multiplica como en un juego de espejos donde no parece haber límites. Esta *Caverna* habla de un modo de vivir que va siendo menos el nuestro. Como todos los días se extinguen especies animales y vegetales, cómo todos los días hay profesiones que se tornan inútiles, e idiomas que dejan de tener personas que los hablen, tradiciones que pierden sentido, sentimientos que se convierten en sus contrarios. El consumo que nos consume y esa vorágine hiperbólica era el consumo, el agotamiento de la madre tierra.

En esos viajes, entonces, que hice en soledad, en los que me daba el tiempo suficiente para hacer uso de la contemplación y no sacar fotografías, sino dibujar y escribir poesía, logré la notable diferencia entre el viajero y el turista.

Esa soledad que elegí para compartir el silencio de los demás, me nutrió de mis propios silencios. Silencio interior que fue la música que me llevó a descubrir el olor salvaje aún de la naturaleza. Salvaje y sua-

ve, sin embargo. Me metí en los caminos de América, pero no en sus autopistas, porque nunca tomé éstas, sino que busqué las sendas, los caminos secundarios para poder estar más en contacto con los seres y con la tierra. Así, huí de las grandes ciudades y descubrí ese “otro mundo”, más real, más ancestral y puro.

Recorrí, entre otros lugares, Yucatán, Guatemala, Belice donde palpé la civilización maya o lo que queda de ella. Guatemala fue la cuna de la gran concentración maya; el hombre, arbitrariamente, puso las fronteras y destruyó el concepto de su geografía. Transformó los caminos blancos de esta civilización en caminos negros de asfalto.

Pude ver cómo los conquistadores, que a sí mismos se denominaron “colonizadores”, destruyeron los templos de los aborígenes, es decir, de los dueños de la tierra, y con la misma piedra construyeron sobre los primeros sus propios templos para imponer el nuevo Dios.

Un ejemplo de ello es la figura de un misionero español, de la orden franciscana, Fray Diego de Landa, que fue obispo de la arquidiócesis de Yucatán entre los años 1572 y 1579. Él hizo quemar los códices mayas por atribuirles caracteres diabólicos. Es el encargado de “educar” a los indígenas y alejarlos de una religión que tenía los sacrificios humanos como base de sus ritos.

En mi libro “Rastros de México”, Cuadernos de viaje, donde sumo mis dibujos y poemas que condensan una de las experiencias más ricas que he vivido, le dedico uno de aquellos trazos que lo muestra como me lo imaginé entonces, deformándose desde una condición de hombre hasta una de reptil. Plasmé en letra mi sentimiento:



La última urna. 260x120x120cm.
Arte con desechos plásticos
“Salón Nacional 1996” Palais de Glace.
Edgardo N. Rodríguez.



*Nadie resista
Nadie se oponga
divinas palabras
es orden
fanatismo
ceguera
descerebrar las piedras
quemar
ciencias
figuras
signos
memorias*

*Fuego y acero
tormentas de sangre
humo
cosiendo labios
Fuego y acero
divinas palabras
Diego de Landa
fraile
clava otro verbo
ciega memorias
candados de fuego
tormentos*

*Diego de Landa
antorchas sus ojos
ojos de reptil
sangre de agua
pegado a tierra
su nombre reptando
sobre cenizas
de palabras
que mató el fuego
clavo el acero*

De esta manera pude exteriorizar la injusticia.
A su vez, noté la alegría que conservan estos pueblos, a pesar de las contingencias y de las masacres. Me di cuenta de que quería estar muy cerca de ellos. En Quintana Roo¹⁶, estado adonde había arribado, fui a Tulum, a un cenote, y me puse en contacto con caciques mayas, para que me permitieran ser partícipe, y conocer algunas de sus costumbres.
—¿Qué es un cenote?

¹⁶ Quintana Roo es uno de los 31 estados que, junto con el Distrito Federal, conforman las 32 entidades federativas de México. Está situado al este de la península de Yucatán, en la frontera con Centroamérica.



El grán Cenote (Tulum - México)

—Un cenote es una dolina inundada de origen kárstico (eso dice la explicación geológica), que se encuentra en algunas cavernas profundas, como consecuencia de haberse derrumbado un lecho de una o varias cuevas. Entonces, contienen agua subterránea que se intercomunica y, es seguro que es por ello, que la civilización maya ha podido subsistir, ya que toda la península de Yucatán es una zona sumamente árida.

—¿Sabías lo que ibas a encontrar?

—Yo iba buscando. No tenía un pensamiento previo. Quería el contacto con lo simple, no el confort de un hotel, sino que buscaba sentir las noches mayas,

el tiempo maya, es decir, pasar del tiempo cronometrado del reloj al tiempo que propone la naturaleza.

Entonces, fue acercarme a un grupo y apersonarme a su chamán para pedirle permiso de participar en alguna de sus ceremonias.

—¿Con quién ibas?

—Fui solo, completamente solo. Lo único que sentía como parte de la civilización era el ruido del motor del auto. Pernoctaba a veces en él y luego seguía. De esta manera, pude tomar escala de ese paisaje, del verdor de la naturaleza, de sus sepias también, y probé las comidas típicas que tenían un sabor no sólo a caldero, sino que era un gusto telúrico, difícil

de transmitir, porque se sentía en el cuerpo. Daba la sensación de que entraba el aire junto con la comida. Era un viento de libertad en armonía que ingería con dicho alimento.

—¿Te permitieron participar?

—Sí, estuve viviendo con ellos en el cenote Xel-HA. Ahí me di cuenta de lo que significaba, el valor que tenía ese refugio. Era su lugar sagrado. El manantial que les proporcionaba una fuente de vida. Les ofrecían sacrificios a los dioses del cenote para que no se consumiera, para que dicha fuente no se secara. Allí comprendí la comunicación de ese manto acuifero debajo de toda la civilización, esa napa nutritiva que los alimentó y sostuvo. Es decir, como ellos estaban relacionados a la fuente de agua y como debían cuidarlo por ser un elemento vital para su continuidad. Pero al mismo tiempo, toda esta experiencia me unió a una cosa que me pasaba desde chico, que para mí las cosas estaban animadas. Yo podía hablar con una planta, con un animal o con seres que suponía que existían, que es lo que hacen comúnmente todos los niños. La obra teatral que uno hace con el amigo fantasma, con la música que escucha y sobrevuela sus oídos. Esto de hablar “solo” que ocurre a esa edad, lo que, en realidad, es la falta de condicionamiento cultural impuesto, y el proceso fantasmioso, simple y natural del juego, hacen que el niño pueda tener contacto con el mundo invisible, en estado latente.

Los chamanes tienen eso: un mundo invisible en estado latente.

Me habilitaron a estar con ellos. Me hice amigo. Me aceptaron como tal. Yo llevaba un libro maya, su Biblia, el Popol Vuh, un volumen muy interesante que había comprado como fuente de información. Donde por medio de narraciones se condensa toda la sabiduría universal que los sostiene en los valores de la Tierra. Es la compilación de su historia, la letra que

les explica el pasado y el presente. La formación y el origen común de todos los pueblos.

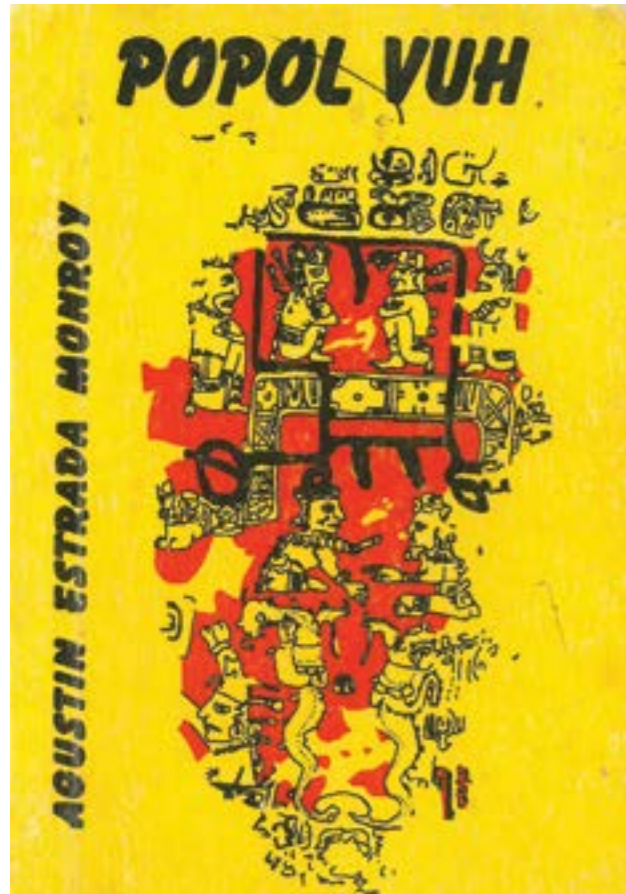
Esto, que reza la contratapa, nos explica su valor con mayor detalle: “Con lenguaje sencillo y claro expresa un canto cosmogónico de gran belleza literaria, que supera a muchísimos relatos de las antiguas civilizaciones. Presenta valiosos datos mitológicos, históricos, botánicos y zoológicos prehispánicos. Analizado en su esencia, sus misteriosas narraciones alcanzan profundidades poco habituales descubriéndonos la maravillosa filosofía de los mayas.

La *Biblia maya*, conocida como Popol Vuh, se pintó originalmente en un Códice indígena. Fue trascrita al idioma quiché en 1554 y su original se encuentra guardado en una caja cerrada por 64 candados cuyas llaves poseen 64 jefes indígenas. Fue traducida al español en 1701, por Fray Francisco Ximénez y la versión que presentamos es el resultado de la moderna interpretación que los sacerdotes quichés (indígenas guatemaltecos poseedores de la tradición oral maya y del texto original Popol Vuh) y Agustín Estrada Monroy quienes han dado al esotérico texto, una actualización lingüística que permite su mejor comprensión.

Esta obra nos lleva al eterno dilema humano del “ser más” o “tener más” y “si los que tienen alguna responsabilidad social cumplieran con los mandatos mayas, muy distinta sería la historia de la Humanidad”

El Popol Vuh cifra la verdadera dignidad del hombre en ser incorruptible a las riquezas, al poder y al sexo”.

Le obsequié este libro al chamán, en nuestro primer encuentro. Y eso lo puso en empatía conmigo, pero me dijo que esa noche no nos podíamos reunir ya que tenían un encuentro muy importante con los líderes de otros cenotes, y que venía un delegado



Portada libro "Popol Vuh"

del Subcomandante Marcos, del Estado de Chiapas. Estaban en tratativas para reconquistar algo de su identidad, que se pudieran hacer las ceremonias en el lenguaje maya y que se reivindicara, de alguna manera, su cultura, para que se respetara su tradición. Esto se debía a que las autoridades blancas, los "huincas", es decir, los cristianos, no se lo permitían.



Asamblea de la serie Chamanes. 150x200cm. (Técnica Mixta). Edgardo N. Rodríguez (Año 2012).

Me ofrecieron unas arepas¹⁷ y un guiso para que comiera. Y me quedé esperando y observando sus costumbres, mientras leía un segundo ejemplar del Popol Vuh, que guardé celosamente para mí.

En forma de versículos, semejante a las sagradas

¹⁷ Plato hecho de masa de maíz molido o harina de maíz precocida popular en la gastronomía de Centroamérica.

escrituras descubrían mis ojos, entre otras cosas, como habían sido "afrentados, destruidos, aniquilados todos los hombres y las mujeres de este pueblo", pero yo los veía a ellos, sus descendientes, vivos, activos y erguidos en su dignidad.

Al día siguiente, entonces, fui recién participe de sus ritos, de sus costumbres.

Mariano Mason Kan era el nombre de este cacique maya. Compartí algunos de sus rituales. Me transmitieron la importancia de la mujer, la madre, la "machi", la esposa del cacique.

Ambos tenían un hijo, Gabriel Mason Chulin, quien había estudiado para guía turístico, y me transmitieron que había elegido esa carrera para predicar con ella el punto de vista maya. O sea que él sería la voz autóctona que explicaría la necesidad de no contaminar, de la protección puntual y medida de la naturaleza. Del cuidado de las cosas sagradas, la tierra y sus productos, lo que de ella se obtiene. El porqué de su cuidado. Con Gabriel y su tarea continuarían su tradición.

Conecté, fácilmente, este concepto con el de los demás pueblos de América Latina que conocí, los guaraníes, los aztecas o los kunas en Panamá. También en ellos surge la idea del tótem, que simboliza el animal, la planta o el dios a quien le piden disculpas por usar de la naturaleza, de la madre tierra, de ese animal o de aquella planta que no les pertenece.

Pude ver la diferencia de esta civilización en cuanto a organización tribal. Dentro del cenote conviven varias familias muy cercanamente, pero no tienen un concepto urbano, por así decirlo, sino que cada uno posee su choza y el cacique está dentro de ellas.

Comprendí su cultura, con base en la oralidad, donde lo importante era "la antigua palabra o palabra de los ancestros". Donde lo fundamental era transmitir la cosmovisión de su mundo. Estas culturas indígenas

de México permanecen vivas, además y fundamentalmente, por el soporte del idioma, el uso ritual de la lengua, su resistencia cultural.

Ya más conectado a ellos, me convidaron a hacer ayuno, y me ofrecieron una "ayahuasca"¹⁸, que hacen con vegetales que desconozco, pero que constituían un líquido fuerte. Lo hice con un control muy severo de ellos, en la noche, y entré en trance. Vomité, pero de inmediato sentí un estado de levedad. No existía dentro de mi cuerpo. Mi respiración se hizo placentera y me sentí con una liviandad generalizada. Comencé a ver ciertos fenómenos extraños, como una sensación interplanetaria, como si me trasladara a otro lugar. Sospechosamente, había imágenes sobrehumanas de energía. Yo me imaginé que era la energía de los espíritus. Tal vez, aquellos mismos que se movían en las sesiones de la Sociedad Luz del Porvenir.

Estaba sentado bajo una cúpula de hojas de palma. Era como un iglú circular cubierto con esas enormes hojas, en cuyo interior se colocan piedras calientes con hierbas aromáticas, a las que se les arroja agua para que se forme el vapor. Allí se concentra el calor que provoca que las personas se bañen en ese temazcal. Se debe entrar gateando porque se prepara previamente como para que dicho calor se concentre y, una vez adentro los participantes, el guía o temazcalero vierte el agua para comenzar a sudar.

El efecto de la ayahuasca es terapéutico, tanto física como emocionalmente. También hay algo semejante a la rememoración de los tejidos en el estado embrionario, a ese estado en el que estábamos en el vientre materno. Es una práctica muy antigua, que sobrevive gracias a la tradición de las distintas comunidades autóctonas. Se ha sofisticado un poco,

¹⁸ Se conoce como ayahuasca a diversas bebidas enteogénicas resultantes de las decocciones de múltiples plantas.



eso sí, dado a que su aplicación, hoy, se practica en toritos de cemento o barro, pequeños por lo general, sólo para dos personas; aunque se hacen también en lugares de mayor tamaño, para los grupos que buscan experiencias espirituales.

Investigando luego, supe que es una decocción de la liana Banisteriopsis caapi, cuya propiedad es “inhibidora de la monoamino oxidasa”. Tal es el concepto científico.

En quechua, Ayahuasca significa “soga de muerto”, por su etimología “aya” que significa muerto, difunto, y “wasca”, sogas, cuerda. Es la sogas que permite que el espíritu salga del cuerpo sin que éste muera.

—¿Trabaste amistad con el chamán?

—No es precisamente “amistad” la palabra, puesto que nuestro intercambio, que fue amable y gentil de ambos lados y una experiencia productiva también, fue breve. A Mariano Mason Kan le escribí un poema como homenaje y por la admiración que me despertó, por el respeto a su piel, que tiene la nobleza de la madera. Esa piel que recibió el sol de tantas generaciones y posee la tensión y la tersura del árbol. Sus modales suaves, su hablar lento y tranquilo porque no tiene la premura de explicar las cosas, ya que las cosas ya están explicadas. A ese hombre le demostré con este poema mi admiración:

Hermano
Golpean duro
duro
duro
duele
no poder bañarnos
cenotes nuestros
no poder plantar
tierras nuestras
no poder ceremoniar

templos nuestros
no poder, no poder
el mar de ellos
golpea duro
duro
Hermano
motores, acero, humo
ciegan templos
ciegan palapas
tumban y tumban
arrancan memoria
arrancan nuestros ojos lejanos
cortan el sol en pedazos
tierra en pedazos
mar en pedazos
Hermano golpean duro
Duro
todo pedazos
duele
caminos negros
contaminan
con negro de muerte
camino blanco con estrellas
camina la noche descalza
camino blanco maya
Hermano golpean
golpean
duro
pero los dioses están
duro
duro
no visitan duermen
en cenotes
Tláloc viene
duro
duro
resucitamos todos los días

cada vez más duros
más duros,
ellos pasan
nuestro pasado está en el sol
Hermano
duro con ellos

—Evidentemente este tema te inspira, te motiva, promueve tu creatividad. A través de tus ojos y de tus palabras cobran vida tus sufrimientos y tus reclamos.

—Es que toda manifestación que aprendí a ver, me fue enriqueciendo, me fue transformando. Y esto fue central en mi vida. Todo lo que acontece con la energía, la del cuerpo y la de la mente, como el Kybalión dice, se unen al Todo que es el Universo. El: “como es arriba, es abajo y como es abajo es arriba”, es algo verdadero. Lo siento. Somos parte. Pertenece. Los chamanes dicen que a la Pachamama.

Las experiencias espiritistas me enseñaron el sentido de la continuidad. Adhiero fervientemente a la teoría de la reencarnación.

Desde muy pequeño fui marcado por las creencias de mi familia e indagué, estudié, leí y leo mucho sobre esto. ¿Y qué es esto? La energía que soy y en la energía que me convertiré.

Con todo este bagaje, asistí hace unos años, al Centro de Energía y Terapia Corporal, del Dr. Hugo Ardiles, que es médico fisiatra y homeópata, además de psicoterapeuta gestáltico y terapeuta en vidas pasadas. Según él, en sus vidas anteriores, estuvo en el Tíbet, aprendiendo de maestros elevados.

Motivado por sus charlas, me interesé en el buceo de mi interioridad para buscar quién fui en otras etapas de mi vida. Confirmamos el día y la hora del encuentro, para lo que debía ir liviano, preparado espiritualmente y en ayunas. Me hizo acostar en una



Dr. Hugo Ardiles, creador del Sistema de Centros de Energía.

camilla, en su consultorio, fue bajando la luz despacio, hasta que ésta se hizo muy tenue y empecé a escuchar una música muy suave, que parecía oriental tibetana, tal vez, de cuencos (no sé mucho de música).

Me dejé llevar por los sonidos y por su inducción

que me hacía sentir más y más liviano cada vez. Sentía en los oídos las pulsaciones del corazón. Debía pensar en un punto blanco y fluir en las imágenes que vinieran a mí.

—¿Estás bien?, ¿estás bien? —pronunciaba a cada rato.

Empecé a pensar en una flor de camalote, pero violeta.

—Seguila, veamos adónde va —me dijo.

Y comencé a verla desplazarse como por un río. Un río que me ingresó a un espacio-tiempo que no podía reconocer. Era un lugar blanco de inmensa luminosidad. Aparecieron personajes en simultáneo, y una lágrima, una lágrima espesa, casi sólida. Una lágrima materializada, como si fuera de gelatina. No era llanto. No era pena. Me sentía consciente y despierto y me sorprendía ver lo que podía observar con los ojos cerrados.

Comencé a no sentir mis extremidades y me vi en el desierto, junto a un montón de seres. Pude identificarme entre ellos. Era una de esas personas extrañas que caminaban trabajando en la construcción de un templo. Un picapedrero. Un esclavo egipcio, calvo, de piel morena, yo diría que casi cobrizo, con el atuendo exacto que hemos visto en los libros, el torso desnudo y la toga desde la cintura. Calzaba una especie de sandalias de cuero y un lienzo cubriendo la cabeza. El hombre hizo señas con la mano derecha; señas que intuía eran para mí.

Me detuve en el personaje para ver qué sentía y me di cuenta de que era yo quien sentía. Y era un sentimiento de amor hacia la Reina. Nunca permitido contarle. Nunca mencionar aquello que era inalcanzable. Fue todo tan rápido, sin embargo. De pronto, el accidente. Una roca sobre mí. Y ahí, desdoblado, observaba por un lado y, por el otro, sentía. Un golpe seco me tumbó. Un calor intenso. Un ahogo. La

angustia del fin sobre el lodo del Nilo. Yo sintiendo y yo viéndolo todo al mismo tiempo. Con la desesperación de un final y la alegría de haber servido a mi Reina.

—Seguí, seguí, que estás para más —decía la voz del Dr. Ardiles, cuando amagué a volver en mí.

Y entré de nuevo en el río y la figura del camalote. Ahora era un desierto. Un desierto más árido aún. Sin cercanía de agua. Un desierto vacío y blanco. Aparecí, entonces, como un anciano vestido de violeta. Con una barba blanca. Vivía en una carpa muy elegante y estaba rodeado de mujeres que me asistían. Veía alfombras con arabescos. Sentado entre almohadones, daba instrucciones a dos esclavos con lanzas, de pie junto a la entrada del habitáculo. Más allá, otras carpas más pequeñas. Por la puerta, se veía cómo se transformaba el color exterior, de rojo intenso a noche cerrada. Adentro, la iluminación de calderos a grasa. Afuera, la intensidad del firmamento lleno de estrellas de magnitudes espectaculares.

Era un jeque, un nómada. Carpas otra vez. Como mis abuelos, ¿Sería ésa la ley de la afinidad?

Cuando, años más tarde, conocí Egipto o cuando fui a Marruecos, y comprendí la vida de los sultanes o de bereberes (viajes sin intención de relacionarlos con esta experiencia), supe que había estado allí. Elegí estos dos lugares, en tiempos en que se incrementaba mi búsqueda inquieta de respuestas, esas vivencias que necesitaba en soledad para seguir ahondando en mí mismo, para ser el constructor de mi propio “viaje del héroe”.

—Por hoy está bien —dijo el doctor—. Por esta vez, con dos vidas es suficiente.

Me levanté de la camilla transpirado, con una sensación semejante a la de haber concluido una trabajosa travesía, pero convencido de que era real.

—¿Cuánto habrá de fantasía e imaginación en esa



Altar de la Virgen de Luján

experiencia? O coincides en la teoría que dice que si uno lo imagina, es.

—Te debo responder puntualmente con lo que pienso. Considero que todo lo que uno pueda imaginar y le sirva para explicarse aquello que no tenga otra explicación de carácter científico o racional, aquello que nos hace sentirnos confiados, es válido. Es esa cuestión de Fe que no se explica en la religión. Nadie que está imbuido de ella lo cuestiona. Cree y listo.

—Se nota el poder de la mente en esas técnicas. Tiempos en que la estructura psíquica debe transmutar. Debe despojarse de la materialidad. Para ello hay que acudir a todos los mecanismos necesarios para llegar a los planos espirituales. No importa cuáles sean. Aún la religión, tenga el nombre que tenga, sirve. La palabra clave, dicen, es “despertar”. Despertar a la espiritualidad.

—Es así. Lo he sentido durante toda la vida. En mi caso, también hubo una base católica. Nuestra familia era creyente. Nuestras abuelas lo eran. Eran rezos y costumbres rayanos con el paganismo, muchas veces. Pero Dios, la Virgen y los ángeles estaban presentes.

Fui bautizado en la Basílica de Luján. Mis padrinos fueron nuestra tía Juana y nuestro tío Chito. Todavía conservo el Acta de Bautismo. Y por eso, tal vez, he sido devoto de la Virgen de Luján. La he visto como mi protectora. Con esa energía que emanan los santos me siento también identificado. He depositado mi pensamiento, mi ruego en ellos; me dan energía positiva. Y siento que es un ida y vuelta. De hecho, desde muy chico, cuando iba a 9 de Julio o a Asamblea y el tren paraba en Luján, no era muy consciente del porqué, pero sentía alegría.

Más adelante, cuando estudiaba, le rezaba a esa Virgencita del manto celeste, nuestra patrona, para que me ayude en los exámenes. Tanto es verdad, que res-



Recuerdo de mi Bautismo en la Basílica Nacional de "Nuestra Señora de Luján".

cato el resultado que me dio en Estabilidad I, en la Facultad, cátedra de "Zapallito" Abenburg, un profesor a quienes todos temían. Ese "colador" que hay en todas las carreras. Los estudiantes entraban y salían bochados. Con suerte, aparecía uno con una cara de alivio y un cuatro en la libreta. Yo entré luego de convocarla, como quien entra al sacrificio, con un: "Qué sea lo que Dios y la Virgen quieran". Me saqué un diez, uno de los pocos que el nombrado docente puso en su carrera y me invitaron a que me sume a la cátedra, como ayudante, luego de felicitarme. Era tan árida la materia que no acepté y, un tiempo después, me incorporé para la ayudantía, en otra disciplina.

Entonces, como había hecho esa promesa, en aquella oportunidad, tomé la "Lujanera", y me quedé a dormir una noche en un hotel de Luján. Un hotel de la Recova, que ya cerró. Y fue una experiencia extraordinaria, ya que me tocó un día con su noche, cargado de neblina. Bruma en la plaza. En el atrio. Bruma que envolvía la ciudad, mientras las campanas de la Basílica no paraban de sonar. El entorno acrecentó la mística y di rienda suelta a mis rezos, a mis solicitudes y agradecimientos.

—¿Sos agradecido, cumples tus promesas?

—Es parte de ese ida y vuelta que yo digo, en donde se mueve la energía. Todo en la vida es un "bumerang". Así me muevo en todos mis actos. Jamás he dejado de cumplir lo que prometo. De esta manera sé, que si necesito de nuevo pedir algo, volveré a ser oído.

Otra cosa que viene a mis recuerdos es el personaje de Haydeé.

Nuestro tío Blas, siempre presente en momentos claves de mi vida (creo haberlo remarcado ya), aparece con la sugerencia de que consulte a esta señora, especialista en trabajos energéticos.

—¿Por qué no vas a ver a Haydeé? —me dijo tío

Blas, cuando le mencioné que no tenía trabajo y notó mi bajón anímico.

—¿Quién es Haydeé? —le pregunté, intrigado.

—Una mujer que te va a ayudar mucho —afirmó.

Y cuando él afirmaba, lo hacía seguro y su seguridad yo la recibía positivamente, como la solución que buscaba. Confié siempre en tío Blas.

Fui a ver a esta señora. Delante de la puerta de su casa, pensé que todo saldría bien, pero me interrogaba a mí mismo de qué se trataría. Había una escalera empinada que subí y que me llevó a una sala de espera y a un sillón en el que me senté, mientras la esperaba. Sentí que ese sillón me cobijaba, que abría sus brazos y me sostenía. Tuve una sensación de alivio. Tal vez ya me estaba conectando con la energía de ella. Iba recomendado por mi tío.

En unos quince o veinte minutos, salió una mujer morena, robusta, rellena sin ser obesa. Saludablemente rellena. Fumaba un habano. Parecía centroamericana. Ella era Haydeé. Pero no era de Centroamérica, sino del norte argentino, como más tarde supe.

Me hizo sentar delante de ella y vi sobre la mesa extendido un papel de diario. Yo tenía que llevar yerba y polenta, según me había advertido tío Blas.

—¿Trajiste la yerba? —preguntó.

—Sí —le contesté.

Y le di el paquete y el de polenta, que estaban cerrados. Ella los abrió y los desparramó sobre el papel de diario. Tomó restos de habanos que ella había fumado y desmenuzó los pitillos sobre la mezcla anterior. Luego, comenzó a tomarme de las manos y las depositó sobre ese menjunje.

—Concéntrate en lo que vas a pedir —me dijo.

Y sin que yo diga nada, en voz alta, continuó:

—Yo acá veo mucho trabajo futuro.

—Justamente vengo por eso —le comenté—. Y también por un amor... —me atreví a completar.

—Ese amor no se te va a dar hasta muy entrada la vida —acotó.

Y empezó a describir a una mujer con las características de Lily. Una mujer rubia, alta, descendiente de países “raros”, dijo. Y Lily desciende de ucranianos.

Pero lo que más me llamó la atención es que me dijo que veía mucha agua.

—¿Qué clase de agua? —le pregunté.

—Agua de la Naturaleza.

—¿Pantanos? ¿Lagunas? ¿Ríos? —insistí.

—No. Lo veo azul. Es mar.

—Llevá todo este paquete —me dijo, mientras tiraba unas bocanadas de humo antes de cerrarlo.

Y agregó:

—Dividís esto en tres partes. Cada mañana, durante tres días, diluís la preparación en vino y vinagre, y durante tres noches, sucesivas, te lo pasas por el cuerpo, antes de bañarte. Después, te das una ducha.

Era invierno, por lo tanto, no fue nada agradable, ya que hacía frío. Pero lo hice, tal cual como ella me lo indicara. Pasé la prueba. Y, a los cuatro días exactos, me llamó un capitán de la Armada Argentina, para decirme que había un proyecto para mí. Olvidé contar que cuando Haydeé me dijo que venía mucho trabajo, mencionó también, muchos papeles y muchos abogados. Complicaciones.

El Capitán Cosentino, capitán de navío retirado, me estaba llamando para confiarme un proyecto muy importante con una empresa pesquera coreana, que venía a radicar sus capitales en Argentina, y a realizar una obra de gran magnitud en Puerto Madryn.

—¿Puerto Madryn?! —me dije.

Agua. Mar. Azul. Proyecto. No lo podía creer.

—¿Y lo de los papeles?

—Claro, yo pensaba que los papeles correspondían a los planos, los proyectos se bosquejan en pliegos...

Pero, no. Los coreanos no me quisieron pagar los honorarios y todo terminó en un juicio que llegó a la Corte Suprema y que, afortunada y mercedamente, gané. De ahí, que Haydeé haya sido otro hito en mi vida. ¿Cómo no creer, entonces, en la energía? ¿Se entiende?

—Perfectamente. ¿La volviste a ver?

—Sí. Pero el encuentro más extraordinario fue aquel. Quedamos amigos. La recomendé a varias personas. Todos tenemos problemas. Luego, se fue a vivir a Mar del Plata.

Pero tengo otro personaje que quiero nombrar. Alguien muy importante también para mí, Manuel. Manuel es otro de esos seres de luz que se me han cruzado en la vida. Vive en Belgrano R. Es una especie de laico que ayuda a los curas en la misa. Tiene la potestad de darte los sacramentos, habiéndote previamente confesado, sin ser sacerdote. Puede imponer las manos, tiene permiso del obispo. Es un diácono.

Lo fui a ver, porque yo me sentía algo enfermo del estómago y porque soy hipocondríaco, como me infundió nuestra madre, sin querer perjudicarme, desde luego. Íbamos a viajar con Lily y no quería estar mal en la pequeña vacación que teníamos por delante.

—No tenés nada —me dijo, luego de un rato de escucharme— Andá tranquilo. Viajá. Movete sin problemas. Pero es importante que te confieses, porque veo que hace mucho que no lo hacés.

Había ido con Lily a su consulta, y nos regaló a ambos una serie de palabras, de consejos y de bendiciones, y nos hizo una serie de cruces en la frente.

Viajamos hacia el norte de la provincia de Buenos Aires. Llegamos a San Nicolás. Fuimos a ver a la Virgen y sentí un deseo enorme por confesarme. Estaba motivado, desde luego. Descubrí a un párroco joven en el confesionario abierto y me acerqué a él. Lily se quedó en los asientos reclinatorios.



Virgen de San Nicolás.



Oratorio Gauchito Gil (Mercedes Pcia. de Corrientes).

—Buen día, padre —le dije.

—¿Cómo está? Tome asiento —me saludó.

—Mire, padre, necesito confesarme.

—Muy bien, ¿cuánto hace que no se confiesa? —fue su primera pregunta.

—Creo que desde que fui jefe de los scouts, en el año 1982. Está de más decir que tengo todos los pecados, menos matar y robar —expresé con una especie de sonrisa.

Me preguntó a qué me dedicaba.

—Bueno, si te dedicás al arte, debes de tener una gran alma —me dijo.

Continuó escuchándome atentamente, mientras le relataba la separación de Marta y mi posterior viudez. Mis hijos, mis trabajos e ideales, en breve síntesis.

—¿Podré con mi penitencia? —concluí.

—Tenés que consagrarte a la Virgen —terminó, después de regalarme un conjunto de palabras dulces y tranquilizadoras. Me sentí bien. Cuando fui hacia Lily, descubro que ella estaba junto a otra señora, con-

sagrada al rezo completo de un rosario. Me ubiqué detrás de ellas y las seguí con la oración. Al terminar, tuve la sensación de que mi alma se había purificado. Entonces, seguimos camino.

En el auto, ambos en silencio, compartimos la sorpresa por la casualidad de lo que había sucedido. De como habíamos salido de Buenos Aires con la consigna de una salida espiritual y de cómo dicha consigna se iba cumpliendo sin saber muy bien por qué, y era consagradoria. Y estábamos hermanados en esto, conjugando nuestros espíritus.

Seguimos hasta Corrientes, a los bastiones del Gauchito Gil. Llegamos al oratorio y lo primero que me sorprendió, además de todos los altares levantados en las rutas por los camioneros, esos seres solitarios que tienen como destino el punto del horizonte, son los colores. El rojo punzó en su santuario como en todos los pequeños santuarios a la vera de los caminos. Mucho colorido y mucho chamamé.

Estaba sorprendido por la devoción de la gente.

Por la cantidad de velas rojas como ofrenda al santo. El Gauchito Gil ya trascendió Corrientes. Y esos colores rojos que lo identifican contrastan con el verde de la naturaleza. Toda esa gente humilde, como también vi en Luján y en San Nicolás entregándose en oración de Fe. La gente, que con total unción e inocencia absoluta, se inclinaba ante esas imágenes y prendían las velas que llevaban una intensión, un rezo. Cada ser que se inclina ante su santo elevado, se entrega con total devoción, a la “magia” del milagro, que les devolverá el trabajo, la salud, el amor.

Todos tienen/tenemos algo que pedir y mucho, mucho que agradecer.

Las “malas lenguas” dicen que era un ladrón. Pero, en realidad, fue un gauchito que se rebeló ante la matanza de los indios. Porque no era un asesino, prefirió ser desertor. Y a los desertores se los perseguía para que no cunda el ejemplo. La forma de matarlos era como decidía el oficial a cargo. Lo fusilaban o lo degollaban, y entregaban la cabeza al mandatario responsable.

Llaman “Gauchito Gil” a Antonio Mamerto Gil Núñez, quien entre, aproximadamente, 1849 y 1880, un 8 de enero, en medio de constantes luchas entre liberales celestes y autonomistas colorados, oriundo de Pai Ubre, hoy Mercedes, Corrientes, fue acusado por el Sargento Salazar de desertión y cobardía. El pueblo, movilizadísimo, logró que el Coronel Velázquez envíe una nota para su libertad al mencionado Salazar. Pero ya el Gauchito había sido llevado a los Tribunales de Mercedes.

El oficial intentó ejecutarlo. Lo ató a un árbol y trató de fusilarlo, pero las balas no penetraban, porque el Gauchito llevaba entre sus ropas un amuleto de San La Muerte, otro santo muy respetado del noreste del país. Entonces, el sargento ordenó colgarlo cabeza para abajo y lo degolló.

A punto de ser ejecutado, el Gauchito le dijo a su verdugo:

—Vos me vas a matar, pero cuando llegues a tu casa, vas a ver a tu hija muy enferma. Reza por mí, que yo te voy a ayudar para salvarla.

Efectivamente, cuando arriba a su hogar, el hombre encuentra a su hija en estado desesperante. Le reza al Gauchito y su hija se salva. Ahí se da cuenta del tremendo asesinato que había cometido y vuelve al lugar para darle una cristiana sepultura. A partir de allí comienza a fomentar su devoción. Que es una devoción extraña y contagiosa, que se fue haciendo más y más popular, hasta ahora, hasta la actualidad. Las rutas del litoral son testigos.

Yo iba, en aquella oportunidad, con una sombra en un ojo. Algo que tenía desde unos cuatro años atrás, aproximadamente, y que el oculista había diagnosticado como operable. Operar para quitar la mancha, aunque no era seguro que se repitiera.

Programada la operación, nos fuimos de viaje con Lily a la provincia de Corrientes, a la localidad de Mercedes.

Entramos en el santuario. Las velas rojas, como una puesta en escena, se consumían como quemando la sangre. Yo ofrecí la mía y es sorprendente cómo se diferencia la energía de la roja con la de otros colores. La energía de la de color punzó parece un halo lumínico atmosférico. Enorme. Llena la vista toda esa luz. Me incliné a rezar y, al levantarme, me encontré llorando del ojo con problemas, una lágrima espesa, casi sólida, gelatinosa, como aquella que había emitido en la hipnosis y el traslado hacia las vidas pasadas, con el Dr. Ardiles.

—Lily —le dije— estoy llorando de este ojo. Pero es una lágrima muy rara.

Me sequé y, después de la despedida al santo, ya en el auto, descubrí que la mancha “a operar” no estaba



Nuestra Señora de la Concepción Aparecida.
Patrona de Brasil.



San Expedito

más. Nada, ningún signo de haberla tenido nunca.

—No tengo más la mancha —le comenté a mi mujer.

Nos miramos los dos, más sorprendidos que antes. Comencé a darme cuenta lo que era la gracia.

En casa, en familia, fue el comentario necesario con mis hijos. No podía no transmitir mi experiencia. Así animé a Dago y a su esposa, quienes no podían tener hijos a rezarle al Gauchito. Hicieron efectivo

el ruego, la unción, la promesa. Nació mi nieta. Entonces, fueron a Corrientes, y le llevaron una placa. Desde entonces, como si hiciera falta aún otra y otra promesa. Como si uno no terminara de convencerse de que la energía es real y existe y ayuda y acompaña. Desde entonces, llevo el anillo del Gauchito Gil y está en mi santuario, en el mío propio, el que tengo en mi casa, como protección y compañía.



Altar Energético en el interior de mi taller comedor, a espaldas de mi silla.

Una vez por año hacemos el camino del Gauchito, a veces sin pedir, sólo para agradecerle. Es nuestro camino anual de credos. Virgen de San Nicolás, Gauchito Gil, Virgen de la Aparecida, que es una Virgen negra, en Guayana, Brasil. Y una vez por mes me invoco a la Virgen de Luján y a San Expedito. En Buenos Aires voy al oratorio que los creyentes levantaron en Plaza Los Andes, Chacarita.

¿Qué significa esto para mí? Significa saber que quizás, como una idea chamánica, pedir algo sobrenatural, hace que mis deseos y mis necesidades sean concedidas, porque la gracia me contiene. Y la gra-

cia viene de esos espíritus de otras dimensiones que están rondando y si rondan es porque nos protegen.

De esta manera, me siento acompañado ante tanta desolación, ante tanta impotencia. Ante lo que nos rodea, que es a veces, muy cruel y nos agobia. Por esta gracia es que agradezco. Permanentemente. Es lo mínimo que debo hacer. Vivo un poco con los pies en la tierra, y un mucho con la cabeza en mis creencias y, claro, en el arte, que encuentro es el producto, la extensión de mí mismo. Y será el legado. Así, encuentro que todo esto me da motivación. Que dicha motivación es la energía que me acompañará

también en los momentos finales, ya que es así como estaremos en la instancia final: solos. Solos o acompañados con todos estos seres espirituales que nos han venido ayudando tanto.

—*Me sorprende la Fe de los otros. Es maravilloso sentir la intensidad de lo espiritual como centro de una vida. Lograr elevar el espíritu al mundo sutil. ¿Qué es eso de tu "santuario"?*

—Empezó siendo un santuario a nuestra madre. Un lugar de homenaje. Nuestra madre era un ser de luz. Al que todo el mundo admiraba. Que rebozaba de alegría plena, en el cuerpo y en el ama. Tenía la pureza de estar conectada con los espíritus puros, los espíritus guías, que podían ser las almitas de sus padres, de sus seres queridos. Espíritus blancos y buenos.

Mamá era una persona de plegaria diaria. De rezo permanente. En el geriátrico donde estaba, rezaba por todos. Y lo hacía de manera cotidiana como si fuera el alimento de su espíritu, así como comemos para la materia.

Las enfermeras me decían que ella daba paz a todos. A tal punto, que se colgaba los rosarios y los collares de sus compañeros, que iban muriendo antes. De los que se le adelantaban.

Entonces, yo, en su homenaje, heredé dichos colgantes sagrados y les di un lugar especial de mi casa, el que se transformó en el punto más energético de mi hogar. Es un altar que construí con esa parte abundante de nuestra madre y con todos aquellos símbolos que voy recogiendo y que me van completando la Fe a lo largo de mi vida. Está San Jorge, combatiendo al demonio y es un regalo de un artesano del estado de Guerrero, México, al que le compré unas máscaras muy bonitas. Me lo regaló porque le demostré mi admiración por su trabajo.

—Llévatelo, llévatelo, niño —me dijo.

Forma parte del santuario, junto con Los Suplicantes, las estampitas y las estampas, el Gachito Gil y el Buda, la imagen de la Virgen y San Expedito. En suma, es toda la energía condensada a mis espaldas, porque me siento en una silla exclusiva a mi mesa, de espaldas rigurosas a ese espacio de bendición acumulada. Por eso, me siento protegido. Y me siento acompañado. Aunque viva solo, jamás lo estoy.

Como rutina, pero ya transformado en hábito, todos los días, invoco a los seres que me precedieron. Seres elevados que me acompañaron en la vida y ya pasaron a otra dimensión. Mis seres queridos. Familiares, conocidos y amigos. Como hacía nuestra abuela Maximina cuando me llevaba con ella al recorrido por el cementerio de 9 de Julio. No olvido a los médicos del agua. E invoco a ese Dios supratemporal, supraterrrenal, iluminado. A todos esos santos los llamo y los reúno. Hago un sincretismo importante en mi plegaria diaria. Y en él demuestro en lo que creo, en suma, en la energía. Ésa es mi más profunda Fe.

Una cosmovisión panteísta, el universo entero y la naturaleza y Dios son uno mismo y formo parte de ello.

Mi materia quedará aquí, soy propiedad de la madre tierra y mi aura, o energía, o alma será universo.

Rendí homenaje con Solange Guez a la Madre Tierra en un calendario que le es propio, que no recuerda guerras, banderas, himnos, próceres que no le corresponden, transformé mi figura doce veces, mes por mes, en honor a los chamanes e indígenas y recordando los días que le pertenecen en nuestra casa universal.

“Vivir es llegar, morir es volver”.

Me imagino un futuro donde generosamente todo se recicla en nuevas formas de vida, donde los seres sean más energía que materia.

Anunnaki

En cada imagen donde se reclina o se hacen ce-



"Los Anunaki" hibernan hace miles de años en la Tierra.

remonias, o celebraciones que concentra la energía de la oración, contemplación, música, danza, en forma individual o colectiva, nos es devuelta finalmente

como explica Carlo Rovelli en su libro "Siete breves lecciones de Física": "Los mitos se nutren de la ciencia y la ciencia se nutre de los mitos".



Los Suplicantes. Escultura de barro cocinada en horno de leña. (0.80x0.50x0.20cm.)
Artistas de Areguá (Paraguay).



Totem hecho con sobrantes de hierro soldados.
2.20x0.70x0.30cm.
Edgardo N. Rodriguez (Año 1999).



Anunnaki. Hecho con desechos de botellas de plástico
Técnica mixta 2.40x0.60x0.40cm.
Edgardo N. Rodriguez (Año 2015).



CHAMÁN CUIDADOR DE LAS AVES

ENE2017

LUN.	MAR.	MIÉ.	JUE.	VIE.	SÁB.	DOM.
01	02	03	04	05	06	07
08	09 <small> Día Mundial de las Aves</small>	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22 <small> Día Mundial de la Libertad</small>	23	24	25	26 <small> Día Mundial de la Educación Ambiental</small>	27	28
29	30	31				



Chamán Cuidador de las Aves

CHAMÁN GENERADOR DE ENERGIA

FEB2017

LUN.	MAR.	MIÉ.	JUE.	VIE.	SÁB.	DOM.
		01 Dia Mundial de los Humedales	02	03	04	05
06	07	08	09	10	11	12
13 Dia Mundial de la Energía	14	15	16	17	18	19
20 Dia Mundial de la Justicia Social	21	22	23	24	25	26
27	28					



Chamán Generador de Energia

CHAMÁN DEL AGUA

MAR2017

LUN.	MAR.	MIÉ.	JUE.	VIE.	SÁB.	DOM.
		01	02	03	04	05
06	07	08	09	10	11	12
13 <small>13 Día Mundial de la Acción contra las Represas</small>	14	15	16	17	18	19
20 <small>20 Día Internacional de los Bosques</small>	21 <small>21 Día Mundial del Agua</small>	22	23	24	25	26
27	28	29	30	31		



Chamán del Agua

CHAMÁN DE LA TIERRA

ABR2017

LUN.	MAR.	MIÉ.	JUE.	VIE.	SAB.	DOM.
					01	02
03	04	05	06	07	08	09
10	11	12	13	14	15	16
17	18 <small>Día de la Convivencia en la Diversidad Cultural</small>	19	20	21	22 <small>Día de la Tierra</small>	23
24	25	26	27	28 <small>Día del Animal</small>	29	30



Chamán de la Tierra

CHAMÁN DEL RECICLAJE

MAY 2017

LUN.	MAR.	MIÉ.	JUE.	VIE.	SÁB.	DOM.
01	02	03	04	05	06	07
08	09	10	11	12	13	14
15	16 <small>Día Mundial del Reciclaje</small>	17	18	19	20	21
22 <small>Día Internacional de la Diversidad Biológica</small>	23	24	25	26	27	28
29	30	31				



Chamán del Reciclaje

CHAMÁN DEL AMBIENTE

JUN 2017

LUN.	MAR.	MIÉ.	JUE.	VIE.	SÁB.	DOM.
			01	02	03	04
05 <small>Día Mundial del Ambiente</small>	06	07	08 <small>Día Mundial de los Océanos</small>	09	10	11
12	13	14	15	16 <small>Día Mundial de la Lucha Contra la Sequía y Desertificación</small>	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30		



Chamán del Ambiente

CHAMÁN DEL SUELO

JUL 2017

LUN.	MAR.	MIÉ.	JUE.	VIE.	SÁB.	DOM.
					01	02
03	04	05	06	07	08	09
<small>Día Internacional sin Bolsas de Plástico</small>			<small>Día del Conservador del Suelo</small>	<small>Día de la Acción Ambiental por la Cuenca M. Ruchalte</small>		
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24	25	26	27	28	29	30
31						



Chamán del Suelo

CHAMÁN DE LA PACHAMAMA

AGO 2017

LUN.	MAR.	MIÉ.	JUE.	VIE.	SÁB.	DOM.
	01 Día de la Pachamama	02	03	04	05	06
07	08 Día Internacional de los Pueblos Indígenas	09	10	11	12	13
14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27
28 Día Mundial del Abol	29	30	31			

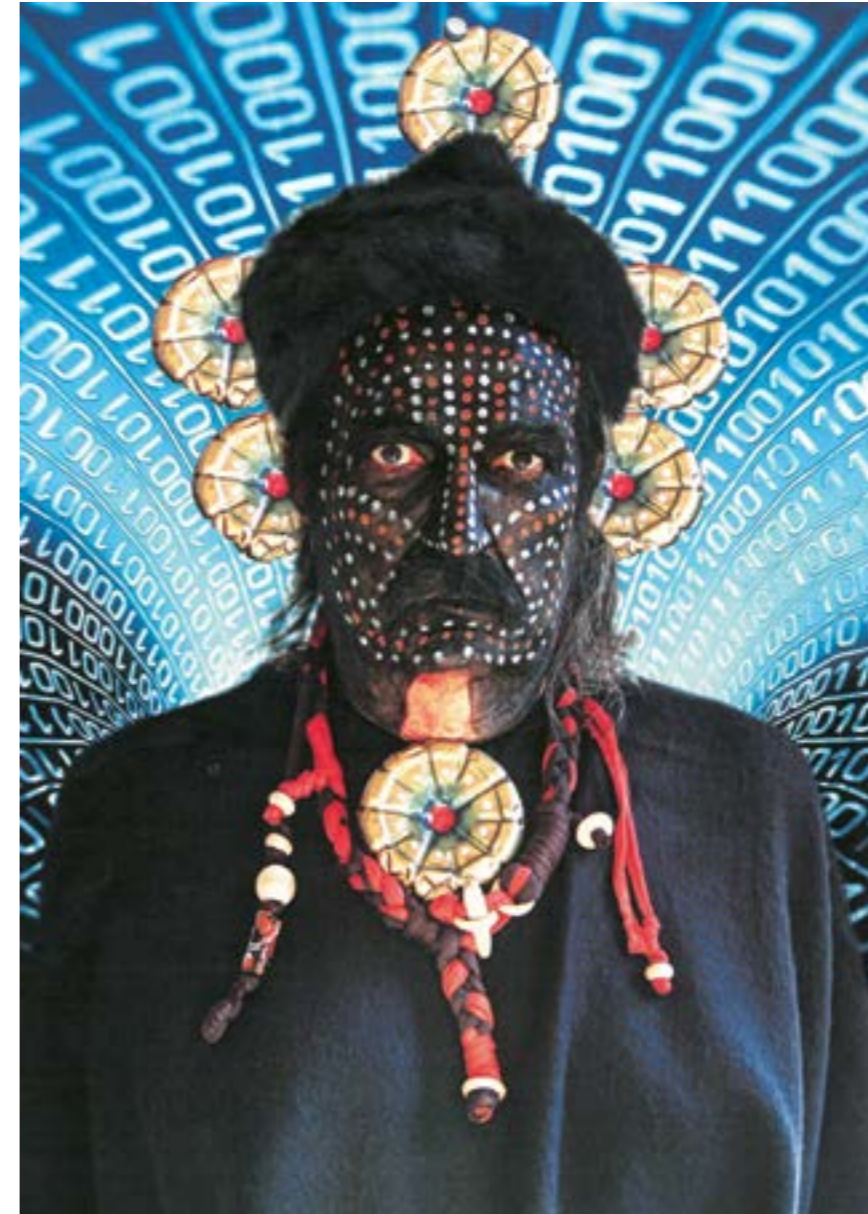


Chamán de la Pachamama

CHAMÁN PROTECTOR DE LA CAPA DE OZONO

SEPT2017

LUN.	MAR.	MIE.	JUE.	VIE.	SÁB.	DOM.
				01	02	03
04	05	06	07	08	09	10
11	12	13	14	15	16	17
				Día de la Protección de la Capa de Ozono		
18	19	20	21	22	23	24
			Día Mundial Sin Auto			
25	26	27	28	29	30	
	Día Nacional de la Conciencia Ambiental					



Chamán Protector de la Capa de Ozono

CHAMÁN REDUCTOR DE LOS DESASTRES NATURALES

OCT2017

LUN.	MAR.	MIÉ.	JUE.	VIE.	SÁB.	DOM.
						01
02	03	04	05	06	07	08
09	10	11	12	13	14	15
			<small> Día Internacional de la Reducción de los Desastres Naturales </small>		<small> Día de la Acción sobre el Consumo Responsable </small>	
16	17	18	19	20	21	22
	<small> Día Mundial de la Protección de la Naturaleza </small>					
23	24	25	26	27	28	29
30	31					



Chamán Reductor de los Desastres Naturales

CHAMÁN PRESERVADOR DEL AIRE PURO

NOV2017

LUN.	MAR.	MIÉ.	JUE.	VIE.	SÁB.	DOM.
		01 Día Mundial de la Ecología	02	03 Día Mundial del Hábitat	04	05
06 Día de los Parques Nacionales	07	08	09	10	11	12
13	14	15	16	17	18 Día Mundial del Aire Puro	19
20	21	22	23	24	25	26
27	28	29	30			



Chamán Preservador del Aire Puro

CHAMÁN DE LOS DERECHOS DEL ANIMAL

DIC2017

LUN.	MAR.	MIÉ.	JUE.	VIE.	SÁB.	DOM.
				01	02	03
04	05	06	07	08	09	10 <small>Día Internacional de los Derechos del Animal</small>
11 <small>Día Internacional de las Montañas</small>	12	13	14	15	16	17
18	19	20	21	22	23	24
25	26	27	28	29	30	31



Chamán de los Derechos del Animal



Rosita. Pertenece a la serie "Mujeres Oníricas" - ENR.



Juana de Arco Izq. Rosa Park Der. Pertenece a la serie "Mujeres Oníricas" - ENR.



Madonna Izq. Gabriela Mistral Der. Pertenece a la serie "Mujeres Oníricas" - ENR.



Malala Izq. Mata Hari Der. Pertenece a la serie "Mujeres Oníricas" - ENR.



Frida Izq. Edith Piaf Der. Pertenece a la serie "Mujeres Oníricas" - ENR.



LAS INICIACIONES

VILLA ESPAÑA

Recuerdo que unos amigos de mi padre, portugueses, dos hermanos fornidos y bronceados por el sol, que tenían una compañía de mudanzas, nos invitaron a comer un domingo en un lugar donde tenían una casa, que se llamaba Villa España. Hasta ese momento, mis padres no conocían la localidad, y ahí fuimos en un día soleado, viajando hasta Constitución, de allí en el ferrocarril Roca hasta Berazategui, y luego, en un trencito que iba desde Berazategui hasta Ranelagh, y que pasaba por esa estación intermedia llamada Villa España, ahí bajamos.

Ese fue el día que conocimos aquel pequeño pueblo que quedaba camino a La Plata, que para llegar había que desviarse hacia la derecha, por un tramo muy corto. Me impresionó la frescura del lugar, la vegetación y, como era un precioso día de primavera, no había barro que entorpeciera nuestra visita. Los dos hermanos, José, portero como mi papá, y Juan, quien manejaba los camiones de la empresa de mudanzas, nos recibieron muy amablemente. Nos agasajaron con una comida típica portuguesa, con vegetales de cosecha propia. Era una zona de quintas, grandes, espaciosas y con muchos árboles de paraíso y eucaliptos. Las casas eran de quinteros, algunas importantes en tamaño, pero lo más llamativo eran



Tranvía 38 .



Los primeros trenes de Argentina.



Diagrama de la línea Gral. Roca de Buenos Aires.

los terrenos con sus huertas exultantes de cultivos.

Recorrimos los surcos de lechuga, acelga, plántines recién plantados de almácigos de tomates, morrones y berenjenas. Todo dibujado sobre la tierra en forma prolija, laboriosa, libre de yuyos; descansamos bajo el frescor de los árboles frutales en flor. Yo me sentía ausente, lejos de la conversación de los mayores de la cual los niños no participaban.

En un momento, mi padre, con afecto entrañable puso su mano sobre mi cabeza y me dijo: “Vamos que hay un remate de terrenos camino a la estación.

Partimos los tres acompañados por uno de los hermanos portugueses, ellos nos habían invitado a tener un pedazo de tierra ahí, en Villa España.

Aquel día, mi padre, tal vez guiado por el instinto de las carpas donde vivió tanto tiempo, se sentó debajo de otra, que pertenecía a un loteo donde venía haciendo de rematador Pedro L. Niseggi, que ofrecía unas tierras muy buenas, mejores aún de las que te-

nían sus amigos portugueses. Recuerdo que el piso de estas tiendas era de césped y las sillas, de metal. Mientras yo observaba el entorno, mi padre ofertaba algo que en principio no entendí, pero cuando salimos de allí, vi que llevaba una libreta correspondiente a un lote. Había comprado un pedazo de tierra. Estábamos, de esta manera, comenzando a ser dueños de algo concreto. Era el inicio del sedentarismo, y la despedida de todo ese nomadismo que había sido gran parte de su vida.

Mi madre tenía los ojos llorosos, lágrimas de alegría.

En ese tiempo yo tendría unos doce años y mi padre, cuarenta y dos. Fue para ellos algo muy trascendente, sus caras lo demostraban. Era el comienzo de algo nuevo. De poder asentarse. La posibilidad de un lugar propio. La primera búsqueda para echar raíces. Toda esa movilidad permanente que vivieron en su vida debe de haber sido un estigma, porque cuando fue llamado al servicio militar, lo convocó la



Primeros loteos antiguos.

Marina, siguió siendo un trotamundos también por mar, como lo había sido por tierra. Igual mi madre, que había vivido de estación en estación, ya que mi abuelo Nuncio, como capataz de vía y obra del Ferrocarril Belgrano, le tocaba distintos destinos provisorios, por lo que ellos también eran trashumantes.

Allí se inicia una etapa importante en nuestras vidas. Por demás interesante para mí, porque acompañé a mis padres desde el comienzo. Fue la concreción de ese afán por tener un lugar en el mundo, aquella primera casa, la propiedad privada, que comenzaría a crecer desde la base que representaba un pedazo de tierra negra, donde se elevarían las paredes, y serían construidas con “tracción a sangre”, como lo hicieron todos nuestros antepasados.



Estación Villa España (Berazategui). Vías de llegada, el horizonte limpio lejano.

Recuerdo el primer sábado que fuimos para aquel objetivo. Nos levantamos muy temprano, tomamos el tren y llegamos a Villa España con las herramientas para poner el cerco. Tuvimos que regresar al día siguiente, ya que no teníamos lugar dónde quedarnos a pernoctar. Después de ese fin de semana, trabajoso y cansador, el límite de nuestro terreno había quedado concluido. Ése fue el primer paso.

Como no teníamos auto, tomábamos el tranvía 38 hasta Constitución, después el tren a Berazategui y, desde allí, un trencito con dos vagones, hasta Villa España. Una vez en la estación, caminábamos ocho o nueve cuadras más hasta el terreno.

Algo que nunca olvidaré es la vianda que nos preparaba mi madre, ya que ella no venía con nosotros los sábados. Tenía que quedarse en la portería. Los buñuelos de acelga o la tortilla de papas eran los alimentos más frecuentes, para que no tuviéramos que cocinarlos; era sólo abrir la bolsa y degustar. Luego, descansar un rato y retomar el trabajo.

Mamá siempre estaba atenta a que no faltara nada. Muy temprano llegaba ella, los domingos, a pesar de que venía desde Belgrano, y comenzaba a prepararnos los sándwiches de salame con un vaso de vino, que yo, a hurtadillas, me permitía probar en pequeños sorbos. Más cerca del mediodía, cocinaba el famoso guiso de porotos con patas o cuero de chanchos, chorizos y morcillas como una fabada, sobre todo, en invierno.

Los asados al mediodía también eran frecuentes. A veces, yo cuidaba la carne, con las indicaciones de mi padre que me enseñaba los secretos para que no se arrebate o se pase. No había una parrilla verdadera, sino que era un pedazo de entretejido sostenido con cuatro ladrillos sobre una chapa donde se colocaba el carbón. Se sumaba la verdura de la quinta con su sabor delicioso y fresco.

La jornada concluía a las cinco de la tarde, rigurosamente. Tratábamos de aprovechar el tiempo al máximo, pero calculábamos la hora de tomar los trenes para llegar en tiempo y forma a la portería. Llevábamos los paquetes, las verduras, con calor, con el sol a nuestras espaldas, en invierno, con frío o con lluvia.

La construcción habrá durado unos tres años, porque eran monedas tras monedas que había que juntar. Fue mucho tiempo, es cierto; pero esto me enseñó que todo lo que hace el hombre es energía, y que esta energía siempre parte de la naturaleza y del cosmos. Que ella es el principio de todo y se recicla permanentemente.

Fuimos poniéndonos hitos, como cuando pusimos la bomba manual de agua. Ése fue uno de los primeros. O cuando concluimos el cuartito que constituyó nuestro primer obrador, fue pura felicidad máxima, ahora podíamos quedarnos a dormir y nos ahorrábamos dos viajes.

Ese vivac fue hecho con ladrillos que mandó Pozzoni, un corralón de Berazategui. Venía el camión y los dejaba en la vereda, yo los iba entrando de a dos o de a tres y así comenzamos a levantar el habitáculo que tenía 3 x 3 metros cuadrados. Los asentábamos con barro hechos en pastones de ese material. Una puerta elemental y un techo de chapas acanaladas muy baratas de cartón embreado lo cerraron completamente. A unos diez metros de la pieza llamada “ranchito” estaba la letrina donde jugueteaban las moscas y yo me entretenía tratando de matarlas.

Muchas veces, nos instalábamos los viernes a la tardecita o sino los sábados por la mañana, para volvernos el domingo a última hora, rendidos, pero contentos.

Así comencé a tomar contacto con la construcción. Con estos primeros materiales y con el proyecto original de la casa, que fue un dibujo que hicimos con

mi padre el día que volvimos de comprar el lote de Niseggi.

Después de los primeros pasos como el cerco y la bomba de agua, siguió, más adelante, un piletón.

Mi padre Rafael fue mi primer maestro en el arte de construir. En un pozo en la tierra me enseñó a apagar la cal de Córdoba, con una azada con agujeros iba dando vuelta esa masa blanca nieve que despedía calor por su reacción química. Me entretenía viendo los burbujones que se hacían y despedían con un fuerte olor, eran como cráteres blancos.

Luego de apagada me enseñó a hacer los famosos pastones, mezclando esa cal aérea (como se llamaba) fabricada por mí, con arena y cemento, con la misma azada que sus agujeros dejaban dos chorizos a su paso, una pala ancha cargaba los baldes con esa mezcla, sabía que iba a unir, hermanar, a los ladrillos para ir construyendo lo que sería nuestra primera casa.

Fui un peón de albañil con doce años y fue un gran aprendizaje para mí. Inolvidable por la labor e inolvidable por la cercanía con mi padre y por sentir que le estaba siendo útil.

En invierno había que levantarse y manipular, isin guantes!, los ladrillos a mano, que estaban bendecidos por esa escarcha blanca de la mañana que sentía crujir bajo mis pies. Pisar y quebrar ese rocío congelado me hacía sentir omnipotente y fuerte. Y, a pesar del frío o, a veces, la llovizna, yo no podía permitirme ni descansar ni quejarme, mucho menos, porque de este sacrificio, de este trabajo saldría nuestra casa. ¡Eran nuestros ladrillos! Rafael me enseñó a clasificarlos, los bayos de color amarillento anaranjado eran frágiles, los rojos elegantes con sonido preciso eran los buenos y los violetas medios retorcidos eran los del centro de la hornalla del horno con sonido metálico, no lograban absorber el agua de la mezcla, no se pegaban, no servían. Y mi padre nunca se quejaba.

—Cubrite los ojos —me decía cuando yo arrojaba agua para apagar la cal— ¡Cuidado que quema!

Éramos un buen equipo.

No lo hacíamos todo solos, iban mis tíos, iba Villareal, un hombre pequeño, borrachín, pero el que sabía y nunca le erró al nivel ni a la plomada, el marido de María Ángeles, la hermana de mi abuela, que era albañil, y a veces, contrataban a algún peón.

Después, cuando mi tío Juan y Chola, hermanos de mi padre, siguieron su ejemplo y comenzaron a construir su casa en Villa España, mi padre iba a ayudarla, en retribución, y porque era una característica de la familia esto de la solidaridad, de la colaboración entre hermanos y también con los vecinos.

El trabajo era muy duro pero tenía mis entretenimientos, momentos de diversión, como dedicarme a la quinta, algo que me encantaba. Después de hacer de peón me transformaba en quintero porque además de lo que fuera albañilería y construcción, detrás, crecían los productos de la tierra.

Ver el terreno pelado, puntear la tierra virgen, plantar los primeros árboles, disfrutar su acogedora sombra que iba copando los espacios. Los árboles frutales con sus ramas coloridas de estrellas perfumadas acariciando su preñez.

Mi padre me enseñó a hacer los primeros injertos de yema, ver como crecía el brote de esa cruz de frutas, durazno con ciruela. Ver dibujar geométricamente los surcos.

El suspiro de los surcos esperando el riego, el suspiro de los árboles mirando el cielo esperando la lluvia.

Para mi plantar era crear naturaleza. Poner los brotes del almacigo, crearles individualidad, haberlos elegido y verlos crecer semana tras semana hasta hacerse planta para luego cosechar sus frutos. Me impresionaban los tomates, lo grande que algunos de ellos eran, curvaban las ramas que los sostenían,



Iglesia de Berazategui (Antes).



Iglesia de Berazategui en la actualidad.



Iglesia del pueblo, frente a los terrenos

Iglesia frente a loteos donde mis padres compraron el terreno para dejar en nomadismo.

yo les ponía un palo para ayudar a las pobres plantas que parecían madres raquíticas.

Recolectaba choclos, zapallitos, chaucha japonesa, con los que mi madre hacía unos revueltos memorables.

Al atardecer me tocaba regar. Veo los surcos secos, sedientos de agua. Bombeaba a mano y salía fresca de la boca al bajar cada palanca manualmente. Llenaba un piletón en el verano, mojaba mis muñecas, mi cara y tomaba un sabroso sorbo de agua para luego dejarla correr por los surcos, como gratificación.

Siento un aroma fresco mientras la tierra negra recuperaba su color profundo.

Lo desagradable era combatir las terribles hormigas. Me entretenía viendo su comunitaria laboriosidad y me costaba destruir su casa, sus hormigueros a los que le echaba agua con kerosene o gasoil.

Aprendí mucho en Villa España.

En la semana la casa quedaba sola, pero estaba cercada, al lado, teníamos unos vecinos muy amables, Don José y Doña Ángela, unos italianos inmigrantes, que a su vez, tenían la suya y un montón de chicos, quienes nos cuidaban la casa. Nunca voy a olvidar las pizzas de Doña Ángela, una de las cosas más ricas que he comido. Eran otras épocas, nadie nos robaba.

—Ricardo, ven acuí, ven acuí —y me daba unas porciones de pizza calentita, cocinada en el horno de barro. Solamente con tomate, como la comen en Italia.

Con el tiempo, en el predio fueron creciendo los árboles: durazneros, ciruelos, mandarinos y la quinta era un vergel de colores y aromas. Yo bombeaba el agua que caía a un recipiente y, después, abría una compuertita para que la acequia llevara el riego a las plantas. Y controlaba que circulara bien, era casi una obra de ingeniería hidráulica. Ver después la acelga

fresca, los plantines de tomates, las berenjenas, los morrones, los almácigos, cómo crecían, y combatir con sal cuando había isocas, babosas o caracoles; en definitiva, ver cómo crecía la vida en nuestra tierra, cómo actuaba la naturaleza, era ser partícipe de una gran sensación.

También jugaba, claro que sí, con Nicola y Antonio, los hijos de los vecinos, que eran más o menos mi edad, con los que iba a los potreros que había en esa manzana, a jugar a la pelota, que era de trapo, porque no teníamos plata para comprarnos una de verdad. Me acuerdo de que, cuando la juntamos, y accedimos a una verdadera, de goma, hicimos un equipo con camisetas y todo; aunque a mí difícilmente me dejaran jugar porque yo no sabía, y me ponían como aguatero o, en el mejor de los casos, en el arco. A veces, íbamos a pescar ranas a los arroyitos, bichos que devolvíamos a la zanja porque nos daba pena llevarlos para que los cocinen.

Ver crecer la casa propia es algo inolvidable. Ser partícipe de dicho crecimiento. Cuando, en los veranos, iba a 9 de Julio, le enviaba cartas a mi madre, semanalmente, preguntándole cómo seguía la construcción y cuando volvía, ese primer fin de semana iba a Villa España sin falta, para evaluar las diferencias de la última vez que la había visto.

Me daba cuenta del valor de todo. Del valor de la vida y de las cosas materiales. Aprendí de mis padres en este período fundamental que todo servía, era cuestión de buscar. Sólo había que estar atento.

Entre semana, papá me llevaba a pasear, a recorrer los terrenos baldíos de Buenos Aires donde encontrábamos maderas, palos de escoba, que desarmábamos para sostener los tomates, clavos de los cajones, hierros, alambres, ladrillos, porque mucho de lo que a otro no le servía, a nosotros sí. Un ladrillo es poco, pero cuando sumamos la gran cantidad de re-

zagos a los que nosotros les dábamos un nuevo valor, resultaba ser de una gran ayuda. Llevábamos los materiales que encontrábamos, a la casa, los viernes de tardecita, con la ilusión de economizar, y volvíamos a la portería, los domingos, con las verduras de nuestra huerta.

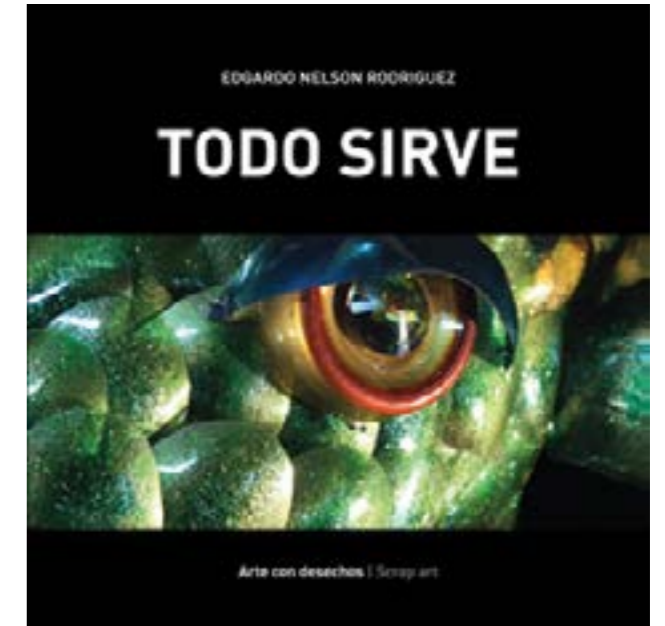
Muchos años más adelante, hice un libro que resume parte de lo que hago. Detalla en fotos y en palabras, la obra que me propuse realizar basada en los desechos, en eso que la gente tira, y que yo trato de convertir en arte. Lo dediqué a mi papá, de esta manera: “Gracias, padre, por llevarme a pasear por los baldíos de Belgrano”. El libro se llama “Todo Sirve”, y lo presenté en septiembre de 2013, en el Centro Cultural Recoleta.

De aquel momento de los inicios de mi adolescencia, recuerdo las etapas de evolución de la casa de Villa España, de como el espacio fue recibiéndonos, protegiéndonos y poniéndose en simbiosis con nosotros. Y como nosotros nos fuimos adueñando de cada uno de sus rincones.

Nunca llegamos a vivir allí, porque cuando la casa estuvo terminada, yo estaba por comenzar a estudiar. Entonces les surgió la duda: ¿viajamos o no viajamos? ¿Qué hacemos? Había que elegir, nuevamente. Finalmente decidimos alquilarla a un italiano que trabajaba de changarín en el puerto. Con gran esfuerzo trajo a su familia de seis personas desde Italia. Esta plata se ahorra, éramos rentistas; quién lo hubiese imaginado.

Mis padres decidieron seguir en la portería, porque por sobre todas las cosas pensaban en mi futuro; pero ya no era lo mismo, porque sabíamos que teníamos nuestro lugar. Ese lugar en el mundo que todos ansiamos. Teníamos nuestra casa construida.

Le tengo un profundo cariño a Villa España, porque allí nació el germen de mi futuro. Aquello que



Portada del libro "Todo Sirve".



Presentación del libro "Todo Sirve". Centro Cultural Recoleta.

abracé para el resto de mi vida. Se podría haber dado que odiara los ladrillos, pero los amé. En aquel proceso constructivo del que participé, por fortuna activamente, nació esta vocación, la decisión indeclinable por mi carrera, al darme cuenta que era la arquitectura.

A partir de entonces, adherí con fervor, a los pensamientos de los grandes, que escribieron sus particularidades y definieron esta profesión:

- *“La esencia de una obra de arquitectura es un vínculo orgánico entre el concepto y la forma. Las piezas no pueden sustraerse o añadirse sin trastocar propiedades fundamentales. La idea organizadora es un hilo oculto que conecta las partes dispares con una intención exacta. Desde esta posición, los fenómenos experimentales son el material para una clase de razonamiento que une el concepto y la sensación”*. Steven Holl

- *“Creo que todo es sensibilidad. Uno se expresa dentro de un campo limitado, por el terreno, por la forma,*



Estación de Tren (Villa España). Antes.

por la eficacia de una construcción. Uno deja también su historia personal en la obra”. Oscar Niemeyer

- *“Mi arquitectura es como un organismo vivo, es biológica”*. Le Corbusier

- *“Todo gran arquitecto es necesariamente un gran poeta. Debe ser un buen intérprete de su tiempo, sus días, su época”*. Frank Lloyd Wright

- *“La arquitectura tiene que ser un objeto de nuestra memoria. Cuando evocamos, cuando conjuramos la memoria para hacerla más clara, apilamos asociaciones de la misma manera que apilamos ladrillos para construir un edificio. La memoria es una forma de arquitectura”*. Louise Bourgeois

De todas, me quedo con esta última frase, porque es la sensación que tengo cuando cuento, recuerdo y “edifico” estas páginas.



Estación de Tren (Villa España). En la actualidad.

LOS PRIMEROS BAILES

Ya he contado lo mucho que significó 9 de Julio en mi vida. Cuanto de familia incorporé en ese pueblo del interior de la provincia. Numerosas experiencias entre tíos duchos en las tareas de sobrevivencia en el campo, tías amorosas y abuelos queridos. Ya hice referencia a mi niñez, pero no he narrado aún la adolescencia. No recuerdo haber tenido sentimientos y conductas fuera de lo habitual al transitar por ella. Fue el inicio de aventuras y aprendizajes.

Comencé a ir a los bailes de 9 de Julio en la edad de las incertidumbres. La vacilación para algunas cosas en aquel período era, sin embargo, una actitud de audacia para las otras. Me gustaba bailar, una buena manera de relacionarse con mis pares. Era lo que quería hacer en aquellos largos veranos bucólicos.

Yo era un muchacho muy mirado por las señoritas del lugar, quizá porque se notaba que era forastero, y esto llamaba la atención, o porque tenía una tonada diferente a la de los lugareños que no podía disimu-



Baile típico de 9 de Julio.

lar, y eso atraía. O, tal vez, porque venía de la Capital y todas querían conquistar a este “porteñito”. Además, me vestía impecable, con mi saco blanco, una corbata azul y roja, un pantalón azul marino y mis zapatos acharolados. Como iba caminando desde la quinta hasta los salones de baile, los metía en una bolsa para cambiármelos al salir de la calle de tierra, unas pocas cuadras antes de llegar. Me sacaba las alpargatas y me calzaba aquellos que brillaban bajo la luz de luna, dejando en el mismo envoltorio las zapatillas de todos los días, allí nomás, en la vereda o camuflada entre los suyos. ¡Quién se iba a llevar ese calzado viejo!

Tía Magdalena me planchaba con puntilliosidad la camisa blanca con almidón “Colman” y la raya del pantalón, tenía el filo de un cuchillo y completaba mi vestimenta un saco impecablemente blanco. Remataba mi esmerada presencia peinándome a la gomina. Supe siempre que a las chicas les gusta el hombre pulcramente vestido. Esta producción daba origen a las miradas sobre mi atuendo. Nadie imaginaba que yo venía de una quinta con calle de tierra y, mucho menos, de una carnicería.

Había dos lugares para bailar en 9 de Julio. Dos pistas que nucleaban a la mayoría de la juventud con la misma intención de divertirse. Una era la del Club Atlético Social, que estaba frente a la plaza, tenía varios salones, concurría la gente de más categoría del pueblo. Esa cierta “aristocracia” bien vestida y de mayor poder adquisitivo. En realidad, era una cómoda clase media. La segunda, adonde iba cuando terminaba el primer evento, era el Club Empleados de Comercio, al que llegaba pasadas las doce de la noche, cuando la fiesta allí estaba en su mejor momento. En dicho salón, se bailaba mitad con la orquesta típica y mitad moderno, para terminar con los famosos “lentos”, los esperados boleros que exigían el contacto cuerpo a cuerpo. Siem-



Publicidad de la época del almidón Colman.

pre bailaba. Es más, siempre terminaba en los arrabales con alguna chica. No era cuestión de desperdiciar.

Podía bailar jazz, que era un ritmo común en aquella época, aunque no era para mí desconocido el tango, medio “canyengue”, el que había aprendido con mis tíos Blas y Salvador en Buenos Aires. Pero también era un gran bailarín de rock and roll, ritmo nuevo, que recién aparecía en el horizonte, lo que me hacía “ganar” en todas las pistas. Estos conocimientos me permitían acceder a mujeres de cualquier edad, hasta mayor que la mía. Nunca tuve problemas en ese sentido. Además, siempre me supe relacionar



Mi saco Blanco.

con aquella gente “bien” del primer Club, o con la del más bajo fondo. Tampoco me importó jamás la condición social del otro, ni me sentí más que nadie.

Las mujeres que concurrían al Club Atlético Social de la plaza se vestían con vestidos de seda e impecables peinados armados de peluquería, así se usaban en esa época. Estaban allí, sentadas a la mesa con sus madres, alrededor de la pista. Tío Blas me había instruido en la técnica del cabeceo. Primero, una mirada furtiva, para establecer el código que me permitiría no “rebotar” cuando, finalmente, decidiera sacar a la chica. Era sólo invitar al centro de la pista a la dama a quien ya había encontrado dos o tres veces en el cruce de miradas, estás eran fundamentales. Aseguraban el éxito del encuentro, ya que un error en el cabeceo constituía un gran papelón rayano con el fracaso de la noche. Ése que significaba el rojo de las mejillas; pero lo peor de todo, era perder a la señorita en cuestión.

Las chicas del Club Atlético Social bailaban distantes. Ponían la mano sobre el hombro del caballero para establecer la distancia correcta. La distancia pura e impoluta que sostendría su virginidad hasta el matrimonio. Era necesario, ya que las madres oteaban al candidato desde su mesa en el borde de la pista. Eran el mayor control de la noche.

En el Club de los Empleados de Comercio, el nivel era diferente. Allí, todo era mucho más aventurero, más de arrabal. Eran concurrentes del ambiente, gente de otra edad, con otra vestimenta, mucho más informal. Incluso yo, quedaba un tanto descolocado, como un figurín blanco que se contraponía a los demás. No pasaba desapercibido.

Otra de las estrategias, también aleccionadoras de tío Blas, era no sacar para la primera pieza a la mujer que más me gustaba, aunque la mirara varias veces antes de llevar a cabo el acto; porque, de esta

manera el deseo crecía y podría fácilmente después “apoderarme de la víctima”.

—Mírala varias veces, a ésa que más te guste; pero no la saques de entrada. Constatá que te sigue con la mirada, que está con vos, pero sacá a otra. Para que después, se entregue a tus encantos —me decía tío Blas.

Claro que esto era un riesgo, porque a veces, por rencor o venganza, en la siguiente ocasión, la mujer no salía y, de esta manera, toda la maniobra se derrumbaba como un castillo de naipes, y me quedaba sin el pan y sin la torta.

Sin embargo, llegué a tener, en simultáneo, una novia en el Club Atlético y mis rebusques en el de los Empleados de Comercio.

Una de ellas, fue una señorita a la que, por pudor y prudencia, llamaré Patito. Era como un patito rubio, muy bonita, vestía cuando la vi por primera vez, un atuendo ajustado al cuerpo, lo que hacía muy insinuantes sus caderas. Bailaba muy bien el rock y nos convertimos en buenos compañeros, muchos nos miraban por la perfección que alcanzamos en los ágiles pasos de esa danza. Hora, hora y media después, comenzaba a bajar el ritmo loco de la música, que mutaba a un son suave y lentísimo, lo que incitaba al encuentro de dos, a los contactos de la piel del rostro y a aguzar los sentidos del olfato y del tacto por la proximidad. Respiración profunda. Cinestesia. Temperatura creciente. Estado de éxtasis. Esto provocaba la danza en los años adolescentes. El contacto de dos que, inevitablemente, preparaba el terreno para la situación que seguía.

—¿Qué tenés que hacer después de acá? —le preguntaba entonces yo, que ya sabía lo que era tener una relación íntima con una mujer.

Y la llevaba a su casa.

Esta relación siguió. Un día Patito dijo en su casa que se iba a dormir a lo de una amiga después del



Puente Negro. Lugar compartido con viejos amores.

baile. Yo no tenía dónde llevarla. Pero era verano. Cuando a las cuatro o cinco de la madrugada terminó la música, fuimos cerca de la estación, al Puente Negro, que era un pasaje debajo del Ferrocarril General Belgrano, en el que yo llegaba desde Asamblea. Ahí amanecimos los dos, con la sensación de mi parte, de ser la primera vez que me despertaba con una mujer.

Aquella ropa impecable de mi galanura se usó como sábana y se llevó, revolcada por el pasto y la tierra, el sabor de una noche de amor adolescente y profundo.

En mi casa, a la mañana, cuando notaron que mi cama no se había usado, comenzaron a preguntarse, con preocupación, dónde estaría. Yo obviamente no había avisado nada. Entonces, se me ocurrió ir primero a lo de mi tío Becho a quien le conté la verdad, con lo cual mi abuela (abuelo Félix ya había fallecido) se enteró de todo.

—¿El niño está bien? —le preguntó Maximina a Becho—. Pues, mira, yo no me doy por enterada. ¡No me doy por enterada!

Algún tiempo duró la historia de Patito. Un par de años mayor que yo, hasta que el padre se enteró de todo y pasó un mal momento, ya que quiso hacerme cargo de culpas ajenas, exigiéndome que formalizara el noviazgo. Esto provocó que tuviera que escabullirme algunas de las temporadas que siguieron. Finalmente, su nombre y su imagen se fueron diluyendo, en el tiempo, para mí.

La superó Mariel, otra habitante de 9 de Julio, una chica que establecía una distancia prudencial con sus pechos. Ampulosa y bien proporcionada, bailaba conmigo boleros y fox-trot. Yo quería aprender a manejar su anatomía, esa gran cantidad de mujer que se me acercaba, pero que no podía rozarla con la mejilla, porque ella lo evitaba. Hasta que decidimos conversar sobre la intimidad. Lo llevamos a la razón y coincidimos en actuar según nuestros impulsos. No reprimirnos. Pero al otro día, yo debía volver a Buenos Aires, y nada se pudo concretar. Al año siguiente, no la encontré. Se perdió el contacto. Todo quedó pendiente. Hasta que, misteriosamente, por esas cosas que tienen que ocurrir, apareció en una joyería, en Belgrano, donde yo trabajaba. Nos reconocimos. Y fuimos tremendamente amantes, en el cuartito durazno, que yo tenía en la azotea de la calle Cabildo 1563 (la portería), construido por mi padre.

Otras aventuras se sucedieron en 9 de Julio. Más cuidadas, porque eran niñas que pertenecían a familias que vivían en la misma cuadra de la carnicería. Con quienes, o andábamos en bicicleta o, a lo sumo, íbamos al cine. Eran novias diurnas. Las otras, las nocturnas, fueron siempre más pecaminosas y mucho más fugaces.

En aquellos clubes sociales de mis andanzas, también se hacían fiestas familiares como cumpleaños o algún casamiento. Se bailaba con las orquestas que venían al pueblo. Recuerdo la de José Basso,



Bailando con Rosita, mi madre.

por ejemplo. En esos encuentros en familia aprendí a bailar la ranchera y el pasodoble, preludeo para destacarme en el vals.

Debo recalcar, en este tren de confesiones, que la mejor compañera de baile para ranchera, pasodoble y vals, que he tenido en este tiempo fue mi madre que era una excelente danzarina y con quien nos llevábamos muy bien. Ella regaba con su humor y bue-

na disposición cada uno de aquellos encuentros.

Todas estas etapas de la vida como dice Gabo Gabriel García Márquez en su obra "La otra costilla del hombre": "Se hundió en una amable geografía, en un mundo fácil, ideal, en un mundo como diseñado por un niño, sin ecuaciones algebraicas, sin despedidas amorosas y sin fuerzas de gravedad".

Trepa desde mis espaldas la voz del niño que amanece cada día como puñados de garzas, ligeras, con sonrisas claras en el espejo de mi memoria, como agua clara cada vez más serena.

PRIMEROS AMORES

Siempre recuerdo a mi primer amor, como olvidarlo. Tenía alrededor de quince años. Yo venía de salir con una chica llamada Marta. Una chica judía, que cuando los padres de ella se enteraron que yo era católico, le exigieron que me dejara. Todo ocurrió en una fiesta para el Día de la Primavera, o sea que era el 21 de septiembre, también Día del Estudiante. Fue un encuentro que organizamos con la "barra de la calle Virrey Olaguer", amigos con quienes nos juntábamos sobre la Av. Cabildo, casi justo enfrente de la portería. Ese pícnic se realizó en la quinta del tío de uno de los chicos: Edgardo Del Pino. Habíamos ido en una "bañadera", como se llamaban entonces a los bus contratados para los estudiantes. Todo muy bien organizado.

—Estoy enamorada de tus ojos, de tus pestañas, de tus manos —me dijo Marta— pero no puedo seguir —dejándome helado, porque no me lo esperaba.

Acto seguido, me dije a mí mismo que no tenía que naufragar. La sorpresa me descolocó, reaccioné rá-

pidamente y agradecí la delicadeza de habérmelo dicho con tanta suavidad, hasta con cariño, diría. Fui al lado de la parrilla, donde el padre del dueño de la casa estaba cocinando los chorizos.

—Me ayudás —me dijo.

—Con mucho gusto, Don Alfredo —le contesté.

Y empecé a repartir los sándwiches de chorizo calentitos que ya estaban listos. Una de las chicas, en quien no había reparado hasta ese momento, me preguntó:

—¿Me das uno a mí?

Yo, que estaba con la mirada vidriosa, tal vez, por el humo de la parrilla, le respondí:

—Sí, claro, por supuesto.

—¡Te están lagrimeando los ojos! —agregó con una sonrisa.

—Sí, por la alegría de verte —me salió decirle.

Ella era Nélide. Se sonrió mucho con mi salida espontánea, quedó impactada. No fue premeditado, se dio así. Era compañera de Marta, de la misma división. Pero, a estas alturas, ya estaba sobreseído de culpa y cargo, aquella me había dejado y yo tenía piedra libre.

Así nació un gran romance con Nélide. Una mujer trigueña, con ojos de origen árabe, cabello ondulado y sonrisa abierta. Sus pechos eran minúsculos, circulares, perfectos; su cuerpo sinuoso, de bailarina, entró en simbiosis con el mío y comenzamos a llevarnos muy bien para la danza. Éramos una excelente pareja para el rock, el fox-trot y todas las melodías que se propusieran. No nos amilanaba ninguna. Cualquier pista de baile nos daba su espacio y nosotros la aprovechábamos. Nélide era alegre y vivaz.

Comencé a ir a buscarla al colegio donde cursaba el secundario, que quedaba en Plaza Italia, sobre la calle Güemes al 3800, el Normal Superior N° 6, “Vicente López y Planes”. Luego, la escoltaba hasta Pa-

cífico y, de allí, ella se iba hasta Santos Lugares, donde vivía. A veces, la acompañaba a su barrio, hasta la puerta de su casa, que quedaba en la calle Martínez de Hoz al 100, según recuerdo, pero no entraba. Iba y volvía en el tren. Era un viaje larguísimo, así me habré quedado dormido en aquellos duros asientos!

Su padre era uno de los principales sindicalistas que tuvo La Fraternidad, con lo que es de inferir que ella tenía un concepto del socialismo de Palacios muy bien adquirido. Por ello, a pesar de que vivían a una cuadra de la Virgen de Lourdes, eran ateos.

Ella se enamoró de mí y yo de ella. Estábamos profundamente entusiasmados y nos uníamos en una fogosidad mutua e intensa. Yo comenzaba a conocer e interpretar su anatomía, de una pulcra virginidad, hasta que nos convencimos de que teníamos que hacer el amor.

Casi dos años después del primer encuentro. Fue el debut de ella, pero no el mío.

Esos momentos tan importantes de nuestra vida no pueden olvidarse. Aquí también, apareció mi tío Blas, como tantas otras veces. Él fue quien me ayudó a iniciarme como hombre. Él como Salvador fueron mis “padres del pecado”. Así como lo fuera mi tío Santiago en la bebida.

Para este tiempo, Blas vivía en Parque Avellaneda, sobre la calle Tandil, con mi abuela María, que había quedado viuda de mi abuelo Nuncio, y con su hija Norma, mi prima. Norma era la hija que Blas había tenido con mi tía Elsa, quien falleció de una septicemia en su segundo parto. Blas y Elsa nunca se casaron.

La casa de la calle Tandil era alquilada y, algunos viernes o sábados, iba a ver a mi abuela, para que mi tío ejerciera su soltería de la manera que quisiera. Yo cubría el rol de hombre y nadie quedaba desprotegido, ni mi abuela, ni mi prima, que era una nena todavía en esos tiempos. Recuerdo que compraba

una pizza con cerveza en la pizzería de la esquina, para cenar con ellas. Era mi locura. Me quedaba a dormir con ese nuevo núcleo familiar que formaban mi abuela María, Norma y tío Blas.

—A partir de ahora, vas a tener el nido de amor que necesitás para el encuentro amoroso con tu novia, que no es el de la calle —me dijo un día.

Y preparó una salida con la madre y la hija, para dejarme su cama y el espacio propicio para aquella primera vez con Nélide.

—Tenés alrededor de cuatro horas —agregó.

Así es que debuté en el amor con mi novia, en la cama de mi tío que, además, nos dejó una cerveza y unos sándwiches para los dos.

Fue algo que nos dio mucha alegría, porque a pesar de los pocos años que teníamos, pudimos entablar una relación adulta. Pensada y cuidadosa.

Nuestra historia duró unos años. Ella fue un hito muy importante en mi vida. Teníamos, como todos los novios, nuestras peleas; pero éramos protegidos, de alguna manera, dentro del grupo de amigos. Si habíamos discutido o estábamos serios, nos ponían “Tú eres para mí destino”, de Paul Anka, nuestra canción preferida y el enojo pasaba y nos amigábamos. Así eran los compinches de entonces. Compartíamos reuniones con la barra de la calle Cabildo, a la que pertenecían otras compañeras de su colegio, incluida aquella chica Marta del inicio, de quien tengo la seguridad que se arrepintió toda la vida por haberme dejado.

Nuestros encuentros amorosos continuaron, se sucedieron muchas veces en el cuartito durazno de mi casa, donde nadie me molestaba.

Yo me sentía un hombre, a pesar de ser menor de edad, porque compartía el amor con una criatura dulce y bella.

Nélide tenía un año más, como yo cursaba mi secundario en el Otto Krause, que eran seis años de



Mi adorada prima hermana Norma, mi abuela Maximina y mi madre Rosita.

estudios completos, ella terminó primero la escuela media y se metió en la Facultad. Comenzó la carrera de arquitectura, hasta recibirse. Es arquitecta, como yo. En aquel primer año de formación universitaria, se enamoró de un compañero y me dejó.

Me costó un tiempo recuperarme, estaba muy triste aunque la entendí. Casi de inmediato, ella se abrió de la barra de la calle Virrey Olaguer, y entonces, yo seguí con mis conquistas en forma abierta y despiadada.

Nunca más la vi, y la he buscado, hasta mucho tiempo después pero nunca supe nada de su vida.

Debuté gracias a mi tío Salvador. Recuerdo estar paseando con él por el centro. Iba yo, con un traje cruzado gris a rayas, muy prolijo, y caminábamos juntos por la Avenida Pueyrredón (tiempo más adelante, me di cuenta de que el lugar por donde me llevaba, había sido decidido de antemano), y me decía:

—Edgardo, mirá... las mujeres aparecerán en tu camino, te van a sonreír, te van a mirar especialmente, vos vas a notar esa diferencia en la mirada de la mujer que te busca. Tenés mucha pinta, pibe, tenés percha, idale!

Comprendí el mensaje que me estaba dando. Me temblaban las piernas. La noche parecía más cerrada. Salvador, dicho aquello, se cruzó de vereda. Entonces me encontré solo, ante la majestuosa ciudad, en esa cuadra llena de luces y negocios, alegre y nervioso, sin saber muy bien cómo se darían las cosas. Caminé como una cuadra hasta que me crucé, efectivamente, con un rostro femenino. Luminoso, de ojos color miel, frescos y risueños, que me miraron fijo. Sorprendido, seguí mi camino, pero una fuerza misteriosa me ordenó darme vuelta. Ella hizo lo mismo. Hubo un cruce en nuestras miradas, siendo ése casi un diálogo revelador. Pareció un siglo hasta que me salieron las primeras palabras. No podía creer que estaba delante de una enigmática mujer, tan bella. Traté de superar mi timidez y le dije que era hermosa.

—¡Ah, gracias, qué alegría que me das! —me respondió con mucha soltura.

Me sonrió, dejando ver su dentadura blanca enmarcada en una boca carnosa y sensual. Su cuerpo era perfecto, caminaba meneando sus contornos, con un vestido pegado a la piel, de vivos colores, flores enormes, que se acercaban a mí a la altura de los senos exuberantes y se alejaban en su cintura tipo



En el Zoológico de Palermo con mi tío Salvador. El padre que me oriento en los primeros amores.

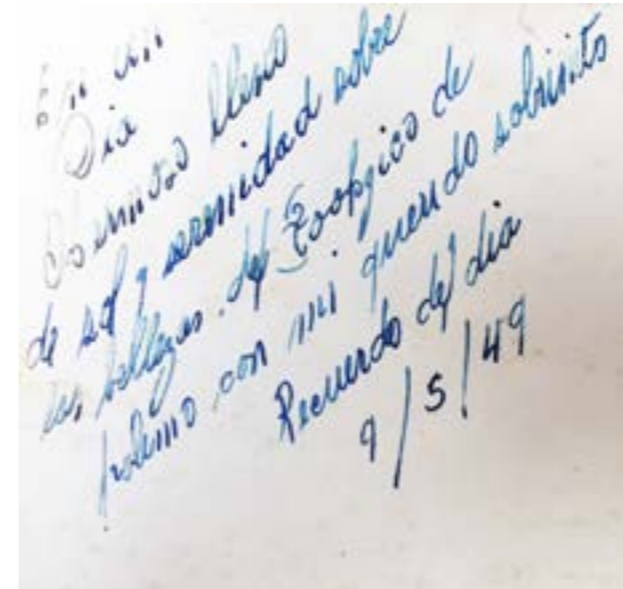
Divito. Era un recreo de curvas insinuantes que me llevarían al Paraíso.

—Yo me llamo Edgardo —extendí el comentario, sin saber cómo seguir.

—Yo Zunilda —me dijo, mientras tomaba mi mano lánguida.

Me impresioné, porque tenía el mismo nombre de mi madre. Sé que esto daría mucha tela para cortar a un simposio de psicólogos, pero fue así.

Siguió la charla. Elogié su figura y la invité a tomar un café. Era una mujer que me doblaba en edad, des-



Texto que escribió mi tío Salvador en el dorso de la foto en el zoológico.

de luego, muy segura de su función, de la docencia que debía aplicar conmigo.

—Vivo a dos cuadras, sobre Sarmiento —expresó.

—Te acompaño —contesté.

Se hizo la medianoche, rápidamente. Ingresamos al departamento uno al lado del otro. Era casi una caja de muñecas, pequeño, prolijo, perfumado. La cama estaba impecablemente hecha.

Me abrazó en forma rutinaria, mientras se comenzaba a deshacer de su vestido de flores. Comenzó a surgir su cuerpo, de carne aterciopelada. Una luz dorada, que no supe de dónde provenía, porque ya a estas alturas no podía dejar de mirarla, la transformaba en una escultura maravillosa. Se consumió la distancia, cerré los ojos y me dejé llevar. Mis manos galoparon sobre su palpitar, debajo de la piel fres-



Divito, dibujante e historietista Argentino.

ca. Hubo en el ambiente una espesura acalorada y húmeda, que me permitió ser consciente de mi masculinidad. Ella se protegió y yo me sentí tan hombre como mis tíos. Un espejo de mi estatura a los pies de la cama fue testigo de ese encuentro. Cerraba y abría los ojos disfrutándome visual y carnalmente.

Nos seguimos viendo, una vez por semana, en la misma cuadra, en la misma casa de la calle Sarmiento. En la misma cama. Para mí era la clandestinidad y la certeza de un gran aprendizaje, que iba a prove-

char para mi primera novia o para todas las mujeres que amara. Sentía que para Rosita, claramente, yo era una relación automática.

Un día, la mujer me dijo que se iba a la casa de sus padres en el Norte y que íbamos a dejar de vernos. Con el tiempo, me enteré que fue mi tío Salvador quien pagaba mis citas de iniciación. Pensé entonces, agregando al afecto que sentía por él, cuán grande era. ¡Era el rey de la noche y de las putas!

Mi padre nunca supo nada de esto. Con él jamás hablé de sexo. No había diálogo sobre ese tema, nunca me preguntó nada y nunca le pregunté. Imagino que se habrá enterado de lo que hicieron mis tíos. En eso de callar, siempre lo respeté. Aunque, sin duda, fue él quien pidió permiso al consorcio del departamento para construir el “cuartito durazno” en la terraza para mí y, en definitiva, propició mi intimidad.

Ese cuartito fue visitado por muchas señoritas. Fui un gran amante y un enamoradizo incorregible.

Después de que Nélide me dejó, quedé triste y andaba un poco alterado y solo. Trabajaba, por entonces, en la joyería de Don Manolo, como cadete. El negocio, la joyería Leblón, quedaba, prácticamente, enfrente del edificio de la calle Cabildo 1563, donde vivíamos. Don Manuel Leblón tenía un fuerte acento castizo, era soltero y muy adicto a las mujeres. ¡Un gran tipo el español! Cuando notó mi desesperación, me dijo lo siguiente:

—Mirá, te va a venir a visitar una señorita que se llama Ester.

No me explicó mucho más. Era una chica que él conocía, que trabajaba en el cabaret Alí Babá, que estaba en la calle Cabildo y Virrey Loreto. La chica vino y tuve relaciones con ella. ¡Otro padre, Don Manolo, quien pagó aquellos servicios, sin que me diera cuenta! Así percibía, quizás engañándome, que no era yo el que pagaba por amor.

La solidaridad entre los hombres era algo que se usaba antes. La “iniciación” era propiciada por los mayores y las mujeres de la vida servían para eso, para enseñar a los menores. Hoy, con la libertad que hay entre los jóvenes, ya no es necesario, creo que todo es bastante diferente. La genitalidad es mucho más natural.

De todas maneras, no terminó ahí el duelo de mi novia Nélide. Hubo otras. Margarita, por ejemplo, una chica que era la hija del portero de un colegio cercano, sobre la calle Cabildo: el Porteño. Comencé a transitar por una serie consecutiva de amores furtivos, rápidos y livianos, como para olvidar semejante desazón.

Entre tantas, apareció una chica, compañera de la facultad, llamada Marta, judía esquenazi. Otra Marta y otra judía. Era descendiente de franceses, hermosísima, de una piel tersa y suave. Una noche le expliqué “diferenciales”, un cálculo matemático bastante complejo que yo entendía bien. Me enteré de que le contó a una amiga que yo había sido un caballero con ella, ya que no me había insinuado en otro *metier* que no fuera la ciencia exacta. El comentario extra que me transmitió dicha amiga, fue que quería volver a tomar clases conmigo, pero siempre y cuando yo fuera un poco más arriesgado y no tan formal.

Creo que son las mujeres las que deciden la conquista. Estoy seguro de eso. Y los hombres solo nos dejamos llevar. O nos hacen sentir generosamente que somos nosotros los grandes conquistadores. Bellas magas del amor.

Muchos romances de mujeres sorprendentemente similitud de pieles diferentes, palpitantes, con gran ingenio en las artes de hacer el amor; hasta que conocí a Marta, la madre de mis hijos.

Ella es una nueva Marta. Otra historia. Importante. Prolongada y profunda. Que merece un capítulo aparte.

Citando nuevamente a Gabriel García Márquez: “... he vivido tres vidas: la vida pública, la vida privada y la vida secreta”.

En el amor pasa lo mismo. De las dos primeras hablo en estas memorias; guardo la última para mi propio inventario y el respeto del inventario de las otras personas involucradas.

Al capítulo “Marta y mis hijos”, le sigue mi segunda pareja Zuly. Y finalmente, en el muelle de la tranquilidad me espera una forma causalística, tan explicable como karmática. El amor del final del camino, Lily Brodesky, para llegar con ella a “La profundidad del horizonte”, segunda parte de estas memorias.

MARTA

Después de varias experiencias en los lares del amor, algunas fugaces, otras intensas; surgió un encuentro causal que marcó mi vida. Es una historia rara, por el simple hecho de cómo y dónde empezó. Luego comprendí que el cosmos lo estaba organizando.

Comenzó en el Camposanto, en el cementerio. Para decirlo poéticamente: La llamada del amor ocurrió en el Camposanto. Misteriosamente, aunque no se crea, ninguno de los dos estábamos físicamente en el lugar.

Resultó que mi madre estaba rezando en el cementerio de la Chacarita. Llevaba un ramillete de claveles blancos. Siempre le gustaron los claveles. Fue a rezarle a mis abuelos, ambos ya descansaban allí. Pero previamente pasaba por la capilla de entrada a dejarle flores al Cristo, cuando observó que a su lado, había otra señora, que con la misma clase de flores e idéntico ramo, oraba a su lado. Entonces, se vieron

de costado, se miraron compasivas una de la otra, y comenzaron a conversar.

—Yo le rezo al Señor, para que ayude a mi hijo, que está estudiando y no tiene una pareja —le dijo mi madre.

Elena, la abuela de mis hijos, expresó:

—Yo rezo por mi hija Marta, también está estudiando y no tiene pareja, y por mi hijo que está en el secundario. Para que a los dos les vaya bien —comentó.

Hubo mucha empatía entre ellas. Salieron juntas, luego de un largo rato de charla amena, de haber pasado por la capilla, en definitiva, de haber cumplido con sus difuntos. Se pasaron los teléfonos. Mi madre se siguió comunicando con esa mujer que, por algún motivo desconocido, le había caído tan bien. En algún momento de la charla, Elena le habrá dicho la fecha del cumpleaños de su hija Marta, el 6 de diciembre. Ese día la llamó, atenta como era, para felicitarla. Luego, comenzó a involucrarme a mí. Una tarde me dijo:

—Edgardo, vos sabés que conocí a una señora que tiene una hija que cumple años hoy, ¿no la querés saludar?

—¡Pero, mamá, no la conozco! —le dije, extrañado.

—Por favor, no me hagas quedar mal.

—Estoy apurado, me tengo que ir... —le decía, mientras lustraba mis zapatos abotinados, porque tenía que salir con una chica.

—Dale, por favor, llamala —insistió varias veces, hasta que terminó convenciéndome.

Y la llamé.

—Hola, Marta, bueno, acá mi madre me cuenta que hoy es tu cumpleaños.

—¡Sí, gracias! Pero estoy dando exámenes, mucho no lo puedo festejar —respondió la chica del otro lado.

Era raro hablar con alguien desconocido, saludarla

por su cumpleaños, sin ni siquiera conocer su rostro. Pero me gustó su voz. Tenía un tono inteligente. Alegre, rápida y fresca. Eso me transmitió aquella vez.

—¡Ay, mamá, mirá que me hacés hacer cada cosa! —le dije, mientras le daba un beso en la mejilla, tomaba mi saco y me iba a mi cita.

A los dos o tres días, nobleza obliga, ya por mi cuenta, volví a llamar a Marta, con la excusa de preguntarle cómo le había ido en ese examen que tanto temía. Le había ido bien. Así supe que era muy buena estudiante, aprobaba puntualmente todos los exámenes de su carrera de Filosofía y Letras.

En esa charla le comenté que el próximo que debería pasar por una prueba examinadora sería yo. Al día siguiente, fue ella quien me llamó para hacerme la misma pregunta. Yo también había aprobado, así que la felicitación fue recíproca. Todo se daba en el marco de la buena educación de su parte, como yo mismo lo había hecho antes. Pero era diciembre, a los pocos días, mi cumpleaños. Esta vez ella me sorprendió al llamarme. Así se fueron sucediendo varias conversaciones telefónicas, siempre agradables. Luego, fueron los saludos de las navidades y el fin de año; más adelante, ya nos llamábamos sólo para conversar.

Hablábamos sin conocernos, no nos habíamos visto todavía. Finalmente, decidí invitarla a salir, para vernos, para corroborar si en persona seguíamos sintiéndonos tan cómodos como a través del teléfono. Todo era sin compromiso, desde luego.

—¿Dónde vivís? —le dije.

—En la calle Túnez y Monroe, del barrio de Belgrano.

—Te paso a buscar.

Así empezó todo.

Al llegar, se desencadenó una tormenta descomunal, con lo cual no pudimos salir a ningún lado. Me encontré, sin proponérmelo, con un familión que me recibió en sociedad y con esa mujer interesante y cálida que conocí por teléfono a instancias de mi madre.

Estaban Elena, el padre y el hermano. Los acontecimientos se desarrollaron para poder entender a la causalidad. Mientras afuera se desencadenaba el “diluvio universal”. ¿Un camposanto, otra vez? La posibilidad de un comienzo regado con el agua del cielo. Un Bautismo. Quizás.

He aprendido que, en todo momento, hay que poder interpretar los mensajes. Éste fue uno. Uno fuerte.



Elena, madre de Marta a la izquierda y Rosita, mi madre a la derecha. Con ellas comenzó todo.

AMIGOS

LOS PRIMEROS AMIGOS

Mis primeros amigos fueron imaginarios. Aquellos que me acompañaban en las canciones inventadas, en los diálogos creativos. Los que eran observadores invisibles de mis múltiples juegos. Opinaban sobre mis elementales construcciones para refugios de caracoles o mis dibujos incomprensibles. Estaban cuando tiraba las naranjas regaladas por mis tíos, contra una pared que usaba de frontón para ablandarlas y luego comerlas compartiéndolas con mis padres.

En los primeros años de mi vida fue difícil pensar en tener amigos en un barrio como Belgrano y sobre una avenida como Cabildo, rodeada de casonas de gente adinerada y siendo el hijo de un portero. Me crié en soledad con la compañía de esos seres invisibles y puedo recordar hasta hoy el sonido de sus voces en mis oídos aplaudiendo y dándome estímulo.

Muchas veces mi madre me preguntaba: “*Edgardo, ¿con quién hablás?*” Yo no respondía. Me daba timidez hablarle de mi imaginación. Ella se conformaba con mi silencio y mi sonrisa.

El primer amigo que recuerdo fue Blanco. Carlos Blanco. Nos conocimos en el jardín de infantes que quedaba en la esquina de Sucre y Obligado. Me llamaba la atención su cara grande, su pelo muy rubio y que usara lentes de aumento. Recuerdo la primera vez que me invitó a su casa. Cuando llegó su papá quedé sorprendido. Era militar. Entró vestido de uniforme, pensé que era un soldado de desfile de esos que veía ocasionalmente en los eventos patrios del 9 de Julio por Avenida Libertador que tanto me atraían.

Jugábamos juntos habitualmente y así fue creciendo nuestra amistad. Un día, Carlos me avisó que su padre iba a desfilar. Le pedí a mi viejo que fuéramos

a verlo, eso hicimos. Llegamos temprano y caminamos entre la gente hasta pararnos en la primera fila. Estaba ansioso y atento a todo hasta que de repente apareció frente a mí el General Blanco saludando con su sable a la bandera ubicada frente a él. Iba en un corcel indómito con espuma en su bozal. Admiraba al papá de Blanco por su gran compostura y sentido de la patria. Fue uno de mis primeros héroes.

Mis padres no me dejaban invitar amigos a casa. No era nuestra, decían. Vivíamos en una pequeña pieza, digna pero muy pequeña. Así que para compartir con mis amigos no quedaba otra que ir a sus casas o a la plaza. Una alegría enorme fue que Carlitos Blanco también compartiera el primer grado inferior.

Al comenzar la escuela primaria mis padres me mandaron a una escuela mixta y estatal. Fui ahí que conocí a Alicia. Éramos compañeros de grado. Creo que estaba enamorado de ella. Alicia tenía los ojos de color verde, su cara era pequeña y repleta de pecas. Su caminar era elegante y silencioso. Teníamos siete años. En las mañanas nos cruzábamos camino a la escuela acompañados por nuestras madres y mientras ellas conversaban nosotros caminábamos juntos. En ese entonces en las escuelas había clases obligatorias de catequesis, pero como Alicia era judía no podía participar, entonces la sacaban del aula y la mandaban a clase de “moral”. Yo que odiaba que me separaran de ella, me escapaba de mi clase y me escabullía silenciosamente en el aula para estar a su lado. Al verme entrar sonreía y me daba la mano. Cuando salíamos de la escuela nos volvíamos solos. Vivíamos para el mismo lado, entonces la acompañaba hasta la puerta de su casa para seguir hacia la mía. Me gustaba caminar a su lado, aunque fuera en silencio. Nunca supe si a ella le pasaba lo mismo, pero me hacía sentir feliz, todo un hombre. Al terminar mis primeros años de primaria no la vi más.



Fachada del jardín de infantes Atos Palma.



Foto del patio del jardín de infantes Atos Palma de juegos y de siestas obligadas.



Fachada de la escuela N°1 D.E. 10 "Casto Munita"



Chicles Bazooka.



"Joe" el célebre personaje de las historietas que venían con los chicles Bazooka.



Carlitos Blanco parado, el segundo desde la izquierda. Alicia en la línea central, la cuarta desde la izquierda. Yo, el segundo desde la derecha con Oscar Cidre al lado mio a mi derecha.

Otro amigo importante de esa época fue el Gallego Cidre con quien nos unía nuestro origen, éramos los dos hijos de porteros en edificios de Belgrano. Solíamos hacer las tareas en el sótano de su edificio, calentitos al lado de la caldera.

En el segundo tramo de la primaria mis padres me cambiaron de escuela y me mandaron al “Casto Munita” que era solo de varones. Mi amigo de esa época fue Samuel. Samuel era gordo y de caminar firme, hiperquinético. Llevaba su guardapolvo estirado en la zona de la panza, parecía que los botones iban

a salir volando. Cuando salíamos compartíamos la caminata hacia su casa. Cruzábamos la plaza donde un grupo de compañeros solía juntarse. Ahí conocí las peleas dejando los útiles tirados en el piso y empezar a las trompadas dentro de una ronda de aplaudidores. Cuando esto empezaba nosotros nos íbamos. Nunca me gustaron las peleas callejeras. El papá de Samuel era rabino, fue él quien me regaló los primeros chicles Bazooka que te permitían hacer globos con la lengua soplándolos hasta hacerlos estallar sobre los labios. Después de llevar por horas

el chicle en mi boca, al llegar a mi casa, lo ponía en un vaso de agua para que se conservara y me durara varios días. Samuel era muy generoso, me regalaba los envoltorios de papel encerado con historietas en inglés y me prestaba todas las revistas de aventuras mexicanas, llamadas “El libro Vaquero” que además venían en colores.

Samuel era pacífico e inteligente. Me asombraba su familia y la unidad que había entre ellos, también su humildad y generosidad. Me gustaría volver a encontrarlo.

LA BARRA DE OLAGUER

La Barra de Olaguer fue mi primera barra de amigos en la calle. Teníamos todos entre doce y dieciséis años. Conformábamos “la barra”: José María Zorsoli, muy pecoso, con mocos verdes siempre colgando de su nariz. Parecía un pibe del bajo fondo. Edgardo del Pino un tocayo rubio pintón y siempre bien vestido. Era hijo de un comisario. Ricardo Eduardo Edwards quien llevaba unos lentes con culo de sifón que parecía ser un inspector de policía. Era misterioso e intrigante. Federico Gómez era un rápido trepador de árboles y muros; por último, Oscar Jaime a quien le decíamos Cacho. En su casa eran comunes las guerras de almohadas.

Recuerdo que jugábamos a policías y ladrones, entonces Edgardo del Pino siempre decía: —*Yo tengo que ser policía*. Toda la acción se desarrollaba entre zaguanes, árboles y detrás de los pocos coches estacionados. Usábamos como armas el pulgar y el índice haciendo sonidos *Puag, puag* que simulaban disparos de cartuchos húmedos y ensalivados.

El otro juego típico y cotidiano era el fútbol que



Pelota de goma marca *Pulpo*.

se desarrollaba sobre los adoquines de Virrey Olaguer. Jugábamos con pelotas “Pulpo” que cada dos por tres se colgaban de los árboles o caían en algún jardín. La tarea siguiente era el rescate de la pelota y Federico era el trepador oficial, quien al bajarla recibía los aplausos de todos.

Muchas veces la pelota quedaba secuestrada por unos días por una vieja encorvada y barbuda de una casa vecina o se la llevaba la policía que aparecía por alguna denuncia hecha por un malhumorado.

Yo era el líder en el juego de figuritas, bolitas al hoyo y quema. Era una competencia feroz, donde no podía perder porque eso significaba no tener más mis bolitas y había que volver a conseguir dinero para comprarlas nuevamente. Me esforzaba mucho en mejorar y lo lograba. Aprendí a jugar muy bien, aunque la destreza física nunca fue una gran cualidad en mi vida.

Recuerdo que una vez vino Cacho contando que los vagones, que quedaban estacionados sobre las



Figuritas y álbum *Raspagool*.

vías del Ferrocarril Mitre, estaban repletos de frutas. Así fue que decidimos nuestra misión más arriesgada. Nos organizamos y planeamos todo para hacer el atraco. Llegamos a la plaza de Moldes, trepamos el tapial que se levantaba frente al ferrocarril y fuimos arrastrándonos por el suelo hasta los vagones. Para poder alcanzar la altura necesaria que nos permitiera trepar nos subimos uno a babucha del otro. Habíamos sacado de nuestras casas varias herramientas lo que nos permitió después de un buen rato abrir los precintos de seguridad de los vagones. Mientras algunos de nosotros hacíamos guardia en las esquinas de los vagones, otros entrábamos a llevarnos unos deliciosos melones y sandías que venían del norte argentino para terminar compartiéndolos todos en ronda sentados en la plaza. Esta fechoría la repetimos un par de veces, pero dejamos pronto de hacerlo. Hubo dos acontecimientos; el primero fue conocer a la Barra de Calabria, unos tanitos que siempre

se iban a las manos con palos y se villanas, así que cuando ellos venían dejábamos el botín y salíamos corriendo, el segundo motivo fue un día que efectuando el atraco y al abrir las puertas del vagón, estaba tan repleto de frutas que se nos vinieron encima provocándonos varios moretones y heridas difícil de explicar en nuestras casas.

También habíamos descubierto una manera de hacernos de unas monedas, pero como esto se hacía de noche yo no participaba. Mis padres no me dejaban salir hasta muy tarde. Era mejor que cumpliera los horarios pautados. Mis amigos salían con sus ondas rompiendo los faroles de las plazas dejando sectores a oscuras y así recibir de los chicos más grandes unos pesos para poder tener intimidad con sus novias. Una vez paseando con mis padres, en una noche de verano vi a la banda actuar; me hice el desentendido y apuré la marcha.

Esta barra fue creciendo y comenzaron a aparecer las chicas. Una de ellas era Graciela Vázquez, vivía en uno de los pocos edificios de departamentos que había en la cuadra. Fue en su casa que se organizó el primer asalto al que fuimos. Graciela trajo a sus compañeras del Normal 6, ahí aparecieron las primeras miradas y algún inocente beso.

Graciela y yo éramos los organizadores de todas nuestras actividades. Coordinábamos picnics para la primavera, asaltos seguidos en la casa del Gordo Balboni, amigo que se sumó más tarde al grupo. Su casa ocupaba la esquina de Moldes y Olaguer. En el fondo tenían una casa semi abandonada, casi vacía y con poca luz. Era ahí que trasladábamos un tocadiscos Winco y discos de 78 rpm, más tarde aparecieron los de 45 rpm y para poder escucharlos logramos armar un adaptador insertado en el tocadiscos. Los muchachos llevábamos la bebida y las chicas la comida. Así conocí el rock and roll y el twist. También me gusta-



Con mi equipo favorito.

ba el tango y los boleros, pero esto los bailaba en el salón "La Argentina" donde me llevaba secretamente mi tío Blas algunas noches.

Formé pareja de baile con Graciela. Ella era una pluma de amplia sonrisa. Era flaca y ágil, parecía que tenía electricidad en sus piernas. Me recordaba al personaje de Papaíto piernas largas u Olivia de Popeye. Con ella descubrí a Elvis Presley, sus contorsiones, su ritmo frenético y comprendí la seducción de bailar bien. Comenzamos a practicar seguido, termi-



De aviador, quería volar.

namos siendo los reyes de la pista.

Despertábamos pasiones, abríamos todos los bailes, nos rodeaban y aplaudían. Bailábamos sin parar, haciendo figuras por el aire, la trepaba sobre mis espaldas, rápidamente caía tomada de mis manos y pasaba entre el túnel de mis piernas para seguir bailando.

Cuando la luz comenzaba a ser más tenue, venían los lentos. La hora del chape. Ahí nos separábamos, Graciela bailaba con sus pretendientes y yo con mis



Obra hecha con cartones reciclados en laja de madera.
"Carnaval de locos" 120x120x0.30 cm. (Año 2010) Edgardo N. Rodríguez.



La comparsa de los artistas.



Foto con Katja Alemann.

admiradoras. Desde pequeño mi madre Rosita recordaba sus carnavales procurando poder disfrazarme.

Para un carnaval organizado por el Banco Provincia nos propusimos transformarnos en una tribu de indios, disfrazándonos con un rejunte de cosas que teníamos en nuestras casas. Mi tío Salvador me regaló una campera de cuero usada que había sido de un viejo maquinista ferroviario, la transformé en un chaleco con un bisonte rojo pintado en la espalda y unos amuletos colgando, a esto le sumé un pantalón viejo pintado que tenía de mis vacaciones en el campo y alpargatas. Así salimos a bailar. Recuerdo la impresión erótica que me producían esas mujeres disfrazadas de indias con corpiños, pancita al aire y unas minifaldas sugestivas que volaban al bailar el rock. Con Graciela participamos de la competencia de baile de carnaval y ganamos la segunda medalla. El premio era bailar junto a Sandro y Los de Fuego. Las contorsiones de este cantante de América me demostraron lo que se podía hacer con el cuerpo, seducir a las mujeres con un encanto mágico que las eclipsaba dejándolas inmóvil ante la conquista. Que-

dé impactado por su seducción y le copié los trucos.

Algunos fines de semana viajaba a 9 de Julio y salía a bailar con mis primos. Ahí desplegaba mis bailes y advertía el impacto que producía con los nuevos pasos que traía de Buenos Aires. Hoy todavía mi familia lo recuerda.

Fueron muy buenos tiempos. Era bueno ser parte de esa barra. Pero un día sucedió algo inesperado e impensable, por lo menos a esa edad, algo que aún hoy al querer escribirlo recuerdo con mucho dolor. Una tarde mientras jugábamos en la calle Olaguer una señora, que no recuerdo quien era, se nos acercó y dijo:

—Chicos murió Brolo. Tuvo una embolia y lo velarán en su casa.

Quedamos conmocionados. Brolo era un amigo que se sumaba ocasionalmente a la barra al queríamos mucho. La muerte se presentaba por primera vez en mi vida. Grité de dolor con la garganta seca. No comprendí. No comprendíamos. Nos mirábamos buscando una explicación que nunca vino.

Despedimos a un amigo y la barra poco a poco se fue distanciando.



Un descanso con todos los trajes de los amigos de la "Comparsa de los Artistas".



Traje del Águila hecho con botellas de plástico reciclado. Del libro "Todo Sirve"
Edgardo N. Rodríguez.



1C1 Primer año, Construcciones. En el centro y a la derecha, detrás del profesor de matemáticas V. Gorsky.

EL OTTO KRAUSE

En la secundaria comencé a conocer gente de otros barrios y el estudio pasó a ser el eje de mi vida. Quería ir a una escuela técnica, la mejor era el Otto Krause. Con el apoyo de mis padres, fui, me anoté y comencé. Me cuesta recordar a mis compañeros de secundaria. Aparecen como seres grises. Sin un color que los identifique. Sí recuerdo cierta aspereza que producía en ellos mi aplicación al estudio. Me llama-

ban “el traga” y esto lejos de humillarme me daba fuerza para diferenciarme. Mis amigos temporarios en el Otto Krause fueron mis profesores que siempre me aconsejaban, hasta me invitaban a sus estudios y empresas para conocer sus trabajos. Recuerdo un mal pasaje con Carmelo Capasso, hijo de un rico empresario. Yo me había comprado, con los primeros ahorros de mi laburo, un lápiz Faber Castell para hacer las láminas de dibujo técnico. Al verlo me dijo:

—A ver tu lápiz, Rodríguez.

Se lo mostré con orgullo.



Leyendo un plano.

—Sostenelo con tus manos de cada punta y a ver si sos capaz de hacer los que hago yo. Continuó.

Le hice caso sostuve el lápiz y él con un dedo dio un golpe de karate que me partió el lápiz. Todos se rieron en una ronda sarcástica. Silenciosamente agarré las dos partes del lápiz del piso, las guardé en mi bolsillo y le respondí.

—Carmelo hiciste que ahora tenga dos lápices, uno para dibujar y otro para escribir, dije, mientras me abría paso de la ronda. Mi cuerpo temblaba pero con valor seguí caminando sin plegarme en sus provocaciones.

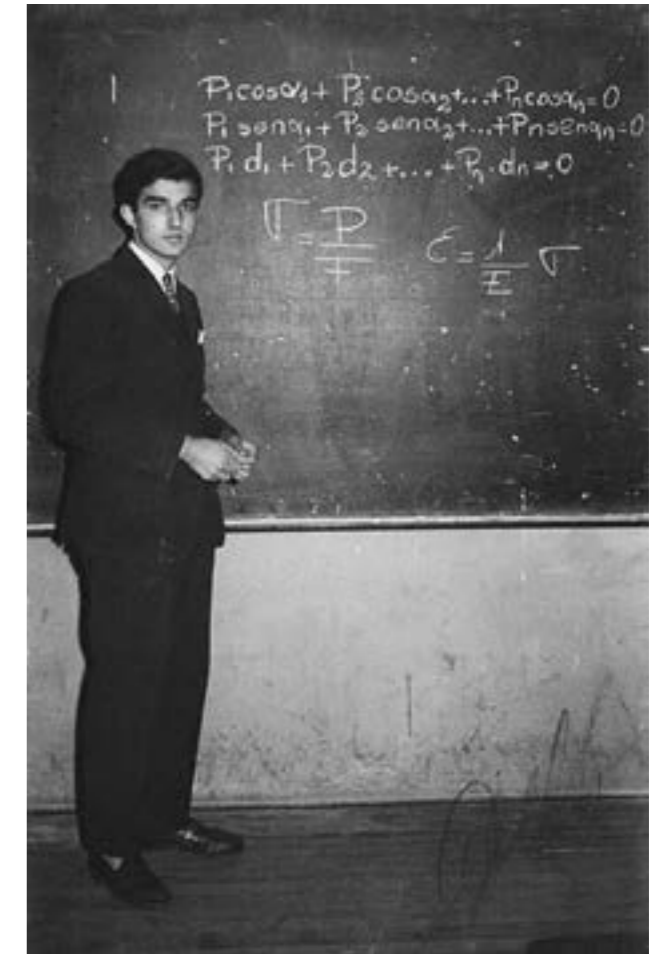
Con esas asperezas transitó toda mi secundaria.

A los pocos días de terminar el colegio recibo una llamada telefónica. Escucho una voz seria, segura y aplomada que dice:

—¿Hablo con el Señor Edgardo Nelson Rodríguez?

—Sí señor. Quién habla, —pregunté.

—Lo llamamos de la dirección del Otto Krause. Sabemos que la Fundación Otto Krause le ha entregado la medalla al mejor promedio de todo el colegio. Le comunico que la dirección ha decidió entregarle otra medalla y para esto se hará un acto el 28 de



Con fórmulas matemáticas.

diciembre a las 17 horas. Por favor no deje de asistir, es una corta y privada ceremonia.

—Sí, sí señor. Gracias, —dije sin comprender pero repleto de alegría.

Se lo conté a mis padres quienes se encargaron de contárselo a todos los vecinos y a los parientes del



Con compañeros y profesores de Taller "Obras Civiles"
Simonelli y Simonetti.

campo demostrando el orgullo que les daba su hijo aplicado y recién recibido. Exclamando:

—¡Edgardito va a recibir otra medalla!

Esperé ansiosamente ese día hasta que llegó. Me puse un saco blanco con un pantalón azul, zapatos negros muy bien lustrados, camisa blanca y una corbata a rayas diagonales de color azul y bordó.

Llegué al colegio con extrema puntualidad y bajo el calor sofocante del verano, comencé a subir las escaleras sobre la entrada de Paseo Colón, quería empujar rápidamente las grandes y pesadas puertas del colegio por la emoción que sentía. Al entrar escuché una severa voz que me detuvo

—Rodríguez ¿qué hace aquí hoy?
Giré mi vista y quedé paralizado con la mano apoyada en la puerta.

Era Polonsky mi maestro de taller de construcción.
—Vengo a recibir la otra medalla. Me llamaron hace unos días....

Polonsky me miró sin comprender y dijo:
—Pero si no hay nadie en la dirección. El colegio está vacío.

Sentí un escalofrío. Miré hacia adentro y vi a lo lejos a unos cuantos de los personajes con los que compartí las aulas, esperándome. Le agradecí a Polonsky que mientras me acompañaba hacia afuera dijo:

—Te liberaste de una buena malteada. Feliz día del inocente. Pero sabés qué Rodríguez, andá, que el futuro te espera.

Salí caminado del colegio, al principio un poco angustiado y agradeciendo que el trabajo de mis padres no les haya permitido acompañarme hasta que comprendí que había resistido a la agresión de todos esos años y que ya no importaba. Que había logrado un título y el mejor promedio. Estaba orgulloso de mí mismo y era cierto, el futuro me esperaba.

Al otro día me llamó el Ingeniero Pagués, un gordo bonachón y lleno de sabiduría, director en ese momento del colegio:

—Rodríguez tengo que verlo, tengo un trabajo para usted, dijo.

Así fue que comencé a dar clases de álgebra para recuperatorio de alumnos de años inferiores.

Siempre hay una compensación que pronto aparece.

Fue en la transición de fines de la secundaria y comienzos de la universidad donde apareció en mi vida el amor creando auras de energía, de deseo y sexo. El vértigo que comenzó en mi vida debido a los estudios, el trabajo y el amor hicieron que se corriera de lugar el padecer de la adolescencia.

LA UNIVERSIDAD

Finalizada la secundaria ingresé a la Universidad de Buenos Aires. Facultad de Arquitectura, en el edificio de la calle Independencia. Era un lugar que parecía abandonado con salones enormes, de gran altura; ventanas señoriales y escaleras de mármol de Carrara desgastadas por miles de pasos.

Comencé el curso de ingreso agradeciendo no haberme encontrado con ningún personaje del Otro Krause. Recuerdo que en la primera clase nos sentamos en unos bancos altos de metal con asientos de madera acompañados por una mesa de doble ancho relacionada antropométricamente con los bancos. Atrás quedaban los cómodos pupitres. No había lugar definido para cada uno de nosotros, nos ubicábamos como íbamos llegando. Eso sí, íbamos todos de traje, corbata e impecablemente peinados.

El primer profesor que tuve fue Monachi quien



El edificio de la ex Facultad de Arquitectura
en la Av. Independencia 3051.
Mis primeros pasos Universitarios.

apareció saludando muy correctamente, tomó lista, al nombrarnos conocí a mis compañeros laterales, seres con los que conjugaron nuestras energías ancestrales de forma inmediata.

Eran, Fernando Ossana, cordobés de Sampacho y Guido Kosiner salteño de la capital. El horizonte de mis contactos humanos se amplió con ellos al interior del país. Me intrigaban sus vidas y a ellos la mía. Fernando y Guido eran de formación bachiller y yo técnico. Los dos tenían una gran riqueza cultural, sobre todo Fernando que además era concertista de piano. Empezamos a compartir los estudios y la vida. Durante el curso de verano, el centro de estudiantes llamó a un concurso de ante proyecto para convertir parte del hall de entrada en el comedor de estudiantes. Decidimos formar equipo y presentarnos. Trabajamos en forma democrática proponiendo cada uno una idea, debatiéndola y haciendo una en común. Nos presentamos con la sigla KOR (iniciales de nuestros apellidos) Kosiner, Ossana y Rodríguez, ganamos el concurso. Fue una gran alegría para nosotros, nuestros padres y además nos ganamos la admiración de todos los compañeros.

Fernando tenía una clara formación religiosa, un marcado acento cordobés. Siempre de impecable saco y corbata. Sus manos se expresaban acompañando la charla, fruto de una rigurosa disciplina, practicaba piano todos los días con el metrónomo.

Guido tenía su cara marcada por el acné. Llevaba algunos dientes con fundas de oro, de tez trigueña y con una sonrisa amplia en la que bailaba su dentadura. Hijo de checoslovaco y madre salteña. El padre se jactaba siempre de ser pariente directo de Frank Kafka. Ambos tenían unas encantadoras familias las que me recibieron como un hijo más.

Los tres nos habíamos prometido ayudarnos para dar bien el ingreso a la universidad. Un día Fernan-

do nos ofreció si aprobamos invitarnos a ir de vacaciones a Sampacho.

Con Guido no pudimos más que abrazarlo y sentir que constituíamos un grupo, una hermandad que solo se explica a través de la ley de afinidad. Parecía que nos conocíamos de otra vida.

Luego de mucho estudio, los tres aprobamos el curso de verano lo que nos aseguraba el ingreso al primer año de la carrera. Y así fue que en los rústicos micros de la TAC viajamos con Guido a Córdoba donde Fernando nos esperaba. Nos vino a buscar a la parada con el auto familiar y en el trayecto nos dejó perplejos al decirnos:

—Muchachos vamos a tener que trabajar. —Dijo y quedó en silencio.

Tímidamente Guido preguntó el por qué.

—Tenemos que ir a ver a las monjas del Colegio de Hermanas del Perpetuo Socorro donde yo terminé los estudios —respondió.

—Sí, y ¿qué? —Preguntamos casi al unisonó con Guido. Imaginándome que sería algún festival donde él tenía un concierto.

—No, no, esperen, escuchen. Quieren hacer la escuela primaria nueva, —miró por el espejo retrovisor y se sonrió—. Ellas deben imaginarse que de solo entrar en la facultad uno ya es arquitecto. —No nos dejó reaccionar y continuó—. También tenemos un asado en el dique del Río Sampacho con mis ex compañeros de secundaria.

Se venían unas vacaciones intensas.

Llegamos a su casa y nos recibieron sus padres. Su padre con ojos risueños nos miraba por encima de sus anteojos y su madre, una mujer morocha de ojos negros vivaces que transmitían cariño rompiendo cualquier tipo de distanciamiento fruto de la timidez.

Nos instalamos los tres en el amplio dormitorio

típico de las casonas de pueblo y rápidamente me sentí como en mi casa.

Al otro día fuimos a la escuela. Nos recibió la madre superiora, una mujer robusta de cara redonda con sus atuendos religiosos impecables, como salida de una estampita.

—Hola Fernando, hijo, que alegría verte, —dijo la hermana.

Nos besó a Guido y a mí, nos presentó a otras monjitas mientras les decía:

—Dios nos trajo a estos tres arquitectos que van a hacer el proyecto de la escuela primaria.

Fernando mostrándose orgulloso me dijo por lo bajo:

—No te olvides, ya les dije que vos sos maestro mayor de obra y que hiciste obras en Buenos Aires.

Respondí con una seriedad difusa:

—Sí, sí.

Las monjas nos despidieron encantadas habiéndonos comprometido a presentar en breve el proyecto. Al salir Fernando nos abrazó y dijo de manera enérgica:

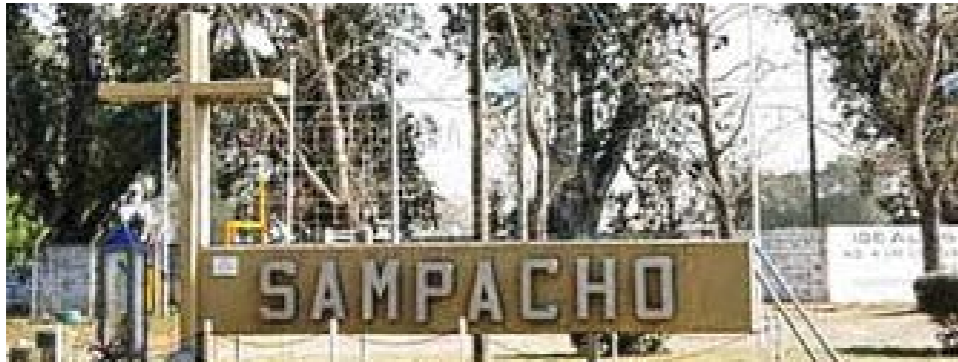
—Como decía mi abuela “a no cagarse que no hay quien lave”.

Así, que sin elementos para trabajar, ni papel ni rapidograf, escuadras o escalímetros, pero con gran la voluntad suplimos la falta de equipos y comenzamos a trabajar con los útiles de la escuela de los hermanos de Fernando. Utilizamos papel de almacenero blanco grisáceo y a mano alzada presentamos en una semana un anteproyecto con planta, fachada y perspectiva hecho con lápices de colores.

Al llegar nuevamente a la escuela las monjitas nos recibieron con masitas y café en una sala antigua del viejo colegio con toda la comisión de padres que ya conocían a Fernando. Él fue el encargado de explicar el anteproyecto con sus manos sabias y un punte-



En la casa de Guido Kosiner (al medio) trabajando para la Facultad.
Con Fernando Ossana a la derecha.



Entrada a ciudad de Sampacho terruño de Fernando.



Estado actual del Colegio La Consolata de Sampacho, Cordoba.

ro marcando sobre nuestros planos. Al terminar un silencio invadió la sala hasta que un padre con cara roja de la rosácea, de hombre de campo, me hacía acordar a mis parientes chacareros de 9 de Julio y Asamblea; exclamó:

—Bueno Madre Superiora ahora tenemos que trabajar nosotros. A ustedes los felicito, excelente proyecto. Se merecen un aplauso, —gritó mientras comenzaba a aplaudir entusiasmado el resto de los padres, a las monjas y a nosotros.

La sorpresa fue cuando se detuvo el aplauso y el mismo hombre nos dijo:

—Nosotros conseguimos la plata, haremos todo tipo de donaciones y ustedes donarán el proyecto para hacer esta escuela.

Así que además de haber ganado el concurso para el Centro de Estudiantes, teníamos el primer encargo; una escuela de 6 aulas, galerías y salón de acto.

Fernando se comprometió ante todos con un plan de acción. Desarrollar el proyecto y comenzar las obras para las vacaciones de invierno.

—Bueno muchachos ahora a descansar unos días y volvemos a Buenos Aires que hay mucho que trabajar, —dijo Fernando.

Guido reía no sé si por miedo, timidez, alegría, por eso o todo junto.

Yo por mi ansiedad característica, hubiese ido ese mismo día a desarrollar los planos de obra pero no fue así y pudimos disfrutar de unas buenas vacaciones.

Después de dos meses en Buenos Aires y habiendo desarrollado el proyecto volvimos a viajar como “los arquitectos” para la primera fiesta de recaudación de fondos. Para ayudar a entender el proyecto habíamos construido una maqueta que las monjas colocaron en el hall antiguo del colegio.

Llegamos. Lo primero que vimos al entrar fue un viejo escenario con un locutor improvisado que pre-



Los tres con la maqueta del colegio. Fernando a mi izquierda y Guido en el centro.

sentaba a Fernando quien se sentaba a tocar el piano. Tocó increíblemente y todos lo aplaudieron de pie. Luego habló la Madre Superiora agradeciendo el esfuerzo que iba a hacer la comunidad, dijo:

—También agradezco a estos jóvenes, ellos hicieron este proyecto, esta obra para educar a los hijos de Dios.

Al terminar de hablar pensé que finalizaba el acto, pero no. La sorpresa fue mayúscula. Nadie se movía, todos con mirada atenta, intrigados esperaban. Volvió a subir el improvisado locutor y comenzó un remate de metros cuadrados de lo que sería la escuela. Cada metro cuadrado surgía con una base y aceptaba hasta tres ofertas. El ganador podía ofertar varias veces. La unidad de pago eran las vacas, nunca había vivido algo así, era divertido escuchar.

—El primer metro cuadrado de la escuela quién lo compra, —preguntó.

—Dos vaquillonas, —gritó un señor bajito sentado en el fondo.

—Tres vaquillonas por el mismo metro, —dijo una mujer.

Así se fueron vendiendo los metros de nuestro proyecto y de la futura escuela.

Admiré la voluntad de esa comunidad, el cooperativismo que los unía. La misma impronta cultural de otros pueblos del interior que conocía y que gracias al trabajo grupal de su gente había crecido creando hasta grandes instituciones como la de Socorros Mutuos. Sentí la diferencia con el individualismo de Buenos Aires.

Surgía, entre los tres, una amistad con una dimensión cósmica de servicio a la comunidad, de militancia social, de afecto societario y unidad en la acción.

Como anécdotas divertidas de estos viajes para dirigir las obras recuerdo una tardecita de verano en la que Fernando nos desafió a ir a chuzar ranas al Río Sampacho.

Aceptamos el desafío y esa misma noche. Fuimos con una caña tacuara con una chuza en la punta cada uno, no era otra cosa que una funda de acero con tres clavos soldados. Llevábamos además un par de faroles de noche y una alforja para colocar el cargamento. Así preparados comenzó la cacería, preocupados los tres en quien era el que más ranas se llevaba. Nos dividimos en sectores y comenzamos a gritar cada vez que uno agarraba un bicho.

—Acá va una a la bolsa, —gritábamos.

Fernando con maestría y conociendo el terreno era al comienzo el que más gritaba hasta que Guido comenzó a guardar bichos en su bolsa casi de manera inmediata, una detrás de otra.

Yo chusé algunas, gritando en algún caso, pero Guido no paraba de reír y de contar. Parecía que todas iban a su lado. En un momento dijo:

—Tengo más de cincuenta, para mí ya es suficiente.

Con Fernando lo mirábamos asombrados. Acordamos en parar y volver a la casa donde nos esperaba la mamá de Fernando con una tinaja donde descargar la cacería.

El primero fue Fernando con unas veinte ranas.

Yo, el porteño, no creo que haya chuseado más de diez. A pesar de haber sacado algunas en Villa España con trapos rotos en un saco con un hilo.

Pero Guido tenía una bolsa enorme que se veía pesada en su espalda frágil. Fue descargando toda su casería sonriendo y riéndose satisfecho.

Al comenzar a vaciarla la madre y el padre de Fernando estallaron de risa ante la mirada trémula de Guido.

—Pero Guido ¿qué trajiste? Son sapos, —dijo el padre mientras reía.

A Guido se le terminó la sonrisa y le quedó la frase “Sos sapo de otro pozo”. Se tiró toda la cacería, los sapos habían orinado a las pobres ranas en la gran tinaja.

En uno de esos días de pesca en el río logramos atrapar una cría de mulita. Recordé que a mi padre le gustaba saborear bichos de campo y sobre todo la mulita que es herbívora y sabe muy bien. Me propuse llevársela a casa. Fue así que al volvernos a Buenos Aires agarré a la mulita que había puesto a vivir en un tambor de doscientos litros. El padre de Fernando la alimentaba a lechuga y maíz para engordarla. La metí en una lata, la envolví bien con arpillera, luego con papel madera y la llevé en el micro bajo el asiento.

Viajamos de noche. Yo iba del lado de la ventanilla; Guido al lado mío sobre el pasillo y Fernando atrás. Todo oscureció y los pasajeros comenzaron a dormir entre ronquidos y sonidos de todo tipo.

El rumrum adormecedor del motor de los viejos micros de la TAC fue alternado con un ruido de uñas que arañaban el metal, al instante nos dimos cuenta que los ruidos venían de nuestro asiento. Algunos pasajeros comenzaban a girar la cabeza y husmear ese ruido extraño e intentar descubrir de dónde venía.

Comprendí que la mulita estaba queriendo escapar y ante el temor que el bicho lograra salir y comenzara a correr y treparse por cuanto pasajero se le ocurriese; no lo dude y a pesar del frío, abrí la ventanilla. El viento gélido limpió el aroma confinado del ómnibus y volé la lata al exterior. Chau mulita. Guido comenzó a reírse y dijo:

—Bicho que no has de comer déjalo pastar.

Quedábamos a mano, ahora era él quien se burlaba de mí.

Redondeó el comentario de chanza sobre mi condición de porteño añadiendo:

—No es pa todos la bota ‘e potro.

Uno de los tantos conciertos que daba Fernando para recaudar fondos se organizó en el salón de actos de las Hermanas Escolapias de Río Cuarto. Recomendados por las hermanas del Perfecto Socorro habíamos comenzado un nuevo proyecto en Río Cuarto para las Hermanas Escolapias. Diseñamos una escuela en forma de espiral abierta tipo caracol para la cual tomamos de referencia el concepto de arquitectura de Alvar Aalto y su arquitectura funcional y orgánica.

El concierto comenzó con un programa extenso, primero interpreto a Chopin, luego Beethoven y al final el réquiem de Mozart. Mientras Fernando tocaba se cortó la luz y quedamos sin poder siquiera ver quién era el vecino de al lado. Fernando siguió tocando sobre un silencio profundo, vibraba la espesura de la oscuridad. Mientras lo escuchaba me transportaba a un bosque imaginario lleno de perfumes esotéricos y mágicos. Como si fuese sincronizado, durante los aplausos volvió la luz. Nos reconocimos, nos reencontramos como venidos de un viaje hipnótico y cósmico.

Levanté mi cabeza gritando:

—Bravo, bravo. ¡Amigo sos un genio!!!

Vi cerca de mí a su papá abrazando a su madre sumidos en un llanto de emoción y comprendí que Fernando había cumplido al ser pianista el sueño de su papá.

Al mismo tiempo, Fernando comenzaba a transitar en la política trabajando activamente en la Democracia Cristiana, eso despertó en Guido y en mí la idea de militancia y compromiso político.

No parábamos de generar proyectos, teníamos trabajo, éramos muy bien vistos por los otros compañeros y profesores así que decidimos asociarnos con Polo, el hermano mayor de Guido, armando una empresa de proyectos y construcción llamado Procon S.A. Estudiábamos, trabajábamos y viajábamos a obras en el interior. De lo recaudado destinábamos un diez por ciento a nuestra actividad política. Militábamos en el trotskismo de J. Posadas.

La política nos valió una trascendencia dentro de la facultad donde interveníamos en las asambleas junto a otros grupos. Era el tiempo del gobierno de Onganía. La actividad política y nuevos rumbos para los tres nos llevó a que fuéramos despidiéndonos en forma inteligente de nuestra unión aún perdurable en mis sentimientos y seguramente en la de ellos también. No podía compartir la idea de subvencionar con la plusvalía una idea política como era el Posadismo.

También influyó el golpe de Onganía y “La noche de los bastones largos” que sacudieron sobre mi lomo unos cuantos golpes y detenciones. Recuerdo el día que mi padre me cruzó subiendo la escalera a mi cuartito de estudio en la terraza. Me tomó de la solapa del saco; pensé que me iba a felicitar pero no fue así, me golpeó suavemente con su puño en el pecho y me dijo:

—Dejá todo eso ¿o vas a pasar a la clandestinidad? y te aseguro de que antes que te maten los milicos te mato yo.

Tenía razón mi viejo había estado preso por peronista en la Revolución Libertadora. Pertenecía a las filas del Partido Laborista dirigido por Cipriano Reyes.

Comencé a dejar la militancia.

Muchos años después reencontré a Guido en el recuerdo de uno de sus clientes. Un juez al que le había hecho su casa en San Carlos, Salta, cuando pregunté si lo conocía, me respondió, mientras compartíamos un festival de empanadas:

—Sí, como no lo voy a conocer a Guido, el trosko. El hizo mi casa.

Me invitó a verla y vi en ella la sensibilidad de este amigo arquitecto que seguía los pasos del gran maestro Eduardo Sacriste y su concepto de construir con las técnicas propias del lugar y con economía de recursos.

Quiero testimoniar en este libro el agradecimiento y afecto a estos hermanos de la vida, Fernando y Guido.

Pasaron muchos años sin comunicarnos, luego empezamos a hacerlo esporádicamente. Fernando vivía en Buenos Aires y Guido había vuelto a Salta. Cerca del 2014 Fernando, habiéndose quedado viudo y con su dolor auestas, nos invitó a su casa a comer guiso de lentejas. La sorpresa fue encontrar ahí al hijo de Posadas y su compañera. Yo fui con Lily, impecablemente vestidos. Mi amigo Fernando seguía siendo un

verdadero militante del trotskismo posadista y aún tenía la intensidad de catequizarnos para este movimiento. Nos comenzó a mostrar y regalar documentación editada por él y el hijo de Posadas.

—Comprendo y respeto la lucha de los pueblos pero comprendí lo que decían mis ancestros, especialmente mi abuela Maximina, “Cuida los chelines hijo, que las libras se cuidan solas”. Practiqué esta disciplina teniendo varios chanchitos de alcancía con lo cual me transformé la mitad en un burgués capitalista y la otra en un militante artístico y crítico del consumismo. En esa contradicción se mueven los desvelos de mi vida.

Hubo un silencio prolongado y respetuosamente Fernando dijo:

—Describiste tan sintética y poéticamente tus principios que cuesta rebatirlos y aún sin compartirlos, siempre te respeté, aun en las diferencias. Y sé que con Guido fue lo mismo. Así que amigo brindemos por todos. Por Posadas, por Trotsky, por Smith y por Keynes.

Luego Fernando me envió un mail con una prosa poética que hoy escribiendo estas líneas aún me emocionan.

(Mail original en la siguiente página) →



Maqueta que presentamos del Colegio de la Consolata para recaudar fondos año 1962, los tres con la alegría de nuestra primera obra

De: Fernando Ossana [mailto:arqoss@yahoo.com.ar]
Enviado el: sábado, 12 de abril de 2014 06:56 p.m.
Para: edgardonelsonrodriguez@gmail.com
Asunto: Hola

Querido amigo y camarada.

Como si fuera un eco de un pequeño big bang que quiere ser eterno; como el sonido de una bordona bien tocada que se resiste a dejar de ser sentida, así estoy todavía luego de tu abrazo del miércoles. Y con la excelente publicación de esta parte de tus obras que me obsequiaste, tengo material para hacer que ese fuego dure mucho rato.

Te agradezco un montón todo lo que viví. Pero sobre todo agradezco a la vida que me haya hecho sentar a tu lado el primer día de aquel memorable curso de ingreso en las desteñidas aulas de independencia, que aún así cobraban una vida especial como telón de fondo de láminas y croquis expuestos. Le agradezco a la vida que durante todos estos años (y copiando un viejo proverbio irlandés) "nos ha sostenido en la palma de su mano".

Te mando un abrazo y parte de esta colección de pensamientos célebres que, también yo, voy por las calles y baldíos de la vida recogiendo, aunque -a diferencia tuya- todavía no me sale ninguna obra de arte.

Caríños
Fer

ENR

De: Edgardo Rodríguez [edgardonelsonrodriguez@gmail.com]
Enviado el: lunes, 14 de abril de 2014 05:03 p.m.
Para: 'Fernando Ossana'
Asunto: RE: Hola

Querido amigo, alma gemela. Sigo con la emoción en mi corazón de los encuentros que nos ofrece la vida con seres iluminados como vos que sigue el sendero que nos toca con la humildad de un grande.

Vi tus manos
Que hablaban solas
Vi tus manos
Con la paz de la música
Vi tus manos
Con el canto de la ideología
Esas mismas manos con que me abrazaste
Como hombre bueno
Esas manos que transpiran pasión, alegría y esperanza

Gracias amigo mío por estar, porque estaremos a pesar de mi camino emprendido a la vida, absorbido por lo metálico pero un buen combatiente es el que se muestra de una manera y está sintiendo de otra. Siento el acompañamiento que tuvimos y admiro tu coherencia que se expresa en tu mirada y en tu sonrisa con la paz con que te vi, siento que siempre vamos a estar muy cerca. Es verdad todo sirve... menos el capitalismo.

Te das cuenta que me seguís enseñando cosas? Me animo a decir hasta la victoria del alma siempre!

Tu hermano
Edgardo

En la universidad hubo días difíciles. Los milicos intervinieron la UBA de la mano de un cipayo del Opus Dei; Julio Botet e inmediatamente comenzaron a renunciar los profesores que habían creado una universidad con un nivel académico de relevancia mundial. Los jóvenes estudiantes quedamos como crías abandonadas pero con una gran preparación universitaria y política, esto nos permitió reagruparnos en niveles de estudio con igual vocación militante pero ya apartado del trotskismo posadista.

No tenía amigos, eran todos compañeros de ruta, mi tarea era estudiar trabajar y recibirme lo mejor y más rápido posible.

Luego de la intervención universitaria era difícil encontrar profesores con libertad, supuesta, de pensamiento. Una de las mejores opciones era la cátedra neutra políticamente dirigida por el arquitecto Martín para cursar la última etapa de diseño. Eran todas caras nuevas, algunas indiferentes, otras apesadumbrados, desconcertados. El gobierno militar estaba dejando mella en todos y en todo.

Hasta que una tarde de taller, entre esa multitud insonora, se acerca un personaje preguntándome si podíamos hacer equipo.

Me llamó la atención su figura impecablemente bien vestido con porra tipo Astrakán pañuelo al cuello, saco cruzado, pantalones haciendo composé y un andar tipo tanguero. Además muy buen mozo. Su nombre era David Trashter.

—¿Vos sos Rodríguez, no? Venís del taller de Odilia Suárez.

—Sí —le respondí con intriga.

—¿Y ya formaste equipo? Si no lo hiciste podemos formar equipo juntos. Yo vengo del taller de Wladimiro Acosta.

Ahí me di cuenta que los dos veníamos de talleres con clara orientación a la izquierda.

—No, no formé equipo.

—Bueno yo conozco tus trabajos como el de fin de año pasado y también la famosa perspectiva de trescientos sesenta grados que armaste como una calesita en Composición I. Fue muy divertido porque todos nos metíamos dentro de ella y veíamos el entorno completo, qué buena idea. Capo, si aceptás va a estar fenómeno.

—Sí, como no, formemos equipo y terminemos esta odisea; —respondí.

Nuevamente en mi vida se presentaba una alianza de energías ancestrales. Este gran hombre formó parte de mi vida convirtiéndose en un gran amigo.

David era muy seductor. Utilizando su carisma armó un equipo heterogéneo con el fin de demostrar que podíamos ser los mejores. Formaban este grupo Jorge Talone y el Flaco Delgado, este último casado con dos hijos, ya trabajaba en un estudio de arquitectura. Grolwald, un muchacho temeroso y obediente, de prematura pelada que lo envejecía. Carlos Laurens, quien quería casarse con su novia en cuanto terminara de estudiar, tenía un departamento en Boedo que nos sirvió para montar el estudio y desarrollar el proyecto de fin de curso. Carlos Mori, un veterano estudiante con recursos limitados que pensamos que era un “tira” de la policía. Elsa Damato era lindísima mujer, de tez morena y ojos andaluces con caderas, piernas de gacela y voz de locutora. Era realmente muy bella. Nos merecíamos tener a esta mujer en el equipo aunque no fuera mucho lo que trabajaba. Siempre pensé que David tenía sus secretos con ella. En el estudio David se encargó de la logística, de cuidarnos, de que no faltara nada.

Teníamos mesas de dibujo, papel, escuadras y artículo de limpieza. Fue más que un compañero del infortunio, un amigo. Trabajamos cada uno en su rol. A David no le gustaba usar el lápiz y menos el rapido-

graf, pero era muy ordenado, nos hacía cumplir el cronograma con todas las etapas. Finalmente llegó el día de la última entrega, tuvimos que contratar un flete para llevar la cantidad de trabajo ejecutado. Entramos triunfantes a la facultad ante la mirada atónita de la cátedra. Habíamos demostrado nuestra capacidad de acción en un grupo proveniente de diferentes talleres renunciando y haciendo honor a sus profesores.

David al finalizar el día me dijo:

—Gallego, trabajemos juntos. Vivo en el Pasaje Tres Sargentos, en un dúplex que hizo el Ingeniero Villar, un precursor de la arquitectura racionalista.

Yo estaba de novio con Marta, pronto a casarme, salíamos habitualmente los tres más alguna señorita que siempre él tenía.

Yo era un tirado, no tenía un centavo. Con Marta

para llegar a comprar el primer departamento juntamos peso sobre peso pero David tenía una generosidad espontánea y extrema. Nos llevaba en su Peugeot 505 rojo violento con volante de cuero a restaurantes como “El hueso perdido” en Olivos y siempre pagaba él, hasta la propina.

David sabía lo que era sufrir apremios económicos. Venía de una familia de judíos luchadores. Sus padres eran inmigrantes de Polonia.

Doña Frida, fallecida cuando nos conocimos, vendía tomates y verduras. Su padre, un gran trabajador, en un momento comenzó a curtir cuero de zapatos hasta llegar a convertirse en el principal productor de cuero sin pelo como yacarés, sapos y lagartos. Así fue como construyeron un emporio económico y gracias a todo eso se financiaban nuestros proyectos.



Ultimo trabajo de Comprensión V. Una urbanización de mil viviendas con Centro Comercial, Locales y Teatro. David lo guardo durante más de veinti cinco años



Nota del diario La Nación del 22 de abril de 1970, haciendo mención al proyecto Argentino de viviendas colectivas en Asunción del Paraguay.



Perspectiva Clínica Modelo Pilar (Pilar - Buenos Aires). Proyecto: De Bonis - Traschter - Rodríguez (Año 1975).



Fachada del edificio de la calle 3 Sargentos 436. Nuestro estudio era el dúplex con balcón a la izquierda de la entrada.



Durmiendo sentado en plena entrega. Foto sacada por David Traschter.

PRIMER ESTUDIO DE AMIGOS ARQUITECTOS

David había dicho que en los primeros tiempos los gastos del estudio y los retiros de honorarios que hacíamos a cuenta estaba dispuesto a bancarlos. A cambio yo trabajaría todo lo que hiciera falta.

Se sumó al equipo Abel De Boris. Un vecino del Barrio de Mataderos también arquitecto.

Nos divertíamos mientras comenzamos a crecer como estudio. El Pasaje Tres Sargentos estaba rodeado de un clima bohemio, situado frente al bar "Bar o Bar" donde coincidían toda clase de artistas del movimiento del Di Tella como Rómulo Maccio, Jorge de la Vega, Felipe Noé, entre otros nombres reconocidos.

Desde el balcón de nuestro estudio veíamos "la hora de la trampa", entre las doce y las quince horas funcionaba pegado a nuestro edificio un hotel alojamiento. Apostábamos entre nosotros con el fin de descubrir cuál era la pareja de amantes furtivos que atravesaban su puerta.

David tenía un éxito admirable con las mujeres. Era fachero, pinta de tanguero y empilchaba muy bien. Siempre nos presentaba nuevas parejas. En una oportunidad me dice:

—Gallego lo voy a saludar a Pechersky y vuelvo.

Pechersky era un reconocido arquitecto que vivía en el dúplex de al lado.

—Dale, como unos sandwichitos y sigo laburando.

Pasados unos minutos golpean a la puerta.

—Por favor abra, abra. Necesito ver a David, —gritaba una voz de mujer.

Fui hacia la puerta, la abrí y me encontré ante una mujer despampanante, cabellos rubios, cuerpo escultórico cubierto por un vestido a rayas de varios

colores que resaltaban aún más sus formas.

La hice pasar. La veía preocupada, casi desenfocada.

Dentro del departamento le digo:

—Está bien, está bien, ya viene. ¿Te puedo servir algo?

—No, no, gracias, dijo cruzada de brazos mientras no paraba de caminar alocadamente por el salón.

—Bueno, bueno pero ¿qué te pasa? A qué se debe tanta desesperación, —le pregunté.

—Cómo no voy a estar desesperada si estoy embarazada, me embarazó y se borró.

—Bueno calmate se va a solucionar. Tenés que conversarlo con él.

Mientras intentaba consolarla comienzo a escuchar risas muy cercanas que venían del departamento del vecino de la pared contigua o del pasillo. Del estudio de Pechersky.

No pudiendo más con la situación, abro la puerta para ir a buscar a David y me encuentro con este grupo de amigos saliendo al pasillo que no paraba de reírse. Era una joda de David y la mujer era Teté Coustarot que comenzaba su carrera de modelo.

Abel era muy aprensivo y bastante fóbico a todo. Recuerdo un día que David trajo un chasco simulando una vomitada de gato y se la puso sobre el tablero de dibujo. Abel se descompuso, tuvimos que ayudarlo a reponerse.

El entresuelo de nuestro estudio balconaba sobre el salón de la planta baja donde había un estudio fotográfico que trabajaba con personajes famosos. En una oportunidad apareció una mujer exuberante que se vistió de corista con medias de red, un corsé ceñido a su cuerpo que se movía y posaba con rapidez. Estaba haciendo un book para ir a trabajar a Chile. Abel comenzó a espiarla y a hacerse los ratones. Así que discretamente bajé y comencé a hablar



Foto que formó parte de la Memoria Descriptiva del concurso de la Urbanización del Chacabuco Golf Club (Chacabuco - Pcia. de Bs.As.).

con ella, sin que Abel lo advirtiera, hasta lograr que él y ella tuvieran un encuentro. Lo dejamos solo con su conquista hasta que al rato sentimos desde la otra habitación un montón de puteadas a la bataclana y a nosotros. Abel había descubierto que era un travesti. Esto nos valió un buen enojo de su parte.

Siempre mis amigos o amigas tenían una sensibilidad especial que hacía que nuestras relaciones parecieran añosas, fluían nuestras energías.

Con el tiempo, nos dimos cuenta que el estudio no daba para que viviéramos tres arquitectos así que nos dividimos. Con Abel De Boris formamos una empresa de construcciones. David se casó y se fue a vivir a Nueva York. Mientras el emporio Trascher se desmoronaba.

Aquella etapa de mi vida quedó grabada en mi memoria. Fueron muchos los momentos vividos en la amistad, el estudio y la profesión.

DAVID

Muchos años después, yo recién separado de Marta, mi primera mujer, madre de mis hijos, comencé a salir con una bailarina de tango, su cuerpo era escultórico, con el porte de una verdadera muchacha de arrabal y toda la efusividad de la mujer napolitana. Un sábado a la noche me invitó a ir a bailar tango.

—Venís conmigo el sábado a la noche a bailar tango al Club Almagro de la calle Medrano, —preguntó.

—Yo bailo tango de arrabal y vos sos una bailarina de salón —respondí.

Nos reímos y antes despedirnos, le dije:

—No me extrañes, ni vuelvas embarazada.

Ahí pensé que podía perderla pero recordé el dicho “que hasta la hacienda más bagual viene al jagüel con la seca”.

La próxima vez que nos vimos, luego del baile del sábado y mientras nos dábamos otros abrazos fogosos y recorría su cuerpo lentamente, le pregunté:

—Qué tal, ¿cómo te fue en el baile?

—Bailé con un tipo muy arrabalero pero a la vez de salón. Es el que diseñó e hizo la pista de madera en la que se debe usar talco para que resbale el zapato. Me pareció un sofisticado arquitecto con bastante facha y me llevó hasta mi casa.

La miré con desconfianza.

—No tonto —dijo mientras ponía su dedo en mi nariz y sonriente continuó—, no lo hice subir.

Mientras la escuchaba se cruzó por mi cabeza la figura de David. No podía ser, pero me aventuraba a adivinar. Sentí la presencia de ese gran amigo al que se lo habían tragado los horizontes inciertos de la tierra. Ella siguió, creo que para provocarme celos:

—Tenía una porra con un cabello precioso, ondulado con un pañuelo blanco en el cuello.

—Bueno, ya sé, bailaste con David Traschter. —Ella me miró sorprendida.

—Sos un turro celoso, fuiste a verme bailar y a controlarme. Yo te canto la justa, el próximo sábado le prometí bailar sólo un tango y si no me crees vení conmigo.

Estaba sorprendido de saber de David a través de esta hermosa mujer.

—Mirá, te propongo lo siguiente, —le dije—, mientras bailan le subís tu mano de los hombros al cabello y le decís: Qué hermoso cabello que tenés, es como un Astrakán.

Ella aceptó el juego. Fue a bailar al siguiente sábado, luego nos encontramos en su departamento. Siempre a media luz donde bailábamos una larga danza horizontal.

No quería preguntarle nada pero ella más aplomada, sin generar ninguna ironía femenina me relató:

—Te cuento sobre tu amigo. Bailamos el tango Tinta Roja y en la mitad de la pista le dije “qué cabello más lindo tenés, parece Astrakán”. —Mientras hundía mis dedos entre ese laberinto de rulos sedosos. Se sorprende separó su rostro y me dijo, todo turbado...

—Sí, sí, éso mismo me lo decían en la facultad mis compañeros.

Seguimos bailando pero sentí que se había quedado intrigado. Me volvió a llevar a casa sin antes pedirme que le convide un café.

Le dije que no, que nos veíamos el próximo sábado.

Pensé “el diablo pierde el pelo pero no las mañas”, en este caso no había perdido ni el pelo.

Entonces le dije:

—Me interesa volver a verlo, pero hagamos un paso más para su intriga y saborear más el encuentro.

—Ahora decile “qué bien bailas Chuny” ese era el apodo que él tenía en Mataderos.

Se rió picarescamente y prometió decirlo.

Al próximo domingo bien temprano, María Teresa me llamó:

—Edgardo, fue impactante. De nuevo en la mitad de la pista y del tema le digo en el oído “qué bien bailas Chuny”. Esta vez me soltó se paró ante mí, cosa no común en los tangueros, y mientras las demás parejas nos miraban, me preguntó casi en forma desquiciada...

—¿Quién sos vos? ¿De dónde saliste? ¿de dónde me conocés? ¿cómo sabés eso de mí?

—Serenamente le dije: Soy la amante de Edgardo Rodríguez.

—Noooooo, no puede ser, ¿del gallego? Ese atorrante te merece, mirá que me hiciste caer. Decime, ¿dónde está? ¿Qué es de su vida?

Así fue como nos reencontramos nuevamente; a través de una broma con la mujer que queríamos compartir.

A los pocos días lo llamé. Me atendió. Los dos estábamos muy emocionados. Hablamos de nuestras vidas. David se había separado de Enriqueta, tenía dos hijos grandes, también se había fundido. Con el poco dinero que le quedó se compró una vieja casona de principios del siglo XX en el barrio de San Telmo. Entendí que no tenía un peso y ya sabía que en la vida hay que premiar a los generosos, a las buenas personas y David lo era.

Después de un tiempo le ofrecí vernos. Dada su situación económica le propuse, recordando su generosidad anterior, cocinar una vez por mes para un grupo de amigos y familiares de él, unas veinte personas.

—Voy a cocinar a tu casa, no te preocupes yo llevo todo lo que haga falta, —dije.

Así fue que nos reunimos. Llegué a su casa, cociné una buena fabada. Nos reunimos sentados a la mesa del patio de su casa donde tomamos unos vinos charlando hasta la madrugada.

Me sentía feliz, había recuperado a un gran amigo.

Recordé a Leonardo Da Vinci creando sus recetas de cocina.

La cocina de David sabía a una de fonda repleta de



Paella.



Preparación y resultado final de la *Morcilla Catalana*.

sabores y aromas de todo tipo. Organicé a la tropa sedienta de comensales en una larga fila como hacía en mi época scout, y con un plato hondo en la mano, cada uno se servía el caldo madre primero y luego las carnes a su gusto. Cada convidado tenía la posibilidad de agregar salsa con ají puta parió o salsa verde con cilantro, ajo y perejil.

Nadie hablaba y yo cansado dejé la cocina al libre albedrío de cada uno recibiendo felicitaciones mientras tomaba vino en bota sintiéndome casi asturiano.

Hubo un aplauso unánime. Todos se anotaron para la próxima cena y un abrazo fraterno con mi amigo David cerraron el reencuentro.

Siguieron otras noches y comilonas en las que cociné: guiso de lentejas, puchero, bagna cauda, pastas con varias salsas y lomito con pan, con ajo y morcilla a la catalana en sándwiches, expresando de esta manera a este hermano de la vida el agradecimiento a su generosidad.

Al poco tiempo David comenzó a no sentirse bien

Morcillo a la catalana
 con pan con ajo

Sobre una asadera, colocar una película de aceite de oliva
 Cortar rodajas de cololla de 5mm es peser y tapar al fondo de la asadera cubriendolo
 Poner sobre la parrilla o sobre los brasas
 Aparte cortar en rodajas la morcillo en espesores de 1cm, sacarlo la piel
 Cuando la cololla este rehogada, colocar las especias: oregano, pimiento, y polvorear con salvia,
 Finalmente se colocan los dedos de morcillo cuando comienzan a tener brillo, servir
 Con rodajas de pan a la parrilla tostados con ajo, aceite de oliva y especias

Receta de *Morcilla Catalana*.



Fabada Creativa.



Paella.

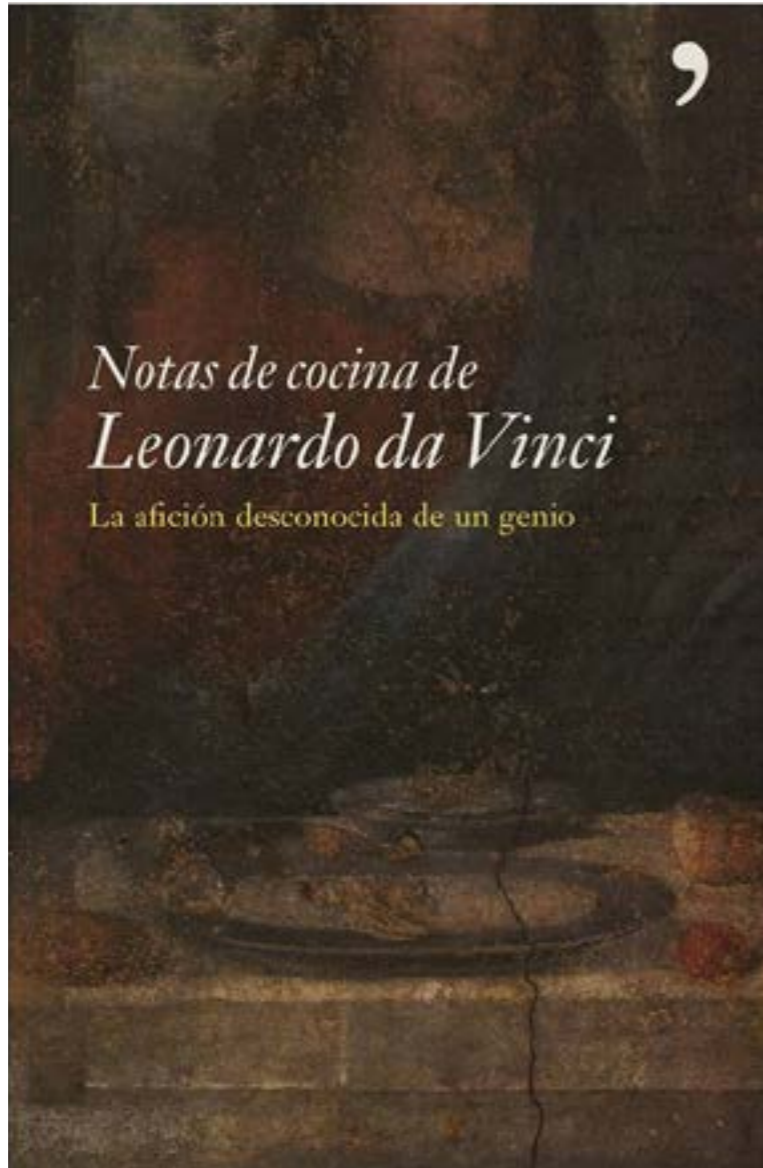


Pan de ajo.

Receta de fabada
 Para fue cada comensal arne su plato
 Salsa base para (20)
 Colocar 1/4 de aceite de oliva
 Contar 3 ajos en filetes
 Colocar 2 ajos duros de ajos sal pabr entao
 Cuando los ajos comiencen a estar dorados
 Colocar 8 cebollas cubeteadas
 Colocar 1 kg de zote horizo cortados en cubos
 Colocar 6 morros cubeteados
 Apagar especias, pimienta en grano, orégano
 salvia
 Cuando la cebolla se haya dorado
 Verter un litro de vino blanco Torrontes
 Luego verter caldo de verduras
 Hacer hervir porotos pelados previamente
 cocinados (cantidad 2 a 3 kg., arrosados
 con una cebolla, y diente de ajo)
 Cortar chuclos en rebanadas
 Dejar hervir
 En cazuela aparte hacer las carnes
 y marriscos
 1) Ajufado de Marriscos (cantidades a gusto)
 - cortar pulpos en dedos previamente cocinados
 sacando el agua y secando y sacando 3
 veces del agua hirviendo
 - preparar calamares hirviendolos conservando
 el agua
 - preparar mejillones, almejas, cholgas
 - Hacer una salsa a base de ajo, cebolla cubetada

tomate whiteado, porros nes cubeteados
 Cebolla colorada juliana, y cuando la salsa
 apagar los marriscos.
 2) Pollo al verde (Ajufado) cantidades a gusto
 Saltear en aceite de oliva cubitos de pechugas
 Hacer una salsa con aceite de oliva, vino blanco
 con cebolla whiteada, ajo picado, diente de
 ajo, laurel, cebolla de verdeo
 Apagar el pollo whiteado dorado
 3) Carne de cerdo (Ajufado) (cantidades a gusto
 al primoton
 Saltear en aceite de oliva cubitos de carne de
 cerdo con ajo y laurel
 Hacer una salsa con cebolla whiteada
 morros whiteados, ajo picado y diente de ajo
 apagar vino blanco
 Poner especia a gusto y cocinar con especia
 caliente y primoton
 Cada comensal se sirve sobre la salsa
 base la carne o marrisco que le agrada
 Cuando en su propio plato
 Como condimento adicional hacer una salsa
 picante con
 aceite de oliva
 ajo picado
 algunas mejillas picadas
 cortar ajos duros
 cortar morros
 luego apagar ajo molido y abundante aceite de oliva

Receta de Fabada Creativa.



Portada del libro "Notas de cocina" de Leonardo Da Vinci.



Platos de cerámica de distintos países que utilizo para agasajar a familiares y amigos.



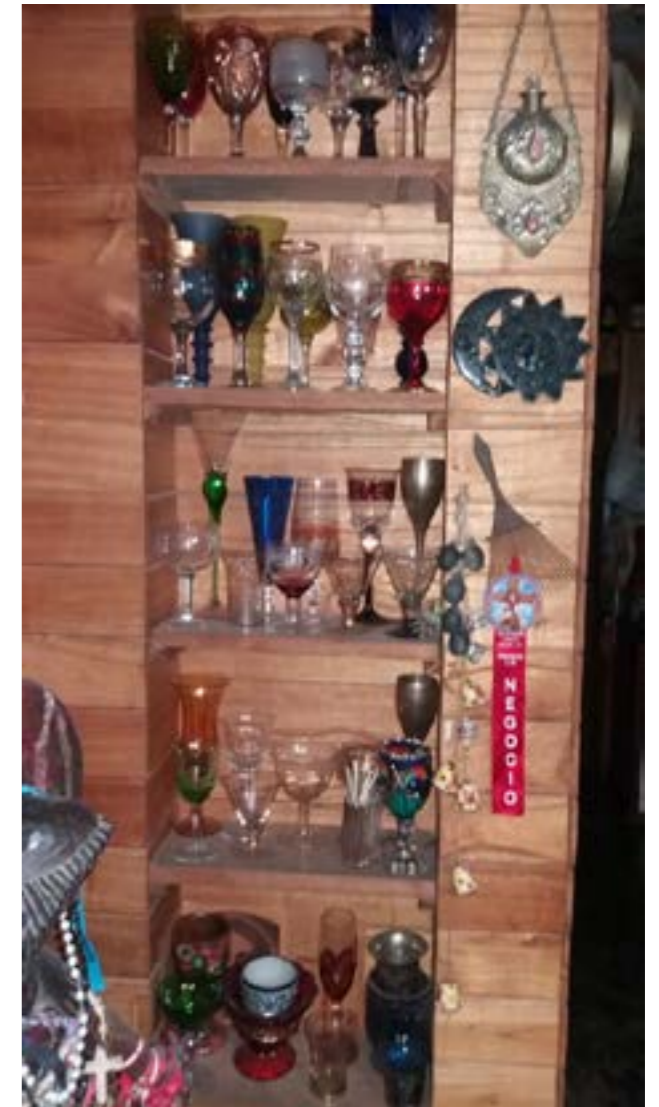
Mercurio Furchi mostrando un helado con crema "Arco Iris" el gusto creado por mi.



Panel de gustos de helado donde figura mi creación la crema "Arco Iris"



Botellas de vino producido en botellas recicladas y etiquetas originales.



Copas traídas de anticuarios.

hasta que una noche me llamaron sus hijos para decirme que lo habían internado de urgencia. Lo fui a ver, estaba en la Clínica del Sol. Lo encontré en coma. Pregunté al médico que pasaba y me dijo:

—Tiene problemas de médula.

Mi gran amigo, ahí en la cama, con máscara respiratoria y cánulas por todos lados. Su mente detenida. Se me oprimió la garganta mientras escuchaba el bip, bip que marcaba el paso de su agonía.

—¿Qué se puede hacer doctor?, —pregunté—. Somos amigos hace más de treinta años.

—Bueno mire, si puede venga a verlo todos los días a la misma hora y háblele pausadamente recordando pasajes de la vida que compartieron.

Así que eso hice, comencé a visitarlo todos los días. Le hablaba de las cosas que habíamos compartido, de las mujeres, de nuestros hijos y de todo tipo de historias.

Hasta que un día movió los dedos violáceos de las infiltraciones y abrió lentamente los ojos como volviendo de un viaje interplanetario.

Salió del coma y del hospital. Sus hijos y Enriqueta lo acompañaban mucho. Vendió su casa de San Telmo y se fue a vivir a un departamento en la calle Carlos Pellegrini esquina Posadas.

Demostró una voluntad sobrenatural e inquebrantable para sobrevivir haciéndose diálisis todos los días. Yo no dejaba de visitarlo. Un día me dijo:

—Gallego que bien la pasamos, que linda que es la vida y turro me vas a sobrevivir.

—No seas chambón y además siempre nos vamos a volver a encontrar aún en otra dimensión.

—Vos siempre con tus planteos esotéricos. —Me respondió lentamente.

Era cierto, a los pocos días en una noche extraña de primavera me dejó. Me llamó su hijo mayor y entre lágrimas dijo:

—Mi viejo falleció.

Hoy, después de muchos años, escribo estas líneas y me acongojo.

—Sí amigo sobreviví, pero vos te llevaste a ese Edgardo que estaba en vos. Gracias y cuanto te extraño.

Fui al entierro. Me acompañó Lily, fue en el cementerio “Vientos de la Colina”. Ese día había mucho viento el que parecía llevarse la energía de su alma. Lo enterramos bajo un árbol centinela que le hacía de corona.

CAMINANDO CON OTROS AMIGOS

Siempre mis amigos, amigas tuvieron y tienen un tinte de sensibilidad que los diferencia e identifica.

Con el Ingeniero Alfredo Palacios habíamos tomado una obra importante en Park Davis de Escobar. Parte de nuestras tareas era contratar la instalación de los aires acondicionados. Pedimos presupuesto a varios proveedores y entre ellos apareció un personaje particular, vestido como un señorito inglés, pantalón gris pinzado, saco gris con pitucones, zapatos y portafolios color grises. Era Néstor Mastrangelo. En esa época mi pareja era Zully, quien me había educado en las pilchas, a vestir armoniosamente y con estilo. Por lo cual me detuve a observar su vestuario. Estaba obsesionado con la ropa y la estética, tenía sacos y pantalones de colores, casi todos italianos, me hacía masajes en el pelo para evitar su caída. Observé que Dady, ese es el apodo de Mastrangelo, tenía un gran estilo y porte.

Con el tiempo comenzamos a frecuentar cenas y salidas con nuestras respectivas mujeres y nos fuimos haciendo buenos amigos. Hasta que un día Dady, me dice:

—Edgardo me estoy por separar. Ya estamos muy mal y me tenés que hacer pata, esta noche en casa tenés que decir que hay una emergencia en el aire acondicionado del laboratorio. Me tengo que rajar de casa por cuatro o cinco horas.

Me confesó que estaba saliendo con una mujer joven y esa relación precipitó su separación. Al poco tiempo Dady se separa. También yo estaba separado de Zully. Ella vivía en su departamento, yo en el mío. Después de mi separación con Marta me costaba mucho estar nuevamente en pareja y pensaba que este tipo de relación era mejor.

Dady al separarse vino a vivir a mi casa. Tenía un huésped que después de muchos años de matrimonio comenzaba a transitar la libertad de la conquista femenina. Ese juego vital de entrega, de riesgo, de avances y retrocesos, esos juegos del amor del que tanto me enseñaron mis tíos Blas y Salvador, consejeros en esos temas candentes.

Dady estaba en un momento de mucha confusión, yo aprovechaba para contarle mis aventuras tempranas. No compartíamos cenas ni desayunos porque los dos teníamos un ritmo horario diferente pero cuando podíamos nos sentábamos a conversar y tomar un buen vino. Tengo con Dady una gran amistad que existe hasta hoy, sintiendo mutuamente el apoyo humano y profesional, a pesar de la distancia o el silencio.

Debido a mis exposiciones, llevando mis obras a ferias internacionales, viajamos varias veces juntos. Compartimos Inglaterra, Irlanda, Nueva York, Turquía, Marruecos e Isla Santa Lucía en el Caribe. Formamos un buen equipo de entendimiento humano, viviendo el montaje de las obras y muchas aventuras. Lo destacable fue el interés que Dady mostró siempre por las artes plásticas, con humildad disminuía su autoestima diciendo que no entendía de pintura

pero estaba siempre abierto a aprender. Yo lo estimulaba, le decía:

—No hay que tener miedo al ridículo porque el cielo es el límite.

Entonces abría sus alegres ojos, quedándose sorprendido.

Sentía que le inyectaba una dosis de energía para que despierte y se anime a sacar a su niño interior.

Creo que al arte no hay que entenderlo hay que sentirlo.

Decía Picasso:

“Me llevo toda la vida aprender a dibujar como un niño”.

Dady es un excelente cocinero, especialista en pizzas. Creo que el acto de cocinar conlleva creatividad, generosidad y gratitud.

Cuando compartíamos mi oficina compramos un horno de barro y todos los viernes él nos cocinaba pizzas de distintos sabores, roquefort y pera, panceta y mariscos eran sus especialidades. Era nuestro ritual de cierre de la semana laboral.

Otro amigo entrañable, poseedor de una gran energía creativa, es el tano Franco Neri, su nombre artístico; de origen siciliano su verdadero nombre es Francisco Carabotta. Fue modelo, actor de fotovelas, luego representante de modelos y terminó dedicándose al paisajismo. Nació en la misma ciudad que mis abuelos maternos: Siracusa. Evidentemente el origen energético es el mismo que el de mis antepasados.

Recuerdo como lo conocí. En Tortuguitas, junto a mis socios Moure y Palacios. Teníamos en venta una mansión ubicada en el paraje Yei-Porá, sobre un terreno extenso a la vera de un arroyo. La casa fue realizada por mi empresa de ese momento y utilizamos para su creación materiales recuperados de la Mansión Borlengui, del ex ministro del interior de Perón.



Con mi gran amigo Dady.

Era una propiedad que seducía de solo verla con su frente de ladrillo a la vista, enormes ventanales y su gran chimenea sobresaliendo sobre un techo de pizarras.

Una mañana me llaman de la inmobiliaria Salotti, quienes tenían en venta la casa, y me dicen:

—Arquitecto, cuando pueda venga, hay un interesado en la casa.

Coordinamos y fui esa misma semana.

Al llegar me encuentro con un tipo que baja de un Mercedes Benz color celeste y con una antena en la luneta, raro para la época.

Iba bien vestido con la camisa bastante abierta, pelo en el pecho de donde colgaba una cadena de oro con el mapa de Sicilia y en su muñeca izquierda una pulsera del mismo material.

Pensé; ¿quién es este personaje?

Recorrimos la casa ante el asombro del visitante mientras me hacía interminables preguntas técnicas que no llegaba a responder tan rápido.

—¿Y este fuste de chimenea de mármol tiene registro?

—¿Y este piso de roble de Eslavonia esta entarugado o clavado?

—Las tejas ¿son francesas, las que llaman lajas de la nieve?

Y la pregunta más interesante fue:

—¿Y estas carpinterías las hizo Klockner?

Klockner había sido una empresa ya inexistente que había estado más de cincuenta años haciendo carpinterías metálicas de hierro y bronce en el Banco Nación.

Le pregunté a que se dedicaba, me sorprendían sus conocimientos en el tema y dijo seriamente:

—Al paisajismo.

Sacó fotos, dijo que volvería con su mujer.

Me extrañaba ese personaje, quería saber quién

era así que al despedirme de la inmobiliaria les dije que sigan a este contacto para ver qué pasaba.

Al otro día nuevamente Salotti me llama para decir que había otro interesado y esta vez era el famoso peluquero Miguel Romano. Nuevamente fui a Escobar, me encontré con Miguelito Romano, su mujer y el chófer de ambos.

Miguel fue al grano, preguntó inmediatamente el valor de la casa y dijo que dudaba en comprarla porque estaba muy cerca del camino y había otra casa que tenía en vista en Ingeniero Maschwitz. Esa casa era nada menos que la mansión de Saavedra Lamas, nuestro primer Premio Nobel de la Paz, pero había que restaurarla. Ante su duda rápidamente le sugerí:

—No lo dude, compre esa casa. —Dije enfáticamente—. Soy arquitecto. Le propongo conocer esa casa y hacerle el ante proyecto; si le gusta me contrata.

Aceptó y pronto fui a conocer la casa. Había perdido un potencial comprador para la mansión pero había ganado un nuevo trabajo. Así que le dije a Salotti:

—Visité la casa que quería comprar Romano. Era un palacio clásico con la necesidad de ser querido, de ser resucitado.

Quedé en volver y así lo hice. Le propuse a Miguel y a su señora Mercedes que espere una semana para poder hacerle un ante proyecto con perspectiva, para cumplir con las necesidades que él requería.

Desarrollé un ante proyecto que incluía un pequeño micro cine, un casino, dormitorios de huéspedes, un quincho y pileta de natación. Todo estilo neoclásico. Al verlo quedó fascinado, la propuesta presentada definió la compra de la propiedad y la posibilidad de que yo dirija la parte gruesa de la obra.

No cobraría honorarios a cambio de que él me recomendara a sus clientes. Para mí era un divertimento, no sólo la realización del trabajo sino por acercarme y tratar con el fascinante mundo de la farándula,

gran parte del ambiente artístico concurría a su peluquería.

La terminación quedó a cargo de él, que era un exquisito para esta tarea.

En cuanto a la casa de Yei-Porá, le propuse a Salotti:

—Vamos a fondo con Neri. Llámelo y que venga, le haremos una oferta y sabremos si de verdad le interesa o no.

Coordinamos otro encuentro. Neri llegó demorado. En cuanto entramos le dije:

—Mire, a mí me sorprende esta casa por sus materiales y su uso. Son materiales nobles que han cruzado los mares, como usted que me parece italiano, ¿cierto?

Se confesó:

—Sí, soy siciliano y me estoy haciendo una casa en Escobar. Veo casas para sacar ideas.

Me reí con Salotti, era un personaje digno de conocer pero no iba a comprar nada.

—Soy arquitecto, si querés voy a ver tu casa —le dije.

Se mostró contento e inmediatamente se puso a dibujar en un papel.

—Te dejo un planito para que puedas llegar y te espero el sábado con un asado, —dijo.

Mientras, me seguía preguntando ¿quién sería ese personaje?

El sábado salí temprano siguiendo el plano dibujado. Al llegar me encontré con un predio que tenía una enredadera perimetral multicolor y en la puerta de entrada una campana y un badajo que despertaba con su clan-clan medieval. Creaba cada vez más intriga. Vino un casero que me hizo pasar y seguir por un camino con una laguna de patos, flamencos y faisanes sueltos. Al fondo, la casa, casi una tapera de campo, minúscula y llena de trastos. El contraste era increíble.

Me muestra una platea de hormigón y dice:

—Esta es mi poesía inconclusa, es como un papel en blanco.

Me quedé sorprendido por su sinceridad y prosiguió:

—Te digo la verdad, tu casa me encantó, por la carpintería y el diseño, me impactó lo señorial de la propiedad ¿de dónde la sacaste?

Con esa pregunta me hizo retornar en el tiempo, los recuerdos de mis orígenes, con mi padre Rafael de portero recorriendo los baldíos de Belgrano para recuperar materiales. La sensibilidad dada por la necesidad que años más tarde me llevó a la epopeya de comprar una demolición que adquirió las escuelas Lincoln en La Lucila para su colegio. Me vinieron los recuerdos al frente del recupero de los materiales nobles importados de La Mansión Borlenghi. Su propietario había sido ministro del General Perón.

Creé un concepto para el proyecto de Tortuguitas donde cada material que se extraía prolijamente de la demolición adquiriría su nuevo lugar en una composición clasicista.

Sentí la necesidad de ser franco con Franco y le conté la historia de esos trasplantes naturales venidos de Inglaterra. Había armado un equipo de operarios demolidores con un depósito anexo donde se hacía un inventario de los materiales que se acopiaban. Revestimientos, estructuras de techos de madera hemlock, caños de bronce roscados para calefacción, era una enciclopedia constructiva. Aprendí sobre todo a valorar los métodos de mis ancestros en cuanto a recuperar materiales desechados e incorporé el concepto “TODO SIRVE” a mi vida. Hoy presente en mis obras de arte en las que trabajo con residuos.

Los jornales eran cortos, los honorarios no podían superar el costo de los materiales recuperados y fue



Franco Neri.



Franco Neri.

así que se dio una situación mágica y trágica. Una mañana estando en la obra se presentan dos uruguayos, Saltamontes y Chinchurreta. El primero un mulatao escultórico con músculos marcados y una blanca dentadura, el otro cabizbajo sin actitud de fortaleza. A Saltamontes le di el marrón (masa de más de tres kilos) para que comience a demoler las paredes del segundo piso. Ahí fueron, y a las horas me dice:

—No puedo, la masa rebota en el muro.

Subo y veo que eran paredes de hormigón, eso era igual a fundirme. Tendría que demoler con martillo y compresor neumático.

Parado en la puerta de la propiedad pensando en cómo solucionar el inconveniente se me acerca un señor del barrio...

—Duro ahí arriba, ¿no? —comenta picarescamente.

—¿Era un bunker? ¿para quién? —pregunto preocupado y con temor a la respuesta.

—Ahí venía el General —dice— con las niñas de la UES.

Tuve que comenzar a alquilar por horas un compresor lo que era una pésima inversión.

Al tercer día aparece el vecino de enfrente gritando:

—Lo voy a denunciar, está demoliendo una mansión y seguro que es para construir un edificio. Me van a tapar el sol. ¿Es usted el responsable?

—Sí, lo soy. La escuela Lincoln compró esta mansión y la estamos demoliendo para construir una cancha de tenis. Al contrario, va a tener vista al río y muchísimo más sol.

El hombre no comprendía nada. Quedó en silencio. Rápidamente me pregunta que haría con los materiales, a lo que dudando le propuse venderle una parte.

Así fue que le vendí parte de la estructura del techo de madera, de las tejas francesas originales, la estructura de un hogar chimenea que llevaría a una

quinta que tenía en General Las Heras. Según él tenía como socio al General Lanusse.

Moraleja: Perón casi me funde pero Lanusse me salvó.

Le propuse a Franco colaborar con él en su emprendimiento y quedamos en hacer un ante proyecto. Me invitó a Ibicuy, en Entre Ríos, para mostrarme un barco que quería desguazar y había traído de La Plata.

—El sábado se hace un asado con mis socios donde vamos a ver que se te ocurre que traigamos para mi futura casa —me dijo sonriente.

Nuevamente se presentaba una unión de energía para compartir un camino de amistad creativa.

Fuimos el sábado a ese asado donde aparecieron unos popes que prefiero no mencionar junto a una mole de trescientos metros de eslora que pasivamente esperaba ser descuartizada. El buque se llamaba Kristine de origen Dinamarqués. Recorrimos su cubierta, sus instalaciones, yo elegía todo lo que imaginaba que podía ser útil para la casa de Franco.

Ya en el asado y al ver como lo trataban sus cole-



Epígrafe

gas noté que no era el rey de la torta, a lo que le dije por lo bajo:

—Mirá Franco, no se cuánta guita tenés, no es lo que importa, pero si sé que nos vamos a divertir haciendo tu obra juntos.

Me asombró que sus ojos se pusieran llorosos.

Franco comenzó a enumerar lo que llevaría:

—Y también un mástil —me sorprendió su propuesta—. Vamos a poner el tanque de agua y banderas con significado, vos diseñá la tuya —me dijo— así cuando vos venís yo la izo.

Comenzó a traer los ojos de buey de bronce, madera de teca perteneciente a la cubierta, y el escritorio del capitán con sus instrumentos de navegación.

Yo estaba atravesando la soledad de un amor secreto donde me refugiaba, en su casa, los fines de semana. Me habían acondicionado un cómodo dormitorio y disfrutaba cocinando exquisiteces.

Franco era amigo de los tanos dueños de pesquería San Antonio, por lo que conseguía excelentes mariscos que cocinábamos y comíamos disfrutando un vino patero y acompañados de verduras y frutas de la quinta.

Me sentía acompañado en mi soledad que se evidenciaba en un silencio lento que me inmovilizaba los fines de semana.

En una de las tantas charlas, Franco me contó que había sido actor de fotonovelas y que estaba filmando una película. Atando cabos nos dimos cuenta que nos habíamos conocido anteriormente en la joyería de Cabildo llamada Leblón cuando actuó junto a Enrique Cosí simulando un atraco y según él, algo que también recordaba, yo aparecía en el fondo de una de las fotos de esa escena.

La amistad es karmáticamente una fuerza energética entre seres que nos conocemos de otras vidas.

Algunas noches se sumaba el socio de él, Inoma-

ta, paisajista japonés, hombre pequeño de mirada oriental, manos callosas, curtidas, traía saque y me incitaba a tomar diciendo:

—Vamos arquitecto, tome todo el saque de un saque; a fondo de vaso vacío, arquitecto.

Y entonces, comenzaba a girar todo alrededor.

Con Franco fueron los que trasplantaron todos los árboles de la Avenida General Paz y Panamericana. Un hombre lleno de energía creativa que compartía como yo la idea de que “Todo sirve en la naturaleza”.

Ahí comprendí porque Franco tenía esa quinta de una manzana con exótica y exuberante vegetación que hacía sentir los acordes de Las Estaciones de Vivaldi. En los atardeceres y en silencio recorría este parque. Veía el criadero de gallinas japonesas, de faisanes y pavos reales.

Franco comenzó a tallar madera que traía de los montes, les daba forma con su torno de carpintero mientras yo hacía croquis en el parque. Ellos también estaban aletargados, la sinfonía de la creación había surgido mutuamente.

En una noche estrellada recorriendo un tinglado descubro un lienzo reseco, maltratado, leo un sello con un permiso de salida del país del Ministerio de Cultura, lo levanto con cierta desconfianza y descubro que era una pintura.

—Franco ¿qué es esto? —le pregunto con asombro y una grave intriga.

—Es una obra que tenía mi suegro en la Estancia Buenos Aires, en el Lago Argentino de Santa Cruz. Lleva, te la regalo, viene muy maltratada, debe tener valor.

Se la di a una restauradora y resultó ser “El despeleamiento de San Bartolomé” de la escuela barroca española. Franco me volvía a sorprender.

Más tarde le puso nombre a su quinta “Trinaquia”, origen de la bandera siciliana, nombre que también



Obra que mande a restaurar obsequiada por Franco.

figuraba en algunos documentos de mi abuelo materno Nuncio, siciliano de origen.

Durante la semana Franco armaba jardines con su socio japonés, haciendo esculturas mientras Vicky, su esposa, escuchaba sus canciones, algunas grabadas con Antonio Prieto, utilizando su nombre artístico: Victoria Quin.

Creo que cocinar es un acto creativo. Un encantamiento. La performance donde el cocinero junto a sus comensales, sabores, aromas, tactos, están atentos al

burbujeo de un puchero o al chisporroteo del asado.

En Carapachay, a través de Zuly, se armó un grupo de amigos en pareja. Graciela y Pacho ponían su casa, tenían un quincho con pileta.

Recuerdo el aroma de las comidas ancestrales de mi familia, donde cada uno aportaba algo para un buen asado, mate y pastelitos. En estas reuniones sucedía lo mismo y se sumaban los juegos de cartas o los partidos de fútbol donde el que perdía cocinaba en la próxima reunión.

Me destacué con un lechón al asador con fuego a leña, recordando las recomendaciones del tío Becho, el menor de los Rodríguez, cuando me decía que no deberían pasarse los costillares, donde el espesor de la carne es mínimo en comparación con las paletas y los muslos. Había que hablarle al fuego, sentir el escurrir de la grasa chirriando. La salmuera recorriendo la carne que iba dorándose como un caramelo a lo largo de cuatro horas, además, aromatizaba el humo tirando cáscaras de cebolla y hojas de laurel verde sobre las brasas mientras bebía una copa de un buen vino tinto acompañado de una picada o un choripán con pan untado con ajo y bañado de chimichurri.

De aquella tropa de desconocidos se armó una ronda de amigos de truco.

Pacho, un personaje muy parecido a Jorge Sobral, el cantante de tangos. Un entendido en la fija de caballos. Ganador de una memorable trífecta y admirador de Leguizamo.

Roberto Vidal, alto, flaco y atlético. Jugador de paddle y bróker de seguros. Una persona memoriosa, con gran información, con el que tengo hasta hoy largas charlas sobre la existencia de Dios. Dice ser agnóstico y no entiende aún que no niega la existencia de Dios solo que lo considera inaccesible, inexplicable. Yo le digo que lo felicitaré si en el último momento de su vida sigue pensando lo mismo, so-



La barra de Carapachay en Punta del Este.

bre todo de no decir "hay Dios" en algún momento. Luego de esas conversaciones siempre nos quedan largos silencios.

También estaba Alberto Rowlan, un rosarino de estructura sólida, patriarcal, cedió el trono a sus hijos jubilándose prontamente. Siempre me intrigó su jopo perfecto de trasplante, que a pesar de sus años, contemporáneos a los míos, no tenía canas, dándonos la sensación de tener peluca, desafiándonos a que le tiremos del jopo para verificar que era ver-

dadero, envidiablemente verdadero. No perdió las mañas ni el pelo.

Para balancear la competencia en cada reunión quincenal tirábamos los reyes para elegir pareja de truco, brisca o de tute cabrero. Todos juegos de mi niñez que nacieron en la pulpería de Asamblea. Comenzaba la paisanada con un chinchón liviano para terminar haciendo apuestas convocándose en forma de payada.

—Mira compañero que no hay puchero sin poro-



Leyendo mis poesías en la librería de las Madres de Plaza de Mayo.

tos —decía siempre mi tío que aceptaba el convite y comenzaba esa obra teatral de señas, miradas de reojo, gritos, castigos con los nudillos de la mano en la mesa mientras se cantaba un falta envideo, un retruco o un vale cuatro.

En las rondas de truco de Carapachay, las contendas eran más suaves, sólo de gozar alguna que otra victoria pero amenizada con recorrer imaginarios viajes, temas de política o asuntos de familia. Estas reuniones contaban con una historia de treinta años. Todos habíamos desarrollado vida, ocupaciones e inquietudes distintas pero tomábamos estas reuniones con necesidad de ceremonial.

La amistad es un juego. Es salir de la obligación cotidiana del deber. Es corresponder en la reciprocidad de los sentimientos. Es el arte de compartir aún en el disenso, momentos de creatividad e intercambios.

Se presenta en forma causalística, sin una preparación previa que se va consolidando en el camino.

Cuando fui a leer las poesías de mi libro “Rastros de Cuba”, en la librería de las Madres de Plaza de Mayo, invitado por Ángela Jorge, pionera del grupo

“Peregrinos del Arte” que luego se transformó en el grupo “Rastros”, quien había programado ese evento por orden de la comisión, concurren muchos oyentes que luego de recorrer la vereda de la calle Hipólito Irigoyen, pisando sorprendidos miles de pétalos de rosas rojas que ella había traído y esparcido por el suelo simbolizando la sangre de miles de desaparecidos sobre esas baldosas mudas, testigos de tantos crímenes. Las rosas rojas son el corazón de los republicanos decía mi abuela Maximina. El rojo es sabiduría y símbolo revolucionario de las izquierdas. Es el color de los claveles de Portugal, como símbolo de restauración de la república.

Al finalizar se acercaron varias personas que habían estado en la presentación del libro. Entre ellos, Alberto Alonso, médico y poeta, quien me dijo que estaba intrigado por mi libro y por mi obra. Le regalé un ejemplar con dedicatoria, a cambio él me invitó a participar de unas charlas sobre arte en un conventillo de La Boca, “El conventillo de las artes”, una bitácora de recuerdos.

En Buenos Aires, ciudad cosmopolita, El Conventillo fue un crisol de credos y razas. Trayendo sus recuerdos en la sangre y en sus palabras. Llegaron a mi imágenes de mi niñez en el conventillo de Avenida Brasil del Barrio de Constitución escuchando el canto de españoles e italianos. El sonido de la música de sus acordeones y a lo lejos la gaita de algún gallego misterioso. Entre añoranzas y carencias surgieron las mejores letras del tango y la poesía. Las paredes del conventillo transpiradas, un salón con pisos vencidos, las mesas cubiertas con papel blanco de envolver. Vasos vírgenes esperando con su boca desesperadamente al dios vino oculto en pingüinos panzones, un estrechar las manos y el silencio de una procesión de poetas volviendo todos a ser niños compartiendo sabrosas empanadas con buenos vinos.

Se leyeron poesías de García Lorca y otros autores y unos versos de mi libro Rastros de Guatemala, Alonso con su voz grave, aplomo, puntuación y silencios poéticos hizo de mis versos sus versos generando un silencio profundo.

Agradecí en persona a todos los presentes y al despedirme los invité a visitar mi casa. Fue en ese momento que conocí a Renato Palmuchi y Adolfo Natale. Vinieron en procesión puntual: Alberto Alonso era médico pediatra, una figura heráldica, seca, dura y de autoridad catedrática, con la tez color oliva, ojos profundos; una voz de poeta, penetrante, enfática y con rasgos de juglar. Renato era alto, encorvado para no diferenciarse tanto y con un dejo de humildad. Lleno de mutismos, con sus rasgos africanos, su frente prominente, atento y contemplativo. Amigo del silencio para buscar la perfección solitaria y enigmática. Adolfo Natale, arquitecto con rostro alegre y pícara nariz quebrada y aguileña, era intempestivo, de modales mundanos, con una verborragia sin límites y la actitud de un competidor rayando el avasallamiento. Morales era boliviano, parecido a un ekeko, rostro quichua y con el acento incomparable del altiplano, contador de historias amorosas, de buen beber sobre todo ginebra.

Me sorprendieron al llegar todos juntos a mi casa taller con botellas de vino. Yo había encargado unas empanadas. Recorrieron la casa, vieron mis trabajos plásticos y Adolfo con sarcasmo dijo:

—Vos te das con algo para hacer semejantes cosas.

—No, no, solo unos buenos tragos de tinto pero nunca dejo de hacer el 4. No tomo el vino, lo beso.

Les sorprendió esta respuesta que había aprendido de un padre de la vida, mi querido Arturo Cuadrado, creador de la editorial de mis libros “Botella al mar”.

Quedaron integrados, Alonso tomó la posta y dijo:

—Mira, nosotros fuimos todos pacientes del Doctor Alberto Fontana.

Yo no sabía quién era ese profesional y con un dejo de humildad, le pregunté de qué se trataba.

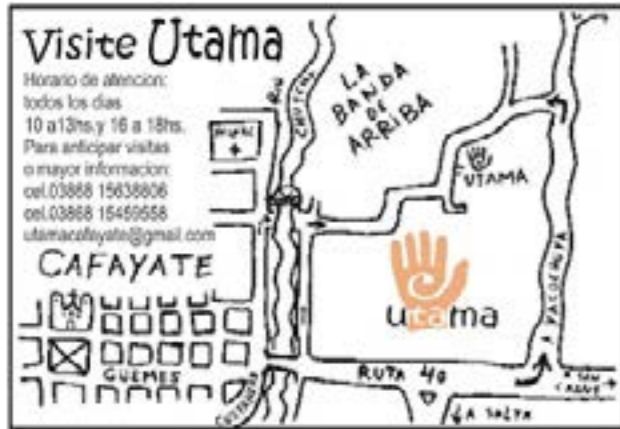
—Bueno, nos tratamos con mezcalina para descubrir ese misterioso inconsciente en forma de trance.

—Pero, ustedes han hecho experiencias de carácter chamanístico, viajar en otro tiempo, en otros espacios, y yo en la Península de Yucatán me reuní con un chamán tomando ayahuasca.

Al decir esto sentí que nos reencontramos en esta vida con la armonía de nuestras energías.

Jugamos un truco bien sellado acompañado de malbec y quedamos en reunirnos una vez por mes en mi casa. Y así fue que ampliamos el grupo, por mi parte invité a Rubén Makuc y Osvaldo Cabrera.

A Rubén lo había conocido cuando hice la obra para la empresa láctea con mi constructora Renacimiento S.A, había generado obras en la usina láctea que tenía esta firma en la estancia Las Margaritas en la provincia de Buenos Aires, en la localidad de Junín, alojándome en las instalaciones del parque que rodeaba a la oficina. Con Rubén cenábamos juntos en el comedor de la fábrica y en el quincho emplazado en el medio del bosque. Con su presencia taciturna, su rostro quebradizo cruzado por las arrugas y sonrisa amplia. De actitudes prácticas, resolutivas y creativas. Comenzamos a hablar de arte y a compartir los apuntes que hacíamos en los cuadernos. Creció una amistad que permitió que viajáramos en una camioneta Ford Ranger con ruedas patonas al norte. Fuimos a Cafayate y nos alojamos en un ranchito que conformaba parte del taller Utama del artista Haro Galli. Sus hijos, Camilo y Guaira, nos abrieron las puertas al mundo mágico de trabajar con la madre tierra, sentir la piel húmeda del barro y su docilidad femenina que respondía a nuestras manos.



Utama

Los objetos que desfilaban en las estanterías del taller, mirándonos, mientras endurecían su estructura tomando el color seco y quebradizo de la tierra. Habíamos creado volúmenes para cacharros, huacos y platos esperando el turno para ser purificados y endurecidos por el fuego. El horno de barro a leña, todo desvencijado, fue reparado con indicaciones de Rubén, como buen ingeniero e inventor. Prolongó la chimenea para mejorar la combustión. Hasta que llegó el gran día, con las indicaciones de Camilo llenamos el horno con su vientre anatómicamente voluptuoso, una a una, cuidadosamente, fuimos apilándolas mientras las bendecíamos y nos bendecíamos con vinos cafayateños, empanadas y carbonadas. Mientras se hacía el horneado de las piezas en ese infierno se iban poniendo, ante nuestro asombro, fosforescentes. Asamos un chivito a la cruz bajo la luna de Cafayate y escuchábamos música de Los Nocheros.

Los leños de los algarrobales se estremecían despidiendo aromas telúricos que envolvían a los comensales bajo una pérgola de parras, cargadas de uvas, premiadas por el dios Baco.



Taller Utama durante la horneada de piezas de cerámica hechas por nosotros..

Las carnes vibraban con el crujiente sonido de sus grasas, lentamente se fue dorando ese universo de carne fresca resplandeciente. La cena fue acompañada de pan casero frotado con ajo y vino malbec de la bodega Domínguez, y ensalada de radicheta y cebolla morada cosechada de la propia huerta. Transcurría la noche mientras de la chimenea del horno comenzaron a salir llamas azules, luego rojas y naranjas incandescentes.



Taller Utama Cafayate con Camilo y Rubén durante la horneada de piezas de cerámicas hechas por nosotros en el taller.

Camilo, el fogonero, abrió una botella de vino espumante y lo desparramó sobre el horno diciendo:

—Güija, llegó a pintar el rojo. Ya se cocinó, ya se cocinó, déjenlo descansar, pue.

La noche nos fue enfriando, con el horno detrás de nuestros cuerpos y con un movimiento involuntario de la tierra bajo nuestros pies esperando el otro día para abrir de forma definitiva la puerta y descubrir el misterio de los cacharros con su color rojo intenso bien quemado, naranjas amarillentos, crudos, quebradizos y el azul violáceo con brillo metálico logrado por el recelo que le daba la luz. Separamos cada uno nuestra obra con satisfacción. Al otro día, a la noche, como despedida, comimos una carbonada con carne seca con hueso que descubrimos colgada en un galpón dentro de una caja con tela mosquiteira. En una olla gigante inventamos un guiso mientras pensábamos que habíamos hecho una carbonada. Nuestra comida llevaba, aceite, cebolla, ajo, morrón, tomates y verduras de la huerta más porotos, choclos y ají picante, como no teníamos durazno le agregamos pasas de uvas blancas y negras.

A la mañana siguiente partimos de regreso, en la caja de la camioneta llevábamos nuestros cacharros más otras tinajas panzonas que le compramos a un artesano que firmaba como Rancho Juárez.

Volviendo al grupo de amigos, también se agregó Osvaldo Cabrera con cara de niño, voz grave de locutor y dentadura tiznada por el tabaco. Los ojos intrigantes, alegres, además, gran recitador de poesías de Gonzalo Rojas, poeta chileno recientemente fallecido. Habíamos constituido un grupo de seis. Rutinariamente se fueron cumpliendo los encuentros en mi casa donde cada uno de nosotros cocinaba, haciéndose cargo de las compras, armando el menú que incluyera el vegetarianismo de Renato. Cada uno hacía su creación culinaria.

Renato demostró ser un cocinero matemático cuando fue su turno hizo unos roll de pescado Renatianos, dándonos a cada uno el detalle de su creación.

Ese día, con su prolijidad y minuciosidad, se presentó a las 16 horas y comenzó a cocinar con parsimonia y escrupulosidad. Mientras fabricaba la comida cortaba los ingredientes con la exactitud de un calibre para mecánicos, manteniendo una limpieza de quirófano.

Rubén, sin que Renato se diera cuenta, tiró unas cebollas al piso y me dijo:

—Decile que está ensuciando el piso.

Nos reímos y esa fue la nota que desestructuró el litúrgico silencio.

Así fue rotando el turno de cada uno. Rubén hizo la picada de pescados con champiñones, gírgolas y papas rústicas. Osvaldo hizo un asado con todo tipo de achuras, morrones, cebollas y berenjenas a la parrilla. Alonso fue tradicional y cocinó unos fideos secos a la vongole. Yo hice una cazuela de mariscos. Todos habíamos cumplido con dedicación y puntualidad, pero Adolfo, en cada reunión, quizá menospreciando lo realizado laboriosamente por uno de nosotros, prometió como buen competidor:

—Yo les paso el trapo a todos. Voy a hacer un lechón.

Llegó la fecha en que le tocaba cocinar y ese mismo día el buen señor llamó para decir que se le complicó y no podía cocinar por lo que comeríamos pizza. Nos sorprendió a los cinco y tomamos la decisión de darle otra oportunidad cambiando la fecha al viernes próximo, pero nos dijo que no podía y que él llamaba si venía. Nos reunimos igual y resolvimos por unanimidad confiscar por un año las fichas de póker, que había traído y eran de su propiedad. Así lo cumplimos.

Su lugar fue ocupado por Jorge Do Porto, un risueño personaje con su porte intelectual, fumador de pipa, con barba, bigotes y gran orador.

Jugábamos al póker con el placer de tener bakaret y paño verde incautado al personaje que nos había burlado y decepcionado.

Por supuesto que el valor que le dábamos a la ficha era ínfimo para no caer en el vicio maldito del juego.

Entre hacer la comida, cenar y luego jugar, muchas veces en verano pedíamos comida. La mesa de mi cocina aparecía adornada, seducida, por los envases de botellas de vino, los llamábamos cadáveres, llegamos a consumir hasta doce botellas en una noche.

En una ocasión decidí contratar a una casera. La cité, tocó el timbre y me encontré con una señora robusta, corpulenta, con cara de niña y cachetes rosa-

dos como los de mi abuela María, lentes de maestra e impecablemente peinada, con un vestido gris.

—Adelante, —le dije tendiéndole la mano y la guíe por el camino a través de lo que era el patio de entrada...

Cuando llegamos al interior le pregunté cómo se llamaba. Me respondió con timidez:

—Dorita. Dorita Puente. Soy catequista de la Virgen de Schoenstatt.

Quedé en silencio mirándola mientras ella recorría, con cierta intriga, girando sus ojos, inspeccionando el entorno. Pinturas, papeles desordenados, mi altar místico esotérico.

—¿Usted está segura de trabajar en este rubro?... ¿de atender una casa?... Yo vivo solo y soy un poco o bastante desordenado.



Otro gran amigo, escultor y poeta que en cada reunión nos hipnotizaba con su plática, Juan Carlos Escalante. De izquierda a derecha: Juan Carlos Escalante, Susana Monicet (Presidenta de SALAC) Sociedad Argentina de Letras, Arte y Ciencias de la cual fui Vice Presidente.

HISTORIA DE "PEREGRINOS POR EL ARTE" Y "RASTROS CULTURALES"

AÑO 2002

Bar Cultural

En el conventillo histórico "Centro Cultural de los Artistas" del barrio de La Boca, se realizaba el primer sábado de cada mes un bar cultural donde se leían poemas, había canciones y el público participaba leyendo sus trabajos literarios. En los manteles de papel de las mesas, todos escribían o dibujaban y había una muestra final de lo realizado.

El grupo estaba formado por Alberto Alonso, Ángela Jorge, la coordinadora de los encuentros, Rubén Makuc, Renato Palmucci y Edgardo Rodríguez. Se hicieron cuatro bares de mayo a agosto de 2002.

PEREGRINOS POR EL ARTE

Ya con esta denominación, el grupo pasa a realizar, en un nuevo ámbito, cuatro bares en el Salón Arturo Cuadrado de la Federación de Asociaciones Gallegas.

- 07-09-02 Poetas Hispanoamericanos.
- 10-02 Los Caminos y Despeñaderos del Amor.
- 16-11-02 Los Senderos de Juancito Caminador, recordando a Raúl González Tuñón.
- 12-02 Presentación del libro de Ángela Jorge, Redes Sutiles.

Durante estos encuentros, se incorporan al grupo Osvaldo Cabrera y Jorge do Porto.

AÑO 2003

RASTROS CULTURALES

A fines del 2002, Ángela Jorge decide dejar de formar parte de PEREGRINOS POR EL ARTE, se cambia la denominación del grupo y se realizan cuatro "encuentros de las letras, la música y la plástica" como reza el pie del logotipo de RASTROS CULTURALES, siempre en la Federación y en el salón Arturo Cuadrado.

- 10-05-03 Rastros de Federico. Recuerdo de Federico García Lorca.
- 19-07-03 Rastros de la Protesta. Del Amor a la Revuelta.
- 18-10-03 Rastros del Amor Poliglota. Los Idiomas del Amor.
- 15-11-03 Rastros de Raúl González Tuñón. Prestidigitador de La Palabra.

El 4-10-03 se efectúa en el Teatro Bambalinas anexo a la Federación, la presentación del libro "Rastros de Cuadrado", escrito por Edgardo Rodríguez.

AÑO 2004

Durante el año, se agrega al grupo Graciela Saaied y comienza a debatirse la reorientación de los propósitos de Rastros Culturales. Se realizan dos eventos:

- 17-09-04 Rastros de Pablo. Un viaje alrededor de Neruda.
- 10 -12-04 Inauguración del mural homenaje a Lorenzo Varela. Son sus autores Edgardo Rodríguez y Hernán Cagliano.

AÑO 2005

El 25-05-05, se comenzó a concretar una carpeta de trabajos de los miembros del grupo que irá creciendo año a año todos los 25 de mayo. Se comenzó con esta idea: "Aparentemente será todos los años. El 25 de mayo, loco mediante y en una confusa coincidencia patriótica.

Agotada una etapa poética y musical, siempre hay que hacer algo además del poker, las comidas y el vino de los primeros viernes.

La propuesta es agregar todos los años tres trabajos realizados por cada uno de los integrantes de Rastros e invitados a una carpeta que se irá engrosando hasta que ya no quede quien escriba, dibuje o pinte. Tenemos tiempo suficiente, creemos, para pensar en la herencia final.

Para el año en curso, este evento es el primero de una pretenciosa serie que dudamos completar pero soñamos realizar Alonso, Cabrera, do Porto, Makuc, Palmucci, Rodríguez y Saaied."

El 24-06-05, se inaugura un mural de homenaje a Raúl González Tuñón, en el Salón Arturo Cuadrado de la Federación de Asociaciones Gallegas. Son sus autores Edgardo Rodríguez, Rubén Makuc y Hernán Cagliano. Se realizó con el apoyo de Rastros Culturales.

El 3-12-05 se hizo en el Teatro Bambalinas el lanzamiento conjunto del libro "Rastros México" y el CD "El Señor de los Escombros". El autor del libro, Edgardo N. Rodríguez también es el autor de los poemas musicalizados y cantados por Débora Infante. El poema que dio origen al título del CD es de Alberto Alonso. "Rastros" colaboró en los recitados, en el diseño de las tapas y en la coordinación general.

—Yo necesito trabajar, vivo en la casa de mi hijo con mi nuera y mis dos nietos, en un departamento pequeño de dos ambientes, —hizo un intervalo— tampoco tengo donde vivir.

Sentí la falta de agradecimiento hacia ella por parte de la iglesia. Dónde estaba la ayuda a nuestros semejantes que tanto pregonan. Entonces le volví a preguntar socarronamente:

—Mire que si acepta está entrando al templo del pecado.

—Ninguno puede decir que no lo es —rió.

Comenzó a trabajar en mi casa y fue una madre sustituta, dándome paz y alegría.

Un día sábado, cuando vio la cantidad de botellas de vino, cigarrillos o muchos platos, le dije:

—Recuerde que le anticipé que era el templo del pecado.

Me miró y me respondió:

—No se preocupe, rezo por usted todos los días. Eso sí, voy a sacar las botellas de dos o tres por día para que los vecinos no piensen que está lleno de alcohólicos.

Les propuse al grupo de amigos retornar los encuentros de peregrinos en el arte en el conventillo. Ellos se entusiasmaron.

Osvaldo, con una sonrisa etílica recitó a Lorca. Alonso a González Tuñón y Jorge recitó poesías mías. Dejamos de jugar al póker y hacer eventos. Renato propuso ponerle de nombre al grupo "Rastros" por lo poético de su significado, dejar una huella, una mirada, un aroma, un recuerdo. El resumen de la vida, uno es el rastro de lo transcurrido.

A Paco Lores, presidente de la Federación de Sociedades Gallegas, le consulté si nos prestaba el salón de Arturo Cuadrado a cambio de hacer con el grupo un mural en homenaje a él.

ARTURO CUADRADO RASTROS

Llegó el momento de hablar de Arturo Cuadrado, un caballero andante. Escritor, creador de editoriales, mecenas de Oliverio Girondo a quien le grabó un disco de poesías, también le editó el primer libro Alejandra Pizarnik, y a Julio Cortazar entre otros.

El grupo de amigos con igual energía, que partió del juego de azar al juego del arte se transformó en una hermandad, invitándonos a eventos donde hacíamos performance de teatro, música, arte culinario, poesía, dibujo y sobremesas con lecturas de cuentos. A este grupo se sumó Débora Infante como guitarrista y cantante. Dueña de una hermosa voz que brota



Debora Infante

de una mujer de figura americanista mezcla de india y blanca de ojos penetrantes desde donde brotan luciérnagas cuando canta.

Transcurría el año 2003 cuando realizamos los murales prometidos, homenaje a Arturo Cuadrado. Luis Seoane, Lorenzo Varela, Raúl González Tuñón, la barra del bufete con azulejos traídos desde Sargadelos, Galicia, España. Representamos el mar de Finesterre.

Simultáneamente en la Federación, en el Salón Arturo Cuadrado, comenzamos a organizar y llevar adelante con asistencia de público entusiasta, menús telúricos. Locros, carbonadas, cazuelas de mariscos, eran cocinados por nosotros acompañados de espectáculos homenajeando a distintos poetas. En muchos casos participaban artistas invitados que voluntariamente se ofrecían a colaborar.



Mural homenaje a Arturo Cuadrado "Grupo Rastros" - Federación de Sociedades Gallegas. Chacabuco 955 - Ciudad de Buenos Aires.



Mural Homenaje a Seame - "Grupo Rastros" - Federación de Sociedades Gallegas.
Chacabuco 955 - Ciudad de Buenos Aires. Colaboración Mily Poy. (Año 2003).



Barra Mural Carta Galicia - "Grupo Rastros" Hecho con Cerámicos traídos de Sargadelos (Galicia)
Federación de Sociedades Gallegas. Chacabuco 955 - Ciudad de Buenos Aires.
Colaboración María de los Angeles Iorio. (Año 2004).



Mural Homenaje al Poeta Lorenzo Varela - "Grupo Rastros" - Federación de Sociedades Gallegas. Chacabuco 955 - Ciudad de Buenos Aires. Colaboración Hernán Cagliano. (Año 2004).



Mural Homenaje a Gonzalez Tuñón - "Grupo Rastros" - Federación de Sociedades Gallegas. Chacabuco 955 - Ciudad de Buenos Aires. (Año 2004).

Se sumaron Lily Brodsky y Graciela Saaid.
 Éramos un equipo sólido con una misma vocación. Pretendíamos hacer participar al público de nuestro entusiasmo y demostrarle que en cada humano existe un creativo. Queríamos que se comuniquen con ese niño que en algún lugar quedó olvidado, el que jugaba a ser cantante, dibujante, actor.

Entre los eventos más significativos resalto el homenaje a mi padre literario, Arturo Cuadrado. Fue cuando el grupo presentó el libro "Rastros de Cuadrado" que escribí recordando las correrías que hicimos por las noches de Buenos Aires.

Arturo vivía en un geriátrico para gallegos, lo había echado de su casa la segunda mujer, con cincuenta años menos que él, por mujeriego. Arturo tenía noventa y ella cuarenta años.

Fui grabando nuestras charlas que me permitieron también ser un Sancho que acompañaba a ese Quijote urbano.

El espectáculo se realizó en el Teatro Bambalinas, anexo a la Federación. Subrayo de ese evento la participación de María Heguiz con sus cuplés. Una mujer de una plasticidad y canto que subyugó a los espectadores con su voz, y su desplazamiento, el cual había seducido a Arturo en el Teatro Avenida, cuando se acercó bajando del escenario hasta nosotros con un ramo de violetas mientras cantaba "La Violetera" de José Padilla Sánchez.

A Arturo le dediqué en su libro "La Poesía..." imaginando la ubicación de su ataúd en el salón de reuniones de la Federación.

Arturo, post mortem, nos ofreció otra travesura. Cuando fuimos a llevarle flores una semana más tarde, suponemos que su familia, en un dejo de amor odio, retiró su ataúd y nunca más tuvimos registro de su paradero.

Otro evento que destaco, donde también se llenó



Folleto del espectáculo de María Heguiz.

la sala del Teatro Bambalinas, fue la presentación de mi libro "Rastros México" junto al CD "El señor de los escombros"; con poesías musicalizadas de mi autoría.







Bar Cultural  Peregrinos por el Arte

Menú


Entremés + lentejas al vino tinto
Entremés + arroz con calamares \$ 4.-

Vino tinto Santa Isabel..... \$5.-
Vino tinto Bonarda Malbek
Beltrán \$5.-

Vino blanco Chablis
Santa Silvia \$5.-

Copa de vino..... \$1,50.-
Agua mineral \$ 1,50.-
Gaseosas (500 cc) \$ 1,50.-
Café o té \$ 1,50.-

7 de Septiembre de 2002

 **Peregrinos por el Arte**
Bar cultural

El Bar Cultural de Peregrinos por el Arte, una iniciativa auspiciada por la Federación de Asociaciones Gallegas lo invita a participar en un espectáculo interactivo inolvidable en homenaje a los poetas hispanoamericanos. La poesía, la música y el canto se darán cita junto a artistas plásticos que interpretarán en vivo el espíritu de los poemas y las canciones.

Contaremos con la presencia de la voz y la guitarra de **Débora Infante**.

Sábado 7 de Septiembre
a las 20 hs.
Federación de Asociaciones Gallegas,
Chacabuco 955

En este peregrinar por diferentes expresiones de la cultura contaremos con el auspicio de: Federación de Asociaciones Gallegas, Proyecto Hornero Azul, Palacio de las Artes, Fundación Poder Ser Humano, Co Di Se, Valle Ediciones y El Cántaro.

La entrada es libre y gratuita.
Buffet: vino, gaseosas, algún manjar y café.

Reservar mesas con anticipación.
Informes: 4555-7370 / 4308-1175
peregrinosbarcultural@hotmail.com



El grupo fue convocado por la Secretaría de cultura del Partido de 3 de Febrero para hacer un mural, la idea que ganó democráticamente fue la de Lily Brodsky con el robot más el entorno de subte de Ruben Macuk.

Esta puesta en escena, en realidad fue un homenaje que me dedicó este grupo de amigos, hermanos de la vida, donde la materia y la energía se unían en un conjunto humano.



Pintura de referencia para hacer el mural. (Anteproyecto) Con Lily Brodsky y Ruben Macuk.



El Grupo Rastros pintando el mural "El Robot y compañero del hombre solitario"
400x200cm. (Esmalte Sintético)





Lily Brodesky y Yo, Mi compañera de viaje en la vida.

Alberto Alonso me dedicó su poema “El Señor de los Escombros”.

*Señor de los Escombros
Mezcla de vagabundo y cartonero por vocación.
Arquitecto de profesión.
Constructor de ruinas habitables.*

*Flor que crece en el escombro
Con inocente fragancia de adormidera.
Planta trepadora que se adhiere a las piernas de una
mujer con ilusión de gigoló.
Animal de la noche,
Que despierta duendes y gnomos
Invocando al arte y la amistad.
Verborrágico más que locuaz,
Un poco calvo con melena a lo Vinicius,
Extiende cada día las grandes alas de su espíritu
Para volar hacia la luna o el sol,
Proponiendo farsas conceptuales
Que conducen a la visión del color.
Cejas de largo pelo mefistofélico
Enmarcando la mirada de niño temeroso e inseguro.
Apolo de utilería
cree llevar el mundo en sus espaldas y como titiritero
de barrio,
no suelta los hilos con que maneja a sus muñecos,
evitando que tomen licencia de libertad.
Príncipe del volquete con corona de hojalata,
también es medieval e inquisidor,
aunque incapaz de condenar
por amante de hadas y brujas.
Su sangre transporta magias
que lo hacen apóstata de la fe
y sacerdote del infierno,
incesante buscador de lo descartado.
Portador de un radar mental en la basura,*

*busca sentido nuevo a cada cosa abandonada.
Inquieto y tembloroso guerrero
signado por valquiria lujuriosa,
vive anclado a la liturgia consumada de vivir,
y ante el desamparo de la historia,
tiembla y se acobarda al pensar
que algún día deberá enfrentar la pendiente muerte,
mientras el viento le recuerda que es un transitorio
huésped de la vida.*

La escenografía eran dos volquetes subidos al escenario que se llenaron con restos de obra y desechos. Macuk pintó una obra en vivo.

Renato ofició de productor. Impecable, exquisitamente puntual en el cumplimiento del repertorio. Alberto Alonso, Jorge Do Porto y Osvaldo Cabrera presentaban mis poesías con sus timbres de voz que estremecían.

Escuchar en silencio, sentado en la última fila del Teatro Bambalinas, fue invadirme de una sensación estremecedora. La letra, las palabras, volvían a mi después de haber vivido un viaje secreto. Ellas me hablaban. Débora Infante parecía un ángel volando sobre el escenario. La emoción colmó mi cuerpo. Lloré en silencio, recordé mi camino, mis antepasados. Sentí que esa noche se habían convocado como viajeros en el tiempo, como se llama a los chamanes que conocí en la Península de Yucatán.

El público aterrizó en la realidad cuando se los invitó, a través de Graciela Saaied que actuaba como presentadora, a compartir una comida típica mexicana en el Salón Arturo Cuadrado.

En el camino quiso la muerte llamar a Alberto Alonso para que quede en “Rastro del Recuerdo”. Partió con sus poesías, su sonrisa iluminada por el silencio.

El grupo en un respetuoso homenaje póstumo se recluyó.

Yo le dediqué una obra como despedida; realizada con los corchos y etiquetas de los vinos que celebraron nuestras andanzas en las noches de encuentro en mi taller.
 “Descansa en paz amigo con el sabor de la última copa”.



Alberto Alonso

Otro amigo había partido. Recordé al cantautor Alberto Cortez con su canción “Cuando un amigo se va”.

*Quando un amigo se va
 Queda un espacio vacío,
 Que no lo puede llenar
 La llegada de otro amigo.*

*Quando un amigo se va,
 Queda un tizón encendido
 Que no se puede apagar
 Ni con las aguas de un río.*

Otros amigos hoy continúan ocupando su espacio. Acompañándonos mutuamente en el camino. Todos presentes en estas líneas que he escrito, a los que valoro entrañablemente. Su presencia convive con el recuerdo evidente de los ausentes.



Honor a Alberto Alonso. Descansa en paz amigo, con el sabor de la última copa.
 Serie Vicios. Del libro "Todo Sirve" Edgardo N. Rodríguez.
 Con corchos de vinos de las noches de juerga. 100x100 cm.

ESTUDIO, TRABAJO Y ARTE

• LOS ESTUDIOS •

*“Nada se pierde, todo se transforma
y la vida vuelve a la vida”*

LA DISCIPLINA

Di mucho que hablar en la escuela primaria. Era muy travieso y me portaba bastante mal. En casa, sobre todo, mi papá me decía que tenía que ser como Quique, mi primo, hijo de tía Chola, que era muy prolijo y aplicado, quien siempre se sacaba muy buenas notas y era incapaz de hacer diabluras. Entonces, cuando terminé esa etapa, al final del sexto grado, me sentó y me dijo:

—Vos no servís para estudiar. Entonces, el que no usa esto (señalándose la cabeza), es decir, el cerebro, usa esto otro.

“Eso otro” era el hombro, para bolsear, para trabajar usando los músculos. Y comenzó a buscarme trabajo inmediatamente.

Lo dijo muy serio. Pero enseguida, se le ocurrió que debería aprender un oficio, y como era migo de Don Manolo Leblón, el dueño de la joyería de Cabil-do, tal vez con su consejo, me llevó a la Escuela de Relojería Suizo-Argentina, que quedaba en la calle Pueyrredón y Las Heras. Cuando se abrió la puerta y vi a los alumnos sentados arriba de unas sillitas con un pupitre y con el monóculo tratando de ver las cuerdas, tuercas y tornillos que había dentro de un reloj: “ticky, ticky, ticky”, sentí que estaba adentro de una especie de prisión.

—¡No, no, no! —pensé— Esto no es para mí.

Y entonces, le dije a mi padre que, por favor, no



Vista aérea del Colegio Otto Krause.

me pusiera ahí, que le prometía que iba a estudiar. Lo aceptó, aunque me mandó a trabajar igual. Tenía doce años. Es así, que comencé a limpiar oficinas, ayudando a mi madre. Sacaba la basura, lustraba los bronce; incluso, recuerdo, limpiábamos los despachos de un local de coches muy importantes, importados de la época. Recuerdo que era un gran salón, lleno de autos, y que mamá me daba un escobillón, el que tenía que pasar con aserrín para sacar el aceite del piso. El escobillón parado era más alto que yo.

Me anoté en la Escuela Industrial Número 1, el Otto Krause, me planteaba unos seis años de mi vida para terminar mi secundario. Tuve la suerte de que ese año de 1955 (Revolución de Aramburu), no hubo ingreso, sino sorteo. Saqué el número 215, que más tarde fue el mismo que me tocó en la conscripción. Una casualidad.

Comencé a estudiar en el “filo de la navaja”, no podía fallar.

Rafael, mi padre, me dijo elocuentemente:



Escudo de la fundación Otto Krause.

—Con el primer aplazo no vas a estudiar más, y seguís un oficio —esto significaba no “usar el cerebro para pasar a usar el hombro”.

Mi primera prueba fue en la materia “Física: vectores”. A la siguiente clase se entregan por orden de abecedario los resultados. Yo esperé hasta la letra “R” con gran ansiedad. Llegado mi turno la profesora, llamada Griffi, con sus ojos inquisidores me extiende la hoja. Aún conservo la imagen del reverso de aquel papel; un tres en número y letra. Me pareció enorme, me sentí turbado, aún más cuando al terminar de entregarlas comentó como requerimiento:

—Todos los que tienen un aplazo deben traer la prueba firmada por los padres.

Sentí un escozor, pánico; le tenía que comunicar a mi padre mi fracaso.

Aturdido, cuando terminó la clase me acerqué a la profesora y pedí casi implorándole:



Boletos con numeración capicúa.

—Profesora, perdóneme, pero si llevo este aplazo a mi casa no me dejan seguir estudiando.

Se sucedió un silencio sepulcral, eterno, en el medio del pasillo frío que me resultaba tenebroso.

El fin, de repente el pulgar se inclinó para arriba o para abajo.

—Bueno le doy la confianza, pero no es la modalidad de este colegio donde se enseña y estudia para bien del futuro de cada uno de ustedes.

—Si profesora le prometo no fallar.

A partir de ese momento, en toda la carrera la nota más baja fue un “8”. Estudiaba en todos lados, en los viajes, en el baño, en los recreos, de noche, todo el tiempo libre y quitando sueño para estudiar. Tenía también cábalas que me estimulaban para predecir las buenas notas además de la energía de mi madre Rosita; y, con los boletos capicúas que recibiría en viaje del trolley 302 ó 303.



Medallas al mejor promedio 1960 y 1961.

Me recibí con un promedio general de toda la carrera superior a “9”, lo que me valió que la fundación me otorgara, al recibirme de Maestro Mayor de Obras, la medalla al mejor promedio de todo el colegio (unos tres mil alumnos); el año anterior, 1960, Sexto Año, había recibido la correspondiente al mejor promedio de la especialidad Construcciones.

El paso por el Otto Krause marco mi vida en el “Arte de Construir”, fue una época de profundo respeto a los profesores que los consideraba catedráticos con

la disciplina del conocimiento y el orden alemán.

Teoría y taller relacionándose con la técnica, con los materiales y herramientas, el saber y la producción. Fue una ayuda cuando construimos con mis padres de la casa de Villa España.

Pero, por razones económicas, dejé de pintar de nuevo. Entonces apareció otro padre de la vida, mi profesor de Proyecto e Historia del Arte, el Arquitecto Campos Urquiza, que me propuso seguir la Facultad de Arquitectura.

Ingresé a Arquitectura; estudio, arte y trabajo se conjugaron.

En Arquitectura, técnica y arte fueron construyendo el sostén creativo a la vez que me permitía trabajar en la profesión con los conocimientos previos del Otto Krause.

De pequeño trabajé de peón, picaba canaletas en paredes de mampostería para que mi tío Blas, que era electricista, pueda embutir las cañerías, yo trabajaba sábados y domingos, mis herramientas eran una maza de un kilogramo y el cortafrío. Tendría unos trece o catorce años, mis manos quedaban dañadas por golpes involuntarios que me aplicaba con la maza al errarle al cortafrío; recién podría dibujar las láminas de la materia Dibujo Técnico de la Escuela Industrial a la media semana. Mi tío me pagaba por metro de canaleta, era un tantero. Ayudé a mi madre a limpiar oficinas en las tardes, y contribuía en limpiar bronce en la portería una vez por semana.

Me sentía digno, así transcurrió la secundaria. Al recibirme, el director de la escuela, el Ingeniero PAGES, me ofreció un curso de apoyo de verano sobre Análisis Matemático para alumnos del mismo colegio, a pesar de mis diecisiete años me pagaba un sueldo de alumno celador.

Aparecieron en el verano de recibido dos personajes buscando el mejor egresado para trabajar en

una compañía que fabricaba galpones con estructuras metálicas para el campo. Yo había comenzado a cursar primer año de la facultad; me había recomendado nuevamente el querido director de la escuela, el Ingeniero Pages.

• TRABAJO •

HACER PISAR LA BANANA

Comencé a trabajar y estudiar de noche, me producía una alegría y gran entusiasmo aplicar conocimientos de cálculo de la materia Madera y Hierro.

La compañía recibía anticipos para la fabricación de tinglados y galpones en distintas partes del país. Confeccioné planillas con distintos sistemas constructivos de estructuras metálicas para distintas solicitudes climáticas y estas planillas permitían hacer un cómputo de materiales que favorecía la pronta presupuestación por parte de los dueños.

Yo veía que recibían monstruosas reservas con los pagos correspondientes a los anticipos, pero comenzaron a suceder cosas extrañas:

Primero, no veía que se fabricaran galpones. Segundo, a los cuatro o cinco meses de empleado comenzaron a dejar de pagarme el sueldo.

Pensé que hacer, ya se habían acumulado varios sueldos, así que un día me hice de valor y encaré la situación.

—Mire Señor Saavedra, —este era el nombre de uno de los dueños que me había contratado— Necesito cobrar, pero yo le propongo que me haga un favor...

—Sí, cuál —me contestó sorprendido, sentado hun-

dido en un sillón, fumando un puro como un perfecto burgués.

—Ustedes tienen una cuenta corriente en la esquina, en una librería técnica, en Hipólito Irigoyen —y ni qué dudarlo le presenté una lista de materiales para asegurarme unos cuantos meses, quizás año de estudio, elementos de dibujo, papel de calco, marcadores, y, sobre todo, un equipo de Rápido Graf, eran un conjunto de lapiceras de distintos grosores de puntas recargables de tinta que sustituían al maldito tiralíneas.

Sin discutir le ordenó a su secretaria que me confeccionara la orden de compra.

Ni ebrio ni perezoso al salir me fui hasta la librería y me llevé todo el material. No aparecí más por el trabajo.

Me sentía confundido con el cargo de consciencia de haber mentado, de haberle hecho “pisar la cáscara de banana” pero había cobrado.

CEREBRO Y HOMBRO

Comenzaba a darme cuenta lo que era el mundo puertas afuera de mi casa defendiéndome en un medio que comenzaba a conocer.

En los veranos era cadete de una joyería anexo a mi casa de la calle Cabildo, también trabajé con los curas jesuitas en la calle Riobamba e Hipólito Irigoyen como recepcionista de los fieles que venían a inscribirse en los retiros espirituales en un convento de San Miguel. En los ratos libres el Padre Anzorena me propuso ser cobrador de la revista “El Mensajero” con una comisión en cada cobro. Comencé por el barrio de Belgrano, me iba muy bien, entonces le propuse

que me dé un anticipo como crédito a descontar de las comisiones y me compré una bicicleta de carrera, verde, nueva, hermosa. Amplié mi radio de acción a barrios de Núñez, Saavedra, Palermo, Chacarita, Colegiales... En ese verano logré una suma de dinero que me permitió tener reservas para mis viáticos y además comprar libros del colegio industrial.

Me sentía independiente, demostrándome y demostrando a mi padre que aplicando el cerebro y también el hombro crecía y comencé a agradecerle en silencio sus consejos.

Uno de los profesores de la materia “Estática y Resistencia” del Krause, el Ingeniero Rafael Abril, por mis notas me ofreció ir a trabajar a su estudio en la calle Diagonal Norte y Florida.

Comenzaba en ese momento a trabajar en obras de arquitectura y estructuras de hormigón.

Sentía que estaba dentro de lo que significaba la profesión.

De ahí en más, siempre trabajé en estudios de arquitectura mientras cursaba la facultad con notas superiores a ocho (Distinguido). El entusiasmo crecía. Cuando comencé a hacer trabajos como una empresita aplicando conceptos de Maestro Mayor de Obras, creció la idea de estudiar, trabajar en relación de dependencia y a la vez trabajar en forma empresarial, independiente. Germinaba la idea de “comprar mi propia libertad”. Crecer como pequeño empresario; estudiando lo teórico en la facultad y lo práctico en otra escala, en estudios de proyecto o empresas constructoras.

El trabajo de importancia fue el desempeñarme como dibujante y presupuestista en una empresa de montajes industriales. Luego comencé a trabajar en una consultora de ingeniería, de proyectos para generación, transmisión y transformación de energía eléctrica y comunicaciones. Kennedy & DonKin

Consulting Engineers, era el encargado del departamento de proyectos y dirección de obras civiles para empresas del estado.

Luego llegaron los viajes al interior del país y a Estados Unidos cumpliendo funciones de gerente de proyectos y dirección, formando equipo con ingenieros de otras especialidades.

Dejé lo teórico de los proyectos para pasar a lo práctico de construir lo dibujado en un frío papel. Vivir lo apasionante de ver aquello crecer siendo una parte de la logística, de construirlo, de organizar equipos de operarios de distintas especialidades, el desafío de cumplir con costos, calidad y plazos de obra; siempre como Gerente Operacional en Comarco SA, mientras paralelamente hacía trabajos en forma independiente hasta que me liberé.

COMPRANDO MI LIBERTAD

Armé estudios con compañeros de la facultad que se transformaron en amigos, otros trabajos fueron puntuales con estudios de arquitectura que se formaban para algún proyecto específico.

El Golpe Militar de Onganía creo una alteración a la linealidad de los estudios. Los profesores progresistas renunciaron, quedamos como pichones a la deriva, nos encontramos en la angustia de no zozobrar. También en este caso surgió una amistad entrañable con Daniel Trachter.

El estudio de arquitectura que formamos derivó en una empresa constructora “Comco SA”. En ese momento salté al vacío, ser un profesional en ejercicio liberal de la profesión. Renuncié a Comarco SA a pesar de tener una mínima participación en las ganancias.

Comco SA creció hasta llegar a casi cuatrocientos operarios, camiones, máquinas, clientes importantes. Pero en ese salto descuidé las finanzas; quedaron en manos no confiables.

Vendí la empresa y formé otra de cero; sin capital, nunca cobré las cuotas adeudadas de Comco SA. La nueva empresa se llamó “Renacimiento SA”, no por el período histórico sino haciendo referencia al eterno renacer del Ave Fénix.

Renacimiento SA se asoció con la firma SEYES SA de los ex socios de Comarco SA y finalmente, de esa conjunción de sociedades quedó como Seyes SA.

Superpuesta a esta actividad, Dagoberto, mi hijo, estaba cursando la Facultad de Arquitectura y, finalmente, al recibirse formamos CO.DI.SE. SA siendo socios en partes iguales. Es hoy mi mejor socio, admiro su empuje, inteligencia, entusiasmo y tesón. Hemos crecido haciendo trabajos en todos los frentes de la construcción, del diseño y de los servicios; una empresa integral con equipamientos, instalaciones, máquinas y personal, con una férrea creatividad de Dagoberto en la acción y en lo que a mí respecta, en la parte comercial y financiera.

• ARTE •

Por razones económicas me alejé en los primeros años de la secundaria, del niño Edgardo de primero inferior, cuando la maestra llamaba a mi madre para felicitarle por mis dibujos. Qué importante son los maestros o los mayores cuando están atentos a los hallazgos de los niños en la faz creativa.

Yo recuerdo ese dibujito que tanto había sorprendido a la maestra Filipo, era un granadero sobre su

caballo, una síntesis pequeña con líneas ortogonales sobre la mínima hoja del Cuaderno Rivadavia.

Mi madre se lo comentó a mi padre y quedó latente siempre ver los dibujos que yo hacía; mi madre se los mostraba a mis tíos llena de orgullo.

También recuerdo en esos primeros años, en la soledad del generoso y florido jardín de la portería, cuando me entretenía haciendo casitas para caracoles o, ya más intrépidamente, intentar una maqueta con cartones, recuerdo mi frustración en querer techarla con un intrincado techo de tejas con varias pendientes y abandonar en el intento.

Con el tiempo y a mis once años, mis padres descubrieron un curso de dibujo y pintura en la Universidad Popular de Belgrano, era gratuito y tenía una Biblioteca Pública.

FIGURITAS

En estos años aparecieron las “figuritas”. No podía disponer de dinero para comprar “figuritas”; escaseaba y lo ganado era lo justo para vivir.

Entonces se me ocurrió recortar cuadros de historietas; todo blanco y negro, yo los pintaba y los pegaba sobre cartones. Con las figuritas de mi fabricación, jugaba a la “tapadita” y comencé a tener mis primeras “figuritas originales”, las cambiaba por las auténticas argumentando que eran importadas. De esta manera obtuve mis primeras figuritas para álbumes.

También creaba historietas de animalitos, recuerdo una sobre peces -con mucho color- venía estimulado de los colores de cubos, esferas y conos de madera con los que ensamblábamos figuras en el jardín de

infantes. Aún recuerdo la sensación de alegría; elementos de jugar con esas formas tan puras que refiere Paul Cézanne. Cada elemento parte de esa síntesis volumétrica.

FORMA Y COLOR

Con el tiempo comencé a conectarme con el papel. Lápices de colores, el olor atrayente y excitante del óleo.

La profesora, la Señora de Iguain, resultaba ser una combinación de madre protectora y maestra. Todos mis compañeros eran heterogéneos. Distintas edades y sexo. Algunos trabajaban sobre tableros, sentados, mirando fijos un objeto y lo representaban sobre papeles blancos enormes, sobre tela blanca montadas sobre estructuras de madera, un potro regulable, atriles.

La profesora me ubicó en un rincón un poco apartado del centro de ese gran salón. Un espacio lleno de personajes meticulosos que trabajan en silencio, tuteándose con el misterio del papel o la tela. Yo veía que esos planos se teñían de colores, de líneas, cada uno con su poética, con su sinfonía.

La Señora de Iguain me puso unos objetos sobre un taburete, me dio un papel y un lápiz. Extendí el papel sobre un tablero y comencé a ver, a tratar de hacerme amigo de esos objetos, les hablé y me respondieron, ayudándome a romper mi rigidez.

Recuerdo que mis manitos trémulas comenzaron a liberarse; mi mirada ordenaba y ellas obedecían, obreras meticulosas que iban invadiendo el papel.

Surgió una imagen; estas manitas lograban el milagro por sí mismas. Dibujaban líneas, las plasmaban sobre lo blanco del lienzo...

La profesora, con una dulzura minuciosa, me comenzó a gratificar. Se puso a mi lado y en otro papel dibujó el mismo objeto. Me explicó la línea de horizonte, la fuga, el circuito en fuga, la elipse, la perspectiva.

Desde Ciudad de la Paz, una calle de Belgrano, hasta mi casa en la Avenida Cabildo, fue un tránsito lleno de alegría.

Mi madre, con su permanente y amorosa ansiedad me preguntó:

—¿Te gustó hijo?

A cambió le entregué la lista de útiles que debía llevar a la próxima clase.

Un bloc espiralado de papel Canson, lápices Faber Castell, goma de borrar. Serían mis primeras herramientas sin la obligación de aprobar, de cumplir con una nota, ni la obligatoriedad de pasar de grado.

Durante mis estudios en el colegio primario sufría rebeldías que se traducían en una mala conducta; con citas a mis padres; muchas de las cuales mi madre me las cubría evitándome la solidez autoritaria de mi padre.

El curso era la libertad, ver como progresaba en dibujar esculturas de yeso, en hacer con acuarelas manchas en el del fondo de la Academia, tutearme con el color, con la dulce docilidad del óleo con aroma a aguarrás y aceites de lino. La maestra me estimulaba cada vez más y mis compañeros mayores, unos de los cuales era un hombre delgado con un corte de cara español, con el cabello recogido, blanco en canas, haciendo poesía con el pincel.

La maestra lo trataba como un maestro.

NORMA

Entonces un día fui acompañado por mi adorada prima Norma, hija del tío Blas, hermano de mi madre. La maestra al distinguirla la invitó a ser modelo.

Vivía con nosotros su mamá, mi tía Ilsa, una hermosa mujer que me provocaba ciertas reacciones excitantes. Su madre había fallecido en un parto por septicemia. Mi tío Blas no podía tenerla con sus tres añitos y trabajar, mis padres, con el mandato heredado, acostumbrado a la solidaridad de los carreros, de socorrer tribalmente al desamparado, la trajeron a vivir con nosotros en la única habitación de la portería de Cabildo.

Normita, dócilmente, se sentó en un banquito alto de madera, un taburete, con sus calzas azules, un tapadito marinero azul, un gorrito tejido por mi madre de lana... Mirándome con cierto temor se adaptó a no moverse, ni hacer algún movimiento, leía sus ojos y luego volvía a su posición.



Tío Blas y Norma.

Todos nos querían, esperaban nuestra llegada para continuar con el retrato de la ilustre niña.

Hoy Normita se fue con apenas cuarenta años. Marchó con su energía al universo y luego de dos días falleció mi tío Blas. Su tumba fue cavada junto a la de su hermosa hija.

Los dos dejaron su tiempo juntos para que la Pachamama transforme su materia en nueva vida sin estar separados.

Normita reunía todo tipo de cariños y de regalos de mamás que asistían a las clases, y la presenciaban o la dibujaban; jóvenes y señores le traían caramelos. El arte de mis compañeros hicieron su figura inmortal.

Se terminó el año, y la maestra y autoridades de la Universidad Popular de Belgrano hicieron una exposición de fin de curso con las obras de todos los alumnos.

Fue muy movilizante ver mis trabajos colgados junto a los de mis compañeros. Varios salones se llenaron de obras, observar mis trabajos, tomar consciencia de mi evolución, de mi fertilidad, eran muchos y estaban allí, en cantidad.

Una vez colgados se cerraron las puertas.

Un alumno que parecía un maestro pintor, a quien yo admiraba, con claro acento castizo, puso la mano sobre mi cabeza cubierta por una boina y dijo:

—Pues niño, sorprende tu trabajo.

Cuando reaccioné se había ido.

Se realizó la inauguración, concurrí con mi madre. En acto previo a la apertura de las puertas de los salones, en el salón de actos, habló la directora felicitando a la profesora y a todos los cursos.

Luego la profesora, Señora de Iguain, que me hace hoy recordar a la carita antigua de Gabriela Mistral, dijo:

—Bueno, ahora es el momento de los premios.



Con mi tío Blas en mi taller.



Muestra en el Palais de Glace. De derecha a izquierda: Oscar (marido de Norma), Cecilia (Hija de Norma, Norma y mi tío Blas.



Mi primer Premio.

En la categoría menor género femenino el premio era para una niña cuyo nombre no recuerdo. Yo la admiraba en silencio, era hermosa como su obra. En mi contemplación no percibí que la profesora continuaba hablando.

—Luego para la categoría menor género masculino, —se detuvo, buscó con su mirada mi ubicación y habiéndome localizado enfáticamente dijo—. Edgardo Nelson Rodríguez acá está el diploma del premio.

Mi madre me abrazó emocionada, aplausos. Los

primeros aplausos de mi vida, el reconocimiento, la emoción.

Haber jugado con trabajo el arte y recibir un premio.

Subí al escenario temblorosamente, los pocos escalones se hacían enormes, me abrazaron, miré a la platea y sólo insinué un gracias, sin saber todavía lo que había sucedido.

En las vacaciones trabajé y comenzaba la secundaria en el Otto Krause.

El triunfo en la Universidad Popular de Belgrano, quedó como un sueño, no pude seguir jugando a crear. Tenía doble turno, no quedaba tiempo y además ayudaba a mi madre en tareas de limpieza en la portería y oficinas.

Se detuvo la película, sentía todo el rigor de lo onírico, de haberme asomado a la ventana de lo imaginario más allá de lo real.

En los años superiores de la Escuela Industrial, las materias que comenzaron a abrir esas ventanas fueron Proyecto e Historia de la Arquitectura.

Estaba en contacto con la creación, con la historia sensible del hombre. Me recibí y elegí seguir arquitectura, entrar a un convento.

El dibujo técnico de la escuela industrial era un instrumento que me permitía expresarme, pero me faltaba el dibujo libre, el color, crear imágenes. Arquitectura, con sus materias Composición y Visión me daban el canal para recuperar lo que de niño había comenzado y por razones económicas tuve que dejarlo en el baúl.

En Visión trabajaba con volúmenes, trabajo de croquis al aire libre, en Composición recrear en esos espacios urbanos abiertos volúmenes funcionales que tenían la función de servir como hábitat del ser humano.

Estudiar Historia del Arte con la profundidad de ver las distintas corrientes de movimiento de las ar-



Los trabajos del año, mi primera exposición individual.

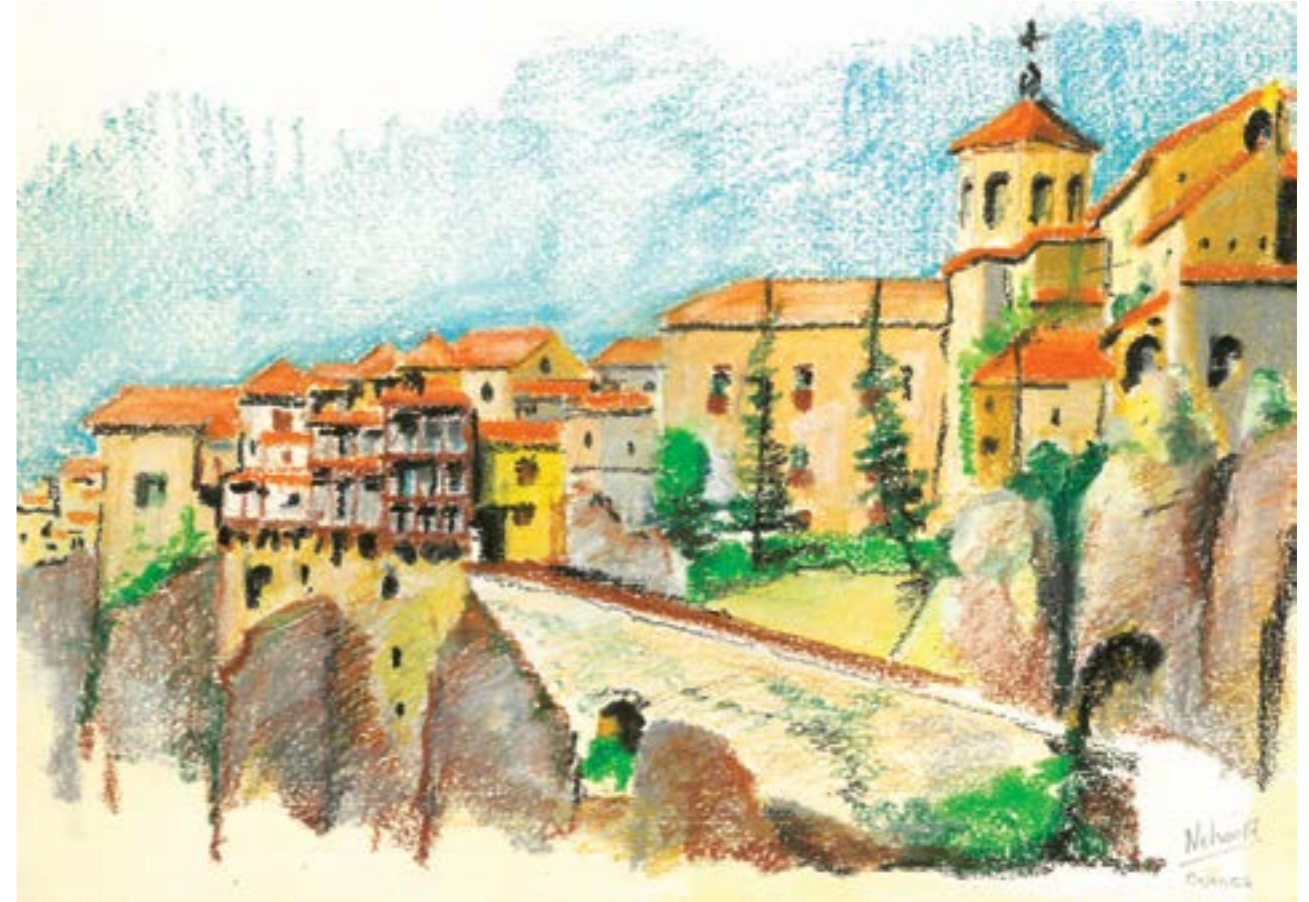
tes plásticas. Estudié las proporciones del ser humano, el Modulor de Le Corbusier con el antecedente del Hombre de Vitrubio de Leonardo Da Vinci, las materias humanísticas.

La base técnica de la secundaria, la humanística y artística de la facultad reabrieron el camino. Era apasionante hacer perspectivas de los proyectos de composición arquitectónica y que eran famosas. Recuerdo en el primer año de Proyecto, hice una perspectiva circular de 360° que para poder verla el observador se tenía que meter dentro de un círculo de 1,50 metros de diámetro, en último año de esta ma-

teria representé en forma aérea un conjunto urbano de doscientas viviendas.

Dibujar en arquitectura me permitió también vender a los clientes mejor los proyectos, además este medio de expresión me generó unos buenos ingresos al dibujar perspectivas a estudios famosos. En mi casa hacia algunos dibujos, mi aplicación me fluía.

Llegó el año 1987 que me propongo viajar a Europa, recorrer España e Italia, la tierra de mis ancestros, encontrarme con mi soledad fue un viaje iniciático, alquilé un coche, armé mi atelier portátil y comencé a dibujar paisajes, ciudades, a observar, detenerme,



Croquis de viaje, Cuenca. 20x35 cm. (Año 1987). Edgardo N. Rodriguez.



Croquis de viaje, Ronda. 20x35 cm. (Año 1987). Edgardo N. Rodriguez.



Croquis de viaje, Bagur. 20x35 cm. (Año 1987). Edgardo N. Rodriguez.



Bodegón - 70x50cm. (Grafito - Año 1988) Edgardo N. Rodríguez.



"Recuerdos de mi abuela" - Grafito. 1º mención en Dibujo, Concurso de Artistas Plásticos Latinoamericanos en el Museo de Antioquia - Medellín - Colombia. (Grafito - Año 1988) Edgardo N. Rodríguez.

admirar el juego de los volúmenes bajo el sol. Visité museos. Ver en directo la obra de los maestros del arte. Ahora reconozco la impronta de las perspectivas de la Facultad de Arquitectura.

Regresé a Buenos Aires triunfante, con una cantidad apreciable de trabajo, como cincuenta croquis, sentía que había recuperado el silencio expresivo de mi niñez.

Por consejo de unos amigos fui a consultarlo al galerista Centoira.

Los miró con atención y comentó:

—Mirá, es un buen indicio, te aconsejo con todos los conocimientos que tenés ir a una profesora, pueden ser María Luisa Manassero o Poupee Tessio.

Finalmente decidí por María Luisa Manassero.

Me atendió en un taller lleno de trabajos, caballetes, atriles, recuperaba la imagen del taller de la Universidad Popular de Belgrano.

—Pasá, ¿sos Edgardo?

Miró los trabajos y expresó:

—¡Cuánta producción!

Mientras el salón se iba poblando de alumnos del taller, la mayoría mujeres. Reunió a todos diciendo:

—Quiero que vean la experiencia de Edgardo con los trabajos que trajo de su viaje por Europa.

Sentí timidez, algo de vergüenza y me pregunté para qué me había metido en semejante lío.

Desparramó los trabajos en el piso, para que los vean todas las atentas compañeritas. Sentí una sensación contradictoria de orgullo y violación a la vez.

Pero me tranquilizó su comentario:

—Hay que saber viajar, dibujar, registrar, no encantarse con la fotografía; detenerse, descubrir la presencia de los volúmenes bajo la acción de la luz.

Todos atentos, sentados sobre unas banquetas de junco, miraban con cierta admiración.

—Gracias —atiné a decir.

—Te lo merecés, bueno ahora tenés que seguir, esto es una etapa.

Comencé un estudio académico, con la rigurosidad de una profesora exigente, atenta en cada tablero, a cada trabajo, comprometiéndose con una admirable aplicación a generar en cada una la trascendencia de lo que estaba realizando, tomando como ejemplo a maestros de la pintura que resultaran afines.

Modelo vivo, femenino y masculino, descubrir la anatomía, los estudios de Leonardo Da Vinci, la rigurosidad de los distintos maestros contemporáneos; la rigurosidad del dibujo de Ingress, el color en Cezánne, la explosión de Vincent Van Gogh; me llevaron de la mano para irme liberando.

Comencé a hacer muestras individuales en el Pale de Glace, en galerías privadas. También los fines de semana, en mi Ford Falcón llamado Hércules, salía con mi taller rodante a liberarme sacando croquis de Buenos Aires.



"Recuerdos de mi abuela" - (Grafito - Año 1988)
Edgardo N. Rodríguez.



Croquis de Buenos Aires.



Grúas - 70x70cm. (Técnica Acrílico - Año 1998). Edgardo N. Rodríguez.



Con Felipe Noé en mi exposición individual en el Palais de Glace.

Me anoté en el taller de Felipe Noé Yuyo; mi liberación era evidente, trabajaba el tema Caos en la Ciudad en obras de gran tamaño, el maestro, con sus ojos entreabiertos y su característica forma de hablar, daba charlas cortitas para que en libertad siguiera la obra. Con el tiempo participé con él en rondas de Clínicas de Arte donde me permitía opinar sobre obras de otros compañeros.

Luego trabajé con Carlos Bissolini la libertad de composición, mientras ya montaba mi propio taller en mi departamento de Belgrano, anulé el living y transformé la casa en taller.

El estudio académico con María Luisa Manassero servía de sostén ante tanta libertad.



Caos - 120x150 cm. (Técnica Acrílico - Año 2008). Edgardo N. Rodriguez.

Del 12 al 24 de Junio



EDGARDO NELSON RODRIGUEZ
"Mi Ciudad Viviente"



CENTRO CULTURAL
RECOLETA
BUENOS AIRES



Muestra en el Palais de Glace con Solange.



En una exposición individual mía, en el Palais de Glace con Solange y Dagoberto.

YO NO DOY CLASE A BURGUESES.

En una de las tantas visitas a salones descubrí en el Salón Fortabat una obra premiada de Carlos Regazzoni; fui sin aviso a visitarlo.

Llegué, estacioné mi coche y me recibieron unos galpones oxidados, semi abandonados, del ferrocarril, en el playón de cargas de la línea Mitre en

Retiro. Un sendero me conducía con carteles rudimentarios pintados a mano a la entrada. En todo el entorno había regados de chapas y hierros oxidados, unas esculturas deslumbrantes de chatarra escoltaban el taller, hasta una escultura de un avión, parecía estar dispuesto a volar. Llegué, había dos puertas pegadas, una al lado de la otra, abrí una y me recibió un personaje voluptuoso, histriónico, con una cabellera propia de nido de cigüeñas, con



Con público sentado con el mural atrás en el cual colaboré con Carlos Regazzoni.

ojos desorbitados y una cuchilla en la mano, me increpó:

—¿Qué quiere aquí?

—Mire, quiero ver su taller.

Mientras dos hermosas mujeres me miraban sentadas a la mesa listas a comer.

—Pase por la puerta de al lado.

Abrí y, ¡oh! Sorpresa; era el mismo local.

Entre mesitas, a mi izquierda, ví un succulento plato de mollejas con champaña acompañado por la admiración calenturienta de las damas.

Me sentí impactado, algunas obras enormes en ejecución, otras colgadas, hasta en los techos, entremezcladas con rezagos del ferrocarril, señales, faroles, bancos. Era una performance llena de energía, todo en acción, sentí un entusiasmo difícil de descubrir, era la primera vez que entraba en un taller sin alumnos, de un artista.

Esperé un momento en silencio dando vuelta sobre mis talones, conteniendo la emoción, descubrí a un artista, a un trabajador del arte con toda la libertad de la creación. Me atrapó el clima y con cierta timidez le dije:

—Maestro, ¿usted da clases?

Pensó, me miró, y con elocuencia respondió:

—Yo no doy clase a burgueses.

—Bueno, querría colaborar —le contesté.

Se quedó en silencio.

Aproveché el espacio de la plática y seguí:

—Me gustaría compartir un almuerzo, traigo mollejas y se las hago.

—Lo tomo como un desafío, pero eso sí, traiga tres botellas de champú Mercier.

—Bueno —le respondí.

Pero me despidió diciendo:

—Ande por esa vía hasta la estación de tren y vea los murales. —Se despidió con sus manos callosas,



Estación Retiro, mural de Carlos Regazzoni en el cual colaboré.

llenas de pintura—. Soy artista ferroviario, el ferrocarril abre el horizonte de la patria.

Ese era un concepto que acompañaba su obra. Los murales, enmarcados en arcadas, eran de una expresividad explosiva, una libertad de formas y de color, tramos de estructuras, locomotoras, humanos.

Era un día sábado, volví a mi casa y pensé toda la semana en regresar y cocinar.

Así lo hice, le sorprendió que yo haya cumplido, ganó su confianza.

Me propuso ayudarlo en los murales, comenzábamos a las diez de la mañana tomando “champu”, champaña como él lo llama. Fue generoso, me dejó sectores para que siguiera.

Él, sentado en el borde del andén, me apuntaba con rigor militar.

—Dale, vieja, vamos, libérate, más negro, más color, ablandá la línea.

Sentía que mi trabajo se liberaba, me manchaba de pintura, ropas, manos, era la libertad de la línea y el color, los colores brotaban del plano mágicamente. Le completé unos murales y quedó una profunda amistad.

Mi analista, Viviana Bataglino, en una de las sesiones de análisis realizó una oportuna observación, en tono de pregunta me dijo:

—¿Rodríguez, por qué no intenta poner en palabras las hermosas imágenes de sus relatos?

Para contener todos estos conocimientos me fui a

trabajar al taller de Carlos Pelipenko, un excelente maestro con la humildad de los grandes. Produje obras sobre Buenos Aires y los sábados, montaba mi atelier en “Hércules” y me iba a croquizar Buenos Aires.

A su vez, en el taller de Carlos Pelipenko, comencé a pintar con más libertad y a dibujar las palabras en cuentos y poesías. Me presenta en distintos salones con resultados favorables, era premiado. Comencé a escribir. Hice por esos años, 1995, mi primer libro “Rastros de Poesía Ilustrada” con comentarios de Arturo Cuadrado, mi padre literario, y Vicente de Pernía, crítico brasileño de Sao Paulo, miembro internacional de Críticos de Arte.

Siguieron otros libros de viajes.



Partes de Buenos Aires. (Acrílico - Año 2002). Edgardo N. Rodriguez.



Partes de Buenos Aires. (Acrílico - Año 2002). Edgardo N. Rodriguez.



Partes de Buenos Aires. (Acrílico - Año 2002). Edgardo N. Rodriguez.



Barco Amarillo 150x100 cm. (Acrílico - Año 2002). Edgardo N. Rodriguez.

Me alentó a escribir Arturo Cuadrado.

Había hecho una serie de láminas de poesía ilustrada en un tamaño de 30 x 30 centímetros y quería editarlo. Fue así que en una visita a la Feria del Libro descubrí una editorial: Botella al Mar.

Un señor de barba, de ojos celestes atentos, elocuentes, me recibió en un escritorio rodeado de estantes con libros de esa editorial.

—¿En qué puedo servirle?

Con total timidez me senté en frente y dije:

—Mire, no hay peor cosa que no arriesgarse en la vida.

Me miró en silencio.

Y seguí confesándome:

—Soy trabajador del arte, —y con una caradurez extrema— estoy terminando una carpeta de poesía ilustrada, en un tamaño de 30 x 30 centímetros.

—¿Tan grande? —me preguntó asombrado.

—Sí, porque son dibujos con color y poesía en los laterales.

Le enseñé una muestra que había llevado y me ofreció presentarlo a Alejandrina Deveslovi.

—Ella es mi esposa y secretaria del director, traiga todo el trabajo.

Así lo hice. Fui a la calle Agote y Avenida Las Heras. Era un departamento. Me recibió una señora de cara risueña, con su boca llena de sonrisa, llena de alegría, con sus ojos cristalinos y una cabellera ondulada enmarcaba su cara bronceada. Su figura se movió con rapidez, miró el trabajo con cierta cortesía y me propuso:

—¿Lo puede dejar así lo ve el director?

—Como no, ¿cuándo puedo saber el resultado?

—Venga en una semana, siempre después del mediodía.

Prometí volver con la ansiedad que siempre me domina queriendo saber los resultados.

A la semana llego puntual, era un día similar a los días de notificación de pruebas o de entregas en la facultad. Me recibió Alejandrina, su rostro no representaba nada elocuente.

—El director lo quiere ver.

Giró la puerta y apareció la figura de un hombre sentado plácidamente en un sillón.

Su rostro delgado, con ojos sobresalientes, nariz afilada, cabellera impecablemente completa, llena de canas, representaba más de ochenta años. Un traje viejo, cuello desalmenado y con sus manos cruzadas sobre su abultada panza a pesar de su delgadez. Exclamó:

—¿Tu eres Edgardo Rodríguez?

—Sí señor.

—Pues estoy embarazado de ti.

Me senté en un sillón mirándolo. Su voz era pausada, con frases poéticas.

—Escribir es una poesía... vivir es una fiesta... entras al convento de las letras...

—Gracias —atiné a decir.

—Alejandrina edita el libro... Edgardo perteneces a la corte de los escritores de "Botella al Mar"... —y luego, agregó— Alejandrina, trae vino.

Apareció una bandeja con emparedados y una botella de vino. Llenó dos vasos, lo levantó y reverencialmente me dijo:

—¡Salud!... "El vino no se bebe, se besa"...

Después de esa reunión se editó mi primer libro y lo presenté en San Telmo, en un salón. Una performance con cena, baile, tango con María del Carmen Damelio y David Thacter, el recitado de la poesía estuvo a cargo de la querida María Eguis.

A este libro le sucedieron otros de poesía y dibujos: "Rastros de Cuba", "Rastros de Guatemala", "Rastros de Nueva York",



Tapas de la colección de libro "Rastros" Nueva York - México y Guatemala. 30x30 cm.



Más tapas de la colección de libro "Rastros" Cuadrado - Cuba y Cuentos + Cuentos -. 30x30 cm.



Fotos de tapas y láminas del libro "Rastros" todas las tapas de las cajas son pinturas originales 30 x 30 cm. con 20 láminas de poesías ilustradas.



Con María Heguiz. (Interpretó las poesías).



Con David, amigo ancestral del universo.



María Teresa Damelio bailando Tango.



Con Arturo Cuadrado, mi padre literario.



Con Vicente De Percia, crítico brasileño.



Vista general de la presentación del libro "Rastros".



María Heguiz presentando las poesías de "Rastros"



En la Feria del Libro. De izquierda a derecha: Paco Lores presidente de la Federación de Sociedades Gallegas, Alejandra Devecovi, Yo y Arturo Cuadrado.

“Rastros de México”,

“Rastros de Cuadrado” (en honor a la vida de este Quijote contemporáneo, de este padre de mi escritura).

“Cuentos + cuentos -”.

En este proceso de ser un trabajador del arte, surgió el binomio de hacer arte con mi hija Solange Rodríguez, modificando su nombre por Solange Guez, curadora.

La creatividad plástica, el concepto de la curaduría y el taller de trabajo, es un conjunto, forma un solo contexto con un objetivo, incorporar a los observadores en forma activa, creativa, en performance.

Solange, con su ojo crítico, su capacidad de organización, su manejo de idiomas, hizo valer los trabajos. Permitted que nos comunicáramos hacia el mundo y con muestras individuales en la galería de la casona de Zapiola y Mendoza. Nos presentamos en



Festejando un premio

ferias nacionales e internacionales. En países como Cuba, Estados Unidos, Chile, Uruguay, Colombia y en Europa, Irlanda, Inglaterra, Italia, Holanda, República

Checa. El éxito era muy importante, rara vez quedaba sin vender alguna obra.

TODO SIRVE

La crisis del año 2001 que envolvió a nuestro país llevó a mucha gente que había quedado marginada a recoger basura, a clasificarla para vender y generar su miserable sustento. Plástico, cartones, vidrios, eran recuperados. Esta actividad mereció el nombre de “Cartoneros”.

Recordé a mi padre en la portería, recogiendo prolijamente envases de vidrio, metales, diarios y revistas que tiraban los vecinos y habitantes de los departamentos, y se los vendía a botelleros. De pequeño veía como los desperdicios de los demás tenían un valor para nosotros.

También me llevaba a los baldíos de Belgrano a recoger palos de escoba para empalar tomates en la huerta que tenía en Villa España mientras construía nuestro feudo.

Comencé a ver cómo los cartoneros clasificaban la basura recuperando los desechos que contaminaban la tierra, que no son recuperables, que atacan a nuestra Madre Tierra.

Comencé a trabajar con los recolectores, comprándoles envases de plástico, ver como ese material destinado a no servir, a no ser degradado por la tierra, por siglos quizás, superando la vida de los humanos, me permitía expresarme. Partir de trabajadores al quehacer del arte, a la ejecución en el taller con la curaduría de Solange y transmitir el concepto de que “Todo sirve”, nombre de un libro sobre mi obra que publicamos. Con obras trabajadas con todo tipo de residuos, botellas, bolsas plásticas, cubiertas de coche, telas, papeles contaminados, vidrios molidos.

Nuestro arte nos transformó en alquimistas, la materia prima era transformada por el afano de nuestra creación.

Descubrimos un lenguaje identificatorio que movilizaba al observador. Comenzaban a ver que toda esa energía de la naturaleza, la energía de la fabricación del objeto y luego su uso, eran su matriz, energías que se desperdiciaban. Reciclar, crear.

Habíamos creado unos cactus con envases de Coca Cola; una imagen plástica donde el objeto devolvía generosamente la luz, el plástico estaba vivo, expresaba su belleza de transparencia.

Solange, junto a la galería Jardín Luminoso, me propusieron enviar a ArteBA unos cuantos cactus al stand de Barrio Joven. Se inaugura con una preapertura, y a las pocas horas llama una de las jóvenes encargadas del stand preguntando si tenía más obras, se había vendido todo.

Fue una sorpresa, no esperábamos este resultado, enviamos más y también se vendieron. Finalmente se hizo una lista para entregarlas en el futuro.

Solange, con su gran ingenio, publicó en internet el acontecimiento diciendo que un joven de sesenta y cinco años en Barrio Joven, había batido records de ventas.

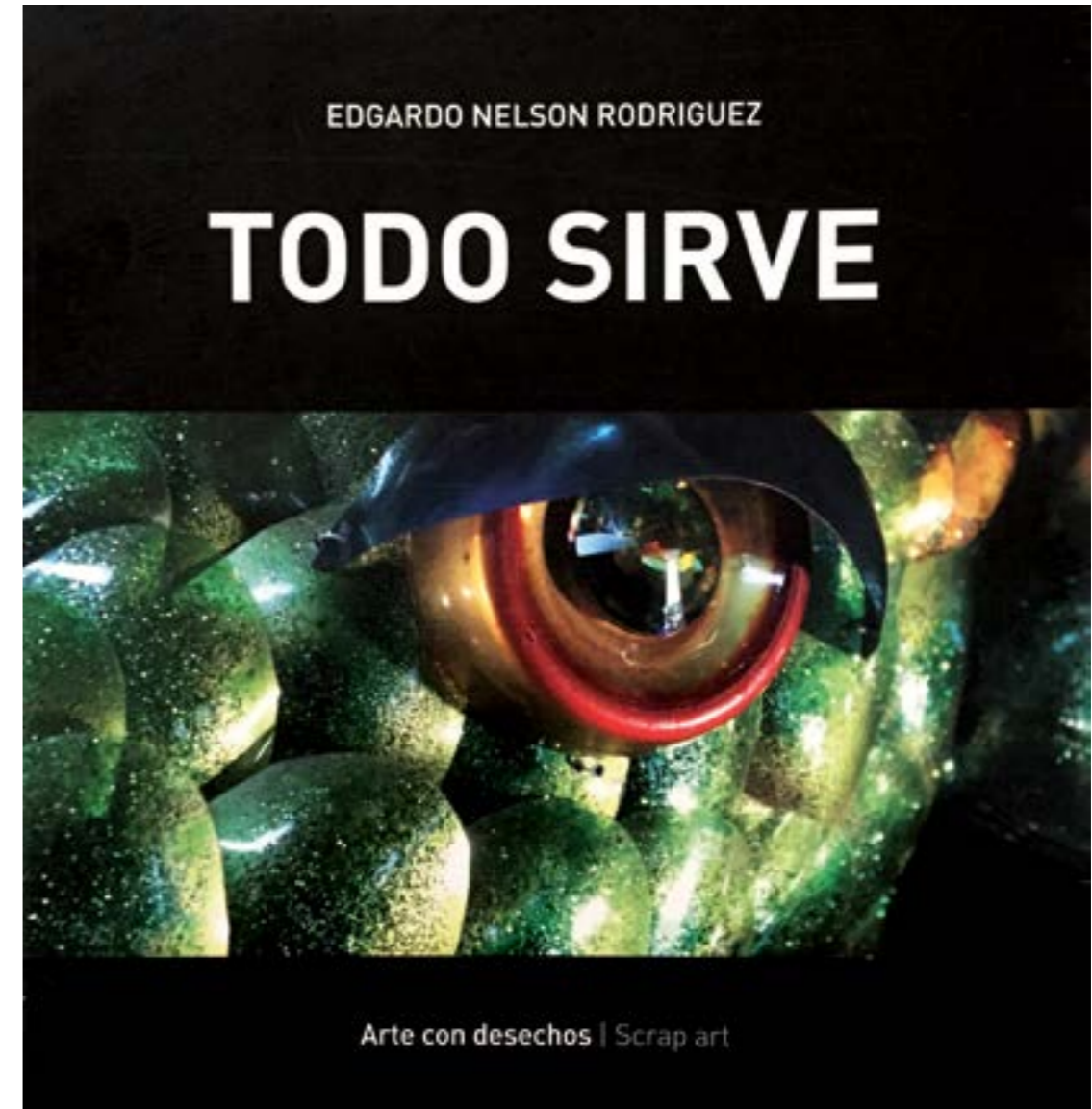
Fue un impulso, un estímulo, la obra hablaba, se comunicaba.

Juntos comenzamos a dar cursos, a transmitir este empuje a colegios. Recuerdo el jardín de infantes de la “Villa 1114”, interactuamos con las maestras, y los niños, casi todos de origen peruano y boliviano.

Trajeron botellas de plástico de sus casas, como no podíamos comprar pintura, las rellanamos cada una con igual color, rojas, azules, amarillas, negras, blancas, se unificaban por tamaño y color.

Todos los nenitos tenían su botella creada por ellos, en el salón de usos “múltiples”, toda esa comunidad infantil, dispuso en cuadrados, por tamaño y color.

Convocamos a los padres, hasta apareció una chola con su vestimenta encantadoramente original, y les



Tapa de mi libro "Todo Sirve"

pedimos que juntaran por la villa cubiertas de coche y de bicicleta, que las abrieran para que queden planas explicándoles como hacer tiras con tajos laterales.

Las cubiertas de coche enmarcaban las líneas verticales, y las de bicicleta, las horizontales, dentro de esa trama se ponían las botellas tratadas. Era una obra de Piet Mondrian. Finalmente, con los padres se ataron con alambre las botellas, y se trasladó esa obra horizontal en vertical sujetándola a una pared medianera semidestruida.

Una comunidad, a través del colegio, había trabajado en conjunto con la creatividad, tomando conciencia de juntar los envases en trapos y bolsas en su vivienda para luego dárselos a los cartoneros. Fue también un hito. Fuimos creando intervenciones, con sindicatos, vinculando a firmas para desarrollar proyectos para su comunidad. Fue creciendo el trabajo en equipo, en este año 2015 y en el 2016, Solange obtuvo la aprobación por parte del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, por la ley de Mecenazgo, que mereció el aporte de parte de sus ingresos brutos a una cuenta que nos permitió crear la Comparsa de los Artistas. Se crearon diez diseños de atuendos de igual cantidad, comunales, es decir, cien vestimentas; camisas usadas compradas en el Ejército de Salvación sobre las que se cocieron piezas de plástico representando a cada animal.

La Comparsa se constituyó con cien integrantes, cuarenta de los cuales era una banda de tambores proporcionada por Arturo Blas, gran amigo, profesor de su Escuela del Tambor, los hizo bailar. Además, un coro perteneciente a la Escuela losa Freire, interpretaba una canción conceptual referente al objeto de la comparsa. El resto de los integrantes eran niños y público que se unían a la performance.

El encabezamiento lo hacíamos Katja Alemann como Reina Mariposa y yo como Rey León.

En otra ocasión el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires auspició con fondos para desarrollar el proyecto “Guardianes de la Tierra”, creando cincuenta chamanes de nuestra autoría; veinte colegios desarrollaron su obra con sus profesores. Se creó un interés sobresaliente de parte de los alumnos, hasta utilizar sus horas libres para llegar en tiempo y forma a presentar su propuesta.

La exposición se exhibió en Plaza San Martín a finales del 2015.

Realizamos un libro con nuestras obras llamado “Guardianes de la Tierra”.

Después las obras de los “Guardianes” participaron en varios eventos, sobre sustentabilidad, en metales, muchos de ellos se encuentran en el Museo del Reciclado del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

En honor a la Madre Tierra, confeccionamos, por idea de Solange, un calendario donde me transformaba en doce chamanes, uno por cada mes. Se creó un buen equipo con Lily como coucher, Luna Podolsky como maquilladora, Hernán Taffarelli como fotógrafo. Bajo la curaduría de Solange se hicieron doce gigantografías con mi figura personificando en cada mes un guardián de las aguas, del viento, del fuego, etc. y se imprimieron calendarios con las fechas.

Las fechas que figuran pertenecen a eventos conmemorativos de la Tierra en un claro mensaje que los calendarios de la humanidad se refieren a fechas de símbolos, batallas, próceres, que nada tienen que ver con la Pacha Mama.

En el 2017, Solange montó TACHA en la calle Humboldt y Córdoba, barrio de Palermo. Se comenzaron a desarrollar proyectos con artistas residentes que trabajan con desechos, para lo cual hay un depósito de materias primas de rezagos para que elijan y trabajen, a su vez pueden venir colegios, empresas e instituciones a conocer el espacio.

Anteriormente, con amigos, creamos el Grupo Ras-tros, donde hicimos distintos eventos de poesía, artes plásticas con la participación activa del público, y murales en la Federación de Sociedades Gallegas.

Se encuentra todo el trabajo en las Artes Visuales en la página www.edgardonrodriguez.com, creada por Solange Guez, mi curadora, mi hija.

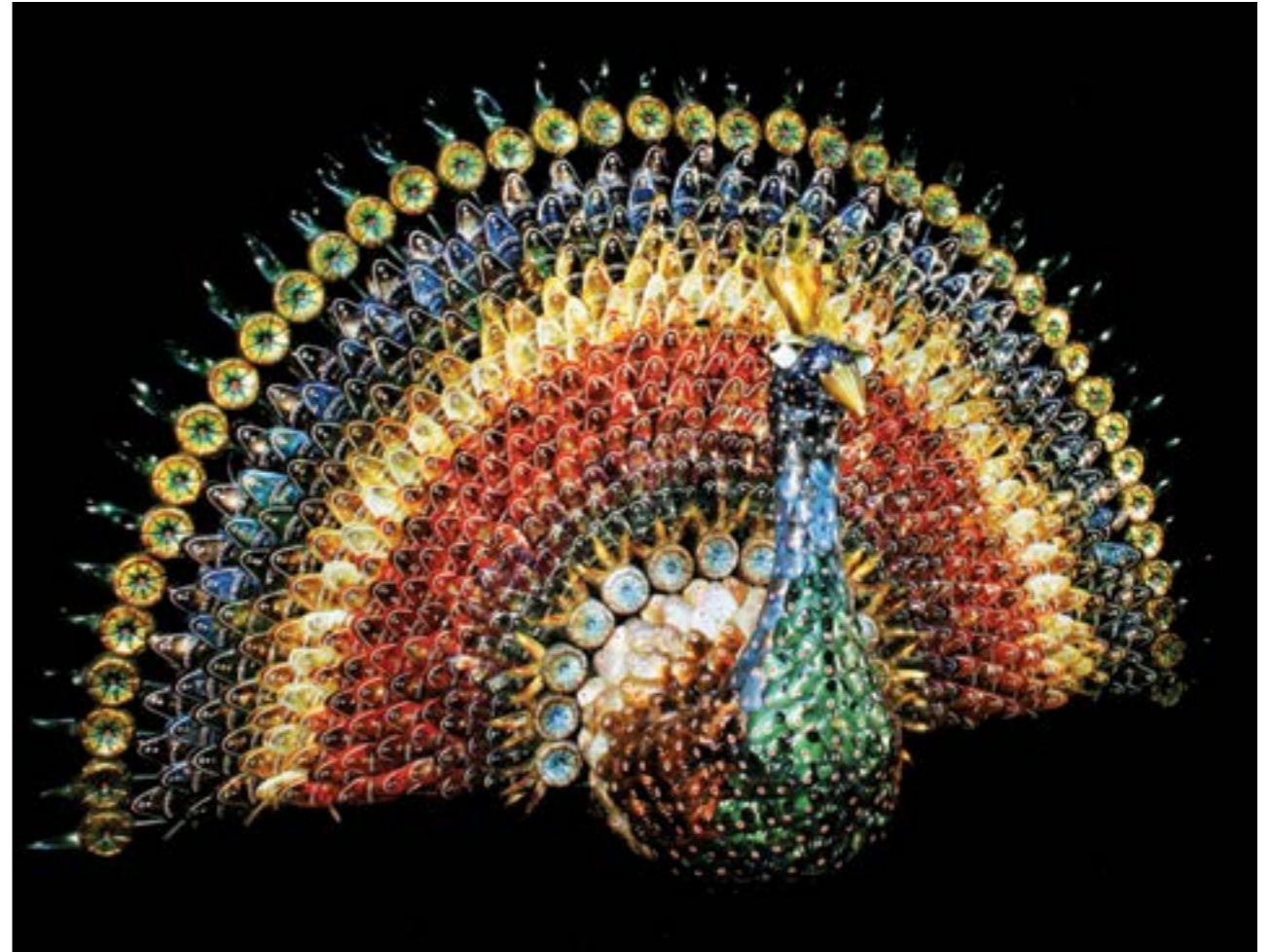
Proponemos hacer que los humanos no sean sólo espectadores de las distintas expresiones artísticas. Decimos que el arte salió a la calle. Dejó los museos, y así pueden recuperar la tarea vital de ser creativos, ampliando su mundo, para no ser absorbidos por el mundo del consumismo que los consume.



Serie Sonidos Urbanos. Residuos urbanos de papeles con pinturas dibujadas.



Serie Sonidos Urbanos. Residuos urbanos de papeles con pinturas dibujadas.



Serie Plásticos reciclados "Pavo Real" 200x140x130 cm. (Galería Rebecca Hossack, Londres).



Serie Plásticos reciclados "Serpiente Quetzacoatl" 800x600x300 cm.



Serie Selvas y Urbes. Reciclado de plástico sobre madera, semillas y pintura. 220x700x200 cm.



Serie Selvas y Urbes. Reciclado de plástico sobre madera, semillas y pintura. 160x400x200 cm.



Serie Selvas y Urbes. Reciclado de plástico sobre madera, semillas y pintura. 180x600 cm.



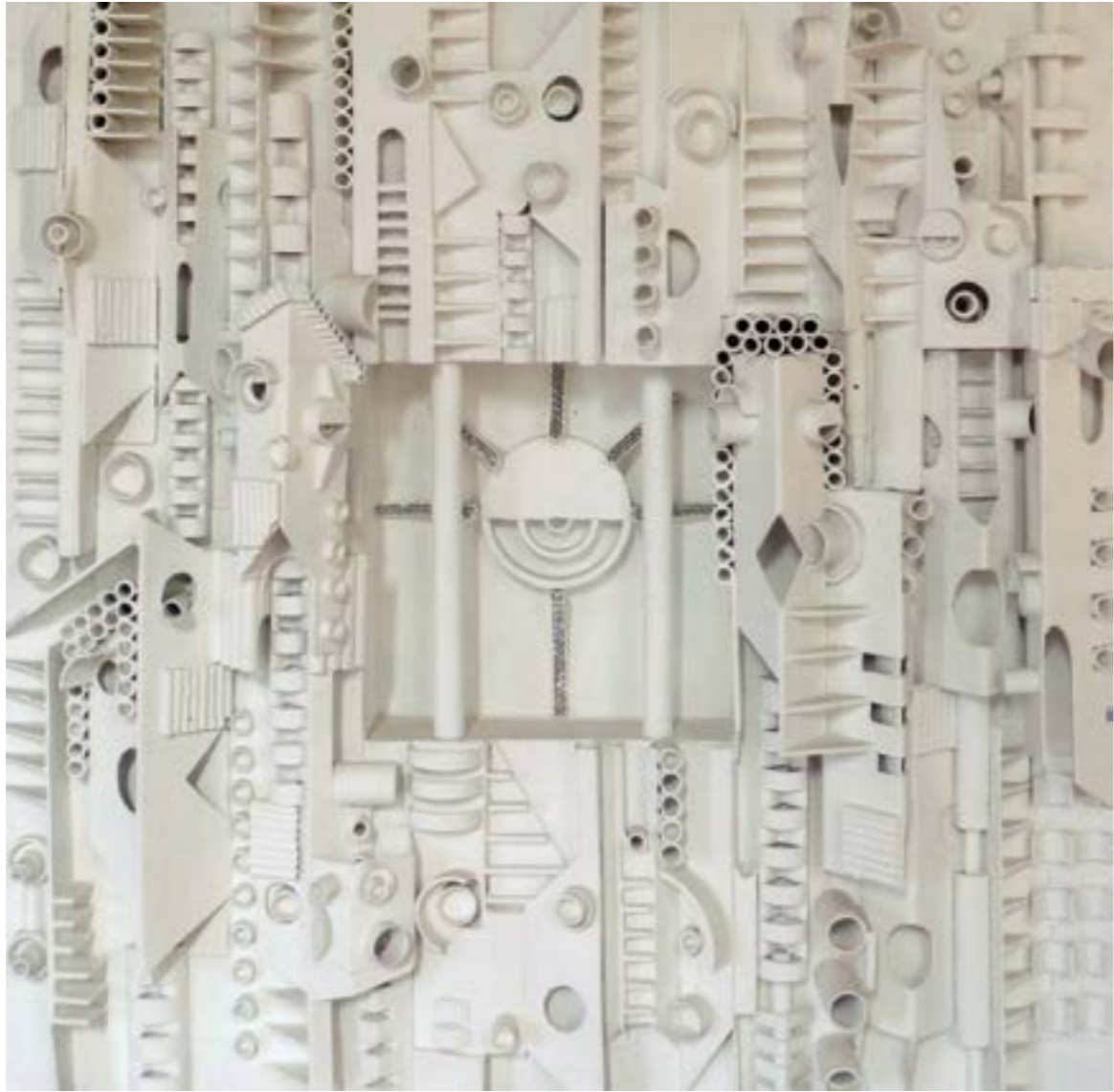
Serie Selvas y Urbes. Reciclado de plástico sobre madera, semillas y pintura. 180x500 cm.



Serie Selvas y Urbes. Reciclado de plástico sobre madera, semillas y pintura. 180x500 cm.



Serie Selvas y Urbes. Reciclado de plástico sobre madera, semillas y pintura. 180x700 cm.



Serie Cartones y Madera. "Ciudad Cartonera. 120x120x35 cm.



Serie Cartones y Madera. "Buscando a Nelson. 110x110x20 cm.



Serie Registros de América. Cuero de surubí, metales, plumas y elementos de mar sobre madera.
100x70x5 cm.



Serie Registros de América. Cuero de surubí, metales, plumas y elementos de mar sobre madera.
100x70x5 cm.



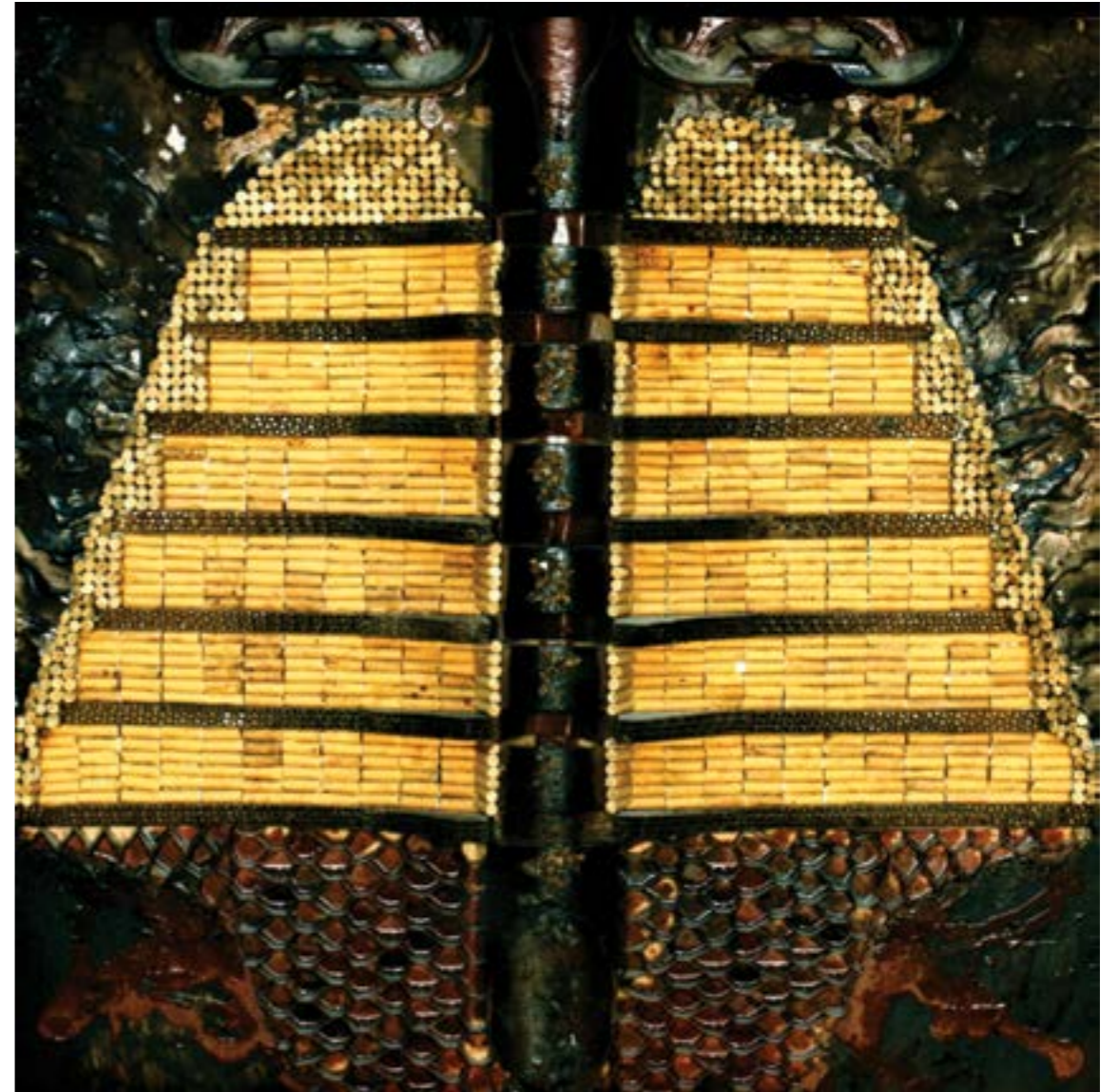
Serie Lectopinturas. Libros de contabilidad en desuso intervenidos con restos de pinturas.
400x250x150 cm.



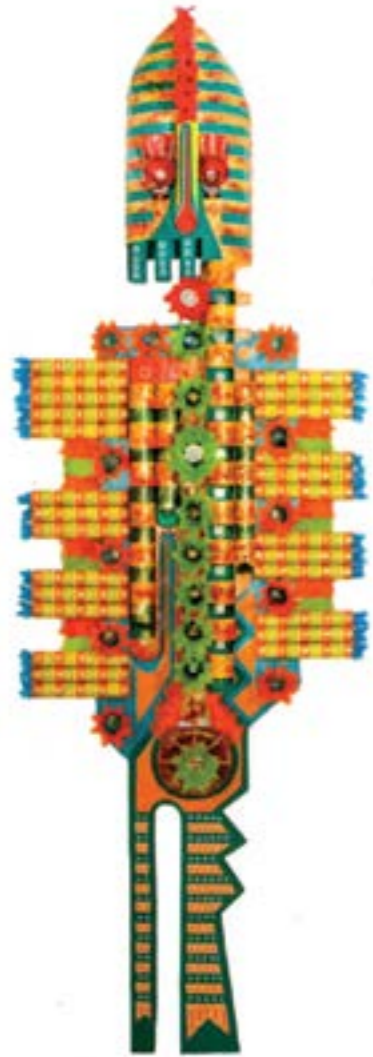
Serie Lectopinturas. Libros de contabilidad en desuso intervenidos con restos de pinturas.
400x250x150 cm.



Serie Vicios. Colillas y marquillas de cigarrillos.
700x700 cm.



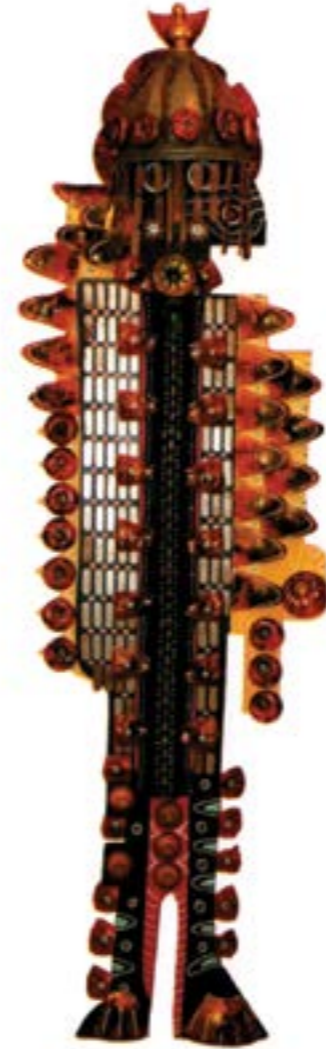
Serie Vicios. Colillas de cigarrillos.
700x700 cm.



Serie Chamanes. Mason Chulin Ka. 260x80x20 cm.
Plástico, cuero y espejos sobre madera.



Serie Chamanes. Machi de Uxmal. 270x60x10 cm.
Telas, plástico, plumas y espejos sobre madera.



Serie Chamanes. Chamán del Orinoco. 160x60x20 cm.
Metales, plásticos y caucho sobre madera.



Serie Chamanes. Chamán Anciano Maya. 250x80x20 cm.
Plástico, sobre madera.



Serie Chamanes. Machi Kuna. 250x50x10 cm.
Plástico y espejos sobre madera.



Serie Chamanes. Machi del Mar. 150x120x10 cm.
Plásticos y semillas sobre madera.



Serie Chamanes. Machi de la Tierra. 250x50x25 cm.
Plásticos y cuero sobre madera.



Serie Chamanes. Machi de Uxmal. 260x70x10 cm.
Plástico, caracoles, plumas y espejos sobre madera.



Serie Pecheras. 80x60x20 cm.
Plástico, restos óseos, espejos sobre madera.



Serie Pecheras. 60x40x5 cm.
Plástico, plumas y semillas.

Serie Pecheras. 60x40x15 cm.
Plástico, plumas y caracoles.



Serie Pecheras. 60x40x5 cm.
Plástico y plumas

Serie Pecheras. 60x40x5 cm.
Plástico y plumas



Joyas de América. 5 x 5 cm. Plata 900, bronce y cobre, piedras semipreciosas.



Arte por Metro (Año 2013). Plásticos pintados con técnica mixta 1,22 x 6,00 mts.



Arte por Metro (Año 2013). Plásticos pintados con técnica mixta 1,22 x 6,00 mts.



Después del Arte qué? Obras hechas con materiales de desecho utilizados para hacer Arte. Arte después del Arte.



Después del Arte qué? Obras hechas con materiales de desecho utilizados para hacer Arte. Arte después del Arte.



Geometría Sagrada.



Geometría Sagrada.



Serie Epidermis Cósmica. 120x120 cm. (Técnicas mixtas con vidrio molido, espejo y tintas).



Serie Epidermis Cósmica. 120x120 cm. (Técnicas mixtas con vidrio molido, espejo y tintas).



Serie Caos. "Aturdido" 100x140 cm. (Técnica mixta sobre tela).



Serie Caos. "Florida I" 130x130 cm. (Técnica mixta sobre tela).

Vivienda unifamiliar Alamo Alto



Construcción realizada con muro de cascote y materiales reciclados de demoliciones, anttechos de tablas de demolición y chapa de cobre, entrepiso de madera y perfiles reutilizados. Carpintería de madera y metal restaurados. Piso y moldura recuperadas de mansiones de mas de cien años de antigüedad.



Escobar Provincia de Buenos Aires

Casa del barrio cerrado "Alamo Alto". Escobar, Pcia. de Buenos Aires. (Año 1995).
Arquitectos: Dagoberto Rodriguez y Edgardo N. Rodriguez.
Proyectado y construido con muro de cascotes tipo pirca, maderas, azulejos, pisos, techo materiales de demolición cubierto de cobre.

FAMILIA

• CAPÍTULO FAMILIA •

*“Se unen todos en mí, y ahí estoy,
entre todos y con todos”.*

MARTA. PEDIDO DE MANO

He aprendido que en todo momento hay que poder interpretar los mensajes y éste fue uno fuerte.

Era una casa con techos de tejas de estilo ecléctico tudor y colonial. Paredes con molduras, un jardín al frente, un piano en el hall de entrada, muebles de estilo, arañas con caireles, un entorno diferente al de la portería de la Avenida Cabildo.

Elena, su rostro con sus ojos celestes, limpios y maternales, me recibió. Dejé mi piloto mientras Marta venía a mi encuentro risueña con su cara angelical. Me sorprendió su figura vistiendo un conjunto azul y su cabello rubio recogido en una cola de caballo sobre su tez blanca y sus ojos brillantes que denotaban inteligencia e inocencia.

El papá Carlos, Don Carlos, me tendió la mano con una expresión de autoridad y paternalidad.

Carlitos, adolescente, con cara de sorpresa y timidez, me saludó rápidamente mientras una lluvia se desencadenaba.

La lluvia era un mensaje de bendiciones. Los creyentes del Islam, esos hombres del desierto, dicen que Dios envía a un ángel con cada gota de lluvia.

Los truenos retumbaban transformando ese espacio de reunión, no prevista, en un refugio que llevaba a presentarnos a través de una plástica que se fue desarrollando.

Me invitaron a sentarme a la mesa del comedor, estilo francés, mientras se desarrollaba esta escena cruzamos miradas intrigantes y respetuosas con Marta.

Me sentía llevado por una fuerza mágica. Una integración no casual sino causal que decía que nos habíamos conocido desde antes.

La conversación fue girando desde el encuentro de Elena y Rosa, mi madre, sobre los estudios de Marta en la Facultad de Filosofía y Letras y los míos en la Facultad de Arquitectura.

Carlos prendía cigarrillos con asiduidad mientras Elena comenzó el homenaje de atenderme con una caja de galletitas dulces sobre un impecable mantelito almidonado. El tiempo fue transcurriendo en un ambiente de familiaridad y en un momento intenté irme, para no ser imprudente, porque se acercaba la hora de la cena, pero Carlos padre me dijo con tono persuasivo:

—Por favor Edgardo, quédese. —Con una leve sonrisa me miró a los ojos y sin esperar respuesta prosiguió—. Sigue lloviendo, es tormenta de verano no sabemos cuándo termina de descargarse. Quédese que está linda la reunión.

Y desapareció detrás de una puerta de vidrio repartido con una cortina de voile.

Quedamos Marta y yo en una mesa gigante y comentamos risueñamente que los dos éramos de Sagitario y ahí apareció nuevamente Don Carlos con una picada formidable y un Gancia con Fernet y diversos platillos de ingredientes fríos y calientes. Dentro de mi sorpresa comprendí que esos agasajos no habían sido preparados especialmente, sino que era la forma de vivir de la familia Sofultto.

Nadie podía pensar que se podía presentar una reunión inesperada que llevaba para mi sorpresa más de tres horas.

Me sentí más distendido con el Gancia espumante con el Fernet y después de un rato agradecí el recibimiento y me despedí con un apretón fraternal de manos. Marta me condujo hasta el cerco de ligustros de la calle atravesando un prolijo jardín.

Nos miramos fijamente a los ojos mientras nos dábamos la mano. Prometí llamarla después de la navidad. Fue el 27 de diciembre de 1964.

En enero comenzaron las salidas en las tardecitas por Belgrano sin tomarnos siquiera de la mano. Siempre comprendidas en el horario estricto que marcaba Elena, no más de las 20, antes que anochezca debíamos volver. Comúnmente me recibían con unos emparedados, más en otras ocasiones cuando Carlos conseguía un premio por sus ventas como empleado de Aguamar, un negocio que vendía pilotos para lluvia, el agasajo era distinto.

Era la época de la invasión de brasileños que venían en masa a comprar capalluva y entonces, cuando ese dinero extra entraba, Carlos se dirigía a Cabildo y Monroe donde estaba Sery una rotisería con exquisitices que yo solo las había deseado como el pibe con la ñata contra el vidrio y la noche comenzaba con una picada en el patio del fondo y luego la cena.

Ya a fines de enero la familia concurrió a una fiesta de 15 de una pariente en un salón en la calle Tronador y Monroe y me invitaron.

Marta estaba vestida con un vestido rosado brillante peinada con rodete y un collar de cristal de roca. En un momento salimos de la fiesta a tomar fresco así ella podía fumarse un cigarrillo. Había heredado el vicio de su papá. Nos tomamos de la mano y al pasar por la sombra de un árbol que ocultaba la urbanización surgió el primer beso y eso selló el idilio no oficializado ante sus padres.

Mi madre Rosita tenía una profunda intriga de cómo eran mis salidas con la hija de Elena, recordandome siempre que me porté bien, que sabía de mis travesuras amorosas. Ambas madres sospechábamos que chismoseaban sobre nosotros.

Me sentía profundamente cómodo con Marta, sentía que se presentaba una relación amorosa distinta

a las que había vivido anteriormente. Una vida secreta llena de recuerdos de pieles frescas, llena de vértigo, de relaciones furtivas y pasajeras. Habían creado en mí una diferenciación en saber que esta relación traía un descanso que me haría tener una pausa y compartir momentos más amplios con una mujer. En este caso comenzamos a sentir mutuamente una atracción respetuosa de besos y caricias dentro de los límites del respeto de la tradición de la virginidad femenina.

En el caso de las relaciones anteriores se habían dado solo dos donde se alteró de mutuo acuerdo ese estado femenino.

Comenzaron a surgir planes mutuos de respetarnos en nuestros tiempos de estudio, pero a la vez de sentir la necesidad de compartir nuestros tiempos libres juntos. Los parciales o entregas de la facultad o los exámenes finales nos generaban interés en sus resultados y una algarabía a los siempre aprobados con buenas notas.

Resolví después de aproximadamente seis meses oficializar nuestro noviazgo casi evidente ante sus padres.

Fue así que en esa casa del Pasaje Túnez 2515 en la segunda mitad del año 1965 pediría formalmente la mano de Marta a sus padres.

Le comuniqué a Marta mi decisión. Mientras estábamos sentados en un banco de la Plaza de Barrancas de Belgrano luego de una apretada de besos y caricias a la luz rojiza del atardecer llena de energía y con la sombra proyectada en un árbol con un fuerte abrazo y sus ojos enturbiados por la emoción luego de un gran beso me contestó:

—Primero señorito yo le digo que lo acepto y segundo también le quiero pedir, yo, su mano a sus padres Rosita y Rafael.

Siempre recordé esa respuesta inteligente llena de

alegría, reclamando los mismos derechos y obligaciones. La diferencia era que yo no era virgen. Jamás me preguntó por mis amores anteriores sólo me dijo que si tenía alguna relación furtiva ella no quería enterarse y que me cuidara.

Me mantuve en silencio y sabiendo del estado de sorpresa que tenía continúe:

—Bueno, hoy es viernes, te parece que mañana se los diga.

—Sí mi flaquito precioso. Pero, te pido que sea el domingo.

—Trato hecho, —le respondí.

Ya comenzaba a anoecer y no era cuestión de que, debido a la inminencia de pedir su mano formalmente, llegáramos más tarde de lo permitido.

Cuando llegué a mi casa, antes de cenar junto a mis padres, resueltamente les comuniqué la noticia:

—Tomé una decisión, voy a pedir la mano de una chica que se llama Marta. Descubrí donde vivía, como eran sus padres y su hermano.

Mi vieja pila y piola, se sonrió, mirándome y mirando a mi padre blanqueó la situación preguntando primero con picardía.

—¿Es la hija de la señora Elena?

—Sí —le respondí.

Comprendiendo el camino que había establecido para dejar sentada la situación y evitar que mi padre hiciera algún reproche.

—Sí, es la hija de Elena.

Mi padre sólo realizó un comentario firme y certero como siempre eran los que emanaban de él.

—Mirá Edgardo aquí tenés que ser un Rodríguez y nada de hacer aventuras raras, ni de las que siempre te haz metido; por lo que comentás es una familia sería y trabajadora como nosotros. Ojo con dejarla embarazada a ella o a cualquier otra mujer.

Hizo una pausa, se le iluminó el rostro como refle-

jando su alegría, para finalmente volver a recomendar:

—Y ojo con dejar los estudios porque te lo vas a reprochar y se lo vas a reprochar toda la vida —y, con un gesto elocuente realizado con la mano derecha señaló su cabeza calva de gigante y luego a su hombro izquierdo para decirme su frase sabia, una que continué usando como ejemplo para mis hijos y empleados:

—El que no usa esto, el cerebro —y se tocó la sestra— usa esto, el hombro —aseguró tocándose esa parte del cuerpo—.

Simplificando: “Si no usas tu inteligencia vas a tener que hombrar bolsas, en el Puerto o donde sea”.

Mi respuesta fue breve y emocionada.

—Papá te prometo terminar la carrera.

—Es por tu bien hijo —aseguró retirándose al baño para asearse recién llegado de trabajar.

Mamá Rosita no podía ocultar la alegría, fue a preparar la cena y le dije que el domingo Marta la quería conocer. Muy suelta de cuerpo me dijo:

—Es una linda chica, yo la conozco por fotografías.

Claro, como no. Esas dos madres no sólo se comunicaban por teléfono, ya se habían reunido después del primer encuentro causal.

Al atardecer del otro día fui a la casa de Marta.

Toqué el timbre con un cierto temor porque nunca había pedido la mano de nadie.

Sentía, querer dar este paso tan importante en mi vida, el que asumía a la edad de veintitrés años.

Comparado con un joven actual me parece que era un bebé. Pero las épocas son muy diferentes. En esos años todo lo transitado era para dar pelea por un futuro consolidado, que nos saque de una situación de vida de pobreza digna que llevó siempre a mi grupo familiar y a mí a trabajar por un techo propio y llegar a ser señores.

Y a mí por una profesión, un regalo para mi perso-

na y un orgullo para mis padres que habían conseguido como hazaña, en el medio del campo, haber llegado a tercer grado cumplido. Sabiendo del alfabetismo de mis abuelos paternos y de mi abuela materna María, Nuncio, mi abuelo materno sabía leer y escribir y tenía una caligrafía perfecta. Todos esos recuerdos confirmaban mi decisión, también Marta y su hermano Carlitos estudiaban para generar un futuro mejor al de sus padres.

Elena cosía en su domicilio haciendo arreglos. Venía de un hogar humilde y tenía dos hermanos: Alejandro el mayor y el Negro, el menor, eran de origen italiano. María Manzano parientes del escultor Sesostri Vitullo y Don Lázaro Katmarich, yugoslavo de origen croata, había fallecido.

Elena se crió en el pasaje en la casa vecina pegada a la izquierda de la de Marta. Don Carlos Sofultto a pesar de su madre Doña Carniglia, viuda de Don José, dejó los hábitos de seminarista y en las horas libres ejercía el oficio de sastre.

Había una serie de elementos coincidentes para este noviazgo.

Pero además no era una casualidad, sino una causalidad, que todo surgiera al pie del Cristo que está en una capilla a la entrada del cementerio de la Chararita.

Sentí el silencio de la vereda, escuché el timbre en el interior de la casa y una voz que decía con firmeza y alegría:

—Dejen que voy yo. —Era la voz de Marta. Abrió llena de alegría dándome un beso y colgándose de mi hombro me dijo suavemente—. Entré tranquilo, yo algo les comenté.

Tomé confianza con su comentario y le respondí que al otro día nos esperaban mis viejos. Al entrar al hall de acceso a la casa de los Sofultto donde estaba el piano, miré como estaba vestido frente a un espe-

jo que Elena y Carlos utilizaban para que los clientes se vieran con la ropa puesta. Luego de franquear la puerta de vidrio repartido apareció la mesa del comedor con 5 platos y copas. Vino Elena y luego Carlos y con total naturalidad me saludaron con un apretón de manos y un beso en la mejilla:

—Qué tal Edgardo me comentó Elena —mientras, con un ademán, me indicaba el lugar en la mesa que era la otra cabecera enfrentada a la del papá de Marta, Don Carlos. Nos sentamos con la famosa picadita de la rotisería y tomé la palabra resueltamente, ante la mirada atenta de todos, con voz pausada solté el discurso que tenía preparado:

—Elena y Carlos, ustedes saben que hace cerca de siete meses Marta y yo estamos saliendo. Esta decisión ya fue consensuada entre nosotros —entonces los miré con firmeza y cariño; allí mismo sentí mis nervios junto al rubor de Marta—. Entonces les vengo a pedir la mano de su hija, es mi intención formar un matrimonio, una familia; primero terminamos nuestros estudios y mientras tanto generamos los medios para que sea posible armar nuestro hogar, siempre respetándola a ella y a esta casa.

Carlos me miró, miró a Elena, a Marta y de soslayo a Carlitos.

—Bueno Edgardo esta es tu casa. Marta ya nos dijo que sos un buen estudiante y trabajador y tus padres también.

Elena concluyó:

—Es importante para evitar discusiones —reiteró— que se respete la casa de mi hija y que no dejen de estudiar, no por nosotros, sino por el futuro de ustedes.

—Respetaré a Marta y a ustedes y al recibimiento que me dan en esta casa. —Respondí con serenidad, e insistiendo.

Elena se levantó y trajo una raviolada de seso con

espinacas y estofado. Marta apretó mi mano derecha temblorosamente en señal de agradecimiento.

Cenamos luego, ella se sentó en el piano a tocar la partitura de un tango, bebí un café y una copa de caña: Legui, por Leguizamo. Sentía a flor de piel el clima de cariño de esa familia que me había abierto las puertas de su casa. Nos despedimos en la puerta con un prolongado beso y convenimos que al otro día a la tardecita viniera a mi casa de la Avenida Cabildo 1563 para presentarla a mis padres. Ya sabía que éramos porteros pero le aclaré que mis padres vivían en una casa de una sola habitación con una cocina y un baño pequeño y yo tenía un cuartito en la terraza del segundo piso donde dormía y estudiaba pero sin baño, que sólo íbamos a tomar unos mates con tortas fritas y churros que sabía muy bien hacer mi madre.

—Te quiero, de forma firme y emocionada —le advertí lleno de alegría y a la vez tranquilizándome.

Estudié fuerte ese domingo con cierta intranquilidad dado que era la primera vez que entraba una chica a mi casa de portero. Tenía miedo que no pudiéramos seguir por mi situación, por mi sistema de vida y economía tan diferente al nivel de la familia Sofultto. Marta llegó puntual, yo la esperaba en la calle ansiosamente. Entramos al departamento y mi madre la abrazó invocando al Señor Jesucristo:

—Gracias señor, entrá hija mía. Gracias por estar aquí, —le dijo.

Se confundieron en un fuerte abrazo.

Rafael, mi padre, que estaba sentado a la mesa con la pava y el mate preparado la saludó con un apretón de manos y un beso suave, tímido en la mejilla.

—¿Cómo está tu mamá?, que mujer buena y como los quiere a vos y a Carlitos. Doy gracias a Dios por conocernos... —Así mi madre rompió el pequeño espacio de silencio formulando esta pregunta.

Nos sentamos a tomar unos mates con tortafritas y churros crocantes, serenamente y mirando a mis padres le dije en chiste que Marta vino a pedir mi mano. Estamos de novios. Marta se sonrojó y atinó a disculparse diciendo:

—Este Edgardo con su humor. Ayer estuvimos con mis padres y hoy con ustedes.

Mi padre con naturalidad insistió:

—Es bien recibida señorita, quíeranse y respétense mucho —y me miró fijo, grabando su gesto en mi memoria—. Sigán conservando sus estudios.

Mamá no podía ocultar su extrema alegría. Edgardito al final tenía novia, además era una chica que estudiaba y trabajaba de preceptora en el Normal 10 donde se había recibido de maestra.

Lo iba a contar en el barrio y mandar noticias a Asamblea y a de 9 de Julio. No lo podía publicar en los diarios porque no tenía posibilidades sino lo hubiera hecho. ¡Edgardito está de novio!

Fuimos caminando hasta su casa que quedaba aproximadamente a unas quince cuadras de la mía. Fue un noviazgo de caminatas gasoleras. La llevé apretada por los hombros, ya estaba oficializada nuestra relación. Sentí el cambio en mi vida, salir con una mujer que debía respetar hasta el casamiento, una tradición, un mandato y una promesa que había asumido. La despedí en la puerta de su casa con un profundo y sentido te quiero y regresé caminando a mi casa.

Los encuentros se siguieron dando respetando los tiempos de compromiso con nuestros estudios y trabajos; en la semana era impracticable solamente existían los llamados telefónicos diarios y los encuentros los fines de semana y feriados. En otras oportunidades nos encontrábamos a tomar un café mientras Marta fumaba cerca de su trabajo o eventualmente me visitaba en mi casa mientras yo hacía

mis entregas ayudándome haciendo punteados con la Rotring en las láminas. Era una relación en donde los dos nos construíamos. Estábamos forjándonos día a día como personas, como pareja, con el objetivo de casarnos y de formar una familia. Al lado de la casa de Marta vivía la abuela, viuda, con el hijo menor, el Negro, y con su mujer más sus cuatro hijos. La abuela María era una mujer de voz pausada con ojos diminutos dentro de una carita arrugada en una cabeza pequeña con un torso obeso que se movía con dificultad.

El Negro, un muchacho de barrio, bohemio, administrador público de la famosa Caja de Ahorro. El trabajo no era su mejor dedicación. Sí los pájaros, el tango con su vitrola a toda máquina, su parrillita donde hacía los sábados a la noche sus famosos choripanes, churrasquitos con morrones asados y buenos vinos. En la soledad del patio, fumaba un cigarrillo mirando como el humo se desviaba y desvanecía. En las noches de verano escuchaba a Angelito Vargas, Gardel, Sosa y otros, a los cuatro vientos y superponiendo su voz haciendo coro. Nos pasábamos con Marta hasta altas horas de la noche compartiendo esos momentos también con Marga, su mujer y sus hijos, Daniel, inquieto con ojos desorbitados, Gabriel pequeño caminando siempre en puntas de pie como saltando del piso y dos nenas Susana y Margarita con la tez blanca y ojos sobresalientes heredados de los Katmarich, apellido del padre de Elena. Elena, gran madre de todos, arbitraba en las continuas discusiones de la pareja, sobre todo cuando el Negro estaba entonado. Él tenía un jaulón con hembritas que estimulaban el trino de los llamadores en jaulitas pequeñas con el recinto incorporado de trampera. Limpiaba con extremada paciencia cada jaula cambiando el agua de los pequeños bebederos, les colocaban alpiste, lechugas, frutas, naranjas

y manzanas. Muchos de los pájaros los reconocían y parecía que con su trino se despertaba la presencia del cuidado. Me hacían recordar a mi niñez en la portería de Cabildo. Con mi padre teníamos, a pesar de mi madre, canarios, cabecitas negras y algunas veces palomas. En una ocasión mi padre curó una paloma blanca con motas marrones, elegante y señorial, que se había quebrado un ala al chocar en su vuelo contra la pared medianera blanca reluciente. El pobre animal se había encandilado, mi padre lo curó con dedicación entablillándole el ala y así la dejó en los canteros del jardín del edificio con alimento para que se recupere. Una mañana salí a encontrarme con mi soledad, a ver los caracoles y a visitar a la paloma pero lo que sentí fue vacío y un temblor en mis piernas, en el cantero estaban las plumas esparcidas caóticamente y rastros de sangre. Ante mis gritos mi padre simulando no estar sorprendido me preguntó:

—¿Qué pasa Cantinflas? —el apodo que me daba.

—¿Qué pasó con la paloma papá?

Entonces me tomó del hombro y me consoló diciendo:

—Voló, se fue al cielo pero nos dejó sus plumas de recuerdo. Viste que la curamos, pero quería ser libre.

—Quedé en silencio, mirando las plumas—. Mañana entierro las plumas y el resto ya está volando.

De grande comprendí que al no poder volar el pobre palomo había sido acechado y devorado cruelmente por un gato. También recordé la unión de una canaria flauta, hermosa amarilla oro que mi padre había traído de la asociación de criadores de canarios de la calle de 3 de Febrero en el barrio de Belgrano, que aún existe, y el cabecita negra que era oriundo de 9 de Julio, nació una cruza, un mulito. La canaria murió por un granito con pus imposible de curar y el mulito cayó con su trino varios días después. Quizás por la muerte de su madre, al poco tiempo apareció

muerto con las patitas muy tiesas. Con mi padre lo enterramos en el jardín con su correspondiente cruz. Las tres cruces se mantuvieron quietas en silencio hasta que yo me fui del departamento de Cabildo al casarme con Marta.

Los jilgueros y corbatitas que tenía el Negro, el tío de Marta, eran unos cantantes de primera, excelentes. Recordaba a mis andanzas en Villa España con los pibes italianos, vecinos a la casa que estábamos construyendo con mis padres, tenían unas tramperas con mixtos y jilgueros. Íbamos las tardes de los domingos a las quintas del bajo cercano al terraplén donde había bandadas enormes de pájaros que se daban un festín con las semillas que sembraban las familias de los quinteros a pesar de los muñecos caricaturescos, los espantapájaros, propios de una película de Hitchcock. En una oportunidad me sorprendió que uno de los hermanos trajo como unos palitos pega pega que ponían sobre el alambrado a ambos lados de las jaulas y en la trampera a los pájaros llamadores, traicionando a sus semejantes, los atraían y estos pisaban un palito y otros quedaban pegados en los pega pega. Como vulgarmente se dice “pisar el palito” quedando atrapados, el pobre bicho se golpeaba el pico, la cabeza y las alas contra los barrotes.

Todas estas familias me fueron incorporando, sentí afinidad de origen y existencia.

La relación con Marta fue la de vincular objetivos comunes para crear nuestro destino trabajando y estudiando, la idea de “Mi hijo el Doctor” de Florencio Sánchez estaba arraigada en nuestra familia de origen humilde, de matrimonios de primera generación de inmigrantes italianos y croatas por Marta y de españoles e italianos por mi parte.

Trabajamos seriamente durante largos cuatro años, ambos teníamos la coincidencia de tener el deseo de la casa propia ya que los padres de Marta alquila-

ban y los míos ni eso. Además de la férrea aplicación, aprobar nuestros exámenes con altas notas nos llevó a conseguir becas. En el caso de Marta en la Facultad de Filosofía y Letras y en mi caso en la Facultad de Arquitectura y grado máximo de la Universidad de Buenos Aires. Casi todos los ingresos de los trabajos y las becas lo ahorrábamos, sólo gastábamos en lo que se refería a los estudios, poca ropa y salidas gasoleras, no había mucha libertad en hacer programas nocturnos, dada la firme reglamentación que imponía Elena. Caminábamos y de vez en cuando alguna Coca Cola. En una oportunidad fuimos a pescar con su hermano Carlitos a Puerto Nuevo. Llevamos el equipo de pesca de flote con lombrices para carnada sacadas del jardín de mi casa y unos sándwiches, termo y mate. Marta fue con un conjunto de pollera celeste turquesa y un pañuelo en la cabeza que le quedaba muy bien, hacía juego con sus ojos y un bolso donde llevaba un pantalón holgado de color negro. Realmente tuvimos buena pesca y sacamos varios ejemplares de bagre y mojarrita. Marta para estar más cómoda se puso los pantalones y luego se sacó la falda. Volvimos a la hora señalada pero cuando Elena vio que su hija volvía con pantalones y a pesar de haber ido de custodia con su hermano Carlitos, se presentó una situación incómoda con retos que nos hicieron pasar un mal momento que gracias a la intervención del papá Carlos pudo terminar bien. Se presentaban estrictas normas en la relación y me sentí turbado, sobre todo no acostumbrado a relacionarme con una mujer con esos límites en las palabras y en acción, tan rigurosos cuando todo lo transcurrido anteriormente en mis experiencias amorosas habían sido libres, múltiples y exuberantes.

CIUDAD JARDÍN

Marta comenzó a trabajar en la Comisión de Energía Atómica y una compañera nos dijo que, en Ciudad Jardín, en El Palomar, del Ferrocarril San Martín, había departamentos en construcción pagados en cuotas. Yo, conocía hasta Santos Lugares, de donde era Névida, mi primera novia no oficial.

Estudiaba la materia Urbanismo en la facu y me sedujo conocer ese emprendimiento. Averigüé con los profesores de la facultad y el arquitecto de la materia Visión III, uno que era el padrino de mis becas me informó que el doctor Eriksen en 1929 tuvo la visión de crear una ciudad preconcebida y de desarrollo orgánico provista del confort de la gran urbe y el encanto de la campiña. Carlos María Della Paolera profesor del Instituto de Urbanismo de la UBA celebrando el Día Mundial del Urbanismo distinguió a Ciudad Jar-



Plano de urbanización. Ciudad Jardín - Palomar

dín como la primera Ciudad Jardín de Sudamérica. El doctor Germán Wernicke creó la Empresa "Finca SA" que llevó adelante la urbanización.

Un sábado soleado de primavera decidimos ir a Palomar e invitamos a las primas de Marta, Susana y Margarita que con sus nueve y diez años nos acompañaran. Llegamos a Palomar y nos fuimos a caminar como era nuestra costumbre. Nos sorprendió una recova con arcadas de medio punto estilo colonial con negocios de todo tipo. Un centro de servicios muy bien equipado, un restaurante de estilo alemán, una plazoleta con un avión como escultura y una avenida de eucaliptos que creaban un clima de sobrecogimiento. Era en escala una urbe de los pueblos del interior como 9 de Julio o la entrada a la estancia de la querida Asamblea.

Ingresamos a un local de venta de departamentos de la empresa Finca, los edificios en construcción todos eran planta baja y dos pisos, en el medio rodeados de vegetación y con balcones. Nos indicaron el precio, el adelanto, las cuotas y cuales serían los edificios que se entregaban en el máximo de un año. Nos tentó una construcción con el esqueleto de hormigón terminado y con la mampostería en elevación.

Había otros prontos a entregar y nos permitieron ver los terminados. Tenían una cocina, un living, un balcón, dos dormitorios, baño con bañera; eran dos unidades por piso, todas al frente. Nos sentíamos entusiasmados, podíamos vivir ahí y además llegábamos con los ahorros para el adelanto. Trajimos folletos y planos de publicidad de la urbanización, pero resolvimos no hablar con nuestros padres y seguir elaborando el tema entre nosotros, evaluando esta posibilidad ante la imposibilidad de tener algo en Capital. Si el departamento lo entregaban el año próximo, en 1967, yo ya tenía la facultad cursada con veintidós finales, los trabajos prácticos aprobados y estaba a punto de recibirme cumpliendo la promesa



Plano de Ciudad Jardín año 1955.

a mi padre que era fundamental.

Teníamos una solución para cumplir con el objetivo de tener la casa propia y no alquilar. Mis padres tenían la casa propia en Villa España, nunca fuimos a vivir allí. Era impensable por mis estudios y la portería no implicaba gastos, todo lo contrario, porque si bien no tenían sueldo no pagaban gas, electricidad ni impuestos y siempre se sumaba alguna que otra propina. Cuando lo planteé en una cena, en mi casa, a mi madre se le llenaron los ojos de lágrimas, mientras me tomaba de la mano me dijo:

—Van a tener la casa propia Edgardo, vas a tener casa propia —y mirando a mi padre, que ocultando su alegría acompañó la algarabía agregó—. Casa propia y recibidos.

—Claro papá, claro, queremos que lo sepan Elena y Carlos para poder concretar la compra. —No habíamos pedido un peso a nadie, nuestra sociedad económica generaba y ninguno de los dos se había dado lujos durante tres años, no nos habíamos tomado ni un día de vacaciones. Siempre en la crianza de Marta y en la mía nos habían inculcado el ahorro peso sobre peso, moneda por moneda.

Al otro día fuimos a cenar a la casa de Marta y en el medio de la cena compartiendo la alegría de Don Carlos que había traído exquisiteces de la rotisería lentamente tomé la palabra y puse los folletos de Finca sobre la mesa, en ese momento Elena entró, había ido a la cocina a traer la entrada, patitas de cordero a la vinagreta que después se completó con ravioles amasados por ella para terminar con flan casero. Leímos atentamente los folletos mientras Carlitos preguntaba qué era y muy libremente Carlos le contestó:

—Es el departamento que van a comprar los chicos. Me sorprendió el comentario, Marta me guiñó un ojo en forma cómplice y me di cuenta que algo le había comentado a su padre, era un tipo fenomenal quizás un poco sometido al matriarcado de Elena.

Fueron unos minutos que parecían horas hasta que apareció Elena siempre servicial repartiendo atención y buen humor.

—¿Qué estás mirando Carlos? —preguntó.
—Unos folletos que trajeron de un departamento —e hizo una pausa y decididamente siguió su comentario— que los chicos van a comprar.

Elena no ocultó su sonrisa y preguntó:
—¿Dónde queda?

FECHA, RUBRICA Y SELLO	OPERACIONES	SALDO Y SUMAS EN CIFRAS	FECHA, RUBRICA Y SELLO	OPERACIONES	SALDO Y SUMAS EN CIFRAS
	PAGINA VEINTIOCHO SUMA ANTERIOR \$	2500 72		PAGINA VEINTINUEVE SUMA ANTERIOR \$	2500 72
	300	400	100	REEMBOLSADO A LA VISTA RESUMEN RECIBO N° 100 mil CARLOS 23441 JUL 1953	1000 1500 72
	100	4200 72	100	REEMBOLSADO A LA VISTA RESUMEN RECIBO N° 22 mil CARLOS 23441 4 AGO 1953	490 - 10 72
	300	4500 72		50000	
	1000	3500 72		10000	
	1000	2500 72		TRANSPORTE \$	

Libreta de ahorro de Marta.



Departamento calle Los Paraísos.
1º piso frente lado izquierdo.

Marta Soffulto y Edgardo Rodríguez
participan u usted su enlace, que se realizará el día 25
del corriente.

Buenos Aires, Enero 1969.

Tarjeta de invitación a nuestro Casamiento.

proyecto se hacía realidad. Estaba ubicado sobre calle Los Paraísos y Avenida Warnike, primer piso. Comenzamos a ahorrar peso a peso, comenzamos a comprar vajilla, cubiertos y loza, como se decía antiguamente, todo era acopiado en la casa de Marta, una casa con el corazón abierto.

Luego comenzamos a comprar los muebles. El dormitorio era de Harpa un estudio de vanguardia. La cama parecía un moisés gigante con armazón de hierro todo forrado con mimbre igual que la mesa de luz. El comedor lo mandamos hacer con un carpintero en madera de pinotea reciclada y la tabla forrada con cerámica esmaltada, las sillas con pinotea torneada con asiento y respaldo de juncos. Los aparadores también eran de pinotea machiemburada.

Aprobé Composición V la última materia a cursar y quedé para dar el final de Historia III y Legal. Resolvimos poner fecha de casamiento para el 8 de enero de 1969 y planteamos nuestra decisión a nuestros padres. El único que tuvo dudas fue mi padre.

Sentí que Marta, resueltamente, minimizaba el tiempo del viaje. Un largo silencio siguió a nuestra propuesta: "El que calla otorga".

Carlos dijo:

—Hacen bien en no alquilar y comenzar teniendo un techo propio y una profesión.

Así fue que compramos el departamento. Nuestro

Carlos dijo:

—Es una ciudad hermosa y nueva: Ciudad Jardín.

—¿Cómo se viaja hasta esa ciudad? —preguntó Elena enérgicamente.

—En tren mamá, en tren. Se viaja en el Ferrocarril San Martín, es un viaje de unos treinta minutos —respondió Marta.

—Van a terminar viajando, trabajando y quizás criando un bebé. —Afirmó con una alegría mesurada que al mismo tiempo nos transmitía confianza.

Le conté que eran materias en las que tenía unas notas sobresalientes:

—Esos exámenes son un trámite administrativo. Antes de junio me recibo —le respondí.

Quedó conforme, sabía que mi tozudez era una demostración de mi capacidad de haber estudiado a fondo el secundario y la facultad con promedios y medallas de oro.

Programamos la boda. El casamiento por iglesia en la Capilla de Santa Teresita, el traje de la novia lo hizo Elena y también el vestido de mi madre y el traje Don Carlos que era un sastre impecable. Todo quedaba en familia.

Fue emocionante estar en el altar con mi madre y ver entrar a Marta del brazo de Carlos con música de cantos gregorianos. Nos casó un curita terciarista, Debonis, que luego perteneció al entorno del cura Mujica. Afuera se había desatado una tormenta



El casamiento.

de verano lo que significó que cuando tuve que llegar al altar a decir sí sonó un trueno que opacó mi palabra y no se escuchó mi sí. Ante el asombro del cura y de Marta volví a repetirlo alzando la voz:

—Sí, quiero!!!!!!

El viernes anterior nos habíamos casado por civil en el Registro Civil de Belgrano. Los padrinos fueron Carlitos el hermano de Marta y una compañera del colegio del Normal Número 10. Después de un brindis en la casa de Marta cada uno se fue a dormir a su casa.

Fue muy conmovedor salir del brazo de ella entre los asistentes que miraban emocionados desde los bancos atestados y en las circulaciones laterales. Salimos al atrio sector de felicitaciones y abrazos, para sorpresa de todos no llovía más. La tormenta pasó raudamente haciendo fuegos artificiales con truenos, rayos, fotografías y más fotografías en el atrio, adentro del coche y muchas más en la fiesta que fue muy íntima, en el hall expusimos los regalos, se sirvieron emparedados y bocados fabricados por Elena, una

torta con cintas para que tiren las solteras. Marta revoleo sus ligas y el ramo de rosas blancas cayó en las manos de Martha Gallucci una hermosa compañera de colegio que se casó al poco tiempo dando lugar a que el azar de la novia se haya cumplido. Bailamos el vals y nos dimos el primer beso en público. Éramos mujer y marido. Habíamos llegado con prohibiciones materiales y carnales por ser complacientes con nuestros padres y para salir de nuestras casas, tener nuestro techo propio, faltaba recibirnos, a Marta un año y medio y a mí dos finales.

Con nuestros ahorros y dineros obsequiados en nuestros trabajos habíamos planeado pasar nuestra luna de miel en el sur. Un hermano de Elena, Alejandro, un hombre delgado con ojos celestes saltones con su inteligencia oculta y su señora con su presencia guaraní y silenciosa, selvática de modales mesurados, nos ofrecieron su departamento para que pasáramos nuestra primera noche de bodas. Fue en este departamento antiguo en el barrio de Constitución donde nuestros cuerpos comenzaron a familiarizarse en forma directa venciendo complejos y temores propios de la crianza de Marta. La alegría de partir para Bariloche creaba un gran estímulo en nosotros, de salir de nuestro entorno y de conocer la Argentina. Yo elegí parar en la hostería “Las Cartas” en el peaje del Circuito Chico sobre el Lago Moreno. Había quedado en mi memoria cuando en el año 1962 me invitó a su cabaña el arquitecto Campos Urquiza, un padre de la vida que me hizo descubrir mi vocación por la arquitectura.

Era una cabaña a pocos metros de la hostería construida con maderas de la montaña y piedra, con la calidez de un refugio en el medio de los árboles, las montañas, los lagos y todas las paredes forradas con cartas de los huéspedes. Reinaba una armonía entre nosotros y también con los camareros y las



Hostería Las Cartas, vista sobre el Lago Moreno.



Desde nuestra habitación.

cocineras de origen mapuche. Estábamos solos, no había nadie más hospedándose. Nuestra habitación con piso, techo y paredes de madera, con aroma a bosque tenía una ventana con la vista al lago, las montañas solemnes y grávidas, sentíamos que era una nueva dimensión del espacio y del tiempo. Los desayunos caseros con dulces de color y textura, pan caliente con el perfume de la levadura virgen y el sabor al café picante con leche recién ordeñada me ha-

cía recordar a los tambos donde mi abuela Maximina, con el calor de las entrañas de las vacas y una música clásica de fondo me preparaba el desayuno.

Fuimos construyendo nuestra intimidad en los silencios de una calma merecida. Recorrimos lugares que me eran conocidos. Llegamos al Refugio de Bahía López donde encontramos la desolación imponente de lo pétreo y el cielo.

La noche de despedida los dueños de ese lugar nos prepararon una cena con ciervo y vino chileno. Estaba Don Karotky el dinamarqués dueño de la hostería, el matrimonio Perlman y Campitos. Todos escribimos una carta recordando el momento que habíamos compartido en esa hostería, existía una comunidad de la energía de sentir que nos habíamos conocido mucho antes, en otras vidas. Fue en nuestro viaje la primera vez que nos reuníamos con otros matrimonios.

Partimos luego para San Martín de los Andes en aquel entonces una aldea sobre el lago Lácar ahora es una ciudad ideal para pasar varios días perdidos en el misterio y la energía de la montaña.

De vuelta de nuestro viaje de bodas con Marta descansamos una semana en el antiguo hotel Los Pinos, con una gran vista al valle y al lago Lacar. Era un hotel de varias estrellas con una atención esmerada por parte de su dueño, un alemán refugiado del famoso barco, Admiral Graf Spee echado a pique por su propio comandante, el capitán Landorf, en el año 1939 y sobre el Río de la Plata.

Toda la arquitectura tenía reminiscencias tirolesas, la música, la comida alemana, todo daba la sensación de la exactitud germana. Un contraste visible con el trato de camaradería disfrutado en la Hostería Las Cartas.

Este ambiente nos volvió a la realidad, volvíamos a Buenos Aires. No a la casa de nuestros padres sino a

nuestro departamento aun no inaugurado, ya estaba equipado pero aun no habíamos dormido ahí.

Llegamos a Buenos Aires, al bullicio de los sonidos vertiginosos de la ciudad.

Elena y Carlos junto a mis padres nos recibieron preguntando lo que habíamos visto y vivido.

Para ellos era como si hubiéramos viajado a otros países ninguno había tenido vacaciones. En el caso de mis padres sólo se escapaban unos días del verano a 9 de Julio.

A la tarde de ese mismo día un flete nos llevó a Palomar con todos los regalos. Fue un golpe duro para Elena, nos despidió llorando en la puerta de la casa junto a Carlos, Rosa y Rafael, no podían ocultar un dejo de tristeza. Los pichones habían volado del nido.

Nosotros instalados junto al conductor en una camioneta antigua sentíamos que el camino frente al parabrisas era el futuro, nuestro futuro. Tuve cierta pena en dejar a mis padres y a los de Marta pero me consolé pensando que ellos habían hecho lo propio en su momento.

La capital quedó atrás y el Gran Buenos Aires se fue abriendo camino, el verde de Ciudad Jardín nos recibió con un atardecer limpio adolescente. El buen hombre nos ayudó a subir todo al primer piso, a nuestro departamento. Elena nos había preparado unos emparedados y frutas pero la sorpresa fue mayúscula cuando comprobamos que ambas madres con la llave que habíamos dejado nos habían armado la casa. El baño con toallas, la heladera con provisiones y la despensa completa como si fuera un almacén. La cama armada, y cuando nos disponíamos a acostarnos una nube de mosquitos se precipitó a devorarnos dándonos un recibimiento agresivo que nos obligó a levantarnos e ir al almacén del centro cívico en la recova, a comprar espirales. Ahí me di

cuenta que todo lo faltante ahora dependía de nosotros, éramos una pareja humana, material y económicamente independiente, que no tenía teléfono en su departamento, en esa época la empresa telefónica tardaba más de diez años en instalar una línea. Tampoco conocíamos a los vecinos.

Comenzamos a viajar diariamente a capital con el Ferrocarril San Martín, luego subte y el 11, “un rato caminando y un rato a pié”.

Seguíamos, con todo cariño, con nuestra sociedad económica austera y limitada. Marta trabajaba en la Comisión de Energía Atómica y a la noche iba a estudiar a la Facultad de Filosofía y Letras en el edificio de la calle Independencia donde yo había cursado los primeros tres años de mi facultad.

Mientras, yo trabajaba en un estudio de arquitectura con David y Abel. Fueron meses durísimos en el trabajo. Trataba de tener un rato libre y estudiar la materia Legal a través de un libro al cual yo denominaba el “Ladrillo” por su peso y por su forma para poder entender los conceptos de la ley según la visión de los boga.

Me tragué literalmente el libro hasta hacerlo polvo de ladrillos y rendí en el turno de junio con un diez. No podía permitirme bajar el promedio. Marta heroica seguía cursando. Todas las noches la buscaba por la Facultad de Filosofía y Letras en la Avenida Independencia. Cenábamos en una cantina pidiendo mejillones a la provenzal con mucho caldo y mucho pan. También fideos siempre con abundante pan y un papagayo lleno de vino blanco. Había que seguir ahorrando, la cuota del departamento, la comida, los viajes, todo estaba a nuestro cargo.

El invierno, lluvia y cansancio. Todas las mañanas.

Los fines de semana nos encerrábamos a estudiar pero en uno de ellos nos dimos cuenta que no contábamos con dinero para comprar cosas y viajar a la

capital. Sentados en los sillones cónicos de diseño del arquitecto Ricardo Blanco de Stilka, mirándonos, descubrimos nuestra realidad. Los zapatos de Marta tenían un agujero donde aparecían papeles de diario y en los míos también. Cuando llovía sentía como se mojaban las plantas de mis pies y ninguno había dicho nada.

Nos miramos con profundo silencio. La realidad nos golpeaba. Marta reaccionó:

—Tengo un montón de envases los voy a llevar al almacén y recuperamos dinero.

Así fue. Un vecino la vio y en forma de chiste efectuó un comentario inoportuno e hiriente.

—Qué vida difícil Marta, van a vender los envases.

Ella continuó su camino sin contestar.

Trajo unos pesos y con eso viajé al trabajo donde pude cobrar un dinero pendiente.

No podíamos llevar esa vida adelante. Tuve que pelear con el orgullo y convencer a Marta de decirles a sus padres si en la semana podíamos quedarnos en la casa de ellos hasta que termináramos de estudiar. La condición que puso Marta fue que yo dejara de trabajar por dos meses a pesar de ser el que ganaba más. Ella seguiría trabajando y en secreto poner en venta el departamento de Palomar para no evidenciar nuestro fracaso.

Ese domingo fuimos a almorzar a Túnez donde siempre había una mesa servida con manteles bordados, platos de loza decorada, copas talladas y un sol resplandeciente que entraba por la ventana; un aroma a comida casera y el sonido de un tango que creaban el clima de fiesta de domingo.

Un día luminoso para una decisión trascendente, vivir con los padres de Marta por un tiempo. Parecía todo preparado para ese acontecimiento. Nos saludaron con alegría. Una buena picada y un Cinzano con Fernet que sirvió Carlos.

Elena trajo una bandeja con fideos caseros y estofado. Todo regado con buen vino.

En un momento Carlos anuncia que quería conocer el departamento de Palomar. Con Marta quedamos perplejos mientras Carlitos se sumaba al pedido.

Reaccionando les propuse que no era oportuno ir porque era invierno anochecía temprano e iba a hacer mucho frío.

Continúe el comentario dirigiéndome a Elena. Ya de sobremesa mirándolos fijos y con cierta vergüenza, les dije:

—Les voy a pedir un favor. Podemos quedarnos esta noche aquí, estos días tenemos cursos y trabajo muy temprano.

Marta quedó pálida y me miró comprendiendo mi intrepidez. Elena dijo:

—Siiiiiii... —un si largo, con los ojos bien abiertos y todo el cielo celeste de sus pupilas aprobó el pedido. Carlos también.

Me sorprendió la magnanimidad de los padres de Marta, sobre todo porque yo no tenía ninguna posibilidad de proponerle ir a vivir con mis padres en una habitación exigua, una pieza en la terraza sin baño y que había quedado sin uso convertida en depósito.

Ese mismo día nos quedamos con lo puesto, nos cedieron su dormitorio y ellos se instalaron en un cuartito con dos camitas. Carlitos dormía en el comedor. También fue oportuno quedarnos en Túnez por el estado entrado en copas en que me encontraba. Marta al otro día fue a buscar pertenencias mínimas y yo me quede. Comencé a preparar la última materia Historia III transcurría el día 16 de julio de 1969, era el día en que el hombre llegaba a la luna.

Rodolfo Durante, con quien estudiaba, tenía unos libros con un enfoque político contemporáneo sobre el mundo y la Argentina que se los enviaba desde París su hermano, socio de Le Parc.

Para mi recibirme de arquitecto fue el final de un viaje, como viajar a las estrellas.

Un Rodríguez descendiente de inmigrantes carreteros por parte del padre de La Rioja, España y zingaros de Sicilia Italia por parte de madre. Llegar al umbral de recibirme en la universidad becado desde el primer año con materias calificadas arriba de 8.50 era un gran orgullo para la extensa familia.

Además, tener un departamento y dejar de ser nómades se concretaba la ambición de niño, de ser "Señor". De ser señor y arquitecto, ahora mis padres con orgullo podían decir somos los padres del Arquitecto Edgardo Nelson Rodríguez.

Nos quedamos, cambiamos el plan de residir en Palomar y pasar a vivir en Belgrano. Pusimos en venta el departamento con gran suerte, se vendió rápidamente y en la búsqueda de la nueva casa aparece un departamento de tres ambientes y dormitorio de servicio con dos baños y balcón corrido sobre las calles Arcos esquina Olazabal, en Belgrano, tercer piso.

Lo compramos con la alegría de nuestras familias, volvíamos a Belgrano.

En lo de Elena, mientras no entregaran el departamento, el comedor de los padres de Marta se transformó en una biblioteca para rendir Historia III. Una materia que requiere gran información sobre todo en mi caso y el de Rodolfo Durante; que en el Proceso genocida de 1976 pasó a la clandestinidad como jefe Montonero; con él resolvimos estudiar todas las bolillas de punta a punta y hacer una tesis sobre Historia de la Arquitectura Popular partiendo desde los orígenes utilizando registros desde el origen de las civilizaciones. La posición política era hablar sobre la diferencia entre la arquitectura de los poderosos creando estilos estéticos y la arquitectura espontánea y natural derivada del uso práctico y directo de los recursos de la naturaleza en una función directa



Vista del edificio de las calles Arco y Olazabal.

con las necesidades. La forma deriva de las funciones y la técnica artesanal. Era una tesis política.

Rodolfo siguió en su posición política extrema y nos dejamos de ver después del final. Luego de muchos años apareció en la mañana de un día lluvioso en los departamentos que estábamos construyendo con Marta, en Villa Gesell, con un compañero en un Fiat celeste.

Nos dejó una serie de bultos para que los guardáramos. Marta se sorprendió por la fantasmal visita y con resquemor me preguntó si era el mismo compañero de Historia III. Asentí mientras Sandoval correntino y capataz de nuestra obra llevaba los bultos a los departamentos posteriores que estaban en construcción.

Al medio día Marta había preparado un oportuno puchero y llegó Rodolfo con otros compañeros, venían de haberse conectado con otros en la playa. Entraron pidiendo acceder al baño.

Al llamarlo por su nombre o el apellido, no lo recuerdo bien. Rodolfo reaccionó con un ademán, un dedo sobre su boca en señal de silencio. Al quedarnos solos me expreso con vehemencia que no dijera más su nombre y comprendí en sus pocas palabras que había pasado a la clandestinidad después del golpe de 1976.

A Marta le provocó un estupor enterarse. Comieron rápidamente mientras nosotros quedamos aterrorizados por la situación en la que nos encontrábamos involuntariamente metidos. Rodolfo me había localizado por una tarea de inteligencia, sea por el cartel de obra o por tener acceso a los archivos municipales de General Madariaga.

Sandoval golpeó la puerta, era un sábado y no se trabajaba a la tarde, me llamó la atención su visita y que estuviera en la obra.

—Qué tal Sandoval, ¿qué le anda pasando?

—Mire, arquitecto, no estoy tranquilo. Perdóneme —le costaba continuar hablando—. Le debo decir que revisé los bultos, vio, eran muy pesados —quedó en silencio mientras se le endurecía su rostro trigüeño, agudo y riguroso—. Tienen armas.

Sentí terror, temor, escalofríos, estos inconscientes usaron de base de operaciones nuestra obra, estábamos a merced de una tragedia, éramos rehenes de una situación no deseada.



Departamentos Villa Gesell, mi padre Rafael en el acceso.

Tranquilité a Sandoval, le dije que sacara las maletas al monte posterior en el sector entre la 144 y Av. 3 recién se estaba poblando y quedaban muchos lugares desolados.

Cayó la noche y salí a la calle, bajo el farol de la luz estaba Sandoval con una cuchilla en la mano, sumamente nervioso. Era el momento de sacar los bultos y tirarlos al monte para desligarnos del peligro latente. No pudimos, en el momento preciso de ir al fondo apareció un busca huellas potente como un rayo cósmico horizontal que salió de la oscuridad de la noche enfocándonos.

Era un Torino de policía de la provincia de Buenos Aires.

Quedamos inmóviles. Marta que sospechaba de la situación apareció por la ventana. Bajó un oficial de

policía con un signo de autoridad atropellante y con voz grave preguntó:

—¿Quiénes son ustedes?

Sandoval no podía abrir la boca.

Recordando el dicho de mi abuela Maximina “a no cagarse niño que no hay quien lave”; acabé sacando tranquilidad del fondo de mis zapatos, respondí pensando en mi familia:

—Mire oficial, soy el arquitecto que figura en ese cartel de obra y el señor es mi capataz y también sereno. Si quiere le traigo mis documentos.

El oficial dudó, pero se ve que pudo más la misión que tenían encomendada. Mirándonos a los ojos y en forma de orden dijo:

—Si llegan a ver un auto Unión blanco o un Fiat 125 celeste denuncien de inmediato, no encubran a nadie.

Nos miró fijo y el conductor aceleró levantando una polvareda siniestra.

Quedamos sin hablar un tiempo, angustia y miedo transformado en terror.

En minutos apareció un comando formado por el auto Unión y el Fiat 125 celeste. Sandoval y yo estábamos inmóviles. Vimos a Rodolfo bajar de uno de los autos y dirigir el operativo. El grupo cargó los bultos en segundos y se perdieron en la noche.

Pude reconocer a dos arquitectos que habían sido compañeros de la facultad conduciendo.

Al otro día salió en los diarios; un comando de montoneros había entrado al Banco Nación de la Av. 3 de Villa Gesell a sacar documentación se cree, por testigos, que el jefe de esa operación había sido un hombre rubio de estatura media, tez blanca, de movimientos rápidos que se creía era el Cuis.

Con el tiempo me entero que había sido detenido y nunca más se supo nada de él. Sin duda es uno de los NN de la tragedia que envolvió a nuestro país.



Solange en la playa de Villa Gesell.

• FLUIR DE LA CONCIENCIA •

Hoy 21 de diciembre de 2016 cumpla 74 años con llamados de amor de Lilly, de cariño de mi hija Solange, de mi hijo Dago, de mi amigo Daddy y los del truco. Me invadió el pensamiento de la liviandad energética de la vida de todos estos años que trato volcar en estas memorias.

Donde se evidencian las ausencias físicas. Las ausencias productos del olvido y los presentes. En todo está el que no soy, el que no conozco pero estoy en todos ellos con un dicho que dice “envejecer es un privilegio de pocos”.

Pienso siempre que uno tiene la edad de sus proyectos y recupero los que me quedaron desde mi niñez y sigo recordando...

EL TÍTULO

Historia III coronaría mi proyecto de vida al recibirme. Elena la madre de Marta y Carlos me llenaban de atenciones. Se habían transformado en mis padres sustitutos. Me invadía el deseo de tener que recibirme, tener un buen final de carrera y no fallar.

Elena y mi madre se llenaron de promesas para que yo aprobara.

David con quién éramos amigos y socios, me intimidó junto con Marta diciéndome:

—¡Gallego! Dejate de joder y terminá la facu que tenemos un montón de laburo, boludo, no vas a fallar.

Marta con su interminable sonrisa y cariño me empujó a ir a rendir:

—Negro terminá pronto así yo termino mi carrera.

La mesa examinadora formada por capos en historia de la arquitectura como el Arquitecto Bonta, el Arquitecto Trabucco, el Arquitecto Maisonave, los tres titulares de las tres Historias de la Arquitectura y jefes de trabajos prácticos, casi todos políticamente de derecha.

Llegué y saqué una bolilla. Recuerdo que me tocó “Arquitectura Moderna”, me sentía inmerso en un silencio sacerdotal y comencé a hablar de lo que me había tocado con serenidad, pero desvíe el tema y comenté que había preparado una investigación que resumía las tres Historias de la Arquitectura. Una exposición sobre creadores desconocidos, anónimos; de urbanismo y arquitectura del pueblo. Esto sonó como un desafío a la mesa sabiendo todos de mí militancia en la izquierda. Prestaron mayor atención y sumaron a otros profesores a la mesa, eran una cortina de ojos abiertos y bocas cerradas atendiendo mi tesis. Hablé sin interrupciones creo que durante más de una hora hasta que finalmente Bontá con su ana-

tomía obesa, su cara de niño rosado y ojos diminutos se paró y me estrecho la mano diciendo:

—Felicitaciones Arquitecto Edgardo Nelson Rodríguez.

Era la primera persona que me decía Arquitecto los otros hicieron lo mismo felicitándome y Trabuco me propuso que lo llame para ayudarlo en la cátedra, cosa que no hice. Me había sacado un diez, salí del salón de conferencias de la Facultad de Arquitectura, en la Manzana de las Luces, en el edificio de Perú esquina Moreno. Me había recibido en las instalaciones de un edificio que tenía una larga historia, llamado “Manzana de las Luces”, porque en ellos funcionan y funcionaron instituciones del conocimiento. Turbado, con la garganta seca. Abrí la puerta y Marta me abrazó llorando de emoción:

—Sé que te felicitaron, cuanto tardaste. Bueno ya está. ¡Qué felicidad!

David se acercó y me dijo irónicamente:

—¿Qué tal, fue duro?, Gallego cagón.

—Una mera charla —le contesté como si acabase de aspirar el perfume de un borgoña extraviado en la Manzana de las Luces desde los tiempos del Virrey Liniers.

A continuación de la boca del él, salió una leve puetada de alegría a la vez que caía sobre mí una con sabida manteada mientras Marta me defendía. David con su enorme generosidad había reservado una mesa en el restaurante La Estancia y comenzó en ese momento otra etapa de mi vida y de mi matrimonio.



Título de Arquitecto, otorgado por la Universidad de Buenos Aires.

NUEVAMENTE EN BELGRANO DAGO

En el nuevo departamento de la calle Arcos y Olazábal nos instalamos y nuestras vidas cambiaron. Marta tozudamente no dejó de trabajar y estudiar a la vez, conservando sus buenas notas y la beca de la facultad.

En otro dormitorio acomodé mi taller para hacer changas de proyectos o planos que no interesaban en el estudio que teníamos con David y eso nos permitió juntar algunos pesos extras, surgieron reuniones con amigos, compañeras de Marta y con Sánchez Granel un profesor de tenis y de inglés, con porte diminuto, escultórico y ademanes afeminados. Lo invitamos a cenar a casa y en una de esas reuniones ocurrió un hecho inesperado, sentimos un ruido extraño en el pasillo de los dormitorios, nos asomamos y con estupor vimos que Marta se había desvanecido, Granel me tranquilizó. Marta se recuperó sin saber que le había pasado, eran normales los desmayos aprensivos ante la presencia de la aplicación de una inyección, pero nada de esto había sucedido.

Granel con una mirada profunda y una sonrisa amenerada dejando ver sus dientes blancos en su cara bronceada por el sol puso la mano en mi hombro dándonos una de las noticias más importantes de mi vida que luego se repetiría.

—Marta está embarazada —afirmó con la mirada profunda de un chamán.

Yo estaba con mucho trabajo en relación de dependencia en la compañía de Kennedy and Donkin Consulting Engineers y también el estudio con David que atendía de dieciséis a veinte horas más changas particulares los fines de semana. Esto nos permitió ser más sueltos en nuestras relaciones maritales para esperar pacientemente que llegue un hijo. Proyecta-

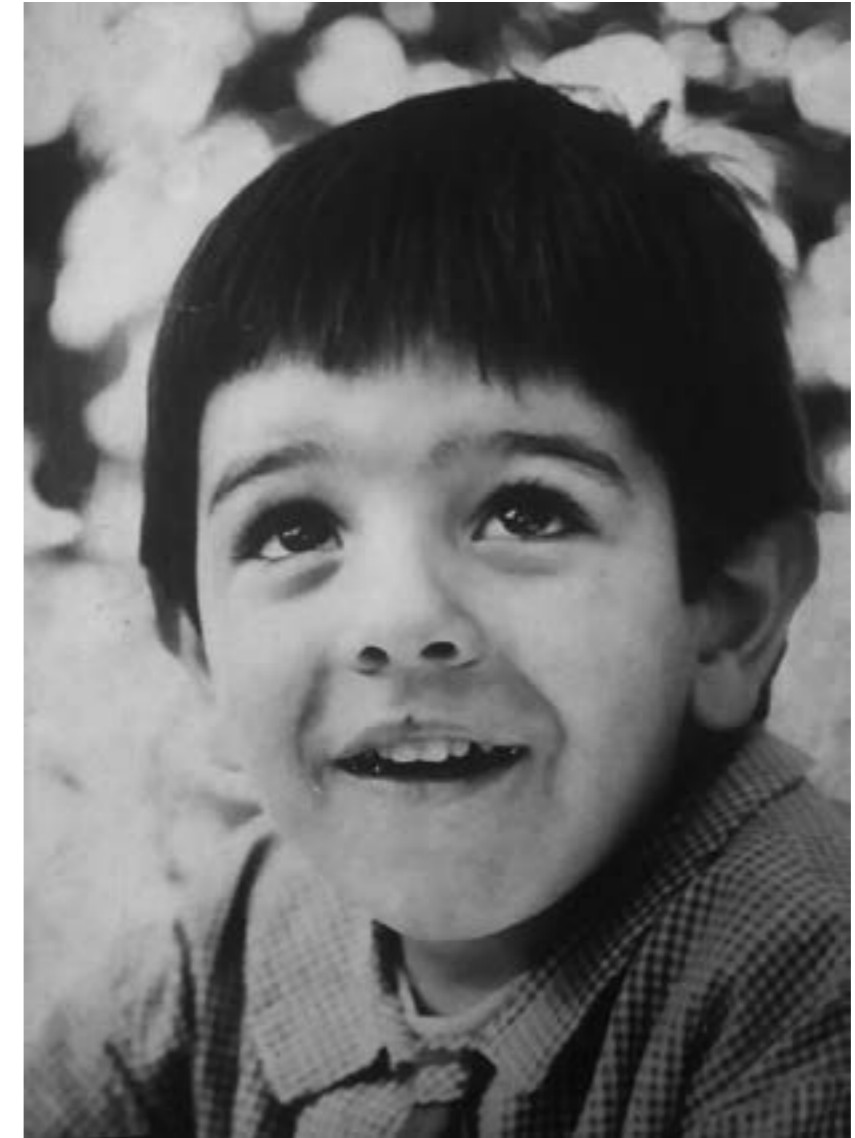
mos ambos el destino de multiplicación de nuestras vidas. Sorprendiéndonos en la pulsión de la vida en el vientre de Marta y luego en el descubrir la luz. El misterio del planeta la tierra, el cosmos, la transformación anatómica de su cuerpo. Sentimos un gozo imposible de controlar, esa felicidad de ser más de dos hasta la confirmación de la suposición profética de Granel. Fuimos a un ginecólogo, Marta ya llevaba un tiempo con retraso en sus períodos pero siempre había tenido alteraciones por lo cual no lo habíamos registrado como un acontecimiento prodigioso. Se comprobó el embarazo, una gestación que coronaba los esfuerzos propuestos como plan de vida. Para nuestros padres, el primer nieto.

Recibieron la noticia alborotados, quizás no pude mensurar su alegría hasta en el momento en que mi hija dio a luz a Chiara, Kiky, su sobrenombre cariñoso. Siguieron los controles rutinarios, Marta dejó de fumar en el período de embarazo, vicio que llevaría como una mochila tipo garrapatas durante toda la vida. La panza fue creciendo, la pulsión de la vida, los movimientos demostrando la existencia de otro ser, imaginar la cara del bebé y los temores que no eran comunicados a Marta.

Recordando a mi madre contar su historia de cuándo estaba embarazada de mí y tenía el temor de que yo nazca bizco como mis tías.

Surgieron los rezos de las madres, la emoción en cada reunión, al ver el crecimiento anatómico de Marta su panza transformándose en un barrilito alegre con el rostro iluminado de la mujer que se siente madre dadora y creadora de vida.

Paralelamente preparamos el ajuar con blancos, amarillos, nadie se aventuraba a pensar si era nena o varón. No teníamos teléfono y una noche fría de Julio para ser precisos el veinticinco de ese mes comenzaron las contracciones en un estado de exci-



Dago en el jardín de Infantes.

tación nunca sentido. Llegaron casi mecánicamente, ordenadamente como un robot, había un teléfono público en un garaje de la calle Mendoza, en un estacionamiento, que por suerte funcionó y llamé al doctor que ordenó internarla de inmediato. En el regreso de cien metros paré un taxi desesperadamente, vi un anciano con cara de sabio y de santo y empecé a gritar jadeando:

—Voy a ser papá, vivo acá a la vuelta, tiene que esperar en la puerta por favor. Necesito internar de urgencia a mi mujer.

—No se aflija joven, debe ser su primer hijo, yo conozco de eso, tengo ocho, ya grandes. Así que vaya y venga tranquilo.

—Sí ya vengo.

Bajé a Marta dolorida y transpirando en pleno invierno por el dolor de las contracciones. El taxista ayudó abrir la puerta trasera y entramos los tres más un bolso que estaba preparado. Una vez sentados preguntó a dónde íbamos:

—A la clínica Bazterrica — dijo Marta.

Al llegar al sanatorio sentí que se me aflojaban las piernas, la futura madre con sus labios apretados y jadeando sin ninguna queja me daba fuerzas. Llegó el momento trascendente de ser por primera vez padre y recordé a mi madre teniéndome con fórceps en la maternidad Ramón Sardá un mediodía del mes de diciembre. Mi padre estaba trabajando y ella solita, pero yo estaba aquí, con Marta.

Enseguida llegó Elena con mi madre y en un salón con sillones antiguos, entrando una luz tenue naciendo como el bebé, esperamos mientras Marta daba a luz a nuestro primer retoño. Pregunté a una enfermera cómo estaba mi mujer, en ese entonces no dejaban entrar a la sala de parto.

—Va bien, ya nació. Espere que vengo enseguida.

Una parte de la angustia estaba a salvo, faltaba

saber cómo estaba el recién nacido. Volvió la mujer impecablemente blanca inmaculada con un bebé en brazos envuelto en paños blancos.

—Es un varón, —dijo.

Yo me quedé reverenciando la vida de mi hijo mientras las abuelas estallaron en sollozos. La imagen de la enfermera y el bebé todo blanco parecía una estampita religiosa. Entre los pliegues de la tela sobresalían unas manos pequeñas con los puños cerrados aferrándose a la vida y su cara rosada con los ojos entreabiertos como queriendo comprender el salto al mundo que lo esperaba. Sentí la voz de Marta que me llamaba:

—Edgardo, Edgardo...

No sabía si seguir viendo al bebé o atender a la madre. Los dos estaban bien, vino un neonatólogo confirmó la buena salud del bebé y nos dio instrucciones para su atención, primero pecho luego mamadera. El nombre de nuestro hijo por elección poética de Marta fue Dagoberto, un rey de la Austrasia, de origen germánico. En la vida me costó encontrar un tocayo sólo una vez un cubano y otro un artesano en San Pedro, Provincia de Buenos Aires. Una mañana neblinosa con una llovizna perezosa fui al Registro Civil a registrar a nuestro primer hijo y al nombrarlo ante terceros que tenían el poder del juzgamiento de ser aceptado o no, por suerte, para el asombro de los funcionarios, figuraba en la lista de nombres autorizados. Nuestra casa cambió su aroma, sus horarios, éramos una unidad de tres. Fueron treinta o más días en que Dagoberto lloraba noche y día. El sueño invadía cualquier hora, los horarios tornaron la dimensión de un ritmo de vida incierto, los abuelos nos consolaban, “es normal tiene el sueño cambiado” hasta que un día mi padre teniendo al bebé en brazos comentó: “este bebé tiene hambre”. Nos miramos, fuimos a llamar al pediatra y nos preguntó si estábamos dándole

el pecho y la mamadera. Marta le contestó:

—Le doy pecho todo el tiempo pero sigue llorando, llora mucho, ¿qué hacemos, tendrá algo?

—¿Pero usted luego le da un complemento con mamadera? porque quizás no alcancé con su propia leche —respondió Bravo que era el apellido del pediatra.

Nos miramos sorprendidos, habíamos entendido que cuando se acabará el suministro de la leche materna comenzaremos con mamadera. Esa noche durmió de corrido. Nos despertamos con temor que le pasara algo pero el señor seguía durmiendo plácidamente. Cambió la vida del matrimonio. Se reconstruyó nuestro equilibrio emocional, las energías y resistencia física para seguir creando planes en mi trabajo profesional y Marta cumplir su plan de estudios.

Dagoberto (Dago es el apocope se fue dando al nombrarlo) crecía hiperquinético. Dinámico, siempre con una sonrisa y con sus travesuras crecientes otros sonidos llenaron nuestra vivienda con la expectativa de las primeras palabras y del andar en el balcón. Habíamos instalado unos hermosos maceteros diseñados por mí en hormigón con flores, begonias, helechos, una mañana tomando mate descubrimos en el piso cubierto de hojas desprendidas y miramos intrigados de dónde venían las hojas. Estábamos en un tercer piso, parecían ser hormigas voladoras. Al otro día lo mismo. Dagoberto iba y venía con el andador cuando vi en sus manitas un montón de hojitas recién arrancadas, él era la gran hormiga traviesa con una sonrisa compradora. Era una travesura y por otro lado era el espíritu de investigar la realidad que ya se presentaba y que mantuvo en toda su vida profesional.

Yo seguía trabajando, y con Dago como dice el refrán “todo bebé trae el pan bajo el brazo”, me nombraron jefe de proyectos de obras civiles para la Armada Argentina de la consultora Kennedy & Donkin Consulting Engineers, ganamos el concurso de desa-

rollo de proyectos para el sistema de transmisión por radio de la antena Omega, la radio faro. La metodología del proyecto fue un desafío, desarrollar el tema sobre todo por mi inglés de las cavernas que me provocaba una gran dificultad la empresa dispuso de una traductora que me asistía permanentemente traduciendo planos descifrables en su diseño pero no en su texto. Viajé a Estados Unidos, a Dakota del Norte en la frontera con Canadá, fue un acontecimiento familiar. Marta no podía acompañarme por Dago. Fue mi primer viaje fuera del país fue con importantes viáticos. La primera vez que tenía dólares. Vivía en el casino de oficiales de la división de la armada norteamericana, sólo me podía comunicar con algunos de los suboficiales, así ahorré todos los viáticos.



Dago de 2 meses.

3 DE FEBRERO SOLANGE

Ya de regreso en Buenos Aires, Marta me había ido a recibir con Dago a Ezeiza en nuestro primer coche un Peugeot 404 color bordó. Dago se largó a mis brazos y fue un recuerdo inolvidable, emoción en los ojos y el corazón galopando. Comenzaba a caminar.

Sentía la sensación de venir de un ejército y surgió la idea de comprar una casa y comenzar viajar al interior del país. Mi cargo era de Jefe de Proyectos Civiles de Usinas Termoeléctricas. Estaba formado por un equipo con ingenieros eléctricos y mecánicos de mayor edad, apenas tenía treinta años y el resto superaba los cincuenta, algunos eran profesores de la facultad y estaba también el decano de ingeniería de la Universidad de La Plata. Los recursos económicos crecían nos estábamos realizando en armonía. En Núñez descubrimos una casa en venta tipo tapera abandonada en la calle 3 de Febrero al fondo con el frente sobre la Avenida General Paz, en una esquina. Techo de tejas, algunas rotas, con humedades que invadieron las carpinterías vencidas, los vidrios rotos. La casa abandonada era de una anciana que nos sedujo y la compramos.

Construimos nuestra casa a partir de ese esqueleto de paredes sólidas que habían resistido el tiempo. Marta aprobó un anteproyecto después de haberla visitado. Su aroma a humedad, la tierra de los hormigueros, las telarañas, nos recibió en silencio, llena de olvidos y ausencias, con el desafío de recuperarla para volver a crear vida.

Una casa era tener los pies en la tierra, un departamento es vivir en el aire. La reforma, la reconstrucción, la hicimos con ahorros, ladrillo por ladrillo, teja por teja, sobre cimientos propios.



Solange - Jardín de Infantes.

Tuve que hacer un viaje al interior, a Posadas, me acompañó Marta. Nos tocaron días húmedos y calurosos propios del litoral, ideal para la siesta que en esas ciudades es costumbre casi ceremonialmente religiosa. Allí resolvimos agrandar la familia y gestar otro bebé con origen misionero. Se confirmó el plan, Marta quedó embarazada. Le faltaba una materia para terminar la carrera de letras y estábamos más tranquilos en la espera, disfrutado ambos con menos

temor a los cambios anatómicos producidos por el proceso de la maternidad. Esta vez fue poniéndose cada día más alegre los ojos le brillaban como cristales, su sonrisa era permanente. Lucía más rubia con una panza en forma de esfera, redonda como un globo terráqueo y mucho optimismo para hacer la obra de la calle 3 de Febrero y General Paz. Con esfuerzo la estábamos terminando pero los recursos eran escuetos y escasos.

Tenía tres plantas, planta baja: estar, comedor, comedor diario, cocina, sector de servicio, toilette; garaje, patio y jardín, en el primer piso tres dormitorios con baño y balcones. En el tercer piso mi estudio. Todas estas funciones iban generando un volumen arquitectónico de paredes blancas con techo de tejas musleras coloniales, y portones de madera todo orientado al norte, al sol que entraba por los ambientes durante todo el día. Nos habíamos mudado. El bebé crecía en el cuerpo de Marta; esta vez me animé a acompañar depositando suavemente mis manos y sentir los movimientos inesperados de esa nueva vida que venía ampliar nuestra familia. Cada visita al ginecólogo era una ceremonia de júbilo que presentía aproximarnos a la fecha prevista. El nacimiento sería en los primeros días de diciembre y transcurría el año 1973. Nuestro ADN se expandía a otro ser que se iba sumando a nuestro hogar y encontrarnos en esta vida con la causalidad.

Todos opinaban sobre el sexo pero nosotros pensábamos que era una nena, los movimientos eran pausados y si se cumplía la máxima de los abuelos cuando el abdomen de la madre es redondo, así fue y no puntiagudo como en el caso de Dago, seguramente esperábamos una nena.

Con contracciones seguidas, según lo que nos había informado el ginecólogo, debíamos ir a la maternidad. A media mañana del 11 de diciembre Marta dio

a luz. Vino la enfermera eufórica sin el bebé y con una exclamación exultante dijo:

—Es una bebé hermosa.

Mi hija Solange nació el mismo día que mi madre Rosita, el 11 de diciembre. Mi madre en el año 1916 y Solange en 1973.

—El papá puede pasar a la sala de partos, —advirtió la enfermera.

Una luz brillante entraba por la ventana. Caminé ceremonialmente por el pasillo no llegaba nunca, quería ver a la bebé y a Marta. No me dio tiempo a buscarla con mi mirada, abrí sigilosamente la puerta y ahí sobre una manta blanca que se confundía con la piel de un cuerpecito aún impregnado de los líquidos de su madre estaba un ángel rubio moviéndose con lentitud, con la misma placidez que lo sentía en mi mano durante el embarazo. Nos abrazamos con un sollozo en los ojos y sentí la transpiración en su rostro por abrirle camino a su hija.

Al otro día volví al Registro Civil con un nombre que había elegido Marta pero no lo aceptaron y le pusimos Solange, que significa “Solemnis, solemne, consagrada a Dios”.

La casa de 3 de Febrero, necesitó más fondos para ser concluida por lo que resolvimos volver a instalarnos en la casa de los padres de Marta. Contábamos con la enorme y generosa colaboración de Elena para atender a los bebés. Esto nos permitía seguir trabajando.

La llegada a Túnez fue festejada con carteles de recibimiento a la familia Rodríguez Soffulto. Uno de ellos decía: “Bienvenida Solange”.



Solange de beba



Los abuelos Rafael y Rosita con sus nietos Solange y Dagoberto.

VILLA GESELL

En el dormitorio principal de los abuelos estábamos los cuatro, uno a cada lado de la cama matrimonial, de mi lado Solange y del lado de Marta Dagoberto, los fines de semana poníamos a los bebés en el medio, entre nosotros, era una fiesta. Llevaban apenas diecisiete meses, en esos años no existían los pañales descartables, en los días de invierno el patio era una tontería de trapos blancos colgados esperando secarse para volver a usarse en cada bebé de forma indiferente. Dago daba sus primeros pasos firmes sin nuestras manos o las de sus abuelos. Solange en cambio se desplazaba con sus piernitas, arrastrando la cola, manteniendo su cuerpecito erecto. Estaba en su permanente alegría, era una muñeca que al verla la gente se detenía.



La abuela Rosa con Solange y Dago en un departamento de Villa Gesell.

Como dice el tango se paraban para mirarla, su rostro blanco con sus dos cachetes rosados que le motivaran un apodo de una empleada de Ester que teníamos, que le decía "mi manzanita", con sus cabellos rubios oro ondulados, con sus rulos dibujados sobre sus ojos celestes y su carita de muñeca de porcelana, muchos recordarán en ella a la actriz de niña Shirley Temple. Fotos sacadas en el jardín de infantes que aún sorprenden por la luz que tenían nuestros dos hijos.

Deje de ser un jefe de proyectos para asumir la aventura de construir en el estudio de David y Abel. Estábamos construyendo con Marta ocho departamentos en Villa Gesell que habíamos iniciado desde cero sobre un terreno, como habían hecho mis padres con Villa España cuando yo era pequeño.

Vi los médanos, la arena virgen y pensé en utilizar-



los. Estudie como hacer ladrillos huecos de mortero de cemento, compre unos moldes, desalinicé la arena con agua de pozo, pagué “por tanto” o sea, por unidad fabricada a un equipo de operarios y construimos los ocho departamentos.

Conservando la idea siempre de mantener mi libertad profesional, tratando de no trabajar en relación de dependencia, “Compré su libertad con ingenio”, decidí pasar de hacer proyectos en una consultora a una empresa constructora, a estar en la trinchera y no en el cuartel. Me presenté a Comarco SA, me entrevistó el Ingeniero Raul Moure, un viejo capitán de domar obra en el sur argentino, le expliqué mi actividad, mi emprendimiento de estar haciendo la remodelación de la casa de la calle 3 de Febrero en Buenos Aires y a su vez los departamentos de Gesell peso sobre peso, administrando el centavo, minimizando costos, “cuida los chelines, niño que las libras se cuidan solas”. Me miró fijo, rompió el silencio y con una leve sonrisa que dibujó su rostro curtido por el viento gélido de la Patagonia me dijo:

—Arquitecto, en tres días viaja a Ushuaia con su esposa vaya al departamento de personal para que le extiendan sus pasajes y dejé sus datos. Va a ser coordinador de la Patagonia de las obras que estamos haciendo.

Así era, una empresa con mayúsculas ir a la Patagonia, yo conocía parte de la Cordillera, Bariloche cuando me invitó el Arquitecto Campos Urquiza y por mi posterior viaje de bodas.

Con Marta llegamos al aeropuerto de Río Grande después de mirar como una extraterrestre desde un ojo de buey el continente e incontinente, con la soledad de ninguna huella de traza urbana. Nos recibió un joven rudo de anatomía cúbica y retacón, macizo me esperaba con un cartel y me tendió la mano.

—¿Cómo está usted? —y agregó reverenciando, di-

rigiéndose a Marta— ¿Cómo está señora?

Tomó las valijas con ligereza, estaba arropado como un esquimal, por suerte fuimos precavidos teníamos varias capas de ropa que nos abrigan como capas de cebolla. Al salir de la estación pequeña y calefaccionada con gente taciturna todo era silencio. Al abrirse la doble puerta entró una bocanada violenta de viento helado, ese hombre nos acompañó hasta el coche, un Renault 4, llevábamos apretados los labios porque se escapaba vapor denso de nuestro rostro y debíamos recuperar temperatura.

Tomé el trabajo y viajé rutinariamente. Tierra del Fuego era un paraíso fiscal, a Marta le traía cosas importadas para completar la casa. A Solange y Dagoberto, juguetes importados; se colgaban de mis maletas en el Aeroparque esperando sus regalos con gran entusiasmo. La familia me recibía con algún programa para ir a comer cada vez que llegaba de Tierra del Fuego, de Río Turbio, de Río Gallegos. Parecía que venía de otro país, un territorio tan olvidado hasta por las propias culturas indígenas que habían sido perseguidas y asesinadas. Cada quince días viajaba la noche de los viernes para Villa Gesell y regresaba la noche del sábado. Los departamentos se iban terminando no sólo llevé azulejos y materiales en ómnibus, Marta me había enseñado a manejar y también cargaba al pegote Dago y mi padre me acompañaba. Para Dago todo era una aventura, para mi viejo el placer de verme haciendo obra y recordar la vida en el campo, la cultura del recolector. En el medio del viaje me decía: “¡Pará! ¡pará Edgardo!” y bajaba de la mano de Dago a buscar choclos de sembradíos y revoleaba esa riqueza a la ruta.

Previamente le extraía la barba y la chala; en algunas travesuras con mis primos del campo nos divertíamos haciendo cigarros de barba de choclo con chala seca; nos quedábamos todos medios marea-

dos, con tos incontrolable pero no podíamos pedir auxilio. Papá los arrancaba como en su niñez en 9 de Julio sin que la planta los sufriera Dago miraba

a su abuelo dándole ánimo: “saca más, abuelo, más, más...” Al regresar veníamos cargados. En las plantas de los médanos recolectaba caracoles, los traía, los



Foto Comunción de Solange.



Foto Comunción de Dago.

purgaba con harina de maíz y hacía mi padre flor de cacerola con salsa. También paseaba por la playa con una palita y un balde para recolectar almejas donde veía un agujerito que parecía hablar le clavaba la punta y sacaba a unos panzones berberechos. Nos repartimos la cosecha, luego los hacíamos a la pil pil; otras veces, sin esperar, le ponía limón y se los comía con un placer de niño acompañado por su nieto. En una de las vacaciones de verano recolectamos berberechos para hacerlos con pasta a la vongole. Después de curarlos cambiándoles el agua durante tres días los pelábamos con lentitud e iba llenando un colador, Solange se subía a un banco y metía las manitos dentro de la masa y se hacía su panzada esto le costó a la niña una flor de descompostura por su travesura que aún recuerda.

LA REJA

Habíamos terminado Villa Gesell. Decidimos con Marta comprar en ese tiempo una quinta en La Reja, Partido de Moreno, Provincia de Buenos Aires. Era un lugar paradisiaco, una casa con la pátina del tiempo, árboles añejos, frutales, pinos, nogales, araucarias; la recorríamos asombrados, el entusiasmo crecía en Marta, los chicos se perdieron en el parque a jugar como si a la finca ya la hubiésemos comprado. Un molino de viento producía un sonido metálico, apareció un tanque australiano como los de Asamblea o los de 9 de Julio, la diferencia era que éste no era para alimentar aguadas de ganado sino para el riego. Entre la espesura de las sombras perfumadas apareció la Casona con una galería, una puerta antigua, paredes blancas teñidas de un saludable verde claro y una señora robusta con presencia germana con un



Solange y Dago en la quinta de La Reja.

mameluco y turbante donde le ondulaban sus cabellos, pómulos redondos y prominentes ojos exultantes saludándonos con su mano áspera. Nos invitó a entrar a una galería cerrada con un jardín de invierno donde filtraban flechas de luz dorada con un piso de madera y sillones llenos de paz, de descanso. Un hogar chimenea boca de dragón enorme donde podrían entrar troncos de más de un metro cincuenta de largo, con una garganta profunda y atizadores. Tenía tres dormitorios, baño rudimentario, una cocina de campo, cocina económica de hierro fundido y una pileta de lavar gigante. La mujer la vendía porque había fallecido su marido, ahí se reveló el misterio del terreno, se extendía a través de cinco mil metros cuadrados, media manzana. Al costado de la casona había un galpón con herramientas, alimento para animales y una pequeña casita de caseros con un parral de uvas pulposas.

Una parte de la tierra tenía distintos tipos de árboles y una porción de tierra tenía destinada a huerta y gallinero. Solange apareció con un gatito entre sus brazos, acariciándolo, el animal entrecerraba sus

ojos agradeciendo a su nueva dueña.

En ese momento sentí que la quinta era nuestra, que ese lugar reunía todos los encantos de mi niñez y que nuestros hijos podían tener la misma experiencia de ver sentir y participar en el crecimiento de una huerta, en la recolección de los frutales, hacerse amigos de los animales.

Hoy mis nietos de parte de Dago están viviendo esa experiencia en fincas de parientes de mi nuera Stefi en República Dominicana donde conviven con gallinas, cabras y panales de abejas. En los videos es sorprendente ver animalitos como parte de sus juguetes. La vida está más allá del cemento.

Mientras Dago se entretenía en el galpón viendo las herramientas, Marta puso el pulgar para arriba en señal de aprobación de comprar.

Los caseros eran un matrimonio sin hijos, Doña Mercedes, una mujer corpulenta de rostro redondo con rasgos guaraníes bien correntina y el Cholo, su marido, eran el Gordo y el Flaco. Comenzamos a disfrutar los fines de semana trayendo productos recolectados de la huerta, frutas, huevos de gallina ponedora. Mercedes nos hacía las comidas caseras, ravioles, amasados, matambres, tortillas, ensaladas, flan, pastaflora con huevos de pato y dulces caseros, Cholo preparaba los asados, siempre generoso les explicaba a Solange y a Dago en las andanzas por la quinta intrigas de cómo nacían los pollitos, los conejos, los plantines de tomates, morrones, berenjenas. Lo ayudaban a cosecharlos.

Solange maternalmente jugaba con sus muñecas, con su gato y una ovejera alemán llamada La Negra que le despertaba el mismo amor y cariño que sus muñecas, pero esos animales eran seres vivos que la correspondían con cuidado y cariño. Con Doña Mercedes le preparaban la comida e iban juntos a darle de comer a las gallinas.

Marta y yo leíamos, paseábamos por la quinta con ellos. Llegaron las primeras fiestas de fin de año y se armó el arbolito. Invitamos a la familia de Marta en Navidad y a mis padres en Año Nuevo como regalo de Navidad además de juguetes, se nos ocurrió regalarle una coneja bebé a Solange y un conejito bebé a Dago. Los pusimos en una jaulita al pie del árbol de navidad sumado a otros presentes. Luego de estos conejitos tuvieron una jaula y terminaron siendo el Adán y Eva de la población de conejos que se creó en un apartado de gallinas y patos, en jaulas especiales. Fue costoso sacrificar algunas para comer, pero Mercedes los hacía al horno de barro que había construido su marido Cholo con papas, morrones, tomates y cebollas de la huerta, con vino blanco y especias. Esto era un secreto para los niños.



Para año nuevo invité a mis padres, con cierto engaño les dije:

—Mamá, papá, festejamos el Año Nuevo en una quinta que me prestaron en Moreno camino al oeste sobre la Ruta 5 que va a 9 de Julio.

Los pasamos a buscar por la mañana del 31. Llegamos y mis padres con asombro recorrían el parque, la casa, conocieron a doña Mercedes y Cholo. Una mesa tendida bajo el Parral de uva chinche, un lechón asándose la parrilla, chorizos y carne vacuna más ensaladas de la huerta los recibían. Mi padre no podía creer ese paraíso donde en pequeña escala, veía sus experiencias de vida en el campo junto a sus nueve hermanos y sus padres. Estaba emocionado.

Solange y Dagoberto jugaban alrededor de sus abuelos saltando y cantando:

—Hay sorpresas, hay sorpresas... abuelos tenemos sorpresas —conservando en su jolgorio el secreto.

—Papá, mamá ¿les gustó? —se sumó Marta en la pregunta—. Es de no creer chicos —decía papá.

Mi madre, compartía la alegría de los chicos...

—¿Le gusta Don Rafael? —preguntó Marta.

—Sí claro. —contestó mi padre sin dejar de admirar lo que observaba en todas direcciones—. ¿Por cuánto tiempo se la prestaron?

Mirándolo a los ojos le respondí:

—Para siempre padre.

Un silencio profundo y me sentí frente a la incredulidad.

—Sí, sí, para siempre —completó diciendo Marta—. Compramos esta quinta, es nuestra.

Mi padre sostuvo su cabeza pelada, reluciente, con las dos manos para sostener la alegría de sus pensamientos.

El lechón que llevaba cocinando por cuatro horas salió con el cuero crujiente como un caramelo. Cholo demostró su maestría de asador.

Luego, ese año, mis padres tuvieron otro premio en su vida se fueron a uno de los departamentos de Villa Gesell. Los habíamos invitados a pasar el verano. Era la primera vez que lo pasaban en la playa.

Mi padre, al tocarle el servicio militar en la marina, conocía el mar pero mi madre nunca lo había visto. Nosotros fuimos quince días, Dago y Solange se quedaron con los abuelos y nosotros volvimos a tener el espacio de disfrutar la pareja. A la quinta de La Reja le habíamos puesto un cartel con su nombre, DagoSol, que se habían transformado en una unidad productiva. Traíamos verdura fresca, tomates, berenjenas, morrones, ajíes para vinagre, arvejas, todo tipo de hortalizas de hojas, choclo, huevos y algunos pollos también codornices, teníamos jaulas con conejos y frutas de estación. Con la superproducción doña Mercedes comenzó a hacer conservas. Salsas de tomate pasados por un tapiz secándose al sol con ajo, orégano y granos de pimienta en unos frascos que habíamos comprado y los reutilizaba pasteurizándolos a Baño de María sumergiendo los frascos en agua hirviendo durante más de cuarenta minutos. También salsa de tomate para acompañar a los asados. Era una receta que mi padre me había enseñado con la cosecha de tomates en Villa España. Se cortaban los tomates en rodajas se ponían a secar al sol sobre un lienzo blanco, el agua sobrante se evaporaba quedaba la pulpa seca, se introducía por el pico de una botella de sidra que sobraba de las fiestas y se les ponía aceite, dientes de ajo, albahaca, orégano, ají molido, pimienta en grano, se tapaba con un corcho del mismo envase atado con alambre para aguantar que por la fermentación pudiera saltar el corcho malogrando ese manjar. Para mantenerla fresca se enterraba bajo tierra donde siempre había sombra.

En Villa España tras el cuartito que sirvió de dormitorio cocina comedor cuatro por cuatro durante la

obra, quedaron algunas botellas de conserva para la posteridad. En la quinta de La Reja las colocamos en estanterías hechas por Cholo en el pozo del caño de extracción de agua del molino.

También se hacían escabeches de pollo, conejos, pickles, mermeladas de fruta, había una despensa con esas conservas en un cuartito; también traía de mis viajes al sur truchas fontinalis ahumadas. Con todo esto podíamos haber puesto una fonda temática en el gran Buenos Aires, todo en una quimera de paz, de sosiego.

Yo iba de la oficina por Rivadavia, no existía el Acceso Oeste, ardía en verano pero a la altura de Ituzaingó entraba por las ventanillas un aire fresco, un bálsamo perfumado de alegría, del verde que emergía entre el bullicio de las casas, la ciudad quedaba cocinándose en su caos, en las trampas del cemento.

Llegar, abrir la tranquera, estacionar el coche y ser recibido por Marta y los chicos con una cena reconfortante, completa. Comer en el parque con el sonido infinito de las ranas, el trino perdido de algún pájaro trasnochado, la brisa hamacándose con su murmullo sobre los árboles cumpliendo la función de pulmón de la naturaleza. El aroma a resina de los pinos, de los jazmines y de algunos cuantos otros árboles. Tocar el rocío sobre las hojas de los potus, ver reflejos de luces lejanas teñidas de algún azul turquesa.

Ya en la cama hablar de la empresa con Marta después de acostar a los niños y dormirlos, con todas las melodías de la naturaleza siempre despierta, sólo alterada por el sonido ácido, agrio y metálico del molino frenando y andando para completar la sed del estanque.

Los días de lluvia, las cuatro cuadras de tierra, eran prácticamente intransitables, la experiencia de vivir esa aventura, los fines de semana, era un riesgo muy grande.



Cumpleaños de Solange. De izquierda a derecha: Yo, Abuela Rosa, Abuelo Carlos y Dago.

Vendimos la quinta con cierto dolor y compramos en un barrio cerrado, Mapuche, en Pilar una casa en vertical, en tres plantas. Un cubo blanco impersonal con la frialdad del racionalismo. Escaleras metálicas, sin galería sin espacios de transición entre el interior y el exterior que significa transición de tamizar la luz al pasar de la eternidad del espacio interior al exterior incontinente.

Yo seguía viajando a las obras por Comarco SA. Al tiempo hubo un divorcio de socios, el socio mayoritario, Felman, se quedó con el cien por ciento de la empresa, se separaron los hermanos Moure; Chandías, reconocido y un estratega para presupuestar; el ingeniero Garibay, decano de la facultad de Rosario; Ingeniero Patlis, un generador de adicionales, constituían el cerebro técnico de Comarco SA, y yo, humildemente, pasé a ocupar el lugar de estos cinco genios. Ellos formaron una empresa nueva llamada SEYES SA, que con las vueltas de la vida llegaría yo a poseer el cien por ciento de las acciones. El nombre se formaba con las últimas letras de cada apellido re-

sultando un nombre capicúa. Para este puesto máximo, el dueño total de la compañía, el señor Felman, me invitó a desayunar en su casa. Me resultó extraño ese convite. Después de un suculento desayuno servido por personal de servicio uniformado, impecablemente vestido, nos sentamos y dijo:

—Mire Arquitecto, voy al grano. Usted va a tener la responsabilidad de estar a cargo de la gerencia general técnica y logística y cubrirá varios frentes de mis ex socios —me miró fijo para ver mi reacción.

Sentí temor y asombro pero inmediatamente pensé que no podía mostrar duda, y mientras meditaba mis palabras de contestación él prosiguió con su convencimiento:

—Tendrá la responsabilidad de todas las áreas, nos reuniremos dos veces por semana a desayunar y cada viernes, usted sabe, se hace un asado en el comedor de la compañía donde cada área complementaria rendirá cuentas.

Tomé aliento y con coraje le respondí:

—Probemos a ver si estoy a la altura de sus expectativas.

—Gracias sabía que iba a aceptar —dio por hecho que me hacía cargo— ...su retribución mensual va a ser el doble y a su vez va a tener participación en las ganancias netas de un 3,5 por ciento anual.

—Gracias. —Atiné a decir un si con cierta confusión y alegría.

Era el año 1976, yo tenía apenas treinta y cuatro años, ejercería el mando sobre profesionales mayores que yo. Ya había tenido esa experiencia en Kennedy & Donkin Consulting Engineers pero era una empresa de confección de proyectos y dirección de obra. Los procesos por llevar adelante lo dibujado en planos es de una complejidad mayúscula, de gran logística y preparación de obras.

A su vez había armado otra empresa llamada COM-

CO SA con el Arquitecto Debonis y Marta pasó a ocupar el cargo administrativo, me servía de apoyo, yo trabajaba en los presupuestos, Abel en las obras. Cuando COMCO SA empezó a crecer habíamos alquilado oficinas y trabajábamos con subcontratistas, yo viajaba el sur y al norte, hasta el Chaco. Pasé de esta agotadora multifunción como empleado ejecutivo a dueño de parte de una empresa.

No era ético ser gerente general y tener mi propia empresa. Una noche, con Marta, decidimos que el mantenimiento de la familia iba a tener un alto nivel por las rentas. En el próximo desayuno con Felman con mucho dolor, que aun siento por lo humano y generoso que resultó ser este hombre, me animé y le dije:

—Señor Felman...

—Arquitecto estoy satisfecho con su trabajo —me interrumpió como adivinando, ya que era un excelente estratega.

A pesar del elogio yo insistí:

—Mire yo le debo decir la verdad... —y lo mire, su rostro representaba una silueta de intriga, quedó en silencio y proseguí— ...armé con otros arquitectos una empresa constructora y empezamos a tener algunos trabajos así que debo renunciar a pesar de su gran retribución porque necesito estar con mi familia más tiempo.

Era un puesto importante el que tenía en Comarco, con sólo 37 años; un logro envidiable para cualquier profesional de esa edad.

Era el mes de julio del año de 1979 y el presidente de Comarco, Roberto Felman, me quiere retener proponiéndome hacer un viaje final a Ushuaia con toda la familia. Hacía allí partimos, el matrimonio, la alegría de los chicos, Solange y Dagoberto, en pleno invierno.

La novedad de conocer el lugar de trabajo de

papá, ir a esa tierra lejana desde donde le traía regalos y sonaba a hueca en el eco del silencio de las comunicaciones por radio.

Primera escala, Río Gallegos. Desde allí seguimos con un Fokker de LADE para aterrizar en Ushuaia. Nos esperaba el indio Suso, con todo dispuesto para pasar unos días súper agradables en esas vacaciones de invierno prolongadas.

Volvimos a sentarnos en un Renault 4 con ruedas con cadenas; parecían ruedas de presidiarios porque eran para poder soportar la circulación en la nieve y el hielo, que en algunos casos era imposible porque era un patinaje, con lo cual muchas veces me he pegado alguna que otra piña leve, contra la nieve.

Llegamos y nos encontramos que no nos hospedamos en un hotel sino en una cabaña dispuesta para nosotros en pleno centro sobre la San Martín. Eran cabañas que poseía la empresa y ahí se instaló la familia. Estaba confortablemente armado el hábitat como para sentirnos dentro del concepto de cabaña de montaña.

Ushuaia en aquel entonces era territorio, no provincia, con seis mil quinientos habitantes, el noventa por ciento chilenos. Inhóspita, en pleno centro, se



Calle central San Martín - Ushuaia



Hotel Albatros - Ushuaia

sentía igual la presencia de la parte gélida de la gran montaña.

Sucedió otro acontecimiento importante, el cumpleaños de Dago. El 25 de julio teníamos una gran fiesta en Albatros, en el Albatros antiguo, que lamentablemente se quemó hace pocos años. Todo esto era una política seductora que siempre ejercía Felman para poder retenerme y convencer a Marta de que yo siguiese con ese cargo tan importante que nos permitió comprar siete departamentos, más las logradadas propiedades que ya teníamos.

Albatros era el hotel antiguo, el primer hotel frente a la bahía, que administraba el Automóvil Club Argentino; el clima del hotel era el lugar donde yo me recluía cuando quedaba solo, en donde me tomaba a la noche mis buenos cócteles para poder soportar el frío. El frío gélido de la soledad y del clima.

Los tomaba con algunos parroquianos de empresas petroleras, era tomate con pimienta, vodka caliente en ponche, perdía la contabilidad de cantidad



Río Pipo - Ushuaia

de los que podía haber llegado a beber pero tenía una habitación disponible para mí en el pleno Albatros si no podía llegar a la Cabaña del Río Pipo que estaba en las afueras, en la ruta al Lago Roca, que llegaba al límite en Tierra del Fuego con Chile.

Era mi lugar de hospedaje en mis rutinarios viajes a Tierra del Fuego por Comarco.

El hotel Albatros estaba construido con lenga, con piedra bola, con materiales telúricos como diría Eduardo Sacriste, arquitecto tucumano, “los arquitectos tenemos que resolver los problemas con los materiales de la zona, con el clima de la zona, respetando el sello cultural de la zona, una arquitectura racional y telúrica.”

El 25 de julio de ese año fue una noche inolvidable donde Felman, que había llegado, organizó una gran mesa, estaban los jefes de obra y comenzaron a venir personal de la empresa trayendo juguetes para Solange y para Dago, mas una torta de cumpleaños traída en un trineo.

La sorpresa fue mayúscula porque los chicos se querían quedar a vivir en Ushuaia, pero tenían que volver al colegio.

Todo el Albatros estaba copado por Comarco. Se sirvieron comidas telúricas, centolla, champagne francés y nos reclinamos en nuestra cabaña en pleno centro. Dentro de las cosas que se habían obsequiado, había un equipo de esquí. La sorpresa fue cuando no aparecen los chicos en la cabaña, se habían ido al fondo y ambos estaban comiendo nieve y jugando a tirarse bolas blancas de nieve.

Nos sorprendió porque Solange con sus pómulos de manzana comía nieve ante nuestro miedo de que pudiese declararse su asmita, que tanto nos afligía.

Al otro día nos vinieron a buscar para ir al Glaciar Le Martial en donde comenzaban a existir los primeros intentos de generar la pista de esquí en Ushuaia. Actualmente se transformó en el complejo de esquí más importante de Sudamérica.

Recuerdo la imagen impecable de los dos pequeños en la inmensidad de la montaña, paraditos como soldados, con las caritas duritas soportando estoicamente el frío, pero mirando lo que nunca habían visto, la nieve sobre imponentes montañas y la ciudad pequeña, como de cuento, ahí abajo con el mar



Solange y Dago en la nieve de Ushuaia



Calle central San Martín - Ushuaia

imponente como marco final.

—Papá, ¿si esto se mantiene en verano se puede hacer un colchón? —inquire Solange.

—Sí, pero lo que pasa es que si viene el calor ese colchón se transforma en tierra.

Suso, empleado de extrema confianza de Comarco SA, pañolero, chofer, mecánico, un hombre todo terreno, era descendiente de la india Varela, una escultora de madera, que yo iba a visitar a su casita sobre la San Martín. Él tenía la misión de seguir regalando cosas.

Suso, en una oportunidad me dice:

—Arquitecto, las tramperas de zorro se me oxidaron y para esta temporada no las tengo. ¿Me puede usted comprar tramperas de zorro en Buenos Aires?

Me sorprendió, porque él era un baquiano y no se había dado cuenta que las tenía que engrasar.

A su vez, lo que me asombraba, era que tenía un Winchester y cazaba hacienda baguala, animales bovinos y ovinos que habían huido de los corrales hacia las montañas estableciéndose en lugares de difícil acceso donde se procreaban para bajar sólo en invierno buscando pastos. También cazaba ani-



Solange y Dago en el canal de Beagle - Ushuaia



Solange y Dago en el glaciar Martial - Ushuaia



India Varela, Escultora nativa - Ushuaia

males salvajes preferentemente chulengos (crías de guanaco) y siervos. De no haber humanos se habría repetido la historia de las vacas de Mendoza.

Suso conocía Tierra del Fuego como un baqueano, registraba como pocos las picadas ideales para internarse en las montañas; era una reencarnación de Luis Garibaldi, descendiente de selkman, él fue quien descubrió la traza del camino que vincula Ushuaia con Río Grande.

Por ejemplo, Suso en el primer viaje para convencer a Marta por indicaciones de Felman para que yo tomara el puesto nos vino a buscar a Río Grande. En el camino se detuvo en un chorrillo que bajaba de las montañas, con sus manos en forma de cuenco filtró el agua cristalina apartando la arenilla para extraer una piedrita dorada, la mastico con sus dientes y se la entregó diciéndole:

—Tome señora, es una pepita de oro, Tierra del Fuego tiene una triste historia con el oro como en todas partes de la tierra.

Quedamos en silencio mirando y mirándonos con ese pequeño trozo que brillaba seduciéndonos.

—Gracias —atinamos a insinuar al unísono.

Suso continuó manejando descubriéndole el paisaje a Marta y contándonos historias.

—Los blancos se apoderaron de nuestras tierras, el famoso Popper, un mercenario buscador de oro fue contratado por terratenientes que le pagaban por asesinar a nuestra gente, le pagaban por par de orejas, esta era la evidencia de que el hecho había sido efectivamente consumado. Cuando los terratenientes comenzaron a notar que muchas de nuestras mujeres y hombres aparecían sin orejas, sumaron un nuevo requisito probatorio, pidiendo a cambio del pago los senos o testículos de las víctimas ultimadas...

Con Marta no sabíamos si mirar el paisaje o a Suso, el relato siguió como si partiera de una radio...

—Popper se transformó en un potentado, como un emperador acuñaba en oro su propia moneda...

El resto de esta historia real fascinante aparece en los textos históricos con fotos y documentos escritos.

Como homenaje a esos pueblos originarios escribí un cuento en mi libro "Rastros cuento + cuento -", titulado "Abilakin", donde trato el encuentro amoroso entre el arte, la etnia indígena y un ser blanco.



Popper y un indigena asesinado a sus pies.



Moneda de oro acuñada por Popper.

Suso era uno de los pocos que quedaban, hijo de la india Varela.

Cuando volví a Buenos Aires, fui a la Ferretería Francesa que estaba sobre Carlos Pellegrini y Bartolome Mitre, y le envié por camión doce tramperas.

En una oportunidad, en uno de los tantos viajes, me invitó a comer a su casa cocinando él comidas



Portada de mi libro Rastros, Cuentos + Cuentos - Edgardo N. Rodríguez.

telúricas: truchas, almejas, cholgas.

—Venga, le tengo que mostrar algo, Arquitecto. — invitó con sus pómulos enrojecidos por el vino chileno que habíamos tomado ambos.

Él y su señora, que era una mestiza, me llevan hasta un galpón, abre las puertas y estaba totalmente lleno de cueros de zorros.

Me sorprendió la cacería. Sabía que ponía tramperas en las picadas o los caminitos de los zorros, para

eso hay que ser muy baquiano, además había cazado chulengo. En otra oportunidad, en mi cabaña del río Pipo, me cocinó un lomo de chulengo con hierbas del lugar, con misturas, que era la comida típica de sus antepasados, con cholgas.

—¿Y esto? —inquiero al contemplar los resultados de su fructífera cacería.

—La mitad es suya, Arquitecto —sentencia señalando hacia todos esos cueros de zorro.

—¿Por qué?

—Y, porque usted me regaló las tramperas. Somos socios —sostiene.

Los traje a Buenos Aires, los hice terminar de curtir y le hice a Marta un regalo, un tapado de zorro fueguino, rojo como una llamarada en otoño, las llamaradas de los colores que se veían en las lenguas, todo eso estaba en la piel del zorro. Además, estos animales, a diferencia del zorro continental tiene un pelo grueso para aguantar el frío, era un tapado valiosísimo confeccionado en la famosa peletería de los padres de Tato Bores en la calle Córdoba.

Cuando yo entrego el material noto en quien lo recibe cierta desazón.

—¿Qué sucede? —le pregunto.

—Que falta algo —me dice.

Entonces abrió la última caja y allí estaban las colas de los zorros.

Con ellas le hice un sol de colas de zorros a Solange para acompañarla, desde el punto de vista energético, en su habitación.

El resto de aquellas pieles las vendí, hice buen dinero, muy buen dinero, porque se los ofrecí al mismo peletero. Me lo pagó muy bien porque eran muy difíciles de obtener en aquel entonces. Hablamos del año 1979 cuando Tierra del Fuego todavía era territorio nacional, recién durante la presidencia de Raúl Alfonsín fue transformada en provincia. Por esos

tiempos, los cueros de zorros, generalmente iban a Punta Arenas para ser comercializadas a través del mercado chileno. Cuando aparecí en Buenos Aires con mi cargamento ya cuereado descubrí que disponían de un valor incalculable. Aquella plata me ayudó en un proyecto que estábamos encarando con Marta en Buenos Aires.

A pesar de los agasajos, de la excelente actitud, cuando regresé a Buenos Aires tuve que darle una respuesta dolorosa al señor Felman, mi negativa a proseguir en Comaco SA.

Pensé decirle, Señor Felman, lamentablemente, usted me va a comprender, porque trabajé con una correspondencia absoluta por parte de usted, pero decidí actuar con la verdad en la mano. Le diría que siempre llevé semejante cargo de responsabilidad, la parte técnica de su empresa y hacerme cargo. En ese momento Comarco tenía cerca de setecientos operarios, en distintas zonas del país.

Fue en uno de los desayunos privados en su casa. Me esperaba con ansiedad y una sonrisa que iluminaba su rostro. Mirando con ojos diminutos que sobresalían por encima de sus lentes preguntó:

—Siéntese Rodríguez, —en tono más familiar, sin nombres ni profesión—. ¿Le gustó a su señora y a sus hijos?... ¿Es otra vida, no?

Le respondí con un sí dudoso y continué.

—Señor Felman, mi familia va a quedar en Buenos Aires, mis hijos ya tienen sus amiguitos, mi mujer es profesora en varios colegios, mis viejos, mis padres, dejarlos a esta distancia se hace muy difícil —y resueltamente le resumí la decisión— No voy a seguir, gracias señor por todo, por su trato...

—¿A pesar de la participación de un porcentaje de las ganancias?

—Sí, necesito estar con mi familia más tiempo.

También me llevaba a tomar esa decisión, los fi-



Interior de la cabaña Río Pipo - Ushuaia.

nes de semana que permanecía en soledad en la isla, en mi cabaña del Río Pipo. Cada uno estaba con su gente. Las noches de póker con whisky importado y al otro día, domingo, la resaca. El ataque de gota producido por exceso de mariscos. La falta de atención en el pequeño hospital, el aislamiento que se producía por falta de abastecimiento en el invierno, al no llegar el barco de la armada con víveres y también el cierre del camino de ripio entre Ushuaia y Río Grande. Era mucho.

Ya había hecho mi porción de patria.

RETORNO

Allí en Tierra del Fuego estuve tres años trabajando duro y bien. Aquello además de lejanía era una letanía. Las comunicaciones eran difíciles. Ni siquiera disponía de un teléfono. Todo era contactarse por radio apenas dos veces por semana. Igual que en las películas de guerra, todas frases cortas y finalizando con un: "Cambio y fuera".

Y allá lejos, en Buenos Aires, mis hijos y Marta trasladándose hasta Comarco donde estaba la radio. "Papi, papi, papi", escuchaba la voz de Dago y luego la de Solange con su "papi" corto. Lloraba. La distancia entre nosotros era tan larga. Insalvable. Aquel aparato Motorola era de un solo canal, ni siquiera podíamos establecer un dialogo. Aún me conmuevo al recordar aquellos cientos y cientos de kilómetros que nos distanciaban, nos sacrificaban.

Viajaba todo el tiempo para analizar la marcha de los trabajos de las obras. Tierra del Fuego, Santa Cruz, Río Gallegos, Caleta Olivia algunas veces. A la Biblioteca Nacional también debía atenderla, aquel edificio se encontraba en su etapa del hormigón ar-



Ushuaia 1976.

mado.

Tanta ausencia iba maltratando mi matrimonio con Marta. Fueron aquellos años difíciles para mí. En el '80 pierdo a mi padre. En el '81 vendo mi empresa, en el '82 me separo de Marta.

Fueron tres años de tremendas pérdidas que hizo girar la veleta de mi vida.

El rigor de la profundidad insalvable del invierno, tratando con *chilotes*, gente austera, trabajadores voraces, amigos de la nieve, del Fuego, con un silencio profundo, con olor a leña en sus cuerpos acostumbrados a la soledad, a tratar su cuerpo con el rigor ancestral de los mapuches. Cuando se les caía algo en el pie, para evitar la gangrena, se chuzaban y brotaba sangre. Jornadas laborales, de tanto en tanto, muy sangrientas, nunca había sido testigo de algo así, era tremendo. Duro. Severo.

En aquel entonces, la soledad de Ushuaia me resultaba descomunal. Era una aldea con fama de haber

sido plantada en los confines del mundo. Un lugar de la tierra donde iban a parar los presos a pesar de que en esos años la cárcel había sido cerrada. Hoy en ella existe un museo llamado, con propiedad, "El Museo del Fin del Mundo".

En Ushuaia no había colectivos, solamente se hacía el traslado de la gente a través de la "Liebre".

Era una serie de Renault 12 que tenía Rumbo Sur, la empresa donde sacaba los pasajes. Tenía una cierta preferencia conmigo la señora de ahí, una hermosa mujer, rubia, isleña, su padre había sido el supervisor de la cárcel con todo el sufrimiento del olvido, del sufrimiento del dolor de soportar la epopeya de los presos.

Entonces, esa gente tenía la liebre, unos cuantos, iban levantando gente, de manera tal que tenían la comodidad hasta cuatro, cinco apiñados, y los iba dejando, eso era un colectivo. Después se fue transformando y creciendo, y llegó el colectivo antiguo. Una reliquia mecánica que unía Ushuaia y Río Grande para los que no podían viajar en los LADE.

Felman comprendió mi elección. Aún recuerdo sus palabras:

—Rodríguez, acá usted va a tener las puertas abiertas siempre. Lo que le corresponde de la participación de las ganancias hasta esta fecha, lo va a recibir al final de balance.

Y así fue.

3 DE FEBRERO

La estructura económica que con gran esfuerzo habíamos logrado con Marta: los siete departamentos alquilados, la casa de Tres de Febrero y General Paz alquilada a Diana Maggi y Juan Carlos Dual; nuestra casa en Túnez sobre el chalet de los papás de Marta y de los ocho departamentos de Villa Gesell que alquilábamos temporariamente, nos dio la posibilidad de dar manija a C.O.M.C.O. SA, (la nueva empresa que había formado con el Arquitecto Abel Debonis) de la cual llegamos a tener entre doscientos cincuenta y trescientos operarios, muchas obras industriales, todas privadas, no con el Estado y departamentos, que incrementaba el capital de nuestra familia con departamentos que yo tomaba en forma de pago porque los que organizaban el consorcio me decían:



Casa ubicada en 3 de Febrero y Gral. Paz.

—Bueno, Arquitecto, por favor, ¿nos puede ayudar a no devengar tanto capital? ¿Y usted cuánto puede tomar?

Entonces, en ese momento teníamos cuatro departamentos en Gualeguay, Entre Ríos, que los dirigía el Arquitecto Jorge Do Porto, que fueron muy determinantes después estos departamentos en la vida, en mi vida, después un departamento en la calle Salguero, también con el estudio de él porque estamos

haciendo trabajos muy importantes en Cinecolor SA, toda la planta de Vicente López que después se transformó en el único revelador de películas en Argentina, después, por ejemplo con inmobiliaria Vaiser otro departamento en la calle Neuquén.

Con el estudio de Pirincho Lopatin un departamento semi piso en Freire, Belgrano R.

En ese período, dada la holgada situación económica, viajábamos al Caribe.



Isla Contadora, Panamá



Isla Contadora, Panamá



Barranquilla, Colombia



Cartagena, Colombia



Barranquilla, Colombia



Isla del Rosario, Colombia



Isla del Rosario, Colombia



Isla del Rosario, Colombia



Viaje a Cataratas, Punto Iguazú.



Solange y Dago en Isla San Andrés (Colombia)



Viaje con Marta y los chicos. Caacupé (Paraguay)

Me dediqué a mi empresa. Marta estaba instalada en la parte comercial, y mi socio, el Arquitecto Debonis estaba a cargo de una cosa que era ya muy difícil poder manejar, la producción de las obras.

A su vez, con C.O.M.C.O. SA, pudimos comprar una propiedad en la calle Alberti y Belgrano, una casa antigua que la reformamos, haciendo las oficinas, en donde ahí comenzó a trabajar el hermano de Marta, que era perito mercantil, con un manejo muy alegre de las finanzas y una irresponsabilidad total de mi parte, al darle semejante cargo y habilitación también en acciones. Finalmente se quedó con la empresa con otros proveedores y la llevaron a la quiebra, donde me vi involucrado en un tema muy extenso para ver si yo era culpable de la situación o no. Fui eximido de toda responsabilidad.

Fue quizás una cierta irresponsabilidad de tener un socio que tenía caballos de carrera, studs y demás, y lamentablemente perjudique también a mi socio del alma, que es el arquitecto Debonis, que le costó después, pobrecito, trasplante de corazón y gracias a Dios, hoy vive.

Además, entro a trabajar Don Carlos Soffulto, el papá de Marta, que tenía a su cargo la parte del personal, junto con el Negro, tío de Marta, que dejó la caja de ahorro, medio jubilado, y también trabajaba en la parte de personal.

Quiere decir que, había una estructura familiar de manejo administrativo, financiero, contable y también personal y logística, porque Carlos, el papá de Marta, estaba a cargo de un depósito.

Fue así que también compramos un depósito en la calle Niceto Vega, muy cerca de donde está ahora el lugar de cultura y apart hotel, que desarrolló y maneja Solange, Tacha. Comenzamos a trabajar intencionalmente, la situación económica era muy floreciente, por ejemplo, los primeros Ford Granada que vinie-

ron al país que eran diez, uno de ellos era nuestro. Color plateado, una máquina, había que mirar muy fijamente al frente para no quedar prendado de las miradas curiosas al ver semejante coche que en ese momento era casi como un BMW por la cantidad de tecnología que tenía incorporada. Y también había otro Ford Taunus cupe full, que se compró en cuotas, porque así lo dijo Carlos.

La cuestión es que creció tanto la compañía sin un manejo correcto de costos de utilidad, que me vi envuelto en una situación muy difícil financieramente.

A su vez había ocurrido un hecho muy importante. En uno de los viajes que hice a Villa Gesell por esos ocho departamentos que estaba haciendo para alquilar en temporada, Marta me fue a buscar con los chicos a la empresa Dantón en Puente Saavedra, alegres de verme llegar. Viajaba de noche un viernes y regresaba a la noche del sábado. Un sacrificio que lleve durante cuatro años para terminar eso. También lo hice.

Cuando llegamos a mi casa en 3 de Febrero, Dago como siempre iba a su dormitorio, al subir la escalera, dice:

—Papá, papá, se rompió toda la ventana.

Y no lloraba, pero estaba admirado de cómo en una ventana se había roto el vidrio.

—Y los postigones están abiertos, papá.

Entonces me dice:

—¿Quién vino? —Y se quedó mirando desde la baranda de arriba.

Yo me quedé muy preocupado, subí inmediatamente y me encontré con que habían entrado ladrones.

Habían llegado hasta el placard de Marta y se había ido el tapado de piel, además de otras pertenencias que tenían cierto cariño, de regalos que le había hecho yo a Marta, generalmente de joyas.

Esa noche nos costó dormir todos en el mismo dormitorio, aterrorizados de que nos volvieran a visitar. Al enterarse Elena, la del corazón enorme, madre de Marta, nos preguntó con cierto espíritu de colaboración:

—Y bueno, ¿cómo van a resolver ese tema?

La casa de los padres de Marta, un chalet antiguo estilo Tudor, que ya era propiedad de ellos, gracias a un crédito hipotecario del cual mi padre Rafael había sido garante, nos dio una sorpresa. Además de habernos albergado con el cariño y la energía de sus padres, descubrí que su cielorraso aplicado bajo una bovedilla de la casa, artesonado, tan poéticamente sensible, era tan fuerte como para permitir construir una casa encima.

TÚNEZ

Comencé al otro día la construcción de la casa en la calle Túnez 2515, sobre la de mis suegros. Otra epopeya con Marta, otra epopeya con los Soffulto, éramos siete viviendo en una casa. Marta, los dos chicos, mis suegros y Carlitos, hermano de Marta.

Con Marta, creo, formamos una sociedad comercial excelente, quizás fue la mejor socia, pero nos olvidamos de la emoción y del matrimonio.

Mi ocupación era tan importante, que Marta viajó sola con los chicos al extranjero, yo me tenía que quedar frente a esa empresa. Esa empresa me atrapó, terminé preso de ella; es decir, el dragón tiene un aliento tibio, pero en su interior es como una caldera. Era el año 1981 y nos íbamos a presentar en convocatoria.

La nueva construcción en la calle Túnez fue creciendo sobre la vieja, los viejos muros trepando en



Solange y Dago en el living de la casa del Pasaje Túnez.



Casa del Pasaje Túnez.

los desniveles y además buscando la forma de poder no hacer sucumbir el acceso a la casa de los papás que heroicamente soportaban la obra.

Se desarrolló en tres niveles: una biblioteca en el primer nivel; en el segundo nivel el dormitorio con dos baños, el living-comedor, cocina y una terraza, un patio pequeño que se comunicaba internamente con una escalera caracol con el patio de Elena, del cual siempre subía comida en forma permanente, exquisiteces: desde los raviolos, hasta bocadillos de seso, bocadillos de acelga, patitas de cordero en escabeche. De todo: pucheros, guiso de lentejas, callos. A su vez, en el segundo piso de nuestra futura casa, se hizo un entrepiso, sobre la biblioteca. El dormitorio de Sol, lo pensamos como una casita de muñecas, a tal punto que tenía su camita, su escritorio y con una escalerita subía a un entrepiso en donde tenía su sala de muñecas. En otro nivel estaba la habitación de Dago. Espaciosa para su hiperquinética actividad y en otro entrepiso mi taller de pintura. Siempre lo pensaba como necesidad arquitectónica, ya lo había hecho en 3 de Febrero.

Bueno, se concluyó la casa y después comenzaron las rencillas entre la madre y la hija. Hubo una situación que nos marcó mucho, incluso hoy los chicos la recuerdan. Fue cuando se dejaron de abonar las cuotas de los coches que habíamos comprado en C.O.M.C.O. SA, por ese entonces ya en manos de Carlitos Soffulto, hermano de Marta. Ante la falta de pago cayeron a incautarnos.

La familia quedó a pie, Marta, con su esfuerzo, compró un Mitsubishi importado usado, dorado, con todos los adelantos. Fue para los chicos denigrante, ver que hasta el piano de Marta fue embargado, no pudo ser defendido, aunque tenía la boleta de compra, cayó, lamentablemente, en esa redada.

Ante esa situación, me di cuenta que era irreversi-

ble seguir por ese camino. Mientras tanto, la relación con los chicos era hermosa, compartíamos más tiempo. Generalmente los acompañaba cuando se iban a dormir.

Una nueva discusión entre Marta y su madre nos impulsó a mudarnos a uno de los departamentos que teníamos en Chenault, en Palermo, comprado con la participación que me dio el señor Felman, presidente de Comarco SA.

Tuvimos que mudar todos los libros de Marta. La voluminosa biblioteca, empacada en cajas de manzanas, fue llevada a la casa de la abuela Doña Carniglia, madre de Carlos, para evitar que embargaran los libros, valían una fortuna. Toda esa situación, derivada por un mal manejo económico financiero.

Los alquileres nos permitían vivir con un nivel recontra aceptable pleno de comodidades y sin privaciones, hasta con viajes al exterior. Aportaba todo a la empresa, mi trabajo personal en forma gratuita por ver crecer la empresa, por el sueño de ser empresario, y ser reconocido como tal.

Mis socios, a su vez, estaban haciendo su casa en Belgrano, antiguas casas que reformaban.

Mientras, la relación con los chicos fue creciendo, los vínculos se consolidaron. No había más un papá ausente que viajaba y traía regalos como Papá Noel y si uno que disfrutaba ir a sus dormitorios, verlos dormir, sentir el calor del hogar, el desgaste amoroso de la crianza, la nobleza de ambos, y fundamentalmente la diferencia entre ellos.

LA PELOTA

Dago tenía once años y era el líder de la pandilla, y líder en los colegios. Primero fueron al Liceo Jean Mermoz, francés, pero Marta cuando vio el clima en que se desarrollaba la crianza de nuestros hijos, era pedagoga y profesora de Filosofía y Letras, y los pasó a otros colegios. El Jean Mermoz estaba lleno de hijos de diplomáticos, hijos de empresarios nacionales e internacionales. Dago fue al Manuel d'Alzon y después terminó sus estudios en una escuela del estado. Solange directamente en donde había estado su madre, en el Normal Número 10.

Fue en esos acompañamientos, donde Dago tuvo algunas beligerancias. Siempre con razón quería tomar justicia por sí mismo. En una oportunidad fue con los famosos mellizos Fosa. Eran de la pandilla, una tarde descubren una pelota olvidada en un baldío. Él generosamente se asocia con ellos y les dice:

—Vamos a tener la pelota cada uno de nosotros una semana.

—Bueno, trato hecho.

Me contó el episodio con alegría. Aplaudí su generosidad, heredada de los Soffulto y los Rodríguez, los carreros.

Pero, los Fosa, muy arbitrariamente, se quedaron con la pelota. Entonces Dago juntó su pandilla, fue hasta la casa de los Fosa, en el barrio River, descubrió las bicicletas, las rompió, les cortó todas las cubiertas y les pintó todo el frente diciendo "¡estafadores, devuelvan la pelota!".

Yo me río ahora, pero no en ese momento, sobre todo cuando tocan el timbre y se presenta una señora que resulta ser la madre:

—¿Quién es usted, señora?

—Mire, señor, disculpe la molestia. Yo soy la mamá de los Fosa.

—Ah, ¿qué pasó, señora? —No sabía nada del episodio.

—No, su hijo pasó.... tal cosa, tal cosa.

Me cuenta todo el aquelarre que había armado Dago.

—Bueno, señora, yo voy a tomar cartas en el asunto. Si le debo algún gasto...

—No, no se preocupe. Total es el consorcio. Me van a pintar el edificio.

Con lo cual habíamos salvado un gasto económico.

Las cubiertas eran lo de menos, no sabía si las iban a reclamar o no.

Voy al dormitorio de Dago, que estaba acurrucado, sabiendo lío en puerta.

—Dago, ¿esto es verdad?

Me miró fijo, casi llorando, pidiendo ser comprendido.

—¿Sabés una cosa? Si es verdad esto, vos actuaste bien. Quizás estuvo mal no haberlo resuelto de otra manera. Pero vale reclamar lo que es de uno, cuando se dio la palabra. La palabra vale más que todo. —Creo que le di un chirlo y ahí finalizó todo.

Igualmente, del colegio llamaban.

Tenía una pandilla fuerte también en Pinamar, y hacían algunas zorrerías que no vienen al caso. En cambio, Solange era la tranquilidad, la paz, siempre con la palabra justa, analítica. Era previsible lo que lograría Solange en su vida, en su accionar. Ella nunca asumió la belleza interior y exterior que siempre tuvo.

EL CONVENTO

No recuerdo que se hayan peleado entre ellos, siempre fueron muy compañeros. Fue solamente una vez que me llevó a una crisis total. Cuando fuimos a San Salvador de Bahía, los amenacé con volvernos, entonces se asustaron tanto que después ni muti.

Pero en una oportunidad, yendo a la quinta de La Reja, se portaron tan mal, tan mal, tan mal en el coche, que en voz baja le digo a Marta:

—Vas a ver como los vamos a curar un poquito.

Llegamos a la entrada de Moreno camino a la quinta de La Reja donde había un convento de monjas. Entramos a la playa de estacionamiento del convento ya con el plan. Subimos unas escaleras, un portal, un hall, un pasillo enorme, en la soledad del silencio de la oración. Aparece una monja, viejita, nos mira:

—Ay! ¡Qué angelitos! ¡Qué lindos nenes! ¡Qué maravilla!

Los dos, evidentemente, no comprendían nada.

—Madre, ¿está la hermana Superiora? —digo.

—Soy yo.

Entonces, le guiñó el ojo, ella comprende:

—¿Nosotros podríamos dejar aquí a los niños porque se están portando mal?

La desesperación y los llantos. Creo que todavía los recuerdo. El sonido que retumbaba, rebotando en las paredes. Nos miraban los dos desde abajo, los ojitos muy abiertos, sin comprender si era verdad o mentira. La monja dijo:

—Siempre hay para los angelitos un lugar acá. Piénselo....

—Mire, si siguen así, ya sabemos que ustedes los pueden recibir.

—Sí, sí, como no.

Bueno, fue uno de los mejores métodos para que, por un tiempo, estuvieran tranquilos.

SCOUT

El matrimonio comenzaba a estar resentido. Mis viajes, la rutina del trabajo, los continuos cambios de vivienda. Vidas vertiginosas, mudanzas, rencillas entre Marta y Elena. Habían sufrido la pérdida inconsolable de un gran hombre con mayúsculas, Carlos, qué fue como un padre para mí. El desgaste económico por el crecimiento, si bien admirable pero desmesurado y vertiginoso de C.O.M.C.O. S.A y las finanzas en manos de Carlitos también sumó. La falta del control de rendimiento de las obras que nos llevó a un estado financiero económico delicado me obligó a vender, junto a Debonis, la empresa.

La venta de la empresa creada por la cual renuncié a mi cargo envidiable. Me asesoraba el Doctor Aníbal González quien me aconsejó vender la propiedad e insolventarme para cuidar mi patrimonio.

Otra pérdida había sido la muerte de mi padre en 1980.

La oración todos los domingos en la parroquia de Nuestra Señora de Fátima en la calle Roosevelt frente a la plaza me daba consuelo y fuerza para llevar adelante esta situación. El templo de la esperanza para evitar el colapso total de los negocios. Argentina tan generosa siempre me daba la chance para seguir en combate. Esto en lo material. En lo sentimental era el vivir cada vez más sólo, con mis hijos y con los recuerdos de otros tiempos. No era igual con Marta. Con ella sucedieron cosas muy profundas que el amor a la vida y mi futuro me permitieron olvidarlas. Dejarlas en un cofre cerrado, en un rincón sagrado de la memoria, pensando siempre que el pasado no detenga mi presente, no me distraiga y que el futuro me libere. Tuve palabras de Consuelo en la parroquia con mi confesor el padre Menéndez.



El padre Menendez, atrás el capellán Guido Pesce. De Izq. a Der. de espaldas dos Raiders y Yo. Ronda de campo del Campamento. Dago en el borde superior derecho.

En esos tiempos Dago quería ser scout y me propuso armar un grupo scout y me había comentado:

—Papá quiero ser scout. Están todos mis compañeros de colegio y van a la iglesia de Santiago Apóstol, una parroquia frente al Tiro Federal.

—Si Dago pero esa parroquias es de River, no viste que atrás está ese monumento y nosotros somos de Boca. No podés ir ahí.

Con su posición porfiada que le permitió en la vida tener excelentes logros, insistió con firmeza y ojos llorosos. Le prometí que iba a armar un grupo scout

en la parroquia del padre Menéndez. Fui, hablé con él y recibió con entusiasmo mi proyecto, lo aprobó.

Sacamos la matrícula como grupo en la institución "USCA", Unión Scouts Católicos Argentinos, que pertenecía a la Organización Mundial del movimiento Scout, con sede en Ginebra. El cura nos facilitó un departamento en la planta baja, un PH que era de la iglesia y comenzamos a organizarnos. Para mí era un mundo nuevo servir a la comunidad a través de los niños, volver a la relación humanitaria y a la naturaleza. Sentir que mis hijos me iban marcando un camino y estar juntos en este proyecto era muy gratificante.

Proponíamos en las misas a los padres si querían incorporarse. Así comenzaron a enterarse y anotarse niñas, niños y adolescentes para los diferentes grupos.

Los Raiders tenían a Raúl como instructor scout mientras Rita era la guía de la manada de lobatos. A mí me correspondía la disciplina del grupo. Me sentía orgulloso de disponer de la humildad suficiente para aprender de los jóvenes, estar compartiendo con Dago esa instrucción, ver el entusiasmo que crecía y la energía del grupo en funcionamiento.

Trabajábamos por el bien común, sin especulaciones económicas pero con el compromiso de juntar fondos ya que no todos los padres podían aportarlos y yo tampoco quería ser el mecenas de la agrupación. La situación del matrimonio había cambiado, tanto en lo afectivo como en lo económico. Entonces, naturalmente, se hizo presente mi experiencia empresaria.

Debíamos inventar qué hacer para obtener recursos. Necesitábamos adquirir los uniformes de los scouts y a su vez comprar "El libro de las tierras vírgenes" de Rudyard Kipling para los padres no pudientes, un libro de cabecera en el scoutismo.

Un día propuse hacer una campaña recolectando diarios y botellas de vidrio.



El fogón, Dago con sombrero Rojo.



Dago con short rojo, recibiendo instrucciones de la guía y un Raider



Dago, el 4º desde la izquierda.



Dago, el 4º desde la izquierda.

La idea surgió del recuerdo de ver a mi padre juntando pacientemente botellas vacías y papeles que ordenaba en paquetes atados bien comprimidos. Esto dio origen a la epopeya de mi familia llevándonos del baldío lo que otros tiraban. “Todo sirve, todo sirve”, decían mis padres y eso marcó mi vida y lo sublimé en el trabajo artístico.

Pues bien, en el grupo scout de Nuestra Señora de Fátima elegí aplicar esta tradición de mi familia.

La campaña dio sus resultados. Sorprendido el cura veía con admiración y con alguna intención de apropiación los fondos cosechados, pero estaban bien administrados y nutridos de una contabilidad precisa. Así llegamos al primer campamento en la Parroquia de San Andrés de Giles. Allí teníamos una sala amplia con una mesa larga, una cocina con parrilla y quincho. Un parque anexo donde reinaba un clima de pueblo con campanas al viento y desde el templo llegaban los soplos cromáticos de un órgano impregnado en el aire creando un clima de claustro, de reverencia.

Ya éramos una manada de dos grupos scouts, viajamos en varios coches y Carlos Arcucci, papá de un lobato, se ofreció como cocinero. Todos los niños llevaron la bolsa de dormir, yo conseguí una prestada con acolchado aislante térmico. Era invierno y el problema era el frío. Fue la primera vez que dormí en una bolsa de dormir, de niño lo hacía en un catre de campaña con un colchón en la misma habitación con mis padres. Nunca así pegado al suelo, a la dureza acogedora de la Madre Tierra, los tres días. El lema internacional “siempre listo”, lo aprendí junto a Dago, el saludo, la particular manera de darse la mano izquierda y elevar la mano derecha poniendo el pulgar sobre el meñique. El lema es: “el más fuerte protege al más débil”.

Hoy, en el presente, recordando estos logros obtenidos en el Grupo Scout a partir de la recolección de

desechos, pienso en mis padres a quienes el tiempo los volvería el prototipo del cartonero, ese triste nombre que recibirían, a partir de la crisis del 2001 en nuestro país, los desposeídos que salieron a la calle para hacer un magro sustento con la venta de lo que juntaban.

Incluso voy más allá, pienso en mis abuelos, en mis padres y tíos quienes habían sido recolectores en el campo juntando maíz, cazando animales, aves salvajes. recogiendo huevos y los espejo con la ciudad de cemento donde están los recolectores urbanos. Todo pertenece a la madre tierra.

Mientras escribo estas líneas reconozco mi fidelidad a estas experiencias como trabajador del arte. Hace rato ya que he comenzado a crear obras donde se comunique la resistencia al consumo que nos consume. Mi hija y curadora Solange, se acertó el apellido a Guez, convirtiéndose en una colaborada infatigable apoyándome en este concepto. Juntos hicimos el libro “Todo sirve”, abocado a demostrar como se crea con desechos.

Retornando a las épocas de scoutismo y el lema “Siempre listo”, al proyecto iniciado por sugerencia de Dago, el grupo fue creciendo. No obstante, se presentaron inconvenientes. Primero con la incorporación de niños y jóvenes cuyos padres no disponían de recursos para lograr adquirir el equipamiento necesario para sus hijos y segundo porque me sentía incómodo con mi rol, pues yo no tenía instrucción alguna para semejante responsabilidad.

Buscando como resolver esta falencia asistí a un curso de capacitación intensivo. Durante tres días me interné en un convento de San Miguel donde sentí la instrucción y el apoyo religioso para ser jefe de grupo. Fui muy bien recibido por el cura. Para mis colaboradores, que yo sea el jefe, significaba un muy buen apoyo logístico, además de mi ingenio para obtener recursos económicos.

Crecimos. A la campaña de recolección de papel se sumó la impresión de un Bono Contribución que cada lobato y scout llevaba a su casa; y los domingos, con sus uniformes hacían presencia en las misas de la mañana. Para estas ocasiones armaba el perímetro estratégicamente, destacando piquetes de dos o tres scout provistos de bonos en todas las esquinas de acceso a la parroquia.

Los resultados fueron óptimos. Los fondos recaudados nos permitieron comprar uniformes y bolsas de dormir que entregamos a los padres para que les den a sus hijos como si los hubieran comprado ellos. No existía diferencia entre los chicos, todos los padres les habían adquirido su equipamiento.

Las instrucciones las hacíamos en Plaza Manuel Alberti y sucedió lo inesperado, el padre Menéndez me llamó me hizo sentar en la sacristía y con vos militar me preguntó:

—¿Usted mandó imprimir Bonos Contribución?

—Si padre, hice bonos de contribución, asumo toda la responsabilidad, fue para el bien común de los que no podían comprar su equipo.

—Muy bien pero así no... —hizo una pausa con su cara redonda tensa, entristecida, y afirmando su mirada por sobre sus anteojos prosiguió— ...así no, porque la gente deja poca limosna, ime bajó la recaudación! y esta es para mantener la Casa de Dios. Yo pertenezco al clero secular y los servicios que da el gobierno son exiguos.

Completó su reprimenda informándome que el grupo había crecido que lo alegraba pero que debíamos tener un cura castrense.

Así fue que para la fiesta del Papa Juan Pablo II organizamos una reunión donde contaríamos con la presencia de Guido Pesce, el presbítero que oficiaría de capellán en nuestro Grupo Scout.

Fui con mis hijos a buscarlo a un departamento de

la Calle Coronel Díaz. Me encontré con un señor alto de cara languilínea con aire intelectual, de traje. Subió al coche. Hicimos la reunión en la terraza del departamento de la calle Roosevelt. Marta preparó mate con facturas. Recuerdo que Solange estaba presente porque siempre acompañaba con sus silencios inteligentes todas las actividades de los scouts. En esta reunión participó también el padre Menéndez y en un momento se habló de la experiencia de Guido Pesce, nuestro nuevo capellán, como presbítero. De repente se me ocurre preguntar por la medalla de la Virgen de la Medalla Milagrosa la que lleva colgada sobre su pecho en una cadenita y me comenta con alegría:

—Me salvó la vida, casi me muero en una operación de hemorroides.

Nos miramos con Marta. La respuesta nos recordó una anécdota referida por Juan Luis Gobi, traumatólogo de renombre y dueño de una clínica de traumatología en la calle Caracas. Según nos había contado nuestro amigo, socialista él, cuando en una ocasión operó de hemorroides a un cura, lo durmió y luego hizo desfilar al personal para que vean la zona púdica del cura.

—Disculpe padre, ¿usted conoce al doctor Gobi? —preguntó Marta con cierta timidez.

—Por supuesto, él me operó, pero la Virgencita me salvó.

Nos reímos con las miradas, este era el cura del cuento.

Otros eventos fueron desarrollándose con el Grupo Scout, la competencia deportiva coordinada por USCA en el Parque Roca, donde sacamos varias medallas. Me sentía realizado al estar contribuyendo a una obra de bien común, sentirme un jefe orgulloso con mi pañuelo color naranja y mi uniforme.

El 17 de octubre de 1982 sucedió otra pérdida, la separación de Marta.

Me produce dolor, tristeza, hacer correr el bolígrafo para escribir esto. Cada dibujo de cada letra es un desgarrero pero guardo con profundo agradecimiento esa unión por haber tenido estos dos hijos que ampliaron mi horizonte, mis energías que se prolongan, más allá de la vida. Fue desgarrante.

Reuní a los niños en el living, los senté y les dije:

—Mamá y papá los quieren mucho, nada les va a faltar, les prometo que la vida de nosotros es de ustedes.

Solange comenzó a lagrimear en un silencio infinito. Dago endureció su cuerpo, su mirada, listo para soportar la sentencia. Continué:

—Mamá y papá se van a separar. No nos llevamos bien. Papá se va pero soy un soldado que estará siempre en la puerta de la casa donde ustedes estén para lo que necesiten.

Dormí esa noche en el dormitorio de Solange. Recuerdo que me costó dormir y lloré en silencio. Al otro día antes que se despertaran me fui con mi valija a seguir con las tareas habituales hasta que me di cuenta que ya no volvía a casa. Sentí una profunda angustia y congojo pero estaba decidido. Me fui a un hotel en el barrio de Colegiales en la esquina del Céspedes y Morales pero claro que no podía vivir en un hotel esa no era una solución, tenía que consolidar mi parte material, un lugar que me permitiera estar con los chicos los fines de semana. Me sentía de nuevo como mis antepasados nómades. Sentí una fuerza interior tremenda. Estaba herido profundamente en mi confianza, hay secretos que quedaron sepultados por el dolor a la vida y por los años de felicidad.

Al otro día decidí dormir en las oficinas de la nueva empresa que había formado con el ingeniero Palacios en la calle Aguilar, Construcciones Renacimiento, un nombre mágico que representaba al Ave Fénix, el renacer de mi vida ante toda pérdida. Sentí

que dependía de mi hacer feliz a mis hijos y entablar una relación adulta con la madre de ellos.

Nos separamos de común acuerdo por el artículo 67 bis y cada uno desarrolló su función en forma continua con un control mutuo en la crianza y adolescencia de nuestros hijos.

LUIS MARÍA CAMPOS

La segunda noche dormí en el suelo sobre un colchón nuevo. Para el fin de semana había alquilado un departamento en la calle Luis María Campos y Virrey del Pino, y comenzó el equipamiento de mi nueva casa. Pasamos un fin de semana paseando, comiendo afuera, no tenía nada, sólo pava y mate. En la división de bienes quedó para Marta la casa de Túnez, para mí la casa de 3 de Febrero y General Paz y el dúplex de Roosevelt para los chicos. La casa de 3 de Febrero estaba alquilada a Diana Maggi y Juan Carlos Dual, dos artistas del espectáculo y no era correcto desalojarlos. Se cumplió el contrato y la casa quedó en silencio, con su dolor. No quería estar solo en ella, sentí que la nostalgia acrecentaba la tristeza y entonces decidí venderla. Fue así que pude comprar un departamento en la calle de 3 de Febrero 2370 y Olazábal a tres cuadras de Túnez. Marta con los chicos había vuelto a vivir en ella. Elena era la madre universal y fundamental para cuidar a los niños Solange y Dagoberto que demostraron una entereza admirable, fue muy buena con nuestros hijos.

Recuerdo la entereza protectora que mantuvo Solange cuando llamó a mi madre Rosita llamó por teléfono y le dijo:

—Abuela sabes que ya papá vive solo, necesita de todo... toallas, sábanas, repasadores, lo que tengas

preparaselo. El sábado voy y busco todo con Dago.

No me dijo nada y esa mañana apareció en el departamento. Solange tuvo gestos de fortaleza que mostraban su intrepidez al llamar a mi madre y decirle eso. Actitudes propias de ella, de gran humanidad, socorrer y estar presente. Comprometerse por el otro, cualidades que mantiene hasta el día de hoy, es una mujer de acero con corazón de miel. Sufrió en soledad, en silencio estoico, duro, firme, sin omitir opinión.

En una oportunidad, cursando en el Normal Número 10, durante la clase se hicieron ciertos comentarios desafortunados sobre hijos de padres divorciados. Solange, con decisión, levantó la mano, pidió la palabra y con entereza, dejando de lado cualquier complejo, dijo:

—Señorita maestra yo soy hija de padres separados y a mi hermano y a mí nos cuidan y siempre están presentes.

La maestra quedó en silencio y pidió luego disculpas a Marta que era profesora de literatura en el secundario.

Comencé a superar mi situación sentimental apoyado por psicólogos. El primero de ellos fue un presbítero. Pese a que me lo había recomendado el padre Menéndez terminé optando por un profesional laico.

Necesitaba hacer análisis fuera de la rigidez establecida por los cánones del credo cristiano, respetando mi particular visión de Dios. Mi creencia no se ha mantenido estática a lo largo de mi vida; paulatinamente se ha ampliado al abreviar en el conocimiento científico y en el saber milenario de otras culturas.

Los evangelios fueron escritos por hombres. Proponen una revelación para que comience la búsqueda, un punto de partida para enriquecer la fe no necesariamente atada a un dogma específico. La materia es energía sostiene la ciencia y allí está el aura,

el alma, la esencia yuxtapuesta a un todo universal.

Por esto escribo contándole a la profundidad del espejo mis creencias en el Capítulo “*Esoterismo y Exoterismo*”, tomándome el tiempo necesario para lograr una calidad mayor al transmitir mi visión.

La nueva etapa sería un sacerdocio donde por seguir la relación conmigo mis hijos estarían protegidos. Comencé a salir con señoras y señoritas que me presentaban mis amigos, con la condición fundamental de no tener más hijos. Yo ya estaba cursando la materia “ser padre” y no podía sumar más tareas a esa actitud. Los amigos optaron por seguir la relación conmigo. Amalia del Franco una mujer de porte español y Ricardo Zamparo, modelista, un creativo de gran sensibilidad con la pintura, mientras vivíamos en Roosevelt ellos alquilaban Túnez. Amalia, estaba asociada en aquel entonces con Marta en una botica que llamaron “Escrúpulos” y con Ricardo comenzamos a pintar en el entrepiso de la que había sido mi casa. Después de separarnos ellos para mantener mi amistad se mudaron a Vicente López y Marta y los chicos retornaron a Túnez.

RECONSTRUCCIÓN

Resolví ya instalado formar pareja para lo cual propuse a un conciliábulo a Solange y Dago les dije:

—Chicos papá quiere formar pareja con una de las chicas que fueron conociendo, ¿cuál les parece?

Se miraron entre ellos y votaron.

—¡Con Zuly! —contestaron entusiasmados.

Era con quien yo ya había pensado en formalizar. Me la habían presentado Amalia y Ricardo. Una mujer pequeña de nacionalidad italiana, una muñeca con gran elegancia, un cuerpo proporcionado a su

estatura, alegre, vivaz, trabajadora y sobre todo generosa. Vivía con sus padres italianos, familia de inmigrantes, unida, generosa y sufrida.

La familia Caruso descendiente del tenor. Doña Josefina, su mamá, de carácter fuerte transformada en una matriarca, con las arrugas en su cara de haber soportado la guerra. Pequeña, con ojos duros llenos de energía y ternura, y una boca en donde bailaba la dentadura. Don Antonio Caruso, un hombre bonachón, panzón, con un rostro rojo, nariz tipo morrón, ojos pequeños, un cabello impecablemente blanco, una sonrisa amplia llena de generosidad. Le gustaba cocinar platos bien napolitanos junto con sus tres hijas mujeres, Zuly, Ana y Lina. Habían emigrado de Italia alrededor del año 1950, él había ido al frente de batalla en la Segunda Guerra Mundial. En la Argentina nacieron los dos hermanos varones de Zuly, Julio y Jorge.

Ana, casada con Eduardo Groso, un personaje genial, un autodidacta que creo una empresa de Inyección de baldes de plástico líder. Tenían a Romina, de la misma edad de Solange y Lina, casada con Eduardo Victoriano, mecánico, un hombre sencillo lleno de silencio, bondadoso, tenían un varón, Carlitos, de la misma edad que Dago.

Zuly me los presentó antes de vivir juntos. Los padres con Jorge y Zuli, solteros, vivían en una casa modesta en Martínez, Provincia de Buenos Aires, pero llena de cariño y hospitalidad. Me recibieron con la alegría de los tanos, con una comida de pastas que Don Antonio había cocinado.

Comenzamos a convivir con Zuly los fines de semana en el Departamento de Luis María Campos y Virrey del Pino, pequeño, con living y dormitorio. Venían los fines de semana Solange y Dago, era una fiesta porque los domingos íbamos a lo de los Caruso o a lo de Ana.

Ana y Eduardo tenían una casa con pileta en Victoria, Provincia de Buenos Aires. Los chicos jugaban con sus contemporáneos, la pareja tuvo un acople inmediato.

En el verano alquilé una casa en el Barrio Los Troncos de Mar del Plata, de tres dormitorios, un living, una cocina amplia y dos carpas en la playa.

Zuly con Ana, Eduardo y Romina, alquilaron un departamento, yo invité a mi madre con Margarita, una señora de igual edad a pasar unos días en casa.

Recuerdo la alegría de los chicos, Solange y Dago decían: ¡viene Rosita!, llenos de expectativa. Fuimos a buscarla a la terminal de ómnibus. Era una noche de frío y viento. Llegó el micro, todos vimos a Rosita y Margarita, haciéndonos señas, los chicos saltaban en plena algarabía. Rosita bajó presurosa para saludarnos pero el viento le voló la peluca. Solange y Dago corriendo tras la peluca mientras Rosita me abrazaba, trajeron la peluca pero Margarita se la colocó al revés, tapándole la mirada. Rosita siguió llenándolos de besos, corriendo sus cabellos de sus ojos y labios sin prestar atención a su inocente ridiculez.



La Familia Caruso, cuando oficializamos la pareja con Zuly.

Se armó un equipo. Los Caruso y los Rodríguez, para disfrutar, reuniones en mi casa con frutage de mariscos, y días en la playa. Más tarde se sumó Carlitos, éramos una multitud bulliciosa.

Con Zuly decidimos formar pareja haciendo una fiesta en lo de Ana y partimos de viaje de bodas a Córdoba. Los chicos Caruso más Solange y Dago nos ataron en la parte posterior del coche una sogá con tarros que hacían un ruido significativo y todo el mundo aplaudía desde las veredas al vernos pasar.

Zuly fue una gran compañera de ruta en esta parte de mi vida.

Yo vendí mi casa, la que me había quedado de la separación en 3 de Febrero y General Paz, hermosa, hecha con muchos sacrificios junto con Marta; y me mudé a 3 de Febrero 2274, un departamento que reformé para vivir con los chicos los fines de semana. Un dormitorio para nosotros y otros dos, uno para Solange y otro para Dago.

Zuly con su espíritu emprendedor y estético, tenía una boutique, Bambola, en una galería en Victoria, Provincia de Buenos Aires. Ella se encargó de decorarlo, sugerirme la compra de muebles, y así armó mi nuevo hogar con mis hijos, acompañándoles en su crecimiento.

Con Zuly teníamos una relación espléndida en todo aspecto. Mis hijos comenzaban a quererla. Ella no podía tener hijos y los adoptó desde el alma. Se ocupaba de su ropa, les traía las marcas preferidas sabiendo el gusto de cada uno de ellos, acorde a la época y la última moda.

Dago estaba pasando a la secundaria y había propuesto, a pesar del genocidio de los militares, seguir la carrera naval en el Liceo de la Armada Argentina en Río Santiago, Provincia de Buenos Aires. La presencia de los genes de marino se hacían presente desde mi chozno paterno y mi padre que le había tocado el servicio militar en la Marina. Su decisión la

respeté a pesar de haber sufrido la represión de los milicos, era lo que él quería.

Fue a la Academia Marque para preparar el ingreso, y en la revisión médica para determinar su estado de actitud física, a la cual yo lo acompañé a Río Santiago, salió apesadumbrado llorando, resultaba no apto por problemas en la vista; desde ese momento tuvo que usar anteojos de contacto permanentes.

Lo consolé con cierta satisfacción de mi parte, ya había visto en una ocasión al director de la Academia cuando me citó para decirme:

—Mire, tiene que cortar el pelo a su hijo con una triple cero, es como lo va a usar en el Liceo Naval.

Antes que reaccione Dago lo llevé a un peluquero. Se sentó estoicamente mirando el espejo, sobre el blazer el coiffure le colocó un manto blanco lo que hizo más tétrica la podada, los mechones de cabello caían sobre ese babero mientras mantenía la postura del guerrero. Cuando vi a Dago, inmutable, correrle unas lágrimas como si se tratara de un grito de dolor tácito, de impotencia, descubrí su carácter de aguantar en silencio cualquier dolor, psicológico y físico.

Lo sucedido en la Base Naval marcó un corte definitivo con su vocación.

Había que hacer algo, lo anoté para el examen de ingreso al Otto Krause, mi querido cole de gratos recuerdos por mis logros, no por los compañeros.

La Academia Marque, con su rigurosidad, le permitió a Dago dar un examen brillante. Con 9,50 entró al Otto Krause.

Fue un alumno excelente. Terminado el ciclo básico eligió salir del Krause para hacer la carrera de Técnico Naval en el Colegio Industrial de San Fernando.

Su tozudez se demostraba nuevamente. Sentí que era una señal positiva para abrirse camino en la vida y una gran satisfacción a pesar de no ser una carrera de construcción.

Solange era hormiguita. Menuda, tenaz, amorosamente paciente, seguía cursando en el Normal Número 10 muy querida por sus pares.

En unas vacaciones fuimos con Zuly a Córdoba con un matrimonio amigo, alquilamos toda una casa y como anécdota descubrí una parte relevante de Solange, de la ecuanimidad para pensar y sentir las relaciones humanas.

En Villa Carlos Paz, en un bar, estábamos Zuly, el matrimonio amigo, Solange y yo. Tenía alrededor de diez u once años. En algún momento, ella me miró fijo y me dijo:

—Papá te debo decir que voz me podés reprender a mí...

En silencio nos miró a todos y continuo:

—Nos podemos pelear porque sos mi papá y yo tu hija, pero tenemos un hilito de sangre que hace imposible cualquier ruptura.

Todos quedamos perplejos, me emocioné y dándole un beso dije: “Gracias, hijita mía”.

Mientras Antonio, que era el nombre de mi amigo, le puso las manos en la cabeza exclamando:

—Sos una marcianita.

Lo recuerdo siempre, esa madurez que tiene Solange en la vida nos permitió además ser muy compañeros y ayudarnos mutuamente.

Marta formó pareja con Miguel, un tipo mundano que tenía la particularidad de ser muy querido por Dago, no tanto por Solange.

Marta estaba contenida y con el tiempo nació de esa pareja una adorable niña, Magalí, Magalí Sosa. La vida, por circunstancias trágicas quiso que Miguel falleciera en un accidente en Ceibas y Martita con el tiempo también. Asumí en silencio, con una distancia respetuosa que Magalí sea mi hija de la vida.

En esas vacaciones resolví comprar una casa en Tortuguitas, en Parque Alvear. Pequeña, sencilla, con

una pileta de plástico. Sirvió a la familia que había formado a estar en un lugar y restituir atenciones con los Caruso haciendo asados, pastas y otras delicatessen. Me sentía feliz de recuperar el cocinar de mis ancestros y servir a los otros.

Mis hijos, dentro de lo que fue el dolor de la separación tenían un segundo hogar, duplicaban sus vacaciones y tenían afectos múltiples.

Don Antonio Caruso los incorporó como nietos positivos en una reunión en Semana Santa. Recuerdo que cocinó exquisiteces, cazuela de mariscos, con mejillones a la parmesana, él disfrutaba agasajando a la “*familia unida*”. En el centro de la mesa había siete huevos de pascuas, dos más a los que correspondían a sus nietos que eran cinco en total, entonces le pregunté:

—Don Antonio, hay dos huevos más en la fuente.

Me miró y con una sonrisa amplia, sacando panza para afuera como un *comendatore* y me contestó:

—Ma Egardo, su filios también sono mio nipote.

Me emocioné. Solange lo quería mucho a Don Antonio, había perdido a sus abuelos Carlos y Rafael, y la bondad del padre de Zuly impregnaba de amor a todos.

Él estaba jubilado, tenía una pensión italiana por haber servido en el ejército de su país. Le tocaron distintos frentes de batalla, mientras su mujer e hijas soportaban el hambre y el asedio de los alemanes en Sarno, Provincia de Salerno.

Hay anécdotas llenas de humor y también con un dejo de dolor.

En una oportunidad me muestra orgulloso la foja de servicio en el ejército italiano donde figuraban los dos frentes:

Frente en Bélgica, prisioneri. Luego, y así sigue, frente en Yugoslavia: herido, prisioneri.

Me sorprendí por la facilidad con que caía prisionero y le pregunté:

—Dígame, Don Antonio, ¿siempre lo hacían prisionero?

Me miró con su carita de anciano pícaro, enmarcando la frente hacia sus cabellos blancos como la espuma y me dijo:

—Mira Egardo, —señalando una cicatriz en la nalga derecha, en la parte posterior, muy cercana al glúteo.

—¿Y eso qué es, Don Antonio?

—Mira Egardo, tuty fuyíamos; soldado que fuye sirve para otra güera.

Sonreímos juntos por su picardía.

Otra historia de la guerra no tan risueña sino más bien de humor negro que contaba era esta..

En el frente se le cae a él la medalla de identificación, la pierde y cae prisionero. El ejército la encuentra y la envía a Sarno, a la familia, y ellos hacen un velatorio sin su presencia.

Zuly lo cuenta sonriente diciéndome:

—Negro, te imaginás, yo como hija mayor, con apenas diez añitos, buscando comida para mis dos hermanitas pequeñas, recibir esa noticia, aumentaba nuestra tragedia. Se hizo el velatorio y Don Antonio, al tiempo vuelve liberado del frente de licencia y se encuentran que todos lloran de alegría, fue un acontecimiento famoso en la ciudad de Sarno.

Zuly, desde pequeña, se puso la familia al hombro y colaboró con su papá que trabajaba en Obras Sanitarias para llevar adelante a la familia. Una luchadora admirable, querida por las familias y los amigos que teníamos en común. Don Antonio era un personaje que disfrutaba como ya dije cocinar, reunir a la gente, disfrutar de sus aventuras, pero siempre rehuía la crítica implacable de Doña Josefina descalificándolo.

—Antonio, Antonio, tu mangia y dormi, mangia y dormi, má que huomo per dío.

A Doña Josefina le tocó partir antes. Falleció de viejita, llena de dolores, arrugadita, empequeñecida, como mi abuela Maximina.

Cuando vino de la pompa fúnebre y Zuly vio a su

mamá en el ataúd con su voluntad estética permanente, le dijo a su hermana.

—Ana, mamá así está mal, con la cara chupada, le vamos a poner la dentadura.

Y así hizo.

Al regresar a la casa del cementerio, Don Antonio busca su dentadura postiza y no la encuentra, atando cabos descubren que se la habían puesto a Doña Josefina, se llevó la dentadura de su marido, del mangia y dormi a la tumba.

Con Ana y Eduardo, Romina, Zuly, Solange y Dago viajábamos varias veces a Brasil y a La Serena en Chile.

Solange y Romina, de igual edad, eran muy compinches, se decían hermanas. En un crucero por unas islas de Brasil conocieron unos muchachos argentinos y mintieron diciendo que tenían dieciocho años cuando en realidad tenían catorce. Nos pidieron permiso para aceptar una invitación y salir de noche. Eduardo y yo dudamos, pero ante la insistencia de las niñas, aceptamos.

Yo pensaba que Solange era muy responsable, confiaba en ella y al principio me quede tranquilo, pero al transcurrir las horas y el silencio de la noche me llenó de estupor.



La Serena - Chile.



Copacabana - Brasil.



Copacabana - Brasil.

Era haber dado un permiso irresponsable de mi parte a mi hija, de salir de noche con sus catorce años. ¿Dónde recurrir? ¿A quién? ¿En una ciudad como Río? A las horas aparecieron contentas de haber sido reconocidas como mujeres de dieciocho años. Yo no dejaba de preguntarme qué podría llegar a decir la madre si le hubiese pasado algo.

La separación con Marta también generó el dolor

de no verlos todas las noches, la no presencia diaria del beso cotidiano, el desayuno, la cena, pero creo haberlo compensado siempre estando presente. Un juicio de valor que ellos harán de mí. Siento que nada alcanza para premiar a un hijo por hacerme padre, y hoy a mis nietos por hacerme abuelo.

Dagoberto también asumió una libertad de viajar prematuramente siendo menor de edad. Pidió permiso para ir a Río de Janeiro. Había comenzado a ejercer el deporte del skate. Lo había ayudado a construir una de las primeras rampas sobre los techos de una obra que habíamos paralizado con Marta en Saavedra. Dago, como buen diseñador naval, con tenacidad construyó la pista guiando a un grupo de amigos. Los organizó en una cuadrilla y yo sólo realicé la logística de abastecerlo de materiales y herramientas. La llamaron “La Roca”, duró poco ese proyecto porque las quejas de los vecinos hicieron que levantaran lo construido.

Dago no tenía donde trasladar la rampa. Sentí que ante el fracaso le ponía el cuerpo, era un buen indicio para la vida poner garra para obtener los objetivos. Así que habló con las autoridades del Circuito de Ciclismo del KDT por un predio anexo a la autopista y se lo cedieron en carácter de préstamo. Una porción de terreno pequeño pero suficiente. Creó una cooperativa, “Amigos del Skate”, para que aporten cuotas y poder comprar materiales. Luego diseñó otra pista aún más grande y salió perfecta y fue admirada por muchos. Eran los primeros pasos del skate en la Argentina, los que habían colaborado tenían acceso gratis a los que no les cobraban entrada creo que la habían alambrado, no recuerdo bien. Dago tenía dieciséis o diecisiete años. Por este motivo requirió el permiso, siendo menor de edad, para viajar a Río de Janeiro.

Me reuní con Marta, nuestra relación había mejora-

Reportaje Dago

“Tengo dos Frutillas en el costado”

Fue uno de los primeros en preocuparse por construir ramps. Conoció al skate a través de las páginas de una vieja revista de surf estadounidense, luego vio a algunos vecinos andando y se animó a



practicar. Tenía trece años y todo el entusiasmo. Hoy, Dago es uno de los principales promotores de la avanzada del skate sobre la Argentina y, además, curte algunos ciencias. Un fenómeno.



destruyeron en San Pablo y la segunda fue en la mitad de este verano. Fuerte y con Gibson y Durán y estuvo andando en Guad. Me gustó mucho el lugar, tengo un montón de amigos. Interactuamos revista y todo lo que podemos.

LA CALLE ESTA DURA

¿Qué cosa te impresionó de Brasil? Mucha cosa. Los rampas, la gente, las chicas. Solo está bueno por allá. Hay muchas lugares diferentes, en todo el mundo, te da más miedo. Vadea duramente, pero se me quedaba más a hacer street, no hace street. Pero de todos momentos prefiero quedarme en el skate pero en el skate me da más miedo y cuando voy mucho a Brasil.

RAMPAS Y STREET

¿Te molestó qué le preguntan? A todos los muchos le preguntan, sobre todo los de La Plata. Quieren saber qué hago allá, cuál es mi carrera más. No me molesta, pero sí me molesta cuando me preguntan cosas que yo no sé responder. ¿Dónde estás? ¿En un colegio industrial, en San Fernando, estoy en sexto año. Cuando termine pienso estudiar Ingeniería Civil. Ahora estoy haciendo el curso de la USA, USA 200, pero bastante interior del Cero Miedo. ¿Que bien estás? Bueno me está muy bien, además soy feliz. Me gusta hacer un estudio y luego enseñar de primer y segundo año. Dos Física y Matemática. El estudio me gusta, pero me gusta enseñar, donde estudio se aprende bastante de cuando a cuando. Yo quisiera ser Ingeniero Naval pero tengo que ir a estudiar en la USA. Me gusta estudiar mucho más que enseñar. ¿Qué te gusta hacer? Me gusta el skate. Después de estudiar con los profesores de hacer skate a los chicos, por qué se quiere el skate? Me gusta mucho de estar con los chicos pero me gusta enseñar. Me gusta enseñar a los chicos que quieren hacer skate pero me gusta enseñar. Me gusta enseñar a los chicos que quieren hacer skate pero me gusta enseñar.

DATOS SOCIALES
Nombre completo: Domingo Alejandro Dago
Fecha de nacimiento: 25 de Julio de 1977.
Edad: 17 años
Lugar de residencia: Pergamino, Capital Federal
Religión: Católica Federal
Tu taller: Hacer con trucks
Relaciones: No tiene
Tu taller: Hacer con trucks
Relaciones: No tiene
Momento más feliz: Cuando estoy con los de Guad.

LA MANO NEGRA

¿Fue una buena experiencia? Fue una buena experiencia cuando me enseñaron a hacer skate. Me enseñaron a hacer skate y me enseñaron a hacer skate. Me enseñaron a hacer skate y me enseñaron a hacer skate. Me enseñaron a hacer skate y me enseñaron a hacer skate.

¿Qué te gusta hacer? Me gusta hacer skate y me gusta hacer skate. Me gusta hacer skate y me gusta hacer skate. Me gusta hacer skate y me gusta hacer skate. Me gusta hacer skate y me gusta hacer skate.

¿Qué te gusta hacer? Me gusta hacer skate y me gusta hacer skate. Me gusta hacer skate y me gusta hacer skate. Me gusta hacer skate y me gusta hacer skate. Me gusta hacer skate y me gusta hacer skate.

do notablemente y en función a eso le dije: —Mirá, Dago quiere viajar a Río a practicar skate. Primero tuvo una reacción negativa, cerrada, pero insistí y conseguí su aprobación, hicimos el permiso ante escribano y Dago viajó. Solange siempre tuvo una constante actitud de independencia, de perseverancia, de hormiguita trabajadora que pasa desapercibida, pero trabaja y trabaja sin descanso. Se recibió en el Normal Número 10 y decidió seguir según el resultado de un test vocacional, la carrera de Licenciada en Relaciones Públicas, en la UADE. Ella trabando se paga los estudios. No sólo hace esa carrera, luego suma otra en la misma facultad para ser Licenciada en Marketing. Recuerdo cuando recibe el diploma con la toga y su hijita Chiara en brazos.

También había estudiado idiomas, inglés y francés. Una heroína, un ser admirable. Mientras, Dago se recibe de Técnico Naval, dudando entre continuar en la Escuela de Náutica o en la Universidad Tecnológica Nacional para ser Ingeniero Industrial. Finalmente elige la UTN, a poco de iniciar viene y me cuenta:

—Mirá papá quiero preguntarte ¿qué es la carrera de Arquitectura? Me sorprende la pregunta y más como una exclamación le replico: —Pero, Dago, ¿otro cambio más? —Mirá, yo lo consulté con mi psicólogo y me dijo, que es preferible perder un año buscando la vocación y no perder el tiempo y terminar algo que no me gusta. Fue una respuesta que me llenó de satisfacción y admiración. También el orgullo de elegir mi misma profesión. Con el mismo tesón continuó: —No voy a perder el año, me anoté como oyente



Cuando Solange se recibe en el Normal N° 10. Familia - ENR.

Reportaje a Dago en la revista "Champions Skate Magazine" N° 7, Abril de 1989.



Cuando Solange se recibe en su segunda carrera Universitaria. Licenciada en Marketing UADE.

Fue una etapa de mi vida que disfruté. Ver como cada uno de ellos crecía no sólo anatómicamente sino como personas.

Guardo cartas de profundo cariño que me enviaban mis hijos llenando mis momentos de soledad, eran transfusiones de energía.

Nos encontrábamos para comentarnos los proble-

mas y los logros. Siempre estaba atento a ayudarlos, a que se mantengan unidos los tres, Solange, Magui y Dagoberto.

Dago fue haciendo sus armas de arquitecto constructor colaborando en mi trabajo como dibujante, luego como chofer de la camioneta utilizada para controlar las obras y como administrativo en la liquidación de haberes del personal. Ya había armado mi propia empresa, fuera de Renacimiento SA, en donde era socio con el Ingeniero Alfredo Palacios y Jorge Moure. Lo hice ante el cuestionamiento de incorporar a Dagoberto como empleado. No podía dejar a mi hijo en el camino, entonces creé CO.DI.SE. SA (Construcciones, Diseño y Servicio) y crecimos juntos padre e hijo. Dagoberto se transformó en mi socio al cincuenta por ciento, fuimos armando una estructura autosuficiente con máquinas herramientas y clientes. Dago pasó a ser el mejor socio que tuve en mi vida.

Solange comenzó a transitar su experiencia en distintos trabajos, promoción de seguros de vida, promoción de artefactos de alta tecnología medicinal, y su último trabajo fue administrativa del Banco de Tornquist. Era tan responsable y capaz que se transformó en una esponja de absorber trabajo, se estresó de tal manera que le propuse dejar estar en relación de dependencia.

—¡Compré tu libertad!

—¿Cómo papi? —preguntó sorprendida.

—Simple, a la casona de Zapiola, si querés, la transformamos en un Centro de Arte. En la torre funcionaba CO.DI.SE. SA y el resto de la casa la destinamos al Arte.



Logotipo de mi empresa constructora.

ZAPIOLA

Era el año 1996, Solange tenía apenas veintitrés años.

La vida me premió en cumplir el sueño de aquel niño de padres porteros en Belgrano. Adquirir una casona construida en el año 1912. La casualidad llevó a que Dagoberto equivoque el camino yendo a una obra y ante mi protesta él me respondió distraído:

—Mira pá, esa casa se vende, es una mansión.

Efectivamente era una mansión italo toscana con una torre que llegaba a un sexto piso en una propiedad horizontal, o sea, tenía como dieciocho metros de altura máxima en el techo a cuatro aguas.

Dago, con visión, anotó en un papel el teléfono de la inmobiliaria y sentenció:

—¡No dejes de llamar!

En forma repentina como si alguien me insistiera rompí mi indiferencia y llamé.

—Mire señor, yo llamo por una casa que está en venta en la esquina de Zapiola y Mendoza.

—Sí, sí, efectivamente.

—¿Quién es usted? —vuelvo a preguntar.

—Me llamo Horacio Bielli soy el dueño de la inmobiliaria, ¿en qué puedo servirle?

—Quería saber el precio.

—Mire, yo sólo le aconsejo venir a verla, le digo el precio, pero me interesa que usted la recorra previamente. ¿Le parece bien este sábado a las diez?

—Como no, ahí estaré.

Llegó el día sábado del mes de agosto de 1995. Me levanté con un dolor lumbálgico agudo, no podía ir, llamaría al señor y le diría que estaba mal.

Nuevamente una fuerza con una energía especial me hizo salir de la cama, me vestí, tomé un taxi, no podía

manejar del dolor, y llegué a la casa que estaba en venta.

El impacto fue inmovilizante, impactante, no podía creer tanta belleza, un poema arquitectónico. Era señorial, elegante, se distinguía del entorno por su vejez digna. Hasta ahora se había salvado de la picota. Dude entrar, pensé en que podría valer una suma inalcanzable, pero el esfuerzo estaba hecho. Toqué timbre y me abrió el Señor Bielli.

—¿Cómo esta Señor? Me dijo que usted es arquitecto, ¿no?

—Efectivamente, me crié en Belgrano, y de estas casas quedan pocas.

—Efectivamente... pase... pase...

Comencé con dificultad a recorrer la casona, era un palacio de cuatrocientos cincuenta metros cuadrados aproximadamente. Estaba habitada por una anciana en Planta Baja semi inmovilizada en una cama cuidada por una mujer.

Al recorrerla se fue pasando el dolor de la lumbalgia y pensé, ¿es este un mensaje? Era un sueño. Casi tenía cien años y estaba dignamente en el presente. Los pisos altos estaban abandonados a las palomas por los vidrios rotos. Había que revivirla. En el baño los artefactos estaban conectados con una manguera. La dueña, una viejita aristocrática, elegante como una muñeca, con aros y maquillado su rostro como para ir a pasear, se llamaba Lila Mc Lean. Me sonrió con un profundo y atrayente cariño mientras yo observaba su pélela bajo la cama. Me entristeció ver que ese ser humano habría recorrido esos ambientes y ahora sólo le quedaba el recuerdo, pensé en "Casa tomada" de Julio Cortázar.

Me dirijo a Bielli y le digo:

—Bueno ya está bien, le debo decir que llegué con lo justo porque venía con una lumbalgia terrible.

—Si Arquitecto, yo me di cuenta, pero creo que no se va a arrepentir.



El Palacio de las artes. (Técnica acrílico) 100x100 cm. Edgardo N. Rodríguez.



Fachada de la casona.



Ubicación de la casona dentro del plano de C.A.B.A.



Exposición en el palacio, con Solange. Presentación del libro "Rastros Guatemala"



"Libro de los 100 años" Visitas al Palacio.



Con Solange y Dago

RESEÑA HISTÓRICA

En estas tierras antes del advenimiento de los españoles, vivían indígenas legendarios. "Los Guaraníes" En 1540 Juan de Guaymas, Asunción toma la decisión de reubicar Buenos Aires. Trajo un tanto de tierra y distribuyó tierra hacia el sur desde el Riachuelo hasta Ensenada y Magdalena, tierras que para el norte la distribución comenzó desde Plaza San Martín hasta San Roque.

Las tierras que hoy ocupa Belgrano inicialmente le pertenecieron a, Manuel del Cerro y Francisco Rosal que cedió con la explotación desde Pirapay.

Después de muchos propietarios, hasta 1850, excepto las pequeñas parcelas de los Señores Cavallari y Masari, el resto de tierras perteneció al gobernador Juan Manuel de Rosas. Esta zona se conoció como Las estancias de Rosas para almorzar a su caballería en Fuerte.

En 1854 fueron enajenadas y declaradas propiedad de la Municipalidad de Belgrano.

En 1856 se comenzó a construir el Hospital "Caracas Inglesas" al que se llamó "Circulo de las Carreras".

Una importante fue que para llegar desde la ciudad y mejorar el acceso se construyó un puente sobre el Arroyo Maldonado.

El Cerro de las Carreras tenía forma oval abarcando el terreno de las actuales calles, Mélan, Cáceres, La Florida y Chacabral.

Con el transcurso del tiempo decayó la actividad del Círculo de las Carreras y una disposición de la Municipalidad de Belgrano en el año 1866 ordenó la desamortización de 30 manzanas. Estas fueron rematadas al mejor postor y su producto tenía la función de pagar el impuesto de las calles del Pueblo.

El terreno que hoy ocupa el Edificio estaba en las manos de dicho pueblo.

Esta sector para estas instalaciones del arroyo Vega fue parcialmente rellenado en tierra negra. Mientras tanto en el transcurso de 30 años desde 1895 a 1915 ingresan a nuestro país millones de inmigrantes. En dicho periodo en Belgrano R. se ubican familias de origen Francés, Inglés y Alemán.

Uno de los lotes fue adquirido por el Dr. Ernesto J. Masera que comienza los obras de la primera etapa en 1910, concluyéndose en 1912. Fue inaugurado de primer nivel del ferrocarril Buenos Aires-Rosario llamado Ferrocarril Poblador.

Por problemas familiares, Masera regresa a Francia y la propiedad es adquirida por el Dr. W.M. León que amplía el edificio.

Finalmente el Edificio es adquirido por el Arq. Edgardo N. Rodríguez a los sucesores del Dr. M. León.

En el mes de enero de 2001 realizando la ampliación del mismo se decretó un Inventario de Bienes. Intervienen los arqueólogos de la Universidad de Buenos Aires que según sus estudios deducen que perteneció a un pueblo de Juan Manuel de Rosas.

El Edificio cuenta con muros del año con objetos extensos del terreno del edificio.

El Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires declara el Edificio Nivel de Protección Cultural "Edificio Histórico" Ley 3821/02/06/2011.

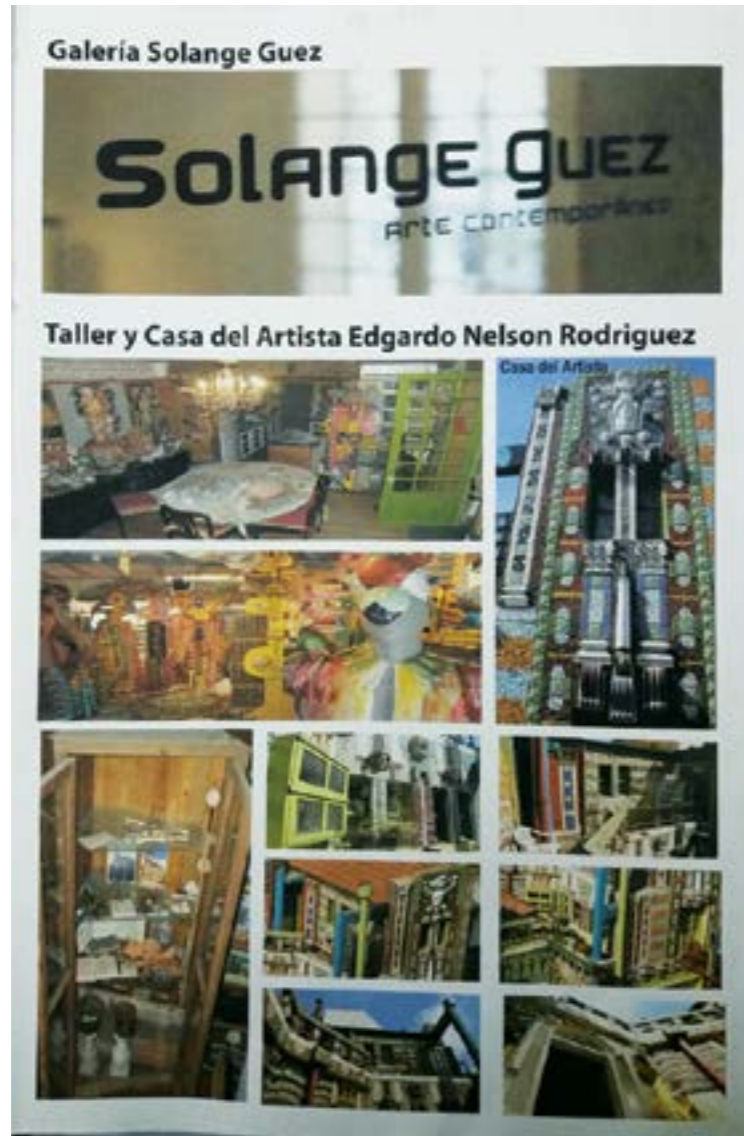
A su vez el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires declara a través del área de Protección Patrimonio Arqueológico y Paleontológico, Ley 25749 Aldeas Históricas.

Actualmente se desarrolla en sus instalaciones desarrolla en actividad Solange Guzmán Arca Centro de Estudios además se concurren al taller / show room y oficina del arquitecto y artista Eduardo Rodríguez.

Reseña Histórica.



Antecedentes con una postal que figura la fecha 1914 y foto de la antigua propietaria Sea Lila.



Fotos del interior del Palacio de las Artes.



Fotos del exterior y del aljibe arqueológico descubierto en el año 2000.

—Gracias, pero mi pregunta es: ¿Cuánto vale esta fiesta?

—Acá no puedo hablar con usted, vamos, le invito un café.

Así lo hicimos y me dijo la cifra, no era un valor descabellado, pero inalcanzable para mí.

—Le soy sincero, yo llego a un poco más de la mitad, digamos a un cincuenta y cinco, a un sesenta por ciento.

Se quedó perplejo y respondió:

—Bueno, no hay oferta que yo no pase a los dueños; aquí el dueño es el señor Enrique Mc Lean, sobrino de Lila, ella no pudo tener hijos y se lo donó a su único sobrino, es un empresario.

Volví a mi casa en paz. Había ido, había conocido una mansión como las que soñé de pequeño cuando pasaba por Belgrano admirando y mirando para arriba esas casas majestuosas, elegantes, misteriosas. y esta estaba mejor ubicada, en Belgrano R.

Pasaron los días olvidándome del tema, sin tener ninguna esperanza, quizás también me daba algo de temor. Mayúsculo fue mi susto cuando me llama Bielli.

—¿Arquitecto?... Si soy Bielli, aceptaron su propuesta, pero con un cinco por ciento más -o sea que el valor quedaba en un monto del cincuenta y ocho por ciento.

—Bueno, mire... —tratando de hablar venciendo mi turbación—. Le debo decir que me quedo sin un peso de reserva, yo tengo todo en Bonex 1990 y al cambio llego justo... y su comisión, ¿Cómo hago?

—De mi comisión no se preocupe, sé que me la va a pagar, y quiero ganar un amigo, después le doy trabajos para mantenimiento de Edificios.

Ante esta situación y como dicen los paisanos en el campo “a no recular compañero”; era un regalo y “a caballo regalado no se le mira la dentadura”. La

casa era viejita, en mal estado pero digna, me atrajo y me sedujo.

—Mire, quiero volver a verla y si me sigue enamorando.

Me encontré con Bielli, al verme Lila me dijo:

—Señor ¿Cuántos van a venir a vivir a esta casa?

—Mire, abuela, yo solo.

Ja, ja, ja, ja... fue la respuesta de Lila con un acento de personaje de películas de Alfred Hitchcock.

Me fui con esa sonrisa en mis oídos, aún hoy siento ese sonido hueco y profundo.

Compré la propiedad. Al llegar al banco con Dagoberto, en el salón donde escrituraríamos vi a un señor rubio que se presentó como Enrique Mc Lean. Estaban mi Escribano, Bielli y unas seis personas más todos acreedores de la Empresa de Mc Lean, la importación abierta por el gobierno de Saúl Menem lo había fundido, el cinco por ciento que me había pedido adicional a mi propuesta era para el dueño, lo único que le quedaría después de cobrar los usuarios.

La casa era nuestra, así la sentí, era del grupo, de Solange, Dagoberto y mía.

Bielli me abrazó, me felicitó con ojos emocionados y me dijo:

—Usted con su historia se lo merece.

Hubo un profundo silencio, Dagoberto nos miraba lleno de satisfacción; fue el mentor de esa premonición equivocación.

Bielli cerró la reunión:

—Arquitecto, lo espero mañana o pasado en mi oficina por un trabajo.

Fuimos a comer con Dagoberto. Todavía turbado me parecía un sueño, una película en retroceso pasaba por mi mente, ese niño de la calle Cabildo, de padre portero, descendiente de trotamundos, con ropas compradas usadas a un japonés tintorero, con

los zapatos con punteras y tacos de chapa que mi padre Rafael me colocaba sobre una horma porque duraban más, una madre, Rosa, cocinando con lo más barato, hígado a la veneciana o puchero con hueso que le dejaba el carnicero. Construir con sacrificio la casa en Villa España, dejar de ser nómada, estudiar, recibirme de maestro mayor de obras y arquitecto con medalla de oro, casarme, tener dos hijos, ya personas hechas y derechas, profesionales, haber trabajado en el sur del país y por el resto del país, formar una empresa, perderla, perder a mi padre, separarme y volver como el Ave Fénix a renacer. Siempre pensé que hay que vivir de tal manera que cuando llegue la muerte sea una tremenda injusticia y ahora tener una mansión, una empresa con Dagoberto, todo esto pensé en ese momento, sólo debía sumar a Solange en ese proyecto de vida.

Lila, a pedido de su sobrino, se quedó unos días en la casa hasta tanto conseguir un geriátrico, yo le conseguí uno en una casona antigua impecablemente restaurada y acondicionada de Belgrano R, donde estaba alojada Rosita, mi madre.

Lila, ya mudada, se ubicó en una habitación contigua a la de mi madre, la cuidaba, rezaban juntas, la acompañó hasta los últimos días de vida.

Comenzó la reforma. Armar la casa, Lila me dejó todo, solo llevó su ropita y una Pepa.

Al comenzar a abrir los roperos de estilo aparecieron fotos, tapados de piel, que obsequié a una querida amiga artista plástica, Bony Barmaimon, que se lo llevó puesto. Cartas, en un cajón medallas de Don Enrique Mc Lean, esposo de Lila, con origen masonico. Conservo fotos de sus habitantes, de seres desconocidos con vestimenta escocesa, postales con fotos de la casa. Una historia comenzó a surgir de las entrañas de la casa.

En la torre aparecieron baúles y una urna con ce-



Reformando Zapiola.

nizas, eran del Doctor Enrique Mc Lean, me sorprendió que habitara en las alturas de la casa, dudé, no podía tirarlas a la calle, yo iba a vivir solo y resolví que se queden a vivir conmigo. Las esparcí por la casa y quedé en paz. Él se quedó con su energía recorriendo la casa, una energía fantasma pero buena.

Siempre pensé que en la vida hay que sumar y nunca restar.



Collage familiar.



Acuarela de la pintora Lola Frexas.

Vuelvo a Solange. Cuando le sugerí que formemos un Centro de Arte en esta casa. Comencé la reforma con el claro programa de lo que quería era hacer un cambio de vida. Un hito en donde se conjugaban los proyectos de los tres. Solange con su profesión, Dagoberto con la suya y la mía compartida en los dos, Arte y Arquitectura.

Solange, valerosa resolvió renunciar a su trabajo e hicimos el primer salón de Arte del Palacio del Arte de Belgrano R, título que se le dio al lugar.

Fue una epopeya. Pasaban los días y la convocatoria no daba el resultado esperado hasta que con-



Solange cargando en la camioneta de CODISE S.A. la primera exposición del Palacio de las Artes. Arte Argentino en Cuba.

currimos a talleres de Artistas, de Profesores y ofrecimos ir a buscar la obra con la camioneta de CO.DI. SE. SA. Con Dagoberto, logramos reunir un número apreciable, exitoso por ser un Primer Salón, en disciplina de pintura, dibujo, grabado y escultura.

Se acuñaron medallas con la imagen del Palacio.



Nota del diario "La Nación" en la que hace referencia a la muestra de Arte Contemporáneo Argentino en Cuba II.



En el fondo de la excavación del sótano.



Aljibe encontrado en la excavación.

Convocamos a un jurado de lujo, entre ella mi cliente, la crítica de Arte Rosa Faccaro.

Esto permitió comenzar a tener un archivo de artistas premiados para exponer su obra, y luego, se invitaba a otros a realizar una exposición individual.

También surgió la primera muestra de Arte Argentino en Cuba. Solange, con sus veinticinco años y su inteligencia comenzó a transformarse en Curadora

de Arte, a desarrollar exposiciones en la Galería y en el exterior como Solange Guez. Me llevó de su mano, formando un equipo, no podría haber avanzado en mi quehacer de las artes plásticas sin su ayuda.

Hoy la cibernética permite acceder a esta información a través de la populísima de Internet; "www.edgardonrodriguez.com" para interiorizarse en mi arte; y la página www.cosise.com.ar, en mis obras como arquitecto.

Debía resolver mi vivienda, entonces en lo que era el área de servicio lo reconstruí y lo transformé en mi casa taller. Ya lo había hecho en mi departamento de 3 de Febrero donde realice mi primer libro de poesía ilustrada: "Rastros"...

En noviembre del año 1997 me mudé.

Había comenzado una nueva vida, todos juntos con Solange y Dagoberto, la vida me estaba premiando, la energía cósmica me había apoyado.

El palacio me deparó otra sorpresa al excavar para ampliar, en el sótano apareció un aljibe de la

época de Rosas, un descubrimiento con Samuel Jawelson.

Finalmente, Solange, con su tesón y perseverancia logró que el Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires declare “Edificio Nivel de Protección Cautelar” y al aljibe “Histórico”, con los objetos rescatados dentro del aljibe, hicimos un museo del sitio declarado de “Interés Público”.

Solange hizo crecer el espacio, generando contactos de curaduría de las obras de diferentes artistas. Llevando muestras colectivas al extranjero, Delf,

Holanda; La Casona, Italia; Londres, Inglaterra; Dublín, Irlanda, Praga, República Checa; Nueva York y Santa Fe, Estados Unidos; Santiago, Chile; Punta del Este, Uruguay; La Habana, Cuba; Medellín, Colombia... En el segundo tomo de estas memorias, “La profundidad del horizonte”, describo la satisfacción que me produce trabajar con el talento, la disciplina y la organización de Solange.

Ella me condujo a hacer los libros de viaje, “Todo Sirve”, “Guardianes de la Tierra”, y performance con instituciones del estado y empresas logrando que mi obra se conozca y crezca siempre de su mano.



Placa del GCBA - Aljibe Historico.



Placa del GCBA - Edificio Nivel Protección Cautelar.

NIETOS

La familia creció. Del matrimonio de Solange con Ariel Panella nació Chiara, su sobrenombre es Kiky. Dagoberto con Stefania Santos Pinales adoptaron con una niña que quedó huérfana de una hermana de Stefi, llamada Perlita Santos. Luego nació Maria Rubi,

después de un intento fallido de una niña, se llamaba Jade (a la que le dedique una poesía que musicalizada en el CD Rastros de Poesía de mi autoría cantado por una gran amiga, Débora Infante; ver el capítulo “Amigos”). También nacieron de esta unión mellizos, María Luján y Josue Rai. Mientras Magalí Sosa, una hija de la vida, en su unión con Agustín Broncel, con parentesco con Lily Brodesky, mi actual mujer, nació Emma.

1 · SOLANGE Y DAGOBERTO

- *Nuestros hijos* -

Es madre la tierra
cause y refugio
soy padre
soy río
el cosmos germina
dos flores blancas
flotan
en dos barcos
pequeños
pequeños
de papel
con nombres
Solange y Dagoberto
sobre banderillas blancas
planeando
flameando
navegan sueltos



cuida la madre
acuna el río
brújulas para su destino
los barcos crecen
se ensancha el cause
se hace lento el río
un mar espía
el río se recuesta
Lento
Lento
entre rocas despiertas
la madre paciente
atenta, espera
aplauden los árboles
con suspiros de viento
la madre suspira
mientras las dos naves
grandes
grandes
dibujan el horizonte

Fin.



Trabajos en Ceramica hechos por Solange y Dagoberto



Trabajos en Ceramica hechos por Solange y Dagoberto

2 • MAGALÍ

- Hija de Marta Soffulto
y Miguel Sosa -
Hermana de Solange y Dago.

Hermosa perla
entre flores de margarita
Ojos de mar turquesa
calmo
Con alegría de vientos secretos

figura juguetona
con la expresión
de todas las danzas
cosmos y causalidad
me recibió en tu camino
que otros dejaron
ausentes en paz
hoy guían
gracias por permitirme
sentirte hija de la vida.

Fin.



3 · KIKY

*Del libro:
"Cuento con mi Abuelo"
Hija de Solange y Ariel Panella.*

Mediando el día
Sol vertical
verano
Sangre de sangre
Sonrisas
Y
Música
de ángeles recién despiertos.
Hija de hija
Me naciste abuelo
Amaneciendo un año
¿Haz venido a visitarme?
Niña de ojos largos
Cantos de agua dulce
Cabellos lacios
Saltos de paloma blanca
Manos de mariposa
Me has nacido abuelo
Niña
Caminemos
Saltando
De la mano
De la mano
Tru la la
La la
La la
Juntos a caminar
Un tiempo largo quizás

Largo, largo
De la mano
Tru la la
La la
La la
Niña con los pies livianos
Con mirada larga
Al más allá
Más allá
Al tiempo
Quizás
Yo parado en una roca
Tu, pies livianos
Sube el horizonte
Día tras día
Caminando
Manos abiertas
Corazón saltando
Tru la la
La la
La la
Yo sentado en una roca
Tu, pies libianos
Mochila de recuerdos
Milagro
Me has nacido abuelo
Yo roca
Tru la la
Tu volando por el mundo
La la, la la
Con tu mundo
La la
La la
La la



Cuento con mi Abuelo

Chiara Panella

Del libro "Cuento con mi Abuelo"



Pintura de Kiky El vuelo de la Mariposa

4 • PERLA SANTOS

*Del libro:
"Cuento con mi Abuelo"
Hija de Stefi y Dago*

Niña caribe... perla
Niña perla
Desde otra Perla de América
Navegando horizontes y mares
Perla
Niña perla me titulaste Abuelo
Perla dientes de marfil
Perla tus ojos
Atentos
Despiertos, calmos
Me titulaste Abuelo
Encontré saltos de niña
Sonrisas y encantos
Recorrí tu arte
Línea color espacio
Silencio y canto
Me titulaste Abuelo
Encontraros en la misma
Tierra
Sangre de América
Milagro
Me nombraste Abuelo

fin.





Cuento con mi Abuelo

Perla Santos

Del libro "Cuento con mi Abuelo"

5 • MARÍA RUBY

*Del libro:
"Cuento con mi Abuelo"
Hija de Stefi y Dago*

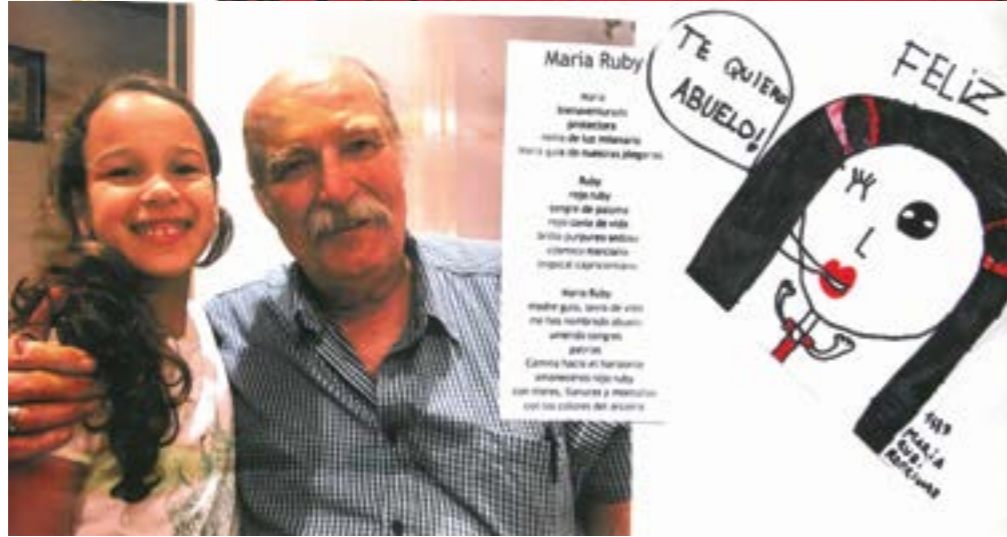
María
bienaventurada
protectora
reina de luz milenaria
María guía nuestras plegarias

Ruby
rojo ruby
sangre de paloma

rojo savia de vida
brillo púrpuro sedoso
cósmico marciano
tropical capricorniano

María Ruby
madre guía, savia de vida
me has nombrado abuelo
uniendo sangre
patrias
Camina hacia el horizonte
amaneceres rojo ruby
con mares, llanuras y montañas
con colores del arco iris

Fin.



Del libro "Cuento con mi Abuelo"

6 · AMBAR LUJÁN

(Mellizos)
Hijo de Stefi y Dago

Naciste
 unidas tus manos
 con Josué Rai
 energía virgen
 santidad
 mismo día
 la misma luz
 carita redonda poética
 alegre

trasparente
 mirada fresca
 como flor de primavera
 unión de sangre del Caribe
 con sangre de las soledades
 del horizonte Sur
 igual que tu hermano
 Josué
 completaste mi vida
 más allá de mi
 última morada

Fin.



Dibujo de Ambar Luján.

7 • JOSUÉ RAI

(Mellizos)
Hijo de Stefi y Dago

naciste en otoño dorado
desde el cosmos
de la mano
con tu hermana María Luján
asomo tu carita niño sabio
mirada dulce

sonrisa atenta con la intriga
de la primera luz
Ampliaste el horizonte
de mi existencia
un tramo de camino
nos espera
junto al lugar
que te vio nacer

Fin.



Dibujo de Josué Rai.

8 • EMMA

Hija de Magali Sosa y Agustín Proncel

Luz de sol
y luna
unión de credos
cielos de oriente
cielos de occidente
niña universal

piel rosada
ojos color horizonte
cabellos de oro
ángeles en tu sonrisa
hija de la vida
sentamos el perfume
de primaveras
que están por venir.

Fin.



Dibujo de Emma.

VIAJES CON SOLANGE Y DAGO

NELSON, BOTERO Y LOS TAXISTAS

Viajamos a Medellín con Solange a otra feria de arte. Como siempre la perfección en el trabajo de Sol. Ella se encarga de todo. La selección de obras, su embalaje, el despacho aduanero, recibir las piezas, el flete y luego cargarlas para finalmente descargar los bultos en la feria. Sol dispone como distribuir las obras en el stand, para luego estar presente estoicamente durante todas las horas que dura la exposición. Dura tarea que desempeña con una seriedad, rectitud y dedicación como todo lo que hace con su vida. Terminadas las jornadas agotadoras, con el estímulo o la desazón de haber vendido o no, embala nuevamente todas las obras que hayan quedado para regresarlas a Argentina.

En esa ocasión estaba programada una band para que nos recoja en el aeropuerto. Cargamos los bultos luego de una espera angustiada por temor que algo del equipaje no haya llegado. Por suerte todo estaba en orden, intacto.

El camino es un paseo entre una vegetación exuberante, montañas, curvas, contracurvas con perfume a un verde joven ocultando la piedra. Se aprecia el aroma a flores recién bañadas por la lluvia. Sobre nosotros un cielo rebelde, con nubes embarazadas de un gris plumizo nos acompaña. El sol juega a las escondidas, penetrando a través huecos para descubrir el azul turquesa brillante, pleno.

Aparecieron, brotando de la tierra, torres y más torres de ladrillos impecablemente construidas, mezcladas con volúmenes de vidrio, parecían un ejército bajando de la montaña y a la vez, una densa masa de edificaciones pobres contrastando por su horizontalidad. Todos eran edificios jóvenes, casi recién nacidos, una concentración de inversiones desconcertante. Autopistas como tajos atravesaban en algunos lugares limpiamente la ciudad, en otras eran como serpientes aéreas con la urbe viviendo bajo su panza mientras las calles se sumergían en la naturaleza siempre despierta. Arroyos civilizados entre paredes de piedra o racas salientes transitaban como descuidadas sumidas bajo puentes. Vegetación de



Medellín, Croquis de viaje. (Tinta 40 x 12 cm.) Año 1998 - ENR.

helechos, filodendros, cañas de bambú gigantes, árboles trepando al cielo. Solo, estaba él, el río Medellín, recto, majestuoso, color león, recogiendo aguas de boca con chorrillos de misteriosa procedencia.

La atención de los habitantes era sorprendentemente amable, siempre dispuestos, con una sonrisa, diminutivos. Lo que más me llamó la atención fueron los choferes de los taxis, verdaderos personajes, agradezco haber compartido con ellos el tiempo de los trayectos platicando de temas diversos.

En uno de esos viajes nos tocó un señor delgado con lentes caídos, una media sonrisa, apretada, de tez arrugada, fruncida hacia su boca, brazos lánguidos pero firmes en el volante. Su voz era apagada, hacia adentro, descubrí que le faltaban sus dientes, me costaba reconocer el sentido de la oración.

—Don, ¿este barrio cuál es?

Silencio.

Luego le repetía.

—Es de fábricas, ¿no?

—Pues... —contesta, pero no comprendo.

Gira su cabeza, sonrío ayudado por sus ojos, sus cejas se elevan y sacando apenas del volante su mano derecha la levanta y con rapidez extiende su pulgar expresando aprobación. Acto seguido puso la radio más fuerte, creo que fue para evitar más preguntas.

Llegamos a destino y Zelmira se ofrece a pagar para luego compartir el gasto. Veo al taxista con sus manos quebradas, huesudas, de uñas largas, tomar el pago. Cuento visualmente los valores de los billetes entregados y compruebo que hay una equivocación, se ha pagado una suma diez veces mayor. Tiemblan las manos apretando los billetes, mira por el espejo retrovisor, ve la despreocupación de los viajeros, me mira a mí, levanto mi mano y con mi dedo índice le señalo que no está bien el pago, sus ojos quedan petrificados, se corrige el error y atina a decir:

—Ave María, señor discúlpeme usted.

Se persignó para superar su pecado, bajamos y nos despidió con la mano derecha en alto.

Otro taxi fue el contratado por Solange para llevar obras a la exposición. Resultó llamarse Joan Palacios¹, joven, con su cabeza rapada, pequeña, contrastaba con el volumen de su cuerpo. Podía haber sido un modelo de Botero. El carro, como ellos le dicen, no tenía el color amarillo de los taxis de servicio público particular. Era gris por el paso de los años, su carrocería y cabina desvencijada, dolida por el uso y el peso de Manuel. Cargamos algo en el portaequipaje, cuadros en el asiento de atrás, el baúl no se podía abrir y partimos para el Centro de Exposición.

Para entablar una conversación y olvidarme del aroma a pescado de la cabina y soportar el tapizado roto con alambres de mi asiento atiné a preguntarle:

—Manuel, qué calor hace aquí, verdad...

—Pues sí para ustedes, señor, para nosotros es normal. Los carros no tienen aire acondicionado —y continuó— cuando bajamos las ventanillas tenemos, este es barato.

Giró su cabeza y sonrió.

Sentía que Medellín fue creciendo en sus verticales sonidos de tierra cocida sobre una naturaleza pulposa, quebrada, curvada y en su base un valle donde el calor es quieto, pesado como el agua. Miré nuevamente a Manuel.

—Tenés la facha de un cantante de rap.

—Pues... ¿qué me dice de facha? —me pregunta.

—Tu figura, bien podríamos hacer un video referido a esculturas de Botero y serías un personaje salido del bronce, como resucitar a Pedrito, su hijo.

Hubo un silencio donde entendí que o no fue bueno mi comentario o no fue entendido. Nunca lo sabré.

¹ Aquí el taxista se llama Joan Palacios pero en el relato se lo refiere como Manuel.

Cambié de tema y le pregunté:

—¿Aquí vivió Pablo Escobar?

—Pues sí, señor... un gran hombre, generoso, pensando siempre para los pobres.

Me imaginé la serie en capítulos "El patrón del mal" que había visto en parte en Buenos Aires y me sorprendió su comentario.

—A mis padres le toco... —continúa pero un silencio interrumpe su relato, sentí que tomaba ánimo para continuar— hacían una fila larga... y él en persona, Pablo, vea, en persona les daba plata, no tenían ni para frijoles. Mató, sí, pero a quién, a los pobres no señor, no... es muy querido.

—¿Por qué, Manuel, decís que es muy querido?

—Pues él no murió, está en algún lado sabe, estos cabrones los que dicen que lo mataron pero no es verdad —y afirmando con voz fuerte y golpeando el volante exclamó— ¡Está vivo pués!

Quedamos en silencio. Llegamos a destino. El carro agradeció la descarga de nuestros bultos y el descenso momentáneo de Manuel. El calor era sofocante y mis piernas se transformaban en palos torneados de madera, dificultando las órdenes de mi cerebro.

En otro viaje a Pueblito Paisa, nos tocó como chofer un moreno con piel de cobre, ojos saltones, con sonrisa amplia y dentadura de marfil. La cabina olía a perfume, era la contraposición con Manuel, este era un carro de servicio público. Nos recibe:

—Para servirle, tengan ustedes buen día pués.

Esta vez iba con Cristina, una galerista y Zelmira, artista plástica de Alejandría; Solange iba en otro taxi solucionando problemas con Ale. El destino era Pueblito Paisa.

—Tengo a gusto llevarlos, ¿son chilenos?

—No, somos de Argentina.

—Argentina —nos responde con sorpresa tratando

de subsanar el error— qué hermoso país.

Era muy hablador y siguió explayándose.

—Tendrían que haber dejado a Gardel, pobre hombre, eligió morir aquí y se lo llevaron.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Hernandario,

—Yo me llamo Rodríguez —dije allanándole el camino de la pronunciación de Edgardo, no común en América.

—Los argentinos hablan de vos y che, muy lindo. ¿Yo puedo decirte che Rodríguez? —en tren de generar un diálogo alegre y de confianza.

—Por supuesto, yo te diría tu Hernandarias...

Me mira perplejo y me responde con una amplia carcajada.

—Me trata de tú, por supuesto, pero me llamo Hernandario —y lo pronuncia con vehemencia, como para que me quede grabado.

Atrás Zelmira estalló en una carcajada que hizo temblar el carro.

Pensé que costumbre la mía de bautizar a los que recién conozco con cualquier nombre, ha sido siempre así desde que estudiaba, trataba de no recordar nombres propios sino el concepto de los temas, me parecía más universal que repetir como loros nombres y fechas. Paramos en un semáforo, le pedí disculpas y me contestó:

—Qué va, no pasa nada hombre, che Rodríguez me resultas un tipo simpático, muy vivido, muy vivido señor. Mira esas mujeres que nos están mirando, lo están mirando hombre —afirma mientras unas jóvenes con tacos altos, calzas, cabellos sueltos modelaban su figura pasando frente al carro.

Galantemente le respondo:

—Es verdad Hernandario, —repito bien su nombre para que sepa que no lo voy a bautizar nuevamente— ustedes tienen mujeres muy bellas en todas sus edades.

—Tenemos muchas que han sido Miss Universo.
 —¿Tu eres casado? —le pregunto.
 —Aquí no se casa nadie. Tu eliges tu reina con quien vives y luego tenés como abejas que son amantes. Yo tengo mi reinécita, ya tengo treinta y cinco años, ella, pues, dieciocho pero tengo un total de trece amantes.
 —¿Pero cómo haces para atender a todas? —pregunta Cristina saliendo de su mutismo.
 —Siempre premio a la reinita luego a las otras, la reinita a la noche, en el día a las otras, ellas son reinas de otro. No hay mujeres aquí con un solo hombre, ni casada, ni soltera, ni viudas, ni hombre con una sola mujer.
 Todos nos quedamos en silencio.
 —¿Pero cómo es eso? —atino a preguntarle.
 —Pues todo es secreto, todo es permitido, pero no anda diciendo nombre. Tu puedes en un boliche con tu reinita y alrededor están bailando con su hombre unas cuantas con las que tienes cita de amor. Es así amigo paisa Rodríguez.
 Lo miro con sorpresa.
 Y sigue con su comentario.
 —Hombres de tu edad che Rodríguez...
 Se queda pensando y le pregunto,
 —¿Qué edad me das?
 —Pues eres joven, buena postura, bigotes, hablas rápido, con tus brazos moviéndose, debes tener sesenta o sesenta y cinco años.
 —No paisa Hernandario, tengo setenta y tres años.
 —Pues qué más da, tú puedes tener niñas de veinte pa riba.
 Sentí su alago, pero luego cambié de conversación para respetar a mis acompañantes y sobre todo a mi relación tan amorosa, entrañable y definitiva con Lily.
 —Mira, tengo una reina en Buenos Aires rubia que bajó del cielo en una nave espacial.
 Se produjo un silencio muy oportuno y continué:

—Este carro es tuyo.
 —Pues sí señor... —y se rectifica— che Rodríguez —queriendo retornar la charla en un clima de confianza— si pues, si, vivo bien con él, me da de vivir bien, ayudar a mis padres viejitos.
 Llegamos a Pueblo Paisa, una escenografía emplazada con casitas como arterias, una capilla, lugares para correr, casas típicas y un mirador con vista panorámica a Medellín. Hice un croquis rápido y Solange me propuso sacarme una foto.
 Hubo otro viaje en taxi, volviendo del oriente de Medellín en plena tormenta. Esta vez nos tocó un taxista particularmente paisa, sencillo, atento, servicial, su humildad latente, un carro prolijo, perfumado con el aroma de Medellín. Al poco de andar se descargó una tormenta diluviana, una masa de carros, camiones como paquidermos se desplegaban con sus luces temblando por el agua, los limpiaparabrisas no daban abasto, estábamos en manos y la mirada del chofer.
 —Quede tranquilo señor, tengan paz, esta lluviecita no es todo lo fuerte de Medellín. Buen día tengan ustedes.
 Lo miré de reojo no queriendo desviar la vista del parabrisas transformado en un maitole vibrante.
 —Gracias.
 —José, para servirle.
 —Rodríguez, me llamo Rodríguez.
 —Igual que el jugador de fútbol, ¿lo conoce?, ganó más que Messi... ¿los conoce? —pregunta sin apartar la vista ni cambiar su posición de manejo, encorvando su cuerpo hacia adelante para acortar distancia con el parabrisas.
 —A Messi lo conozco, al otro no.
 —P... Rodríguez, puede comprar, mire lo que le digo, toda la flota de taxis de Medellín con lo que gana en un año.
 Un camión se plantó con una frenada brusca por

delante sumiéndonos en una bocanada de humo y olor a goma quemada. José frenó a tiempo, atento, esto me dio una gran seguridad.
 —Siempre maneje, antes repartía pollos, los llevaba al matadero pero mi mamacita me dio este taxi hace cuatro años. Aquí estoy pues, sólo tengo cuatro años de escuela.
 Así comprendí porque nos había preguntado antes dudando la ubicación de la casa que nos hospedábamos en el poblado.
 —Mire, tenga seguridad usted que vamos a llegar bien, hay partes de Medellín que aún no conozco, pero tenga paz con la lluvia porque la virgencita que tiene por delante nos guía.
 Miré la virgen, recordé a la colección de imágenes de Lily y no reconocía a esta.
 Como adivinando me respondió:
 —Es la Virgen del Carmen, patrona de los choferes.
 El que lee estas anécdotas y le parecen supersticiosas o ridículas, le respondería que observen cuantos camiones, colectivos, taxis, coches particulares en Buenos Aires llevan estas imágenes. Yo, por ejemplo, tengo adelante y atrás de mi Belén de la Araucaria, mi Renault Duster. Es una calcomanía de la Virgen de Luján, patrona de los caminos, del buen viaje, y del Gauchito Gil, patrono de los camioneros.
 Para abrir más el diálogo le pregunto:
 —José, es cierto que Pablo Escobar está muerto.
 Responde con elocuencia, un entusiasmo contagioso:
 —No, que va a estar muerto señor, pues está vivo, yo lo conocí a Pablo de cerquita, le di la mano, me palmó el hombro, recuerdo todavía el golpe con su mano gruesa, fue en el estadio de football de Nacional. Cuando se iluminó todo el estadio no era él, él era corpulento de rostro alargado. Al que presentaron muerto, yo fui al velorio, no sabe la cola que ha-

bía, el que estaba en el cajón era otro, nada que ver, gordo, medio pelirrojo, pero nada que ver.
 Se quedó pensando para tomar aire y prosiguió llenando de nuevo el sonido atormentado de la cabina por el bombardeo de la lluvia, volvió a insistir para convencernos.
 —No, no, no murió válgame Dios, Ave María purísima, créame, no lo mataron. Pablo hizo muchas obras, barrios de vivienda para gente pobre. Mire, se construyó su propia cárcel y con un túnel por donde escapó, dio comida a los pobres, dinero para que los niños compren alimentos. Ustedes los gringos dicen que lo mataron, él está vivo, en México.
 Cuando dijo gringos salí de mi mutismo.
 —Mire José, nosotros no somos gringos, somos argentinos.
 —A, de donde es Messi —exclama sorprendido.
 —Sí, de donde es Messi —le respondí.
 Quedó en silencio, como buscando una explicación de mi parte.
 —Green go significa “verde vete”. Los marines norteamericanos tenían un uniforme verde y surgió el nombre “gringo” por ellos.
 —Perdone usted, Pablo exportaba a los Estados Unidos la droga para matar a esos cabrones y la plata después la distribuía entre la gente pobre, ¿usted me entiende?
 —Sí, lo entiendo.
 —La gente lo protegía en sus casas, me lo contó un amigo de mi padre, era un viejecito que tenía un Renault 12, viejito que daba lástima como él. El ejército buscaba por todos lados a Pablo, estaba cercado aquí arriba, en los poblados, el viejito lo buscó, él estaba en una casita pequeñita, lo ubicó en el baúl, llegó a la ruta, soldados parando carros caros, llegó el viejito con su carrito viejito como él, Pablo en el baúl, los soldados lo miraron...

Lo interrumpo.

—Lo vieron tan pobrecito, ¿no?

—Si amigo, si, y lo dejaron pasar. A los dos días el viejecito recibió una bolsa con quinientos mil dólares junto a una carta de Pablo diciéndole que su vida valía más que eso, que si no le alcanzaba que el avise.

Intrigado le seguí preguntando.

—¿Escobar tenía la finca Nápoles?

—Pues sí, tenía un zoológico para sus niños, aviones. Mira si a un hombre como él, con cincuenta guardaespaldas lo iban a matar así no más, teniendo sólo un hombre que lo defendía. Créame, está vivo. Debe estar con diez o quince mujeres jóvenes amantes, a cada una le regalaba una casa.

Comprendí en ese momento que la ausencia del estado en los lugares pobres de América, lo ocupa el poder de la droga, luego se crean las leyendas míticas de personajes que fuera de la ley son ídolos populares, creando una cultura mítica casi religiosa, que es la que comprende al pueblo.

Le comenté a José, ya llegando a destino:

—Mira, yo tengo una experiencia en Quintana Roo...

José me miró sin comprender, pero seguí adelante con el relato, quería contarle pero finalmente el deseo era contar ese episodio justo en ese lugar. Mi monólogo prosiguió como dije quizás para mí. Quién no tiene un tiempo de recordarse con la excusa de explicar el pasado.

—José, es en México, donde usted dice que esta Escobar.

—Sí, sí, entiendo señor —la lluvia seguía implacable.

—En Tulum², fui en el año 2000 a parar a unas palapas llamadas Dos Ceibos, me alojé nueve noches pero por equivocación me faltó la última noche, debí desalojarme y el dueño gentilmente me ofreció trasladarme hasta una mansión cercana. Cuando vi el lu-

gar no lo podía creer. Era una casa en medio de una espesura de matorrales y palmeras con vista al mar. Me atendió un joven mejicanote, robusto, panzón, en bermudas, de cara redonda, bigotes anchos. Dormí profundamente en un dormitorio con decorados de telas brillantes. Al otro día me recibe Manuel con un desayuno de café recocado, con tacos y dulces. Le agradecí.

—No se preocupe señor, siempre le resolvemos problemas a Federico, el dueño de Dos Ceibos, es muy amigo de mi patrón.

Lo miré fijo y atiné a preguntarle por pura curiosidad:

—¿Quién es el dueño de esta mansión que tiene hasta grupo electrógeno?

—Mi patrón mire es Pablo, Pablo Escobar³.

En ese momento lo único que me pregunté fue quien podría haber conseguido construir esa propiedad en ese lugar. Hoy están construyendo una línea de media tensión para abastecerla por ser un parque y reserva natural.

A José se le iluminaron los ojos.

—Vio, vio usted me da la razón, pues Pablo está por ahí, seguro.

Me cobró, me dio la mano y me dijo:

—Vaya usted con Dios, si ve a la mujer de Pablo o a sus hijos en Buenos Aires, mándele saludos de José el Pollero.

Me despedí intrigado, sentí que José conocía más de esta historia. A todos los paisa que consulté sobre la vida o muerte de Pablo Escobar me dan la misma respuesta: “no, no señor, Pablo esta vivo”.

Solange y Alejandra alquilaron una casa en el Poblado con siete dormitorios, para un equipo de ocho personas, cada uno en su dormitorio.

³ En la anécdota referida en este libro el patrón sólo es nombrado como Pablo.

Nos recibió María, una paisa pequeña, morruda, con tez trigueña, de ojos picaros, cabello renegrido, largo, con una destreza para atendernos que nos sentíamos en nuestra casa. Solange manejó la contabilidad.

María se encargaba en la casa de la limpieza y la cocina. Nos hacía un desayuno paisa, huevos revueltos, arroz con frijoles, arepas, jugos de lima, piña, guayaba, con quesitos, mermeladas, café con leche.

Comenzamos a recorrer la ciudad con la sorpresa de no encontrar artesanías de pueblos originarios de ninguna parte de Colombia. China, Pakistán, India, sepultó la cultura de estos pueblos.

Fuimos a la Plaza de las Esculturas, el Museo de Antioquía y a ver las obras de Botero. Recordé a María Luisa en sus clases de dibujo de modelo vivo cuando nos insistía primero entender la anatomía, la fuerza de la pose, el escorzo. Primero la probidad del arte es el dibujo, luego el lenguaje expresado, plástico y poético de la figura humana. Siempre citaba a Bacon y a Botero.

La deformidad voluptuosa del ser humano y de animales evidenciando formas continuas, orgánicas, desproporcionadas con respecto a todo, fundamentalmente las cabezas, pero todos esos cuerpos estaban armoniosamente compuestos en su desproporción. Disfrutamos sus pinturas, naturalezas muertas conservando volúmenes únicos. Ver una pintura de Botero es identificable inmediatamente.

Su puesta para los niños, un espacio dedicado a su hijo trágicamente desaparecido, donde propone ejercicios de deformabilidad de los personajes a través de espejos, un lugar de juegos que cualquier niño interpreta rápidamente, la deformabilidad coherente del cuerpo humano.

Conseguí la información que en las afueras de Medellín existía un lugar de artesanía de toda Colombia.

Lo sorprendente fue que me vinieron a buscar al día siguiente en un coche para llevarme y traerme gratis. Me recogió un joven con una sonrisa amplia que me daba serenidad y seguridad.

—Buenos días, señor, ¿cómo está usted?

—Bien —dándole la mano le pregunto— ¿Cómo estas vos?

—Bien, bien, siéntese, me llamo Andrés, para servirle.

—¿Me puedo sentar adelante?

—Pues sí, todo bien.

—Gracias, me llamo Edgardo pero dime Rodríguez, soy argentino.

—Qué buen país Argentina, generoso recibe bien a mis paisanos.

Emprendimos el viaje como al aeropuerto, con edificios recién construidos en altura, mansiones y una vegetación lujosa.

—¿Sos de Medellín, Andrés?

—Pues sí señor, ciento por ciento, va a ver que bonitas cosas hay en la exposición, es de todo el país, auténtica.

—¿Trabajas mucho, Andrés?

—Sí, sí, tengo un niño pequeño a mi cargo, es un baroncito de cuatro añitos.

—¿Salís a trabajar y tu señora te lo cuida?

—Pues no, ella me lo entregó recién nacido, lo abandonó, no lo quiere ver más.

—¿Y cómo haces para cuidarlo?

—Vivo con mi mamita y el niño está muy bien cuidado, ve a su mamá y no la reconoce.

Me quedé perplejo.

Andrés era un joven que me dijo su edad, treinta y cuatro años, con una figura angelical, de tez blanca pulida, ojos suaves llenos de paz, risueño, sin ninguna mueca de rencor, transmitía pausas y paz, parecía un cura.

—¿Tu mujer viene a verlo?

² Esta anécdota ya está contada en el este libro.

—No, no señor, —y con una sonrisa llena de cariño— lo ve pero... —tuerce su cabeza para no poder verle a los ojos.

—No entiendo Andrés -le pregunto sin comprender.

—Vivimos en el mismo edificio, yo en el segundo piso con él y mi madre y ella en el cuarto piso, no nos hablamos, somos vecinos, peor que eso, cuando ella queda embarazada al parir se arrepiente y me lo da.

—¿Está en pareja ahora? -voy comprendiendo la fuerza de este hombre que iba manejando con total serenidad, tomando las curvas y contracurvas con una exactitud matemática—. Bueno, por lo menos está tranquila, contenida.

—Mire señor, no lo creo, ojalá fuese así, pero no, este hombre debe ser como el número diez.

—Entonces ella no es reina -me acordé de Hernandario.

—Claro que no, más de segunda, tiene veintidós años perdidos, conmigo hubiese sido reina, que va, pero ella lo quiso así, además este último consume.

—Te estas ganando el cielo, hijo -fue lo único que atiné a decirle.

—Gracias, pero estoy en paz, tengo mujeres pero ninguna reina, tranquilo, en paz.

Seguimos en silencio un tramo y le hice una pregunta casi para confirmar una encuesta doméstica.

—¿Pablo Escobar, murió?

—No, no señor, seguro que no murió, cómo va a morir con tanto dinero, miré, el dinero de él no lo tenían los bancos, lo tiene en efectivo en las montañas, Popeye puede ser que sepa el lugar.

En ese momento pasó ante mí la imagen de la representación de Escobar sobre un tejado, muerto o durmiendo, su figura en mayor escala que el tejado, las ventanas y la casa, y abajo un gendarme y una niña en minúscula escala, un mensaje conceptual su-



Pintura de Pablo Escobar muerto. Fernando Botero.

brayando la figura de Pablo con respecto al mundo real. En Egipto los faraones respecto a los súbditos. Botero interpretó ese sentimiento que fui observando en los habitantes de a pie de Medellín.

Andrés hizo un silencio reverencial alterado por el zumbido rabioso de otros coches al pasarnos o viniendo por la mano contraria. La ruta se entrecortaba con sectores brillantes de un sol vertical cercano al Ecuador en su equinoccio de septiembre y en la penumbra espesa de bóvedas de árboles panzones. Andrés me pregunta a bocajarro:

—¿Qué opina usted, por si o por no?, ¿está usted entendido del tema, verdad?

—Sí, mira, la paz es fundamental, tú lo has dicho -ahí me di cuenta que había perdido el trato de vos— que la paz es importante entonces debo explicar mi opinión desde afuera, escuchando atentamente los comentarios que he recibido. Si van a entregar territorio para que ustedes muestren, si es verdad que

van a jubilar a cada guerrillero con sumas básicas de setecientos dólares para arriba cuando la jubilación de un trabajador es de doscientos a trescientos dólares debo decirte que yo me inclino por el no.

La cara de Andrés se iluminó, pero su rostro tenía una mezcla de dolor.

—Mire don Rodríguez, le voy a contar, ellos se apoderan de territorios, mi familia tenía un cafetal cerquita de aquí, de Medellín, llegó la noticia que una columna de las FARC se acercaba, teníamos que entregar la finca y los jóvenes enrolarnos para combatir. No nos dieron tiempo pero mi padre logró hacernos huir de noche con lo puesto, irnos sin nada. Fuimos a la carretera y llegamos a Medellín a empezar de nuevo. Mi tío no pudo fugarse, a él le sacaron todito, mis primos en la guerrilla, mi primita quiso escapar y la mataron. Se van apoderando de territorios para sembrar droga, se la hacen plantar a los propios campesinos, a los dueños de la tierra los transformaron en esclavos, tienen capturados como trece sectores en las montañas con pueblos enteros, algunos en la frontera con Venezuela, Maduro no se quiere ir porque está apoyado por el ejército y las FARC. Nuestro presidente lo que quiere con esto es ganar el Premio Nobel de la Paz.

Ante esto le respondo solidariamente:

—Mira, sólo tienen que pensar de no dar autonomía de territorio. Ellos pueden partir a Colombia buscando un reconocimiento como un nuevo país en algún foro o potencia internacional.

—Pues claro, ese es el final, yo nací en esta guerra, los jóvenes paisas sabemos lo que es la bandera por eso el 3 de octubre en Medellín gana el "NO". El Papa lo apoya porque no sabe, es un hombre de izquierda sabe. Recuérdelo, pobre mi país.

Habíamos llegado a la tienda, en ella estaba todo el arte sano de Colombia. Compré para engrosar mi

colección máscaras de ceremonias del carnaval de Barranquilla. Regresé con Andrés a la casa. Le fui contando mi vida, mi familia y mi obra. Cuando me despedí lo abrasé fuerte y lo único que atiné a decirle fue:

—Dios está contigo.

—Gracias señor, yo rezo todos los días.

Me dijo con una sonrisa que le iluminó toda su cara, ese joven tenía un ángel, una energía especial.





Máscaras de tribu Wayu'



Con mis hijos recorde en estas memorias los viajes realizados, el valor, el crecimiento y relacionarnos con nuestras individualidades, profundizar el cariño y el amor en todos los momentos.
Expongo un resumen de fotos que representan ese tiempo y espacio.



Río de Janeiro



Río de Janeiro



Tierra del Fuego



Tierra del Fuego



Tierra del Fuego



Isla Contadora



Isla Contadora



Punta del Este



Punta del Este



Viaje a Iguazú



Viaje a Iguazú



Recuerdo del viaje a Iguazú de la abuela Elena.



Fotos de viajes con mis hijos Solange y Dagoberto. San Salvador de Bahía.

Fotos de viajes con mis hijos Solange y Dagoberto. San Salvador de Bahía.



Máscaras Orishas, San Salvador de Bahía- Brasil.



Máscaras Orishas, San Salvador de Bahía- Brasil.



Fotos de viajes con mis hijos Solange y Dagoberto. Colombia, Cartagena, San Andrés e Isla Contadora.

Son la canción "A mi manera" de Paul Anka y "Gracias a la vida" de Violeta Parra los cánticos que resumen mi vida. Son un himno y sus líneas mi bandera.

En "Cartas a Theo", Van Gogh le escribe a su hermano: "La vida es amar la vida, es bueno amar tanto como se pueda porque ahí radica la verdadera fuerza y, el que mucho ama realizar cosas, se siente capaz y lo que hace por amor está bien hecho".

García Márquez sobre el ser humano dijo "Los seres humanos no nacen para siempre el día que sus madres los alumbran, sino que la vida los obliga a parirse a sí mismos una y otra vez".

Decía Confucio: "A los 15 años, comencé a aprender. A los 30, pasé a tener la certeza de lo que deseaba. A los 40 las dudas retornaron. A los 50 descubrí que el cielo tiene un proyecto para mí y para cada hombre sobre la faz de la tierra. A los 60 comprendí este proyecto y encontré la tranquilidad para seguirlo. Ahora, a los 70, puedo escuchar mi corazón sin que él me haga salir del camino."

Escribo mis memorias, tratando de descubrir lo que fui en ellas o lo que hay de mí en otros. No soy igual a la primera letra; ni seré igual a esta última palabra. Soy lo que hay de mí; en otros que no conozco ni comprendo.

Relato mis memorias antes que se fragilicen en un tobogán de olvidos.